



Guardianes de Sangre II

CASTIDAD

STEFANIA GIL

romance paranormal

En este ejemplar encontrarás dos novelas de la Serie Guardianes de Sangre:

Redención – GDS 1

Castidad – GDS 2

Queridos Lectores:

El primer libro de esta serie «Redención» fue un libro que escribí por capítulos en Wattpad y lo dejé allí de forma gratuita durante mucho tiempo. Cuando me decidí a continuar la serie, lo descatalogué de esa plataforma y lo colgué gratis en otras plataformas de autopublicación, sin embargo, en Amazon nunca conseguí que me hicieran la equivalencia con respecto a las plataformas de la competencia.

Incluso, está gratuita en la Zona de Descargables de mi web.

Por ello, a los quince días de no obtener resultados, decidí sacarla de Amazon y ponerla como un bonus dentro de «Castidad» porque sé que hay muchos lectores fieles a sus plataformas de compra que si no tienen el primer libro allí, difícilmente saldrán a buscarlo en otro lugar.

Así que aquí están los dos, para que puedan leer con comodidad.

A aquellos que compraron «Redención» en Amazon en esos días que estuvo a un precio simbólico, les doy las gracias y me disculpo porque tuvieron que pagar por algo que yo quería regalarles.

Espero que disfruten de la serie Guardianes de Sangre.

Gracias infinitas por la comprensión y el apoyo.

Redención

Serie Guardianes de Sangre I

Copyright © 2018 Stefania Gil

www.stefaniagil.com

Este libro es el primero de la serie Guardianes de Sangre y se encuentra publicado de forma gratuita en la cuenta oficial de la autora en Wattpad y en su página web como un regalo por suscribirse a la Newsletter de la misma.

Cualquier otro medio de distribución gratuita deberá ser consultada y aprobada por la autora.

Prohibida su venta.

All rights reserved.

Castidad

Serie Guardianes de Sangre II

Copyright © 2020 Stefania Gil

www.stefaniagil.com

All rights reserved.

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Fotografía Portada: AdobeStock.com

Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Contenido:

Redención – Guardianes de Sangre I

Hungría 1560

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Castidad – Guardianes de Sangre II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Querido lector:](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

[Stefania Gil](#)

Redención – Guardianes de Sangre I

Hungría 1560

Etelka Bárány de Ecsed nació en el seno de una familia adinerada y antigua. Una familia que tenía mucha popularidad, ya que los Bárány eran reconocidos por ser crueles, lujuriosos, valientes y lunáticos.

Fue criada con poca atención y cultura.

Su vanidad necesitaba alimento a diario. Sabía que era hermosa y le gustaba que sus sirvientas se lo dijeran a menudo.

Tenía el sueño típico de cualquier niña de la época que, con 11 años, lo que más deseaba era tener vestidos bonitos, asistir a fiestas y convertirse en el centro de atención de la Corte de Viena.

Su apariencia de niña buena, educada y bondadosa, le servía muy bien para tapar su verdadero carácter fuerte, que la hacía enfadarse por cualquier tontería.

Etelka llevaba la semilla del mal en su interior desde su nacimiento, era más que evidente.

Nada más había que ver la clase de bromas que le hacía a familiares y criados, para saber que algo no iba bien en ella; aunque la niña siempre justificaba su cruel y despiadado comportamiento con que solo se trataba de una broma que quería hacer y se le había ido de las manos.

Ni hablar cuando se presentaron las jaquecas en su vida.

Fue cuando empezó a tener especial atracción por lo oculto y los criados se sentían aterrados cuando ella presentaba los dolores de cabeza porque los gritos que salían de su boca, representaban una amenaza directa para alguno de ellos; sobre todo las criadas con más carne en el cuerpo que eran las enviadas a la habitación de la niña para que esta se abrazara con fuerza a la mujer y pudiera clavarle los dientes en los hombros con tanta fuerza que les arrancaba el trozo de carne admitiendo que, masticar aquello, le sanaba milagrosamente mientras la atacada se retorció del dolor frente a la pequeña.

Más tarde, adquirió la costumbre de aliviar sus males pidiendo que le colocaran un pichón vivo en la frente y que le abrieran las entrañas allí, sobre ella, porque la niña aseguraba que si no sentía el calor de las entrañas sobre ella, no veía mejoría alguna en su malestar.

Y así, a medida que fue creciendo, se fue haciendo cada vez más adicta a talismanes, conjuros, pócimas con mandrágoras y belladona; hierbas que producían alucinaciones y que por aquellos tiempos, las usaban como sedante para calmar el dolor en las mujeres que estaban en trabajo de parto y también era usada en heridos de guerra.

Tal como lo establecían las costumbres de aquellos tiempos, Etelka fue prometida a su primo el Conde Pál Sólyom cuando tenía tan solo once años de edad y a los doce, pasó a residir en el castillo de Sárvar, residencia del Conde para que fuese educada como buena esposa.

Teniendo que convivir con una suegra con la que jamás se llevó bien.

Orsolya, madre de Pál, sometió a Etelka a una fuerte disciplina cultural e intentó transmitirle el espíritu familiar que rodeaba su propio hogar.

Los padres de Pál se adoraban, demostrándose un amor puro y tierno que los llevaba a escribirse cartas a diario, con el hombre se encontraba atendiendo asuntos fuera del castillo, cosa

que no era común entre los matrimonios concertados de esa época.

Etelka estaba acostumbrada a hacer lo que se le antojaba y no aceptaba que se le dieran órdenes, además, dejó en completo horror a su suegra cuando tuvo que presenciar su primera jaqueca en el seno de la familia Sólyom.

Orsolya intentó por todos los medios corregir aquella conducta de la chica pero nunca lo consiguió. A cambio, consiguió que su futura nuera se hartara pronto de su situación remilgada dentro del castillo en el que debía hacer caso a todo cuanto su suegra ordenaba, asegurando que no podía seguir aguantando esa situación y le escribió una carta a sus padres suplicándoles que la sacaran de allí, sin embargo, y como era de esperarse en esa época, sus padres le explicaron que tuviera paciencia, que una vez pasara la boda, todo cambiaría.

La situación cambió un poco cuando Orsolya le enseñó a leer y escribir; y después, a hablar tres idiomas más; y en medio de las lecciones se dio cuenta de que la chica era muy vanidosa; entonces, mientras la instruía para que ser una buena esposa y ama de casa, también le enseñó el arte del baile, a lavarse a menudo, perfumarse, vestir con elegancia, blanquear su piel y teñir su cabello de rubio.

Técnicas que dieron sus frutos convirtiendo a Etelka en una joven que destacaba en todos los círculos sociales y fiestas.

Finalmente, con quince años, contrajo matrimonio con Pál.

Aunque aquel arreglado matrimonio estuvo a punto de no llevarse a cabo.

Antes del matrimonio, Etelka le pidió permiso a su suegra para ir a despedirse de su madre. Orsolya aceptó y la envió a su antigua casa acompañada de una única damisela.

Una vez llegó a destino, su madre se dio cuenta del horror que envolvía a su hija ya que estaba embarazada y le confesó, sin remordimiento alguno, que se estuvo divirtiendo con un campesino, porque le mataba el aburrimiento dentro del castillo.

Anna, la madre de Etelka, que era una mujer muy sagaz, la llevó a un castillo lejano en Transilvania e hizo correr la voz de que la jovencita había caído en cama con una enfermedad contagiosa.

La damisela que acompañaba a Etelka estuvo de acuerdo en quedarse con el bebé cuando este naciera, junto con una jugosa renta, por supuesto; que le hizo desaparecer del mapa y jurar que guardaría para siempre el secreto.

Un tiempo después del parto, Anna y Etelka regresaron a Varannó donde se llevó a cabo la boda sin inconveniente alguno.

La majestuosa ceremonia se celebró en el castillo de Varannó con miles de invitados.

Un día en el que Etelka lucía más hermosa y pomposa que nunca.

Adornada con perlas y un pesado traje nupcial; llevaba, en secreto, cocido en el interior del vestido, talismanes para ser siempre amada, fecundada, y que su belleza perdurara como la de aquel magnífico día.

Toda la familia Bárány estuvo siempre ligada a actitudes hostiles, lujuriosas y hasta macabras.

Por ello no era de extrañar que Etelka, en más de una ocasión, dejara a una sirvienta atada a un árbol y bañada en miel para que hormigas y abejas picaran a la pobre infeliz que su único pecado había sido robar una fruta del mismo árbol.

A Pál no le interesaba que su mujer le hablara sobre los oficios de la casa y la servidumbre. Además, él consideraba que al servicio se le debía tratar con mano dura para que siempre

cumplieran su trabajo.

Mientras Etelka era despiadada con el servicio, con su marido era buena, comprensiva y amorosa. Eso no quería decir que le fuera fiel, aunque él tampoco lo era y ambos sabían de las infidelidades del otro, que en cierto modo, justificaban con la separación contante y de periodos prolongados que sufrían a causa de la presencia de su marido en los campos de batalla.

Tardaron mucho tiempo en tener hijos, diez años pasaron antes de que Aletta, la primera hija del matrimonio, llegara al mundo seguida por Orsolya, Katlin y Pál.

En 1604, su marido, a quien llamaban «El caballero negro de Hungría» murió de una enfermedad rara y súbita dejando a Etelka viuda a los 44 años.

Un tiempo después de la muerte de su esposo, una mañana cualquiera, mientras la condesa era asistida por sus sirvientas; una de las jovencitas, sin quererlo, le tiró del cabello mientras la peinaba y aquello, representó motivo suficiente para asestarle una bofetada a la niña que le rompió la boca; lo más grave surgió cuando Etelka se sintió tan bien infligiendo dolor que decidió ensañarse un poco más obligándola a levantarse del suelo mientras la cogía por un puñado de cabellos.

La chica lloraba del dolor y ella reía con malicia mientras le daba dos bofetadas más y la insultaba como si se tratase de una escoria humana.

Las manos de la condesa quedaron manchadas de sangre y tras limpiarse, notó que su piel había tenido un cambio que ella consideró rejuvenecedor.

Así empezaron sus experimentos con varias jóvenes del servicio.

Un tiempo después, allá a donde iba la Condesa, en cada propiedad que pernoctaba, la noche se convertía en algo terrorífico.

El aire arrastraba el grito desgarrador de mujeres; dejándole saber a los que estaban en las cercanías, que algo muy malo ocurría en presencia de la Condesa.

Brujería y asesinatos.

Pronto, la guardia de Tolvaj toma el castillo de Csejthe para realizar una investigación.

Y nunca se imaginaron que encontrarían una escena tan dantesca en el interior de aquel frío y espeluznante lugar.

Pero para entonces, Etelka ya había pactado y logró obtener la belleza infinita que tanto había deseado.

La Condesa llevaba varias noches frotándose la sangre que manaba del cuerpo de una de sus sirvientas.

La muy estúpida estaba a punto de morir y necesitaría más. Menos mal Ibolya ya le había ayudado a conseguir otras jóvenes que ahora se encontraban encerradas en el calabozo.

Desangraba a sus víctimas porque necesitaba la sangre tibia para aplicarse en el rostro y resto del cuerpo y así, obtener una mejoría súbita en la piel.

Lozanía. Hasta le parecía que las arrugas empezaban a borrarse.

Dio la orden de que le colocaran un espejo grande en la habitación y frente a este una silla, porque su deseo era pasarse el día entero observando lo hermosa que era.

Lo joven que se veía gracias a su descubrimiento.

Pero pronto le atacó el aburrimiento por solo desangrar a las chicas y necesitó subir el nivel de tortura para disfrutarlo más, así también rejuvenecería su alma, pensaba.

Las torturas se volvieron cada vez más crueles convirtiendo cada lugar en el que se hallara la Condesa, en un baño sangriento que acababa con la vida de decenas de chicas para darle la ansiada juventud a ella.

En uno de sus viajes de regreso al castillo Csejthe en el que vivió gran parte de su vida, se percató de que una sombra la observaba desde lejos.

Siguió viendo esta mística aparición varias semanas más.

Noches de luna llena que hacían ver el bosque tenebroso.

Un lugar en el que podían esconderse criaturas peligrosas, oscuras.

Una noche, ya estando en el castillo de Csejthe, vio la sombra a orillas del bosque.

Nunca antes la había visto tan cerca.

Era una mujer.

Podía ver como el cabello, negro y largo, ondeaba en mechones que se habían escapado de la gruesa capucha que protegía la cabeza de la mujer.

La luna le daba un brillo magnífico a esa melena; y de pronto, la mujer fijo la vista en Etelka, dejándola sin aliento.

Aquellos ojos ambarinos y seductores los llevaría impresos en la memoria para siempre.

Salió de sus aposentos al encuentro de la figura misteriosa.

Ibolya, su fiel sirvienta, la siguió advirtiéndole que hacía frío afuera y que no llevaba abrigo pero la Condesa no le hizo mayor caso. Solo quería saber quién era esa mujer.

Cuando llegó al sitio, no encontró nada.

Estuvo inspeccionando la zona hasta que, por la baja temperatura, los temblores del cuerpo le dificultaban los movimientos naturales en piernas y brazos.

Agradeció que Ibolya la siguiera con otro de sus fieles sirvientes. La arroparon y la llevaron directo al castillo en donde pasó en cama, con fiebre alta y dolores intensos del cuerpo los siguientes tres días; en los cuales, algunas veces, deliró por la alta temperatura.

O eso creía ella.

Ibolya sabía que algo no iba bien con la Condesa porque nunca había enfermado de esa manera y además, no se comportaba de la forma habitual cuando algo le dolía.

Parecía que estaba dominada por algo más.

Ibolya se preguntaba qué tendría su señora.

La admiraba y anhelaba poder llegar a estar a su altura alguna vez aunque en su interior sabía que aquello era solo una fantasía.

Jamás podría llegar a ser una Condesa, no cumplía con los requisitos y eso le hacía sentir obligada a acceder a cada capricho de su señora para que esta, en el futuro, le diera algo que la acercara un poco a la nobleza de la época.

Etelka, entre tanto delirio, vio de nuevo a la mujer misteriosa.

Esta vez, estaba con ella en su habitación.

—Puedo darte la belleza eterna a cambio de tus hijos y de que crees una nueva especie para mí —le dijo esta figura que le parecía tan hermosa, que hasta sentía que le dolían los ojos al ver tanta belleza. La delicadeza de la mujer parecía irreal.

La observó sentarse en la cama, hacerse un corte en la muñeca con una especie de garra metálica que llevaba engarzada en el pulgar de la mano contraria, como si fuera un anillo.

Luego, tomó la mano de la Condesa y le hizo un corte igual.

Etelka se sobresaltó cuando la uña metálica desagarró su piel.

La aparición juntó ambos cortes pronunciando unas palabras en un lenguaje que la Condesa no reconocía pero que entendió perfectamente.

«Tu sangre y la de tu descendencia se unen a la mía. Cada dos generaciones de los tuyos, nacerán especiales de los míos. Serán la nueva raza. Superiores en muchas cosas a los humanos».

Los ojos de Etelka centellearon.

La mujer le sonrió con ironía.

«Tu nueva vida no será fácil, otros han hecho este mismo pacto y no han sobrevivido. Sé inteligente y usa tu instinto. No me defraudes».

Entonces, la mujer chasqueó los dedos desapareciendo en el acto y Etelka sintió la vida correr en ella.

Una corriente recorrió por sus venas, bombeó en el corazón con fuerza dejándole sentir cómo la enfermedad se iba de su cuerpo para dejarle completamente sana y con la energía de una jovencita de quince años.

Ibolya consiguió a Etelka desnuda en el calabozo, azotando con violencia a dos sirvientas.

Las mujeres, ya inconscientes, estaban bañadas en sangre. Un gran charco se había formado debajo de estas y de las muñecas de Etelka, también goteaba la sangre.

—Señora, no sabía que ya se sentía mejor.

—Mejor que nunca, Ibolya.

La fiel servidora sintió curiosidad. Su señora lucía veinte años más joven y los ojos le brillaban como si hubiese encontrado un tesoro inmenso.

En cierto modo, así era según lo apreciaba Etelka.

En cuanto despertó de la fiebre, sintió la necesidad expresa de ir al sótano tomar a dos de las prisioneras y divertirse un poco con ellas.

Más tarde tuvo que dejar de jugar y ocuparse de los asuntos serios; entonces, las azotó para que brotara la sangre de las heridas.

Fue cuando empezó a sentir cosas extrañas.

Si aguzaba el oído podía escuchar el débil pulso de las mujeres.

Su nariz percibía tantos aromas, sobretodo de la sangre que salía del cuerpo de las mujeres y le llamó la atención que una tuviera un toque más dulzón que la otra.

Cuando Ibolya entró, pudo percibir el ligero brillo en su frente a causa del sudor y también sintió un olor en el ambiente que no supo distinguir hasta que notó la mirada lujuriosa que la fiel sirvienta les dedicó a ella y a las mujeres.

Estaba excitada y esos aromas que reinaban en el ambiente, penetrantes y picantes, salían de su sexo.

Sonrió con malicia.

Su empleada era una caja de sorpresas.

Tan parecida a ella.

Se le reseco la garganta.

—Trae vino.

La muchacha asintió y salió de la habitación.

Etelka necesitaba permanecer en el lugar hasta cerciorarse de que estaba haciendo las cosas de la manera adecuada.

Su instinto le indicaba cómo actuar más no sabía si lo hacía bien.

Carraspeó la garganta.

La sed la estaba enloqueciendo.

Fue cuando sus ojos se posaron en una gota de sangre que salía de una de las heridas que tenía en la sien la mujer que aún balbuceaba algunas cosas. Los ojos de Etelka hicieron el recorrido que hacía la gota.

Diminuta pero tentadora, salió de la herida con una perfecta redondez y Etelka la siguió como en cámara lenta cuando descendió por la mejilla de la chica y luego la vio perderse debajo de la mandíbula para reaparecer en el cuello.

Allí en donde sabía que había una vena que si la seccionaba, sus víctimas se desangraban en segundos.

Se conocía la anatomía del cuerpo gracias a todas las torturas que profirió a las desdichadas mujeres que pasaron por sus manos.

Se relamió los labios cuando vio, así, sin esfuerzo alguno, cómo la vena del cuello bombeó la sangre de la mujer con pasmosa lentitud.

Se le estaba apagando la vida.

Y ella moría de sed.

Se acercó a la chica y sintió una punzada aguda en las encías.

Una punzada que, de repente, se transformó en un dolor insoportable.

Gritó y en su costumbre de morder a la gente cuando sufría de algún dolor incontrolable, le hincó los dientes en el cuello a la chica haciéndola reaccionar al dolor obligándola a gritar de terror.

Etelka sintió la carne de la mujer romperse bajo su mordedura, no como en los mordiscos que dio en años anteriores por culpa de sus dolores de cabeza.

No.

El sabor de la carne y la sangre tampoco era igual y solo quería saciar su sed con el líquido tibio y de sabor dulzón que ahora invadía el interior de su boca.

También sintió humedad en su sexo.

Y no se lo pensó dos veces antes de tocar el punto exacto que le daba gran placer en soledad.

Frotó con intensidad y succionó con ahínco hasta que sintió el éxtasis alcanzarla y también, sintió que se apagaba la vida de su víctima.

Etelka era insaciable.

Su sed de sangre no se calmaba con nada y las sirvientas empezaban a hacerse escasas en las cercanías.

Debido a esto y a todos los ruidos abominables que salían del castillo por las noches, los rumores en su contra también empezaron a hacerse cada vez más fuertes.

Ibolya le sirvió diversos tipos de jovencitas, según las exigencias de su señora y aunque su energía y lozanía parecía ser cada vez mejor, sobre todo por las noches, no conseguía que la condesa se mantuviera un poco más controlada con el fin de no levantar más rumores en el poblado.

La gente hablaba de monstruos nocturnos que se alimentaban de la sangre del ganado y se robaban a las vírgenes para tener sexo con ellas y luego dejarlas abandonadas a su suerte.

Algunas de esas jovencitas, la misma Ibolya dio la orden de dejarlas en el bosque por orden expresa de la señora. No entendía por qué unas las enviaba al bosque y otras a la fosa común que hicieron en un lugar que nadie frecuentaba dentro del castillo.

Ibolya recordó la noche febril de la señora, cuando en agonía, y sin explicación alguna, la

sangre había brotado de su muñeca.

¿Quién visitó a la Condesa en medio de la noche?

Tenía un gran poder que intentaba ocultarle después de que la viera azotando a unas infelices hacía unas semanas.

Desde entonces, no la dejaba participar en las torturas como lo hizo antes y la verdad era que Ibolya se sentía desplazada.

Quería gozar de lo que la señora gozaba y estaba convencida de que se lo merecía por servirle con tanta fidelidad.

Tantos cambios que tenía actualmente que estaba convencida de que la Condesa había vendido su alma al diablo.

Por su parte, la Condesa, no podía sentirse mejor.

Estaba en su mejor momento.

Experimentaba con las niñas que su adorada Ibolya le llevaba. A unas las drenaba por completo con su boca. Era una delicia poder succionar la sangre a borbotones que salía de la vena del cuello.

Con solo pensarlo, se le hacía la boca agua y necesitaba más sangre.

Ibolya le advirtió que debía parar pero no podía hacerlo. Era un hambre insaciable que ni la comida ni la sangre lograba calmar.

Hasta que no descubriera cómo quedar saciada, debía seguir experimentando, además, estaba el asunto del ejército que quería crear y aun no veía resultado de esos experimentos.

Esa mujer que le dio la nueva vida no le explicó muchas cosas. Y parecía que la descendencia de Aletta no era digna para ser una nueva especie.

Recibió una carta en la que Aletta le contaba lo triste que se encontraba por su pequeña Katlin con un mes de nacida había muerto sin explicación alguna.

Etelka lo lamentó por su hija. Porque ella misma sabía lo que era perder a sus propios hijos.

Recordó entonces al pequeño bastardo que dio en adopción a la mujer de compañía que le había impuesto su suegra para poder hacer el viaje a su antigua casa y ver a su madre antes de convertirse en la esposa de Pál.

«¿Qué habrá sido de ese niño?» Se preguntó.

Si vivía, ¿su descendencia también quedaría marcada con el pacto que hizo con la mujer misteriosa?

¡Cuántas preguntas!

Poco sabía de su nueva condición, aunque había aprendido que el sabor de la sangre no era universal y odiaba que Ibolya le trajera vírgenes porque aquella sangre además de saber asquerosamente mal, le sentaba fatal.

Llegó a preguntarse también si mezclar su sangre con la que salía del cuerpo de las sirvientas, las convertiría en lo mismo que ella.

Las pocas que sobrevivían, las mandaba a llevar al bosque pero luego no sabía nada más.

Rumores existían, y muchos. Sobre ella, las bestias que atacaban al ganado y otros animales por la noche.

Sin embargo, nadie aseguraba haber visto nada.

También se dio cuenta de que las heridas que se hizo para mezclar su sangre con la de las chicas que elegía, cerraban pronto sin dejar cicatrices. Entonces empezó a hacer pruebas que cada vez se hacían más mortales. Para un humano normal, obviamente, porque ella ya había dejado de serlo, lo dejó demostrado el día que se enterró la daga de plata en el pecho y solo estuvo inconsciente por unas horas.

Al volver en sí, no había rastros de la herida y se sentía como si nada le hubiese ocurrido a su cuerpo.

Mantén a Ibolya al margen de su cambio. Porque sentía que perdía el control sobre sus emociones cada vez que drenaba la vena de alguna mujer. Era como si se convirtiese en alguna clase de animal salvaje, sediento de sangre. Y no quería exponer a su adorada Ibolya a ese peligro.

Sería terrible perderla.

Por supuesto, cuando —por fin— lograra entender todo sobre su nueva condición, buscaría la forma de convertir a Ibolya en una aliada de su misma especie.

Sonrió pensando en eso mientras Ibolya la peinaba con delicadeza y amor mientras ella solo se concentraba en observar su belleza en el espejo tal como lo hacía cada día cuando no estaba en el calabozo entretenida matando a alguien.

—¿Qué te hace feliz, mi señora?

—Algún día te lo diré.

—¿No confías en mí? —Ibolya se arrodilló ante ella y le besó el dorso de la mano—. ¿Qué he hecho para ganarme tu indiferencia en los últimos días?

Etelka la vio con compasión y le acarició el rostro.

—Eres como una hija para mí. ¿Cómo puedes pensar que te trato con indiferencia? —la Condesa podía oler la angustia real de la chica.

Pobre.

Debía ser honesta con ella y pedirle paciencia.

Pero cuando se disponía a hacerlo, un sirviente entró agitado en la habitación de la Condesa, sin previo aviso.

En cuanto entró, y el olor nauseabundo que reinaba en el espacio se apoderó de sus fosas nasales, lamentó no poder evitar devolver lo poco que tenía en estómago.

Los escasos sirvientes que quedaban en el castillo no se daban abasto para limpiar los regueros de sangre que dejaba la condesa a su paso.

Y por más ceniza que tiraran para secar la sangre, el olor a muerte y descomposición era inaguantable.

—¿Cómo te atreves a entrar así?! —Ibolya le espetó al muchacho que se limpiaba los restos de vómito de la boca con el dorso de la mano.

No lo dejó explicarse, lo azotó de inmediato con la fusta que siempre llevaba encima para hacer entrar en razón a los criados que tenía a su cargo.

La Condesa sonrió complacida.

El joven se quejó de dolor. Sin embargo, se recompuso rápidamente porque sabía que imperaba advertir a la señora para luego correr por su vida ya que no estaba dispuesto a que le acusaran de ser cómplice de esa mujer.

Lo era, no le quedó más remedio que serlo cuando la Condesa lo amenazó con un cuchillo en sus testículos y lo hizo retorcerse del dolor apretando de los mismos sin misericordia mientras lo tuvo atado en el sótano como castigo por haber intentado huir en algún momento de sensatez que tuvo.

Habría preferido que lo mataran pero como no lo hicieron, no quería correr riesgos de caer de nuevo en el calabozo de la Condesa Sangrienta como solían llamarle los sirvientes a escondidas.

La hoguera tampoco era una opción y bien se sabía que si te hacían prisionero los guardias de Tolvaj tú vida sería un verdadero infierno.

—¡Vienen por la señora! —gritó enloquecido el chico y salió corriendo como si el mismo

diablo lo estuviese persiguiendo.

Bueno, en cierto modo, se estaba librando del diablo.

En efecto, sus palabras fueron ciertas.

Jorje Tolvaj estaba accediendo al castillo para constatar con su ejército que las acusaciones en contra de Etelka eran ciertas y una vez dentro, hasta le parecieron inocentes dichas acusaciones en comparación a lo que él mismo veía con sus ojos en ese momento.

Ibolya corría como una gacela que es perseguida por un feroz depredador.

Lloraba sin consuelo porque sabía lo que le esperaba a la señora.

Aunque ella misma le aseguró que no la dejaría en el castillo, que intentaría sacarla en algún momento, Ibolya intuía que su señora iría directo a la hoguera.

Corrió hasta que no pudo más, había entrado la noche, los animales salvajes empezaban a asomarse en el bosque y ella, temblaba de miedo.

Nunca antes se sintió tan desamparada.

Tenía la respiración entrecortada y aunque se sentía sin fuerzas, sabía que debía continuar hasta encontrar un buen escondite.

También tenía hambre y frío.

¿Por qué le tocaba ese destino tan cruel si ella no hizo nada malo? Nació para servirle a la señora y eso fue lo que hizo.

Entonces se recostó de un árbol y puso todos los sentidos alerta pero estaba tan cansada que, segundos después, perdió el conocimiento, viajando a un lugar en el que descubrió lo que había pasado la noche en que la mujer misteriosa visitó a su señora.

Etelka veía cómo los carceleros empezaban a sellar con ladrillos todos los accesos a sus aposentos.

Ventanas, puertas, entradas de aire.

Todo.

Cuando Tolvaj descubrió el horror dentro del castillo, de inmediato mandó a encarcelar a la Condesa, quien asumió con total normalidad su responsabilidad.

Nada podía ocurrirle, así que no había que temer.

Planificarían quemarla en la hoguera, ahogarla en el río o quizá la horca, nada podía matarla.

Fingiría su muerte y después retomaría sus planes.

Cuando Tolvaj le dijo que había conseguido que el tribunal se apiadara de ella por pertenecer a la nobleza y que se salvara de la pena de muerte, Etelka no se sintió tan afortunada.

Menos cuando vio las condiciones en las que tendría que vivir en la eternidad.

La encerraron en su habitación, dejando solo un orificio por el que, algunas veces, le pasaban alimento.

Y ratas, para aterrorizarla.

Ella agradeció el gesto de los imbéciles porque, al principio, pensaba que con la sangre de las ratas podría sobrevivir pero parecía que la vida eterna tenía algunos fallos en ella.

La sangre de las ratas era tóxica para ella. La drogaban, haciéndole olvidar algunas cosas importantes al despertar. Necesitaba mantenerse cuerda y con los recuerdos intactos en caso de

que Ibolya llegara a rescatarla tal como se lo pidió.

Los días fueron pasando, Etelka perdió la noción del tiempo.

Se dejó vencer por el hambre implacable y el dolor severo que tenía en las encías a causa del hambre. Cada rata, cada murciélago, cada bicho que entraba por aquel orificio, ella lo cazaba y lo devoraba.

Su habitación terminó siendo un lugar terrorífico, oscuro todo el tiempo, sin buena ventilación, lleno de heces y orina en el suelo.

Un lugar en el que nadie habría querido estar pero en el cual Etelka sobrevivió cuatro años antes de empezar a sentir una debilidad que la consumió rápidamente y le indicó que, tal vez, las ratas no eran suficiente alimento para mantenerla viva.

Entonces, su peor temor se hizo presente.

Envejecería y moriría.

Cuatro inviernos pasaron antes de que Ibolya pudiera ir a rescatar a su señora.

Cuatro años llevaba escondida en la casa de la mujer que la salvó de una muerte segura, aquella noche en la que tuvo que huir del castillo para no ser enjuiciada por complicidad con la señora.

Szilvia y su manada de lobos la despertaron para salvarla del ataque del animal salvaje que tenía a toda la población aterrorizada.

Ibolya procuró contar una historia que fuera creíble y que la alejara de la relación cercana que mantuvo con la condesa pero Szilvia sabía quién era ella e Ibolya supo pronto que era una mujer que no le iban ni las mentiras ni los rodeos.

Las alegrías tampoco.

Siempre se mostraba seria o más bien, sin emociones.

Y era una gran bruja. De las que se movían por el llamado de la naturaleza.

De las reales.

Las bendecidas por la madre tierra y el dios sol.

Ibolya encontró otra figura a quien adorar en suplencia de la Condesa.

Y en silencio, fue aprendiendo el arte de la magia.

Poco a poco alcanzó una experiencia que para no haber nacido con el don, era bastante buena en los hechizos y manejo de las plantas para la sanción.

Szilvia nunca le mostró absoluta confianza, ¿qué bruja lo hacía?

Era muy poderosa.

En todo ese tiempo no había sentido temor alguno estando allí. Y siempre se preguntó en qué lugar estarían que nunca vio a nadie pasar cerca de la casa. Ni carroza, caballos, personas, ni siquiera animales.

Todo lo que reinaba allí era la paz y el silencio.

Cosas que en un principio incomodaron a Ibolya pero que aprendió a vivir con ello con el paso del tiempo. Después de todo, era mejor eso que vivir en un calabozo prisionera de gente malvada o ejecutada como si hubiera sido ella la que hizo tratos con el demonio.

Y ese día, Ibolya sintió pánico al escuchar por primera vez cascos de caballos pasar por la casa y los lobos entrar en alerta.

Quizá la casa no estaba tan escondida como ella creía y seguían buscándola para llevarla a juicio.

—La casa no es visible a los que no son creyentes.

—¿Un creyente no sería capaz de entregarte a las autoridades? —Ibolya formuló la pregunta sin pensar. Quedó como una verdadera tonta después de eso porque era más que evidente que entre brujas, jamás se acusarían.

—Tu no lo has hecho —le espetó Szilvia—. Aunque entiendo que te mueves por el interés, no por creencias. Los creyentes son mis aliados. Aun no sé si tú lo eres.

—He aprendido cosas buenas de ti.

Szilvia resopló irónica.

—Que vas a usar para mal, porque en tu interior, no hay nada bueno.

—Eres más simpática cuando no hablas.

Szilvia soltó una carcajada.

—Tranquilízate. Tampoco soy tu enemiga. Creo que te lo he dejado claro en este tiempo. No te he sacado de mi propiedad porque sé que corres peligro afuera, que deberías pagar por todas las cosas que le tapaste a esa mujer. A veces, me gustaría creer que una parte de ti se arrepiente y te ayudará a cambiar. ¿Qué es exactamente lo que quieres de mí y no te atreves a pedirme?

Ibolya no se atrevió a pronunciar las palabras.

—Escuché que tu señora no se encuentra bien. Dicen que mandó a hacer unos cambios en el testamento.

Szilvia observó la reacción de angustia de Ibolya y supo que era el momento de aprovecharse de ella.

—Tú sabes que yo sé que tu señora fue la que desató la maldad en la comarca. Los demonios ahora están sueltos. A ti casi te ataca uno. Y fue ella. Aunque en todo este tiempo no lo hayas reconocido ante mí, yo sé que fue ella. Lo soñé, la vi alimentándose de las criaturas.

Ibolya tragó grueso ¿por qué esa mujer le decía todas esas cosas ahora?

—Tengo que rescatarla.

Szilvia asintió con la cabeza viendo directo a los ojos a Ibolya.

No estaba de acuerdo en salvar a semejante monstruo pero si los sueños que había tenido últimamente era ciertos, lo mejor era engañar a la sirvienta para hacerle creer que era una aliada y luego matarla, para poder poner en un lugar seguro el cuerpo de la condesa y asegurarse de que no pudiera despertar nunca más.

Unas semanas después, la noticia de la muerte de la Condesa ya se había esparcido por toda la comarca.

En un principio, pensaron en darle sepultura en la tierra en la que nació pero los habitantes de Ecsed se negaron a que un ser diabólico como ella tuviera descanso eterno allí, lo veían como mal augurio para la población y la tierra de la que dependían.

Así que la llevarían a la cripta que le correspondía a su familia Bárány.

El traslado ya se estaba llevando a cabo.

El castillo de Csejthe quedaría a disposición de Aletta que era la única descendiente de Etelka. Así como el resto de sus propiedades.

La sirvienta lloró cuando la bruja con la que convivía desde hacía años, entró en un extraño trance y después de eso le aseguró que podrían rescatar el cuerpo de la Condesa y llevarlo a algún lugar seguro en el que harían un hechizo que la traería a la vida de nuevo porque Szilvia vio en el trance que no estaba completamente muerta.

Así que ahí estaban, con todo el plan listo para ser ejecutado. Los lobos las cuidaban agazapados entre la maleza; aquellos los animales obedecían a la bruja de una manera que parecían entenderla a la perfección.

Ella una vez intentó darles una orden y tres de ellos le dejaron ver la mortal dentadura que poseían.

Nunca más lo intentó.

Las mujeres llevaban capas negras con grandes capuchas que tapaban sus cabezas y parte de sus rostros.

Los caballos estaban escondidos y el día empezaba a darle paso a la noche.

Hacía frío a pesar de que era la época en la que la tierra se calentaba un poco más.

El bosque siempre se mantenía húmedo, tenebroso y frío.

Escucharon, a lo lejos, un carruaje que se acercaba y el galope de varios caballos más que le seguía.

Szilvia levantó la mirada al cielo y vio un cuervo en la rama de un árbol.

El pájaro graznó con fuerza como si le estuviera dando una señal.

—Son ellos. Hay que prepararse. Tú, ve con los caballos y yo me encargo del resto.

Ibolya había aprendido a no llevarle la contraria a la mujer y además, en cierto modo, confiaba en ella.

A paso rápido, seguida de uno de los lobos, aguardó con verdadera impaciencia junto a los caballos que empezaron a relinchar por lo bajo y a inquietarse, como si intuyeran que algo malo pasaría.

Otro lobo se acercó a los animales y lamió algunas de sus patas haciendo que los caballos se quedaran tranquilos de nuevo.

Ibolya nunca presenció nada semejante.

En eso, la compañía se acercaba más hacia donde estaba Szilvia que se levantó y sin temor alguno, se enfrentó al carruaje haciendo que el caballo se alzara en dos patas y aterrando al conductor.

Los guardias que custodiaban el carruaje sacaron sus espadas y apuntaron a la mujer.

—¿Quién eres?

Ella, con total tranquilidad, se sacó la capucha de la cabeza y movió sus manos en el aire haciendo un barrido imaginario con el cual, hizo volar a los caballos y los guardias que estaban sobre estos. Los tres caballos se reincorporaron de prisa y aparecieron los lobos que, con un chasquido de dedos de la bruja, echaron a correr hacia los caballos que ya habían empezado un galope de escape.

Ibolya sintió miedo.

Szilvia era realmente poderosa.

Los caballos se inquietaron de nuevo y entonces vio a Szilvia alzar sus brazos con las palmas de las manos en dirección al cielo.

—¡Guardianes de los cuatro puntos, vengan a mí!

Los guardias gritaron aterrorizados antes de que el cuello de cada uno de ellos se rompiera y quedaran sin vida en el suelo.

El conductor del carruaje corrió en dirección contraria, por donde huyeron los caballos; Szilvia sabía que era peligroso dejarlo escapar. Ella tenía una misión en la que no podía fallar.

Chasqueó los dedos de nuevo y el lobo más grande, el que tenía el pelaje más oscuro, salió disparado para alcanzar al conductor aterrorizado y acabar con él.

En tanto, Szilvia caminó con cautela hacia la parte trasera del carruaje y abrió la compuerta

para cerciorar que un sarcófago de madera estaba siendo trasladado.

Estaba sellado como hacían con el de las brujas.

En caso de que quisieran regresar de la muerte no pudieran hacerlo.

Sonrió pensando en las tonterías de los mundanos.

Regresar de la muerte.

Nadie podía hacer eso.

Existían muchas cosas en los diferentes mundos que ella conocía pero cualquier criatura, una vez muerta, muerta estaría para siempre.

Le tomó algo de tiempo abrir el ataúd.

Cuando por fin lo logró, no se sorprendió en ver a Etelka porque ya la había visto en un trance reciente que tuvo.

La Condesa Sangrienta, en su codicia por permanecer bella y joven, elevó su maldad haciendo un pacto con Sejmet, la guerrera que solo saciaba su sed con sangre.

Y si bien era cierto que toda criatura que moría no podía levantarse de la muerte de nuevo, también era cierto que todas las criaturas, en todos los mundos, evolucionaban.

Sejmet lo hizo.

Lo percibía con Etelka.

La sangre la alimentaba pero necesitaba de otra cosa más para poder vivir a plenitud y no quedar seca como lo estaba ahora.

La psique humana.

Energía pura.

Szilvia comprendió, con ayuda de sus ancestros y de la magia más antigua y elemental, que Etelka necesitaba de psique para poder revivir.

Por eso no quería a la sirvienta cerca.

Ella había cerrado su centro de energía para que la Condesa no pudiera chupar de ella aunque, por el estado en el que se encontraba, tan deteriorado, y tan débil debido a que la sangre de los animales no le servía como la humana, se daba cuenta de que era incapaz de absorber psique sin antes consumir sangre humana.

Era mejor no arriesgarse.

Colocó el talismán en la bolsa que ella misma confeccionó para meter el cuerpo y subirlo al caballo.

El talismán le otorgaría invisibilidad y a la vez, bloquearía la energía que pudiera ser enviada a la Condesa.

Una vez dejó el talismán dentro, entonó el cántico que le ayudaba a ganar fuerza extra para levantar cosas pesadas.

Metió a la condesa dentro y pudo ver cómo esta movió, con gran lentitud, los ojos hacia ella.

Estaba en lo cierto. Seguía viva.

Luego quedó otra vez en un estado que quien la viera, pensaría de inmediato que estaba muerta.

Cerró la bolsa con la cuerda que brilló una vez estuvo atada y la arrastró hacia donde se encontraba Ibolya.

Esta se sacó la capucha y corrió a su encuentro.

—Quiero verla.

Szilvia negó con la cabeza.

—Cuando estemos lejos.

—¿Está viva?

—En muy mal estado, pero sí, lo está.

—¿Qué es? —Ibolya finalmente hizo la pregunta que tanto la atormentaba.

Szilvia sonrió con malicia.

—Algo que tú también quisieras ser pero que yo no voy a permitir.

Ibolya la vio con sincera duda. ¿Había confiado en esa maldita bruja como una estúpida?

La bruja subió el cuerpo sin ningún inconveniente al lomo del caballo e Ibolya corrió para abrir el saco y salvar a su señora.

El cordón negro que cerraba el paquete le quemó las manos.

La bruja resopló con ironía.

—Los humanos no dejan de sorprenderme.

—¡Me engañaste, maldita bruja! —casi gruñía como lo hacían los lobos a ella en cuanto sintieron el cambio en su actitud.

La bruja se acercó a Ibolya.

—Te engañé —afirmó con tranquilidad y viéndola a los ojos—. Por el bien de la humanidad, te engañé. Y por ese mismo bien, tu tampoco puedes sobrevivir —levantó su mano derecha, en la que tenía una daga que, sin pensarlo, hundió en un costado de Ibolya; la afectada abrió los ojos al sentir la daga atravesar su piel. Sintió también la sangre salir cuando Szilvia retiró la daga.

La sirvienta cayó moribunda en la maleza y con los ojos clavados en la maldita bruja.

Quería hablar pero se le hacía difícil.

El aire, de pronto, no le llegaba bien a los pulmones.

—Lo lamento. Tu espíritu es más negro que el de ella —dijo la bruja antes de darle la orden de huir al caballo que quedaba libre.

Desde lo alto del animal negro azabache que montaba, vio como la vida de Ibolya se apagaba.

La sirvienta tosió, intentaba decirle algo.

«No lo intentes, te va a doler más» anunció Szilvia en sus pensamientos entrando en los de Ibolya.

Esta la vio con furia desmedida en la mirada.

La muerte abrazó a Ibolya y Szilvia galopó con su carga valiosa junto a sus guardianes del bosque hasta llegar a tierras lejanas sin sospechar que la misma vida le tenía deparado algo que jamás habría podido imaginar.

Szilvia cabalgó sobre su caballo negro azabache durante varios días.

Solo paraba por las noches para reponer fuerzas durante algunas horas y darle un poco de tregua al animal.

Los lobos le acompañaban en todo momento.

Gracias a ellos estuvo alimentada todo esos días porque los enviaba a cazar apenas paraban en algún sitio.

No podía separarse del cuerpo de la mujer maldita.

Era su responsabilidad.

Su misión, era dejar esa mujer en tierras nuevas, muy alejada de cualquier civilización y escondida de los ojos que quisieran desatar el mal una vez más.

Sabía que no podía darle la muerte definitiva a la mujer porque para eso era necesario darle la vida plena de nuevo. Que su piel volviera a ser la que había sido y no esa capa dura, difícil de penetrar que era ahora.

Era como si se le hubiese hecho una coraza para protegerla en su estado de debilidad.

Estos seres morían con un corte limpio de cabeza.

Tal como se lo enseñaron los ancestros en las visiones y como lo llevó a cabo con esas bestias que la Condesa dejó abandonadas en el bosque después de convertirlas en lo mismo que ella.

No fueron muchas, la verdad.

Y Szilvia tuvo la suerte de poder acabar con todas.

Una sola escapó y estuvo atacando a los animales de algunos habitantes de la comarca, pero ella la encontró antes de que hiciera algo peor.

Esas pobres infelices habrían vivido cosas espantosas en manos de esa mujer porque en cada encuentro con alguna de ellas, Szilvia podía percibir la desesperación y el miedo que les producía ser capturadas otra vez. Parecía como si toda su vida, antes de que cayeran en manos de la Condesa, hubiese desaparecido al ser convertidas en demonios.

La noche antes de que llegara a orillas del Mar del Norte, tuvo una visión en la que un hombre se presentaría en su camino y le ayudaría a cruzar el mar.

Uno de los lobos se acercó a ella tras la visión y se echó a sus pies.

Era el más joven. Con su pelaje gris claro y brillante.

Tenía una mirada vivaz y alegre.

Sonrió y le acarició el lomo.

Los demás imitaron al joven y fueron echándose cerca de la bruja. El *Alpha* solo se sentó a su lado y ella le acarició en el pecho.

—Nos volveremos a ver, se los prometo. Recuerden que el viaje les producirá algunas cosquillas. Y estarán viajando hasta que yo encuentre un lugar seguro para todos. ¿Entendido?

Dos de ellos soltaron un par de ladridos y el *Alpha* la vio a los ojos bajando su cabeza en señal de entendimiento.

Aullaron, no querían separarse de ella y Szilvia tampoco lo quería así pero era necesario.

Ya se vería bastante sospechoso que ella llegase al puerto sola a caballo con una carga.

Tenía una historia preparada para eso, no sabía si todo saldría bien sin ella tener que hacer uso de sus poderes. No quería acabar huyendo de la justicia inquisidora de la que tanto se había cuidado.

Despertó con un sobresalto por los gruñidos de los animales.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que la noche empezaba a aclarar y dar paso al día.

Fijó la vista buscando a sus chicos pero no logró ubicarlos.

Entonces, temió por su valiosa carga y giró la cabeza de inmediato para cerciorarse de que todo estuviese en su sitio.

Lo estaba.

Pudo respirar un poco mejor.

Se levantó y sacó su daga del cinturón. Algo ocurría y hasta que no supiera qué diablos era la amenaza no podría quedarse tranquila.

—¿Qué ocurre, chicos?

Los lobos empezaron a aullar y gruñir más fuerte.

Ella siguió los sonidos sin dejar de vigilar el cuerpo de la Condesa.

—¡Ayuda, por favor!

Se dio la vuelta con rapidez para ver de nuevo hacia el caballo tras escuchar la voz masculina en las cercanías.

Podía tratarse de una emboscada.

El caballo parecía tranquilo y uno de los lobos fue a hacerle compañía tal como se lo indicó Szilvia mentalmente.

Llegó a donde estaban sus lobos.

Ellos se sentaron y guardaron silencio.

Vio a su alrededor y no observó nada fuera de lo normal.

—Estoy aquí, arriba.

Levantó la vista y se topó con un hombre que parecía haberse subido a toda prisa al árbol cuando se disponía a vaciar su vejiga.

Sonrió divertida.

—Buen trabajo, chicos.

Acarició a los animales en la cabeza y luego les dio la orden de que se quedaran quietos pero alertas.

—¿Quién eres? —le preguntó al hombre.

—Un forastero que necesitaba orinar.

—¿No tienes casa, forastero?

—Dejé de tenerla cuando mi madre murió y tuve que salir a ganarme la vida. Tú no eres de aquí tampoco.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre bufó por lo bajo.

—Viajas sola, con un caballo y una manada de lobos que pareciera que los tienes entrenados para matar. Yo diría que tampoco eres de este mundo.

Ella le sonrió con sorna.

—Y si no soy de este mundo, ¿sería un problema para ti?

—Mientras me dejes bajar, colocarme de nuevo los pantalones y seguir mi camino, tú puedes ser y hacer lo que se te venga en gana. Nunca ha ocurrido este encuentro para mí.

Ella asintió.

—Puedes bajar.

Él rio divertido.

—Ni lo sueñes. Una cosa eres tú —luego señaló a los lobos—; otra lo son ellos.

—Te doy mi palabra de que no moverán ni un pelo de su lugar hasta que yo dé la orden.

El hombre levantó las cejas con sorpresa.

El sol ya empezaba a despuntar y la claridad era mayor en la zona.

Szilvia pudo notar la buena musculatura del hombre mientras se subía los pantalones.

También reparó en otros atributos que le hicieron sentir la magia de la vida en sus entrañas. Un extraño cosquilleo que nunca antes había sentido en su vida y del cual siempre escuchó hablar a su abuela cuando hacía mención a las relaciones entre un hombre y una mujer.

—Veo que eres diferente a las demás mujeres. No te riges por las falsas reglas de la sociedad.

—Soy de otro mundo —Ambos sonrieron y él, finalmente, se acercó a ella.

Cuando lo hizo, Szilvia intentó recordar cuándo había sido la última vez que vio algo tan hermoso como lo eran aquellos ojos que ahora la observaban con total diversión.

Eran como la miel pura. Cristalinos.

Había tanto en ellos. Una mezcla de emociones que iban desde el resentimiento hasta la más pura bondad.

Lo sintió de inmediato.

Era un buen hombre a pesar de todas las injusticias que le había tocado vivir a lo largo de la

vida.

—Mujer de otro mundo, ¿tienes un nombre?

—Szilvia —comentó ella.

—Kristof es el mío.

—¿Qué hacías por aquí, Kristof?

—Busco otras tierras para vivir.

Szilvia tuvo la visión de que escapaba de alguien.

—O quizá buscas la oportunidad de huir.

El hombre la vio con duda.

—Ahora no podré huir más porque tus animales me obligaron a enviar a mi caballo lejos.

—Quizá era lo que más nos convenía a ambos.

Él la vio con duda de nuevo y ella tuvo la visión de que podrían llegar a tierras lejanas si trabajaban como un equipo.

Ambos lo necesitaban para poder huir sin levantar sospechas.

Kristof Sas era un buen hombre aunque sus actividades fueran totalmente ilícitas y le gustara estar siempre metido en problemas.

Era un espíritu libre.

Su madre murió cuando él apenas era un adolescente y vivían en una casa en algún lugar en medio de la naturaleza en la frontera entre Francia y Bruselas.

Tenía allí una vida tranquila. Hasta que Kristof se hartó de esa vida que tenían y decidió buscar un lugar para vivir en la ciudad más cercana. De la que muy pronto tuvo que huir porque sus acciones de hurto empezaron a levantar sospechas.

Así conoció a otros como él y consiguió mantenerse de la misma manera durante muchos años más.

Vivió muchos años de su vida en medio de la naturaleza y saber cómo sobrevivir sin ningún problema era la mayor ventaja que tenía si las cosas en la ciudad se ponían muy feas y empezaban a ofrecer recompensa por su captura; se internaba en el bosque y ahí permanecía un buen tiempo meditando qué hacer cuando decidiera salir de su escondite.

Como era el caso cuando se encontró con Szilvia.

Quería acercarse al puerto de Ostende porque sabía que pagando una buena suma o sirviendo de mano de obra en una embarcación, podría partir hacia Kingston Upon Hull y podría empezar una nueva vida.

A pesar de que quería seguir manteniendo su espíritu libre y aventurero, la edad ya no le hacía favores y escapar con ventaja le costaba cada vez más, así que era hora de pensar en un trabajo honesto en un lugar en el que nadie le pudiera reconocer.

Pero ahora se había cruzado con esa mujer que parecía absorberlo con sus misterios y sus encantos.

Nunca antes se sintió tan atraído hacia una mujer en su vida.

Era una bruja, no le quedaba la menor duda de eso.

Los lobos, el saco que llevaba en el lomo del caballo y por el cual casi le arranca la mano cuando él intentó tocarlo, las miradas analíticas que le dedicaba; le indicaban que era una bruja.

No era que se hubiese topado antes con alguna y por eso pudiera reconocer a esta.

No.

Sin embargo, ella tampoco intentaba ocultar quién era realmente.

Caminaron en silencio durante gran parte del día aun cuando él quería interrogarla.

Algo que le decía que era mejor no presionarla para que pudieran ayudarse entre ambos.

Le costaría un poco más de trabajo conseguir puesto para todos en el barco pero también levantaría menos sospechas. Tendría que decir que estaban casados.

—Cuando lleguemos al puerto, debemos fingir que somos un matrimonio.

Un lobo gruñó y ella bufó asintiendo.

El más grande de los lobos, el más oscuro y quien lo veía con más recelo se plantó junto a la mujer, entre ellos.

—¿Son humanos estas bestias?

El lobo hizo un rápido movimiento de cabeza sujetándolo con fuerza por uno de los tobillos pero en plan de advertencia.

Kristof se quedó inmóvil mientras veía como ella se divertía con la escena.

—No es gracioso, dile que me suelte.

—Le llamaste bestia. ¿Qué podías esperar? Tendrás que disculparte.

Kristof la vio confundido y ella enarcó una ceja cruzando los brazos.

—Está bien, lo siento.

El lobo lo soltó gruñendo de nuevo.

Ella sonrió y Kristof sintió como si la luz del día se hiciera más intensa sobre ella.

«Es una bruja» se dijo a sí mismo para advertirse de tener cuidado.

—No podemos llegar con ellos al puerto.

—Lo sé. Y ellos también, ya saben lo que sucederá cuando estemos cerca de la población.

—No falta mucho.

—También lo sé —ella lo vio con reprobación. No le gustaba que la hiciera sentirse inútil.

—Escucha, Szilvia, yo...

—Tu eres quien debe escuchar, Kristof —se detuvieron frente a frente—. Llegaremos al puerto, hablarás con quien sea que tengas que hablar, nos subiremos al barco y partiremos. Llegaremos a destino y luego cada quien seguirá su camino.

Él asintió como si ella acabara de darle una explicación detallada de cómo ocurrirían las cosas.

Era como si supiera más información pero no la tenía clara.

—Estás jugando con mi mente.

—Solo te preparo para cuando lleguemos y no seas capaz de entender algunas cosas.

Él asintió de nuevo.

—¿Por qué necesitas ir a nuevas tierras?

—Es una misión de la que no puedo hablar.

Kristof entendió que era mejor no seguir preguntando.

Volvieron a caminar en silencio un poco más cuando Szilvia se detuvo y los lobos se alinearon frente a ella.

El caballo relinchó un poco.

—Nos veremos pronto —dijo la bruja y luego hizo chocar las palmas de las manos.

Pequeñas partículas brillantes salieron del choque cayendo sobre los animales convirtiéndolos, allí donde los iba tocando, en partículas que se mezclaron con el aire y desaparecieron tan pronto como se desintegraron todos los animales.

Kristof la miraba impresionado.

—Ya tenemos un problema resuelto. Ahora resolveremos ese —dijo señalando hacia el caballo

y el bulto negro que llevaba en el lomo.

Szilvia sintió alivio y experimentó cierta emoción cuando vio a Kristof ir hacia ella con la carroza y el baúl que le pidió que consiguiera. Meterían a La Condesa en el baúl y llegarían al poblado como un matrimonio que necesitaba zarpar con urgencia.

No haría falta dar tantas explicaciones, pensaba Szilvia, los ancestros le ayudarían a que todo saliera como hasta ahora había salido.

Era su destino y nada podía fallar.

Levantaron miradas por ser caras nuevas, pero nadie se atrevió a detenerles.

La suerte estaba de su lado.

Lograron llegar al puerto sin problema alguno, sin embargo, no encontraron barco en el cual zarpar ese día, ni en los siguientes.

Tuvieron que registrarse en una pequeña posada que estaba sobre un bar que, por las noches, parecía ser el lugar de encuentro de los marineros y mujeres de vida fácil.

Las habitaciones eran pequeñas y como era de esperarse, les dieron una cama para un matrimonio.

El baúl lo trasladaron con facilidad gracias al cántico de Szilvia y una vez estuvieron dentro de la habitación que les asignaron fue cuando la bruja se permitió descansar un poco.

—Voy a dormir. Mañana le preguntaré a la mujer que nos atendió abajo a ver si es capaz de conseguirnos ropa limpia y agua para asearnos.

Kristof asintió.

—Yo intentaré ponerme en contacto con el capitán del barco. Ocupa tú la cama, yo puedo arreglármelas con la silla.

Ella lo vio con compasión y su actitud le pareció lo adecuado, sin embargo, sacó la cobija de la cama y se la cedió a él.

—Hace un poco de frío.

Él asintió.

—Gracias.

Y así pasaron la primera noche.

La segunda.

La tercera, cuando Kristof se cayó de la silla y Szilvia no pudo evitar reír a carcajadas después de haberse llevado un gran sobresalto, acabaron metidos en la cama, cada quien en su lado, al menos él pudo descansar mejor a partir de esa noche.

Una semana después, seguían en las mismas condiciones y finalmente consiguieron al capitán del próximo barco que zarparía en dos días.

El hombre, no hizo tantas preguntas como Szilvia y Kristof pensaron que haría. Parecía de estos que iban un poco en contra de las normas establecidas. No era supersticioso pero sí era un gran negociante y además de cobrarles una suma alta por el viaje y cederles su camarote porque no había espacio en su barco para que un matrimonio pudiera sentirse cómodo y pudieran gozar de privacidad, le pidió ayuda durante el viaje a Kristof porque no tenía marineros suficientes.

Este aceptó conforme.

Partieron en un viaje que se presentó sin grandes contratiempos.

El baúl pasó desapercibido en todo momento y cuando estuvieron en Kingston, Szilvia pudo sentir con mayor fuerza la energía de sus ancestros que la guiaban directo al lugar en el cual debía

dejar el cuerpo de la Condesa.

—¿Hacia dónde debes ir?

En esos días, ella y Kristof lograron convertirse en amigos.

Incluso, ella empezaba a notar que él la observaba diferente.

Ella también se sentía diferente con respecto a él y la idea de separarse le estaba atormentado un poco.

No hacía falta que los ancestros le dijeran qué le estaba pasando.

Podía sentir que Kristof era importante para ella.

Quizá podía ser amor.

—No lo sé —respondió ella sonriendo a medias y él detectó la tristeza en su mirada—. Me guiarán, como lo hicieron antes.

Él asintió.

¿Sería un atrevimiento acompañarla?

Ella sonrió con vergüenza.

Y esa sonrisa se le hizo tan dulce a él que sin importarle si ella estaba leyéndole o no los pensamientos, se dejó llevar por el arrebato y por las ganas que tenía desde hace días de besarla.

Se acercó a ella y la tomó del cuello con delicadeza y firmeza, y le dio un beso suave en los labios.

¡Cuánta calidez sintió ella en su interior!

—No tengo a donde ir —dijo él después, apoyando su frente en la de ella mientras ella le acariciaba las manos que aún le rodeaban el rostro—. Quiero acompañarte.

Y ella, en ese instante, tuvo una visión en la que estaban juntos, recorriendo el camino tomados de la mano y ella llevaba en el vientre el fruto del amor que apenas empezaba a nacer entre ellos.

Supo de inmediato que ese hombre no solo la acompañaría ese día.

La acompañaría el resto de su vida.

Szilvia y Kristof pasaron varios días y noches, viajando guiados por los ancestros de la bruja.

Cada día que pasaba, el sentimiento que los unía se hacía más fuerte.

Hablaron de sus vidas, de sus familiares ya fallecidos, de lo mucho que extrañaba Kristof a su madre y el por qué decidió convertirse en un ladronzuelo al quedarse solo.

Le contó sus aventuras de hurto y cómo logró escapar siempre de las manos de los que ordenaban su captura inmediata.

Se sintió tranquilo contándole todo a la mujer que ahora le robaba el aliento.

Sabía que nada podría separarlos, en otras tierras todo sería diferente y conociendo el origen mágico de ella y lo mucho que le gustaba permanecer escondida en el bosque, vivirían libres de problemas.

Nunca antes había sentido nada igual por una mujer.

Claro, no podía comparar a Szilvia con las mujeres con las que estuvo hasta ese momento.

A pesar de que aún no intimaban.

La deseaba, seguro que sí. Quería ser un caballero con ella porque la chica era especial.

Por su parte, Szilvia, en su interior, orbitaba en una nube de felicidad que también le producía temor.

El hecho de que viviera toda su vida en el bosque, conjurando su casa con el poder de la invisibilidad, no solo era para protegerse de los que podrían acusarle de herejía. Lo usaba

también para protegerse del amor porque su familia arrastraba la maldición de que las mujeres se enamoraban, y caían en desgracia para conseguir la muerte a temprana edad.

No ocurría con todas las mujeres de su familia. La maldición necesitaba de un alineamiento astral específico para que ocurriese por ello su abuela murió anciana pero su madre, a quien sí le tocó aquella maldición, murió cuando Szilvia era muy pequeña.

Y aunque su abuela le aseguró que ella no llevaba la maldición, no quería arriesgarse a dejar descendencia a la deriva.

El amor de una madre era insustituible a pesar de que ella tuvo el de su abuela, que podía ser considerado lo mismo, no lo era.

La misión que le encomendaron los ancestros aquella noche de relámpagos y ruidos extraños en el bosque la obligaron a salir de su lugar de protección y la llevaron directo a conocer a Kristof; un hombre que despertaba muchas cosas en ella.

Cosas que desconocía que existían.

Lo que más le gustaba era lo cómoda y libre que ese hombre le hacía sentir.

A su lado, también se sentía protegida; segura.

Su aspecto rudo, desaliñado y las cicatrices del rostro consecuencia de las muchas peleas en la que se vio envuelto, ocultaba muy bien al hombre sensible y encantador que realmente era.

Estaban muy cerca del punto al que los ancestros le estaban llevando.

Szilvia estaba un poco confundida.

Durante el viaje en barco, estaba segura que una vez que pisara tierra, la llevarían directo al lugar en el que ocultaría el cuerpo de la Condesa para siempre.

No fue así.

El llamado cambió y aunque seguía siendo fuerte, no entendía por qué no podía dejar a la mujer maldita allí y largarse a vivir su vida en felicidad plena.

Le preocupaba que aquello se extendiese más.

Desde que bajaron del barco no habían tenido la fortuna de ver el sol.

En esa tierra llovía casi de manera continua.

Por fortuna, ninguno de los dos había caído enfermo.

Pronto todo pasaría.

Estaban muy cerca de su destino, Szilvia podía sentir cada vez más cerca la fuerza de sus iguales que le atraían como un imán.

Había mucho poder en esas tierras.

—Veo humo. —le anunció Kristof enderezándose en la carroza.

Ella le imitó y también pudo ver un humo ligero y blanquecino que desaparecía al alcanzar las copas de los árboles.

Entonces sintió el llamado en su pecho y aguzó el oído para darse cuenta de que sus amigos, compañeros de vida, los lobos, se materializaban de nuevo mientras corrían junto a la carroza.

Kristof sorprendido, giró la cabeza a ambos lados.

—Son los tuyos, ¿No?

Ella asintió sonriendo y alzando la cara al viento que le rozó la piel en ese momento.

—Son nuestros. Mientras estés conmigo todo será nuestro —Kristof la vio complacido, esa mujer lo enloquecía y solo había probado sus labios—. Sigue el humo. Nos llevará a nuestro destino.

Unas horas después, seguían observando el humo más no conseguían acercarse a él. Parecía que mientras estos intentaban acercarse, el humo se alejaba en la misma medida y seguían permaneciendo separados siempre con la misma distancia.

Los lobos pararon en seco y reanudaron su paso tras olfatear el aire.

Tomaron un camino apenas perceptible por el ojo humano que estaba a la derecha.

—Síguelos.

Kristof hizo lo que le ordenaba la mujer y tras recorrer un poco más el sendero, entraron en lo que parecía ser otra dimensión.

Un claro del bosque que era acariciado y bendecido por los rayos del sol.

La lluvia estaba a espaldas de ellos, con el clima húmedo y sombrío; mientras que al frente, todo resplandecía de luz y color.

Kristof jamás había visto un verde tan intenso en la hierba y sentido unos rayos de sol tan cálidos como esos.

Los lobos se perdieron en el interior de una cueva y Szilvia los imitó.

—Debemos entrar allí y esperar —anunció cuando salió de la cueva y observó a Kristof custodiando la carga preciada que los había llevado hasta allí.

A Szilvia le picaban las manos.

La concentración de energía de ese lugar superaba lo que ella conocía. En creces.

Entendió que los ancestros le llevaron allí para encontrarse con una igual a ella. Aun no sabía por qué.

Entonó el cántico que le ayudaba a ganar fuerzas para cargar con el cuerpo de la Condesa.

—No —la detuvo Kristof—. Lo haré yo.

—Aunque estemos juntos, no es un asunto tuyo. Esta, es mi responsabilidad.

—No quiero compartir contigo solo lo bueno.

Se acercó a ella y la besó como solía hacerlo desde la primera vez que sus labios y los de ella entraron en contacto.

Ella se dejó guiar en el beso, como solía hacerlo y también, soltó esa exhalación de satisfacción que encendía la hombría de Kristof.

Los lobos se arremolinaron cerca de la carroza en la que aún estaba el cuerpo de la Condesa, mientras Kristof y Szilvia se tumbaron en la hierba sin separar sus cuerpos.

Szilvia era capaz de sentir la energía que ahora se concentraba en su entrepierna.

Una maravillosa sensación que le producía cosquillas incontrolables que le hacían gemir. Más aun, cuando Kristof la exploró al completo con sus manos.

No hubo un centímetro de su cuerpo que ese hombre se saltara mientras ella arqueaba la espalda y jadeaba como si estuviese sedienta. Sintió cómo los pezones se le endurecieron y respondían con mayor firmeza al contacto de la voraz boca de su amante.

Kristof marcó su cuerpo entero con besos y caricias que parecían bloquear sus pensamientos y solo permitirle ser capaz de sentir sin pensar; entregarse sin estar alerta, sentirse amada sin miedo.

La erección de Kristof rozó su centro húmedo e inocente y Szilvia no pudo controlar los espasmos que la invadieron mientras Kristof seguía frotando su sexo con el de ella.

Cuando Szilvia dejó de temblar y su cuerpo se relajó otra vez, Kristof la besó con pasión y urgencia.

Quería poseerla de inmediato pero sabía que debía ir con calma. Ella nunca había estado con un hombre antes. Lo intuía.

¿Cómo era que la vida lo premiaba con una mujer tan buena y pura como Szilvia? ¿Cómo

después de comportarse tan mal con los bienes de otros?

Se sentía bendecido. Aquello parecía un sueño.

Su miembro palpitó de nuevo y necesitó hundirlo en ella.

Sin dejar de besarle el pecho, blanco, suave y firme con aquellos pezones que estaban erguidos solo para su deleite; dejó que su miembro se abriera paso por su cuenta.

El cuerpo de un hombre y una mujer encajaba a la perfección cuando se encontraban.

Como ocurrió con el de ellos.

Kristof la penetró con sutileza pero sin poder controlar a plenitud el deseo que lo consumía por dentro.

Ella gimió, se quejó de dolor y él se detuvo.

Szilvia lo motivó a continuar en su faena con besos que lo enloquecían aún más.

Quiso ser más cortés con ella, más el instinto salvaje lo dominó y de pronto empezó a entrar y salir del cuerpo de la mujer con urgencia, sintiendo que en el interior de Szilvia todo estaba bien y listo para él.

Las contracciones de Szilvia no se hicieron esperar y fueron el detonante para dejarle a él alcanzar el clímax total.

Vibró, liberando toda la pasión contenida; sintió los gruñidos de éxtasis salir de su garganta; y finalmente, marcó a Szilvia con un destino que no pudieron anticipar porque no había registros de nada parecido.

Los lobos aullaron con dolor.

Los ancestros no estaban preparados para esa unión.

Una unión que jamás tuvo que ocurrir.

Los lobos se movían inquietos alrededor de ellos.

—¿Qué me ocurrió? —Szilvia estaba atontada.

—Te quedaste dormida —Kristof la acarició en el abdomen con la yema de los dedos.

Szilvia negaba con la cabeza.

—Tengo mucho frío —vio a su alrededor, la noche estaba cayendo—. Vayamos a la cueva. Pronto vendrán por nosotros.

Desnudos, sin reparos, caminaron hacia la entrada de la cueva adornada con hiedra.

Szilvia se detuvo, una vez su pie derecho cruzó la entrada.

La energía era muy intensa ahí, pero no la detuvo eso, recordó que la Condesa seguía en la carroza y los lobos, ahora estaban alrededor de ellos.

Seguían inquietos y Szilvia intentaba entender qué demonios ocurría.

Le dio un mal presentimiento todo aquello.

—¿Qué ocurre?

—Voy por el saco.

—Lo hago yo, déjame ayudarte.

Ella negó con la cabeza y empezó a entonar el cántico que le otorgaba fuerza.

Cuando estuvo frente a la carroza, frente a la carga, siguió cantando al tiempo que tiró de la bolsa y para su sorpresa, se cayó al suelo con el saco encima.

—¡Szilvia! —Kristof corrió a ayudarla y ella intentó recomponerse pronto, no quería que el hechizo que cubría al cierre del saco alcanzara a Kristof y lo lastimara.

Lo que ocurrió la dejó sin palabras y le otorgó las visiones que más dolor le causaron en su

vida.

Kristof tomó el saco por el amarre sin mayor problema, no hubo quemaduras, ni siquiera una leve incomodidad, se puso el saco al hombro y lo acercó a la cueva.

—¿Szilvia? —la llamó al ver que ella no se movía de su lugar.

Ella escuchaba que él le llamaba y quería responderle pero estaba a punto de sumergirse en una visión, la más importante de su vida.

Las imágenes empezaron a aparecer y Szilvia se llevó la mano a la boca por la sorpresa.

—¡Por los ancestros! ¿Qué hice? —fue todo lo que pudo murmurar antes de abstraerse por completo de la realidad.

Los lobos aullaban sin parar y Kristof estaba a punto de entrar en pánico absoluto.

Pedía a gritos ayuda y nadie acudía a él.

Szilvia estaba inconsciente en su regazo desde hacía mucho rato.

Se llevó un susto tremendo al verla caer de nuevo al suelo después de que él le ayudara con el maldito saco que estaba a punto de meter en una hoguera y acabar con el problema de la misión que estaba poniendo en peligro a la mujer que se le había clavado en el corazón.

—¿Pueden callarse? —Espetó a los lobos y el *Alpha* se acercó a él y le gruñó antes de lamer a Szilvia en el rostro—. ¡Yo no quiero lastimarla! ¡No le hice nada! —Kristof empezaba a sonar desesperado con la voz entrecortada.

Le dio golpecitos suaves en la mejilla, le dio besos; y nada conseguía despertar a Szilvia.

La noche seguía cayendo y los ruidos del bosque parecían hacerse más intensos.

No podía dejar a Szilvia allí, sola, e ir por ayuda; y tampoco podía meterla en la carroza porque le era imposible cargarla, parecía que estaba intentado cargar a una roca.

Seguiría intentándolo hasta conseguirlo porque debía haber alguna manera de sacarla de ahí y buscar ayuda.

Se puso de pie y la tomó por la espalda para arrastrarla pero solo consiguió que los pies se le resbalaran y cayera sentado con ella entre sus piernas.

Un nudo se empezó a apoderar de su garganta.

—No vas a poder moverla.

La voz femenina lo asustó y le hizo envolver a Szilvia de manera instintiva en un abrazo.

Los lobos los rodearon como formando un cerco de protección que permaneció, a pesar de que la mujer que recién había aparecido, le hizo una reverencia al lobo *Alpha* y este, en respuesta, asintió.

—Está en trance —señaló a Szilvia—. Ve cosas que le asustan y por eso no quiere moverse de donde está. ¿Cuánto tiempo tienen aquí?

—Llegamos hoy. Íbamos hacia la casa —Kristof señaló el humo.

—Ella no puede pasar de aquí —señaló el saco.

Kristof la vio con duda.

La mujer le sonrió con malicia.

—Mi abuela la cuidará en la cueva —Kristof vio a su alrededor, buscaba a la abuela de esta mujer—. Ya te contaré su historia —le aclaró esta sin importancia. Se agachó junto a Szilvia y le tocó la frente.

De inmediato, sacó la mano aterrada. Su respiración se volvió irregular y veía a Kristof con temor.

—¿Qué ocurre?

La bruja temblaba y negaba con la cabeza.

—¡Eres su hijo! ¡Condenaste a tu descendencia y la de Szilvia!

—¡Con un demonio! ¿De qué estás hablando?

La bruja empezó a entonar una melodía en un idioma que Kristof no supo entender.

Y las imágenes empezaron a llegar en su cabeza.

No podía creerse el horror que veía.

Tenía que haber algún error, no podía ser hijo de una mujer tan cruel.

A Kristof le tomó varios meses entender toda la verdad acerca de su vida en el pasado y lo que le deparaba el futuro a él, a la mujer que amaba y las niñas que esta llevaba en el vientre.

Cuando veía el vientre abultado de Szilvia, sonreía con una mezcla intensa entre felicidad y rabia.

El día que hizo suya a Szilvia pasaron tantas cosas, que cuando le anunciaron el embarazo ya nada podía asombrarle. En otro momento lo habría creído imposible o un acto milagroso de fertilidad inmediata porque había que tener mucha suerte —o mala, según se viera— para dejar en estado a una mujer en el primer contacto.

Ese mismo día, se enteró de que lo que iba en el saco era el cuerpo momificado de su verdadera madre, la cual, pudo apreciar que era un demonio que él mismo estuvo dispuesto a matar una vez se enteró de todas las cosas horribles que hizo esa mujer.

Después de que Szilvia despertara del largo trance en el que estuvo sumergida, le dio todas las características con las que contaba su madre. No podían matarla en el estado en el que se encontraba y tampoco podían revivirla para luego arrancarle la cabeza con un corte limpio.

Sería todo un peligro y las brujas no estaban dispuestas a asumirlo.

Así que la dejaron dentro de la cueva.

Edith, la abuela de Marian, había nacido en esa cueva en la que ahora estaba el cuerpo de la Condesa. Edith fue una gran vidente y bruja.

Dejándole a su única nieta toda la sabiduría que poseía.

La tragedia las tocó cuando la madre de Marian salió del claro del bosque que permanecía oculto a los ajenos a la magia, gracias al mismo hechizo de invisibilidad que usó Szilvia en su antigua casa; y nunca más volvió.

Marian la sintió sufrir durante mucho tiempo y su abuela tuvo visiones de ella en estado de cautiverio, se negaba a ver algo más sobre el sufrimiento de su hija.

Todo terminó cuando su vida se apagó y ambas lo sintieron.

Fue un dolor inmenso para ellas saber que no tendrían la posibilidad de volver a verla en vida. Sin embargo, encontraron consuelo pronto con el alivio que les produjo saber que al menos, su espíritu estaba a salvo y ya no podría sufrir más.

Así que la cueva era una especie de lugar sagrado según les explicó Marian a Szilvia y a Kristof una vez estuvieron instalados en la casa de Marian.

La Condesa Sangrienta se quedaría allí para siempre. El lugar permanecía oculto a los otros y la Condesa no podría ser revivida.

Kristof escuchó historias de esa mujer cuando estuvo una temporada en Hungría. Y pensaba que solo eran historias de los campesinos.

Pero no, no solo eran ciertas si no que, además, la verdadera historia escondía mucho más de

lo que la gente corriente sabía.

Un hijo bastardo, por ejemplo; y futuras generaciones de demonios como esa mujer.

Las brujas le aseguraron que no serían seres tan crueles porque ellas, y otras como ellas al rededor del mundo, estaban en la misión de educar a estas criaturas para que pudieran convivir en armonía con los humanos y las brujas.

Szilvia lo vio a los ojos y le sonrió con la dulzura que lo derretía.

Se sentó junto a él mientras se acariciaba la barriga redonda y de gran tamaño en la que sus hijas se movían inquietas.

—Hoy se mueven más que nunca.

Kristof sonrió y se acercó a la barriga para besarla.

Después siguió haciéndole caricias a su mujer en esa parte del cuerpo.

Allí tenían una vida que parecía perfecta. Kristof quería sentir que así lo era. Pero le enloquecía el saber que cada vez estaban más cerca de la décima luna llena y que cuando eso ocurriera, ganaría el amor puro y absoluto de sus hijas y perdería el de la mujer que más amaba en el mundo.

Era algo que lo consumía de dolor.

No quería perderla.

Se negaba a que tuviera que intercambiar vidas de esa manera y todo por culpa de la maldita mujer que lo había procreado.

Así como con Szilvia conoció lo que era el amor verdadero, con Etelka conoció lo que era el odio profundo.

La odiaba con todas sus fuerzas.

—Ya hemos hablado de esto, Kristof. No puedes sentirte así.

—A veces no me gusta para nada que seas una bruja —Ella sonrió divertida—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que en poco tiempo no estarás más aquí?

Szilvia sintió compasión por su amor.

Le acarició el cabello mientras él le abrazaba en lo que ahora era su enorme cintura.

—No me siento tranquila, amor mío. Me encantaría poder disfrutar de ti y de mis hijas físicamente, pero en nuestra especie sabemos que la naturaleza es sabia y que si las cosas han de ser así, es por una razón de mucho poder —Kristof suspiró con nerviosismo, Szilvia podía sentir todas sus emociones desde que creó un lazo con él. Era algo mágico y maravilloso—. Tú no sabías de dónde provenías, amor, y los ancestros tampoco se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—Cuando te conocí pensé que en tu mundo mágico, todo era perfecto.

Ella bufó.

—Nada lo es, en ningún lugar del mundo. Para ninguna especie.

—¿Cómo voy a criar a las niñas solo? Van a heredar tus genes mágicos.

—Y los de tu madre, también —confirmó ella con seriedad. Le preocupaba por todo lo que vio aquel día cuando estuvo en trance. Dos niñas, hermosas y muy diferentes tanto por fuera como por dentro. Una estaría siempre tentada por el mal. La otra sería pura luz—. Es por ello que debes quedarte aquí dentro hasta que Marian esté segura de que ni tú ni ellas —se tocó la barriga una vez más—, estarán en peligro.

—No voy a poder vivir sin ti.

La tomó del rostro y la besó con la misma pasión que la primera vez que lo hizo.

Szilvia se sentía afortunada a pesar de saber que pronto partiría.

Tuvo la dicha de conocer el amor de la mano de un hombre maravilloso y además, los

ancestros le concedieron la bendición de crear vidas y de estar siempre con ellos.

Su cuerpo etéreo les acompañaría para siempre.

La décima luna llena llegó con una tormenta que Marian tenía años sin presenciar.

Se desataba el nacimiento del bien y el mal.

Y tendrían que dejar ir a Szilvia a quien le había tomado mucho cariño.

Estuvo desde muy temprano en trabajo de parto. A ratos se dejaba vencer por el dolor y caía en desvanecimiento para recobrar energías y así poder alumbrar a sus dos niñas que una vez las tuvo en brazos, las besó, las arrulló, dejó que Marian le hiciera un corte en la vena de la muñeca para alimentar a la pequeña Klaudia y después de dedicarle una sonrisa de amor y satisfacción al que se convirtió en su compañero de vida, partió.

Kristof no pudo reaccionar ante la despedida como le habría gustado porque su hija, la que llevaba el gen del demonio y se alimentaba de la sangre de su madre, le estaba haciendo algo que no acababa de entender qué era pero que se sentía como si, de pronto, alguien te robara toda la energía que llevas contigo.

Estaba seguro que durante el proceso, que duró apenas minutos, llegó a bostezar ciento de veces y acabó tan agotado que durmió como un tronco hasta el siguiente día.

Las niñas lloraron la partida de Szilvia, sin importar que tan pequeñas fueran, estaban unidas a la magia de su madre y la sentían como una. Pronto encontraron en Marian a una madre y guía que les ayudó en sus primeros años de vida.

Kristof se mantuvo junto a ellas aprendiendo de su mundo y enseñándole a las niñas cómo sobrevivir en el bosque, cómo ser mujeres independientes; porque sabía, por todo lo que le contó su querida Szilvia a quien extrañaba con cada fibra de su cuerpo, que era el destino de las brujas estar solas.

Veronika poseía la belleza salvaje y desaliñada de su padre; mientras que Klaudia, llevaba una mezcla dulce y enigmática en su rostro. Se parecía mucho a su madre, sin embargo, a Kristof no le hizo falta ser del mundo mágico para darse cuenta de que esa niña, en su interior, llevaba algo más que simple magia.

Veronika era bondadosa y anteponía el cuidado de los demás al propio; en cambio, a su hermana, lo único que le importaba era salvar su propio pellejo aunque para ello tuviera que dar la vida de alguno de sus familiares.

La primera era modesta, la cautela era su mejor amiga y respetaba a todos en casa.

La segunda era todo lo contrario. Un alma rebelde, difícil de controlar que, en más de una ocasión, se fue a la cama sin cenar por mal comportamiento.

Marian nunca le hablaba a Kristof de las diferencias entre sus hijas, no le hacía falta. Un padre tenía que estar en la capacidad de reconocer los defectos de sus hijos.

Y le pedía a su difunta mujer que le ayudara en la crianza de esa niña porque gracias a Marian podía controlarla, sin embargo, temía que algún día tuviera que hacerlo solo, sin su ayuda.

La mujer se valía de cánticos y hechizos para contrarrestar el descontrol en el carácter de Klaudia, que en ocasiones acababa causando alguna explosión que hasta el momento no había lastimado a nadie pero que a medida que crecía, aquel poder ganaba intensidad y estaban seguros, todos, de que acabaría ocasionando algún problema en el futuro si no aprendía a controlarlo.

Marian sentía que estaban en el camino correcto. Sabía que Klaudia manejaba un poco de oscuridad en su interior pero con más práctica le enseñaría a controlar bien su carácter para que

aquel único poder que poseía fuera usado siempre para el bien.

Szilvia le habló de eso unos meses antes de que las pequeñas nacieran. Solo una de ellas portaría el gen del demonio y debían dejarla vivir porque fue la petición de los ancestros. Era una bruja también y los ancestros suponían que el bien dominaría su corazón.

Marian lo dudaba un poco, aunque mantenía la fe activa.

Veronika también le servía de soporte. Desde bebé entendió cómo era su hermana y aprendió a lidiar con ella. Se querían mucho la una a la otra, a pesar de ser tan diferentes.

La alimentación de Klaudia fue difícil de mantener. Szilvia les dejó indicaciones específicas de cómo sobreviviría la portadora del gen del demonio.

Debía alimentarse en cuanto naciera de la psique del heredero del gen del demonio y de la sangre del progenitor humano. Una visión le había enseñado a Szilvia que esa era la única manera de que los recién nacidos sobrevivieran y una vez mayores, que no atacaran a nadie porque sentirían siempre saciedad.

La sangre de Szilvia sirvió mientras se mantuvo caliente en el cuerpo, luego, intentaron alimentarle de animales porque Marian se negaba a dejarle chupar sangre de alguno de ellos. Le daba pánico que no pudiera controlarse y acabara drenándolos a todos.

La sangre de los animales no funcionaba con estas criaturas.

Parecía sumergirles en un estado de atontamiento y además les servía como alucinógeno. Marian se vio obligada a descartar aquella opción porque le hacía mal a la niña.

Entonces, su padre se ofreció a darle los dos alimentos que necesitaba sin importarle que pudiera perder el control.

Por fortuna, la niña entendió pronto que debía controlar la forma en la succionaba la sangre para no drenar a su padre que quedaba en estado casi vegetal por más de un día porque la niña le quitaba sangre y psique.

No era perjudicial para él y ella tampoco necesitaba de ese alimento cada día.

A Marian le costó entender el funcionamiento de los nuevos seres.

Aprendió que Klaudia era una niña de actividad nocturna y que durante el día, presentaba una fatiga que nada tenía que ver con su alimentación.

Salía y jugaba con su hermana o se iba de cacería con el padre pero parecía siempre estar cansada mientras los rayos del sol la tocaban, cuando estos iban escondiéndose, la niña parecía revivir. Hasta la piel parecía ser más lozana y ganar color.

La observaba mucho. A modo de estudio y de comprender qué le esperaba a la humanidad con esta nueva raza entre ellos.

Eran de cuidado y debían existir, fue la petición de los ancestros.

Suponía que tendrían algún plan.

Mucho pensaron en los otros niños que nacerían de los hijos que tuvo la Condesa con el Conde.

Nada sabían de ellos, aunque Szilvia les había comentado que tres de esos hijos legítimos murieron por una epidemia.

Solo le quedaba una hija que no quiso saber nada más de su madre una vez empezaron los rumores de las cosas horribles que ocurrían en los castillos que esta frecuentaba; y Szilvia también tuvo la visión de que esa mujer tuvo una hija que debía ser portadora del gen del demonio pero que había muerto por razones inexplicables.

Ahora que Marian sabía y entendía el funcionamiento de estas criaturas, creía que la muerte de esa nieta de la Condesa se debió a la falta de conocimiento en su primera alimentación por sangre y psique.

La mujer estaba registrando todo en un diario. Veronika lo necesitaría para cuando nacieran

nuevos niños como Klaudia. La descendencia de ambas estaba destinada a llevar el gen tal como lo pactaron la Condesa y Sejmet.

Y mientras apuntaba en sus registros, ese día en que la tierra empezaba a cubrirse de blanco, se dejó dominar por el trance que le dejó ver a un joven aristócrata alimentándose de la vena de una mujer que se parecía mucho a Kristof.

En su visión, ella era un espectro que estaba en un rincón de la elegante habitación.

No estaban solos, una anciana vigilaba de cerca todo.

La mujer entonó un cántico que Marian reconoció. Le estaba dejando saber que estaba al tanto de que ella se encontraba allí y que no era ese el futuro. Estaba sumergida en una visión del presente, algo que era casi imposible.

Entonces, el joven, aun pegado a la vena de la mujer de refinado vestido, levantó los ojos para clavarlos directo en los de Marian, que por la impresión de ser vista por alguien más que no fuese de su mundo, regresó al claro del bosque en el que vivía.

Las manos le temblaban a causa del susto.

¿Quién era ese joven y cómo le descubrió si ella no estaba allí físicamente?

Se alimentaba como Klaudia.

Marian sintió un escalofrío recorrale el cuerpo.

Algo muy malo estaba a punto de ocurrir y se equivocó al pensar que el joven sería el causante de la desgracia que levantaba ese mal presentimiento en su pecho.

El mal estaba mucho más cerca de lo que ella creía.

Veronika entró corriendo a la casa.

—¡Tía Marian! ¡Papá! —La niña llevaba las mejillas húmedas por las lágrimas y rosadas a causa del frío que estaba azotando la zona—. Klaudia está en la cueva.

Los lobos aullaban en el exterior.

Klaudia, dentro de la cueva, observaba a la muerta tendida en el suelo de piedra.

La mujer no se movía ante sus ojos pero en su cabeza, no dejaba de sisear como una serpiente.

Un siseo que desde hacía mucho tiempo le atraía cuando jugaba con su hermana en el bosque solo que no alcanzaba a entender de dónde provenía.

Nunca habían jugado tan cerca de la cueva.

Hasta ese día.

Sintió, en su cabeza, que la mujer le pedía que se acercara.

Lo hizo y los lobos aullaron aún más.

¿En dónde estaba la miedosa de su hermana?

Sonrió con malicia al pensar que ella, por fin, podría experimentar con su poder dentro de la cueva. La tía Marian casi nunca le permitía hacer uso del único poder que tenía.

Claro, porque todas las bendiciones le tocaron a su hermana; y a ella, las maldiciones.

Cuando estuvo a escasos centímetros de la mujer, le movió uno de los brazos con la punta del pie.

Solo para asegurarse de que estuviera muerta.

Suponía que el siseo venía del espíritu de la pobre infeliz.

El cuerpo permaneció inmóvil pero el siseo se intensificó.

—¡Ya para! —ordenó Klaudia con ímpetu.

Entonces escuchó una carcajada que le erizó los vellos de la nuca.

Se giró en todas las direcciones y no había nadie.

Por primera vez sintió temor.

La curiosidad era más fuerte.

Clavó los ojos de nuevo en la mujer. La poca luz que se filtraba desde la gran boca de la cueva le permitió darse cuenta de que la piel de la muerta parecía menos seca que cuando había entrado hacía un rato.

Otra vez la risa se hizo presente en su cabeza y los lobos aullaron y gruñeron en la puerta de la cámara secreta.

Klaudia les enseñó la palma de la mano para que hicieran silencio y el *Alpha* ladró un par de veces antes de indicarle con la mirada que estaba en total desacuerdo con lo que hacía.

Un ruido cerca de ella llamó su atención y los lobos gruñeron otra vez.

El cuerpo seguía en su sitio.

Se agachó junto a este y lo observó de cerca. La piel de la mujer parecía un papel fino a punto de rasgarse en pedazos. El cabello era una maraña de delgadas fibras reseca, resquebrajadas y enredadas.

Los dientes sobresalían de los labios. Aquello debía ser por la retracción de la piel.

Klaudia disfrutaba analizar a la mujer de cerca.

Llamaba su atención aquel estado.

¿Cómo habría llegado allí?

¿Cómo habría muerto?

El siseo la atacó de nuevo. Los lobos gruñeron y Klaudia empezaba a enfadarse.

La energía se concentró a su alrededor como solía hacerlo cuando se enfadaba y sintió un hormigueo intenso que le recorría todo el cuerpo. Nunca lo había sentido tan fuerte.

Se sorprendió al escuchar que de su boca salía un cántico que no reconocía. No sabía para qué servía tampoco pero junto a este se vio en la necesidad de colocar sus manos sobre la piedra fría y húmeda que servía de suelo.

Lo hizo y lo que ocurrió a continuación fue lo mejor que le pasó en sus cortos años de vida.

Una extraña emoción la dominó al darse cuenta de que el suelo ganaba un brillo dorado rojizo y era absorbido por la mujer que yacía sobre este.

Klaudia veía como su energía se movía en ondas, como si fuese agua, y empezó a preguntarse qué vendría a continuación.

«Eres de los míos» escuchó en su cabeza al tiempo que la muerta mejoraba su aspecto y Klaudia percibió un rápido movimiento en uno de los dedos de la mano que le quedaba a la vista.

Klaudia no supo cómo interpretar aquello. ¿Uno de los de ella?

¿Qué era ella?

«¿Quién eres?» le preguntó mientras dejaba fluir su energía.

En ese momento, el lobo *Alpha* corrió al interior de la cámara y se le echó encima a Klaudia mordéndole en una de las muñecas.

El animal no quería lastimarla pero debía emplear un poco de fuerza en su mordida para poder inmovilizar a la niña.

Le doblaba en tamaño así que se valió de que la hubiera tomado por sorpresa y la arrastró por el brazo fuera de la cámara mientras esta se removía como una culebra para tratar de zafarse del animal.

La llevó al punto más oscuro de la cueva y la dejó allí.

Cuando la niña se dio la vuelta se encontró con una anciana que la observaba con profunda lástima.

Klaudia se llevó un susto porque nunca antes había visto a un fantasma.

La mujer rio irónica ante ella.

—Te da miedo mi espíritu y no te da miedo el demonio.

La niña la vio con odio.

—Eres uno de ellos y los ancestros se van a arrepentir de haberte dejado con vida.

La niña empezó a entonar el cántico de antes e hizo chocar sus manos de nuevo en el suelo. Esta vez, la cueva empezó a sacudirse como si estuviese bajo el dominio de un fuerte temblor.

Empezaron a desprenderse trozos de varios tamaños de las rocas.

La anciana la vio con repulsión y levantó sus manos lentamente al tiempo que el cuerpo de la niña iba quedando suspendido en el aire.

—No le hagas daño, por favor —Klaudia pudo ver a una mujer delgada junto a la anciana, con la que sintió contaba un gran parecido—. No vuelvas nunca más por aquí, Klaudia —la mujer le sonrió con dulzura y sería la única vez que Klaudia sentiría el amor de su madre en su interior. Aquella emoción la sorprendió de tal manera que la vibración en la cueva se hizo mucho más intensa.

Un ligero carraspeo se escuchaba dentro de la cámara.

Rocas más grandes empezaron a caer de lo que era el techo.

—¡Klaudia! —Kristof vio a su hija flotando en el aire llorando desconsolada y con los puños apretados.

También la vio a ella. Su amor.

—¡Szilvia!

Ella le sonrió y le pidió que se llevara a la niña en ese instante.

La anciana seguía con las manos suspendidas en el aire.

—¡Abuela! ¡Tienes que para con esto!

La anciana cayó al suelo al igual que la pequeña Klaudia que empezó a llamar a gritos a su madre estirando los brazos hacia ella. Observando cómo se alejaba cada vez más de esta gracias a que su padre la llevaba fuera de la cueva en donde estaba su hermana y los lobos esperándoles.

Un estruendo de rocas cayendo se escuchó dentro de la cueva.

—¡Tía Marian! —Veronika corrió al interior a ayudar a su tía quien salía a toda prisa del lugar que parecía que se iba a desmoronar en segundos.

—Kristof, vamos a casa. Necesitamos salir de este sitio cuanto antes. Ha llegado el momento de partir a nuevas tierras.

Marian se despidió con dolor y pesar de las niñas y de Kristof.

El pobre hombre no lograba procesar todo lo que había ocurrido en poco tiempo y debía estar en alerta para cuidar de sus hijas. Veronika estaba centrada y decidida a actuar según le indicaran los ancestros. Tenía la conexión y sabía usar la magia muy bien. Marian confiaba en ella.

En cuanto a Klaudia, no sabía qué pensar pero esperaba que lo que había hecho sirviera para que la niña pudiera vivir una vida tranquila y sin tentaciones. Borró de su memoria cualquier contacto con la cueva, cualquier cosa que le llamara la atención de ese lugar. Cualquier llamado de su abuela y cualquier recuerdo del contacto con su madre.

Cuando regresaron a casa, la niña estaba en un estado de crisis total porque no quería perder de vista a su madre. La entendía.

Marian le preparó una infusión que le ayudó a conciliar el sueño mientras esta aprovechaba de

explicarles a Kristof y Veronika lo que ocurriría a continuación.

El estado de sueño profundo le permitió a Marian hurgar en profundidad en la memoria de la pequeña para analizar cada recuerdo desde su nacimiento. Se sorprendió al darse cuenta de que había mucho más de lo que ella creía porque el siseo maldito de la Condesa había empezado a temprana edad solo que la niña no alcanzó a identificarlo como un llamado hasta que se acercó mucho a la cueva y tuvo la necesidad de entrar.

Klaudia no podía recordar eso nunca más. Por su estado, nadie sabía con exactitud cuántos años viviría pero todo apuntaba a que tendría una vida eterna. No podía mantener el recuerdo de su madre y la cueva porque se vería tentada a volver. A entrar en contacto con Szilvia en ese lugar.

Veronika sería su aliada, sospechaba que ella no viviría tanto como su hermana pero sería la encargada de transmitir la información de generación en generación para que Klaudia no pudiera despertar al mal.

Cuando Marian estuvo en la cueva, su abuela y Szilvia le dieron las instrucciones específicas de lo que debía hacer.

Edith estaba muy molesta por todo lo que había ocurrido, no concebía lógica la conservación de la vida de la bruja que tenía en el gen del demonio. Szilvia se mostró en descontento por su actitud, como era lógico, la mujer pensaba en calidad de madre, no de bruja. Sin embargo, nada podía hacer ninguna de ellas porque los ancestros ordenaron la vida de esa niña.

Marian suponía que era porque así lo había decidido la madre naturaleza y nada podía hacerse cuando ella tomaba una decisión.

Antes de que la parte más profunda de la cueva quedara llena de rocas de gran tamaño, Marian pudo darse cuenta de que la Condesa había ganado un poco de movilidad.

Estaba claro que Klaudia había hecho uso de su poder con ella.

Ese extraño poder de la niña llegaría a ser letal algún día, pero también podría otorgar la vida. Era energía pura que fluía desde su interior y era inagotable.

Veronika poseía más dones, ninguno tan poderoso como ese.

Por fortuna, la Condesa quedaría sepultada para la eternidad y el espíritu de su abuela se encargaría de que no se le acercara ningún animal del cual pudiera alimentarse en los próximos meses, para que regresara a su estado de momia tal como estaba en un principio.

También, antes de salir de la cueva, se sumergió en una corta visión que le dio los pasos a seguir en los próximos días.

Un barco estaba próximo a zarpar a las nuevas tierras y Kristof debía subir a este con las niñas.

Ella debía viajar a Viena para tener un contacto personal con el joven que recién había visto en otra de sus visiones.

Los ancestros le permitieron ver que este joven tenía más bondad en su corazón que otra cosa. No se sentía a gusto con su especie. Odiaba alimentarse de sangre.

Y tenía una hermana que también poseía el mismo gen y que era un problema para él.

Marian lo percibió como un alma atormentada que necesitaba ayuda y que por alguna razón, la anciana que vio junto a él mientras se alimentaba, no le estaba ayudando en nada.

Lo más probable era que aquella bruja tuviese sombras en su corazón.

Una vez llegara a Viena y cumpliera con su cometido, debía regresar a su casa y cuidar del claro del bosque y de la cueva.

Tuvo un viaje difícil debido al clima. El polvo blanco cubría todo el terreno y el frío le calaba hasta los huesos. Sin embargo, los ancestros le guiaron siempre para hacerle las cosas un poco más sencillas.

Alimento no le faltó nunca y la manada de lobos iba al pendiente de ella.

En su llegada, consiguió pronto el camino a la residencia del joven que debía visitar.

Todavía no tenía claro cómo se presentaría y suponía que por haberle visto antes, el joven no tendría problema en hablar con ella.

En su mente todo parecía más fácil.

La llegada de una mujer sola, a caballo, acercándose a la residencia de la aristocrática familia Farkas de Balaton, levantó gran sospecha y al llegar a la propiedad, fue recibida por una mujer que albergaba tristeza y rabia en su corazón y que la vio con desconfianza y asco.

—Me ha dicho la criada que quiere ver a mi hijo —le soltó la mujer con rabia.

—Así es —Marian intentó ser educada y no lo logró. El recibimiento de la señora la obligó a ser un reflejo de su actitud.

—¿Y qué quiere una mujer como usted con él?

La bruja sonrió con ironía.

—¿Una mujer como yo? —Vio con duda a la mujer—. ¿Y qué cree que soy yo, señora?

—¡No intente burlarse de mí! —Alzó esta la voz y se acercó a Marian—. ¡No pienso dar un maldito centavo más para que traten con respeto a mis hijos que son buenos. Diferentes, pero buenos. Me fui de mi tierra tal como me exigieron. Dejen que vivamos en paz.

Marian sintió compasión con la mujer.

—No vengo ni por su dinero ni para lastimar a su familia —le habló con calma y dulzura. La vida de esa podre mujer no era fácil a pesar de contar con tanta riqueza.

Esta la vio con ojos enrojecidos.

—¿A qué viene entonces? —preguntó con voz entrecortada.

—A hablar conmigo, madre —el joven de las visiones de Marian apareció en la puerta del salón—. Parece que la señorita y yo tenemos cosas importantes que hablar.

—¿Cómo es que sabes nuestro idioma si vienes de otra tierra?

—Magia.

El joven le sonrió con diversión.

Su madre les permitió hablar a solas en el estudio de la casa. Un lugar que deslumbraba a Marian por donde veía.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó la bruja.

—Pál, como el de mi abuelo.

—¿Eres nieto de ella, verdad?

Pál asintió.

—Mi madre no habla nunca de eso. Le avergüenza decir que estamos emparentados con un ser diabólico.

—¿Y qué opina de ustedes?

Pál levantó los hombros.

—Nos cuida, supongo que como debe hacerlo una madre.

Marian sintió compasión del chico ante ella. Una madre debía cuidar y amar. Estaba claro que Pál echaba en falta el amor de su madre.

—¿Me dijo tu madre que se mudaron?

—Hace unos años. En nuestro antiguo poblado nos llamaban los niños malditos. Aunque ahora estamos mejor, tuve una visión que me indicó que, más pronto de lo que creemos, tendremos que marcharnos otra vez.

Marian lo observó con curiosidad.

—Cuéntame de tu poder.

El joven levantó los hombros de nuevo y le explicó que no sabía cómo funcionaba. Pero le dejaba ver cosas que iban a pasar. A veces cuando estaba despierto y otras veces en sueños.

—¿Y tu hermana es igual que tú?

El joven asintió.

—Heredamos la misma enfermedad de la abuela. Sin embargo, mi hermana no tiene nada especial. No tiene un don. ¿Tú puedes curarnos? Katalin no ha podido lograrlo y me gustaría llevar una vida normal. Sentirme bien.

—No te sientes bien.

El joven negó con la cabeza.

—A veces me duele mucho la cabeza y el hambre nunca se va.

—¿No te ha enseñado Katalin cómo debes alimentarte?

—De mi madre.

—Y tu madre te suministra la sangre y la psique.

El joven la vio con duda y ella supo que sus sospechas iniciales eran ciertas, Katalin no era de las que tenía luz profunda en su corazón. Debía mantenerse alerta y no decir nada que pudiera comprometer al lugar en el que ocultaban a la Condesa.

Marian se acercó a él y tomó sus manos sintiendo que los ancestros aprobaban lo que haría, colocó las manos del joven a ambos lados de su cabeza.

Cerró los ojos.

—Pál, imagina que tus manos pueden absorber mis pensamientos.

Sintió como Pál lo intentaba sin éxito.

—Debes concentrarte.

El joven cerró los ojos e hizo lo que le ordenaban.

A los segundos, Marian sentía como Pál absorbía su energía.

Abrió los ojos para contemplar lo que había visto tantas otras veces con Klaudia.

El joven ganaba color, los surcos oscuros alrededor de los ojos desaparecían y su postura se corregía.

Pensó de nuevo en Klaudia. Los extrañaba.

En ese momento, Pál apretó más el contacto en su cabeza.

—Pál, debes parar —el chico parecía no escucharle. Y ella sentía cómo se iba quedando sin energía al tiempo que muchas imágenes iban apareciendo en su cabeza.

Las visiones del futuro la desorientaron y le dieron la libertad a Pál de continuar en la labor de absorberle la psique a la bruja.

Debilitada, Marian veía cómo ocurriría el futuro para Pál, su descendencia; Klaudia, Veronika; luchas, sangre, intereses malvados.

Vio a sus ancestros, sintió cuando estos se aglomeraban alrededor de ellos para recibirla.

Moriría. Lo supo de inmediato y le preocupó no estar en el claro.

Morir fuera de este implicaba dejar al descubierto a los humanos, y a cualquier otro ser, el lugar en el que se encontraba la Condesa.

Con la poca energía que le quedaba, tocó las manos de Pál y le transmitió todas las imágenes que tenía de sus vivencias y de sus visiones del futuro desde que Szilvia y Kristof llegaron a su tierra.

Pál se sintió abrumado con tanta información. El torrente de energía que fluía de la bruja hacia él era tan vigorizante que no prestó atención a nada más que saciarse de energía pura.

Se le reseco la boca y el instinto animal lo llevó a torcer el cuello de la bruja y enterrar sus dientes en la piel de la mujer.

La sangre caliente le llenó la boca y después de tragar con desespero, sus papilas gustativas le obligaron a rechazar la sangre de esa mujer produciéndole arcadas.

Fue cuando se despegó de ella por completo.

Escupió lo que le quedaba de sangre en la boca. Era asquerosa. Amarga, líquida, muy diferente a la de su madre. Quizá se debía a que era sangre de bruja. Una muy poderosa, por cierto.

La sentía en él.

Abrió los ojos y deseó no haberlo hecho nunca.

La imagen ante él era abominable.

La mujer tenía marcas oscuras en su cabeza, justo donde él dejó sus manos. La piel se había tornado grisácea y del cuello le brotaba la sangre sin parar.

A Pál, las manos empezaron a temblarle.

¿Qué había hecho?

Se agachó en una esquina y allí se quedó, con las manos en la cabeza, llorando desconsolado, pidiendo perdón por haberle quitado la vida a una mujer que lo único que quería era ayudar.

Y las imágenes cobraron vida en su cabeza.

Las de la mujer a la que acababa de quitarle la vida fueron las primeras en llegar y de pronto empezaron a mezclarse con visiones suyas.

Debía proteger el diario de la bruja y salir de ahí cuanto antes.

«No confíes en nadie» escuchó a la bruja en su interior.

«Protege la cueva» «No permitas que ella despierte de nuevo» y vio a dos niñas que viajaban por mar al nuevo mundo.

«Veronika será tu aliada. Klaudia duerme, si despierta, tendrás problemas. Protege la cueva»

Fue entonces cuando abrió los ojos e hizo todo lo que le ordenaba la bruja.

Tomó su diario, dinero que sabía que su madre tenía guardado en el estudio y salió dispuesto a dar su vida con tal de que dejaran de existir los seres malditos como él.

Después de varios años de viajes y angustias, Pál llegó al nuevo mundo listo para cumplir con la misión de cuidar a aquellas niñas que se le presentaron en la visión.

Le tomó tiempo hallarlas. Lo único que sabía era que habían partido al nuevo mundo desde otras tierras.

Él era un joven inexperto en todos los aspectos de la vida.

Corrió con suerte de tener una buena suma de dinero en su haber para pagar alojamiento y comida, e incluso, supervivencia en un par de ocasiones.

Sabía que la comida tradicional no era lo suyo y no le mantendría en buen estado pero debía conservar las apariencias.

Inventó una historia de su procedencia, familia, algo creíble —según él— que a veces, no conseguía los resultados que Pál esperaba y que muchos dejaban pasar cuando veían que el joven no tenía problemas en pagar lo que se le pedía.

Sin embargo, todo lo bueno en la vida se acababa y llegó el momento en el que el dinero se le acabó.

No sabía qué hacer y fue entonces cuando consiguió empleo en un bar de la población en la que vivía en ese momento.

Le sirvió para aprender el nuevo idioma bien y relacionarse con bandidos y con capitanes de barcos comerciales.

La debilidad se hacía cada vez más presente en él y su aspecto desmejoraba con el paso el tiempo.

Necesitaba sangre humana y también de aquello que le había robado a Marian hasta quitarle la vida.

Ahora entendía que necesitaba de ambas cosas para poder vivir pero tenía tanto miedo de matar de nuevo que no se sentía capaz a siquiera intentarlo.

Se alimentaba de animales cuando el dolor de las encías y de cabeza, alcanzaba niveles que nadie podía soportar.

Lo primero que conseguía aliviar era la asquerosa sensación de que la dentadura entera amenazaba con salirse de su lugar.

Empezaba con sensibilidad en las encías, de ahí al picor y luego al dolor que iba agudizándose con el paso de las semanas si no se consumía sangre.

Pronto entendió que la sangre animal no era buena para su organismo.

La primera vez que la consumió estuvo desaparecido tres días de la comunidad en la que estaba instalado.

Muchos se alegraron al verle de nuevo, sobretodo aquella chica pelirroja de pechos grandes que veía cada noche en el bar y con la que se convirtió en hombre una noche de mucho licor entre ellos.

Esas citas se hicieron cada vez más frecuentes hasta que una noche en la que la mujer jadeaba de placer bajo su cuerpo, el mundo se detuvo por unos segundos y su atención se centró en la vena palpitante del cuello de la chica.

Los escalofríos le recorrieron el cuerpo y la boca le salivó de tal manera que de haberse quedado un segundo más con ella, la habría drenado.

Estaba sediento.

No podía pensar con claridad.

Sin decir nada, se salió del interior de ella, se vistió, montó el caballo y se marchó.

Tan lejos, que llegó a acercarse mucho a la misión que Marian le encomendó.

Las chicas estaban bien escondidas en el bosque. De no haber sido por un lobo que le causó mucha curiosidad por la manera en cómo lo observaba, invitándole a seguirle en vez de atacarle, no las habría encontrado.

El primer encuentro no fue bueno.

El padre de las chicas enfureció cuando Veronika percibió lo ocurrido entre él y Marian en Viena.

Lo amenazó con quitarle la cabeza pero Klaudia, la que de inmediato identificó de su especie, se interpuso y calmó a su padre pidiéndole que recapacitara.

Pál estaba tan débil que agradeció que Klaudia intercediera.

No habría podido defenderse en esas condiciones.

El hombre lo veía con odio y tristeza. Pál entendió que esa mezcla de sentimientos que reflejaba su mirada era una acumulación de acontecimientos en su vida.

Pobre hombre, sintió gran pena por él.

Lo habría ayudado con su sufrimiento pero no sabía ni siquiera cómo aligerar el suyo.

Veronika le dejó ver la pureza en su corazón cuando se cortó la piel de la muñeca y le extendió el brazo para que bebiera de ella.

Pál tuvo la visión de la bruja muerta en Viena por su culpa, en las mismas condiciones en las

que se encontraba esta noble chica ahora y retrocedió con pavor.

—No me vas a hacer nada. Ella no te lo va a permitir —señaló a la chica de pelo negro azabache y ojos oscuros como la noche. Era enigmática. Ya no eran tan niñas como las había visto en aquella visión hacía tantos años.

—Prefiero no arriesgarme. Gracias por tu bondad.

Veronika cambió su percepción y se lo dejó saber con la mirada compasiva que le dedicó.

—Vas a caer en sequía si no te doy sangre y psique.

—Preferiría morir que volver a perder el control como lo hice con ella —hizo referencia a Marian.

—Siéntate —le ordenó Veronika.

La chica era rubia.

Una belleza que comparó con el bosque.

Silvestre.

Los ojos parecían el cielo despejado mezclado con el verde intenso de los pinos. Tenía una voz melodiosa con un efecto calmante en él. Entonaba un cántico en una lengua que no alcanzaba a entender en su cabeza, aunque en su corazón parecía estar captando el significado de cada palabra.

Respiró profundo y ella se agachó frente a él.

Las manos empezaron a temblarle cuando Veronika las tomó y las acercó a cada costado de su cabeza.

—No. No. No —repetía sin parar con el terror asomándose en la mirada.

—No va a ocurrirme lo mismo, Pál. Lo necesitas.

Klaudia inmovilizó al hombre para que su hermana pudiera completar la acción y una vez lo hizo, pudo conectar sus pensamientos a los de él que era lo que más necesitaba en ese momento.

Quería saber qué había ocurrido con exactitud entre Marian y Pál y además, qué instrucciones le había dejado a Pál.

Era la única oportunidad que tenía de entrar en su mente para comunicarse y advertirle sobre la parte que Klaudia tenía dormida en sus recuerdos.

Por su parte, Pál sentía la energía fuerte y sublime que lo recorría desde la yema de los dedos hasta la planta de los pies.

Quiso salir y correr a campo abierto para drenar un poco aquel torrente de electricidad que le llenaba el cuerpo de vitalidad.

Percibió las angustias de ella.

Veronika se comunicaba con él en una conversación con imágenes que le dejaban claro lo que debía hacer de ahí en adelante.

Le pidió que no las dejara solas.

Vendrían tiempos oscuros para esa comunidad y necesitaban salir de ahí los tres, como la familia que eran.

De pronto sintió cómo la energía disminuía en sus manos.

La bruja lo tocó, y él abrió los ojos con pesadez.

Los de ella le atraparon la mirada sellando un pacto que solo ellos conocían.

Ellos dos serían solo los primeros de los Guardianes que velarían por la seguridad de la humanidad y la de su descendencia.

Capítulo 1

Nueva York en la actualidad.

Felicity recorría el trayecto a casa con ansias.

Esa noche, todo le estaba saliendo al revés.

Bueno, no era que las cosas siempre le salieran como las planeaba pero lo que estaba viviendo aquellos días, en especial ese último, ya rayaba en lo absurdo.

Un año.

Uno año llevaba viendo a Lorcan cada noche. No para tener sexo. No.

Desde la primera vez que se presentó en su oficina, él le servía un trago, conversaban de muchas cosas y luego la dejaba en casa.

Al principio le pareció que era un golpe de suerte.

No tenía dos días en el negocio; y a pesar de haber logrado salir de las calles para ahora ofrecer sus servicios como dama de compañía a ejecutivos a través de una empresa que tenía gran peso en el medio, seguía siendo una prostituta que tenía un trabajo que cumplir.

Sexo.

Dar placer.

Y algunas veces, obtenerlo ella también. Sobre todo cuando el cliente así lo exigía porque para ella aquello del placer, no existía.

Aunque hasta hacía unas horas pensaba que, con Lorcan, podía ser diferente.

Quizá el sentimiento que ella tenía le dejaría sentir placer si él hubiese estado dispuesto a dárselo alguna vez.

La mirada dominante y a la vez protectora que él le ofreció la primera noche cuando lo conoció, la envolvió en una extraña magia que desconocía. Nunca sintió nada igual por alguien.

Nunca se sintió querida por un hombre. Sin embargo, su sentido del querer parecía que difería en gran escala del que Lorcan le ofrecía.

Empezó muy temprano en la prostitución; tras morir su pequeña hermana por la falta de cuidados de su propia madre que siempre estaba borracha.

Cuando Odette murió en sus brazos por una infección pulmonar, Felicity no se lo pensó dos veces en dejar a su madre a su suerte e ir a buscar la propia sin pensar en los peligros que podía encontrarse en el camino.

Pensaba que nada podía ser peor que lo que ya había pasado.

Sin embargo, a muy temprana edad le tocó aprender que las cosas siempre, siempre, podían ser peor de lo que ya eran.

Hacía frío, como ese mismo día que caminaba en automático hacia su casa.

No tenía refugio, comida y era muy joven.

Cayó en las manos equivocadas y fue entonces cuando conoció lo que era vender su cuerpo por un poco de dinero.

Hacía muchos años de eso.

Muchas marcas tenía tanto físicas como mentales, con las que luchaba día a día para poder olvidarlas por completo.

Cuando obtuvo la mayoría de edad consiguió librarse de su proxeneta y encontró otros trabajos

que le permitieron mantenerse alejada de esa vida que tanto odiaba.

Pensó, en aquel momento, que todo sería más sencillo cuando dejara la mala vida.

Pero no.

Aunque las cosas no empeoraron tampoco mejoraron y su sueldo no le permitía estudiar una carrera universitaria que le diera un mayor sustento en el futuro.

De su madre no supo nunca más, y tampoco tenía curiosidad por saber qué fue de ella.

No sentía ni un ápice de remordimiento o amor hacia esa mujer.

En cambio a Odette, la extrañaba cada día de su vida.

En el fondo agradecía que todo hubiese pasado tal como ocurrió. A veces se imaginaba que los papeles pudieron haber sido intercambiados ocupando ella el lugar de su hermanita dejándola sola en el mundo.

Se le erizaba el vello de solo pensar en que su pequeña hubiese tenido que pasar por todas las cosas que ella había pasado.

Chasqueó la lengua al tiempo que admitía también que no todo era malo.

Tenía a Heather en su vida que representaba una hermana mayor.

Llegó en un momento muy malo para ella, cuando retomó la prostitución callejera antes de entrar en la compañía para la que trabajaba en la actualidad.

Un hombre que la eligió de entre tantas en el medio de la calle, le dio una golpiza porque eso le excitaba y luego la dejó tirada en el hospital.

Heather estaba de turno, en esa época estaba haciendo las pasantías de enfermería y fue quien se encargó de su cuidado durante los siguientes días. La otra enfermera también fue muy amable pero con Heather tuvo algo en común desde el inicio.

Una hermana muerta.

La de Heather falleció en un accidente de tránsito unos meses antes de ellas dos conocerse.

Una chica con adicción a las drogas y a la vida errante.

Desde entonces, Heather la protegió y Felicity se sintió a gusto con esa protección desde el principio.

Pasaron a formar una familia. Porque los padres de Heather le habían acogido como a una hija más.

Todo iba bien hasta que les llegó una amenaza al apartamento que ambas compartían, que de no cumplirla alguna de las dos —o las dos— acabaría muerta.

Al parecer, la hermana fallecida de Heather le debía una inmensa cantidad de dinero al jefe de una red de drogas importante de la ciudad.

Ni Heather ni su familia, estaban en la posición de ganar esa cantidad de dinero. Felicity no se lo pensó dos veces en contactar con la compañía para la que ahora trabajaba a tiempo completo para ganar mucho dinero con el cual pudiesen llegar a un acuerdo de pago.

No habría vuelto a prostituirse pero Heather se había convertido en su familia y como tal, temió perderla. Como tal, se sintió obligada a cuidarla. Y lo hizo, sin importarle nada. Incluso daría su vida si se lo pedían con tal de salvar a Heather o a sus padres.

Heather no le dirigió la palabra durante un par de semanas de lo enfurecida que estaba por haber tomado la estúpida decisión de volver a aquella vida que solo le traería desgracias.

A ella no le importó. Nada podría hacerle retroceder porque se trataba de su familia y haría cualquier cosa por ellos.

Aunque eso implicara que Heather y ella no se hablaran nunca más.

Heather solía exigirle que abandonara de inmediato ese trabajo porque saldrían adelante, le aseguraba durante el día cuando se cruzaban en el apartamento.

Heather buscaba la manera de hacerla entrar en razón.

También lo hacía en tono de súplica cuando la situación se volvía un drama entre ellas.

Felicity no iba a ceder.

Sabía que Heather se hacía la fuerte con ella, para protegerla. Lo mismo que ella estaba haciendo, cada una lo ejecutaba a su manera.

Sin embargo, por las noches, Felicity no lloraba por hacer lo que hacía para salvar la vida de Heather. Estaba acostumbrada a esa vida y por ello no le importaba venderse porque esta vez lo hacía por una causa mayor. En cambio Heather, por las noches, quebraba su fortaleza. Dejaba de fingir lo bien que saldrían de todo y se pasaba toda la noche en vela, agitada en su habitación, llorando y suplicando por una solución.

No era justo con ella.

Era una buena chica y la adoraba. No podía dejar que viviera entre tanto miedo.

Ella sabía muy bien lo que era eso.

No iba a retroceder en su decisión y finalmente, las aguas se calmaron, consiguieron un acuerdo con el hombre que les amenazó teniendo que cumplir mensualmente con una suma de dinero hasta que la deuda quedara saldada.

Con lo que ganaba siendo dama de compañía les daba para cubrir aquella cuota mensual sin problemas.

La compañía le pagaba muy bien. Y le daban un buen trato.

Cientes seguros, que debían hacerse chequeos médicos, al igual que los empleados; también debían ofrecer datos certificados de contacto; y exigían ciertas pruebas para poder formar parte de la lista de clientes.

Protegían a las chicas y se sentía más cómoda trabajando con gente que, de algún modo, le hacía aquel trabajo un poco menos infernal de lo que ya era.

Entonces todo parecía marchar bien.

Y la vida volvió a enredarle las cosas cuando Lorcan apareció en su camino.

Bufó mientras pensaba en eso y le dio una patada a una piedra con la punta del zapato.

En realidad, ella llegó por su cuenta a la vida de Lorcan.

Se abrazó con fuerza recordando lo ocurrido entre ellos esa noche y lo incómoda de toda la situación.

Sería imposible seguir trabajando con él y lo único que esperaba era que cuando pidiera cambio de chica, no diera quejas de ella.

Negó con la cabeza mientras se reprochaba a sí misma pensar mal de ese hombre que lo único que le había traído a su vida eran buenos ratos e ilusiones.

Un hombre que, finalmente, la trataba como si fuera una dama.

Como si ella fuera lo más importante del universo.

Como si ella solo le importara de un modo.

Pero no.

Y ese fue el punto de quiebre entre ellos esa noche.

Ella le confesó su amor por él y luego de hacerlo, al verle la cara de contrariedad al hombre y de máxima incomodidad por hacerle despertar a ella ese profundo y maravilloso sentimiento, entendió que había sido un gran error.

Que ella sola se imaginó toda una historia de romances entre el hombre rico y la prostituta al mejor estilo de las películas de Hollywood.

Sintió las lágrimas correr por sus mejillas.

¡Qué estúpida había sido!

Confundió cada palabra, cada sonrisa, cada buena intención hacia ella. Incluso confundió que la hubiese tratado como a una dama durante todo un año.

No hubo intimidad entre ellos nunca. La respetaba como solo los caballeros hacían.

Y ella confundió todo.

Se enamoró como una verdadera idiota.

Se secó las lágrimas.

Le dolía el pecho con intensidad. Era un dolor profundo que la taladraba dejándole una extraña sensación.

Supuso que tal vez era el mismo dolor que sentía alguien cuando era apuñalado o cuando se recibía un disparo en el pecho.

Ardía.

Dolía.

Se dedicaría a atormentarse esa noche todo lo que pudiese porque al día siguiente debía continuar con su vida.

Esperaba que lo ocurrido con Lorcan no le hiciera perder el trabajo que Heather odiaba y estaba segura de que festejaría que lo hubiese perdido pero también significaba que una de ellas dos moriría y eso, no podía ocurrir.

No podía perder su trabajo.

Vio a ambos lados antes de cruzar la calle.

Estaba desierta.

Era tarde y el mal clima no ayudaba.

Tampoco podía resfriarse porque solo Lorcan la hubiese recibido con un resfriado.

Estaba segura que hasta le hubiese preparado una sopa de pollo para que se sintiera mejor.

Lorcan.

Sintió de nuevo la quemadura en el pecho.

No tenía ni idea de cómo haría para olvidar a Lorcan.

Estaba tan sumergida en sus propios pensamientos que no fue capaz de darse cuenta de que hacía rato, un Bentley negro con las ventanas tan negras como el coche la seguía a lo lejos a una velocidad que habría sido sospechoso para cualquiera.

Pero claro, a esa hora y con ese clima, ni los indigentes estaban en las calles.

Fue muy tarde cuando Felicity se detuvo en seco al ver que el Bentley aceleraba para bloquearle el paso, logrando su acción y permitiéndoles a dos hombres enormes bajarse de la parte trasera para meterla a la fuerza en el auto.

Intentó defenderse sin éxito alguno.

Sintió como se aceleró su corazón porque presentía que aquella noche iba a ponerse mucho peor de lo que ella creía.

Como siempre ocurría en su vida, que las cosas siempre iban a peor.

Capítulo 2

Lorcan llegó muy temprano esa mañana a la oficina.

Tuvo una noche intensa de pesadillas y deseos que necesitaba saciar aunque aún no encontraba a la candidata indicada.

Además, aunque la encontrara, debía ir con cuidado porque con las últimas dos chicas que eligió en la calle estuvo a punto de perder el control y matarlas.

Frunció el entrecejo recordando eso. No le gustaba en lo absoluto perder el control y menos de la manera que puede dejarlos expuestos a una sociedad de humanos que no serían muy receptivos de tenerlos como vecinos, maestros, jefes, padres, madres.

Porque los verían como monstruos.

Aunque bien sabía él que un ser de su especie, sería un Santo al lado de los humanos.

Lorcan llevaba cientos de años siendo testigo —algunas veces— y sintiendo en carne propia —en otras ocasiones—, la maldad y morbosidad que se escondía en el corazón de los humanos. Todos lo tenían, en mayor o menor escala.

Y aquellos que se decían puros y ciervos de un Dios que ellos mismos inventaron, eran los peores.

Gracias a ellos, él se convirtió en lo que era. Un ser letal, de cuidado, desconfiado, lleno de amargura.

Gracias a todas las atrocidades que le hicieron vivir, ahora no conseguía obtener paz si no era sodomizando a alguien.

Se sentó en la silla de cuero que estaba detrás de su imponente escritorio de madera maciza y echó la cabeza para atrás.

No había un maldito día de su vida que no pensara y reviviera cada momento de tortura que vivió o cada momento de tortura que le obligaron a dar a otra persona.

Todavía recordaba las palabras de su tío Pál cuando las cosas se salieron de control en aquella aldea en la que vivían en Europa.

Él ya había alcanzado la madurez y su tío le pidió que le acompañara a hacerle una visita a la Emperatriz Christine de Austria ya que corrían rumores de que existía una gran mortandad infantil que la misma Emperatriz estaba mandando a investigar.

Pál tenía el ligero presentimiento de que aquello se trataba de la maldición que los perseguía a ellos desde que la Condesa pactara con Sejmet.

Fue Pál quien intentó, por todos los medios, mantener unidos a todos los descendientes de la Condesa Sangrienta pero no todos querían asumir con responsabilidad su maldición, ni tampoco deseaban estar en contacto con el resto.

Muchos partieron sin dejar rastros.

De algunos volvía a saberse algo y entonces, Pál intentaba un nuevo acercamiento que, en algunas ocasiones, le salía bien. En otras, al menos lograba instruirles para el nacimiento de nuevas generaciones porque algunos se negaban a aceptar transmitir esta información a la generación que les seguía ya que era la que la maldición no alcanzaba y tenían la creencia de que si no se hablaba del tema, la maldición desaparecería.

Así que en algún punto de la historia, la Emperatriz de Austria decidió hacer una investigación

y para ello, contrató a un médico que le gustaba indagar en profundidad y hacer análisis científicos y racionales de casos religiosos o de gran misterio como era el caso que la Emperatriz quería aclarar.

Ella era gran devota de la iglesia, aunque no permitía que metieran las narices en su reinado.

Gerard Van Laar consiguió que Christine expidiese un decreto que hacía obligatoria las autopsias para todas las muertes ocurridas en Graz, y aquella noticia causó gran revuelo.

Pál tenía que tomar cartas en el asunto porque tuvo una de sus visiones en la que observó que Van Laar no encontraría una lógica explicación de esas que tanto le gustaban para la muerte de estos recién nacidos.

La lógica no existía ahí.

O consumían sangre y psique recién salidos del vientre materno o morían.

Los descendientes de la condesa sangrienta ya eran muchos, más de los que Pál podía llevar registrado en un árbol genealógico que decidió hacer cuando el segundo hijo de su hermana, el más pequeño, decidió marcharse a recorrer mundo.

Mantuvo correspondencia con su madre indicándole que se casó y en el alumbramiento de su primer y único hijo, tanto su mujer como el niño habían muerto.

Tres de sus bisnietos también decidieron marcharse. Y de uno de ellos no se supo nada nunca más.

No era de extrañar que la Emperatriz mandara a investigar. Cualquiera de los investigados podía ser un pariente de Pál.

Lorcan era su pupilo. Fue el primero de la descendencia con la maldición en nacer de la rama de su hermana Etelka y Pál lo instruyó como era debido.

Tal como acordó con Veronika muchos años antes en el nuevo mundo.

Era la persona en la que más confiaba en el mundo. Y le quería como a un hijo.

Lorcan todavía recordaba el momento en el que estuvieron frente a la Emperatriz y su tío, con la tranquilidad que lo caracterizaba, le explicaba a la mujer toda la verdad sobre su especie.

La Emperatriz lo veía con una mezcla de miedo y fascinación.

No lograba entender cómo pudo sobrevivir tantos años entre humanos sin levantar sospechas.

Todo parecía marchar bien con la conversación entre la mujer, Van Laar y su tío.

Un tiempo después, solicitaron otra reunión con Pál, tras la cual la Emperatriz murió de una muerte que, el médico, declaró natural y de la que Pál evitaba hablar a toda costa.

Lorcan intuía lo que había ocurrido, aunque nunca hablara de ello. Era capaz de sentir lo que los demás sentían a su alrededor y la tristeza profunda sumada al sentimiento de culpa que le transmitía Pál cuando se tocaba aquel tema, le daba a entender que él fue el que causó la supuesta muerte natural de la Emperatriz.

Mantuvieron el contacto con Van Laar y así fue como se enteraron de que la Santa Sede estaba investigando más de lo debido en el tema de la muerte de la Emperatriz.

No sabían por qué.

Un tiempo después, pudieron aclararlo todo.

Una de las doncellas de la Emperatriz escuchó las conversaciones previas entre esta, Van Laar y Pál en la que se organizaba su muerte. En esa época, la mujer estaba sumergida en un gran cuadro depresivo por la pérdida de su esposo. No deseaba vivir sin su compañía.

Y Lorcan suponía que Van Laar quería presenciar cómo ocurría la absorción de sangre y psique entre uno de su especie y los humanos.

Pál le dejó órdenes estrictas a Lorcan de la forma en la que debía proceder si llegaban a herirle de muerte o raptarle aquellos que trabajaban para la Santa Sede.

Tarde o temprano llegarían.

Lorcan no iba a permitir que lastimaran a su familia. A ninguno de ellos. No eran monstruos ahora, tampoco lo fueron antes.

Y un buen día desapareció dejando una carta a su tío en la que le explicaba que se encargaría él mismo de ese asunto y lo solucionaría todo.

Lo hizo.

Aunque el precio que tuvo que pagar fue muy alto.

Estaba perturbado psicológicamente y tenía su poder de empatía bloqueado.

Había dejado de sentir lo que sentían otros. Tuvo que hacerlo a modo de supervivencia, aun podía sentir en su cabeza los gritos y la fuerza del dolor que salía del pecho de una de las víctimas que lastimó de maneras inimaginables.

La súplica que veía en los ojos de cada una de esas personas que pasaron por sus manos, era un grito silencioso que salía de los poros de la víctima implorando la muerte de una vez para no sufrir más.

Y mientras por el día era un perfecto verdugo, por las noches se convertía en víctima de sus propias pesadillas.

Que le seguían atormentando a través de los años.

Como la primera vez.

Encendió su móvil.

Esperó unos segundos antes de que el teléfono encendiera con normalidad y pusiera en completo funcionamiento su sistema operativo.

Emitió varios pitidos que Lorcan identificó de inmediato con mails que estaban entrando en su bandeja de entrada en ese momento.

También sonaron dos alertas más.

Una era el recordatorio de la sesión mensual que tendría la sociedad esa noche y la otra era un mensaje de texto.

Revisó entonces el mensaje recordando que la noche anterior, le envió uno a Felicity para indicarle que cuando llegara a casa le avisara.

¡Cómo se había torcido la noche entre ellos!

Desconocía qué pasaría de ahí en adelante entre él y la chica, intentaría que ella siguiera visitándole.

Felicity era la única mujer, después de Mary Sue, con la que Lorcan consiguió abrirse un poco más a nivel sentimental y además, calmaba sus ansiedades. No todas, y no en su totalidad de esas pocas, al menos algo se calmaba un poco en su interior cuando estaba con ella.

Mary Sue.

Abrió el cajón y encontró una foto de papel grueso, deteriorada pero que aún se veía la imagen blanco y negro de una mujer vestida con un elegante traje sonriendo con vergüenza como si estuviese observando al infinito.

En realidad lo veía a él cuando le hacía la foto a la chica que se adueñó de sus sentidos en aquella época y logró hacerle despertar el cariño hacia una mujer.

Lo mismo que le ocurrió cuando conoció a Felicity.

Con la diferencia de que Mary Sue acabó aceptando sus extrañas prácticas sexuales y lo disfrutaba, haciendo la experiencia más placentera para Lorcan.

Mary Sue también fue prostituta.

Y aunque se parecían mucho, a Felicity la quería de otra manera.

La veía como a una hermana pequeña. Desde que la chica cruzó la puerta de su oficina por

primera vez, vistiendo con seguridad y elegancia para ocultar las inseguridades que llevaba en su interior, decidió que sería incapaz de meterla en sus artes sexuales.

Era una chica que necesitaba amor, cariño, amistad y él también buscaba algo así aunque sentía que nunca llegaba a experimentar por completo aquellas emociones.

En ese primer encuentro le explicó que pagaría para que ella estuviera exclusivamente con él. Sintió la necesidad de librarla de todo el mal que había vivido.

Su pasado y el de él se parecían. Pudo sentir el tormento de ella al entrar y verle a los ojos; también, sintió el alivio y la gratitud cuando él mencionó que ordenaría que fuera exclusiva para él.

No le conocía de nada; sin embargo, ella se sentía segura a su lado.

Lorcan pudo sentirlo y no fallaría a esa sensación que él mismo, de manera inconsciente, le transmitió nada más verla.

Ella creía que él no podía llegar a imaginar las cosas terribles por las que una mujer podía pasar en la vida, pero nadie mejor que él para saberlo.

Había sido un verdugo. Llevaba una maldición encima.

La que no tenía ni idea de las cosas era ella, porque Lorcan prefirió ocultarle su verdadera naturaleza cuando decidió que no la metería en su cama.

Si no había sexo, no había alimento y la psique podía tomarla de Felicity sin que esta notara algo más que un repentino cansancio que siempre atribuía a los días agitados que la chica solía tener entre los dos trabajos que tenía.

Para Lorcan, ella se convirtió en una gran amiga, necesitaba cada noche de su compañía. A veces le invitaba a comer, la llevó al cine en un par de ocasiones y también decidió llevarla con él a la fiesta anual de la sociedad en Europa.

Estaba harto de presentarse solo o con la prostituta de turno. Era momento de ir con alguien con quien quisiera estar.

Felicity era esa persona y la fiesta sería toda una experiencia para ella porque Venecia era una ciudad encantadora y Miklos, su hermano pequeño, organizaba las mejores fiestas desde tiempos remotos.

La sociedad de los guardianes de sangre estaba conformada por la descendencia de la Condesa, y con el pasar del tiempo, se fueron sumando otras comunidades. Brujas que no descendían de la Condesa y que compartían espiritualidad con Veronika por ser brujas blancas y custodias del bien; y algunas sociedades de los humanos tuvieron que ser incluidas para guardar secretos de manera mutua y sobrevivir al paso del tiempo llevando una vida normal.

Así que la fiesta era un sitio de reunión informal de toda la sociedad para saber cuánta gente había involucrada, sin saber exactamente quién era quien en la vida cotidiana gracias al uso de máscaras y disfraces de época.

Esto permitía que las fiestas acabaran de manera inapropiada en algunas ocasiones. Inapropiadas para algunos, sin duda, pero todos podían sentirse seguros de que nadie les juzgaría por lo que hicieran allí porque nadie era capaz de reconocerles.

Aunque los Guardianes siempre se reconocían sin importar cuanto maquillaje, peluquines o vestimenta llevaran encima. Era el llamado de la sangre lo que les hacía reconocerse sin desvelar la identidad de cada uno.

La última fiesta a la que asistió con Felicity, la pasó tan bien, que pensó en repetir la experiencia el próximo año. Podía decir que llegó a olvidar quién era en realidad y a disfrutar del momento en compañía de una mujer estupenda.

Admiraba la fortaleza de esa chica. Pasó por cosas muy duras en la vida y siempre había

conseguido avanzar y salir adelante. Incluso ahora que volvía a prostituirse para obtener dinero y saldar la deuda con el maldito de Alex J. Un camello de una red de drogas de mucho peso en New Jersey.

Intentó hablar con él imbécil y este se negó a escucharle y Lorcan habría estado encantado de partírle la cara y después el cuello, sin embargo, eso habría sido un problema porque el cuerpo tenía que desaparecer sin dejar rastros y podría traerle mayores inconvenientes a Felicity y la amiga a quién intentaba proteger.

Le ofreció el dinero. La chica, como era de esperar, se negó a aceptarlo.

Se negaba a dejar que esa situación siguiera creando una preocupación en la vida de Felicity. Y seguía buscando una salida definitiva que le diera la oportunidad de estudiar en la universidad que quisiera. Él también estaba dispuesto a pagarle eso.

Se lo merecía.

Era una buena persona y era hora de que alguien hiciera algo bueno por ella.

Además, era hora de que le empezaran a pasar cosas buenas.

Vio el móvil de nuevo.

El mensaje no era de ella. Era de su hermano Garret recordándole la cita de esa noche.

Le respondió con un escueto «Ok» y decidió clavar la mirada en el sitio aproximado en el que vivía Felicity.

La panorámica de su oficina le permitía tener la ciudad a sus pies.

¿Habría llegado bien?

Le preocupaba que la chica no le enviara nada.

Las cosas estaban peor de lo que pensaba.

La recordó sentada en el sofá de su *loft*, recostando la cabeza en su pecho mientras él besaba con suavidad su melena castaña que siempre tenía esa agradable fragancia a flores silvestres.

Le dijo que lo amaba.

No pudo disimular la expresión de desconcierto que tenía pintada en el rostro.

Lo que la afectó ya que pensaba que él también sentía lo mismo por ella.

Dios.

¿Cómo pudo dejar que ella se enamorara de él de esa manera?

De inmediato, Felicity notó que había cometido un error y sus nervios la dominaron dejándole sentir a Lorcan una fragancia avinagrada que salía del cuerpo de ella.

Vergüenza porque sintió que cometía un gran error.

Y quiso detenerla para conversar pero ella no era capaz de hablar.

Le pidió que la dejara marchar y eso fue lo que hizo.

Sabía por experiencia que lo mejor, a veces, era dejar pasar el tiempo para que la mente encontrara la claridad necesaria.

No quería perderla y quería cuidar de ella.

Esperaría un día y si la chica no aparecía, la buscaría para aclarar todo y pedirle que no le abandonara.

Aunque él fuese tan idiota de no poder corresponder a su amor.

Capítulo 3

Heather despertó con la boca seca y los ojos hinchados.

Tenía dos días sin poder dormir bien porque no sabía nada de Felicity.

Dos días.

El corazón le palpitó con pesadez y tristeza.

Se le hizo el nudo en la garganta que tan bien conocía.

Tenía años sin rezar. Esa noche lo hizo, hasta muy entrada la noche, hasta que el cansancio la venció y la obligó a cerrar los párpados en los que solo podía ver la imagen de Felicity sonriendo.

Encontraba consuelo en esa imagen. Un consuelo que duraba muy poco cuando la angustia y la zozobra se hacían presentes en ella, de nuevo, para advertirle que a su hermana de vida le había ocurrido algo.

El estómago se le encogió.

Agradecía que estuviera de vacaciones. De hecho, debía estar haciendo las maletas para irse unos días a Miami con unas compañeras de trabajo.

El día anterior canceló todo.

No podía moverse de casa hasta no saber en dónde diablos estaba Felicity.

Si le había ocurrido algo y salía lastimada o... muerta, no se lo perdonaría jamás porque fue ella la que la llevó a retomar aquella vida que tanto sufrimiento y peligro le daba.

Sí, ella. Ella y su hermana que nunca tuvo la cabeza para darse cuenta de que cuando se drogaba no solo se arrastraba a ella misma a un abismo sino que además, arrastraba con ella a todos lo que estaban a su alrededor.

Incluso después de muerta les seguía arrastrando.

Cuando la vida le puso a Felicity en su camino, no pudo sentirse más agradecida de tener una segunda oportunidad para hacer las cosas bien y cuidar de esa chica como no pudo hacerlo con su hermana porque estaba demasiado enfadada con ella para poder cuidarla.

Ellen solo sabía escupir veneno y resentimiento de su boca, argumentando que la niña consentida por los padres de ambas era ella, Heather; el genio, la artista, la responsable, la divertida, la seria cuando debía serlo, la educada; dejando a Ellen rezagada siempre a las sobras.

Por supuesto, aquello no era cierto. Bien sabía que sus padres trabajaron duro para darles a ambas una vida buena y llena de atenciones y cariños.

Quizá ese fue el problema con Ellen. Mucho consentimiento ya que era la más pequeña, la que podía hacer con su padre lo que le viniera en gana consiguiendo cada uno de sus caprichos y dejándole pasar cada uno de sus berrinches.

Fue muy tarde cuando quisieron poner las cosas en orden en la vida de Ellen.

Para entonces, ya la chica era adicta, de las que se escapaba a la primera oportunidad de los centros de recuperación y se iba, dejándoles con el corazón en la boca y la incertidumbre de si estaría bien o no.

Viva o no.

Protegida o no.

Volvía a casa cuando algo malo le pasaba.

Prometía no recaer, prometía luchar contra su adicción, prometía tantas cosas.

Al principio le creían y la esperanza reinaba de nuevo. Su madre volvía a resplandecer con esa luz propia que la hacía una mujer dulce y serena; mientras que su padre, recuperaba el semblante, las ganas de vivir y la determinación de no sentirse culpable por haber dejado que su pequeño ángel llegara tan lejos.

La fantasía duraba muy poco.

La historia se repetía, una y otra, y otra vez.

Hasta que decidieron dejar que las sombras cubrieran para siempre a la familia y la resignación los abrazó con fuerza preparándoles para el futuro que sabían muy bien cómo sería.

La muerte de Ellen dolió. Dolió ese día y aún seguía doliendo pero en cierto modo, les dio paz.

La paz necesaria de saber que ya no había por qué angustiarse. Ya sabían en dónde se encontraba y se encontraría Ellen para siempre y era mejor saber que estaba en el cielo, que drogándose debajo de un puente rodeada de indigentes que quien sabe que cosas asquerosas y horrendas podían llegar a hacerle.

El accidente de tránsito le dio una muerte súbita.

Lamentablemente, también mató al conductor contra el que se estrelló en la autopista.

Era un buen hombre, sexagenario, con una esposa a la que Heather aun llamaba para saludarle porque se sentía responsable por haber arruinado la vida de esa mujer.

Y entonces apareció Felicity, unos meses después de que aquella tormenta en su vida la convirtiera en una mujer apagada y triste.

Se hicieron muy amigas y Heather se juró a sí misma cuidarla como no lo hizo con su hermana.

Fallaba de nuevo y se le revolvía el estómago nada más de pensar que podía perderla como perdió a Ellen.

Apretó con fuerza el rosario que tenía en las manos.

Todavía no llamaba a sus padres para darles la noticia porque no quería angustiarles a ellos también.

Tampoco llamaría a la policía, en principio porque le habrían dicho que debía esperar 48 horas antes de poder reportar un desaparecido de manera oficial y en segundo lugar, porque Alex J. podía estar detrás de todo eso y sería peor si involucraba a la policía.

Alex J. era el camello de su hermana. Al que le debía una suma de dinero que era inalcanzable para Heather siendo enfermera.

Felicity y ella ya vivían juntas cuando les llegó una nota a casa en la que explicaban que si Ellen no pagaba la suma que debía la matarían.

Por supuesto, Heather mantuvo en secreto aquel papel, lo rompió y lo tiró a la basura esperando que no ocurriera nada. Sin embargo, unas semanas después y cuando creía que nada pasaría, recibió otra notificación en la que le explicaban que sabían de la muerte de Ellen pero que aquello no interfería en el pago de la deuda que la muerta debía al camello. Así que amenazó a la familia incluyendo a Felicity, lo cual indicaba que las mantenían vigiladas.

Fueron unos días de angustias interminables y de darle mil vueltas a las cosas para evitar la solución que le dio su nueva hermana. Volver a la prostitución para recibir la suma de dinero que necesitaban al mes hasta saldar la deuda.

Sus padres no sabían nada y prefería que no se enteraran a menos de que fuera estrictamente necesario. Como podría ser el caso, porque sospechaba que era él quien se cansó de recibir el dinero en pequeñas cuotas como acordaron en una reunión que tuvieron y le hizo algo a Felicity para acelerar los pagos o aumentar las cantidades.

Dios.

La angustia la iba a matar.

No sabía en dónde empezar a buscar porque ni siquiera sabía la dirección de la compañía para la cual trabajaba Felicity y no le apetecía hacerle una visita sola al camello. Era un hombre peligroso.

Se levantó y se aseó con rapidez.

Se vistió con ropa deportiva térmica y salió.

Necesitaba empezar la búsqueda por algún lado sin importar qué tan peligroso pudiera llegar a ser esa búsqueda.

Se suponía que debía cuidar de Felicity.

Caminó a paso acelerado hasta llegar a la estación del metro.

Se sumergió en sus pensamientos recordando cosas buenas vividas con su nueva hermana.

La pasada Navidad, cuando Felicity le regaló el reloj por el que Heather soñaba. Su mayor regalo habría sido ganarse la lotería para pagarle al maldito camello y sacar a Felicity de aquella vida que odiaba.

La chica le aseguraba que ahora todo iba mejor. Que el simple hecho de no estar en la calle suponía más seguridad para ella y que la compañía para la que trabaja las cuidaba y las trataba con amabilidad.

¡Era venta de mujeres! ¡Eran unos malditos miserables todos los que estaban involucrados! Se aprovechaban de las debilidades de estas mujeres para ganar dinero vendiéndolas.

Eso no tenía perdón de Dios.

Cuando llegó al corazón de Manhattan, caminó hasta el edificio en el que sabía que encontraría a Alex J.

El guardia de seguridad de la puerta le hizo las preguntas correspondientes antes de dejarle pasar. También avisó a Alex quien autorizó la entrada de la mujer al recinto.

En el ascensor, sintió que el aire empezaba a faltarle. No podía dejarse vencer.

No en ese momento, una vez que saliera de ese edificio y estuviese lejos, quizá. Pero no cerca de ese criminal.

Las puertas del ascensor se abrieron de nuevo dejándole ver un pasillo largo y decorado con elegancia.

Se respiraba la opulencia en el sitio. Sin embargo, siempre dudó de que gente buena viviera allí.

Es decir, ella no querría vivir en el mismo edificio en el que dos hombres del tamaño de un refrigerador industrial custodiaban la puerta de uno de esos apartamentos.

Los hombres, nada más de verlos ya podían aterrorizarte, ni hablar si cruzabas la mirada con alguno de ellos que siempre estaban con el ceño fruncido y ganas de darle puñetazos a algo, o a alguien.

Evitó la mirada de ambos y no fue necesario decirles nada porque en cuanto se acercó a ellos, le abrieron la puerta para que entrara.

Cuando pasó y sintió que la puerta se cerraba tras de ella quiso salir corriendo de allí porque sentía que se estaba metiendo en las malditas fauces del lobo hambriento por voluntad propia sin siquiera dejar una nota en casa diciendo que si desaparecía podían empezar buscándole allí.

¿En qué diablos estaba pensando?

—El Sr. Alex ya le puede recibir —la chica delgada y sin expresión que le atendió la vez pasada estaba ante ella anunciándole la entrada a la oficina del camello.

Las piernas le temblaron y tenía las manos heladas.

Entró.

Otra puerta que escuchó cerrarse tras ella.

Alex J. era un hombre que si lo encontrabas en la calle podías pensar que era un modelo, empresario importante, un hombre de negocios. De esos de los que hablan en *Forbes* o en *GQ* como el actor sexy del momento.

No un maldito camello.

La vio con una sonrisa irónica.

—¿Qué te trae por aquí, hermana de Ellen?

—Heather.

—Sí, ya lo sé, te llamas Heather y si viniste a decirme que no puedes pagarme este mes, mejor es que te vayas por donde viniste porque sabes muy bien lo que va a ocurrir si no lo haces.

Heather sintió de nuevo el nudo en la garganta y apretó con fuerza el rosario que llevaba en el bolsillo de su jersey. No recordaba haberlo metido allí pero agradeció su prudencia.

—No hemos dejado de pagarte en todo este tiempo. No vayas a hacerle daño, por favor.

Alex J. frunció el entrecejo y la vio con duda.

—¿A quién se supone que no debo lastimar?

Heather estaba enfadada y la angustia la superaba y no fue hasta que su voz empezó a sonar aguda que se dio cuenta de que lloraba a cántaros; trataba de hablar y las palabras no podían entenderse.

El camello se levantó con prisa y la tomó por los hombros con delicadeza.

Parecía sincero.

—¿Qué ocurre?

—¡Te llevaste a Felicity!

Alex J. frunció el ceño otra vez.

—No, no lo hice.

Heather ladeó la cabeza.

Lo analizaba.

Buscaba en su mirada una señal de mentira pero el hombre le mantuvo la mirada serena y limpia.

Decía la verdad.

Las piernas le fallaron a Heather.

Algo muy malo le había ocurrido a Felicity y no tenía manera de salvarla.

Tampoco a ella podría salvarla.

Heather despertó aturdida.

¿En dónde se encontraba?

Las imágenes fueron llegando a su mente poco a poco.

¡Ah! Sí, había ido a donde Alex J. para preguntarle por Felicity y él no...

No...

Se llevó una mano a la frente y se incorporó de un brinco.

Sentada en la cama, vio a su alrededor.

Debía salir de allí cuanto antes.

Se levantó, se puso los zapatos que estaban perfectamente ubicados a un lado de la cama y cuando iba a salir de la habitación, la chica desgarbada entró.

—No te vayas. No estás bien.

—No puedo quedarme, aquí. Ese hombre...

—Alex no es un mal hombre —la chica la vio con sinceridad—. Es solo que escogió el camino fácil para hacer dinero.

—¿Te parece que amenazarnos o haberle dado drogas a mi hermana que la estaban matando lo hacen un buen hombre solo que en el camino equivocado?

Heather bufó.

—Son negocios, Heather. Y Ellen escogió esa vida. Alex le ofreció otra. Le dio una salida y ella no quiso tomarla. Lo engañó.

Heather la vio con duda y se llevó una mano al estómago.

¿De qué diablos le hablaba esa mujer?

La chica suspiró y se sentó junto a ella.

—Alex amaba a Ellen. Ella pudo haber estado aquí, en vez de estar en la calle.

—Estaba dispuesto a dejarlo todo por ella —la voz de Alex retumbó en la habitación. Era un hombre imponente de mirada severa, a excepción de cuando había observado a Heather antes de que esta perdiera el conocimiento—. La amaba —hizo una pausa profunda—. Creo que no voy a poder olvidarla nunca y la razón por la que te cobro el dinero que ella me llegó a deber, es porque me carcome la rabia día a día por no haber hecho más para sacarla de ahí y porque no quiero dejarla ir. Esa deuda me mantiene atado a ella de alguna manera.

Heather lo vio con compasión por primera vez.

—Podemos abrir un club si te parece para darnos latigazos por no haber cuidado de ella lo suficiente.

Alex la vio con ironía.

—Este mundo me castiga lo suficiente, no te preocupes.

Hubo otra pausa.

El hombre la vio directo a los ojos.

—¿Qué es lo que te ocurre? ¿Qué le ocurrió a la otra chica que vive contigo?

Heather sintió ganas de llorar de nuevo.

¿Era correcto pedirle ayuda a él?

Bueno, teniendo en cuenta que no podía ir con la policía ni podía pedirle ayuda a nadie más...

—No he sabido nada de ella en dos días.

El hombre la vio con preocupación.

—Es prostituta. Puede estar en cualquier lado.

Heather lo vio con odio profundo y sintió tanta ira en su interior que le pareció adecuado levantarse sin decir ni una palabra y llegar a estar frente a frente con el idiota que hablaba con ella y asestarle un puño en un ojo que presentía le había dejado una fisura en un nudillo por la forma en la que la mano empezó a dolerle.

—¡Maldito imbécil! ¡Es prostituta por tu culpa! ¡Tú nos amenazaste y ella salió a buscar una suma de dinero que pudiera pagar mensualmente tu maldita porquería! —Heather gritaba histérica. Un guardia se acercó a la habitación y la chica desgarbada le hizo una seña de «alto» y le indicó con otra seña que se marchara—. ¿Qué podías esperar? Volvió a esa mierda de vida porque tú, maldito idiota, la obligaste. ¿Creías que mi empleo iba a alcanzar para pagarte lo que nos pides al mes? ¿O que con el trabajo en la tienda por departamentos ella podría sacarnos de esto? ¡¿Qué querías?! —intentó pegarle de nuevo pero esta vez, los reflejos de Alex respondieron a tiempo y le detuvo el golpe en el aire.

—Para. Y cálmate. Nada de esto es mi culpa —Le hizo señas a Jeanette para que llamara al médico de confianza de inmediato porque Heather se quejaba del dolor.

—¡Ja! ¡Claro! Como no es culpa de nadie que Ellen esté tres metros bajo tierra y que haya arrastrado una vida con ella.

La mirada de Alex se llenó de ira y vio con odio a Heather.

—La verdad es que no es culpa de nadie que ella esté muerta. Todos hicimos lo que pudimos aunque queramos creer que haciendo más la hubiésemos salvado. No es de tu hermana de quien hablamos. Y no, Heather, no es mi culpa que tu amiga haya vuelto a la prostitución. Sé que no les estoy haciendo las cosas fáciles con lo del dinero; ella tampoco se esforzó en buscar algo más para no tener que prostituirse de nuevo.

Eso era cierto.

Felicity lo sugirió desde el primer momento.

No iba a hablar de eso con ese hombre.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace dos días, te dije.

—¿Vas a contarme algo más para que te ayude o iras a la policía para que ellos te ayuden?

Cada vez odiaba más a ese tipo.

—Salió temprano como cada día. Fue al trabajo que mantiene en la tienda por departamentos. Regresó a casa como de costumbre, sobre las 6; y volvió a salir como cada noche desde hace un año a las 8. Un coche negro viene a buscarla a casa cada noche y la trae de regreso a veces antes de medianoche, a veces después.

—¿Por qué no estabas en el trabajo?

—Porque estoy de vacaciones imbecil y ¿qué relevancia tiene mi trabajo en esto?

«Ninguna» pensó Alex. Solo quería asegurarse de que Heather conservaba su trabajo en el hospital. Ya se sentía muy miserable por darle un empujón a Felicity para volver a la prostitución.

El médico llegó y Alex hizo las presentaciones adecuadas, luego examinó la mano de Heather y la inmovilizó momentáneamente porque necesitaba hacerle radiografías para saber qué tipo de fractura tenía.

Alex se quedó allí supervisando que ella le hiciera caso al médico, no iba a dejarla marcharse en mal estado. Estaba seguro de que tenía más de un día sin comer y sin dormir bien.

—Voy a mi despacho, haré algunas llamadas y te mantendré informada.

—En mi casa, no pienso quedarme aquí.

—Te vas a quedar porque vas a comer lo que Jeanette va a traerte y luego podrás irte a donde te dé la gana.

—Tú no me das órdenes.

—No, pero no vas a salir de aquí hasta que comas, ¿Quedó claro? —Heather lo vio con odio —. ¿Quedó claro? —Alex repitió la pregunta.

—Sí.

A regañadientes, Heather comió un poco del caldo casero de pollo que la chica desgarbada le llevó y también se comió la mitad del pan de especias que acompañaba al caldo. Un poco de la manzana y agradeció la taza de té verde endulzado con un toque de miel que agregaron a la bandeja.

Ya casi cuando iba a terminar de ingerir todo el contenido de la taza, Alex entró con una carpeta en las manos.

—Estos son los archivos que tengo de ustedes —suspiró—. Escúchame bien, Heather —la vio a los ojos y esta vio cuando se enrojecieron y brillaron más de lo normal—, no quiero olvidar a Ellen. Y tampoco quiero tener más cargas en mi espalda. No es mi culpa que tu amiga se haya metido en esto de nuevo; entiendo que no quiere que te ocurra nada y se sacrifica por ti, veo que lo

aprecias y solo por eso y porque quiero encontrar paz de alguna manera, dejaré saldada nuestra deuda. Con la única condición de que puedas enviarme algo de Ellen que no me permita olvidarla jamás.

Heather rompió a llorar de nuevo.

Alex se acercó a ella y la abrazó con cuidado. No sabía si la chica respondería bien a ese contacto.

Heather le agradeció haberlo hecho. Lo necesitaba. Eran demasiadas emociones para un solo día y una preocupación que seguía oprimiéndole el pecho.

—Gracias por todo esto, aunque te juro que si a Felicity le pasa algo te voy a joder la vida entera.

—Y me lo tendré muy merecido.

Ella asintió con lentitud.

—Cuando todo esto pase, prometo darte algo de ella.

—Sé que lo harás —le sonrió por primera vez con sinceridad. Era hermoso. Unas facciones perfectas—. Felicity trabaja en una compañía que no se encuentra a simple vista. La conozco, porque mi socio es asiduo a ella y bueno —admitió avergonzado—, yo he hecho uso de ella algunas veces. Les llamé y solo porque usé cartas fuertes que tengo bajo la manga y porque tengo de socio a un hombre muy importante, me dijeron el nombre del hombre al que Felicity visitaba cada noche. ¿Sabías que la contrató de manera indefinida y exclusiva?

Heather negó con la cabeza.

—Felicity no me hablaba de su trabajo.

—Entiendo. Tuvo que haber firmado un contrato muy estricto para poder estar dentro. Aquí sirven sexo a gente muy exclusiva e importante que lo menos que quieren es que se expongan sus intimidades —Alex recordó al hombre que una vez entró allí amenazándole con levantar la deuda de la chica y él se negó. Parecía un magnate de esos que solo querían dar órdenes. Y él ya estaba grandecito para cumplir órdenes de alguien que no tenía nada que ver ni con él ni con el negocio. Así que le pidió, amablemente, que se marchara. El hombre lo hizo, sin dejar de hacerle ver su descontento en la mirada.

Aquel día pensó que la cosa no acabaría bien. Pero se equivocó.

Hubo un silencio entre ellos.

—No diré que fuiste tú quien me dio esta información. Es más, rompe estos expedientes. Con una dirección y un nombre me conformaré.

Alex tomó un papel cuadrado que descansaba en una torre de iguales a este dentro de una caja transparente de acetato en uno de los cajones del moderno escritorio frente a la ventana.

Sacó su *Montblanc* del bolsillo interno de su traje y escribió en el papel una dirección junto a un nombre y un apellido.

Heather iría de inmediato al sitio.

El tal Lorcan iba a tener que entregarle a Felicity así ella tuviese que amenazarlo de muerte.

Capítulo 4

Pál y Lorcan se encontraban en la oficina de este último estudiando algunas proyecciones del negocio que ambos manejaban.

En ese momento, se dedicaban a la construcción de propiedades de lujo al rededor del mundo. Desde casas hasta cadenas hoteleras. Claro, ellos solo tomaban las decisiones, otros, daban la cara por ellos.

El paso de los años les obligaba a tener actividades que no tuvieran que dejarles ver en público más de lo que era estrictamente necesario. Y era un negocio que podía mantenerse de manera «familiar» para no levantar sospechas.

Su condición de «vampiros», como les empezaron a llamar después de lo ocurrido con la Emperatriz Christine de Austria, y también por algunas leyendas originarias de Hungría por la época en la que la Condesa Sangrienta cometía sus crímenes, les obligaba a cambiar de lugar de residencia cada cierto tiempo porque se volvía muy sospechoso que los demás envejecieran y ellos no.

La mayoría de ellos aprendió a permanecer en las sombras, mientras menos exposición a la humanidad tuvieran, más podían permanecer en un mismo lugar.

Algunos miembros de la familia no eran tan inteligentes y se dejaban ver más de la cuenta como fue el caso de Luk, hermano menor de Lorcan; al que él mismo se vio en la obligación de decapitar. No solo por el pánico que estaba sembrando en la ciudad en la vivían en ese momento si no que así lo estipulaban las normas de la sociedad de los Guardianes.

Era una historia de la que Lorcan prefería no hablar ni recordar.

Le dolía haber matado a su propio hermano, pero así era la vida.

Alguien debía mantener el orden y la disciplina cuando alguien más rompía con las reglas.

Existieron otros de la familia que en el período de adolescencia, no pudieron controlar sus propios poderes y la maldad que llevaba la maldición consigo.

Ellos también fueron eliminados antes de que convirtieran a alguien.

Sí. Ellos no solo nacían, también convertían; Marian lo dejó escrito en su diario.

Pero solo convertían cuando la sangre de un vampiro y un humano se mezclaban.

Aquello fue lo que salvó a Lorcan de la prisión en la que estuvo muchos años.

Tuvo una pelea a muerte con alguien muy importante de la Santa Sede y la sangre que brotaba de las heridas que ambos se produjeron, se mezclaron, haciendo al enemigo esclavo de la maldición.

Lorcan habría evitado a toda costa darle a uno de ellos ese poder que otorgaba la maldición de una vida casi eterna.

Fue inevitable. Había sido cuestión de supervivencia.

Dentro de todo, salió bien porque fue lo que lo liberó de ser prisionero de la Santa Sede. Ya no podían amenazarle con nada porque uno de su especie pertenecía al grupo de clérigos más pesados de esa «sagrada» institución.

Algunos de los descendientes de Pál también acabaron enterrados, condenados a una sequía eterna por intentar agredir a uno de su misma especie.

A esos los consideraban traidores.

—Anoche la reunión mensual salió muy bien —comentó Pál bebiendo de su taza de café.

—¿Y cómo no? Si no estaban ni la abuela ni Gabor. Sin ellos, todo sale perfecto.

Pál, que desde que alcanzó la adultez, poco había cambiado, lo vio con mirada reprobatoria.

—Es tu familia.

—Claro, una familia que quiere desatar un caos y que no nos dan descanso.

—No seas exagerado. Y entiéndelos, tu abuela nunca quiso la maldición —Pál pensó en su hermana Etelka, cuando eran pequeños, antes de que Marian les visitara. Su hermana odiaba ser quien era y desde que tenía uso de razón, mantuvo contacto con todas las brujas del mundo que pudieran controlar demonios con el fin de encontrar a Sejmet y pedirle que la liberara de aquello. Por supuesto, eso no iba a ocurrir porque Sejmet, al mezclar su sangre con la de la Condesa Etelka las hizo convertirse en una. Sejmet vivía dentro de la condesa y mientras esta estuviese en sequía, Sejmet estaría presa.

—¿Y quién quiere ser prisionero de esta condición que tenemos, Pál? —Lorcan frunció el ceño.

¡Con un demonio! Tenía ganas de matar a alguien.

Era el segundo día que no sabía nada de Felicity y estaba empezando a preocuparse.

Vio una vez más el móvil.

Nada.

Pál lo analizaba con esa forma tan característica que tenía para hacerlo.

Sus ojos grises midieron todas las acciones de Lorcan. Lo conocía muy bien y sabía que algo grave le sucedía.

—Por qué no llamas a una de las chicas de la compañía para que liberes la tensión que tienes encima.

Lorcan lo vio con mirada asesina.

—No se trata de sexo.

Pál empezó a preocuparse. Su sobrino nieto era un hombre complejo y lleno de tormentos.

Cuando no podía drenar sus molestias con sexo, sabía que alguien podía acabar muerto.

—¿De qué se trata, Lorcan?

En ese momento, cuando Lorcan se disponía a contarle todo lo ocurrido con Felicity porque era la única persona en el mundo en quien confiaba ciegamente, la puerta de la oficina se abrió de golpe.

Lorcan no tuvo tiempo de reacción.

Su hermano lo tomó desprevenido y se le lanzó encima con la mirada iracunda y el puño listo para estamparlo en la cara de Lorcan.

Garret estaba furioso.

Debía ser muy intensa su emoción para que traspasara el bloqueo que el mismo Lorcan se impuso a las emociones ajenas.

El puño de Garret se estrelló en el pómulo izquierdo de Lorcan hinchándolo de inmediato.

Garret era famoso por sus ganchos de pelea.

Así como Lorcan era famoso por anticipar los golpes del enemigo, aunque en ese momento, no había anticipado nada.

Nada.

Pál intervino justo cuando los dos machos tomaban posiciones de batalla que él mismo les enseñó en el pasado.

—¿Qué coño te pasa?! —gritó enfurecido Pál a Garret que no le sacaba los ojos de encima a Lorcan.

Estaba actuando dominado por sus peores instintos asesinos.

Aquello que ocurría al chico, era muy grave. Garret era el más pacífico de los tres.

—¿Qué le hiciste a Felicity? —Garret formuló la pregunta apretando los dientes. Los ojos se le oscurecieron y Pál sabía que aquello no iba a terminar bien.

Lorcan se sintió confundido.

¿Qué le pasaba a Garret y por qué le preguntaba por Felicity?

Entonces vio a una mujer detrás de su hermano que, también, lo observaba enfurecida.

¿Qué le pasaba a todo el mundo ese día?

—¡Responde! —exigió Garret listo para atacar de nuevo.

—¡Nada! ¡Maldita sea! ¿Qué ocurre? —La voz grave y ronca de Lorcan retumbaba en la estancia—. Sería incapaz de hacerle algo a Felicity —vio a su hermano a los ojos y este apretó aún más los puños.

—Entonces, ¿por qué no regreso a casa? —la mujer lo veía con fuego en la mirada.

Los machos estuvieron en posición de ataque un par de minutos más, desafiándose con la mirada.

Lorcan ya tenía todos los sentidos puestos en su atacante y estaba listo para devolver el ataque que este le diera porque le importaba un pepino que fuera su hermano.

Tampoco sería la primera vez que luchaban.

Garret lo veía con una furia que Lorcan creyó reconocer aunque no era usual en su hermano. Y eso lo desestabilizó un poco porque Garret solo lo había visto así hacía años, cuando decidió poner sus ojos en una bruja de un Coven de Europa y un tiempo después, el mismo Lorcan fue quien mató a la chica cuando la Santa Sede capturó a un grupo de ellas en nombre de la Inquisición.

Garret tardó mucho en perdonarle aquello a Lorcan.

No comprendía que no tenía la culpa de nada. No sabía quién era la chica. Se enteró un tiempo después cuando dejó aquel asqueroso trabajo de verdugo para volver a casa y en una conversación entre hermanos, ataron cabos, y terminaron estrellándose contra el ventanal de la mansión, cayendo enzarzados en una pelea que llegó a su fin únicamente cuando los dos quedaron debilitados encima del césped y llenos de heridas que para alguien «normal» habrían sido mortales.

Esas, se podían decir que fueron las dos únicas veces en las que Garret se dejó dominar por la furia.

Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar para Lorcan.

Le gustaba Felicity.

Dios.

—¿Alguien va a responderme o es que están todos sordos?! —La mujer, que iba vestida en ropa deportiva, le sacó de sus pensamientos.

Tenía mal semblante.

Lorcan pudo sentir la preocupación; no, angustia, desesperación, tristeza que traía consigo la chica.

Pudo sentir lo que ella sentía.

¿Qué ocurría ese día?

Su hermano suavizó la mirada y relajó la mandíbula. La furia menguaba.

Ambos inspiraron con fuerza y al hacerlo, Lorcan pudo sentir un cosquilleo en la nariz producido por los aromas que venían de la mujer.

Ámbar, jazmín, algún toque cítrico.

El vampiro abrió los ojos y se acercó a ella.
La veía con fascinación mientras ella lo veía con más rabia.
Y sintió en su pecho las emociones de ella.
El estómago se le encogió. Sentía que se ahogaba.
La angustia que ella emanaba era abrumadora.
Lorcan se empezaba a preocupar. ¿De dónde había salido aquella mujer?
—Lorcan —intervino Garret más calmado—. ¿En dónde está Felicity?
—¿Cómo voy a saberlo? —Lorcan no quería perder de vista a aquella mujer que lo retaba con la mirada.
—¿Te vas a hacer el estúpido? —preguntó ella—. ¿No se supone que eres tú el que paga por los servicios de ella?
—Yo no pago por los servicios de nadie.
—¿Ah no? —La mujer levantó las cejas—. Eso no fue lo que le dijeron a Alex J.
Lorcan apretó los puños.
—¡Ese maldito camello lo voy a matar! —La rabia desmedida en las palabras de Lorcan aterrorizaron a la chica.
Pudo sentirlo.
El miedo se apoderó de ella.
Lorcan pudo intuir lo que estaba pensando.
—Nadie va a matar a nadie, Lorcan —acotó Pál que de seguro pudo percibir las sensaciones de ella.
—¿Quiero saber en dónde está Felicity? —Agregó ella viendo a Pál con angustia—. Me dijeron que tú podrías tenerla —exhaló con preocupación y Lorcan sintió una fuerte presión en el pecho—. Si no la tienes tú y no la tiene Alex J. ¿Quién diablos la tiene? —Los veía desesperada—. ¿En dónde está mi amiga?
La chica se quebró frente a los tres hombres.
Pál meditaba la situación esperando que los involucrados reaccionaran.
Garret no podía sentir mayor angustia en ese momento. Desde la primera vez que vio a Felicity atravesar las puertas de la oficina, desde ese día, la chica se adueñó de su corazón.
Y Lorcan, no podía coordinar sus pensamientos.
No entendía qué demonios pasaba con él.
¿Cómo era que la barrera que él mismo levantó hacía años para no sentir las emociones ajenas, se derribaba ante esa mujer?
¿Cómo era que Felicity estaba desaparecida?
Dios. Si le pasaba algo no se lo iba a perdonar jamás.
La culpa lo invadió y se dejó llevar por las emociones de ella.
Eran intensas, penetrantes, atrayentes.
Como una maldita droga.
Necesitaba calmarse.
Pero el llanto de ella empeoraba las cosas.
Cerró los ojos e hizo una fuerte inspiración.
«Felicity»
El llanto de la chica.
La rabia de Garret.
El desconcierto de Pál.
La presión en su pecho.

Otra inhalación.

Pál se le acercó.

—Muchacho, ¿estás bien? —Lorcan se puso pálido en un segundo y Heather sintió que el mundo se tambaleaba ante ella.

Lorcan inspiró con fuerza por tercera vez cuando sintió la debilidad de la mujer.

¿Le estaba absorbiendo energía?

Pudo sentir todos los olores que provenían de ella.

Y la corriente de sangre atravesarle el cuerpo.

¿Qué era lo que le ocurría?

Observó cuando Pál recostó a la chica en el sofá de la oficina. Y regresó con él.

No entendía nada de lo que pasaba a su alrededor.

—Es momento de que pares, Lorcan. ¿Cuánto tiempo tienes que no te alimentas?

Felicity estaba desaparecida.

La intensidad de la absorción se intensificó y empezó a sentir cosas extrañas en su cuerpo.

Era como tener un torrente de energía extra que le exigía ponerse en movimiento.

Todas sus emociones se intensificaron.

Felicity estaba desaparecida.

Y de pronto, un golpe intenso en la boca del estómago lo despegó de aquella conexión que había creado con la extraña mujer sin darse cuenta.

Se dobló a causa del dolor.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Pál lo veía con preocupación y su hermano estaba frente a él abriendo y cerrando la mano.

Lo tomó desprevenido de nuevo.

—No lo sé —pronunció el afectado a medias. Le faltaba la respiración.

La chica despertó tosiendo y Garret fue en su ayuda.

Sirvió un vaso con agua y se lo dio.

Heather vio a su alrededor, no entendía nada de lo que le ocurría ese día y se echó a llorar suplicándoles que le devolvieran a Felicity.

Lorcan sintió que el alma se le iba del cuerpo.

¿En dónde estaba su querida Felicity?

Cuando se recuperó, vio a Pál para darle la tranquilidad de que ya se encontraba en su pleno juicio y que no le haría nada a la chica.

Se sentó junto a ella.

Y ella se alejó al extremo opuesto del sofá.

—No voy a lastimarte. Necesito que me digas qué es lo que ocurre con Felicity.

—Que nosss digas. Nosss —acotó Garret arrastrando las S y Pál volvió los ojos al cielo.

No tenía muy claro que ocurría entre los gallitos de pelea y la chica que estaba desaparecida.

¿No se suponía que Garret había hecho votos de castidad después de la muerte de su único amor?

¿Ahora los dos tenían los ojos sobre la misma mujer?

—Garret —Lorcan lo veía con seriedad—. No es lo que crees con ella. Así-que-para-ya.

Garret frunció el ceño.

—No ha vuelto a casa desde hace dos días —dijo entre sollozos la chica.

¿Quién era esa mujer que le estaba haciendo perder el control de esa manera? Se preguntaba Lorcan observándola con profunda curiosidad.

Estaba abrumado, confundido, no solo por la noticia de lo que ocurría con Felicity sino además

por lo que él mismo estaba despertando en su interior.

Pál se acercó a ella y vio a Lorcan.

—¿Sabes algo, Lorcan?

Lorcan respiró con profundidad. Sentía que no había suficiente aire para respirar en aquella habitación.

—Te juro que no sé en dónde está.

Pál dejó salir el aire.

Le preocupaba que Lorcan hubiera hecho alguna estupidez de esas que hizo en el pasado y tuviera prisionera a la chica para que esta no lo delatara.

—¿Es de la compañía? —preguntó Pál.

—Si se refiere a la compañía de prostitutas finas; sí, lo es —respondió la mujer—. ¿Usted es el dueño? ¿Cómo puede dirigir un negocio así? ¿No le da remordimiento de consciencia? —Heather era una máquina de hacer preguntas que lo único que conseguía era aturdir más a Lorcan—. ¿Quiénes son ustedes?

Pál la vio sin responderle. Pero la observaba con compasión. Sabía lo que era no tener noticias de los seres que uno llega a amar en la vida. Y no estaría siendo nada fácil ir a un lugar que no se conoce a pedirle respuestas a unos extraños que parecen de la mafia como ella estaba pensando.

Debían solucionar una cosa a la vez.

No podían estar involucrados en desapariciones de manera pública.

Así que sería prudente de su parte resolver eso cuanto antes.

—¿Cuál es tu nombre, querida? —preguntó a la mujer.

—Heather —esta sollozaba—. Y siguen sin decirme quienes son ustedes.

—Tienes razón, Heather, te lo diremos; primero me gustaría que me dieras detalle de todo lo que sabes, ¿te parece bien? —La chica lo veía con duda—. Nuestra urgencia y creo que también es la tuya, es traer a tu amiga sana y salva a casa ¿cierto? —ella asintió—. Entonces cuéntamelo todo, yo mismo voy a ayudarte a encontrar a Felicity.

Ella empezó a hablar con desespero.

Pál se sintió más tranquilo cuando se enteró de que la policía no estaba involucrada y le pidió a la mujer que mantuviera a las fuerzas policiales al margen de lo ocurrido.

—Si le pasó algo malo yo...

Se echó a llorar de nuevo.

—Lorcan, por favor, ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace dos noches.

—¿Y? —Pál necesitaba que fuera más específico, su sobrino sabía muy bien de lo que le hablaba.

—¡Y nada, Pál! ¡Nada! Hubo un malentendido entre nosotros y ella se marchó sola a casa. No quiso que yo la llevara como cada noche.

Garret lo vio furioso de nuevo. Lorcan entendió de inmediato su reacción.

De seguro estaba pensando que al no poder tener control absoluto sobre Felicity, la tenía en algún lugar o peor aún, la había lastimado.

Le dolía que aun su propia familia lo viera como el ser malvado que una vez fue.

Si era muy cierto que varias veces, en los últimos años, estuvo a punto de salirse de control y esa bondad que intentaba regenerar en él se lo había impedido.

Y mientras Felicity estuvo a su lado todo mejoró.

—No le hice nada, Garret —lo vio con tristeza; le dejó ver cómo se sentía gracias a sus dudas—; te lo juro por la tumba de papá y mamá.

Pál entendió lo mal que se encontraba Lorcan, lo conocía bien. Sabía que no era un santo pero admitía que se esforzaba cada día por apagar esa maldad que se había instalado en su interior tras el sacrificio que hizo que lo trastornó para siempre.

Se frotó la cara con las manos y Heather acentuó su llanto.

Lorcan sentía que enloquecía con todas las emociones que ella le estaba transmitiendo.

Se desabrochó la corbata.

Pál reaccionó con rapidez, Lorcan necesitaba estar a solas pronto.

—Garret, lleva a la señorita a tu oficina. Atiéndela como lo merece y Lorcan y yo nos encargaremos del resto.

Nadie contradecía a Pál.

Garret solo asintió y ayudó a Heather a levantarse del sofá.

—No me iré de aquí hasta que me digan en dónde está —amenazó ella.

—Yo haría lo mismo en su lugar, Heather. Le daré noticias, se lo prometo.

Capítulo 5

Pál entró a su oficina con la calma que lo caracterizaba.

Se quedó unos minutos de pie, junto a la ventana que, cada día, le obsequiaba la vista de una ciudad que se le hizo seductora desde la primera vez que la pisó.

Nueva York era desenfrenada y auténtica.

Cruzó los brazos sobre el pecho manteniendo la espalda recta y el porte impecable de un aristócrata.

Lo era. Y sus buenos modales se mantuvieron con el paso de los años.

Intentaba entender qué estaba ocurriendo en ese momento fuera de su oficina.

Sus sobrinos se acababan de enfrentar por una mujer.

Lorcan y Garret enfrentados por una mujer.

Como en el pasado.

Aunque, en el pasado, Lorcan no estaba interesado en el amor de la mujer que era la dueña del corazón de Garret. Por ello la pelea que dejó muchos daños materiales y una sirvienta al borde de un colapso nervioso de ver a esas dos bestias lastimándose.

La sirvienta acabó perdiendo la memoria casi por completo, era humana y no podían dejarla ir así como así. El Coven de brujas aliadas le ayudó a que la mujer no recordara nada de lo que había vivido en toda su vida antes del fin de aquella pelea épica, convirtiéndola en una especie de jarrón vacío que perdía la capacidad de hilar una conversación o de mantener recuerdos del presente.

Por ello evitaban hacer uso de ese poder del olvido. A los humanos les afectaba más de lo que realmente necesitaban.

Por eso se cuidaban tanto de no levantar ni siquiera miradas ahí por donde pasaban.

Cosa que era un poco difícil porque no eran del tipo que pasaban desapercibidos y por esa razón no se dejaban ver en público más de lo que era necesario.

Entrecerró los ojos, clavando la vista en algún punto del pulmón de la ciudad que se encontraba teñido de marrón debido al paso del invierno.

Tenía que pensar muy bien cuál sería su próximo movimiento.

Era algo que caracterizaba a Pál. No tomaba decisiones a la ligera.

No después de la vez que mató a Marian mientras ella le otorgaba su psique para alimentarlo por completo.

No después de que se dejó convencer por Christine de Austria para acabar con su vida y haber sido tan descuidado de no darse cuenta de que estaban siendo vigilados por la Santa Sede.

Aquello lo consideraba el peor error de toda su existencia.

Más allá de las vidas que se había cobrado con el paso de los años; las inocentes y las que simplemente merecían tener un fin. Aquel error con la emperatriz fue lo que llevó a Lorcan a ser quien era hoy en día. Y todo fue su responsabilidad.

Su culpa.

Dejó escapar el aire con nervios.

Pensó de nuevo en Marian.

Tenía mucho tiempo sin sentirla y lo consideraba buena señal aunque la extrañaba.

Una parte de la bruja fallecida estaba dentro de él y en muchas ocasiones le alertaba con palabras en sus pensamientos sobre sucesos que podrían traerle problemas a la especie.

Suponía entonces que todo iba bien, sin embargo, se sentía muy inquieto con el asunto de la chica desaparecida.

No estaba bien tener a un humano husmeando entre ellos.

Pensó en Lorcan de nuevo y en todo lo que ocurrió desde que entró en su oficina esa mañana.

El hombre parecía estar en otro sitio. Chequeaba su móvil cada pocos minutos como si estuviera a la espera de alguna noticia.

Suspiró de nuevo.

La última vez que vio a Lorcan así había hecho algo muy grave y tuvieron que trabajar en conjunto para hacer desaparecer las evidencias.

Claro, en aquella época todo era mucho más sencillo.

No existía tanta tecnología que pudiera incriminarle directamente, ahora todo cambiaba.

Sentía tanta compasión por su sobrino.

Se sacrificó por él, por toda su familia ante la Santa Sede para que no arremetieran contra ellos.

Para que pudiera existir un lugar para todos en el mundo.

Aun no sabía si tuvo suerte o fue una desgracia mayor que Lorcan convirtiera a uno de esos malditos sin quererlo.

Lo liberaron, sin duda; pero a su vez, los ataron a todos a no poder tocarse entre ellos porque estarían quebrantando las reglas que el mismo Pál había impuesto dentro de la sociedad de los Guardianes.

Así que en la Santa Sede les hicieron un espacio a ellos, a los vampiros como la querida emperatriz les empezó a llamar.

Aunque aquel apodo se remontaba a la época en la que su propia abuela hizo el pacto con Sejmet.

Negó con la cabeza.

No le gustaba ser lo que era y no le quedó más remedio que adaptarse o morir.

Sus ganas de vivir siempre superaban al rechazo que sentía por aquello que era.

¿Qué ocurría con Lorcan ahora?

¿Por qué Garret decidió romper sus votos? Que le parecieron una completa locura desde el principio. Pero así eran ellos. Su naturaleza siempre les obligaba a arrastrar algo turbio con ellos. Algo macabro que podía representar una parte oscura de la personalidad de cada uno o solo representaba una parte del pasado que no querían dejar ir.

Que no querían olvidar.

Y esa chica que ahora estaba con Garret, ¿qué influencia podía tener en Lorcan? ¿Sería una bruja y no se dieron cuenta?

¡Dios santo!

Se dio la vuelta y se sentó en su escritorio.

No sabía por dónde empezar a resolver aquella maraña de preguntas que tenía en su cabeza y que, inevitablemente, le traían malos recuerdos.

Levantó el teléfono y marcó el número de Klaudia.

Llevaba mucho tiempo sin hablar con ella.

Mucho. Regresaron juntos de Viena cuando Lorcan pudo librarse de su papel como verdugo.

Pál persiguió a Klaudia cuando decidió largarse a Inglaterra porque no soportaba todas las bendiciones que tenía su hermana. A quien adoró hasta el último minuto de vida que tuvo; y a

quien también envidió por ser la que había sido dotada con la bondad de la rama familiar de su madre, mientras que, a Klaudia, le tocó la maldición que le correspondía a su padre.

Una injusticia, sin duda, que afectó mucho a Klaudia toda su vida.

Pál estaba tranquilo aun sin saber de ella, las visiones se le presentaban en cuanto ocurría algo importante con la chica. Como esa vez en la que se fue a Inglaterra. No era tanto que necesitaba un respiro como aseguraba ella, era el simple llamado de la sangre, el llamado a revivir sus recuerdos de la infancia, sí, esos que permanecían dormidos gracias a un hechizo de Marian, y que podrían poner en peligro a toda la humanidad si llegara a despertarlos de nuevo.

Es por ello que Pál la siguió a Inglaterra y logró convencerla de que lo acompañase a Viena para cuidar de Lorcan y Garret que, para ese momento, este último ya era un pequeño de comportamiento ejemplar.

Mientras que Lorcan era aguerrido y terco.

Bufó escuchando el tono de espera de la llamada.

¿Estaría Klaudia bien?

Lo intentó de nuevo.

Al cuarto repique, la mujer contestó.

—Pál, espero que sea realmente importante. Estoy en medio de una meditación guiada en un templo con mi perfecto maestro de Yoga.

—Es importante —afirmó Pál en un tono tan profundo que Klaudia dejó todo lo que estaba haciendo, para poner su atención al entero en la conversación.

—¿Qué ocurre?

—Hay una chica desaparecida.

—Y yo ¿qué puedo hacer?

—Es de las tuyas, Klaudia. De la compañía.

—¡Oh! —Klaudia mantuvo el silencio. Y luego preguntó—: ¿Lorcan? —muchos sabían lo atormentado que estaba Lorcan y las cosas que hacía para satisfacer su apetito sexual que a su vez calmaba la ira y las ganas de matar en él. En la familia sabían que Lorcan eran como una maldita bomba de tiempo, que era peligroso, y solo Pál sabía cuán peligroso podía llegar a ser.

—Asegura que no le ha tocado un pelo a la mujer, pero nadie sabe de ella desde hace dos días y el último que la vio fue Lorcan.

Otro silencio.

Klaudia entendió lo que podía significar.

—Y al parecer, esta chica era muy especial porque estaba pagando por ella una exclusividad.

—¿Tú qué crees?

Pál suspiró profundo.

—Que no tiene nada que ver. Su angustia es genuina. Le tiene aprecio a la chica. Me aseguró que no ha tenido sexo con ella en un año y que es muy importante para él.

Otro silencio.

—Te llamaré en un momento, pediré que abran los expedientes de confidencialidad para mí.

Colgaron.

Pál se sumergió de nuevo en sus pensamientos.

Recordó cuando creó la sociedad de los Guardianes de Sangre.

Veronika se lo había pedido, necesitaban custodios, guardianes que cuidaran de un balance perfecto entre humanos, brujas y vampiros. El principal objetivo era mantener en sequía eterna a la Condesa Sangrienta en su escondite de la cueva en las profundidades de un bosque al norte de Inglaterra, pero también debía cuidar de que las nuevas generaciones que portaran la maldición

fueran criados dentro de las normas establecidas por la sociedad, sabiendo muy bien quienes eran, como debían alimentarse y sobre todo, que no podían crear el pánico entre los humanos.

Debían siempre pasar desapercibidos.

Quienes rompían las normas tenían castigos.

Como ocurrió con Luk. ¡Cuánto lamento su pérdida porque era un chico gracioso y muy inteligente!

Dejó que el poder de la maldición lo absorbiera por completo obligando a Lorcan a matarle.

Y es que por donde lo viera, Lorcan nunca tuvo las cosas fáciles.

El teléfono sonó y Pál lo tomó de inmediato.

—Pues Lorcan dice la verdad —Klaudia empezó a hablar—: la chica, Felicity, estaba contratada de forma indefinida por Lorcan y lo curioso es que no es de las chicas que nos sirven.

—Entonces, desconoce nuestra naturaleza.

—Exacto, bueno, lo desconoce por el lado de la compañía. No quiero ser alarmante, Pál pero si Lorcan no ha estado en contacto con las chicas que tengo en el equipo especial, sabes lo que quiere decir eso, ¿no?

Pál se quedó en silencio un segundo. Cerró los ojos y se recostó de su silla suspirando.

¡Claro que sabía lo que significaba!

Acababa de presenciar la poca alimentación que había tenido su sobrino en los últimos meses. Lo cual era muy grave.

—¿Cómo es que no te habías dado cuenta? —Klaudia rompió el silencio que se hizo entre ellos.

—Porque de alguien más ha estado alimentándose y...

—¿Podría ser que la chica sabe quiénes somos y ha mantenido el secreto?

—No lo creo, Klaudia. Aquí está ocurriendo algo muy raro. Te mantendré al tanto. Gracias por la información.

—Vigila a Lorcan, Pál. No queremos perderlo.

—No. No queremos. —Pál sintió el estómago revolvérsele.

No podía imaginarse perder a Lorcan.

Si se salía de control nuevamente, esta vez no podrían proceder como en el pasado.

No podrían mantener el secreto entre ellos dos; y Lorcan tendría que morir.

Capítulo 6

Garret se movía inquieto en su oficina.

Heather lo observaba con recelo.

No la culpaba, nadie le había dado una explicación lógica a todo lo que presencié minutos antes en la oficina de Lorcan.

Todo empezó cuando él estaba allí, en su espacio de trabajo, decidido a concluir lo que tenía pendiente desde hacía unos días.

El tono de voz femenino y elevado le llegó desde la recepción, con un aroma a angustia que se le hizo inquietante.

Su oficina era la más cercana al área de recepción y cuando salió a ver qué diablos ocurría se encontró con la empleada encargada del área intentando calmar a una mujer que hablaba de forma histérica y que tenía todo el recinto perfumado con ansiedad, angustia, dolor, indignación y algo que él conocía muy bien: culpa.

Sintió tanta pena por ella que decidió intervenir y tratar de entender qué hacía una humana en la recepción de su compañía con tantas emociones negativas en su interior.

Fue entonces cuando se enteró de todo lo que ocurría con Felicity y en ese momento, lo único que deseó con todas sus fuerzas fue arrancarle la cabeza a su hermano.

A quien adoraba y con quien, casualmente, había tenido una pelea muy fuerte hacía años por Diana.

Su querida Diana que murió en manos del peor verdugo de la historia de la Santa Sede.

Su hermano Lorcan.

Se culparía toda la vida por no actuar con rapidez. No se llevó a Diana el día acordado por miedo a que los capturasen mientras huían en el bosque. Quería planificar mejor toda la huida y necesitaba un par de días más que fueron mortales para Diana.

Y ahora Felicity.

En ese momento se dio cuenta de que lo que venía sintiendo por esa chica no eran alucinaciones ni confusiones.

Estaba muy interesado en ella.

Tenía sentimientos que no estaban definidos y en su interior podía sentir como iban calando y creciendo

Y nada más pensar que Lorcan la tenía cautiva le hizo sacar la peor versión de él mismo.

Por ello entró como una fiera en su oficina y lo golpeó sin previo aviso.

Por ello le habría golpeado hasta herirlo y sacarle la información que necesitaba.

Por fortuna estaba Pál allí, si no, las cosas habrían salido muy mal.

Estaba seguro, porque lo que sentía en su interior era difícil de controlar.

Manejaba la empresa de construcción junto a Lorcan y Pál.

Tomaba las decisiones importantes junto a su tío abuelo y su hermano mayor, pero a su vez, era quien más se mantenía en contacto con el área humana de la compañía.

A Garret no le molestaba tener que cambiar de residencia y estilo de vida cada cierto tiempo.

Lo necesitaba, de hecho.

Aquello era lo único que le ayudaba a olvidar el pasado.

Le ayudaba a dejar a un lado la pérdida de Diana.

Empezar una vida de cero le permitía mantenerse tan ocupado que se le hacía casi imposible pensar en ella y en el dolor que aun sentía cuando recordaba que la había perdido.

En su honor decidió desaparecer una temporada y tomar votos de castidad porque sentía que no podría ser capaz de encontrar a otra mujer que le hiciera sentir todo lo que Diana despertó en su interior.

Hasta que vio a Felicity por primera vez entrando en la empresa y dirigiéndose a la oficina de Lorcan.

Ese día empezó su calvario.

Diana se hacía cada vez más efímera y Felicity más real.

No podía apartarla de su mente aunque quería mantenerse fiel a su palabra de no volver a estar con ninguna otra mujer.

Felicity, con su sonrisa, su tono dulce de voz que lo envolvía de la manera más insólita, derrumbaba cualquier barrera que él intentaba poner entre ellos para que su sola presencia no le afectara.

Era imposible.

Y no hacía más que frustrarse y enfadarse de no poder concentrarse únicamente en Diana.

Cada vez que la veía perderse dentro de la oficina de su hermano, le hervía la sangre. No era para menos, conociendo lo atormentado que vivía Lorcan y lo poco común de su vida sexual.

El imbécil parecía ser su dueño. Se ponía de mal humor si alguno de ellos le preguntaba sobre la chica y cómo estaba llevando sus «juegos» sexuales. Nunca lo había visto tan susceptible antes con una mujer.

Recapacitó, en realidad sí sabía de la época en la que consiguió una compañera fiel que, por voluntad propia, lo complacía en todo y lo ayudaba a superar sus crisis.

¿Felicity podía ser igual que Mary Sue?

Estaba consciente de que era una chica que venía de la compañía de Klaudia, era su trabajo tratar con tipos como Lorcan, y eso no le hacía más llevadero el asunto a Garret. Lo que emanaba de Felicity no le decía a él que ella estaba feliz con la vida que tenía aunque siempre llegaba allí de muy buen humor y con gran cantidad de confianza.

Todo era tan confuso cuando se trataba de algo relacionado a Lorcan.

Desde hacía un tiempo pensaba en sacar a Felicity de esa vida.

Demostrarle que podía tener una vida mil veces mejor junto a un hombre que tuviera sentimientos por ella y no solo deseo.

Enfrentarse a su hermano y luchar por ella.

Sin embargo, el recuerdo de Diana se hacía presente y la maldita culpa alejaba a Felicity de él.

El pecho le quemaba en ese momento.

Lorcan aseguraba que no la tenía y que nunca la tocó; entonces, ¿qué hacía con ella? ¿En dónde estaba la mujer que le había perturbado la vida?

Si Lorcan estaba mintiendo y lastimaba a Felicity lo iba a pagar muy caro.

Esa vez no acabarían envueltos en una gran pelea.

No.

Esa vez, Garret estaba dispuesto acabar con la vida de su hermano y luego con la propia porque estaba harto de sufrir, de cargar con la culpa, de sentir temor a amar.

De llevar la maldición.

No más.

Vio a Heather de nuevo y pensó que era buen momento de abrir la boca.

—Yo soy Garret, Heather. Disculpa que no me haya presentado antes —Ella asintió aun con gran carga de duda en la mirada—. ¿Te apetece un café?

—Estaría bien, gracias.

—¿Te apetece comer algo? —Garret revisó la hora. Era más de media tarde y la chica no lucía bien. Recordó que Lorcan consumió de su energía sin control. Algo muy extraño estaba ocurriendo con su hermano. Era cierto que estaba atormentado por sus acciones del pasado y que podía llegar a perder el control si no liberaba la presión de sus recuerdos y el sufrimiento que causó a gente inocente.

Gente como Diana.

Garret parpadeó un par de veces y observó de nuevo a Heather.

Su expresión denotaba espera de una respuesta, a una pregunta que él no escuchó.

Tenía que esforzarse por concentrarse un poco más.

—Lo siento, no te estaba prestando atención.

Ella mantuvo la expresión fría y seria. Era una chica hermosa. No del tipo de belleza áurea.

No, pero su rostro redondo con las mejillas ligeramente rosadas y ese tono de color de ojos que le recordaba los campos de olivos de las tierras españolas en las que vivió muchos años.

«Concéntrate Garret».

Sacudió la cabeza y ella se desinfló.

—Escucha —le dijo un tanto molesta—, se nota que esto te tiene afectado y no sé la razón porque —suspiró—, creo que no quiero saberlo ya que me va a costar entender cómo es que pagas por sexo —Garret la observó confundido y ella soltó un bufido—. Ahora resulta que ninguno de ustedes pagó por sexo aunque todos conocen a Felicity y la compañía para la que trabaja. ¿La contrataban como asesora de imagen o como compañía para tomar el té por la tarde? No soy estúpida y no crean que van a lavarse las manos así tan fácil.

Garret le sonrió con sinceridad. Le gustaba ver que Felicity tenía gente a su alrededor que se preocupaba por ella.

No sabía por dónde empezar a contar sin exponerlos.

Pero alguna explicación le debía a la chica mientras Pál se encargaba de investigar sobre el paradero de Felicity,

El estómago se le revolvió de nuevo.

—Heather, no es necesario que te alteres. No somos malos.

—Eso no fue lo que le dijiste al tal Lorcan.

Garret desvió su mirada al suelo sonriendo con ironía.

—No, tienes razón. Hablaré por mí, entonces. No soy malo y no, no he contratado a ninguna chica ni de la compañía ni de la calle para proveerme un servicio que no necesito.

Ella lo vio con curiosidad.

Él entendió que ella quería saber más.

—Digamos que no viene al caso, que ahora lo importante es concentrarnos en Felicity y que mi vida privada podría quedar a un lado hasta nuevo aviso.

—No, no lo creo —ella se cruzó de brazos—. Me gustaría escuchar tu historia y qué tienes con ella, con mi amiga, porque ningún hombre se pone como una fiera como lo hiciste tú por una mujer sin tener un sentimiento hacia ella. Y todavía espero ese café que me ofreciste. Y no, no tengo hambre; que estoy convencida de que antes no me escuchaste.

Él sonrió con ironía de nuevo. Esa mujer se las traía.

Llamó a su asistente que de inmediato se apareció con café para ambos.

Garret disfrutaba de la bebida.

Se sentó junto a Heather en el sillón de su oficina y la vio a los ojos.

Esa mujer le transmitía tanta confianza que quería contarle toda su historia. Desde el mismo momento de su nacimiento pero sabía que sería una gran imprudencia por su parte.

—Verás, Heather, mi historia es muy larga —hizo una pausa y se recordó que debía cuidar lo que decía—. Tan aburrida como larga y triste también, así que te diré que cuando era muy joven decidí entrar a un seminario y tomar votos de castidad. Desde ese momento no me he involucrado con nadie. Es un asunto muy privado del cual no me gusta hablar y menos con desconocidos. Espero puedas entenderme.

—Intento. ¿Qué relación tienes con Felicity?

—Ninguna. Algún saludo cordial que hemos tenido el uno hacia el otro cuando la he visto de paso hacia la oficina de mi hermano. Nada más. Sin embargo, Felicity ha hecho que mi intención de mantener mis votos intactos hasta el día de mi muerte se empiecen a derrumbar.

Ella tomó un sorbo de su café y lo observó con interés.

—Continúa.

—Me gusta Felicity.

—Un gusto no saca lo peor de nosotros y la forma en la que te enfrentaste a Lorcan dice mucho de los sentimientos que tienes por ella.

—¿Y cuáles crees que son?

—No lo sé, no me gusta especular. ¿Por qué no me lo dices tú?

—Me gustaría decírtelo pero ni yo mismo aun lo descubro —hizo una pausa. No podía engañar a la chica en cuanto a Felicity—. Creo, tanto como tú, que son sentimientos intensos y reales.

Ella asintió.

—¿Qué pasa con Lorcan? ¿Por qué tú y el otro hombre lo veían como si fuese un ser despiadado?

Garret prefirió no responder a eso porque no quería mentirle y porque tampoco podía traicionar a su hermano que aseguraba que no le había hecho nada a Felicity.

—No vas a responderme.

Él negó con la cabeza.

Ella formó una línea delgada con los labios.

—¿Crees que él dice la verdad sobre Felicity?

Garret asintió viéndola a los ojos aunque podía tener alguna duda, quería confiar en la palabra de su hermano, además, estaba seguro de que no sería capaz de jurar en vano sobre la tumba de sus padres.

Ella le mantuvo la mirada.

—No lo conozco de nada, y no me inspira confianza, sin embargo, debo darle el beneficio de la duda porque me pareció sincero cuando aseguró que no le había hecho nada. ¿Cómo pudieron complicarse las cosas entre ellos si él asegura no haberla tocado nunca?

Garret tampoco podía entenderlo.

Pál entró en la oficina después de tocar un par de veces la puerta con los nudillos.

—Siento mucho interrumpirles —vio a su alrededor y Garret entendió de inmediato la expresión de alarma en su rostro. Buscaba a Lorcan. Garret sintió que la furia se apoderaba de nuevo de él. ¿Lorcan estaba mintiéndoles? ¿En dónde estaba? Pál de inmediato lo vio a los ojos —: Sí, Lorcan desapareció pero no es lo que crees. Tienes que calmarte, Garret. Lorcan decía la verdad, Klaudia me lo aseguró.

—¿Quién es Klaudia? —Heather lo vio a los ojos.

—Es la jefa de Felicity. Digamos que somos muy amigos.

—¿Sabe ella en dónde está?

Pál negó con la cabeza viendo a Garret con preocupación.

—No, Heather, lo lamento. No sabemos nada de la desaparición de Felicity pero te prometo que vamos a encontrarla.

Capítulo 7

Lorcan se encontraba en su refugio intentando entender qué demonios pasaba a su alrededor.

Tenía una propiedad en las afueras de la ciudad en la que descargaba su ira y frustraciones cuando era necesario. Allí llevaba a las chicas de la calle con las que jugaba para poder excitarse y liberar, a través del sexo, toda la tensión que se acumulaba en su interior por la culpa que lo atormentaba desde hacía muchas décadas.

También era la manera de alimentarse. Para Lorcan, el sexo era sinónimo de alimento.

Su tío y su hermano tenían mucha razón en dudar de él.

No era de fiar.

Era una bestia maldita que podía perder el control en cualquier momento con tal de sentir placer.

Se sirvió otro trago de *whisky* en un vaso y se lo bebió como si de agua se tratase.

Necesitaba pensar con claridad y no podía alcanzar ese punto de paz que le permitía ver las cosas desde otro ángulo.

¿En dónde diablos estaba Felicity?

Sintió una presión en el pecho tan intensa que por un momento creyó que se ahogaba.

Otro trago y después de consumirlo, estrelló el vaso contra la pared oscura de la habitación en la que se encontraba.

Aquel sitio lúgubre y misterioso tenía varias funciones.

La más importante, era que le servía para encontrar en equilibrio de nuevo y enfrentarse al mundo sin representar una amenaza para los humanos.

Las chicas que estaban con él creían que era amante del sadomasoquismo.

Pero se trataba de algo peor.

Lorcan vivió tanto dolor y se sintió tan miserable en aquel tiempo que sirvió como Verdugo a los caprichos de hombres que sí eran unos malditos monstruos, que apagó toda su humanidad y prácticamente se convirtió en uno de ellos.

Su humanidad y poder de empatía se apagaron como castigo y lo convirtieron en un ser cruel que disfrutaba de esa crueldad.

Las torturas, los gritos, la sangre, todo representaba un pasado abominable pero excitante porque había dejado que la maldición lo abrazara en su lado más oscuro y le llevó mucho tiempo volver junto a la luz.

De no haber sido por Pál y la paciencia que tuvo en ayudarlo, jamás lo habría logrado.

Le debía mucho.

Cuando en el pasado volvió a la calle, tras librarse de su esclavitud con la Santa Sede, no encontraba paz consigo mismo porque las pesadillas, cada noche, lo atormentaban; y así mismo, lo excitaban.

Sintió sed de sangre, hambre insaciable y una ansiedad sexual que no fue capaz de controlar convirtiéndole en un ser siniestro que cazaba mujeres de la calle, las torturaba como si aún estuviera gobernado por los de la Santa Sede y luego las usaba como un medio para liberar su tensión sexual, su hambre de psique y su sed de sangre.

Así estuvo un buen tiempo.

Hasta que una mañana despertó bañado en sangre, sin la consciencia de lo hecho la noche anterior y con una escena que no podría olvidar jamás.

Fue como si, esa mañana, por fin hubiese recobrado la cordura y se hubiese dado cuenta de las atrocidades que cometió.

Pál le encontró a tiempo en aquel momento. Y le ayudó a deshacerse de los cuerpos. Le ayudó a empezar una nueva vida, alejado de tanta crueldad que él mismo inició.

Le ayudó a ser un nuevo Lorcan.

En el fondo, muy en el fondo, muchas cosas no se podían cambiar y parecía que un ápice de la oscuridad perteneciente a la maldición se quedó con él para siempre haciéndole un ser de cuidado; una maldita bomba de tiempo que puede estallar en cualquier momento siendo capaz de matar, torturar y lo que era peor, disfrutar cada una de esas atrocidades que hacía.

La habitación en la que se encontraba en ese momento recreaba un poco el calabozo en el que estuvo cada noche en que la Santa Sede lo tuvo cautivo hasta que lo doblegaron convirtiéndole en verdugo.

Solo dos cosas le diferenciaban de la real: la primera, era que los olores de la habitación real no podían ser recreados de ninguna manera.

Necesitaría animales, heces humanas, la humedad de las cuevas, los olores que emana un cuerpo humano que no es lavado apropiadamente; y también faltaban los sonidos que hacían dolorosa su estadía en esa prisión.

Los gritos de los torturados, heridos, enfermos; lamentos de la gente muriendo, los hacinados, los que enloquecían a causa del encierro, los que morían por falta de alimento.

Muerte y dolor.

Solo existía una manera de recrear eso y el Lorcan de la actualidad era incapaz de hacer algo así.

No.

Recordó a las dos chicas con las que estuvo a punto de perder la cordura que luchaba por mantener día a día.

Al no poder tocar a Felicity por decisión propia, necesitaba buscar otra forma de liberar la tensión que se acumulaba en sus testículos y que le llevaba a tener pensamientos cada vez más impropios y sangrientos.

Además, necesitaba alimentarse con frecuencia.

En ese año que transcurrió en el que Felicity era su compañera, su mejor amiga, varias veces recurrió a mujeres de la calle que llevó a ese refugio en el que se encontraba pero a la habitación que a algunas llenaba de miedo y a otras de curiosidad.

Antes de Felicity, era una práctica que hacía cada noche. Era la forma de mantener su instinto asesino a raya.

Aquella práctica la llevó a cabo solo unas pocas veces porque al ser chicas de la calle, era un tanto más complejo llevarlas al refugio, jugar con ellas, alimentarse de ellas y luego sacarlas de allí sin que recordaran nada. Esos barridos de memoria podían ser un arma de doble filo.

A veces olvidaban todo para siempre, aunque existía la posibilidad de que recordaran escenas aisladas que las llevaran a él y al extraño hecho de que se alimentaba de su sangre.

Se valía de un hechizo que hacía años las brujas les enseñaron para que pudieran alimentarse sin levantar una ola de pánico entre los humanos. Así mismo, se valieron de algunas técnicas para no dejar marcas preocupantes en las víctimas.

Si se dejaban guiar por su naturaleza, simplemente mordían, clavando toda la dentadura en cuello o la ingle de la víctima. Era contraproducente porque era dolorosa, podía infectarse con

facilidad y si llegaba a cicatrizar de forma satisfactoria, entonces dejaba una gran marca.

Desde que Klaudia fundó la compañía todo era más sencillo.

En teoría, no tenía que salir a buscar nada en la calle, sin embargo, al haber pagado exclusividad por Felicity, la compañía no le facilitaría a nadie más hasta que dejara la exclusividad con la chica.

Klaudia era libertina, y vio muy pronto que podía hacer grandes cantidades de dinero a través del sexo; pero no permitía que sus clientes se aprovecharan del negocio de manera descontrolada.

Formó un grupo especial de hombres y mujeres que, en su mayoría, eran rescatados de la calle, investigados para asegurarse de que no tuviesen familia que pudiese reclamarlos y entrenados para asistir a la especie por voluntad propia.

Por supuesto, Klaudia se valía de brujas que tenía de su lado, un Coven que formó cuando vivió en Nueva Orleans, y con la ayuda de estas mujeres, conseguía saber qué tan fiables podían ser estos humanos.

Los que pasaban con creces las pruebas de hipnosis de las brujas, eran asignados al equipo especial; los otros, al equipo de damas y caballeros de compañía que Klaudia ofrecía a gente muy importante a nivel mundial que también debían firmar cláusulas de confidencialidad extremas.

Así que, gracias a ella, Lorcan cesó en la búsqueda callejera de una mujer que le sirviera para liberarlo de sus demonios.

Y todo marchó bien hasta que, por un error en el sistema, a Felicity le llegó la ficha de cliente equivocado y apareció ante Lorcan.

Todos sus problemas empezaron ese día en el que la chica cruzó su oficina.

Sintió de nuevo la presión en el pecho.

Y recordó la expresión de su hermano cuando lo vio a los ojos preguntándole por ella.

Vio en sus ojos la claridad de sus sentimientos recordando haber visto lo mismo en el pasado cuando Garret le habló de Diana.

La pobre Diana.

Una de sus miles de víctimas.

Tomó la botella y bebió directamente de ella.

Sintió que las lágrimas se le resbalaron por las mejillas.

¿Estaba llorando?

Tenía muchos años sin hacerlo.

Desde que él mismo bloqueara su empatía.

Y ahora, parecía que aquella presión en el pecho se debía al llanto.

No era capaz de recordar sus propias emociones; lo que se sentía estar feliz o triste, como ese día.

Solo sabía de revivir tormentos, angustias y maldad.

Ese día estaba siendo tan extraño en su vida que aún no entendía cómo la mujer que acompañaba a Garret y que dijo ser amiga de Felicity, pudo transmitirle sus emociones.

Lo desestabilizó tanto aquel hecho, que absorbió psique de la chica sin estar consciente y de no haber sido por su hermano y el golpe que le dio directo en la boca del estómago, habría tenido graves consecuencias aquel acto por su parte.

Necesitaba poner en orden todo.

¡Maldición!

Estaba perdiendo el control y no podía permitírselo con Felicity desaparecida.

Debía mantenerse controlado para ayudar a Felicity.

Llamaría a Klaudia para que le enviara a alguien.

Luego recapacitó porque para ese momento, Pál y Klaudia ya habrían conversado y esta última por mucho que le quisiera como a un hermano menor y por mucho que estuviera dispuesta a ayudarlo de alguna manera, no le soltaría a otra chica hasta asegurarse de que Felicity estuviese bien.

Negó con la cabeza, no soportaría ver que otro miembro de su familia no confiara en él.

No, iría a la calle y allí la buscaría.

Sí, eso haría.

Heather se debatía entre ir a la estación de policía o ir a las zonas de la ciudad que podían resultar ser peligrosas pero en las que sabía que encontraría respuestas.

El ir a la oficina del tal Lorcan y sus familiares le dejaba casi sin esperanzas; con cierta seguridad que le indicaba que ellos le estaban diciendo la verdad.

Pál, quien le pareció un hombre mucho mayor de lo que aparentaba su físico, le aseguró que encontraría a Felicity y aunque le pidió que no fuera a la policía porque él tenía mejores contactos, ella no dejaba de lado la posibilidad de que todos se involucraran en la búsqueda de su amiga.

A fin de cuentas, mientras más gente, mejor.

Lo sabía por experiencia, cuando tuvo que salir en la búsqueda de su hermana en el pasado.

Una parte de ella seguía rezando para encontrar pronto a Felicity.

Hacía frío y no quería ni imaginar que la chica estuviese herida en algún lado de la ciudad o peor aún, cautiva en un lugar en el que las bajas temperaturas pudiesen afectar su salud.

Tenía que encontrarla cuanto antes.

Sintió tanta ansiedad como en la época en la que Ellen desaparecía.

Estaba reviviendo la angustia, la incertidumbre.

Intentaría preguntar en una zona de Brooklyn que recorrió en el pasado con frecuencia buscando a su hermana. En aquella zona, hacía muchos años era común ver prostitutas en la calle.

Aun se veían pero no tantas.

A causa de arrestos, la lucha de los vecinos por conseguir vivir en un mejor vecindario que no confundiera a sus habitantes femeninas con prostitutas, obligó a las mujeres que se dedicaban a esta antigua profesión a instalarse dentro de los bares o Clubs de Striptease para no afectar al vecindario.

Siempre se veía alguna caminando por las aceras.

Esperando un cliente que le diera algunos centavos para comer a cambio de sexo.

Heather sintió una punzada en el pecho de solo pensar en esa vida y en Felicity.

No quería más eso para ella y agradeció de nuevo que Alex J. se comportara de manera sensata y las liberara de la deuda.

Necesitaba un poco de normalidad y aburrimento en su vida.

Sacó su móvil buscando la foto más reciente que tuviese de su amiga y empezó a preguntar a cuanta persona veía en la calle si conocían a la chica que veían en la foto.

Nadie la reconocía.

Heather empezaba a cansarse y a considerar regresar a casa porque no estaba pensando con claridad. El simple hecho de estar metida a esa hora, en esa zona, la hacía un blanco perfecto para alguien que viniera con malas intenciones.

Sabía defenderse aunque no era muy efectiva en eso.

Se sintió tentada a entrar en un último bar, pero fue más fuerte su sentido de la seguridad y decidió regresar a casa.

Al darse la vuelta, se tropezó con un hombre que salía de uno de los bares y que traía una gran cantidad de alcohol en su organismo.

El hombre la vio y le sonrió de lado.

Pensaría que estaba haciendo una pose de modelo de revista; la verdad era que la imagen era completamente repugnante.

Heather decidió echarse a un lado para continuar su camino y esquivar al hombre pero este la interceptó de nuevo y así un par de veces más hasta que esta lo vio a los ojos.

El hombre aun le sonreía.

—Vamos a divertirnos, preciosa —se acercó a ella y le rozó la cara con sus asquerosas manos.

Ella le dio un manotón para sacárselo de encima y dio un paso hacia atrás.

El hombre bufó divertido.

—No me lo pongas difícil que igual vas a acabar gritando de placer. Ustedes son todas iguales.

Heather empezaba a temer por lo que podía ocurrir, la calle parecía desierta y dudaba que en aquella zona alguien saliera en su ayuda.

Divisó a unas mujeres a lo lejos y le dieron la espalda haciéndole entender que no intervendrían en nada.

El corazón de Heather empezó a palpar con fuerza.

El hombre se acercó un poco más y ella lo empujó. La mano que tenía vendada debido a la fisura que se hizo ese mismo día, le recordó que era una idiota por no haber ido al médico a tiempo.

El dolor fue intenso, sin embargo, no podía detenerse a lamentarse en ese momento.

Su vida estaba en riesgo.

El hombre, en vez de caer al suelo, se aferró a ella agarrándola por las muñecas, causándole más dolor en la mano afectada y aprovechándose de eso, en un movimiento rápido que Heather no vio venir, la sujetó del cabello con tanta fuerza que la chica pensó que le arrancaría el cuero cabelludo de un tajo y la arrastró al callejón que estaba justo detrás de ellos. Cuando estuvieron detrás de un contenedor de basura, el hombre la zarandeó del cabello causándole gran dolor y haciéndola gritar.

La soltó y ella cayó de un costado en el suelo.

Justo en el momento en el que el hombre se le venía encima intentando abrirse el pantalón y ella buscaba la manera de recomponerse para defenderse, algo chocó contra el borracho que quería lastimarla haciéndolo volar y estrellarse contra una malla que estaba a unos metros de ellos.

Heather tenía la respiración tan agitada y estaba tan aterrada que lo único que quería era salir corriendo y huir pero no era capaz de mantenerse en pie.

Había debido golpearse contra algo la cabeza, no recordaba.

¿Qué diablos estaba pasando?

Gateando, en el suelo, se fijó en un hombre fuerte que se iba encima del maldito que trató de hacerle daño a ella y empezó a golpearlo de tal manera que la chica se aterró aún más.

No podía quedarse allí esperando a ver qué ocurría después, tenía que huir rápido.

Intentó colocarse de pie una vez más y después de dar dos pasos tropezó y cayó.

La cabeza le martillaba de manera descontrolada y no tenía fuerzas.

Entonces lo vio, frente a ella.

Con los nudillos hinchados y llenos de sangre.

—Estarás bien, voy a llevarte a casa —le dijo Lorcan antes de que ella perdiera el conocimiento por completo.

Capítulo 8

Lorcan necesitaba drenar la ira que se le instaló en el pecho. Había pasado de ser «un posible problema» o «futuro problema» a «un problema seguro» en el presente.

No tenía duda de eso.

Cuando salió de su refugio dispuesto a conseguir a una chica para tener sexo y alimentarse de ella, no pensaba que iba a encontrarse con una escena que lo iba a enfurecer como un maldito león.

No recordaba haberse puesto así jamás.

No entendía qué diablos pasaba con él ese día. Lo único que quería era que todo acabara de una maldita vez y pudiera volver a la normalidad.

Al llegar a la calle que siempre frecuentaba cuando salía en busca de una mujer para que le ayudara con sus tormentos, aparcó en el mismo lugar que siempre lo hacía y observó el movimiento de la calle.

Solía quedarse en ese rincón, alejado de los focos de luz para analizar a las chicas que veía en la calle y elegir a la candidata ideal.

Y esa noche, mientras observaba una calle vacía y esperaba con ansiedad, se fijó en una mujer que recorría la calle entrando saliendo de los bares locales y que se detenía a interrogar a todo el que transitaba por la calle.

Hacía lo mismo con todos, los interceptaba les mostraba el móvil, hacía una pregunta y cuando los demás negaban con la cabeza, esta seguía su camino.

Le llevó un rato reconocerla.

Y en cuanto se dio cuenta de quién se trataba, maldijo por lo bajo intuyendo que la noche traería problemas consigo.

La amiga de Felicity estaba ahí, de seguro en una misión suicida para encontrar a su amiga.

¿Qué demonios hacía esa mujer allí?

Suspiró profundo y se dijo mil veces que no era su problema.

No.

No lo era.

Así que se concentró en su propia misión antes de acabar convirtiéndose en alguien buscado por todas las agencias de inteligencia del país, del mundo y temido por toda la humanidad.

Las prostitutas ese día no se dejaban ver.

De pronto, todo ocurrió al mismo tiempo.

Vio a dos chicas muy cerca de él que le parecieron perfectas para lo que necesitaba esa noche y si tomaba una de ellas pronto, saldría disparado de allí con su carga valiosa, iría a su refugio, calmaría sus ansiedades y evitaría tener a las agencias de inteligencia y a los cuerpos de seguridad pisándole los talones.

Era perfecto y parecía súper fácil.

Cuando encendió el coche y lo iba a poner en marcha para acercarse a las mujeres, se dio cuenta de que la amiga de Felicity estaba siendo molestada por un asqueroso hombre que salía de uno de los bares.

Su instinto le dijo que no debía involucrarse pero...

¡Maldición! Era la amiga de Felicity y no podía permitir que le pasara nada porque, por su estúpida culpa, Felicity no estaba en su casa, con su amiga y ésta, lejos de esa peligrosa calle de la ciudad.

Si le ocurría algo a esa chica, también quedaría en su consciencia por no haber sido precavido con Felicity y asegurarse de que llegara a salvo a casa la última noche que estuvo con ella.

Y mientras pensaba en todo esto, vio cuando el hombre tomó a la chica por un puñado de cabellos, cómo la arrastró al fondo de un callejón y temió lo peor.

En cuanto abrió la puerta del auto para correr al callejón percibió el aroma del terror de la chica y aquello encendió su ira al punto de que su lado oscuro se activó de una manera muy peligrosa.

El ambiente estaba minado de olores que tenían los sentidos de Lorcan revolucionados.

Podía escuchar la respiración de ella, cómo la adrenalina incrementaba su frecuencia cardiaca; sintió sus propios vasos sanguíneos contraerse como lo hacían los de ella y sintió, en pleno, todas sus emociones que, al mezclarse con las propias, causaron una explosión en el interior de Lorcan despertando sus peores instintos.

Los más oscuros.

Empujó al hombre lanzándolo unos metros hacia el frente y sin dejarlo reponerse, se le fue encima.

Se sentó a horcajadas en él y le dio severos golpes en el rostro, quería acabar con él, salivaba al ver la sangre y ver como brotaba cálida y espesa de las heridas. Sus encías amenazaron con agudizar el dolor si no actuaba pronto, sin embargo, todo pareció quedar en el olvido cuando se sintió mareado, casi sin aire y estuvo a punto de perder el conocimiento.

Entonces le vino la imagen a la mente del momento en su oficina en el que se alimentó de la psique de la chica casi absorbiéndola al completo y se sintió de la misma manera que lo hacía ahora.

Nunca antes le pasó algo así.

El alimento de psique no les perjudicaba a ellos de ninguna manera.

Dejó de golpear al hombre que tenía el rostro deformado y sangriento; el dolor de las encías desapareció de pronto y solo pudo pensar en ella y en que debía ponerla a salvo.

Lo primero era cortar con la absorción de psique y tuvo que poner empeño para alcanzar el corte total. Nunca necesitaba tanta concentración para cortar con la absorción.

Dios.

Por primera vez entendió a Pál cuando le contaba la historia de la primera muerte que llevaba en sus manos.

Marian, la bruja que le permitió absorber psique de ella y, sin quererlo, él la debilitó sin control y acabó con su vida.

Usualmente percibían la energía de la persona, y así la tomaban y cuando se sentían satisfechos, solo se imaginaban que la soltaban y se separaban de la absorción haciendo que esta finalizara.

Pero con esta mujer algo extraño le ocurría.

Lo hacía sin consciencia.

Y eso no era bueno. Representaba un peligro para ella.

Estaba muy débil, lo supo en cuanto la chica intentó ponerse de pie y se cayó al suelo.

Corrió hacia ella y llegó a tiempo para decirle que ya estaba protegida y que la llevaría a casa antes de que ella perdiera el conocimiento.

Cuando alguien, en el pasado, perdía el conocimiento junto a Lorcan, este dejaba de sentir

emociones provenientes de la persona. Sin embargo, con ella volvía a ser diferente.

Parecía estar unido a ella por algo, pero no era posible porque nunca antes la había visto en su vida.

Aprovechó la ocasión para llevarla a su casa.

Así podría dejarla descansando, estaría en ese estado un buen rato. La chica estaba agotada y necesitaba reponer energías.

No le fue difícil cargar con ella hasta el coche; la fuerza, casi sobrehumana, era una de las características más comunes entre los portadores de la maldición. Así como los sentidos más desarrollados y los reflejos más alerta que los de los humanos.

La llevó a casa. Para bajarla del coche y meterla en el edificio, lo hizo con mucho cuidado para parecer alguien que quería protegerla y no lo contrario.

Así llegó ante la puerta del apartamento en el que vivían ella y Felicity, usó la llave que ella llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Siguió su aroma hacia una de las habitaciones y empezó a angustiarse de estar allí.

El olor de ella y el de Felicity empezaban a abrumarlo, entonces volvió a sentir las emociones que provenían de ella a pesar de seguir inconsciente.

¿Cómo era posible aquello?

La acostó en la cama con delicadeza, le sacó los zapatos, le echó una manta encima y se fijó en lo sucias que tenía las manos y la cara.

El aroma de ella lo tenía tan embriagado que no se había percatado que la chica se lastimó cayó al suelo.

Se vio sus propias manos, ya no tenían heridas aunque seguían manchadas de sangre.

Sangre.

Respiró profundo y se contuvo un poco; el tiempo suficiente para limpiar con rapidez la cara de ella y la herida más profunda que desinfectó con alcohol que encontró detrás del espejo del baño.

Tuvo que dejar la herida expuesta porque no encontró gasas o tiritas para protegerla.

Se preocupó por el brazo vendado de ella. La mano estaba hinchada, estaba seguro de que tenía una buena fractura. Parecía en los nudillos. Era la zona más hinchada.

¿Por qué no fue a un hospital para hacerse ver eso? ¿Debía llevarla él?

Se sintió tentado, sin embargo, decidió que sería mejor no hacerlo. Le dejó muy cerca el teléfono para que llamara al 911 y pidiera ayuda porque sabía que el dolor no la dejaría razonar en unas horas. Ahora no sentía nada por la debilidad que él mismo le produjo.

La chica respiró profundo cuando él estaba terminando de limpiarla y entonces sintió la paz que provenía de ella.

Estaba durmiendo en profundidad.

Le vendría bien.

La observó entre las sombras de la habitación, no había querido encender la luz para no interrumpir el proceso que tanto necesitaba ella.

Era hermosa, no podía negarlo. Recordó como intentó defenderse del hombre que la atacó.

Siempre le había parecido atractiva una mujer que se resistiera.

Tentador.

—¡Maldición! —pronunció en voz baja, no podía tener esos pensamientos ante ella, no era bueno para nadie.

Respiró profundo para intentar calmarse de nuevo pero aquello lo que hizo fue empeorarlo todo.

El olor de la herida de ella, mezclado con esa fragancia que destilaba su piel, le hicieron sentir una punzada de dolor tan aguda en las encías que estuvo a punto de pensar que perdería el poco juicio que tenía y saltaría encima de ella devorándola como un animal salvaje.

Se levantó a toda prisa, se aseguró de dejar la calefacción a una temperatura agradable para ella y salió de allí aterrado.

Necesitaba más que nunca liberar su tensión y beber sangre, de ser posible, de una fuente inagotable porque sospechaba que lo que quiera que hiciera aquella noche para calmarse, no sería suficiente.

Esa vez, nada sería suficiente.

Lorcan llegó a su casa con la respiración agitada.

Estaba teniendo los peores deseos de su vida.

Tomó el teléfono con manos temblorosas y fue cuando vio que Pál le había llamado unas diez veces al igual que Garret.

Él necesitaba hablar con Klaudia, era la única que podía ayudarlo en ese momento.

Marcó el número y ella contestó de inmediato.

—¿En dónde demonios estás?

—En mi casa.

—Lorcan, nos tenías muy preocupado —Klaudia dejó la frase sin finalizar, dándole la oportunidad a él de responder a esa pregunta que ella dejó suspendida en el aire.

—Klaudia, necesito ayuda. Solo tú puedes ayudarme.

La mujer sintió la voz de Lorcan y se preocupó, nunca antes lo había escuchado tan... ¿aterrado?

—Yo misma te llevaré a una chica y como intentes algo, yo misma te quitaré la cabeza. ¿Lo entiendes?

—Es lo que espero. Dile a Pál que venga contigo. No sé qué pasa conmigo y tengo miedo de...

No podía culminar la frase, no sin delatarse por lo que hizo en el pasado y delatar a Pál por ayudarlo. Los ponía en riesgo a ambos.

—Estaré allí en una hora, Pál llegará antes.

Colgaron. Lorcan fue a su habitación, se metió en la ducha. Necesitaba sacarse de encima todos los olores que se le quedaron pegados de ella.

¿Cómo diablos se llamaba la chica?

—Heather —dijo en voz alta abriendo los ojos y dejando que el agua corriera desde lo alto de su cabeza.

Sintió el acercamiento de Pál.

Así que salió de la ducha apresurándose a ponerse lo primero que encontró en el armario.

Abrió la puerta de su casa en el momento en el que Pál se disponía a llamar al timbre.

En cuanto este lo vio, temió lo peor.

—No he hecho nada, Pál. Te lo aseguro, pero temo por lo que pueda hacer de aquí en adelante. Algo malo pasa conmigo y no sé cómo demonios controlarlo.

Pál le dio unas palmaditas en una mejilla y lo miró con compasión.

—Ya superamos esto una vez. Lo haremos de nuevo. Todo saldrá bien.

Capítulo 9

Heather se sorprendió al ver a Lorcan tras abrir la puerta.

No esperaba que fuera él y no supo qué sentir en el momento porque quería sentir esperanza de que ese hombre le trajera buenas noticias de Felicity y también tenía miedo de que fuera lo contrario.

Malas noticias.

La expresión de él tampoco ayudaba.

—Hola.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Se sabe algo de Felicity? —finalmente preguntó con lentitud. Se sentía adormecida. Los calmantes para el dolor del brazo empezaban a hacer su efecto.

Lorcan negó con seriedad y frustración.

Cuando despertó esa mañana, con un dolor martirizante en el brazo entero, recordó que tenía una fractura en la mano que ya no podía dejar pasar.

Abrió los ojos con pesadez y tomó su móvil que lo tenía junto a ella en la cama.

Todavía tenía una laguna en su cerebro sobre la forma en la que había llegado allí porque no recordaba parte de la noche anterior.

Ya lo recordaría.

De seguro sus pensamientos estaban bloqueados con el dolor.

Marcó el 911 y pidió asistencia; indicando más tarde en el hospital, que un hombre intentó asaltarla y que después de darle un puñetazo en el rostro al sujeto, sintió un fuerte dolor pero que no prestó mayor atención hasta la mañana que ya no lo soportaba más.

Y entonces, recordó parte de lo que ocurrió la noche anterior.

Sintió escalofríos recorrerle la columna vertebral cuando pensó en lo que pudo haberle hecho el hombre que la arrinconó en el callejón y que, gracias a Lorcan, no le hizo nada.

Iba recordando todo poco a poco.

¿Cómo llegó él allí?

¿La estaba siguiendo?

En el hospital le hicieron algunas preguntas más de rutina y revisaron el resto de sus heridas que, según le dijo la doctora que la atendió, se las había limpiado bien y por ello no corrían riesgo de infección; ella no recordaba haberlo hecho.

Entonces, ¿cómo era que las tenía limpias?

¿Lorcan la llevó a su casa? ¿Estuvo dentro con ella? ¿Y si le hizo algo?

¡Cuántas preguntas, Dios!

Algo le decía que ese hombre no le hizo nada, de igual manera no podía obviar que era demasiada casualidad que su amiga estuviese desaparecida y que el último hombre que la había visto estuviese en el mismo lugar peligroso que ella.

¿Estaría buscándola?

Lo veía fijamente a los ojos y él mantenía la mirada.

Aquellos ojos color ámbar, parecían más los de un felino que los de un humano.

Además, resultaban ser atrayentes, de esos que no puedes parar de ver.

O de admirar, mejor dicho, debido a su rareza.

—¿Cómo te sientes del brazo? —Lorcan la vio con compasión.

—Bien, aunque necesito descansar. El dolor está pasando por los calmantes —Lorcan asintió de nuevo y ella frunció el entrecejo porque no entendía qué hacía él ahí si no venía a darle noticias de Felicity. Le pareció oportuno darle las gracias por salvarla—. Gracias por salvarme anoche.

—Fue una estupidez por tu parte estar ahí, sola.

—Sé defenderme.

Él sonrió con malicia.

—Te falta un poco de práctica.

—¿A qué viniste si no vienes con noticias de Felicity?

—Solo quería saber cómo estabas y si necesitabas algo.

Ella lo vio a los ojos de nuevo. Los calmantes estaban acelerando la pesadez.

Quería dormir y también quería hacerle muchas preguntas a él.

—¿Te gustaría pasar y tomar un café? —ofreció ella con la intención de hacerle las preguntas que necesitaba en la privacidad de su casa.

—Necesitas descansar, volveré luego.

—Estoy bien.

Él bufó con ironía.

—No estás ni cerca de estar bien, Heather, por favor, ve a descansar y volveré luego. Entiendo que hay preguntas que quieres hacerme y estoy dispuesto a responderlas para que puedas sentirte tranquila.

—Necesito respuestas; ahora.

Lorcan volvió los ojos al cielo.

Esa mujer empezaba a sacarlo de sus casillas con gran facilidad y en muy poco tiempo.

Ella se hizo a un lado para dejarle entrar y cuando lo hizo, Lorcan pudo sentir esa delicada fragancia que salía de su piel haciendo que sus sentidos enloquecieran.

Cerró los ojos e intentó encontrar paz y tranquilidad en su interior como hacía la mayoría de las veces.

Y le funcionó, no como todas las veces pero en algo sirvió.

Se quitó el abrigo y ella hizo el gesto de tomarlo para guardarlo en el armario, él no se lo permitió.

La vio con resistencia.

—Lo dejaré aquí, mientras menos te esfuerces, mejor.

Ella bufó como una chiquilla a la que le dicen que es incapaz de hacer algo pero decidió no seguir en ese camino. No iba a ponerse a pelear con ese hombre por si era capaz o no de colocar un abrigo en una percha dentro del armario teniendo un brazo enyesado.

Por supuesto que podría hacerlo, aunque le dolería.

Sí que podría.

Heather bostezó.

Batallaba con el sueño que le producían las pastillas.

Él la observaba desde la puerta de la cocina.

La chica sirvió el café en dos tazas y se sentaron en los sillones del salón.

Uno frente al otro.

A Heather le gustaba la forma honesta en la que la veía Lorcan, aunque presentía que le escondía algo. Algo gordo y que nada tenía que ver con Felicity.

¿Qué podía ser?

—¿Qué hacías anoche en ese lugar?

Lorcan la vio con una seriedad que le heló la piel a ella.

—Pasaba de casualidad por allí.

—¿Ibas a buscar una chica?

Él asintió con la cabeza frunciendo el ceño.

Heather recordó cuando su tío y su hermano le preguntaron con insistencia si había lastimado a Felicity. No se sintió cómoda preguntándole en ese momento porque su propia familia le preguntaba eso con tanta insistencia.

¿Qué clase de hombre era?

Esperaría para esa pregunta. Era muy pronto aun.

Tomó un sorbo de su café.

Lorcan imitó su gesto.

—Tú no has debido ir allí —Lorcan anunció en ese tono de voz vibrante y ronco que lo hacía más varonil de lo que ya era.

—Pero fui, así como pienso ir luego a la policía porque tu familia no está buscando a Felicity como debería y es obvio que yo puedo correr peligro si me sigo metiendo en sitios que no debo.

Observó la tensión en el rostro de él apenas nombró a la policía.

¿Tendría alguna deuda con la justicia?

Entrecerró los ojos para observarlo, él ni se inmutó.

Era un hombre extraño.

Le causaba gran curiosidad.

Muy diferente a su hermano Garret; e incluso, muy diferente al que la rescató del hombre que...

Se le hizo un nudo en la garganta, estaban siendo demasiadas emociones para tan pocos días y ella y su fortaleza estaban a punto de quebrarse por completo.

—Necesitas descansar, Heather —¿Cómo podía cambiar de humor tan pronto ese ser humano que estaba frente a ella?

Hacía unos segundos la observaba con rudeza, como si quisiera estar muy alejado de ella y ahora, esa mirada ambarina la veía con una súplica total.

—Escucha —se removió en su asiento sin dejar de verla a los ojos—, descansa. Mi tío prometió que encontraría a Felicity y yo mismo estoy poniendo mis esfuerzos en esto, soy el culpable de que no aparezca —Heather percibió la culpa genuina en sus palabras—. No la traté como lo merecía y ahora temo que pueda pasarle algo. No me lo perdonaría jamás.

—¿Qué le hiciste?

La furia dominó a Lorcan y Heather sintió temor de aquella reacción.

Resopló como un toro embravecido.

La chica recordó a la mole que parecía haber chocado en contra de su agresor la noche anterior. Le pareció escuchar de nuevo los golpes secos que le dio al borracho, recordó la imagen clara y nítida de las manos de Lorcan hinchadas y llenas de sangre.

Los nervios afloraron en ella pensando que ese Lorcan parecía un completo salvaje.

Sintió curiosidad por saber qué ocurrió con el hombre que pretendía lastimarla, sin embargo, prefirió dejarlo también para más tarde.

Felicity era su mayor preocupación y nada más importaba.

—No le hice nada —declaró finalmente Lorcan con la mandíbula apretada.

—Entonces, ¿por qué insistes en decir que tú eres el culpable? Que ella está desaparecida por lo que le hiciste. ¿Qué le hiciste?

Lorcan bajó la cabeza y fue incapaz de ver a los ojos a Heather por unos minutos, en los cuales, esta se preguntaba si corría peligro con ese hombre ahí dentro de su casa.

Ese pensamiento y el palpitar acelerado de su corazón coincidieron con que Lorcan clavara la vista de nuevo en ella y le dijera:

—No me temas, por favor —Lo vio con duda, cómo podía saber qué ocurría en su interior. Acaso tenía un poder sobrehumano. Heather se removió en su asiento con claro nerviosismo aunque intentaba parecer segura y confiada—. No soy mala persona, Heather, te lo juro. Y lo último que haría sería lastimar a Felicity. Es especial para mí. Aunque no del modo que ella habría querido, ¿me entiendes? Por eso huyó de mí esa noche.

Heather intentaba entender.

—¿Tenía sentimientos hacia ti?

Lorcan la vio con arrepentimiento y asintió.

—Y ella merece a alguien mejor que yo.

Heather mantuvo el silencio, ella estaba de acuerdo con ese pensamiento de él. Un hombre que compraba placer y promovía la prostitución en mujeres buenas como Felicity no merecía nada.

Lorcan apoyó la taza en la mesa de apoyo frente a él y se puso de pie.

Heather lo observaba con detalle.

Era un hombre grande, fuerte y elegante. Tenía un porte que parecía hasta aristocrático y sus movimientos dejaban en evidencia la buena educación que había recibido.

Su traje gris oscuro estaba hecho a medida y de seguro era de esos que costaban una fortuna.

Su barba descuidada de algunos días le confería un aire más natural, contrastando con la elegancia y formalidad que siempre le acompañaba.

Luego estaban esos ojos enigmáticos que atrapaban la mirada de Heather sin problema alguno y además, haciéndole sentir confiada cuando lo hacía.

Más allá del color impresionante que tenían sus iris, los ojos de Lorcan hablaban por si solos. Heather conseguía entender lo que ocurría en el interior de él cuándo era presa de sus miradas.

Nunca antes le había pasado con otra persona y eso era lo único que la mantenía con un pie sumergida en la duda y con el otro en la razón.

Sentía temor de él pero podía ver la sinceridad en su mirada y eso aplacaba su desconfianza hasta que recordaba que su amiga, seguía afuera, extraviada, quien sabía en qué condiciones y el hombre frente a ella era sospechoso hasta que se demostrara lo contrario.

Estaba exhausta y las pastillas no ayudaban mucho.

Bostezó.

Lorcan la vio, le sonrió con dulzura.

Una sonrisa que removió algo en el interior de Heather sin saber qué o porqué.

De pronto, un mareo invadió a Heather haciéndole cerrar los ojos y respirar profundo.

En cuanto pasó, la pesadez la invadió por completo y no se sintió con fuerzas para seguir hablando, pensando o sintiendo. Estaba muy agotada, sin energía y lo único que ansiaba en ese momento era acostarse.

Su cabeza se tambaleó una vez porque estaba siendo presa de un sueño imposible de dominar, los párpados apenas conseguía mantenerlos abiertos un par de segundos.

Lorcan se acercó a ella y le tomó la mano que tenía sana.

—Heather, ve a tu habitación y duerme, por favor. Te acompaño y me quedaré hasta que despiertes. Te prometo que, luego, responderé a todo lo que quieras saber de mi relación con Felicity y te acompañaré a la comisaria si es necesario.

Ella intentó abrir los ojos de nuevo, no pudo y se tropezó con sus propios pies.

De no haber sido por Lorcan que la contuvo a tiempo se habría caído.

Se sintió volar de repente.

Protegida.

Suspiró y encontró un sonido pausado que le sirvió como la melodía perfecta para sumergirla en el sueño más profundo de su vida.

Volvió a suspirar y pensó en ese aroma a madera combinada con el olor de la hierba que ahora invadía sus fosas nasales.

Se imaginó en un campo con el día más soleado que había visto en su vida y decidió tumbarse en la hierba, siendo feliz, pensando que quizá en ese refugio podría encontrar la paz que tanto necesitaba en esos días.

Sonrió sintiendo la hierba suave y fresca debajo de ella mientras su rostro y el resto de su cuerpo era acariciado por los rayos de ese sol brillante y maravilloso que le prometía que, al despertar, todo estaría mejor.

Lorcan observó a Heather suspirar y sonreír.

Haberla tomado en brazos después de que casi se cayera fue una buena idea para ella. No sufriría otro accidente aunque para él no fue tan «buena idea».

En cuanto la cargó, la chica se arrebujó en su pecho y él sintió cuando ella, llena de satisfacción, se relajó casi al completo.

La calidez de su rostro pegado a su pecho lo llenó de un sentimiento que desconocía porque lo hacía sentirse cómodo.

Seguro.

Tranquilo.

Más sorprendido estuvo de la capacidad de control que tuvo al absorber la psique de ella para que se entregara al descanso de una buena vez.

No soportaba ver cómo se debatía entre su presencia sumado a la oportunidad que tenía de interrogarlo y el sueño que la invadía por los calmantes para el dolor.

Entonces, decidió seguir los consejos de Pál de que no se dejara dominar por la inestabilidad cuando estaba frente a ella. Tal como ocurrió en el primer encuentro en la oficina de ellos o cuando la salvó del borracho maldito que quiso poseerla.

En ambos momentos, las barreras de Lorcan desaparecían y no era capaz de controlar sus poderes.

Volvía a hacerlo bien otra vez aunque no conseguía controlar la empatía en presencia de ella.

Podía sentir la reacción de cada fibra de esa mujer sin importar cuán pequeña fuese su emoción o su tristeza.

Sentía los cambios y los absorbía como propios.

Es por eso que era una condenada montaña rusa de altibajos cuando estaba frente a ella.

No conseguía mantenerse estable, tendría que esforzarse más.

Aunque no se sentía en peligro experimentando esos cambios.

El peligro de un estallido de violencia por su parte como hubiese ocurrido en otra ocasión, ni se asomaba por su mente estando con ella y eso para él era tan extraño como fascinante porque se suponía que había sido capaz de mantener, durante siglos, una barrera impenetrable por las emociones de otros dejando de sentir a los demás y enfocándose únicamente en esa ira y ansiedad sexual permanente que lo acompañaba.

Nada de eso existía frente a Heather.

Y se sentía tan bien poder estar relajado frente a una mujer sin temer que esta despertara deseos oscuros en su interior.

De esos que lo convertían en un maldito animal.

En un monstruo.

Recordó lo ocurrido la noche anterior y la manera en la que Pál y Klaudia tuvieron que separarlo de la chica que Klaudia le llevó para alimentarse.

Estaba asustado en su interior mientras ocurrió todo; en su exterior, la bestia siseó sobre el cuerpo de la mujer con mirada llena de lujuria y sedienta de sangre en cuanto Klaudia pinchó la muñeca de la chica y la puso frente a Lorcan, su lado más oscuro se activó deseando tener a la mujer inmovilizada para darle placer hasta que esta no pudiera razonar más y entonces él podría despertar su excitación entre gritos, súplicas y liberar esa tensión que llevaba acumulada.

Se pegó a la vena de la chica y está empezó a jadear porque sentía la absorción de su energía.

Su psique estaba siendo chupada también por Lorcan que ya estaba preparado para saltar sobre ella con desespero aunque no podría poseerla.

Necesitaría ser más rudo y Klaudia no iba a permitirselo allí.

No teniendo tanto tiempo sin alimentarse de sangre y psique de manera simultánea.

Su miembro no reaccionaría a menos de que infringiera algún tipo de dolor a la chica.

Los oídos le zumbaban y la sangre de ella recorriéndole el cuerpo lo llenaba de vitalidad y de poder.

La chica intentó despegarse de él porque sabía que si permanecía un poco más así, correría peligro; estaban entrenadas para visitar a los de su especie.

Y en cuanto ella intentó parar y librarse de Lorcan, él la vio a los ojos con malicia porque ese gesto era todo lo que necesitaba para activar su excitación que apareció endureciendo su miembro al punto que sentía que estallaría en cualquier momento.

La chica jadeó y abrió los ojos con miedo al ver la expresión de fiera de él.

¡Ah! ¡Qué momento más placentero para Lorcan!

Entonces, las encías le ardieron por la necesidad de hundirse en la carne y lo hizo.

La mordió sin contemplaciones haciéndola gritar de manera aterradora.

Su miembro palpitó de nuevo y batalló por salir de la prisión de los pantalones en la que se hallaba.

Sintió unos golpes en su espalda pero no hizo mayor caso.

Deseaba penetrar en ese mismo instante a la mujer y en un ágil y rápido movimiento, la tumbó en el suelo y sacó su propio punzón haciéndole una pequeña línea en el cuello del cual se aferró sin contemplación.

Estaba desesperado por la excitación.

Quiso liberar a todos sus demonios y saciar todos sus deseos con esa chica.

Siguió sintiendo golpes en el costado y escuchaba a lo lejos que alguien hablaba, no tenía intenciones de parar; quería más de lo que estaba teniendo y lo conseguiría sin importar el costo.

Mordisqueó con agresividad la herida del cuello y la chica soltó un jadeo, su expresión era de vacío, se quedaba sin sangre, sin fuerzas para luchar.

La chica se sintió tan ligera que los brazos cayeron en ambos costados.

Él tenía tanta vitalidad que quería pasar a la siguiente etapa. Se llevaría a la chica al refugio y jugaría con ella. Lo necesitaba.

El Lorcan que se encontraba en el interior de la bestia en ese momento, el verdadero, luchaba para que el animal parara el ataque. Sentía que intentaban frenarlo mas nada estaba resultando y

temía por la chica. Podía escuchar los gruñidos de la bestia y sentir el éxtasis que ese Lorcan experimentaba en ese momento.

De pronto sintió un torrente de electricidad atravesarle el cuello dejándolo paralizado sumergiéndolo en un letargo que duró el resto de la noche.

Cuando despertó, Pál lo veía con preocupación.

Klaudia ya no estaba y él seguía en el suelo, con las manos y la boca llena de sangre.

Algunas manchas de sangre estaban también sobre el suelo de madera clara.

Las escenas de lo ocurrido iban y venían como solía ocurrirle cuando dejaba que la bestia dominara todo su ser.

Y se sintió mal, tanto que sintió náuseas y ganas de vomitar pero no tenía nada en el estómago para poder satisfacer esa necesidad.

Pál le contó que fue Klaudia la que le neutralizó con un *paralyzer* especial para ellos. Dejándole inconsciente por varias horas.

Pál nunca antes lo había visto y Klaudia tampoco lo había mencionado. Al parecer lo tenía para casos muy extremos y como medio de seguridad dentro de su casa; Pál quiso preguntarle de quién debía protegerse de esa manera mas no era el momento.

La contuvo de usar el arma cuanto pudo mientras, a puñetazo limpio, intentaba sacar de encima de la chica a Lorcan que gruñía como un animal salvaje.

Lorcan, en ese instante, estaba siendo más peligroso de lo que creía que podía llegar a ser y Klaudia, después de ver que de las maneras tradicionales no conseguían despegar a Lorcan de la chica, decidió darle una buena descarga eléctrica.

Menos mal, porque si no, habría acabado con la vida de la chica en un abrir y cerrar de ojos.

Klaudia se fue de ahí con la chica, la cuidaría, le haría sanar y olvidar con la ayuda de sus brujas. Le advirtió a Pál que no le daría más chicas a Lorcan a menos de que empezara a controlarse de verdad y a alimentarse de manera regular para no llegar a esos extremos.

«Nunca antes te había visto así, Lorcan. Ni siquiera en tu peor época».

Esas palabras retumbaron en el interior del hombre haciéndole sentir miserable y abominable.

Lo era.

Y tendría que poner todo su empeño por controlar toda su maldita vida de nuevo.

Para que los suyos se sintieran tranquilos y no desconfiaran otra vez de él.

Felicity apareció una vez más en su mente.

Le contó a Pál todo lo ocurrido con Heather. Y entonces, este entendió también por qué esa noche, fue la peor aparición de la bestia que presenciara en su vida.

Demasiadas emociones; ira, angustia y una mujer que lo descontrolaba.

«Tienes que investigar qué es lo que te ocurre con ella». Le sugirió su tío y Lorcan sabía que debía hacerlo porque desde que desapareció Felicity de su vida y apareció Heather todo, todo, se había vuelto confuso y extraño para él.

Es por eso que al finalizar el día, alentado por Pál, fue a casa de Heather para saber cómo estaba. Solo quería cerciorarse de que estuviera bien.

Luego se marcharía.

No quería más problemas. Aunque sabía que la bestia salvaje de la noche anterior estaría dormida por un buen tiempo.

Era mejor no asumir riesgos.

Sin embargo, en cuanto Heather le abrió la puerta y la vio ahí, con su perfecta melena rubia, en pijama, tan al natural, tan adorable, no pudo alejarse de ella.

Tampoco sabía cómo actuar.

Parecía un maldito estúpido frente a ella porque no sabía qué diablos decir o hacer.

Empezó a darse cuenta de que se preocupaba por ella más de lo que debía cuando la chica luchaba contra su cansancio.

Una mujer necia.

Y hermosa.

Caminó por la vivienda y luego, entró en la habitación de Felicity y se sentó en su cama.

Cuanta tristeza sentía en ese lugar y también optimismo, sentimientos que experimentaba día a día Felicity pero que él no había sentido antes gracias a su barrera.

«¿En dónde estás, Felicity?», pensó.

¿Cómo era que su vida se complicó tanto en esos últimos días?

La vida de todos, porque Heather no lo tenía más fácil y ni hablar la pobre Felicity que quien sabía en dónde estaría y qué tipo de cosas estaría pasando.

Sintió la furia crecer en su interior.

Cerró los ojos y respiró profundo.

El olor de Felicity aún permanecía en su habitación y recreó en su mente, el momento que tanto deseaban todos de encontrarla, abrazarla, cerciorarse de que estuviese bien.

Ella estaría sonriente como siempre, prometiéndole que estaba bien.

Dejó salir el aire e hizo otra inspiración.

El olor de Heather lo alcanzó, aguzó el oído y la escuchó moverse con pesadez en la cama.

«Todavía necesitas descansar», pensó y luego, absorbió un poco más de psique de ella.

Se sentía tan bien ese flujo de energía dentro de él.

Era diferente, parecía saciarlo más.

Los pájaros empezaron a piar en el exterior de la propiedad, apoyados en la borde de la ventana.

Lorcan sonrió.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan bien?

Frunció el entrecejo porque no tenía memoria de haberse sentido así en toda su vida.

Aguzó de nuevo el oído al sentir que Heather se removía con nerviosismo y balbuceaba.

Estaba teniendo malos sueños.

Se acercó a la habitación y le puso las manos a ambos lados de la cabeza.

«Solo un poco», se dijo, nervioso. Temiendo no poder controlar nada y lastimarla.

Cuando absorbió psique y entró en la mente de ella, vio los sueños que tenía y sintió tantas ganas de matar al maldito hombre que quiso lastimarla.

Se arrepintió de dejarlo vivo.

La absorción hizo el efecto esperado y la sumergió en un sueño profundo en el que ella y otra niña jugaban en la nieve mientras una dulce mujer las observaba desde la ventana de la cocina.

«Su familia», pensó.

«Suficiente, Lorcan, despégate».

Lo hizo y fue tanta la inquietud que sintió por saber más de Heather y de su pasado, que necesitó ocuparse en algo productivo para no pensar tanto.

Ya llegaría el momento de hacerle preguntas a ella.

Por lo pronto, llamaría a Pál para decirle cómo prosperaba su comportamiento y consultarle acerca de las intenciones de ella de ir a la policía para denunciar la desaparición de Felicity.

Capítulo 10

A Klaudia no le hizo ninguna gracia saber que ella y su compañía estarían bajo investigación policial porque Felicity estaba desaparecida.

Pero nadie le discutía nada a Pál, ni siquiera ella, a menos de que la situación se le saliera de las manos a este.

Ella estaba en igual de condiciones que su primo con la diferencia de que él fue el elegido para formar a la sociedad de Guardianes de Sangre y ella no.

Es por eso que se le tomaba tanto en cuenta y los miembros de la sociedad todo le consultaban a él.

Ella poco se dejaba ver.

La verdad era que Klaudia tenía muchos años pasando desapercibida, como un fantasma entre los humanos.

Se dejaba ver muy poco por no decir nunca y todos sus empleados eran de la especie, a los que rotaba con continuidad para no levantar sospechas o comentarios.

Se sentó mejor detrás del escritorio de madera maciza que compró hacía unos cientos de años y que cuidaba como un gran tesoro; porque esa pieza, sería el recordatorio del cambio que dio su vida cuando volvió a los brazos de Pál.

De no haber sido por él, estaría quien sabía en donde, haciendo cosas peores que las que hacía la bestia de Lorcan.

Resopló y se desinfló pensando en las pasadas noches cuando Lorcan dejó salir la ira y el odio que lo carcomían desde que el pobre fuera llevado para cumplir órdenes de la Santa Sede a cambio de salvarle la vida a Pál.

Klaudia, desde pequeña, llevaba el bien y el mal en su interior.

Lo sabía, aunque intentaba dominar al mal y en la mayoría de las ocasiones, lo lograba con gran éxito, así que podía entender lo que ocurría en el interior de Lorcan.

Sabía que Lorcan tuvo un pasado que no le deseaba a nadie. Haber causado tortura, dolor y muerte a tantos humanos no estaba para ser soportado.

Había creado la compañía hacía muchos años y le iba bien. Tanto en el mercado de los humanos como en el de los vampiros. Sus chicas y chicos eran hermosos, cultos y a un grupo selecto se les entrenaba para satisfacer las necesidades de vida de los vampiros.

Cosa que Klaudia también mejoró porque en la antigüedad, los mordiscos para sacar la sangre eran una completa salvajada, así que al principio pensaba en cortes que funcionaban muy bien pero siempre era un engorro llevar con uno una navaja para cuando se presentara la ocasión porque no siempre se tenían humanos conscientes de que serían usados como comida.

Así que después de mucho estudiar y garabatear, inventó un punzón que causara un ligero pinchazo pero que fuese profundo como para acceder a una buena cantidad de sangre. Lo fue perfeccionando con el paso del tiempo y en la actualidad se incorporaba a prendas metálicas especiales para la especie a fin de siempre llevar uno de estos encima en caso de que la comida saltara a la vista.

Los más actuales permitían rasgar un poco la piel sin llegar a ser mortales.

Claro, mujeres como Klaudia, siempre tenía consigo una daga porque además, nunca se sabía

cuándo se tenía que matar a alguien.

Klaudia no tenía remordimientos para ello. Si había que matar, se tomaba la decisión en el momento y se ejecutaba. Así fuese un miembro de la familia.

Sabía que podía llegar a ser duro, como la vez que Lorcan tuvo que matar a Luk.

Klaudia cerró los ojos, se recostó de su silla de cuero y recordó a su hermana.

Si bien era cierto que pudo llegar a tenerle envidia y le tenía celos a cada momento, jamás hubiera podido matarla.

Por ello admiraba con fervor a Lorcan, todo lo que pasó ese muchacho y aún seguía medio cuerdo.

Negó con la cabeza.

Era muy fácil de comprender que tuviera tanto odio e ira en su interior.

Ella sabía que en el pasado algo muy malo había hecho, sin embargo, solo conocían los detalles Pál y Lorcan, y si Pál tomó la decisión de no mencionar nada a nadie más, ella no era quien para refutar sus decisiones.

Sabía que lo hacía por el bien de todos, protegía a todos los miembros de la Sociedad aunque cada uno de ellos tuviera sus propios demonios.

Cada guardián arrastraba un pasado que lo lastimaba. Ninguno como el de Lorcan, claro estaba.

El de ella, seguía vivo.

Era ella misma.

Su hermana tuvo todas las bendiciones: nació bruja, vivió una vida feliz, era adorada por la tía Marian, logró conseguir un buen hombre que la adoró hasta sus últimos días con el que formó una familia maravillosa, su esposo la aceptó tal cual era; incluso aceptó el gen de la maldición que sabía que le tocaría a sus nietos. Y, lo que más celos le daban a Klaudia de su hermana era que Veronika conseguía hablar algunas veces con la difunta madre de ambas.

Cosa que ella soñaba con hacer porque siempre quiso tener cerca a su madre.

La extrañaba sin haberla conocido.

Y daría lo que fuera por estar con ella.

Pero para eso debía estar muerta y parecía que así seguiría muchos años más.

Resopló, cansada de lo mismo.

Hacía un tiempo se marchó a Inglaterra buscando a más como ella, pero no tuvo éxito en su misión y lo único que consiguió fue a Pál, que fue a buscarla muy preocupado porque no estaba bien que una jovencita como ella estuviese sola por el mundo.

¡Qué tiempos aquellos!

¡Cómo los extrañaba! La vida era muy diferente entonces.

De todas maneras, estar viva para ella era un tormento.

Y a pesar de que aprendió a sobrellevar su condición y disfrutaba de los grandes placeres de la vida sin ninguna restricción, su deseo más grande era morir.

Estar junto a su familia de nuevo. Su madre, principalmente.

Sintió un nudo en la garganta y que los ojos le escocían justo cuando la secretaria le indicó que la policía estaba entrando en el edificio.

«Demasiado tardaron», pensó Klaudia que ya llevaba varios días sentándose en esa misma silla a la misma hora y cumpliendo con un horario para atender personalmente al detective que llevaba el caso de Felicity.

Abrió el cajón que estaba en la parte central de la mesa y sacó una carpeta que contenía el expediente de Felicity, como hacían con cualquier otro de los empleados de la compañía.

La puerta de su oficina se abrió y entró el detective que era todo lo opuesto a lo que ella se habría imaginado de un detective.

No era que no había visto uno en su vida; por supuesto que sí, teniendo o no algo que ver en los casos que investigaban pero este hombre que ahora la veía con total seriedad; no, la estudiaba, porque había aprendido que los detectives y policías en general no ven, si no que más bien «estudian» a quien tienen que interrogar, y eran cosas muy diferentes.

Sí que lo eran.

Ronan Byrne entró y vio a la mujer detrás del escritorio.

«Empresaria» fue lo primero que pensó.

«Sexy» lo segundo.

«Concéntrate» lo tercero que se dijo a sí mismo antes de acabar enredado en las piernas de la mujer.

Era su debilidad desde que tenía uso de razón, las mujeres eran una gran debilidad en su vida.

Ella le extendió la mano como correspondía y notó la forma atrevida en la que la vio una vez que tuvo la mano de ella entre la suya.

Todos los hombres humanos le parecían lo mismo.

Eran básicos. Viscerales. No podían estar ante un par de piernas bien definidas o senos prominentes porque perdían el norte y solo pensaban en sexo.

Volvió los ojos al cielo en señal de hastío.

—¿En qué puedo ayudarle, detective? —le preguntó después de que él se presentara. Era irlandés. Tenía el acento a pesar de que se esforzaba porque no se notara.

—Estoy investigando la desaparición de Felicity Smith.

—¿Y en qué puedo ayudarle yo?

—Trabajaba aquí, ¿no?

—En mi compañía, quiere usted decir, porque las chicas no pisan estas oficinas, no hay necesidad de hacerlo.

Él la vio con ironía.

—¿Le avergüenza que se sepa que usted es la dueña de esta compañía de prostitutas finas?

Ella bufó y lo vio directo a los ojos.

—Es usted bastante directo, detective —le hizo señas para que se sentara en las sillas frente al escritorio, al tiempo que la secretaria entraba con una bandeja en la que había té y café para que él eligiera. Como Klaudia suponía, se decantó por una taza de *English Breakfast Tea* con leche, por supuesto—. Y no, nada me avergüenza. Vendo sexo. No es muy diferente de lo que hacen otras empresas del entretenimiento moderno. La diferencia es que yo tengo un exclusivo grupo de gente educada y preparada para dar placer a otro grupo muy exclusivo de personas al rededor del mundo. No obligo a nada e incluso protejo, porque mis reglas son bastante estrictas tanto para el personal, como para los clientes.

El detective la vio con sorna. Con esos ojos negros enigmáticos y la melena del mismo color cayéndole sobre los hombros, Ronan no pudo pensar en delicadeza aunque lucía como la más delicada y elegante de las damas de alta sociedad.

Algo en ella que le hacía pensar que le quedaría mejor un arma en las manos que un bolso de firma.

—Entonces, detective, ¿Cuáles son sus preguntas en cuanto al caso de Felicity?

—¿No le sorprende que esté desaparecida?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Había desaparecido anteriormente?

—No. Y no soy niñera de nadie para lamentarme por el extravío de alguien de mi personal — Klaudia respiró profundo y clavó sus ojos en los de él que le recordaron las campiñas irlandesas en primavera. Bañadas de verde intenso en la hierba. Salpicadas de flores silvestres que, en sus ojos, podrían ser los brillos repentinos con los que la observaba—. Contrato a gente adulta, no es la primera chica que desaparece por voluntad propia y vuelve a aparecer un tiempo después. Ofrezco buenos tratos y mucho dinero para que se sientan seguros trabajando aquí y abandonen cualquier vicio que puedan tener con la calle. Pero no todos quieren abandonar.

—¿Piensa que está usted haciendo caridad?

Klaudia curvó los labios hacia abajo y ladeó su cabeza levantando los hombros. Pensando que sí podía ser considerado caridad.

—¿Y qué hay de los contratos?

—¿Qué pasa con ellos?

El detective sonrió con ironía.

—Busco respuestas señora Sas. No preguntas. Si sigue jugando ese juego tendré que regresar con una orden y el posible cierre temporal de su compañía.

Ella volvió los ojos al cielo.

—No temo a la justicia, detective, porque no le debo nada. Y, por favor, no vuelva a llamarme Señora.

Él la vio con divertida vergüenza.

—Pensé que podría existir un Señor Sas.

—Pues no lo hay y le pido que por favor deje de coquetear conmigo.

El hombre se sintió cautivado por esa mujer tan directa y atrevida.

—Los contratos son muy específicos. Tienen una permanencia exclusiva dentro de la compañía y son catalogados según sus preferencias sexuales. Así podemos cruzar gustos con los clientes y hacer que ambos tengan la mejor experiencia. No estaría bien enviar a una chica que le gusta el sexo tranquilo a casa de un hombre o de una mujer que se decanta por algo más agresivo.

—¿Qué tan agresivo?

—Nada que pueda lastimar la integridad física o moral de mis empleados, detective.

—¿Cómo lo sabe?

—Por qué lo sé —Klaudia no iba a darle ese detalle. Investigaba a fondo en la vida de sus clientes. El único que podía llegar a representar un peligro era Lorcan y sabía, estaba segura, de que él no tenía nada que ver con la desaparición de la chica.

El hombre observó a su alrededor mientras bebía el té.

Ella le puso la carpeta enfrente.

—Ese es el expediente de ella. Ahí está todo lo que necesita saber —El hombre la vio a los ojos con suspicacia—. ¿No era eso lo que quería?

—Aun no.

Klaudia se desinfló en su silla, empezaba a cansarse del juego del detective.

Su sonrisa y esa mirada socarrona, también empezaban a estorbarle.

—Estoy muy ocupada, detective. Ya haga las preguntas que tenga que hacer y márchese a su lugar de trabajo para que me deje tranquila haciendo el mío.

—¿Sabía que vendríamos? La noto muy preparada.

—Me enteré de que la chica estaba desaparecida. Ayudé a la otra chica que la buscaba —se quedó pensativa—, no recuerdo el nombre de la otra, pero el caso es que la ayudé investigando cuál había sido su último cliente la noche que no volvió a casa.

—¿Y? —él la interrumpió. Era un hombre impaciente.

—¿No habló ya usted con esa persona? —Klaudia empezaba exasperarse en serio.

—Usted, ¿cómo lo sabe?

—Me envió un correo esta mañana indicándome de que en un acto de buena fe, decidió acompañar a la chica, esta que no recuerdo el nombre, a la estación de policía para explicar que él no tiene nada que ver con la desaparición de Felicity y nosotros tampoco —lo vio con tenacidad—, y así es como supuse que tarde o temprano llegarían aquí.

Él asintió.

—¿Cuánto tiempo tiene el Sr. Farkas solicitando sus servicios?

—Años. Ahí tiene la información, detective —le dijo señalando la carpeta—. Mire, tengo clientes de todos los tipos y nunca he recibido quejas de ninguno. El Sr. Farkas es de los más generosos con las chicas. Y Felicity se había ganado su completa confianza porque estaba pagando la cuota de exclusividad. Lo que quiere decir que solo podía verse con el Sr. Farkas.

—Un poco dominante, me parece.

—¿Usted cree? Quizá es porque no ha tenido —lo vio de arriba a abajo con burla—, ni tendrá, la oportunidad de pagar un servicio de mis chicas porque su sueldo no se lo permitiría. De poder hacerlo, se daría cuenta de que es mejor tener a alguien asegurado que ya lo conoce a uno al completo, a tener una callejera diferente cada noche con quien sabe qué enfermedades o problemas encima. Mis empleados no solo ofrecen sexo. También compañía y el Sr. Farkas en su última encuesta expresó que estaba cómodo con Felicity porque la chica tiene buena presencia y sabe expresarse en público. Lo que quiere decir que lo acompañaba a cenas, actos públicos, etc. —el policía ya no sonreía tanto y ella supo que tenía todo el control, tal como le pidió Pál que hiciera—. Si ya estaban a ese nivel de confianza, detective Byrne, no era por dominio, ni por obsesión; era por la simplicidad de sentirse acompañados.

El detective frunció el ceño.

Y ella se sintió victoriosa.

—Estoy haciendo mi trabajo —dijo él en protesta.

—Y yo no estoy impidiéndoselo. Lo que no me gusta es que se vea a mi empresa como un criadero de putas de mala muerte y de clientes sin escrúpulos. Comprar sexo consentido es Tabú, ¿pero no lo es revolcarse cada noche en un bar diferente con el primero que se encuentra? ¿No es eso lo que hacen las personas hoy en día? Se conocen en alguna red social, se citan, se emborrachan y se revuelcan hoy con uno, mañana con otro. Lo mío da seguridad a ambas partes, como ya le dije, y en todos los aspectos.

Se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta.

La abrió y lo vio de nuevo a los ojos.

—Si necesita algo más, mi secretaria le ayudará. Ahora, le voy a pedir que me deje a solas porque tengo mucho por hacer.

El hombre asintió en silencio.

Se levantó y antes de salir, se detuvo frente a ella.

Ahí estaba esa mirada irlandesa verde brillante observándola como si fuera un ser extraño.

Tenía unas pecas graciosas en los pómulos y la nariz.

Y Klaudia observó que, su cabello, a pesar de que era oscuro tenía un delicado tono rojizo cuando lo tocaba la luz. Quizá era porque lo llevaba muy corto y se le veía más oscuro de lo que realmente era.

Lo vio con ironía y arqueó una de sus cejas para apresurarlo a salir.

—No hablaré con su secretaria. Vendré a hablar con usted si necesito algo más.

—Que tenga buen día, detective.

El hombre salió y Klaudia cerró la puerta desabotonándose el botón de su chaqueta echa a medida.

Ese hombre le puso los nervios de punta.

Y nunca antes un policía o una investigación le habían hecho sentir así. Ni siquiera cuando le insultaban de manera descarada como proxeneta que ya de eso tenía muchas historias.

No tenía dos días en el negocio.

La forma en la que este insolente la veía y le hablaba, le hacía perder los estribos.

Respiró profundo y se sentó de nuevo en su silla.

Tomó su móvil y le envió un mensaje a Pál para indicarle que todo había ido bien con el policía.

Respiró profundo y fue cuando, por fin, pudo sentir la fragancia del hombre.

Seguridad.

—Pffff—resopló Klaudia removiéndose inquieta en su silla.

Le sobraba seguridad al imbécil.

AfterShave fue lo segundo que sintió en el ambiente.

Old Spice.

«Un hombre de tradiciones» pensó Klaudia calmándose un poco.

Lo tercero que pudo sentir fue un olor dulce que no reconoció en el momento y que, al aspirar con mayor fuerza, le produjo picor en la garganta.

Estaba segura de que no era un olor desconocido para ella.

Era un ser de más de 400 años, no había olor que no hubiera conocido ya. Pero no conseguía reconocer qué diablos era.

Resopló de nuevo y frunció el ceño cuando los ojos del hombre la asaltaron en sus pensamientos.

Daba igual lo que fuera el aroma que sentía, en la capeta que se llevó tenía toda la información que necesitaba, así que estaba segura de que no volvería a verlo de nuevo.

Capítulo 11

El timbre sonó y Heather fue a ver quién era.

Empezaba a tomarlo con más calma que hacía unos días, sin embargo, no dejaba de rogar que cada sonido de la puerta o del teléfono fueran buenas noticias sobre Felicity.

Las esperanzas las mantenía y también temía que poco a poco empezaría a perderlas si no tenía ninguna actualización de su caso por parte de la policía o de Lorcan.

Abrió la puerta y lo vio a él.

Con su imponente e impecable presencia y el delicioso aroma de su perfume invadiendo el espacio entre ellos.

Le sonrió con vergüenza.

—Pasaba por aquí y me pregunté cómo estarías.

Ella le sonrió con amplitud y le enseñó el brazo con la escayola.

—Igual —ambos rieron divertidos—; al menos ya no me duele. No tanto.

—Genial.

—¿Quieres pasar? —Heather lo vio con complicidad. La verdad era que Lorcan se le hacía muy atractivo, no había que ser un genio para darse cuenta de eso y le agradecía todo el apoyo que le había dado desde el ataque frustrado del hombre en el callejón. Todavía tenía algunas preguntas que hacerle y aprovecharía su visita.

—¿Sabes algo de ella? —le preguntó.

Lorcan negó con la cabeza viéndola directo a los ojos con una mirada que encogió el corazón de Heather.

Empezaba a confiar en Lorcan, no ciegamente, no podría hacerlo hasta saber que Felicity estaba a salvo pero de alguna manera, su presencia la calmaba y le hacía sentirse segura.

Además, el hombre sumó algunos puntos positivos tras acompañarla a la comisaria para hacer una denuncia formal sobre la desaparición de Felicity.

—Estaba a punto de batir un bizcocho. El frío y la angustia por ella me abren el apetito.

—Me di cuenta la otra mañana —comentó él divertido y ella sintió que los colores se le subían al rostro—. ¿Puedo ayudarte?

—Claro, vamos a la cocina.

Heather no esperaba esa pregunta aunque había quedado claro que Lorcan tenía buenas aptitudes en la cocina.

La mañana que despertó después de que le colocaran el yeso en el brazo, Lorcan tenía todo un banquete para el desayuno. Huevos revueltos, tostadas de pan, bacon y unos muffins de chocolate que fueron los favoritos de Heather.

Lorcan se sacó el abrigo y lo colgó en el armario que estaba junto a la entrada de la vivienda. Luego se quitó la chaqueta del traje y la dejó en el mismo lugar.

Heather estudiaba cada una de sus acciones. Metódicas, pausadas, tranquilas. El rostro sereno, con la atención puesta en lo que hacía pero también en ella, porque la veía de tanto en tanto con tal seriedad que Heather empezaba a inquietarse.

Se sacó los gemelos de metal que mantenían los puños de su camisa en el lugar adecuado con la elegancia que requería y luego, se remangó los puños en el antebrazo para no manchar esa pieza

de tela que, a leguas, se veía de altísima calidad y que cubría el torso fibroso del hombre.

Entonces, Heather prestó más atención en los movimientos; al cuerpo del hombre que tenía frente a ella.

Alto, fuerte, varonil.

Lucía como los guerreros que muestran en la TV para seducir a la audiencia femenina.

Ella se sentía seducida.

Sacudió la cabeza y él la vio con interés.

Su mirada brillaba mientras la clavaba en la de ella y a Heather, le pareció ver una ligera sonrisa aparecer en su boca.

Que desapareció tan pronto se la imaginó.

Lorcan apoyó las manos en las caderas y ahora sí, sonrió divertido.

—Vamos a preparar el bizcocho o nos quedamos aquí viéndonos el resto del día.

Ella se sintió morir de la vergüenza.

—Sí, claro —se dio la vuelta y caminó hacia la cocina. No quería que él viera la cara de idiota que estaba poniendo en ese incomodo momento.

Juntó los ingredientes mientras él le ayudaba a ponerse el delantal que estaba colgado en la pared.

Después, Lorcan tomó el otro y se lo colocó, promoviendo un momento gracioso entre los dos.

Ella y Felicity eran las únicas que vivían en ese apartamento, así que reinaba el rosa, el lila, el turquesa, los vuelos, los puntos y los lazos; como en el caso del delantal que llevaba puesto Lorcan y lo que hacía ver muy gracioso.

Era un modelo moderno y divertido; turquesa con bolas de color lila intenso combinado con algunos detalles en blanco y un lazo del mismo color lila en el centro del único bolsillo que tenía la prenda.

Además, sobre el pecho de Lorcan parecía apenas un pañuelo de lo pequeño se veía.

—Debería comprarme uno como este, porque me va genial el lazo —comentó con divertida ironía.

—Y el color —ambos rieron—. Deberías cambiar la talla.

—Eso sí. Porque dudo que esto pueda protegerme de algo; ya hice el ridículo poniéndomelo así que creo que podré soportarlo.

Rieron de nuevo y Heather apreció unas pequeñas arrugas que le aparecían a Lorcan muy cerca de los ojos cuando reía con sinceridad. Se le cerraban los ojos en una línea y sus labios bien marcados dejaban ver una sonrisa que nublaba los sentidos de Heather.

—¿Bates la mantequilla con el azúcar primero? —le preguntó el hombre sacándola de su ensoñación.

—Sí —Lorcan accionó la batidora, que era del mismo turquesa que su delantal.

—¿Te ha llamado el policía?

—Detective.

Él volvió los ojos al cielo.

—El hombre de las fuerzas de seguridad del estado, ¿Te ha llamado?

—No —ella se desinfló—. He querido hacerlo yo pero supongo que si no me ha llamado es porque no tiene nada.

—Es probable que sea eso. De todas maneras, ha estado investigando. Estuve conversando con la dueña de la compañía para la que Felicity trabaja y sé que ya estuvieron investigando allí.

—¿Y?

—Y nada, Heather, es lo mismo que ya te habíamos dicho nosotros. Nadie sabe nada de ella.

Heather sintió la presión en el pecho que la ahogaba y él clavó su mirada en la de ella de inmediato.

¿Cómo podía estar ese hombre tan sincronizado con sus cambios de emoción?

Se acercó a ella y con delicadeza le apoyó la mano en su brazo, acariciándole luego con ternura.

—Va a aparecer, Heather, confía en mí.

—Intento confiar en todos sin dejar de estar alerta porque la realidad es que hasta que ella no aparezca, no dejaré de pensar que tú puedes estar involucrado —le colocó la mano sobre la de él—; aunque me hayas salvado la vida el otro día, cosa por lo que siempre te estaré agradecida.

—Yo haría lo mismo de estar en tu lugar.

Ella vio la mano de él de nuevo.

—El otro día no te pregunté por tus heridas de las manos.

—¿Heridas? —Lorcan no entendió la pregunta.

—Sí, el día que me salvaste, antes de que me desmayara, te vi las manos, estaban rotas en los nudillos y llenas de sangre —hubo un incómodo silencio entre ellos en los que Heather se envalentonó para hacer la siguiente pregunta que le tenía preparada a él desde hacía unos días—: ¿Qué ocurrió con el hombre?

Lorcan le vio a los ojos con tal intensidad y furia que Heather sintió miedo. Del real. Del que te eriza el vello de la nuca.

Y se sintió mareada. Se sujetó de él con fuerza y Lorcan, en un parpadeo reaccionó haciendo que todo volviera a la normalidad.

Heather lo observó confundida.

—¿Qué me pasa con estos mareos?

—Tal vez es debilidad, no has estado comiendo bien —Lorcan se concentró para no robar la psique de ella sin control alguno como empezó a hacerlo. No se esperaba esa pregunta por su parte. Pensaba que ella no recordaría nada o casi nada de ese momento.

Heather lo observó divertida mientras se sentaba en una silla de la cocina.

—¡Por dios! Estoy comiendo como si el mundo fuera a acabar mañana —Él sonrió y ella lo vio con reprobación—. No me cambies la conversación, Lorcan.

—No lo hago —Ella alzó una ceja—. No lo hago, Heather. Con el hombre pasó lo que tenía que pasar. Le di un buen merecido y por eso me lastimé. Luego te evité una segunda caída, porque ya estabas muy lastimada —Lorcan empezó a moverse por la cocina uniendo ingredientes mientras la batidora seguía en funcionamiento—. Y cuando pude pensar con claridad, ya estaba dejándote aquí, era tarde para llamar a la policía. No te preocupes. Estoy seguro que con la paliza que le di, no volverá a repetir lo que intentó hacer contigo.

Heather soltó la respiración y Lorcan apretó los puños con fuerza, había debido matarlo.

Ella lo vio con suspicacia sintiendo una curiosidad inmensa por saber en qué pensaba.

—He debido matarlo, si es lo que quieres saber.

Se quedó en el sitio.

Y regresó el miedo con la mirada de Lorcan que estaba cargada de rabia y odio.

—No digo que no se lo mereciera —comentó ella con mucha cautela—. Es solo que no me habría perdonado jamás que hicieras algo tan terrible por mí.

Él asintió con el ceño fruncido y se siguió moviendo por la cocina.

—¿En dónde aprendiste a pelear así? —Él levantó la vista hacia ella y se preguntó cuánto más recordaba—. El sonido de los golpes y la forma en la que se quejaba el hombre no se me va a olvidar jamás.

—Mi tío. Defensa personal lo llama él. Nos enseñó desde muy pequeños a mí, mis hermanos y a mis primos. ¿Cómo se conocieron Felicity y tú?

Lorcan le cambiaba la conversación y ella empezaba darse cuenta de que lo hacía con más frecuencia de lo que le gustaba, sobre todo cuando ella hacía preguntas de la familia de él.

Lo dejaría pasar, tenía la sospecha de que si le presionaba, alejaría a Lorcan de ella y no quería hacerlo porque ese hombre era una conexión con Felicity que no podía perder en ese momento tan importante.

Cuando ella apareciera, ya se vería; y al pensar en eso una idea se asomó por su cabeza y sintió incomodidad al notar que no volvería a ver a Lorcan nunca más después de eso.

Incomodidad que ella no supo definir y que le dio a Lorcan una señal que no se esperaba.

Lorcan estaba abrumado de experimentar bajo su propia piel las emociones de Heather.

Se negaba a marcharse porque su compañía se le estaba haciendo necesaria.

Después de que vigilara sus sueños la otra noche y pasara casi todo el día siguiente con ella haciendo las diligencias necesarias para declarar desaparecida a Felicity ante las autoridades humanas, Lorcan llegó a casa sintiéndose tan extraño que necesitaba seguir junto a ella para poder descifrar qué poder ejercía ella en él.

Saltaba sus barreras de empatía, removía sus propias emociones creando un caos en su interior que, mientras estaba con ella, parecía ser un caos controlado pero que cuando la dejaba, se sentía terrible.

Heather parecía ser su pausa ante el mundo. La que le ayudaba a permanecer suspendido, alejado, como en un burbuja en la que no ocurría nada a su alrededor.

Y la psique de ella era como una maldita droga porque lo hacía sentir saciado al completo, renovado, feliz.

Sí, Lorcan empezaba a sentir una felicidad que se le hacía tan ajena que dudaba de ella.

Eran cientos de años que no la sentía. Se había olvidado de que existía.

Y eso lo lograba solo ella, estando con ella, alimentándose de la psique de ella.

¿Cómo lo hacía?

Eso era lo que Pál le dijo que investigara.

Y era lo hacía.

Intentaba hacer.

En vez de aclarar las cosas, lo que hacía era enredarlo todo más porque ella con su gracia al hablar, su sinceridad mordaz, lo mucho que aun dudaba de él en cuanto a Felicity no hacía más que hundirlo un poco más en el enredo en el que se hallaba.

Necesitaba demostrarle que él era inocente. Necesitaba hacerle ver que a Felicity, estando con él, jamás le habría pasado nada malo.

Y eso solo lo lograría pasando tiempo con ella.

Se beneficiaba por cualquier lado con eso, demostraba su inocencia, ganaba su confianza, aclaraba sus dudas respecto a ella y además, le hacía compañía porque la chica lo suplicaba en silencio.

Ya se sabía la historia de cómo Heather y Felicity se habían conocido, conocía las desgracias que a cada una le tocó vivir y lo bien que hizo la vida al cruzar sus caminos para hallar la una en la otra a esas hermanas que ambas perdieron en circunstancias terribles.

Pensó en Luk.

Su hermano, al que jamás olvidaría.

Recordó el momento fatal en el que tuvo que acabar con su vida y lo mal que estuvo después por eso. Agradeció encontrar enemigos de los que tenían que librarse para poder descargar la ira con ellos.

A ella le hizo bien hablar de las cosas positivas que encontró junto a Felicity, lo notaba en su mirada en el aire que respiraba porque el aroma de ella se endulzó y sus sentimientos se llenaron de esperanza.

Seguían en la cocina, el bizcocho aún no se enfriaba por completo pero ellos sacaron de igual manera dos pedazos para acompañar el café que bebían.

Estaba delicioso. Suave, esponjoso, ligeramente dulce con ese toque a naranja que lo hacía sublime.

—Parece que he hablado demasiado —comentó ella cuando el silencio entre ambos se volvió necesario.

—No —él le sonrió. También notó que estando con ella sonreía más de lo que lo había hecho en su vida. Y lo hacía con sinceridad—. La verdad es que me gustó escuchar la historia una vez más, desde otro punto de vista.

Ella lo observó con duda. Él sonrió de nuevo y sintió el cambio de emoción de ella.

—Felicity ¿te lo contó? —Lorcan asintió con la cabeza—. ¿Y por qué querías escucharlo de mí?

—Porque creo que a veces es necesario pensar en las cosas positivas que nos unieron a los que amamos para no sentirnos mal por no tenerles y no haberles dicho todo lo que queríamos porque solemos creer que tendremos todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—Hablas como si hubieses perdido a alguien también tú —Lorcan bufó. ¿A alguien? ¡A muchos! Más de los que ella podría imaginar. En ese momento solo pensaba en Luk.

—Lo perdí. Hace muchos años. Mi hermano menor. Luk.

—Lo siento.

«No más que yo» pensó recordando todo de nuevo y odiándose por lo que hizo aunque era la manera adecuada de actuar en esos casos de rebeldía.

—Gracias.

—Entonces, eran tres hermanos.

—No. Éramos cuatro. Ahora solo somos tres.

—Y tú eres el mayor —Lorcan asintió—. Todo el peso de la responsabilidad siempre cae sobre el mayor.

—Es así, más en nuestra familia.

Despertó la curiosidad absoluta en ella y se arrepintió por haber dicho eso porque ahora ella quería saber más.

—¿De qué murió Luk?

—Un accidente —era lo que siempre le respondía a alguien fuera de su especie.

—¿De dónde es tu tío?

—Ha vivido en muchos países del mundo por trabajo, pero nuestras raíces son húngaras.

Otro silencio.

Y Lorcan decidió explicarle un poco más de la familia ficticia a Heather para calmar su curiosidad.

Habló de los negocios familiares, de lo bien que la pasaban de niños viajando por Europa, le contó que, en realidad, Pál era su tío abuelo y que su abuela, era todo un personaje digo de un drama. La realidad era que Etelka era una mujer de armas tomar y a la que no se le debía

subestimar.

Le dijo que perdió a sus padres a temprana edad y que luego él se hizo cargo de la familia, cosa que despertó la lástima y la compasión en ella al imaginarse lo terrible que fue perder a sus progenitores siendo tan joven.

Aquello no era cierto, por supuesto. Sus padres murieron cuando así la naturaleza lo dispuso y todos ellos ya estaban bien crecidos como para que el peso de la responsabilidad familiar cayera sobre alguno de ellos, aunque al ser Lorcan el mayor, se sobreentendía que, los demás, le debían respeto y apoyo. Así como él debe responder por ellos en caso de que lo necesiten.

Le contó también que Miklos era amante de las antigüedades y que tenía una gran casa de subastas en Venecia con conexiones en otros países que rendían grandes frutos.

Entonces ella accionó su curiosidad de nuevo.

—¿Venecia?

Él asintió y recordó haber asistido a la fiesta de la sociedad con Felicity. Quizá la chica se lo dijo.

—Entonces, Felicity lo conoce, porque estuvieron en Venecia juntos, ¿no?

—Así es, sin embargo, no lo conoce.

Ella frunció el ceño.

—Es una antigua, muy antigua, tradición en la familia la de hacer una fiesta anual que nos reúna a todos, junto a amigos y otras personas de gran peso en el mundo, en un solo lugar para divertirnos como lo hacían en el pasado sin delatar la identidad de nadie.

Él sonrió con pesar porque estaba hablando más de la cuenta.

—Verás, Heather, en Europa, en siglos antiguos, se celebraban grandes fiestas de máscaras y disfraces para que nadie pudiera ser reconocido porque aquellas fiestas solían terminar en orgías y otras cosas más —suspiró intentando medir sus próximas palabras o mentiras, como se quisiera ver—. Nuestra familia es muy grande y proviene de una rama aristocrática importante de Hungría, es por ello que algunas tradiciones se siguen manteniendo.

Ella sonrió divertida.

—¿Con orgías incluidas?

—No —otra mentira. No acababan así exactamente—. No puedo decirte con exactitud lo que ocurre hoy en día a puerta cerrada de las habitaciones después de la celebración porque no he participado nunca en una —la vio con seriedad absoluta, sintió como ella se tensó por su mirada—. Ni antes ni ahora he participado.

—¿Por qué llevar a Felicity entonces?

—Por lo mismo que ya conversamos el otro día, Heather —había sido completamente sincero con ella en cuanto a su relación con Felicity—. Felicity es mi amiga, no mi amante y me pareció buena idea compartir esa gran fiesta con ella. Mi hermano es el dios de la fiesta, si quieres hacer una celebración por todo lo alto, contrátalo que todo te saldrá genial. Vas a comer, beber y bailar hasta casi morir. Además, me hacía ilusión llevarla de viaje, enseñarle el mundo y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Regresó feliz de ese viaje.

—Lo sé. Me lo dijo muchas veces. Y pensaba en volver a viajar con ella; no tuve tiempo de hacerlo.

—Estoy segura de que lo tendrás, por ella va a aparecer.

—Estoy tan convencido como tú de lo último, sin embargo, de lo primero no me siento tan optimista —la vio con seriedad de nuevo—. Una vez que ella aparezca, yo saldré de su camino, incluso como amigo.

—No tienes por qué hacerlo, Lorcan. La deuda con Alex J ya está saldada y Felicity podrá estudiar, trabajar, llevar una vida normal —Heather entonces hizo una pausa en la que Lorcan apreció el cambio de aroma reconociendo que ella había entendido por qué él se retiraba de la vida de Felicity y le pareció que era honorable su decisión aunque un poco medievalista—. ¿Cómo está tu hermano?

—No lo sé. Desde que presenciaste la pelea entre ambos, hemos estado evitándonos.

—Creo que es una actitud bastante infantil por parte de ambos —«No tan infantil si supieras lo de Diana y todo lo que le hice» pensó Lorcan recordando aquellos momentos y lo mal que se sentía aun por eso—. A mi parecer, es un poco exagerado que tú desaparezcas de la vida de mi amiga porque tu hermano tiene sentimientos por ella. Entiendo el código entre hombres pero te digo que me parece muy exagerado. ¿Quieres más bizcocho y café?

Él asintió observándola moverse en la cocina.

Heather era una mujer hermosa, no había duda de ello.

—¿Lorcan? —Él reaccionó y la vio a los ojos—. ¿Escuchaste mi consejo?

—No, lo siento. Estaba... —«cuidado con lo que dices amigo» se aconsejó en su interior porque seguía pensando en la época pasada y los problemas que afectaron su relación con Garret.

Ella negó con la cabeza y sonrió con diversión.

—Bueno, presta atención, que mi consejo es bueno —él hizo lo que se le ordenaba y la vio a los ojos con atención; con intensidad, haciendo que ella dudara por un segundo de lo que iba a decir. Lo sintió, tan vivo como pudo sentirlo ella, y la mujer recuperó pronto la compostura sin esquivar la mirada de Lorcan que seguía atento en ella. En toda ella, sin darse cuenta—: Habla con tu hermano y arregla las cosas con él. Yo no tuve esa oportunidad y no se lo deseo a nadie. Hazlo.

Y él asintió con seriedad acatando la orden como si fuese un valioso tesoro.

—Te prometo que lo haré.

Capítulo 12

Garret se bajó del coche al llegar al lugar que Lorcan le indicó.

Revisó las coordenadas del GPS una vez más. Sí, ese era el lugar indicado.

Vio a su alrededor. Recién había caído la tarde y la noche se abrió paso muy oscura.

Las noches sin luna no eran las favoritas de Garret. Perdió a Diana una noche sin luna.

Pensó de inmediato en Felicity, en la que no había podido dejar de pensar ni un minuto desde que la viera por primera vez.

Pasaban unas semanas de su desaparición y la verdad era que la angustia que llevaba en el pecho no había menguado ni siquiera un poco.

Parecía que Felicity había sido absorbida por un maldito hoy negro y nadie más supo nada de ella.

Vio al cielo.

Suplicaba a esos dioses a los que las brujas y los humanos suplicaban, para que Felicity, su Felicity, apareciera sana y salva pronto.

La puerta de la cabaña que tenía frente a él se abrió dejando ver la silueta imponente y fuerte de su hermano mayor a contra luz.

La cabaña, por fuera, solo era una silueta negra oculta entre los árboles.

La madera de los escalones que debió subir para acceder a la propiedad, crujía bajo sus pies.

Hacía frío y a medida que se acercaba a Lorcan podía sentir los nervios de su hermano azotando su propio estómago.

Lo vio con curiosidad.

Desde que Lorcan aprendiera a bloquear su empatía, ninguno de ellos podía sentir con tanta fuerza sus emociones. Y ahora eran tan intensas, que estaban provocándole náuseas a Garret.

¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Qué es este lugar? —Garret lo vio con total curiosidad intentado sentir más de las emociones de su hermano.

Ansiedad.

Lorcan lo vio a los ojos con vergüenza, que también se reflejó en el interior de Garret.

—Es mi refugio.

Se hizo a un lado para dejar pasar al interior a Garret que no dejaba de observarlo todo.

Era un lugar sencillo y confortable. Un viejo sofá frente a una chimenea que mantenía la estancia cálida, al fondo, una cocina que parecía que tenía años sin ser usada. Una mesa con cuatro sillas entre la cocina y el sofá, servía como comedor. Y luego, estaban dos puertas más que Garret supuso una llevaría a una habitación; y la otra, a un cuarto de baño

—¿En dónde está tu coche?

—Atrás. Ese acceso que tú tomaste es el que tomaría cualquier persona si se extravía. Yo tengo otro.

Lorcan cerró la puerta mientras le explicaba eso y fue a la cocina, abrió un gabinete del cual sacó una botella de *whisky* y los únicos dos vasos que estaban allí.

Garret se fijó en que el gabinete guardaba varias botellas más iguales a la que su hermano ahora llevaba en la mano.

—¿Para qué necesitas tanto alcohol?

Lorcan bufó.

—Para ahogarme en él cuando no quiero pensar, Garret.

Este frunció el ceño.

No le gustó la respuesta de su hermano. Muy a pesar de las diferencias que ambos pudieron tener en el pasado y que ahora parecían repetirse, Lorcan era parte importante de la vida de Garret.

Para Garret, su hermano representaba la fuerza, la entereza, la valentía.

Lo odió por lo que le hizo a Diana aunque sabía que no lo hizo por placer propio. Lo obligaron. Y él cumplía con sus obligaciones para proteger a su familia.

A Pál.

Garret y él nunca habían hablado de esa época de su vida. Lorcan se encerraba en sí mismo cada vez que se mencionaba esa parte de la historia y Garret no insistía porque aquello sería despertar sus propios malos recuerdos. Esos que nunca se desvanecían pero que, al menos, a veces conseguía ignorar.

Lorcan sirvió los dos vasos y le dio uno a su hermano.

—Gracias.

Lorcan asintió y se quedó observando la noche a través de la única ventana que tenía el lugar.

Garret se sentó en el sofá.

—¿Para qué querías que viniera?

—Porque necesito hablar contigo.

—¿De qué?

Lorcan se dio la vuelta y lo vio a los ojos.

Nervios y ansiedad sintió de nuevo Garret y el aire se llenó de un olor ácido y penetrante.

Miedo.

Tristeza.

Garret entonces sintió que la vida se detenía al pensar que aquello podía tratarse de Felicity.

«Por favor», suplicó de nuevo, «que no le haya pasado nada».

—¿La encontraron?

Lorcan parpadeó dos veces atónito. Entendiendo que su hermano estaba sintiendo sus propias emociones.

¿Cómo era posible?

Pero las estaba confundiendo, el terror en su cara lo delataba.

—No, hermano, no —se sentó junto a él y le palmeó la espalda—. Lamento confundirte, pero no. No sabemos aún nada de ella.

Lorcan intentó calmar su ansiedad, su angustia, su miedo al rechazo después de que le contara la verdad a Garret.

Por su parte, Garret de inmediato se relajó intentando buscarle una lógica a todo lo que sentía Lorcan.

—Nada me gustaría más que encontrarla y saber que está bien —comentó Lorcan viendo el vaso, ahora vacío.

Garret no pudo decir nada porque sí él también quería encontrarla y saberla sana, pero no quería que Lorcan se la arrebatará.

Estaba dispuesto a luchar por ella.

Lorcan bufó viéndolo.

—¿Crees que siento amor por ella?

—¿Ahora eres un maldito vidente o es que también puedes leer mis pensamientos? ¿Qué coño pasa contigo?

—No lo sé, Garret. Desde que Felicity apareció en mi vida todo cambió —Garret se tensó de nuevo—. Cambió para bien, no estoy enamorado de ella. Es solo mi amiga.

—Con la que te acostabas.

—No me acostaba. Nunca lo hice.

—Entonces, ¿para qué pagabas exclusividad por ella?

—Porque no quería que nadie más la tocara. Quería protegerla.

—¿Del hombre que la sobornaba?

Lorcan asintió.

—Sé lo que hiciste por ella porque me presenté en la oficina del miserable ese y... —Lorcan lo vio con espanto, Garret no era un hombre peligroso, era centrado, medido. Pero su mirada en ese momento y la rabia desmedida que se respiraba en el ambiente, nada bien hablaban de su lado centrado y medido—. Ya no molestará más.

—¿Qué hiciste, Garret?

—¡Lo que debiste hacer tú para cuidar de ella como era debido!

Lorcan negó con la cabeza.

Aquello podría traer problemas.

—Pierde cuidado que no hay pruebas de mí. Le quité la psique por completo y no me arrepiento.

Lorcan se frotó los ojos. No podía creer lo que escuchaba.

—Nadie me vio. Y Pál no sabe nada.

—Garret, puedes ponernos en peligro a todos, ¿lo entiendes?

Este asintió con seriedad.

—No vinimos aquí a hablar de mí y de lo que le hice a una escoria humana que lo que hacía era crear problemas y desgracias en buenas familias. Eso es lo que deberíamos hacer con todos los camellos del mundo.

—No eres un superhéroe.

—No, y tú tampoco, por lo visto.

—Garret, cálmate.

Hizo lo que se le ordenó. Se mantuvieron en silencio por unos minutos.

—¿Qué hago aquí, Lorcan? —se atrevió a preguntar.

—No soporto que sigamos en tensión, Garret. Ya lo hicimos hace años. No sirvió de nada —volvió la cabeza para verlo directo a los ojos—. Somos hermanos, y ya perdí a uno como para darme el lujo de perder a otro.

Ambos se sumergieron en un profundo y lamentable silencio que acompañaba siempre a los recuerdos de Luk.

—¿Recuerdas cuando papá nos reprendía por jugar en el castillo y asustar a la servidumbre?

Lorcan empezó a reír con ganas, recordando cómo gritaban hombres y mujeres cuando ellos les gastaban las peores bromas del mundo sobrenatural a los sirvientes. Algunos huían y no regresaban nunca más.

Esos, despertaban leyendas y habladurías en el pueblo diciendo que los niños Farkas eran enviados del demonio. En cierto modo, lo eran, pero nadie conocía la verdadera fuerza oscura que los dominaba en el interior.

Las carcajadas de Lorcan contagiaron a su hermano y acabaron soltando lágrimas de risas. Lágrimas que Lorcan tenía cientos de años sin sentir y que lo llenaban de felicidad.

—Luk era un experto en esas bromas —Garret asintió; recordó también que no supieron nunca cuándo las cosas empezaron a torcerse con el más pequeño de los Farkas—. Regresó extraño de aquel viaje. Jamás me habría imaginado que sería la última vez que estaríamos juntos y que yo...

Lorcan se interrumpió al sentir el quiebre en su propia voz.

Respiró profundo y esta vez, fue Garret quien le palmeó un hombro dándole una clara señal de apoyo.

—No fue tu culpa, Lorcan. Nada de lo que has tenido que hacer ha sido tu culpa. Te ha tocado muy duro, hermano.

Lorcan sintió el nudo maldito en la garganta.

Pero se lo tragó.

Era momento de que empezara a hablar con su hermano tal como lo había planeado.

Se levantó y caminó hacia una de las puertas que estaban cerradas y que Garret supuso era una habitación.

Encendió la luz del lugar y continuó dando pasos hacia el interior. Garret esperaba a que Lorcan regresara con él, sin embargo, lo que escuchó atrajo su curiosidad, levantándose en el acto y caminando al encuentro de su hermano mayor que se había perdido en el interior de un túnel al que ese accedía por una trampilla en el suelo.

Garret, sumergido en un silencio que le pesaba horrores, bajó las escaleras. Sus ojos no tardaron en acoplarse a la poca luz que reinaba en el sitio.

Se respiraba humedad, el frío calaba en los huesos.

Lorcan caminaba con lentitud bajo las débiles bombillas que se balanceaban en el precario techo del subterráneo.

Los vellos de la nuca se le erizaron a Garret en un intento de advertirle que algo no iba bien con ese sitio.

Se escuchó un ruido metálico, pesado; y entonces, vio a Lorcan al final del pasillo abriendo una puerta, lo alcanzó y se dio cuenta de la envergadura de aquella puerta.

Parecía de prisiones.

De las prisiones más malvadas que llenaron la historia, una pieza que ahora estaba en posesión de Lorcan.

Garret la tocó instintivamente y sintió los nervios que afloraban de nuevo de su hermano.

El interior de aquella habitación era tétrica y podía imaginar a qué se debía.

—¿Por qué has recreado un lugar así? ¿Por qué quieres torturarte con esos recuerdos?

Lorcan bufó. Era algo que Pál siempre le preguntó y él solo podía evadir la respuesta.

Se la daría a Garret, aunque se avergonzara.

—Porque no puedo olvidar que soy un maldito monstruo y que, a veces, parece que disfruto serlo.

Garret lo vio con compasión.

—Estuve encerrado en una celda parecida a esta durante mucho tiempo. No sé cuánto, porque para no perder la cordura tuve que dejar de pensar en el tiempo que llevaba encerrado —vio a su alrededor y bufó de nuevo—. Claro, me habría encantado que mi celda hubiese sido la mitad de esta. Aquella era nauseabunda y las cosas que vi...

Dejó escapar el aire.

—¿Por qué hiciste ese sacrificio, Lorcan?

—Porque Pál es casi como un padre para nosotros. Además, a la Santa Sede se le hizo agua la boca con mi propuesta. Querían saber cómo éramos, cómo sobrevivíamos, cómo nos alimentábamos.

Garret sacudió la cabeza con el ceño fruncido y los puños apretados.

—Habría que matarlos a todos.

—Deja de hablar de muertes, Garret, que tú no eres así.

Hubo un incómodo silencio entre ambos.

—¿Qué te ocurrió después, Lorcan?

Este lo vio con preocupación y sintió pánico de contar la historia.

—¿Tan malo fue? —Garret empezaba a preocuparse al ver la cara de pánico con la que su hermano, el que creía valiente, lo observaba.

Lorcan asintió con la cabeza y sus ojos enrojecieron.

Atravesó una abertura en una de las paredes que solo dejaba ver oscuridad al otro lado.

Encendió una luz débil, tan débil como las del pasillo por el que acababan de caminar.

Aquel sitio le ponía los pelos de punta a Garret.

Esa estancia era diferente e incluso más aterradora.

En la pared colgaban toda clase de artilugios que Garret identificó de inmediato y asoció a las mesas de acero inoxidable que estaban allí.

El suelo, estaba recubierto de concreto y un gran desagüe servía para la limpieza del lugar.

Pudo identificar en el ambiente restos de sudor, fluidos sexuales, sangre. Eran muy suaves apenas detectables y lo entendía, porque de seguro Lorcan limpiaba muy bien todo para que no quedaran rastros ante los ojos humanos.

Siempre había escuchado las historias que giraban en torno a los gustos sexuales de su hermano y los tormentos con los que lidiaba que lo inclinaban a esas prácticas sadomasoquistas pero una cosa era imaginarlo y otra tenerlo en vivo.

—Aquí es en donde las traes.

Lorcan asintió.

—Después de estar preso tanto tiempo y de que me usaran como un conejillo de india, La Santa Sede me ofreció mejores condiciones de vida a cambio de hacer el trabajo sucio —tocó una de las mesas de acero con la punta de los dedos. Garret pudo percibir el cambio en el ambiente. Había una mezcla entre vergüenza y morbo que lo seducía. Era una lucha—. Me negué, Garret. Al principio me negué y después de luchar en contra de ellos, de pasar un tiempo en sequía —Garret abrió los ojos sorprendido pero con la mirada llena de lástima. Pensar en sequía era como pensar en un suicidio—. Amenazaron con buscarlos a ustedes y darles el mismo destino que el mío. ¿Te imaginas? Yo no quería nada de eso para ustedes, si te soy sincero, habría preferido la muerte para todos, y ellos lo sabían muy bien. Es por eso que me doblegaron y consiguieron lo que buscaban.

—Te convertiste en verdugo.

—Me convertí en el peor verdugo de la historia, Garret —la voz de su hermano tembló y finalmente las lágrimas empezaron a salir—. Mientras más cruel y más sufrimiento daba, ellos más lo disfrutaban. No hay libro que sea capaz de documentar el rostro del Inquisidor en esos momentos —lo vio con los ojos abiertos—. No lo hay.

Garret quiso pedirle que no le contara nada más porque le parecía injusto que hubiese tenido que padecer algo así en nombre de toda la familia.

Sin embargo, entendía que escucharlo y apoyarlo era lo menos que podía hacer por él después de todo lo que él tuvo que aguantar.

—Al principio, lastimaba porque necesitaba liberar mi rabia con algo, con alguien; y yo sabía que eran inocentes. Lo sabía, hermano. Me lo decían sus emociones, el terror con el que me veían cuando me acercaba a ellos y en la mayoría de las ocasiones, acababa con la vida de los inocentes

pronto porque el sufrimiento de ellos y la agonía en la que algunos vivían llegaba a ahogarme a tal punto —Lorcan hablaba entre dientes—, que los fantasmas pronto empezaron a acosarme en las noches. No podía cerrar los ojos, Garret, no lo conseguía porque en cuanto lo hacía, las imágenes me absorbían en un pozo de miseria y culpa del cual no me sentía capaz de salir.

Lorcan se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Los gritos de los infelices me perseguían, no podía callarlos. Un día, la rabia me dominó por completo, Garret. Caí presa de la furia, de la bestia que hoy todavía me domina y mi humanidad se apagó ese día. Por fin conseguí silencio —Lorcan ahora hablaba con paz—, las imágenes las dejaba en la sala de torturas y finalmente pude descansar de tanto dolor y de tanta culpa. Y fue cuando les di la máxima diversión a ellos y me convertí en un maldito asesino.

—Lorcan...

—No quieras disfrazarlo, Garret. Es lo que soy. Y lo peor es que hubo momentos en que lo disfrutaba —Garret lo vio con horror—. Sí, te lo dije, soy un monstruo. Me entregaban a la víctima, le sometía a las peores torturas y luego, mi mente quedaba en blanco. Nada. No era capaz, ni lo soy todavía, de recordar al completo cada una de esas sesiones. Y las cosas que comentaban que hacía en esas sesiones me aterraban. Era un ciclo, porque en cuanto volvía a la sala de tortura, todo parecía apagarse, menos la necesidad de sangre. Y no de la sangre por alimento, como nos ha enseñado Pál. No. Sed de matar, lo disfrutaba.

—¿No crees que es mejor así que no puedas recordarlo todo?

—Tal vez es lo mejor. Tal vez no. No sé si recordar todo me daría la tranquilidad que busco o por el contrario me convertiría en un ser abominable que merece la muerte. La que sé que merezco, la que Pál no me dio cuando correspondía.

Garret lo vio con confusión.

—Fue después de librarme de los malditos inquisidores, no encontraba paz. Es tanto lo que viví sin humanidad y lo parecido que me volví a ellos que, una vez libre, necesitaba de eso que hice por largo tiempo para poder sentirme bien. Me negaba a entregarme de nuevo a esas atrocidades y entonces, un día, desperté bañado en sangre, con una escena ante mí que hablaba muy bien de la maldita bestia que me acompañará de por vida.

Garret no podía creerse lo que escuchaba, jamás se habría imaginado que su hermano hubiese hecho algo tan atroz como lo que contaba, no después de estar en libertad.

—Pensaba que tu ira la controlabas con el sexo —señaló las herramientas que colgaban de la pared—. Las historias en la familia sobre tu ira solo hablan de tu control en el sexo y de cazar a la presa para alimentarte.

Lorcan sonrió con ironía y tristeza.

—La familia ha sido muy buena y considerada al creer lo que Pál ha querido que crean —suspiró—. En cierto modo es como lo mencionas, sobre todo después de esa vez en la que Pál me ayudó a desaparecer los cuerpos y me ayudó, hermano, a ser un poco lo que era antes. Antes de la Santa Sede. Antes de todo. No fue fácil para ninguno de los dos. Pál tenía que cumplir con las leyes que él mismo impuso pero sus sentimientos hacia nosotros, que son los que un padre tendría por sus hijos, le hizo volver la cabeza y ver hacia otro lado. Fue una segunda oportunidad. Y la tomé, a pesar de que lo que quería era morir.

—Hiciste bien.

—No opinabas lo mismo después de Diana.

—Es mejor que no hablemos de eso.

—Es necesario, Garret. Te traje hasta aquí para jurarte que nunca le hubiese puesto una mano encima a esa mujer si hubiese sabido que era la dueña de tu corazón. No me hubiese atrevido

aunque fuese la bestia la que estuviese al mando —lo vio con mortal sinceridad. Una sinceridad que Garret no había visto nunca antes en su hermano—: habría matado a todos por ella para dejarla en libertad y hacerla volver a ti.

Garret lo vio con dolor. Sabía que le decía la absoluta verdad y pensó en su querida Diana. Se la imaginó en una mesa como la que ahora tenía frente a él, sufriendo bajo las manos del peor Verdugo de la historia.

Lorcan sintió el profundo dolor de su hermano y no le extrañó que su mirada vagara entre el presente y lo que pudo haber vivido Diana en sus manos. El pobre no tenía ni idea de lo que ella sufrió.

Tampoco se lo diría ni ese día ni ningún otro porque no merecía la pena darle ese sufrimiento que él llevaría para siempre encima y que sí se lo merecía por las acciones realizadas.

—Te creí antes, hace años, cuando me juraste lo mismo. Lo hago de nuevo.

—Y agradezco que creas en mí.

—Hace unos días no lo hice y luego me arrepentí.

—No te culpo —le sonrió a medias—. Entiendo tu posición y mis antecedentes. ¿Por qué nunca me mencionaste tu interés por ella? Sabes que me hubiese apartado dejándote el camino libre.

—No lo sabía, Lorcan. Las pocas veces que conversamos de ella me veías como ve un animal al que quieren robarle el alimento. Pensé que tenías sentimientos por ella.

Lorcan sonrió con sinceridad.

—Los tengo, te lo dije antes, pero como amigos. Desde que ella apareció en mi vida todo mejoró. Mi ansiedad se calmó, mi sed de sangre bajó y pronto ella se convirtió en lo que necesitaba a diario para domar a mi oscuridad —Lorcan bajó la mirada—. En cierto modo fue mi culpa lo ocurrido. Ella esa noche me confesó que sentía cosas por mí por las que yo no podía corresponderle. Y por eso se fue sola a casa. Me dijo que necesitaba pensar y yo confié en que estaría bien.

—No te culpes más.

—Lo haré hasta que aparezca. Es una buena chica. Merece tener una buena vida. Y sé que tu podrías hacerla feliz.

—¿Por qué no conseguiste enamorarte de ella?

Lorcan sonrió con ironía.

—Mi empatía y mis emociones estaban en bloqueo, Garret. Además, es imposible que decida poner los ojos en ella o en cualquier otra mujer —lo vio con pánico de nuevo—. Soy peligroso cuando mezclo el sexo y mis ansias de sangre. Y la verdad es que poco consigo excitarme si mi compañera no me hace sentir como un maldito depredador. Felicity jamás encajaría con mi estilo de vida. Y las demás mujeres, las que podrían encajar, las que disfrutaban de esto —señaló las paredes llenas de objetos—, ninguna ha despertado sentimientos de amor en mí. Ni siquiera Mary Sue, que fue tan especial en mi vida y que sí disfrutaba de esto —señaló de nuevo las paredes—, haciéndome sentir más cómodo. Aprendió a controlar mis gustos, con ella descubrí que la compañía de un ser humano me sentaba bien. Después de su muerte no conseguí a nadie como ella. Hasta que encontré a Felicity.

Lorcan, de repente, pensó en Heather y sonrió de nuevo soltando el aire. Garret sintió el cambio de sorpresa y emoción que se produjo en él.

—Pero hay alguien más.

—La amiga de Felicity tiene un efecto extraño en mí. Pál quiere que descubra qué es. Ella es la que derribó mi bloqueo, el mismo día que entró en la oficina, me tomó por sorpresa. Pensé que era una bruja y me había hecho algo.

Le contó lo ocurrido en el callejón, cuando estuvo en su casa, cómo tuvo que salir corriendo porque temía que podía hacerle daño al ver su sangre. Lo que ocurrió luego cuando Klaudia le llevó la chica a casa para alimentarse.

—No debes estar largos periodos sin alimentarte, Lorcan, ¿por qué lo haces?

—Cada vez que veo sangre pienso en muerte y eso me lleva a un estado en el que a veces no consigo controlarme. La vez antes de esa en la que consumí un poco de sangre, tenía aquí a dos chicas de la calle y casi las mato.

—Lamento tanto que tengas que vivir así.

—Yo más. Ahora estoy bien. Me alimenté y la bestia está saciada por un tiempo. Sin embargo, debo controlar mi ira —exhaló intentando soltar el peso del que nunca iba a deshacerse—. En presencia de Heather mi ira aflora y sin darme cuenta, absorbo su psique deliberadamente. Ya lo controlo un poco más.

—Como el primer día que la vimos —Lorcan asintió con la cabeza—. Pál me dijo que la policía está involucrada.

—Sí. Yo mismo acompañé a Heather.

—Klaudia comentó que el detective es un imbécil —ambos rieron.

—Es Klaudia, Garret.

Volvieron a reír.

—¿Qué podemos hacer para encontrarla?

Lorcan subió los hombros.

—No lo sé. He intentado todo y nada da resultado. Las brujas no dan respuestas, yo no soy capaz de sentir nada que me lleve a ella —Hubo un incómodo silencio entre ellos en el que Lorcan sintió la tristeza de nuevo llenar a Garret—. Pero te prometo que la traeré de vuelta a ti, sana y salva. Te lo debo.

Le tendió la mano a su hermano y este, que tenía las suyas metidas en los bolsillos de su vaquero lo vio con complicidad y sacó sus manos no para darle un apretón de manos, no.

Lo abrazó, tomando por sorpresa a Lorcan y llenándolo de sentimientos que tenía años sin experimentar. El amor por la familia. Por los suyos.

Respondió al abrazo con fuerza.

Garret sonrió satisfecho. Así era como debían estar ellos, unidos.

—La traeremos de vuelta porque tu no me debes nada y yo no puedo quedarme de brazos cruzados —Se separaron—. Vamos a salir de aquí, por favor. Vamos a otro lugar. Pensemos en algo que nos lleve a ella.

Lorcan asintió complacido. Que bien se sentía.

Tenía que agradecerle a Heather haber hecho las paces con su hermano.

Heather.

Sacudió la cabeza, pensaba en esa mujer más de lo que era aconsejable para él y sus demonios.

—Lorcan —lo llamó Garret antes de salir de la habitación que parecía un calabozo—, no vuelvas a esconderme nada de tu pasado o de lo que hagas en el presente por culpa de la oscuridad que te domina. Nunca más. Quiero ayudarte.

Lorcan asintió sonriendo a medias y siguió su camino con su hermano cuidando su espalda.

Todo mejoraría. Estaba seguro.

Capítulo 13

En el corazón de las Adirondack, se alzaba una mansión estilo gótico con sus bóvedas de crucería, esbeltos pilares, arcos apuntados, vidrieras y rosetones que dejaban pasar la luz natural.

En aquel macizo montañoso al noroeste del estado de Nueva York, con sus 25.000 kilómetros cuadrados de montañas, tierras boscosas, colinas redondas y lagos, era el lugar perfecto para tener una mansión alejada de la humanidad.

Una suerte poder mantener aquella propiedad en esa zona, sobre todo después de que en 1882 la legislatura del estado lo declarara parque nacional y prohibieran nuevas construcciones con el fin de preservar la vida silvestre que era maravillosa.

La mansión, aunque quedaba oculta a la vista de muchos, gracias a su ubicación, contaba con un hechizo muy antiguo, uno usado por las brujas para que sus casas no fueran descubiertas en los tiempos en los que las brujas eran perseguidas.

Felicity salió del baño y se deleitó con la vista aquella mañana. El sol brillaba en lo alto de un cielo azul, despejado, libre.

Pensó en su propia libertad y en lo poco que podía hacer para alcanzarla.

No sabía cuántos días llevaba encerrada, no quería pensar ello. Después del segundo o tercer día... tal vez fue el cuarto, decidió no contar nada más.

Menos aún, cuando la mujer elegante le indicó que llegó muy sedada al lugar y que había dormido más de la cuenta.

Felicity prefería no entrar en los detalles de su captura porque nada más de recordar a esos hombres enormes que la metieron obligada dentro del coche, ya temblaba.

Al menos la mujer no le producía miedo. A simple vista, claro estaba, porque sí le inspiraba un profundo respeto. A veces, sentía que era una mujer en la que podía confiar y que, a la vez, era de temer.

Y no era que estuviera muy equivocada, teniendo en cuenta de que la mantenía cautiva en medio de una montaña rodeada de comodidades y muy bien atendida para estar secuestrada, sin embargo, se negaba a indicarle quien le había mandado a secuestrar y sobre todo por qué.

Al principio temió que se tratara de Alex J.

En cuanto detalló el lugar en el que se encontraba y la forma de hablar de la mujer, sumada a la clase que destilaba su presencia, era imposible que ella estuviese mezclada con un camello como Alex J.

Imposible.

Como cada día, tenía el desayuno servido en una bandeja que le hacían llegar a través de un pequeño elevador, por el que también recibía libros, ropa limpia, y cualquier artículo de uso personal o alimentos que quisiera en algún momento específico. Solo tenía que notificarlo por un intercomunicador que estaba junto al ascensor y en cuestión de minutos, le llegaba el pedido.

Se sentó a la mesa que estaba frente a la ventana a comer. Como lo hizo desde que llegó a ese lugar.

Le gustaba sentarse allí.

A pesar de estar en aquella extraña situación, se sentía tranquila. La vista, a diario, la relajaba.

Unos días antes estuvo nevando y aún estaba todo cubierto del manto blanco. Se preguntó qué

tipos de animales habría en la zona.

Observó a los lobos rondando en el bosque.

Los escuchaba en las noches antes de caer en un sueño profundo que estaba segura era producto de la infusión deliciosa que cada noche formaba parte de su cena.

Poco veía del exterior de la mansión en la que se encontraba pero ese poco le daba a entender que aquella edificación era inmensa y parecía tenebrosa en medio de la nada en la que estaba ubicada.

Como esas mansiones de las películas de terror en medio de una noche en la que la luna es la única capaz de alumbrar con sutileza los pinos que se levantaban cerca de la misteriosa propiedad.

Entendía también que, su habitación, estaba orientada hacia la parte trasera de la misma, el laberinto del jardín trasero así se lo indicaba.

¿De quién era aquella propiedad? Fue la pregunta que se hizo a diario desde que estaba allí.

Por supuesto que estuvo intentando escapar y nada funcionaba. La puerta era maciza y parecía de hierro, de las blindadas. Al igual que las ventanas.

En su segundo intento de arrojarle objetos cuando estaba desesperada por huir de ahí, fue cuando conoció a la mujer elegante que le pidió no gastara más sus energías en eso porque las ventanas eran de seguridad y no podría abrirlas o romperlas.

Ese día, cuando despertó y se encontró allí, sintió que el pánico la invadía.

Intentó rememorar todo lo vivido antes de abrir los ojos esa tarde.

El sol se ponía entre las montañas cuando se detuvo frente a la ventana.

Nunca había visto un atardecer tan hermoso como ese.

A pesar de la mala situación en la que se encontraba.

Hizo todos los esfuerzos posibles para aclarar su mente y recordar cómo llegó a ese lugar pero fue inútil.

El día que fue llevada por los hombres, había decidido caminar sola de regreso a casa por lo ocurrido entre ella y Lorcan.

Lorcan.

¿La echaría de menos?

Quería creer que sí. Sonrió a medias pensando en la ilusión que le hacía creer que él notaría su ausencia.

Se recostó de la cama después de la comida y tomó un libro que llevaba leído a más de la mitad. Una historia de esas en las que la damisela se encuentra en apuros y el hermoso protagonista llega a tiempo para salvarla.

Sonrió con pesar de nuevo.

Se parecía mucho a su situación, con la diferencia de que Lorcan no la buscaría.

Los engranajes de la puerta la sobresaltaron.

Y ante ella, apareció la mujer elegante.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Felicity con nerviosismo. No podía evitar sentirse intimidada por la presencia de esa mujer.

Llevaba un traje blanco immaculado, de mangas largas y con la falda en tubo por debajo de sus rodillas. Las piernas las llevaba envueltas en panty medias color piel y sus zapatos parecían unos Stilletos clásicos de color negro, no había que saber de moda para darse cuenta que solo los zapatos de ella podían valer mucho dinero.

Llevaba una manicura impecable, manos que nunca habían tenido la necesidad de hacer nada en

casa o de obrar algún trabajo para sobrevivir.

¿Por qué alguien así querría secuestrarla a ella?

La mujer observaba la naturaleza a través de la ventana.

—Este lugar en primavera es un auténtico sueño —dijo con un tono de voz suave y tranquilo—. Sé que te gustaría.

Felicity no se atrevía a decir nada.

La mujer la vio con duda.

—¿Me temes?

Felicity negó con la cabeza evadiendo la mirada de ella. Algo en su interior le impedía verla a los ojos por mucho tiempo.

—No deberías hacerlo —se sentó frente a ella en la cama—, creo que te he demostrado que no vamos a lastimarte.

—Entonces, ¿Por qué no puedo marcharme? —Felicity casi no reconocía su propia voz. Un hilo débil y ronco producto de pasar días sin hablar con nadie.

—Podrás hacerlo pronto, muchacha. Te dejaremos ir cuando consigamos lo que queremos y ya estamos a punto de lograrlo. No te preocupes.

—¿Qué es lo que quieren?

La mujer sonrió con ironía.

—No lo entenderías porque no sabes nada de nosotros, menos de nuestra historia.

—¿Los envía Alex J.? —La mujer la vio con claro desconocimiento—. Si no le envía él ¿quién me hace esto? ¿Mi hermana está a salvo?

La mujer seguía viéndola sin entender lo que le preguntaba.

¿No le habían investigado antes de secuestrarla?

¿No era eso lo que hacían los secuestradores profesionales?

Se preocupó por Heather.

La mujer la vio con compasión.

Parecía leer sus expresiones.

—Estará todo bien, niña, deja de mortificarte. Solo sabemos lo que queremos saber de ti. Nos importas tú, como persona. Eso es lo que nos vale para lo que vamos a solicitar.

Felicity no quiso indagar más porque quedaba más confundida que cuando empezaba a preguntar.

—Saldré de viaje unos días, estarás a cargo de mi personal y de mi sobrino. Todo seguirá igual hasta mi regreso y será entonces cuando te deje en libertad. ¿Está bien?

—No tengo más alternativas.

La mujer la vio con compasión de nuevo.

Asintió una vez con la cabeza y salió dejando a Felicity en compañía de las montañas, sus pensamientos y los engranajes de la puerta que se aseguraban de mantenerla presa en esa habitación.

«Lorcan», pensó de nuevo y una lágrima se le escapó de los ojos.

Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que, al abrirlos, estuviese en su casa junto a la mujer que consideraba su hermana, tomando chocolate caliente y contándole sobre Lorcan y lo bien que se siente estar a su lado.

—Lamento presentarme así —Lorcan vio a Heather con vergüenza. La verdad era que la habría llamado para saber si podía pasar a visitarla pero en ese momento solo estaba respondiendo a un maldito impulso.

Uno de esos que parecía que dominaba su vida últimamente.

Ella lo vio con una mezcla entre miedo y expectación.

Lorcan sintió que el corazón se le arrugaba. ¿Por qué siempre conseguía que ella asociara sus visitas con noticias de Felicity?

«Porque tú fuiste el último que la vio; porque tú y toda tu familia, la están buscando» pensó con ironía.

—No vengo con noticias de ella.

—¡Oh! —ahora fue Heather quien lo vio con vergüenza. Se sintió incomoda ante él por conocerle tan bien en tan poco tiempo—. No quería... Es decir... —cerró los ojos y respiró profundo, luego los abrió y con una sonrisa que pareció iluminar todo el pasillo le dijo—: ¿Qué te trae por aquí?

Lorcan respondió a aquella sonrisa, era ridículo no hacerlo porque en su vida había visto una sonrisa tan cálida como esa.

—Saber ¿cómo estás?

Ella lo vio con diversión.

—Has podido llamar.

Lorcan volvió los ojos al cielo.

—Soy un hombre a la antigua, Heather. No suelo usar el teléfono a menos de que sea necesario.

No era del todo cierto, aunque en ese caso, funcionaba su mentira.

Sintió el cambio en las emociones de ella. No culpaba que las dudas crecieran en su interior.

Completamente normal, porque él se sentía de la misma manera.

Estaba tan confundido desde que ella apareció en su vida que era incapaz de descansar bien y pensar en otra cosa que no fuese Heather.

—¿Puedo pasar?

—En realidad iba de salida pero me puedes acompañar si gustas.

—No tengo más planes para hoy.

—Genial, voy por mi abrigo —mencionó ella abriendo el armario que estaba cerca de la puerta, él, de inmediato, entró en la propiedad y le ayudó a colocarse el abrigo—. Gracias, a veces parece que saliste de un cuento antiguo. De esos de hombres medievales que tratan a las mujeres con delicadeza.

Él bufó con diversión.

—En esa época los hombres se valían de espadas y de guerras no de actos caballerosos con las damas.

—Ay, por favor, no me digas que eres de los que amas la historia.

Él volvió a verla divertido mientras salían de la casa.

—Me gusta tanto, que es casi como si hubiese vivido en ella.

Heather soltó una carcajada real y Lorcan se contagió con ella sonriendo por segunda vez en su vida con alegría en su interior.

¿Cuál era la magia de ella?

Por su parte, Heather se deleitó con su sonrisa, pensó en que debería hacerlo más seguido porque tenía una sonrisa hermosa.

—Hace buen día, ¿te gustaría dar un paseo por Central Park?

—Con gusto.

Ella resopló, la verdad era que sí, él parecía salido de alguna parte de la historia. Esos modales tan impecables no eran propios de los hombres que ella había conocido.

Lorcan sintió la clara batalla de ella en su interior, tenía dudas sobre él.

¿Por qué dudaba tanto?

Y le hizo honor de nuevo a su impulsividad.

—¿Por qué dudas tanto de mí? ¿No está bien que sea un hombre gentil y educado?

—Lorcan, por dios, me parece que eres demasiado correcto.

Él pensó en las cosas del pasado. No había nada correcto en él.

Ella percibió cómo su mirada se alejó del sitio en el que estaban y vagó por sus pensamientos. Estaba segura de que algo escondía.

Seguía preguntándose ¿Qué podía ser?

Hacía unos días que no nevaba y el sol calentaba más de lo que era habitual para la época. Central Park lucía triste bañado con sus tonos marrones y grises, característica del invierno en el que se encontraban aun.

Los arboles sin hojas, la hierba seca.

Y Lorcan con la mirada perdida.

—¿A dónde vas cuando hablo de tus buenos modales y la forma correcta en la que actúas?

Él parpadeó un par de veces.

Esa mujer lo conocía tan bien que le daba miedo y después de todo lo que él había vivido, aquello era mucho decir.

—Voy a mi pasado. No siempre he sido...

—Correcto —finalizó ella sintiendo alivio ante esa confesión que ya sospechaba. Lorcan asintió y la mirada se le llenó de pesar—. ¿Por qué no has sido correcto?

—Muchas cosas que me han pasado en la vida, Heather. Y no siempre he sido este hombre razonable y centrado que ves ahora.

«Hace unos días era un maldito animal que casi mata a una mujer en su propia casa», pensó Lorcan manteniendo la mirada intensa y analítica de Heather.

Frunció el ceño.

Ella le hacía sentir tantas cosas que solo conseguía confundirse más, en vez de aclarar su situación como había querido hacerlo desde la primera vez que la visitó en su casa.

Heather bajó la mirada al sentirse capturada por la de él. A veces Lorcan conseguía intimidarla.

Empezaba a darse cuenta de que Lorcan —y su compañía— le gustaba más de lo que debía.

—Anoche soñé con ella —comentó Heather mientras caminaban en dirección norte—. Soñé que entraba en casa y que me decía que todo estaba bien —Heather sintió su propia voz quebrarse y Lorcan se abrumó entre sus sentimientos de angustia y tristeza por no saber nada de Felicity y los sentimientos de Heather en ese momento—. ¿Lo estará?

Lo vio a los ojos con súplica. Necesitaba que le dijera algo que mantuviera su esperanza viva y Lorcan no se sintió capaz de engañarla con eso.

—No lo sé, es lo que espero —él sintió que el aire le faltaba, inspiró con fuerza atrayendo así los aromas de la tierra húmeda y aspirando los de ella. La dulce y delicada fragancia que emanaba su piel lo embriagaba.

Le gustaba.

Y era la primera vez que lo sentía al abierto, mezclado con las emociones que brotaban de los demás que estaban alrededor de ellos; mezclado con los aromas de la naturaleza.

En ese momento, aprendió a identificar el olor que era característico en ella y tal como era

característico de su especie, a partir de ese momento, sería capaz de reconocer esa fragancia en cualquier lugar.

Recordó que algo parecido le ocurrió con Mary Sue; con Heather era mucho más intenso.

Mucho más.

Ella tenía los ojos enrojecidos.

Aguantaba el llanto.

Era tan dulce cuando intentaba, en vano, disimular su tristeza.

Caminaron un rato más en silencio.

Un silencio que era pesado para él porque estando junto a ella se sentía en la necesidad de hablar de su pasado. No podía hacerlo, ni siquiera podía decirle sobre su verdadera naturaleza.

Sería una imprudencia por su parte.

Sobre todo, estando Felicity desaparecida aun.

Vio al cielo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Sintió la mirada de ella una vez más, intentando analizarle.

¿Y si le contaba algo? Algo no tan pasado.

—Me recuerdas mucho a alguien con quien salí una vez —«¿Eso no es tan pasado, Lorcan?» se reprendió.

La tomó por sorpresa, lo sintió en su cambio de ánimo y además, en la mirada nerviosa que le dedicó.

¿Se interesaba por él?

Heather, finalmente, encontró a la confusión hacerse un hueco en el medio de su pecho.

¿Por qué? ¿Acaso, Lorcan le gustaba?

Él sonrió a medias con la mirada llena de duda.

—Físicamente no, pero en tu forma de ser eres muy parecida a ella.

Heather se mantuvo en silencio porque no sabía qué preguntar. Ni siquiera sabía por qué estaban teniendo esa clase de conversaciones.

—La conocí en Europa, un viaje que hice —Lorcan miraba al frente, de vez en cuando, dedicándole una mirada a Heather que lo observaba con completo interés—. Mary Sue fue una buena compañera.

—¿Era tu esposa?

—Mmmmm casi, podría decirse.

—¿Y te recuerdo a ella?

Lorcan soltó una carcajada divertido porque no esperaba la reacción de Heather.

—En lo que respecta a tu curiosidad y precisión para leer mis expresiones, sí. Me recuerda a ella. Era una chica inteligente.

—¿Era?

La mirada de Lorcan se llenó de tristeza recordando la muerte de Mary Sue cuando ella ya alcanzaba casi los 70 años.

—Sí, murió.

Heather se llevó una mano al pecho. Ahora sentía lástima por él. Parecía que Lorcan también había tenido que pasar varios tragos amargos en la vida. Su hermano Luk, la mujer de la que le hablaba ahora y Felicity.

—¿A qué se dedicaba?

Lorcan apretó los labios con fuerza. No había debido mencionar a Mary Sue.

Ella lo vio con el ceño fruncido.

—¿También era prostituta?

Él asintió avergonzado.

—¿Qué pasa contigo? ¿No has podido encontrar a una mujer que se dedique a otra cosa?

La ironía en su voz era clara, no hacía falta tener el poder de la empatía para poder sentir lo que salía de ella.

—He tenido algunos inconvenientes para eso.

—¿Por qué? No es tan difícil, la ciudad está llena de mujeres que tienen una vida normal y digna.

—No me había encontrado con ninguna.

—Hasta que te topaste con Felicity —Él negó con la cabeza y en ese momento ambos se vieron a los ojos disminuyendo su paso.

—Hasta que me topé contigo —hasta él se sorprendió cuando escuchó esas palabras salir de su boca, pero es que con ella todo era tan diferente que apenas era capaz de controlar lo que debía contarle sobre su pasado.

Su presente parecía fluir de manera espontánea estando con ella,

No pensaba.

Solo se limitaba a sentir y era agradable sentir.

Aunque a veces los sentimientos no fuesen positivos.

Esa mujer era un completo experimento para él y no pararía de frecuentarla hasta saber cuál era su magia y cómo conseguía desestabilizarlo tanto.

Capítulo 14

Heather recibió un nuevo mensaje de Lorcan.

Lo ignoró, como los demás.

Después de dar el paseo por Central Park y que fuera sorprendida por la respuesta de Lorcan, tan franca y directa con respecto a encontrarse a una mujer como ella, muchas cosas en su interior empezaron a cambiar la forma en la que veía a ese hombre y aquello, le producía inestabilidad.

Confiaba mucho más en él que la primera vez que lo vio cuando le reclamó la desaparición de su amiga, sin embargo, los misterios que lo envolvían aun no le permitían hacerlo persona de absoluta confianza en su vida.

Y no, no se le olvidaba que él mismo le salvó la vida.

Le salvó la integridad como mujer.

Él le hizo una confesión hacía unas semanas que le impedía sentir aquellas cosas que ahora sentía por él.

Felicity puso sus ojos de manera especial sobre Lorcan y ella sería incapaz de ponerle una mano encima al hombre que le gustaba su amiga, menos cuando esta seguía sin dar señales.

Necesitaba volver a su trabajo, dejar de pensar y aquello no pasaría hasta que le quitaran el yeso, que todavía quedaban algunos días más para luego iniciar la rehabilitación adecuada.

Quizá podría estar en hospital para atender en la parte administrativa pero nada de urgencias que le retrasen la recuperación de la fractura que se hizo dándole el golpe a Alex J.

Alex J.

Frunció el ceño.

Le debía algo a ese hombre, se lo haría llegar en cuanto Felicity apareciera, tal como le prometió.

Así como él estaba dando su palabra en no cobrarles nada más de la deuda que su difunta hermana contrajo con él.

«¿Cómo Ellen se pudo involucrar con él?», pensó y luego resopló porque no era de extrañar si ambos se desenvolvían en el mismo medio.

Drogas.

Malditas y estúpidas drogas.

Sintió rabia por dentro.

Empezaba a sentirse mal con la vida por arrebatarse todo lo que más amaba.

Ellen, antes; ahora, Felicity.

¿Qué seguiría luego?

Negó con la cabeza porque no quería ni pensarlo.

Se obligó a levantarse de la cama y salió a la cocina para prepararse una taza de café. No recordaba la última vez que había comido bien.

¡Ah! Sí, empezaba a tener recuerdos lúcidos de la última cena deliciosa junto a Lorcan.

Sonrió con pesar.

Ese hombre era una gran compañía para ella. Nunca se había sentido tan a gusto con un hombre.

Negó con la cabeza de nuevo porque ni quería, ni debía, sentir nada por él.

¿Sería tarde para eso?

Tendría que hacer una evaluación interior para saber en qué estatus se encontraba porque tenía muy claro que no lo apreciaba como un amigo.

No desde el paseo en el parque.

No desde la cena en la que hablaron divertidos de los buenos tiempos de ambos.

Lorcan le habló de su familia, de sus hermanos, de cómo se divertían en la mansión familiar que tenían en Europa. Le dijo que aún la mantenían y en buenas condiciones, a pesar de que la casa es muy antigua.

Lorcan hablaba con añoranza, con melancolía. Extrañaba esa época en su vida.

¿Podría reprocharle extrañar una vida en la que no existían las angustias, la madurez, la responsabilidad de las alegrías y del dolor, el sufrimiento?

No.

Heather extrañaba también la época en la que Ellen y ella jugaban a ser astronauta y enfermera respectivamente.

Ellen soñaba con llegar a la luna, con explorar, con ver la tierra desde lo alto.

Sintió ardor en los ojos y un bloque atravesársele en la garganta.

Lo irónica de la analogía entre los deseos de Ellen y la forma en la que se le cumplieron.

Veía la tierra, claro que lo hacía, pero desde el cielo porque estaba muerta.

No era astronauta.

No.

Heather sintió más rabia en su interior e intentó calmarse pero no podía concentrarse en hacerlo de la manera correcta.

Quizá lo mejor era que dejara fluir todo lo que sentía.

Se negaba a dejarse vencer por la tristeza y la angustia.

Si lo hacía, perdería la batalla y quizá la esperanza de encontrar a Felicity y aquello le hacía sentir mil veces peor.

Vio el calendario y fue cuando rompió a llorar sin consuelo.

Ese día, eran los estipulados cada mes para entregarle los pagos de la deuda a Alex J.

Ya no había deuda, tampoco estaba Ellen ni Felicity.

Estaba ella sola, con su tristeza y con sus lágrimas en el suelo de la cocina.

Lorcan volvía a ella, a su mente, y en esos instantes en los que se centraba en la conversación durante la cena, encontraba tanta paz que se sentía incapaz de romper ese encantamiento en el que se sumergía.

Otro sonido de su móvil.

Otro mensaje y podía deducir que era Lorcan.

Se levantó del suelo sin dejar de llorar porque no sabía cómo parar.

O no, mejor dicho, ese día no quería parar de hacerlo, quería secarse y no sentir más.

Fue hasta donde tenía el móvil en su habitación y se sorprendió al ver que el mensaje no era de Lorcan, era del detective que llevaba el caso de Felicity.

Las manos empezaron a temblarle y decidió llamar al detective sin escuchar el mensaje que le dejó previamente.

—Buenos días, Heather.

—Buenos días, detective.

—Espero que haya escuchado las buenas noticias.

—¿Apareció?

Hubo un silencio.

—¿No escuchó mis mensajes?

—No, lo siento, me temía lo peor y no quería oírlo de una grabación ¿Apareció?

—No. Pero tenemos un vídeo del momento en el que la raptan. Un coche negro, Bentley, no se ve la matrícula ni los rostros de los agresores aunque son hombres fuertes y van bien vestidos. Parecen seguridad privada.

—Los hombres de Alex J.

—No lo creo, Heather; por cierto, nada más de qué preocuparse con el camello y sus negocios porque lo encontraron muerto en su propiedad hace unos días.

Heather se llevó una mano a la boca y sintió que el estómago se le retorció con la noticia.

—¿Sigue ahí?

—Sí, lo siento. ¿De qué murió Alex J?

Otro silencio.

—Causas naturales decretó el forense. El caso lo llevaron en otra comisaria.

«¿Se estaría reuniendo con Ellen?» pensó Heather e hizo un intento por no seguir llorando.

—¿Se encuentra usted bien? —el detective se escuchaba realmente preocupado, como si pudiera sentir sus emociones a través del teléfono.

Ella respiró profundo.

—Sí, sí —su voz nasal la delataba.

—Me dijo usted que sus padres viven fuera del estado. Por qué no va a casa unos días con ellos. Creo que le vendrá mejor que estar sola.

—No puedo hacerlo, detective. Mis padres adoran a Felicity y aún no he sido capaz de hablar de su desaparición.

—Ha tenido suerte de que lo hemos mantenido controlado a la prensa.

—Y se lo agradezco. Cuando lo considere necesario, hablaré con ellos. Aun mantengo las esperanzas.

—Entonces no se quede sola, por favor. Usted no está bien. La investigación avanza aunque seguimos sin conseguir nada concreto.

—Entiendo, detective —Heather le interrumpió porque no le apetecía seguir hablando con él si no iba a darle información valiosa—. Gracias por sus consejos, hoy no es un buen día para mí. Muchos recuerdos.

—Está bien, le mantendré informada si surge alguna novedad.

—Se lo agradezco, hasta luego.

—Adiós.

Colgaron y Heather continuó llorando un poco más; con un llanto cerrado, de esos que cortan la respiración.

El timbre sonó y maldijo por lo bajo.

No era el momento para recibir visitas.

No quería hablar con nadie.

Se levantó y vio por la mirilla de la puerta.

Lorcan.

El corazón le bombeó con tanta fuerza que no pensó en lo que hacía.

Abrió la puerta y lo vio a los ojos suplicándole, en el más profundo silencio, que le diera consuelo.

Necesitaba un abrazo, de él, de nadie más.

Cuando Heather abrió la puerta y le vio los ojos enrojecidos, llenos de lágrimas y los párpados hinchados por el llanto, Lorcan sintió que el mundo empezaba a girar con lentitud, podía sentir en cada fibra de su cuerpo lo que ella sentía.

Todo iba más lento porque la tristeza que la dominaba a ella en ese momento se apoderó de su pecho dándole un golpe tan bajo, causándole tanto dolor, que sintió pena por ella y por todo lo que debía soportar en su interior.

Lo más extraño fue la forma en la que ella lo vio. No necesitó palabras para pedirle lo que requería en ese momento para aliviar su tristeza.

Las palabras parecían sobrar entre ellos.

Y él, que en esos últimos días se sentía desesperado por no verla, fue incapaz de negarle el refugio en sus brazos que Heather le solicitaba con urgencia.

Así que la tomó del cuello y la atrajo hacia sí mismo, apretándola con fuerza contra su pecho, sintiendo cómo las lágrimas de ella traspasaban la delicada camisa que llevaba puesta.

Sintiendo cómo se ahogaba por las lágrimas. Por la angustia.

Felicity.

Masajeó la nuca de la mujer mientras con el otro brazo, la aferraba con fuerza.

Le pasó por la mente no dejarla ir jamás, se sentía tan bien eso que hacía en ese momento.

Aunque ella estuviera tan triste que la situación fuese casi insoportable para él.

Respiró su aroma, se embriagó de este como la última vez. Esa mañana estaba apagado, bañado de su tristeza.

Apoyó el mentón sobre la cabeza de ella y después, casi sin darse cuenta le dio un beso delicado en la coronilla, momento en el que su corazón saltó y le hizo sentir miedo y alegría a partes iguales.

Esa mujer le alegraba la vida.

También lo llenaba de miedos porque no confiaba en él mismo. Por ello, cuando la chica se negó en responderle durante esos días, pensó que era lo mejor. Alejarse de ella parecía la mejor opción.

Sobre todo, después de que él dijera cosas que no debía en el parque y después de que la pasaran tan bien cenando juntos, conociéndose, rememorando momentos felices de la vida de ambos; y pensara en besar su boca porque, en algún momento, se preguntó si la dulce fragancia que emanaba de ella, sería el mismo sabor que tendría su boca, sus besos.

Era increíblemente tentadora.

Y como era de esperarse, ella logró leer tan bien sus intenciones que cortó la cena en seco diciendo que estaba muy cansada y que necesitaba dormir, Lorcan consiguió sentir todas sus emociones que se desplegaron en el ambiente descontroladas, revoltosas, ansiosas y sobretodo expectantes.

Ella también lo deseaba pero había otros factores que le hacían mantener la distancia y no podía juzgarla.

Más bien, se lo agradeció.

Los primeros días de rechazo pensó en que eso era lo mejor, lo más acertado porque qué pasaría si llegaba a besarla y el ser despiadado sin emociones que habitaba en él, su bestia maldita, despertaba y le hacía daño.

Temblaba ante esa idea, no concebía la posibilidad de lastimarla.

No.

Dejó de buscarla un par de días creyendo que poco a poco la alejaría de su mente, sin embargo, era como enterrar más el clavo en la madera haciendo que su vida se trastocara por

completo.

Se levantaba pensando en ella, no dormía pensando en ella, la necesitaba.

Requería de su compañía.

Ese día cuando despertó, algo le dijo que debía ir a su casa porque no se encontraba bien.

Como era el caso, que ella lloraba en ese momento entre sus brazos.

«Felicity», pensó de nuevo sin atreverse a formular la pregunta.

Un vecino hizo girar en engranaje de su puerta desde el interior y Lorcan, en un rápido movimiento, sin soltar a Heather, accedió con ella al apartamento cerrando la puerta justo en el momento en el que el vecino salía de su casa.

No quería que la vieran así.

—Shhhhh—le dio otro beso espontáneo y ella se aferró más a él.

La fue guiando hasta el sofá en el que se sentaron uno junto al otro.

Ella con la cabeza en su pecho y él satisfecho de continuar en esa posición a pesar de que ella estuviese llorando.

Lorcan respiró profundo.

—¿Sabes algo de ella? —se atrevió finalmente a preguntar con una voz tan débil que delataba el miedo a escuchar una respuesta indeseada.

Heather asintió con la cabeza y lloró más.

Lorcan empezó a sentir que se ahogaba.

¿Le había ocurrido algo a Felicity?

Levantó el mentón de la chica con delicadeza y la vio a los ojos con temor.

—¿Está... —no pudo seguir porque sintió ese asqueroso nudo que le oprimía en la garganta de vez en cuando. Heather se limpió las lágrimas con las manos y le sonrió con pesar, negaba con la cabeza—. Ay Dios, Heather, ¿la encontraron? ¿Está muerta?

Ella intentaba calmarse pero no lo conseguía y Lorcan quería respuestas.

Le colocó las manos a ambos lados de la cabeza y luego clavó su vista en la de la mujer.

Respiró profundo.

Heather le colocó las manos encima de las de él y cerró sus ojos.

Lorcan le estaba aliviando la pena. Aunque ella no lograba sentir nada de lo que él hacía.

Absorbió de su psique un poco.

El rostro de ella se relajó y sus labios se elevaron en las comisuras regalándole una sonrisa tierna.

¡Qué hermosa era!

No aguantó la tentación de acercarse y darle un beso delicado, fugaz, en la frente.

El contacto de sus labios con la piel de ella, cálida y suave, fue un regalo del cielo.

Heather abrió los ojos.

—Tienes un poder relajante en mí —él sonrió con vergüenza y sospechó que cuando se enterara de la verdad, de cómo la relajaba y lo peligroso que podía llegar a ser, no le iba a gustar nada. Quedaría para otro momento porque no hablaría de su naturaleza ni ese día ni... nunca.

Lorcan sacó las manos de donde ella se las tenía prisioneras y en una maniobra rápida, se las tomó entre las suyas acariciándolas sin restricción.

Ella se lo permitió, le gustaba el contacto entre ellos.

—Ahora dime por favor, ¿qué ocurrió con Felicity?

—Nada. El detective me llamó y me dijo que encontraron un video de las cámaras de seguridad en el que se ve como un par de hombres se la llevan.

Lorcan sintió que la furia empezaba a crecer en él.

—¿Qué hombres? —Heather lo observó con confusión y sorpresa, el semblante de él había cambiado de sereno y feliz a defensa y furia—. ¿Qué hombres, Heather?

—No lo sé, Lorcan. ¿Qué te pasa? —las manos de ella buscaban zafarse de las de él porque la estaba apretando con fuerza.

De inmediato, él se levantó y buscó la manera de controlarse.

El miedo de ella lo estaba abrazando y aquello no era bueno mientras sentía tanta furia en su interior.

La vitalidad de la psique de ella lo aceleraba aún más.

—Lorcan...

Se dio la vuelta tras escuchar su nombre en un susurro y la vio recostándose del sofá. Tenía que calmarse, le estaba afectando a ella.

Recordó su risa, la del otro día, la que lo dejó perplejo y le hizo percibir el mundo de una manera diferente.

Se acercó a ella y la tomó de nuevo de la mano para luego recostarla con delicadeza de su pecho una vez más, la imagen de la sonrisa de ella estaba ayudándole a calmar su furia, su deseo de venganza, su ansia de dolor ajeno, su sed de sangre.

Cuando por fin lo consiguió, después de unos minutos, ella parecía somnolienta y la dejó descansar un poco.

Mientras él también conseguía calmar toda esa revolución que se despertó en su interior.

Dos hombres se habían llevado a Felicity.

Heather tosió y él escuchó el estómago de ella protestar del hambre.

Su sentido de la audición era más sensible que el del humano común, pero ahí no hacían falta poderes sobrenaturales para poder escuchar las protestas de un estómago que llevaba días sin comer bien.

Negó con la cabeza.

A qué jugaba esa mujer, ¿Quería morir?

Un frío lo dominó por completo cuando pensó en eso.

A Heather no podía pasarle nada.

Nunca.

Frunció el ceño.

Ella se removió en sus brazos.

—¿Estás más calmada?

Ella asintió.

—Ahora quiero que, por favor, me digas exactamente lo que te dijo el detective.

Ella se mantuvo en su posición, aun con los ojos cerrados y una respiración pausada y la calma necesaria para no empeorar las cosas en el interior de Lorcan. Sin embargo, él seguía aferrándose a la imagen de su sonrisa porque eso le daba paz.

No sabía cómo funcionaba y no iba a averiguarlo en ese momento.

—Dijo que, en los videos de seguridad que consiguieron de esa noche, vieron a dos hombres que parecían seguridad privada meterla dentro del auto y largarse con ella. También me dijo que Alex J. está muerto ¿Puedes creerlo?

Lorcan sintió la tensión en los músculos del rostro, por supuesto que podía creerlo, sabía cómo y a manos de quien había muerto el maldito camello.

—No lo dudo. Alguien habrá ajustado cuentas con él.

—No —ella negó con la cabeza—, me dijo que fueron causas naturales. Pienso que es Karma.

—Bueno, una escoria menos para el mundo.

Hubo un silencio en el que Lorcan se preguntó más sobre el hallazgo de ese video.

—Hoy es un día que no sé cómo interpretar —continuó ella y se removió entre los brazos de él para acomodarse mejor—. En estos días debíamos pagarle la cuota del mes a Alex J. y ahora él está muerto y nosotras, en vez de estar celebrándolo, no. Felicity está en algún lado quien sabe con quién y en qué condiciones; y yo, estoy aquí llorado contigo.

—Nadie dijo que la vida es justa, Heather. ¿Te dijo el modelo o matrícula del coche? ¿Qué más te dijo? Necesito decirle a mi tío sobre esto.

—Sí, de hecho, dijo que el modelo del coche era un Bentley negro, iba sin matrícula —ella se despegó de él con un poco de esfuerzo porque ninguno de los dos quería romper ese momento—. ¿Crees que pueda ayudar?

—¿Un Bentley dijiste?

Ella asintió.

—¿Te dijo el modelo?

Ella negó con la cabeza.

—Podemos llamarle para preguntarle.

—No —Lorcan respondió tajante y con rapidez. No era conveniente aquello. Tenía un mal presentimiento con esa nueva noticia sobre el caso de Felicity.

Los Bentley no eran coches baratos y los hombres de seguridad privada tampoco. Conocía a gente que tenía dinero suficiente para tener ambas cosas.

De hecho, y fue lo que más miedo le dio pensar, sabía de varias personas dentro de su familia que tenían personas de seguridad además de una buena colección de Bentley.

Su abuela, era una de ellas.

Unas horas después, Lorcan estaba en su casa, preparando comida para Heather. Y sí, un poco para él también aunque su hambre empezaba a reclamar alimento de otro tipo.

La sonrisa de Heather no se le salía de la cabeza. No podía dejarla ir porque eso era lo único que en esos momentos lo mantenía alejado del refugio y de las mujeres de la calle.

Se le hizo agua la boca al pensar en sangre.

Y la sonrisa de Heather se hizo más luminosa en su cabeza.

Parecía un anuncio de neón opacando toda la oscuridad que se le presentaba en forma de ideas macabras para llevar a cabo con gente real.

Esperaba una nueva llamada de Pál.

Le avisó los datos que Heather obtuvo del detective y ambos coincidieron en que su abuela, hermana de Pál, era la persona indicada que podía coincidir con ambas cosas, sin embargo, Pál estaba negado a creer que su propia hermana estuviese implicada en ese asunto.

Sí, Pál admitía que Etelka siempre había sido un poco resentida con el mundo, pero no era mala persona. Y además ¿qué interés podría tener en la chica para secuestrarla?

Lorcan coincidió con él en eso y dejó todo en manos de Pál. Todo quedaría entre ellos hasta saber qué demonios ocurría entre los Farkas.

Suspiró.

—¿Estás preocupado? —Ella bebió un sorbo de su vino. Estaba calmada, sonriente; aunque no llena de alegría como le gustaba a Lorcan sentirla. Sin duda, estaba mucho mejor que cuando la encontró en su apartamento horas antes.

Le costó trabajo sacarla de ahí.

Se negaba a estar más de lo debido con él y Lorcan sentía la lucha en su interior entre lo que quería hacer y lo que era correcto.

A esas alturas, él también debía guiar sus acciones por lo que era correcto hacer, por ejemplo, correr lo más lejos de la mujer que le tenía la vida hecha un caos desde hacía semanas.

No por el hecho del caos en sí, sino más bien, por el inminente peligro que ella corría junto a él.

Volvió a resoplar.

—Lorcan, tienes que calmarte. Ven, déjame ayudarte —le quitó el cuchillo de las manos y se puso a cortar los vegetales que Lorcan necesitaría—. ¿Podrías servirme un poco más de vino, por favor?

Él asintió con el ceño fruncido. Viendo el teléfono a cada minuto.

—¿Por qué no me hablas de lo que sospechas? —Lorcan le tendió la copa y ella bebió un sorbo para luego dejarla junto a la tabla en la que siguió cortando vegetales—. ¿Conoces a la gente que la tiene?

La vio con profundidad a los ojos pero no dijo ni una palabra.

Heather tampoco las necesitó.

—¿Son peligrosos?

Otro silencio con mirada aún más profunda.

Heather bajó la mirada y sintió que se ahogaba de la rabia, él no pudo dominar aquel cambio brusco que lo invadió. Lo que salía de ella era tan fuerte que necesitaba calmarlo de alguna manera porque de lo contrario, todo se saldría de control

Estaba en una lucha sin precedentes con su maldad interior.

No podía dejarla salir ante ella.

No.

En dos zancadas la alcanzó y la tomó por el cuello como lo hiciera más temprano ese mismo día pero había una gran diferencia y era que, en ese momento, no habrían sutilezas, delicadezas o consuelos sentimentales.

No.

La acercó tanto a él que ambos sentían sus respiraciones cálidas y entrecortadas cayendo en la piel de cada uno.

Ella paseaba su mirada de los ojos a la boca de Lorcan.

Y él, él solo rezaba para que todo pasara porque lo que deseaba en ese momento no podía hacerlo con ella.

Fue cuando sintió algo que no le había pasado desde hacía ciento de años de manera espontánea.

Su sexo reclamaba espacio.

Estaba excitado.

Sin mesas, artilugios de control, dolor para dar placer, nada.

Solo ella.

¡Dios, qué diablos era esa mujer!

La tomó con más fuerza, sintiendo el bombeo de la sangre en la vena del cuello, haciéndole salivar y sentirse más excitado que nunca antes en su vida.

Tenía el miembro duro, le dolía de deseo.

Deseo por ella.

Su respiración se descontroló y la pegó por completo a él levantándola sin previo aviso y sentándola en la encimera de la cocina.

La atrajo de nuevo por el cuello y entonces, la besó.

Fue invasivo, dominante, lo necesitaba.

Quería poseerla, ahí, en ese instante.

Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y dejó escapar sonidos en su garganta que eran absorbidos por la lengua de Lorcan, que exploraba con desespero la tibieza de su boca, la humedad que había allí y la pasión desmedida con la que lo besaba.

Entonces, sus sentidos se afilaron; como el animal cuando persigue y caza.

El corazón de ella martilleaba la cabeza de él en un sonido tan agobiante que empezó a perturbarlo.

No podía pensar, no podía evocar la sonrisa de ella para calmarse; solo quería dejarse llevar por sus instintos.

Escuchó el río de sangre que corría en las delgadas venas de ella.

Dios.

Gruñó como un salvaje frotándose contra ella, sintiendo los olores que cambiaban en el ambiente; olores que la delataban.

Estaba excitada y lista para él.

Otra palpitación y se imaginó sacándose el pene, colocándola de rodillas para que le diera placer con la boca y luego, sometiéndola a sus propios placeres.

Gruñó de nuevo porque los testículos le ardían.

Se frotó una vez más y el contoneo de caderas de ella no ayudó en nada.

La sangre fluía y sus encías empezaron a doler.

Un dolor que se hacía insoportable.

Cuando sintió la vena del cuello palpar, al tiempo que su miembro hacía lo mismo; respondiendo a los estímulos a los que estaba siendo sometido y la mandíbula parecía que se le rompía a pedazos de las ganas de clavarle los dientes a ella y succionar de su fuente de vida; paró.

En seco.

Y la vio con ojos desorbitados.

—Vete.

Ella no entendía nada, se había quedado desorientada.

Le dio las llaves de su coche.

—Vete de aquí, Heather, no soy buena compañía en este momento.

Ella intentó recomponerse del impulso arrebatado de su anfitrión.

—Lorcan, entiendo que...

—¡No entiendes nada! —ella se sobresaltó tras el grito de él y Lorcan sabía que estaba en sus límites, debía apartarla antes de que fuera demasiado tarde. Su excitación rayaba en lo absurdo y la boca seca y áspera lo único que hacía era intensificar el dolor severo de las encías—. No quiero lastimarte, Heather.

La vio con vergüenza y decidió salir él de ahí.

Se iría lejos, a las montañas y sería entonces cuando podría liberar su furia y entender qué diablos fue lo que ocurrió mientras tuvo a Heather en sus brazos.

Cuando Felicity abrió los ojos, la oscuridad había invadido la habitación. ¿En qué momento se quedó dormida?

Se frotó los ojos.

El estómago le rugió con fuerza, tenía mucha hambre.

La cabeza parecía que le daba vueltas.

¿Qué ocurría con ella?

Se sentía débil y, con gran esfuerzo, logró ponerse de pie para poder llegar al elevador por el que le enviaban alimento. De seguro estaba ahí su bandeja con un succulento manjar esperando por ella.

Al darse la vuelta, vio la figura masculina en el sillón que estaba en una esquina de la habitación junto a la ventana más amplia. Se detuvo en seco y un miedo creciente se instaló en su pecho.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces? —dudó por un segundo porque pensó que su cerebro le jugaba una broma pero en cuanto el hombre habló de nuevo lo reconoció de inmediato.

Lorcan.

Se acercó a él con prisa y con cuidado de no caer tropezándose con sus propios pies.

Se echó en sus brazos, se refugió en su pecho como una niña que necesita protección.

Él la abrazó mientras ella sollozaba.

Se sentía segura a su lado.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo...

Se interrumpió cuando sintió la mano de Lorcan cerrarse con fuerza entre su cabellera y tirar de su cabeza hacia atrás con una lentitud aterradora.

Felicity abrió los ojos por miedo y dolor. Las lágrimas bañaban sus mejillas.

Intentó zafarse del agarre pero Lorcan le echó la cabeza hacia atrás con fuerza y gran brusquedad.

No era el hombre que ella conocía. ¿Qué pasaba con él?

Entonces, su rostro quedó un poco iluminado por la luz de la luna y sintió pavor de la expresión fiera que tenía. La veía con morbo, con una maldad que le helaba la sangre.

—Me estás lastimando, Lorcan, suéltame —suplicó entre llantos.

Este se rio con sarcasmo de ella y se acercó a su oreja para sisearle como una serpiente.

—Ahora sí me vas a conocer. Vas a saber quién soy yo en realidad.

Felicity sintió una pesadez absoluta envolverla entregándose a un sueño profundo.

Estaba soñando.

Eso era, ese era el sentido de todo lo que acaba de ver en su habitación.

Una simple pesadilla, porque era imposible que Lorcan estuviese adentro de la habitación con ella.

No podía ser.

Se dejó llevar no sabe por cuánto tiempo pero cuando despertó más tarde entendió que Lorcan no había sido una alucinación y que la peor de sus pesadillas estaba solo a punto de comenzar.

Capítulo 15

Hacía unos días que Heather se había reincorporado al trabajo, no como le gustaría, pero al menos salía de casa, hablaba con otras personas y no pensaba tanto en Felicity.

Ni en Lorcan.

No lo veía desde la última vez que estuvo en su casa.

Y aunque se daba cuenta de que tenía sentimientos serios por ese hombre, lo mejor era no volver a verlo.

El comportamiento de él le causaba deseo y temor.

El momento en el que Lorcan la tomó por el cuello y la aferró a él, ella se sintió tan excitada que lo único que deseaba era que Lorcan la llenara de besos, caricias y la hiciera gemir hasta quedar extasiada.

Lo que ocurrió luego, rayaba en lo desequilibrado y para cosas desequilibradas no estaba ella en ese momento de su vida.

El pensamiento del deseo se sobreponía a las dudas y temores de ella cada vez que revivía en su mente esa escena tan arrebatadora que vivieron.

Dejó ver en su boca una sonrisa traviesa y agradeció que nadie la estuviese observando en ese momento.

Nada más de pensar en ese impulso de él aquel día, ella ya se sentía excitada y pocas veces se había sentido así de atraída por un hombre.

Bufó.

«¿Pocas veces?» se reprochó y exigió ser más sincera consigo misma. «Nunca antes, Heather, nunca antes».

Solo con recordar la firmeza de la excitación de Lorcan frotándose contra ella, le hacía sentir su ropa interior humedecerse y la verdad era que le costaba trabajo sacarse esos recuerdos de la cabeza.

Tampoco olvidaba lo cariñoso y amable que fue con ella ese mismo día.

Cómo la cuidó y la consoló. La sensación de paz que le transmitía en esos momentos de tristeza era directamente proporcional a la pasión que le transmitió cuando la tuvo sentada sobre la encimera de la cocina.

Se preguntaba si estaría bien.

No solo no lo había vuelto a ver, tampoco sabía nada de él y la verdad era que cuando la dejó a ella consternada en la cocina, su cara era una mezcla de emociones que a Heather le gustaría aclarar.

Directamente con él.

Porqué el miedo que le dejaban ver sus ojos; porqué la ira que marcaba su entrecejo; o la lucha en su interior que marcaba su respiración entre la excitación y la furia.

¿Qué era lo que pasaba con él?

Volvía a preguntarse quién era Lorcan y qué escondía porque esa actitud no era normal en un hombre. Tanto misterio entre su familia, tanto misterio a su alrededor.

Negó con la cabeza de nuevo.

—¿Cómo va ese brazo?

—Muy bien, Sheila —le sonrió a su compañera de trabajo—. ¿Cómo está el pequeño Jamie?

La mujer le dejó ver una sonrisa soñadora; la clásica de una madre pensando en su retoño.

—Delicioso. Provoca comerle los muslos. Ya gatea, pero sigue comiendo mucho y va acumulando la comida en los muslos, como su madre.

Ambas rieron.

—Dicen que cuando son bebés provoca comérselos y que luego, en la adolescencia, te arrepientes de no haberlo hecho.

—Ni que lo digas; mi hermana se arrepiente todos los días. Tiene tres y todos ya en la adolescencia.

Rieron otra vez.

—Dejé todo en orden para mañana, ¿te falta mucho?, quedan cinco minutos para la salida —la mujer vio el reloj. Heather revisó la carpeta que tenía en la mano y se sorprendió al darse cuenta de que todo estaba hecho. No sabía cómo fue que lo logró entre la marea de pensamientos que mantuvo con ella a lo largo de la jornada.

—Ya estoy lista —Heather dejó todo en orden y recogió su bolso—. Está todo tranquilo y sé que debes pasar por la guardería, ve que yo te cubro estos minutos.

—Gracias, cariño —le hizo un guiño y la mujer se fue casi a la carrera.

Cuando llegó el momento, salió ella también a paso lento.

Pausado.

Con calma.

No quería llegar a casa y recordar otra vez a Felicity o a Lorcan.

No.

El detective no le había llamado en los últimos días, lo más probable era que no tuviese nuevas noticias pero ya que estaba de paso por la comisaria, entraría a preguntar.

Lo hizo, sin embargo, el detective no estaba.

Y nadie supo darle respuestas del caso, nadie podía hacerlo como era de esperar en un caso abierto.

Suspiró con pesar y siguió su camino.

Estaba cansada, el brazo le dolía un poco.

Al día siguiente, tendría rehabilitación y lo mejor era descansar porque cada uno de los ejercicios que debía hacer le dolía un infierno y luego pasaba el resto del día mal.

Así que lo mejor era descansar.

Al salir del ascensor y dar unos pasos por el corredor, notó a la figura que le era tan familiar sentada al lado de la puerta de su casa, con las piernas recogidas en el pecho, los brazos cruzados sobre estas y la cabeza metida en el hueco que hacían los brazos.

Suspiró y Lorcan de inmediato levantó la cabeza para verla directo a los ojos.

Una mirada que una vez más le decía tanto, que se sintió abrumada.

Él se puso de pie.

Ella se acercó un poco más.

Lorcan le sonrió con clara vergüenza. Se sentía arrepentido de lo que ocurrió entre ellos.

—¿Qué haces aquí? —debía admitir que la sorprendió y que le gustaba verlo ante ella. Le daba paz una vez más. Sin embargo, no podía olvidar su extraño comportamiento y era algo que tenía que quedar bien aclarado antes de dar un nuevo paso con él.

—Necesitamos hablar.

Ella lo vio a los ojos. Obviamente, lo necesitaban.

Abrió la puerta y antes de dejarlo pasar, lo detuvo en la puerta.

—¿Por qué debería confiar en ti hoy más que en la última vez que me exigiste que me alejara de ti?

Lorcan dejó salir el aire abatido.

Ella notó su pesar en la mirada.

—Es difícil de explicar, Heather.

—Pues es mejor que empieces a intentarlo porque quiero entenderlo.

Hubo un silencio en el que ambos se mantuvieron las miradas.

Lorcan le decía tanto a través de esta.

¿Cómo era posible que fuese capaz de entenderlo tan bien si apenas lo conocía?

Por su parte, Lorcan la sentía segura aunque también sentía las emociones que salían de su interior llenas de alivio y de sentimientos por él.

Tenía que hacer algo si no quería perderla. En esos días que estuvo alejado de ella, creyendo de nuevo que sería capaz de soportarlo, se dio cuenta de que no era capaz de hacerlo.

La necesitaba. La deseaba.

Desde que la dejó en su casa saliendo directo al refugio no fue capaz de hallar paz.

Y no podía aliviar su excitación por cuenta propia porque parecía que ella era la única capaz de accionarla de nuevo.

Intentó con alguna chica que recogió en la calle, uso sus herramientas con ella y paró, en cuanto se dio cuenta de que nada estaba funcionando.

Su sexo parecía responder solo a ella.

—¿Vas a explicármelo? —Él no respondió—. Quiero que entiendas que sí, me gustas —la observó con un brillo especial en la mirada y ella sintió ese calor abrasador que la dominaba desde hace días—. Y que no está bien que me involucre contigo porque está Felicity en medio, pero no se puede luchar contra lo que uno siente. Sin embargo, sé que escondes algo y si me voy a arriesgar a tener una conversación seria con mi hermana de vida, cuando aparezca, sobre ti y lo que me haces sentir, te exijo la verdad de todo.

Lorcan se derrumbó. No podía darle la verdad, no podía decirle quienes eran, su naturaleza.

En cuanto se enterara del monstruo que era lo iba a abandonar.

Respiró profundo y sintió la excitación de ella. Su miembro palpitó.

Se repetía el ciclo con las ganas locas de saltarle encima.

Ella también percibió su deseo y se acercó a él, tan cerca que Lorcan sintió que los nervios lo estaban destrozando.

Necesitaba controlarse, encontrar algo que le distrajera.

—No me estás ayudando, Heather —le susurró cuando ella se acercó a su boca.

—Y quiero hacerlo, Lorcan —el aliento cálido de ella despertó al salvaje en su interior y otra vez, las imágenes de dominio llegaban arrastrándolo a lo más profundo de sus deseos.

Salivó.

Sangre.

No.

No.

La separó y ella, que parecía que estaba jugando con él por la forma en la que reía con ironía se apartó y lo vio con decepción.

—No puede haber un nosotros si no me hablas con la verdad.

Intentó cerrar la puerta y Lorcan la detuvo.

Se negaba y aquello empeoraba la ansiedad de Lorcan.

—No puedo contarte todo. Intentaré decirte lo más importante.

Ella asintió y abrió la puerta.

Él entró con cautela, evocando la sonrisa de ella almacenada en sus recuerdos.

Ayudaba, no tanto como la primera vez pero le ayudaba.

Se sentaron uno junto al otro en el sofá del salón.

Ella lo veía con atención esperando que empezara a hablar.

Lorcan se moría de los nervios y no conseguía coordinar bien sus pensamientos.

¿Qué diablos iba a decirle?

Además, sus aromas no ayudaban en nada y empezaba a sentir la sangre de ella corriendo en el interior de su cuerpo.

Maldición.

No podía tener hambre tan pronto, había pasado periodos más largos solo consumiendo psique.

«¿Y recuerdas lo que le pasó a ella la primera vez que la viste?» se preguntó con sarcasmo.

No podía dejar de alimentarse antes de verla de nuevo. Tendría que controlarse muy bien en ese momento porque si huía de ella de nuevo, estaba seguro de que no tendría otras oportunidades.

Tendría que abordar a Heather como abordó en su momento a Mary Sue cuando ella también lo interrogó con tanto empeño que acabó por contarle todo acerca de ellos. Fue la única mujer en su vida con la que compartió tan importante secreto.

Hizo una inspiración profunda y luego se centró en Heather.

—Heather, no tengo costumbres sexuales normales.

Ella lo observó incrédula.

«¿Qué le estaba diciendo?» se preguntó «todo este *show* para decirle que le va ¿qué?» levantó una ceja con sorna «¿el sado, los juegos de rol o cualquier otra cosa de esas?»

Lo vio y recordó la forma en la que la tomó, el asunto iba por el dominio y quizá le gustaba jugar rudo.

—¿Te estás burlando de mí? —Lorcan estaba sorprendido con la reacción de ella y podía hasta jurar que le pareció ver curiosidad en su rostro.

—Por qué lo haría —preguntó la mujer intentando no dejar salir las palabras de golpe—. Déjame que me aclare. El otro día, después de lo que ocurrió entre nosotros y la forma en la que me tomaste, desapareciste sin más, con cara de espanto, porque ¿no tienes costumbres sexuales normales?

Lorcan asintió con ojos abiertos haciéndole ver lo obvio de sus palabras.

Heather soltó una carcajada y se llevó la mano a la frente como una muestra de alivio.

Lorcan presentía que aquello iba a ser más fácil de lo que parecía en principio.

—Eres dominante —le sonrió ella—. Lo noté el otro día, cuéntame más.

—Heather, no —Lorcan cerró los ojos y se interrumpió porque la presión en el pene lo iba a matar si seguía hablando de eso con ella; y ella seguía dejando escapar su excitación que le abría a él el apetito como la sangre puede abrírsele a un depredador.

Sangre.

«No compliques las cosas, Lorcan», se reprendió.

—Soy una mujer adulta, Lorcan. Puedes hablar conmigo de estas cosas sin problemas, sin huir de mí en medio de un beso que me hizo volar hacia las estrellas y sin colocar cara de espanto como si fueses un ser malvado por jugar al dominio.

—Es más serio que eso, Heather —Lorcan no salía de su asombro y seguía luchando por control interior.

—Hay látigos.

—Y fustas y más cosas...

Lorcan dejó salir todo el aire y ella soltó una carcajada.

Se liberaron las dudas que ella sentía.

¿Sería, de verdad, tan fácil?

Su miembro palpitó de nuevo y Lorcan se dijo que nada estaba siendo tan fácil como parecía.

El móvil de Lorcan sonó, no respondió.

Sonó de nuevo y este siguió sin moverse de donde se encontraba recostado del sofá.

Sentía la mirada de ella clavada sobre su cuerpo.

—No piensas responder.

—No.

—¿Por qué? Podría ser importante.

—Nada es más importante en este momento que lo que está ocurriendo entre nosotros, Heather —abrió los ojos y atrapó su mirada en el acto—. Nada. ¿Lo entiendes?

Ella solo asintió con la cabeza.

El móvil sonó de nuevo. Lorcan lo sacó del bolsillo de su pantalón y lo apagó.

Si se movía de ahí activaría a la bestia y Heather correría peligro.

No podía moverse.

—¿Por qué simplemente no me dijiste lo que te gustaba en vez de huir de mí?

Su voz fue tan dulce y melosa que Lorcan no pudo controlar el gruñido que se le escapó de la garganta.

¡Maldición!

Los latidos del corazón de ella retumbaban de nuevo en la cabeza de Lorcan y sintió como se aceleraban.

—Porque no es normal decirle a la mujer a la que estás besando: «oye, tengo unos gustos particulares y tu irás atada a una mesa fría de acero inoxidable en un lugar secreto mientras yo me aprovecho de ti y te genero dolor y excitación para poder excitarme».

Ella lo vio con duda y él la vio de nuevo a los ojos.

—No creo que te hiciera falta atarme a ningún lado, estabas bien excitado. Tanto o más que ahora.

Él la vio con sorpresa.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—No soy una niña, Lorcan, y me doy cuenta. Además, tu comportamiento te delata. O es que yo sé leerle muy bien —ella lo vio con suspicacia—. ¿Eso es todo?

—No.

—Entonces sigue hablando porque quiero saberlo todo. ¿Por qué no consigues excitarte, o mejor dicho, no conseguías hacerlo de otra manera, no crees que sea un problema psicológico? — Lorcan rio con sarcasmo en su interior. Claro que lo era. Pero nada podía hacer al respecto porque no habría psicólogo en el mundo que pudiera entender a un ser antiguo como él, que no es humano y que, además, disfruta con el sufrimiento ajeno por culpa de sus traumas.

—No me obligues a decirte la raíz de todo, por favor —La mirada de Lorcan embargó a Heather de manera profunda, le llegó al alma su súplica. Era algo inmensamente privado que no le contaría en ese momento y ella debía respetarlo.

Una verdad que le hacía daño, podía verlo y sentirlo.

Era sincero.

«Maldición con las mujeres y su estúpida curiosidad» pensó Lorcan mientras ella le analizaba como un condenado detector de mentiras viviente.

—¿A qué le temes de tus prácticas, Lorcan?

Finalmente, la vio con sinceridad mortal.

¿A qué otra cosa podía temerle? Que la bestia saliera y la devorara de manera brutal dejándole marcas en todo el cuerpo, drenándole hasta la última gota de sangre después de obligarla quién sabe por cuánto tiempo a torturas de todo tipo.

Lorcan se estremeció de solo pensar que eso podía ocurrirle a esa mujer frente a él.

Y sintió el miedo aparecer en ella.

—Temes hacerme daño —luego, el miedo se disipó y una mirada traviesa se hizo presente en ella—. No hay una palabra clave o algo así. En *Cincuenta Sombras de Grey*, él le da una palabra clave a Anastasia y...

Lorcan soltó una sincera carcajada, esa mujer estaba loca.

Se entregaba a las fauces del lobo sin consciencia.

—¡Oh! Es mentira —dijo ella mientras él dejaba de reír.

—No, no lo es. A mí no me sirven las palabras claves, Heather. Me gusta tener el control total. ¿Lo entiendes?

Ella tragó grueso aunque le divertía.

Y el sintió sus emociones contradictorias.

—Estoy segura de que no me harías daño —Lorcan bufó. Ni él mismo estaba seguro de qué diablos ocurría con ellos dos, así que nadie debía dar nada por sentado—. ¿Y sabes qué?, no me niego a probar alguna vez —él abrió los ojos con sorpresa, rezando que ella se callara pronto y preguntándose cómo aún no había aparecido su maldita bestia arrogante para acabar con todo—. No me veas con esa cara que me haces sentir vergüenza —la sonrisa de ella fue exquisita a la vista de él. Las mejillas ganaron color y Lorcan quiso devorarla en ese instante—. Sin embargo, me niego a que nuestros primeros encuentros sean de esa manera. Está claro de que sí puedes excitarte sin necesidad de atarme a ningún lado. Quizá, conmigo es diferente.

Y esas palabras dieron la certeza a ambos de que todo entre ellos era diferente a lo que ambos habían vivido antes.

Especial.

—Si se trata de dominio, me parece que no lo estás aplicando muy bien en este caso porque yo no paro de hablar y tú no me haces pasar a la acción...

Las palabras de Heather quedaron ahogadas por el beso que Lorcan le estampó sin aviso, sin delicadeza, sin prudencia.

Tal como el primer beso entre ellos.

Impulsivo, abrumador, seductor, invasivo y a Heather le gustaba esa manera de abordarla que tenía Lorcan.

Ella entendía que él cedía ante el dominio de su pasión y por ello, necesitaba tomar el control. Lo dejaría. Le daría ese gusto porque sentía que quería complacerlo.

Por su parte, Lorcan luchaba por no ceder más de lo que debía por sabía que la bestia saldría y lo arruinaría todo.

Gruñó.

¡Qué complicado era aquello sintiendo todo lo que provenía del cuerpo de la mujer que tenía para sí!

Esa que desde el primer día lo dejó descolocado.

La que le cambió todo en su día a día.

Palpitación del miembro y escuchaba la sangre de ella recorriendo sus rutas con rapidez.

Los oídos le zumbaron al tiempo que ella gimió.

Aquello encendió la chispa de Lorcan pegándose más a ella, tumbándola en el sofá deseando inmovilizarla.

El instinto lo tenía alerta. Los impulsos también y ganaron estos, cuando en otro movimiento, se hundió en el cuello de ella lamiendo, succionando, mordisqueando la zona.

Quería parar y parecía tarde para hacerlo.

Entonces, pensó en el siguiente paso.

Todo pasó tan rápido que cuando reaccionó, Heather le estaba llamando con ansias, intentaba hacerle reaccionar.

Respiró con profundidad. Sentía el miedo de ella impregnando toda la habitación.

Enfocó la vista de nuevo y la chica temblaba bajo él, no de placer precisamente.

Un nudo le trancaba la garganta y una presión en el pecho amenazaba con estallar su corazón.

No había sangre.

Fue lo primero que notó y luego, la inspeccionó a ella que permanecía inmóvil bajo su cuerpo.

La respiración agitada, el pánico en la mirada.

No podía hacerle eso a ella.

No.

Dejó escapar el aire de su pecho pensando que esa acción podría liberarlo de la culpa, pero no.

Los ojos le ardieron.

Tenía que salir de ahí.

Ella se quedó un poco más en el suelo.

Escuchaba su respiración y la forma en la que ella misma intentaba calmarse.

Heather pensó en que había ido demasiado lejos provocándolo.

Entonces entendió los miedos de él sintiendo muchísima curiosidad por saber qué le había pasado para que necesitara comportarse como un salvaje con las mujeres.

Era mejor no preguntar nada.

Lo vio.

Estaba observándola con la mirada triste y apagada.

Su corazón se sintió tan mal que le obligó a levantarse y sentarse junto a él.

Debía consolarlo. Sufría.

Con cautela, lo hizo.

Con movimientos lentos; tranquila, se sentó junto al hombre que parecía estar vagando en algún punto de su vida; quizá en ese que tanto le afectaba y que ella quiso hacerle olvidar solo que no sabía cómo podía lograrlo.

Amor.

Fue lo único en lo que pensó.

Los traumas se superaban con amor.

Todo su ser vibró de emoción al pensar en eso.

¿Estaba enamorada?

Entonces, él la vio con duda.

Y ella le sonrió con dulzura.

—No voy a ir a ningún lado y tampoco voy a permitir que me dejes de nuevo.

Él asintió abatido, con la duda marcada en la mirada.

Ahora no solo dudaba de lo que podía hacerle, si no que dudaba de ese cambio en el ambiente que lo embriagaba: dulce, picante, maravilloso. ¿Qué era ese sentimiento y esa emoción que lo estaba llenando en su interior?

Heather entendía que él tenía miedo y le ayudaría a superarlo.

Lo harían a su modo, ese día.

No lo provocaría nunca más porque entendía que más allá de ser una práctica sexual inusual la que Lorcan tenía por costumbre, había algo que lo hacía descontrolarse.

Cuando le tomó las manos con fuerza por encima de la cabeza y le siseó en la oreja como una serpiente Heather empezó a entender la situación, fue cuando empezó a pedirle que parara.

Hubiese llegado más lejos de no haber reaccionado pero lo hizo.

Lo que le decía a ella que, juntos, podrían encontrar la forma de controlar ese impulso generado por sus traumas.

Le tomó la mano y le besó el dorso.

Después, le acarició el rostro.

Se subió a horcajadas encima de él y cuando este hizo el intento de bajarla, le susurró en el oído.

—No me apartes, por favor.

Lorcan no entendió qué ocurrió en su interior y lo único que deseó fue abrazarla con toda la fuerza que tenía encima.

Lo hizo, y la sintió sonreír. Sentía la tranquilidad de ella mientras estaba tan cerca de él incluso después de lo ocurrido.

—Lo sient...

—Shhhh —ella le puso la mano entera sobre la boca y él la obedeció—. No digas nada, por favor.

Dios, esa mujer lo volvía loco de todas las maneras posibles.

Ella sonrió de nuevo. Y percibió nervios en el ambiente.

Heather se movía con lentitud pero con pasos seguros. No dudaba de lo que hacía cuando empezó a besarle el cuello, el rostro, sin dejar ni un espacio por besar.

Lorcan empezó a relajarse.

Ella continuó en su laboriosa tarea de besos dulces alrededor de ese hombre perturbado y disfrutaba viendo cómo su técnica empezaba a surtir el efecto que ella deseaba.

Lorcan estaba relajado, su rostro esbozaba una linda sonrisa.

Cuando llegó a la boca, le dio repetidos besos pequeños, sutiles, amables.

Se estaban conociendo, Lorcan no sabía cómo explorar a una mujer fuera de sus acostumbrados juegos de dominio, y ella le iba a enseñar cómo hacerlo.

Le pasó los brazos al rededor del cuello mientras seguía besándolo con timidez.

Él movió sus manos y las colocó alrededor de la cadera de ella.

Se estaba dejando guiar por esa diosa que la vida le había puesto en el camino.

Estaba tan relajado, que se preguntó cómo saldría de aquel éxtasis porque no tenía experiencia previa en momentos así.

Por primera vez en su vida, su cerebro dejó de funcionar.

Aunque se mantenía en alerta, a la espera de que algo saliera mal con ella.

Abrió los ojos y la vio con duda de nuevo.

Ella percibió el ceño fruncido y paró los besos delicados que le estaba dando.

—No va a ocurrir nada.

—Eso no lo sabemos, Heather. Es impredecible.

—Confía en mí —Lo besó con dulzura, sus lenguas danzaron con tranquilidad, con dedicación. Ella suspiró y a él se le escapó un satisfactorio gruñido de la garganta.

Lorcan estaba en el cielo. Aquel beso estaba mandándolo a un viaje del que no quería regresar. Sus manos empezaron a moverse con suavidad sobre el cuerpo de ella.

Heather hacía lo propio. Recorría los brazos fuertes y definidos de Lorcan sin apartarse de su boca. Hasta que le pareció adecuado pasar al siguiente nivel.

El sexo de él, endurecido y palpitante exigía atención rápida. Lo sabía por la forma en la que se hacía notar debajo de su vagina que se humedecía en cada movimiento de caderas de ambos.

Lorcan hizo una fuerte inspiración cuando ella se separó y percibió aquel aroma seductor de su excitación.

La vio con deseo, con pasión y ella, se sacó la camisa del uniforme dejándole ver un sujetador de algodón, negro, normal pero irresistible por las siluetas de los pezones de ella resaltados bajo la tela.

Lorcan salivó.

Los quería en su boca.

Entre sus manos.

Ella tomó las manos de él, las besó ambas y luego las posó sobre sus senos. Lorcan levantó las caderas haciendo más que notable el endurecimiento de su hombría y ella gimió de deseo por lo que vendría en los siguientes minutos.

Masajeó sus senos, apretando los pezones con urgencia mientras ella contoneaba las caderas de manera tan seductora que Lorcan estaba a punto de alcanzar el clímax nada más que con el roce de la entrepierna de ella.

¿Qué le hacía ella?

¿Cómo lo conseguía?

La vio a los ojos mientras se acercaba a su pecho y lo liberaba del sujetador dejándolos expuestos para él.

Se deleitó con la blancura de la piel en esa zona y por los rosados y erectos pezones que le reclamaban dedicación.

Se acercó y los devoró. Con premura, con desespero.

Ella hundió sus dedos en el cabello del hombre que la elevaba al placer y masajeó toda la zona con movimientos tranquilos, pausados, relajantes para calmar las ansiedades de él.

Esas que lo dominaban y lo convertían en un hombre brusco.

Él se detuvo por un momento y la abrazó con fuerza.

Ella sonrió satisfecha.

Sí, Amor.

Lorcan la observó confundido de nuevo.

Sentía otra vez esa emoción extraña salir de ella.

¿Qué era?

—¿Y si no puedo controlarme, Heather?

—Lo harás, porque yo estaré aquí contigo para que lo hagas. Aprenderemos juntos.

Volvió a colocar una mano de él sobre su pecho mientras se mecía con sensualidad sobre la virilidad de él y se acercó a su boca para darle un beso cariñoso pero seductor.

Después, Lorcan bajó de nuevo a los senos de ella y los lamió con suavidad, fue gentil, succionó y apretó sospechando cuál debía ser el límite.

Sus senos era una delicia y notó que mientras más lento disfrutaba de ellos mejor era la experiencia para ambos.

Estaba descubriendo tantas cosas ese día que se sentía abrumado.

Se separó de nuevo y la vio a los ojos.

—Eres maravillosa.

Se sorprendió después de escuchar esas palabras salir de su boca.

Ella sonrió con vergüenza dejando sus mejillas ganar color.

Le acarició el rostro a él y se abrazaron.

—Llévame a la habitación —le rogó y él, como el más manso de los corderos, se sintió en la obligación de obedecer.

Se levantó mientras ella seguía a horcajadas sobre él, colocándole las manos debajo de los glúteos enganchándose ella a su cuello y cintura con brazos y piernas respectivamente.

Lorcan respiró profundo otra vez.

Cuántas fragancias en el ambiente, la mayoría, nuevas para él.

Nuevas dentro de las circunstancias en las que estaba.

Entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama dejándola a ella en la misma posición privilegiada que tenía en el sofá.

Heather le sonrió con ternura, llenándole el rostro de besos sutiles.

Le gustaba el efecto de esa acción. Lo liberaba. Lo enternecía.

Jugó con el pecho de ella un poco más y después, ella lo incitó a acostarse en la cama mientras lo llenaba de caricias deliciosas, excitantes y a su vez, lo despojaba de la ropa.

Heather habría pasado a la acción dura de una vez porque estaba tan excitada que ya sufría pero no podía hacerlo porque quería que Lorcan disfrutara de la experiencia sexual tranquila, sin dominios, sin dolor.

Después de desvestirlo a él, hizo lo mismo y se despojó de todo haciendo que la mirada de él deslumbrara de pasión y deseo.

Estaba tranquilo, podía sentirlo y eso le hacía sentirse a ella segura de que todo saldría bien.

«Amor», pensó y sonrió una vez más mientras se subía sobre él a horcajadas y dejaba que sus zonas de placer se encontraran y se rozaran casualmente.

El hombre gruñó y ella jadeó.

Lorcan la vio con la mirada más apasionada que alguien pudiera dedicarle jamás.

Lo besó en la boca con menos delicadeza que antes, pero sin forzar las cosas.

Al cabo de un rato, bajó por el torso de él dejando besos a su paso que lo hacían vibrar en su interior. Aquella experiencia estaba siendo única para Lorcan.

No recordaba nunca haberse sentido así.

Y cuando ella se concentró en su zona más sensible, en ese momento, pensó que llegaría a perder el conocimiento de lo placentera que estaban siendo sus caricias.

La mujer le producía un cosquilleo delicioso en toda la zona y lo excitaba aún más.

Se sintió enloquecer cuando ella envolvió su pene con manos y labios.

¡Qué momento!

No pudo controlarse, se dejó llevar por todo lo que sentía; alcanzando el clímax, atendido por ella de la forma más sensual y delicada que jamás lo había atendido una mujer.

Su cuerpo convulsionó como correspondía y sintió dolor en los testículos; también sintió liberación.

Ella limpió la zona y prosiguió.

Lorcan no se lo impidió. Necesitaba más de ella y su excitación lo dejaba en claro.

Heather se sorprendió con la rapidez que Lorcan recuperó su excitación para ser un hombre que no conseguía excitarse sin dominio.

Se aprovechó de eso para seguir en su laboriosa y dedicada actividad de darle placer a él, sin embargo, necesitaba ser atendida también y él parecía haberlo notado porque, en un rápido

movimiento, la dejó debajo de él y le separó las piernas decidido a penetrarla. Ella temió la rapidez de todo y hundió las manos en su cabellera con lentitud, mientras él jugaba con sus pezones.

Levantó la vista para apreciarla. Percibía preocupación en ella.

—No hay prisa —le dijo ella con una voz tan dulce que conmovió a Lorcan—. Tenemos toda la noche, todos los días para disfrutarnos. Sin prisa.

Lorcan recibió el mensaje subliminal que traían esas palabras y siguió el consejo.

Pensaba en lo deliciosa que era, su piel sabía mil veces mejor de lo que había imaginado.

El momento estaba siendo perfecto. Controlaba a la bestia aunque sospechaba que ella, Heather, era la que tenía ese control sobre su lado asesino y morboso.

Se lo agradecería luego.

En ese momento solo quería hacerla gemir de verdad.

Deslizó una mano entre las piernas de ella y tocó la humedad que rodeaba la zona sintiendo que sus sentidos enloquecían de deseo.

Ardía de deseo en su interior y solo pensaba en poseerla, en hacerla suya.

«Debes ir despacio, Lorcan. Aprende de ella».

La tocó en el clitoris, masajeó y aplicó algunas de las cosas que solía hacerles a las otras chicas pero lo hizo centrado y tranquilo. Reconociendo, una vez más, los límites; y descubriendo hasta dónde ella era capaz de aguantar.

Era maravillosa, más que maravillosa.

La forma en como arqueaba la espalda dejándole ver ese pecho exquisito, la forma en la que se tocaba a sí misma haciéndole entender que se sentía plena y segura de sexualidad.

Era una diosa. Sin duda.

Y la tenía para él, sin obligaciones, sin ataduras.

Sin dolor.

Notó cómo sus dedos empezaban a causar las contracciones anheladas en esa zona.

No aguantaba más, quería estar en su interior; luego, la haría vibrar mil veces si ella se lo pedía pero en ese momento necesitaba hacerla suya.

Retiró los dedos en medio de las protestas de ella y se posicionó para abrirse paso a su interior.

La mirada de Heather advertía una confusión total.

Tenía miedo de las enfermedades de transmisión sexual, era lógico; siempre olvidaba esa parte de los humanos que a él no le afectaban y que, gracias a su condición y olfato especial, sabía si el humano tenía algo de cuidado.

Ella era una mujer sana y perfecta.

No estaba ovulando y no corría peligro de nada.

La vio con seguridad mientras absorbía un poco de su psique, despojándola de sus barreras para que pudiera confiar en él en ese momento.

Se acercó a su oreja para susurrarle que no había riesgos de nada.

Ella pareció entenderle con naturalidad y confió en él. Una vez más lo hacía.

Lorcan dejó que su miembro entrara poco a poco en ella mientras aprovechaba para besarla con delicadeza en los labios.

¡Ah! Era tan cálida, húmeda.

Sí, maravillosa.

Ella jadeó una vez que se sintió penetrada. Lorcan la tenía extasiada y entendió que, a partir de ese momento, sería difícil sacarle de su vida. Estaba desarmada ante él, siendo amada por él.

Amor. ¿De verdad estaba enamorada? ¿Tan pronto?

Lorcan la vio con duda mientras la embestía con sutileza.

Ella sintió la amenaza deliciosa del clímax. Esas contracciones previas que anuncian el orgasmo más esperado de la noche.

Lorcan volvió a sentir esas emociones que lo llenaban, que lo saciaban, ¿qué demonios era?

Sintió las contracciones de ella en la explosión del orgasmo y los gemidos de satisfacción que se convirtieron en la más delicada música para su alma.

Pronto, alcanzó él también ese estado, notando que, en medio de la experiencia, absorbía psique de ella y aquella acción, lo saciaba casi al completo.

Clavó su mirada en la de ella sintiéndola relajada, absorbiendo su energía y notando cómo esbozaba una sonrisa que era solo para él.

Cuando todo acabó seguía viéndola con duda.

Hizo una fuerte inspiración y exploró los aromas una vez más.

¿Cómo pudo lograr todo lo que había logrado esa noche?

¿Cómo era que su bestia seguía dormida a pesar de haber intentado atacar a Heather?

Ella le sonrió con ternura.

—Deja de pensar, cariño. Ven —lo abrazó invitándole a acostarse sobre ella—. Te dije que mi método funcionaría. Eres estupendo, Lorcan, y... —suspiró profundo—... me alegro de que nos hayamos encontrado.

Lorcan sintió una fuerte presión en el pecho que identificó como alegría. Pero una alegría que le conmovía.

¿Cómo eran tan perfectos el uno para el otro?

—Creo que nos une un sentimiento —continuó diciendo ella.

Y fue cuando todo encajó para él.

Capítulo 16

Pál encontró a su hermana en el salón de su casa ese día.

Se sorprendió al verla ahí, junto a la bruja que siempre le acompañaba.

No era que no le agradaban sus visitas, pero no era costumbre entre ellos aparecer en las propiedades de los demás sin previo aviso.

Etelka se levantó del sillón que estaba frente a la chimenea y se acercó a él para saludarle como de costumbre.

Se dieron dos besos, uno en cada mejilla y luego la bruja desapareció en la cocina junto con el resto del personal de servicio.

—Me sorprendí al ver tu coche afuera —Un Bentley negro como el que Lorcan le comentó que se había llevado a Felicity, pensaba Pál—. ¿Qué te trae por aquí?

—Siempre tan directo, Pál.

—Vamos, Etelka, no eres de las que hace visitas sociales y menos de sorpresa.

Ella sonrió con ironía y se sentó de nuevo en el sofá.

—¿Cómo están mis nietos?

Pál la vio con sarcasmo.

—Manejando sus vidas, como los hombres que son desde hace algunos cientos de años. ¿A qué viene tan extraña pregunta?

Pál sintió el cambio en el ambiente. Su hermana, en ese momento, estaba representando una amenaza y no dudó en ponerse a la defensiva; sobre todo, no dudó en tomar su daga, la que descansaba sobre la chimenea y ponerla frente a Etelka.

La mujer sabía que en cuestiones de batalla, su hermano le llevaba una gran ventaja. Ella contaba con Dana su bruja de confianza que la ayudaría a vencer a Pál si hacía alguna estupidez.

—¿Vas a responderme, Etelka?

Se sentó junto a ella, con la daga en la mesa de apoyo apuntando directamente hacia su hermana.

Etelka vio la escena con hastío.

—Una abuela siempre está en derecho de preocuparse por sus nietos.

—Dejémonos de tonterías y dejemos el protocolo familiar para cuando tengamos las reuniones de la Sociedad a las cuales, por cierto, has faltado y me gustaría saber los motivos exactos de tu ausencia.

—Tiene que ver con mi visita de hoy.

—Explícate —Pál se notó hablando entre dientes, apretando con fuerza la mandíbula.

«Vienen tiempos oscuros, Pál» la voz de Marian, en su cabeza, lo alertó al completo.

La bruja le anunciaba eventos importantes para ellos. Solo aquellos que eran de real cuidado. Tenía mucho tiempo sin notar su presencia.

Pál acomodó su posición para tomar con prisas la daga.

No se fiaba en nada de su hermana en ese momento.

Etelka siempre fue egoísta, no le importaba lastimar a la gente con tal de cumplir con sus objetivos. Consideraba que las bajas o las heridas o cualquier cosa que afectara a otra persona en su beneficio, era simple daño colateral.

En cierto modo lo era, aunque el egoísmo de ella era peligroso.

Nunca se sintió bien con su condición de vampiro. Además, sentía envidia del poder de Pál, ese que a veces le dejaba ver cosas que iban a suceder en el futuro.

Etelka no tenía nada especial y para ella no era grato.

—¿Vas a explicarme o no?

—Pál, siempre tan correcto —lo vio a los ojos con desafío—. ¿Quiero que me digas en dónde está la abuela?

Pál sintió angustia.

¿Para qué su hermana querría saber, después de tantos cientos de años, en dónde estaba enterrada la Condesa Sangrienta?

—No lo sé.

Ella rio con sorna manteniendo el desafío en los ojos.

—Más vale que lo sepas y que me lo digas, porque si no, la chica que le gusta a Lorcan acabará con paradero desconocido para el resto de la eternidad.

Pál sintió un golpe bajo.

—¿Tienes a Felicity? —el dolor en la mandíbula era insoportable. Tenía semanas sin alimentarse y la impotencia de ese momento podía desatar una pelea entre ellos.

—Es correcto. La tengo, no sabes ni sabrás en dónde está hasta que yo decida que es hora de que vuelva con los suyos. Eso va a ocurrir solo si me das las coordenadas del lugar en donde está la abuela.

—¡No lo sé! ¿Para qué querrías algo así, además? ¿Qué vas a conseguir de un cadáver?

Ella sonrió a medias.

—No es un cadáver, es medio cadáver y después de revivirla puedo conseguir matarla a ver si de una maldita vez yo encuentro la paz que tanto he buscado desde que soy una niña. Odio ser esta maldita abominación de la naturaleza.

—Entonces colócate en sequía. Pídemelo y seré yo mismo quien acabe con tu sufrimiento.

Etelka rio con diversión.

—Cuando quieres, puedes llegar a ser gracioso, hermano. Y te agradezco la oferta pero no tienes los pantalones suficientes para llevarlo a cabo. Además, la sequía no es una opción para mí. Quiero sacarme de encima la maldición.

—Y después ¿qué?

—Morir con dignidad.

—¿Después de todo lo que hiciste en estos siglos?

Etelka mantuvo un silencio tenso.

—Esa es mi oferta, Pál, y te la presento a ti porque no quiero derramamiento de sangre en la familia pero créeme que estoy dispuesta a llevar a cabo mi amenaza si, en tres días, no me envías los datos que solicito. Una vez que me envíes los datos, te dejaré ver una fe de vida de ella y cuando tenga el cuerpo de la abuela, entonces te entregaré personalmente a Felicity.

—Estás loca. No voy a ceder a tal petición.

—Entonces prepárate, porque estaré dispuesta a cumplir con mi amenaza dejándole saber a Lorcan que tú firmaste la sentencia de muerte de esa niña.

Pál se frotó la frente con la palma de la mano.

—Etelka, por favor, se razonable, no le hagas daño. Vamos a conversar esto un poco más.

—No, esta vez las cosas se hacen como lo digo yo —se puso de pie—. Tienes tres días. Hasta entonces.

La bruja salió de la cocina siguiendo a Etelka que caminaba decidida hacia la puerta de la

propiedad.

Pál se quedó inmóvil en su asiento.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

¿Cómo diablos le iba a explicar a Lorcan que su propia abuela tenía a Felicity?

No podía hacerlo, tenía que encontrar la solución a ese enredo pronto dejando descansar el cadáver en donde estaba oculto y salvando a Felicity del egoísmo de su hermana.

Necesitaba pelea.

Apretó los dientes con fuerza tomando la daga por la punta, lanzándola con rapidez hacia una de las paredes de la estancia, clavándose un cuarto de la hoja afilada sobre un cuadro de gran valor.

Sí, necesitaba pelea y sangre.

Tomó el teléfono y llamó a la compañía para que le enviaran a alguien para alimentarse. Ahora, más que nunca, tenía que tener los pensamientos claros y actuar con mucha cautela.

No se podía permitir ningún error.

Capítulo 17

—He estado buscándote algunos días —comentó Lorcan con preocupación a su tío cuando se sentó frente a él en su oficina—. Nadie sabía nada de ti. ¿Estás bien?

—Sí —respondió el interrogado con el ceño fruncido. Lorcan sabía que la forma en la que hablaba, dejaba en claro que no quería tocar el tema. Era más que obvio que algo le preocupaba—. He estado ocupándome de lo de Felicity. Hice un viaje corto para hablar con un contacto importante por la pista que me enviaste el otro día a cerca de los Bentley.

—¿Y?

Pál sintió una culpa asquerosa cuando observó la mirada de preocupación de su sobrino.

—Nada. Todavía. Estoy a la espera de más noticias. De todas maneras, no descarto que tengamos a alguien de la familia involucrado en el caso.

—Somos los mayores compradores de esos vehículos en el estado, Pál. Entre tu colección y la de mi abuela, podríamos colocar un museo.

Pál sonrió divertido.

Era cierto, Etelka y él contaban con una gran colección de vehículos de esa marca desde los primeros tiempos de su fabricación.

Sin embargo, Etelka era la única involucrada en el caso de Felicity y no iba a delatarla en ese momento crítico en el que ya había dado el paso de facilitarle las coordenadas del lugar exacto de la cueva.

En ese momento, lo más importante, era recuperar a Felicity; luego, se ocuparía de su hermana y su «difunta» abuela.

Esperaba llegar a tiempo para controlar toda la situación antes de que la Condesa tomara mucha fuerza y acabara con la tonta de Etelka.

—Hay algo más que te preocupa —Lorcan lo veía con intriga total.

—No. Está todo bien. ¿Qué hay de ti? Te llamé hace unos días para conversar de esto y no respondiste. ¿Tienes problemas de nuevo?

Lorcan negó con la cabeza y su mirada anunciaba que no estaba tan lejos de los problemas como le gustaría a Pál.

—¿Qué te ocurre?

—Es Heather, Pál. Algo pasa cuando estoy con ella que me... —Lorcan se interrumpió y se frotó la cara con ambas manos.

Pál sintió sus nervios en el ambiente. Lo vio con suspicacia.

Era la primera vez que sentía esa clase de nervios en su sobrino, no era de miedo, era... ¿alegría?

—¿Te gusta?

—Es más que eso, Pál. Es mucho más.

—Explícate, muchacho.

Lorcan le contó cada uno de los momentos en los que estuvo junto a ella.

No entró en detalles en los momentos de mayor intimidad, no era propio entre caballeros pero sí se tomó el atrevimiento de hablar sobre el bien que le hacía ella.

Esos extraños sentimiento que despertaba, esas ganas de tenerla siempre junto a él.

No se había despegado de ella desde que estuvieron juntos la pasada noche, aunque estaba claro que ella tenía un trabajo y que debían separarse, Lorcan contaba con desespero los minutos para volver junto a ella.

Para poder darle resguardo entre sus brazos y que ella le diera la paz que tanto anhelaba en la vida.

Pál sonría con un brillo especial en la mirada mientras notaba cómo su sobrino, finalmente, era bendecido con la redención de sus tormentos. Encontraba en Heather a esa compañera que cada uno de ellos necesita para poder reconocer al amor verdadero.

Él la había encontrado en su difunta esposa y entendía cada una de las palabras y de los sentimientos de Lorcan porque él también los experimentó.

Lorcan caía preso del amor genuino. La chica le ayudaba con consciencia y eso quería decir que el sentimiento de ella era puro.

Estaba destinada a ser su compañera.

Suspiró con profundidad relajándose por unos minutos. Dejando a un lado las angustias de lo que vendría a continuación con la Condesa.

—Tengo miedo, Pál, de que en algún momento, todo se salga de control y la lastime —lo vio a los ojos con terror—. No me lo perdonaría jamás.

—Te entiendo —respondió este con tranquilidad—. Lo primero, es que dejes de pensar en el control de la bestia y empieces a tomar medidas serias. ¿Te has alimentado?

Lorcan negó avergonzado.

—Pues no lo dejes pasar más tiempo. Hoy mismo llamas a la compañía y te alimentas.

—No quiero pedirle a Klaudia un nuevo favor.

—Déjate de estupideces, Lorcan. Klaudia hará lo que sea necesario por la familia.

Pál tomó su móvil y mandó un mensaje a Klaudia indicándole que Lorcan necesitaba alimento.

Esta le respondió que llevaría una chica a su casa esa misma noche.

—Asunto arreglado, esta noche tienes la cena servida en casa.

—Gracias.

—Cada vez que estés con ella, relájate y disfruta del momento tanto como puedas. Olvida tus temores, tu bestia, tu ansiedad. Que no exista nada más que ustedes dos. El poder que ella tiene en ti es sanador y es por eso que puedes mantener sexo sin necesidad de dominio, solo no dejes de alimentarte cada día, hasta que puedas hacerlo de ella.

Lorcan levantó la vista con absoluto pánico.

—¿Estás loco? Jamás me alimentaré de ella. De hecho, no puede enterarse de lo que soy en realidad. Huiría de mí, Pál; yo no lo soportaría.

Estaba enamorado el muy tonto y no se daba cuenta.

—Estás enamorado, Lorcan —alguien tenía que decírselo. Lorcan sintió un vuelco en el pecho. Sí, ya lo sospechaba, que alguien más se lo dijera en voz alta era como la declaración final de que era un hecho—. Todo lo que me describes no es más que la unión junto a la mujer que el destino eligió para ti, para tu condición, para amarte y adorarte el resto de sus días. Así que, querido sobrino, no pasará mucho tiempo antes de que debas hablar con ella de nuestra naturaleza y contarle todo tu pasado. No le ocultes nada. Los secretos marchitan las relaciones.

Lorcan seguía viéndolo con espanto y Pál lo entendía, esa conversación no sería fácil, pero era necesaria.

—¿Y si no le hablo de esto nunca?

—Lorcan, no podrás hacerlo. Hay muchos factores en la vida que pueden activar tu lado oscuro o simplemente tu necesidad de alimento. De sangre. ¿Qué pasará cuando ella sin quererlo, se corte

en la cocina; cuando tengas que acompañarla al hospital para que dé a luz a tu hijo?

—¡Wow! Vamos con calma.

Pál sonrió divertido.

—Es tu compañera, Lorcan, tendrás que alimentarte de ella porque, llegados a un punto cumbre de la relación, entenderás que la verdadera unión y lo que te permitirá mantenerte completamente saciado será lo que ella pueda proveerte. Sangre y psique en comunión con tu debilidad, que es el sexo.

Lorcan estaba pasmado.

—Pál, esto es serio.

Pál soltó una carcajada.

—Claro que lo es —le hacía gracia ver a su sobrino en ese estado de perplejidad por el amor. El gran guerrero Lorcan Farkas, el que solo quería dominio, el verdugo más abominable de la historia de la humanidad; domado y sorprendido por el amor.

Redimido.

Sonrió satisfecho.

Pidió a las fuerzas sobrenaturales de luz que le ayudarán a que todo saliera bien con Felicity.

Hacia unas horas le envió las coordenadas de la cueva a su hermana y aun no recibía la dichosa fe de vida que esta le dijo le daría.

Esperaba no haber cometido una idiotez mayor a lo que ya era revivir a la Condesa.

—¿Y cómo se supone que debo hablar con ella?

—Lo sabrás en su momento, muchacho. Cuando yo lo hice con mi amada Katharina no fue fácil y estuve a punto de perderla porque, como es lógico, la noticia de nuestra naturaleza y lo que serían nuestros hijos y nietos, le causó gran temor. Pero sobrevivimos y todo fue gracias al amor que sentíamos el uno por el otro. Lo que te está ocurriendo es maravilloso, Lorcan. Y me alegra de que te ocurra. Es algo que sé que te cambiará en muchos aspectos de tu vida. Tener una mujer a quien amar de verdad, con las entrañas, es una experiencia única. Ser amado de la misma manera es algo tan sublime que nos hace ser mejores ser humanos.

—No somos humanos.

—No lo somos en totalidad. Aunque sentimos como lo hacen ellos y ese amor que nos doblega, que nos llena, que nos da la felicidad, nos hace mejores personas, seres humanos, menos monstruos o como te dé la gana de llamarlo.

Lorcan frunció el ceño.

—¿Y si me alejo de ella?

—¿Por qué? ¿No eres tan valiente como creo que eres para contarle la verdad? Vas a huir como los cobardes infelices; porque eso es lo que te tocará luego, ser inmensamente infeliz y al final, querido Lorcan, estarías haciéndole más daño del que quieres evitar hacerle, porque apartándola de ti, comportándote como un patán, diciéndole que no sientes nada por ella lo único que hará será hacerla infeliz y va a sufrir mucho, creeme. Algunos humanos no se recuperan jamás de un desamor.

Lorcan se levantó, estaba inquieto. El aroma picante que salía de él le indicaba a Pál que sus nervios lo tenían muy dominado.

—Tienes que calmarte, muchacho —Lorcan centró su vista en la ciudad. Era maravillosa.

—Me cuesta trabajo lograrlo, desde que estoy con ella algunas cosas son muy sencillas. Algunas, esas que creí que serían imposibles, son posibles; y otras, son difíciles de conseguir. Como calmar el temor de perderla.

—Es algo que va intrínseco en el amor, Lorcan —Pal se levantó de su asiento y se paró frente a

la ventana junto a su sobrino. Le palmeó la espalda con cariño y sonrió mientras el otro seguía con la vista fija en la ciudad—. El amor trae felicidad, alegrías, maravillas. Pero también dudas, miedos y a veces, sufrimiento.

—Nunca me había sentido así.

—Disfrútalo, Lorcan. Es una sensación única en la vida cuando encuentras a la compañera correcta.

—Estoy aterrado.

Pál soltó otra carcajada y por fin, su sobrino perdió el semblante de duda y de mortificación para dejarle ver una sonrisa divertida. De esas que Pál extrañaba de los chicos que corrían por la gran casa de Europa haciendo travesuras.

—Todo saldrá bien, muchacho. Ya lo verás. Un paso a la vez y serás muy feliz con esa chica.

Al caer la tarde, cuando Pál llegaba de nuevo a su casa, recibió un mensaje de Etelka.

El que tanto ansiaba.

Con rapidez, lo abrió y vio que solo se trataba de un enlace.

Lo pinchó.

Entonces vio las imágenes en lo que parecía tiempo real de una habitación vacía.

No reconocía el lugar y no entendía por qué su hermana le enviaría eso.

Tuvo un mal presentimiento.

Marcó el número de la mujer.

—Ya tienes tu prueba.

—No, Etelka, no la tengo.

—¿Qué me quieres decir?

—Las imágenes solo muestran una habitación, te advierto que si estás jugando conmi...

—¿Qué dices?

—Lo que acabas de escuchar ¡Con un demonio! ¡Deja de fingir conmigo! —Pál perdía los estribos y aquello no era bueno teniendo en cuenta de que era el paciente y metódico de la familia Farkas.

—¡No estoy fingiendo, Pál! —Pál escuchó cuando le daba órdenes a su bruja de que contactara con alguien. No entendió con quién. Unos segundo después, maldijo por lo bajo. Y entonces Pál escuchó que dio la orden de regresar a las montañas—. Tenemos un problema que resolveré en las próximas horas. Te mantendré al tanto. Hasta pronto.

Colgó, dejando a Pál hecho un saco de nervios y de ira.

Si le ocurría algo a Felicity y su hermana conseguía sacar a la Condesa de la cueva toda su vida se iba a volver un maldito infierno.

Gritó. Un grito de desespero, de rabia profunda.

Sabía que no era buena idea negociar con Etelka,

Quería pelea. De la buena.

Era una lástima que en esta época ya no tuviese enemigos en guerra para ir a matar a unos cuantos.

Le quedaban buenos sirvientes de la especie que les gustaban las batallas y en ese mismo momento, decidió que debía drenar su ira con ellos si les apetecía internarse en el bosque y asumir roles de guerra.

Eso le ayudaría a despejarse y pensar con claridad sus próximos movimientos.

Debía encontrar la forma de mover a la condesa de lugar antes de que fuera demasiado tarde.
Y salvar a Felicity.
Esa, era su prioridad.

Capítulo 18

Lorcan sintió a Heather atravesar el pasillo.

Desde que Lorcan consiguiera identificar su esencia en el parque, podía olerla a varios metros de distancia.

Sentirla en cada cambio emocional; Lorcan era capaz de sentirlo como propio a unos cuantos metros de distancia también.

Vio el reloj y entendió que tenía un problema.

Klaudia estaba por llegar con la chica que le prometió para su alimento pero estando Heather allí, aquel encuentro tendría que postergarse.

Heather venía mal.

Lorcan frunció el ceño y abrió la puerta incluso antes de que ella llegara a esta para anunciar su llegada.

La sorprendió, como era de esperarse.

Ella le sonrió con pesar y sorpresa.

Lorcan sintió aquel aroma al que tanto le temía.

Sangre.

Le buscaba alguna herida, no encontró ninguna pero al bajar la mirada, notó que aun llevaba puestos los zapatos del hospital y supuso que la sangre estaría allí. «Un paciente» pensó.

Respiró profundo de nuevo mientras ella se refugiaba en sus brazos.

—Vengo molida emocionalmente.

—Lo noto.

El vampiro tenía el corazón acelerado y entró en un estado de ansiedad que le costaría controlar con toda certeza.

La respiración, también se le agitó y ella lo notó de inmediato.

—¿Estás bien?

Él asintió, sin pronunciar palabra.

Malditos zapatos, quería deshacerse pronto de ellos.

—¿Cómo sabías que estaba llegando aquí?

—Lo presentía —recordó su conversación con Pál y la conversación que tendría que mantener con ella en algún momento.

Más nervios.

Cerró la puerta.

—¿Qué te parece si vas a darte una ducha y luego comemos algo? Podríamos ver una película y acostarnos a dormir pronto para que recuperes energía.

Estaba agotada.

Lorcan lo sentía con claridad.

—Fue un día terrible. Perdimos a tres pacientes de la misma familia, Lorcan.

La chica se quebró ante él. Llevaba días con buen ánimo aunque la situación con Felicity no había mejorado.

Esto la devolvía al estado depresivo.

La abrazó con toda la fuerza que pudo y le dio besos suaves en la coronilla.

Ella le rodeó el torso con los brazos aferrándose a él para sentirse tranquila.

Lorcan absorbió un poco de su psique para que ella se relajara y consiguiera calmarse un poco.

El que no conseguía paz, era él.

—Creo que la idea del baño me vendría genial. Es una lástima que no tengas tina. Podrías acompañarme y...

Esa noche no podían tener sexo. No hasta que esos malditos zapatos estuvieran fuera de su alcance y de su instinto salvaje.

Entendió la importancia de las palabras de Pál de mantenerse alimentado a diario.

Lo haría.

Sin duda, porque esa noche pondría el mayor de sus esfuerzos en controlarse y no sabía si lo conseguiría una segunda vez.

—Esta noche nada de sexo, cariño, no estás en condiciones —le tomó el rostro entre sus varoniles manos y la besó con dulzura en los labios. Su miembro palpitó, olió la excitación de ella temiendo que todo estaba a punto de convertirse en un caos. Cerró los ojos, respiró profundo intentando concentrar su atención en ella. En nada más—. Hoy descansamos. Por la mañana, ya veremos.

Ella le sonrió con dulzura. Aquella sonrisa era lo más hermoso que Lorcan recibía como regalo a diario por la vida. Un regalo tan puro que consideraba que no merecía después de todas las atrocidades que había cometido a lo largo de todos esos siglos.

Pero lo valoraba y lo agradecía.

La besó de nuevo y ella se fue directa al baño.

La sintió cerrar la puerta, desnudarse y abrir la ducha.

Momento en el que llamó a Klaudia.

—Estoy cerca.

—No vengas. Tengo visita. Te aviso mañana. Y gracias.

Colgó con la misma rapidez con la que pronunció las palabras.

Klaudia entendería y esperaría su llamada tal como le indicó.

Unos minutos después, Lorcan se acercó a su habitación observando a Heather en silencio mientras ella, ajena a su presencia, se vestía con ropa de algodón de él que ya había usado estando allí.

Era perfecta.

Con su piel blanca y aterciopelada, un pecho redondo y erguido, un trasero magnífico.

La contemplaba como si de una obra de arte se tratase mientras recordaba las palabras de Pál.

Sí, sentía algo profundo por esa mujer y empezaba a sentirse incapaz de imaginarse la vida sin ella.

Ella se dio la vuelta y le sonrió traviesa.

—Con que espiándome.

—Me aprovecho de la ocasión porque te dije que hoy descansarías. Tenemos varias noches sin dormir bien.

—Lo sé y te lo agradezco.

Se abrazaron de nuevo.

—El brazo me duele un poco porque con el accidente que recibimos, tuve que echarles una mano.

—Entiendo.

El olor de la sangre seguía allí, con ellos, y Lorcan no sabía cómo deshacerse de él.

La única opción que le quedaba era practicar como nunca antes en su vida el autocontrol.

Bajaron a la cocina y comieron para luego refugiarse al calor de la chimenea frente al televisor debatiendo si ver una película de amor o de acción.

Finalmente ganó una comedia romántica. Lorcan quería complacerla. Quería hacerla sentir a gusto.

Él se acostó manteniéndola a ella sobre su pecho y entre risas y cansancio, en algún punto de la noche, ambos sucumbieron al sueño, buenos para ella y demoníacos para él.

Estaba en la oscuridad de la sala de torturas que tanto había frecuentado en su vida.

En la época en la que tenía libre uso de la misma para cualquier cosa que se le ocurriera siempre y cuando, documentara en diario todo lo que hacía.

Algunas veces seguía las reglas; otras, como esa noche, no lo hacía.

No tenía tiempo para escrituras cuando lo que necesitaba era desahogar la presión en su miembro mientras jugaba con alguien.

La mujer de esa noche era extraña, representaba una fuerza en el que desconocía pero que lo tentaba a interrogarla de diversas maneras hasta conseguir lo que quería y más.

La mujer estaba en el pabellón de las brujas.

Junto a otras que también fueron consideradas como tal y que él bien sabía que eran civiles inocentes.

Mujeres a las que se les acusaba de adoración al demonio y que no tenían nada de brujas en ellas. Las brujas tenían un sabor diferente y Lorcan sabía reconocerlo aunque no era algo que había mencionado jamás.

No era necesario.

Al igual que la sangre de las vírgenes.

La odiaba, pero al principio jamás nombró la diferencia en los sabores de la sangre y después de un tiempo le pareció absurdo hacerlo.

Fue en el mismo tiempo en el que él bloqueó su humanidad convirtiéndose en ese ser cruel que exigía sangre y dolor.

Tomó a la mujer, que se negaba a ser llevada a la sala, sabía lo que le esperaba, aunque era la primera vez que la veía allí.

Las otras comentaban sus desdichas y se aterraban cuando alguna de ellas no aparecía más porque sabían cuál había sido su final. Una tumba, en algún lado del mundo.

No había guardias por ningún lado y todo parecía más silencioso de lo que era normalmente.

A Lorcan, aquella situación le pareció extraña pero estaba concentrado en su misión. Tenía una necesidad urgente por resolver.

Cuando llegó a la sala de torturas, colocó a la chica sobre la tabla gruesa de madera que había debido a la falta de limpieza de todas las atrocidades que se hacían sobre ella, Lorcan estaba acostumbrado a los olores nauseabundos de su entorno.

Ella se retorció, él la tomaba con violencia y sin reparos.

La colocó sobre la tabla, haciendo uso de la absorción de psique le aflojó el instinto de defensa, lo suficiente para que se mostrara dócil unos minutos.

No la quería así todo el tiempo.

No le excitaba la docilidad.

La ató formando una X con brazos y piernas y luego empezó a deslizar sus manos entre los muslos de ella.

La chica jadeaba entendiendo que aún estaba dominada por el efecto de absorción de la psique haciendo placentera las caricias que él le daba.

Lorcan sonrió con la maldad en la mirada.

Respiró profundo y absorbió los olores de ella.

Dulces.

Excitantes.

Se apretó el miembro con fuerza, causando dolor en la zona. Un dolor que lo excitó aún más.

Era momento de empezar la función; rasgó la ropa de ella, dejándola al desnudo y salivó con exceso al sentir cómo corría la sangre en las venas.

Se sentó a horcajadas sobre la chica y se acercó a su oído para sisear morbosidades como un animal despiadado.

La chica empezó a despertar de su letargo observándole con horror mientras se removía con fuerza para librarse de sus cadenas, del peso de él sobre su cuerpo, de la amenaza que representaba en ese momento.

Entonces, la vena del cuello de ella palpitó y Lorcan sintió su mandíbula crujir, necesitaba sangre y hacerla suya en el acto.

Se acercó a su cuello; la olió y abrió la boca.

La mujer no paraba de retorcerse bajo él haciéndole más divertido el momento, más excitante, se ocuparía de sus placeres luego; lo primero, era alimentarse de ella.

Dejó que sus dientes entraran en contacto con el dulzor de esa magnífica piel y en ese momento, sus sentidos empezaron a ponerse en alerta.

Algo ocurría a su alrededor.

Hincó un poco más la mordida, aún sin romper la carne poniendo atención en que alguien, lo llamaba con completo desespero.

¿Qué diablos ocurría?

Levantó la cabeza y fue cuando, de golpe, entendió con horror que no estaba en la cueva y que la bruja era Heather.

Heather.

Se alejó de ella con pánico mientras ella lo imitaba hacia el otro extremo de la habitación.

Lorcan tenía la respiración agitada, la presión en el pecho de la impresión recibida no lo dejaba en paz.

Ella lo veía aterrada desde una esquina del salón, como un animal pequeño e inocente que corría para salvar su vida de un gran depredador.

Eso era él.

Un maldito monstruo.

Se agarró la cabeza con ambas manos y la vio por última vez, debía salir de ahí cuanto antes.

Los ojos le ardieron al pensar en que la abandonaría, pero era por su bien.

Se levantó con prisa, tomó las llaves del auto y se marchó sin ver atrás, sabiendo que, a partir de ese momento, Heather quedaría fuera de su vida para siempre, por su propio bien sabiendo que con esto no volvería a ser el mismo nunca más.

Felicity corría sin parar. Sin importar que el frío le estaba helando la piel, que iba descalza y que la nieve le imposibilitaba dar los pasos correctos en dirección opuesta a aquello que la acechaba.

¿Cómo había salido de la casa?

Muchas preguntas y mucha oscuridad para sentarse a aclarar lo que había ocurrido.

Lo dientes le castañeteaban del frío pero no podía parar. Algo la perseguía y no sabía exactamente qué era.

¿O sí?

Una ráfaga de imágenes le llegó de repente y sintió más miedo todavía.

Lorcan la sujetaba de un puño de su cabello mientras reía de forma malvada. El rostro lo tenía deformado en una expresión tan severa que lo hacía parecer otra persona.

Alguien completamente desconocido para ella; eso no era lo peor, no.

Lo peor era que aquello se repetía en su cabeza en diferentes lugares de la habitación, incluso, en diferentes lugares del día y de la casa.

Las manos le temblaban más del miedo que del frío.

¿Qué pasaba con ella y con todas las imágenes que le llegaban?

¿Por qué veía a Lorcan sobre ella agrediéndola una y otra...?

Sintió entonces algo caliente correr por la piel de su garganta y al llevar la mano allí, un líquido espeso y caliente quedó entre sus dedos.

Sintiendo una herida que la hizo quejarse mientras continuaba huyendo.

Otra ráfaga más llegó a ella; esta vez, haciendo que disminuyera su carrera y que entendiera la gravedad de todo.

Recordó a Lorcan haciéndole un corte en la garganta y luego, pegándose a la herida para succionar de ella.

Sangre.

Tembló.

¿Por qué...

La pregunta quedó inconclusa en su cabeza al ver la sombra de Lorcan acercarse a ella.

—Lorcan, por favor, no me... —El vampiro saltó encima de ella como un animal salvaje y la tumbó en el suelo presionándola contra este y su cuerpo, que poseía gran fuerza. La inmovilizó de tal manera que su cuello quedó expuesto a los deseos del vampiro de nuevo haciendo que este siseara—. ¡NO! ¡Auxilio!

Lo siguiente que se escuchó fue el crujir de la piel entre los dientes del depredador.

Y después de eso, Felicity solo sentía que la vida la abandonaba.

Cerró los ojos de nuevo y rezó para que todo acabara pronto.

—¿Qué estás haciendo, imbécil! —Etelka gritó enfurecida a su sobrino nieto que estaba encima de su víctima a punto de quitarle el último aliento.

Gabor vio con divertida sorpresa a Etelka.

—Comiendo.

—¿La estás matando! —Etelka consiguió sacarlo de encima de la chica, enfureciéndolo.

Gabor se limpió la boca con el dorso de la mano.

Felicity balbuceaba moribunda en el suelo.

La bruja de Etelka era de cuidado y Gabor lo sabía; por ello, se tragó las ganas de arrancarle la cabeza de un tajo a su tía abuela.

—Estaba volando a Inglaterra para traer el cuerpo de la Condesa y ahora tú, ¿me sales con esto? ¿Cómo crees que va a tomar Pál esta reacción por tu parte?

Él rio con malicia.

—Deberá tomarla de la misma manera en la que tomó la actitud del animal en el que se convirtió tu maldito nieto ejemplar. ¡El gran Lorcan Farkas! Es un asesino como ningún otro y tu hermano lo perdonó siempre.

Etelka sospechaba algo de eso que Gabor ahora le confirmaba pero no sabía de dónde sacaba la certeza de lo que decía.

—Llévala contigo —Etelka le ordenó a la bruja que de inmediato inició el cántico que les hacía ganar fuerza superior para poder cargar con el cuerpo de Felicity hasta la casa, sanarla y luego dejarla en la ciudad tal como lo habían planeado ella y su bruja en caso de que algo no saliera bien. Etelka tenía sus reservas con respecto a Gabor pero jamás se imaginó que llegara a ser tan idiota.

—No va a sobrevivir —dijo con ironía Gabor y Etelka lo ignoró.

Para Gabor, era perfecto que su tía abuela quedara a solas.

Quería batalla. Y sabía que con ella podría hacerlo, aunque no duraría mucho porque su experiencia no era nada en comparación a la de él.

La bruja desapareció con Felicity.

—Lo que haya hecho Lorcan no te da derecho a tomar venganza por tus propias manos, ¿qué pasa contigo? ¿Acaso te lastimó?

Gabor sintió un punzada en el pecho, claro que lo había lastimado toda su vida.

—Por culpa de Lorcan mi abuelo no le hace caso a más nadie —pronunció con odio profundo entre dientes—. Por culpa de Lorcan, todos hemos tenido que quedar siempre en segundo lugar, en «algún día veremos si eres suficientemente bueno para poder estar a la altura de Lorcan».

—¡Exageras! Tu abuelo jamás ha hecho algo así y creo que tu egocentrismo no te permite ver la realidad que te rodea. Pál no ha hecho más que ocuparse de toda la familia por igual. No es persona de mi absoluto agrado aunque es un hombre honorable, padre como pocos y un abuelo mil veces mejor que yo.

—De eso no me queda duda. Tú has sido un fiasco como mujer, como madre, hasta como vampiro porque no representas con dignidad a nuestra raza.

Etelka, furibunda, se le fue encima y le dio un puñetazo certero en la mandíbula.

De inmediato, se puso en posición de ataque porque sabía que Gabor no se quedaría con ese golpe.

—A mí me respetas, malagradecido insolente —Gabor escupió su propia sangre y se quedó viéndole con retorcido odio.

Etelka sabía que aquello acabaría mal para todos.

No se lo pondría tan fácil.

Gabor se le fue encima y ella pudo parar el primer golpe, pero no fue tan rápida para evitar que el cretino la hiciera volar por los aires y terminara estrellándose de lleno en el suelo.

Se levantó con agilidad, practicaba combate muy de vez en cuando y su hermano algo se dedicó a enseñarle a pesar de que ella se negara a aceptar sus consejos.

Sabía que Gabor la superaba en destreza y práctica.

Era un arma letal.

Se hizo a un lado cuando vio que Gabor se le iba encima de nuevo, este rio con diversión observándola a los ojos con desafío.

—¿Ya pediste un deseo antes de morir, Etelka?

Etelka bufó. Nadie iba a matarla.

No respondió, solo esperó a que Gabor volviera a acercarse para estampar su puño en la boca

del estómago de él. A la vez que él, le alcanzó la nariz tumbándola al suelo del dolor.

Gabor se recompuso de inmediato sentándose a horcajadas encima de ella.

Ella intentó defenderse, fue inútil, él acababa de consumir psique, sangre y ella estaba en clara desventaja.

—Acepté tu propuesta para vengarme de Lorcan —le dio otro puñetazo con tanta fuerza que los oídos de Etelka pitaban silenciando todo a su alrededor.

Apenas alcanzaba a escuchar lo que decía su agresor.

—Y ahora que te mate a ti, yo voy a desaparecer con la satisfacción de que el Gran Lorcan va a pagar cada uno de sus malditos crímenes y no va a poder acercarse más a ella, sabes ¿por qué? — Otro puñetazo, el rostro de Etelka empezaba a hincharse y desfigurarse—, porque le dejé ver a ella el animal que lleva él en su interior. No la ataqué yo —soltó una perversa carcajada dándole dos golpes más a Etelka—. La atacó él.

Suspiró, relajado y sin moverse de su lugar.

—Yo sé en dónde está la Condesa, querida tía, pero todavía no me conviene moverla de ahí. Tengo algunos cabos más que atar. Mi poder me permite hurgar en la vida de todos ustedes y así es como me sé todos los secretos de la familia.

Sonrió con ironía.

Etelka no veía bien, luchaba por mantenerse consciente para escuchar todo lo que su sobrino confesaba.

Le ayudaría.

O quizá, no importaba, se dijo después de ver el movimiento de Gabor que abrió su cazadora de cuero desfundando una daga larga y antigua que llevaba en un arnés.

Etelka cerró los ojos porque sabría lo que vendría a continuación.

No era su plan morir de esa manera, le habría gustado poder llevar a cabo lo que soñaba pero parecía que, desde su nacimiento, los astros se alineaban para llevarle la contraria y alejarla de la vida que tanto anhelaba.

Gabor siseó como serpiente viéndola con repulsión y luego, en un movimiento que fue muy rápido para ser percibido por el ojo humano, separó la cabeza de Etelka del cuerpo de la misma, en un corte limpio y perfecto que le llevó a sentir satisfacción absoluta.

Sus planes estaban saliendo mejor de lo que lo había pensado.

La muerte de Etelka era una advertencia de lo que vendría a continuación.

Su venganza, apenas empezaba.

Se enfundó la daga de nuevo y desapareció en la oscuridad de la montaña.

Capítulo 19

Heather salió del hospital en modo automático.

Necesitaba llegar a casa cuanto antes y dejarse vencer por la tristeza que parecía no querer apartarse de ella.

La situación empezaba a cansarle pero era demasiado pronto para superar cosas.

Después de lo ocurrido con Lorcan hacía unos días, Heather intentó entender muchas cosas de él y de su extraño comportamiento desde que lo conoció con su historia de la afición al dominio, sadomasoquismo o cualquiera que fuera la práctica que usaba en sus encuentros sexuales con prostitutas.

Intentaba entender por qué la ira, la rabia que lo sorprendía en ciertos momentos y que lo hacían persona de cuidado.

«De mucho cuidado», acotó en su cabeza tocándose el cuello, recordando una vez más, la forma en la que Lorcan la mantuvo presa bajo él mordiéndole con fuerza en ese lugar que ahora ella se masajeaba.

La sensación no se iba.

Pasaban los días y ella seguía sintiendo el cuerpo fuerte y fibroso de él, inmovilizándola, susurrándole cosas que eran impropias de un hombre como él.

Sus palabras estaban cargadas de morbo, Heather incluso llegó a sentir maldad en ellas.

Lo peor fue sentir los dientes de él arrastrarse por su piel intentando hacerle daño verdadero.

Ella dormía placenteramente a su lado esa noche y de pronto, él empezó a mover el cabeza, agitado, mientras murmuraba cosas.

Heather pensó que se trataba de una pesadilla, era incapaz de entender que dijo en ese momento, aunque las vibraciones de su voz le pusieron los vellos de punta.

Lorcan mantuvo los ojos cerrados todo el rato. Era como si en su cabeza interpretaba otro papel, con otra persona, en otro lugar.

Heather no supo en qué instante él la tomó a la fuerza y se puso a horcajadas sobre ella inmovilizándola por completo.

Era como una bestia.

Heather sintió un escalofrío mientras los recuerdos llegaban a ella de nuevo.

Mientras Lorcan mantenía los ojos cerrados y la sujetaba con mucha fuerza, Heather empezó a hablarle con cariño, a intentar despertarle para que dejara de ser una amenaza para ella, sin embargo, sus palabras, ese día no parecían surtir efecto; o sí, porque mientras más se removía más él cerraba su posición para que ella dejara el forcejeo y mientras ella más hablaba con dulzura él más le siseaba las asquerosidades que le dijo esa noche en susurros tan cerca del oído y con una voz tan horrenda que Heather empezó a temer que nada podría hacer para salvarse de él en ese momento.

Pero no podía darse por vencida tan pronto.

Entonces empezó a gritarle. A llamarlo por su nombre y siguió luchando cuanto pudo.

No se iba a dejar vencer por nada en el mundo.

Cuando Lorcan arrastró los dientes en su cuello haciéndole gemir de dolor y gritó su nombre con miedo, llamando al Lorcan que ella conocía para que la rescatara de ese animal que la tenía

presa, fue el momento en el que él reaccionó y saltó, apartándose de ella espantado por lo que le hizo pasar.

Él sabía qué había sido a pesar de que estuviera dormido.

Lo vio en su mirada, así como vio arrepentimiento y dolor por hacerle ver una parte de él que no quería enseñarle.

Negó con la cabeza mientras entraba en el edificio.

Sabía que no le habló con la verdad absoluta el día que conversaron, después del primer comportamiento salvaje de él, y ella lo respetó aunque este último había sido mucho más serio y necesitaba entender qué pasaba con él.

Pero, al parecer, él se negaba a verla.

Lo estuvo llamando para poder sentarse a conversar.

No le temía al Lorcan que ella estaba aprendiendo a amar.

Le temía al otro, al que él prefería mantener entre las sombras. Cosa que era ridícula porque ese Lorcan se dejaba ver con más frecuencia de la que a ambos les gustaría y ella consideraba que lo mejor era saber todo para poder reaccionar como corresponde ante aquellas manifestaciones de ira y rabia que lo dominaban.

Suponía que esa conversación no llegaría a ocurrir y por ello se sentía mal desde hacía unos días porque aunque Lorcan hubiese representado una amenaza para ella en dos ocasiones, sabía que esa no era su verdadera esencia.

Con la que ella decidió dejarse cautivar, seducir, enamorar y quería ayudarlo, quería estar con él e intentar superar esos traumas que lo convertían en un salvaje en cuestión de instantes.

Quería saberlo todo de él.

Y algo le decía que no pasaría lo que ella tanto quería.

Quizá era lo mejor, quizá la vida lo alejaba de ella para que entendiera que era un hombre con problemas graves que tal vez no aprendería a resolver jamás.

Abatida, dejó escapar el aire de su boca y metió la llave en la puerta.

Pensó en buscarlo, ir a la oficina pero eso sería acorralarlo y no lo creía buena idea.

Lo dejaría en sus manos, como otras veces. Si les correspondía estar juntos y ella ayudarlo a superar lo que sea que él tuviera que superar, Lorcan regresaría a ella.

Heather estaba dispuesta a recibirlo porque lo extrañaba a morir.

Cuánta falta le hacía conversar con una amiga.

Y nada se sabía de Felicity.

Nada.

Dio la vuelta a la llave dentro de la cerradura alertándose al darse cuenta de que no estaba pasada con las dos vueltas de seguridad que ella siempre dejaba al salir.

Abrió con cautela la puerta, asomó un poco la cabeza en el interior de la propiedad.

Estuvo a punto de desmayarse al ver que Felicity estaba sentada en el sofá, leyendo y sonriéndole como si nada pasara.

Como si nunca hubiera estado desaparecida.

Heather corrió al encuentro de su amiga y se abalanzó sobre ella para abrazarla como nunca antes lo había hecho.

Felicity respondió al abrazo aunque se preguntaba qué ocurría y porqué su amiga tenía ese comportamiento tan extraño.

Heather lloraba desconsolada apretándola con tanta fuerza que presentía que le cortaría el aire si no se la sacaba de encima pronto.

—Heather, cariño, ¿qué ocurre? ¿Por qué me abrazas y lloras de esta manera?

Heather se separó de ella viéndola con total desconcierto.

—Felicity, estuviste desaparecida un tiempo.

Ella la observó incrédula. Más que incrédula, era expresión de asombro. De no entender de qué diablos estaba hablando Heather.

—Cariño —continuó esta—, fuiste raptada. ¿No lo recuerdas?

Felicity sintió un escalofrío horrible recorrerle el cuerpo cuando su amiga pronunció esas palabras y luego, tuvo una ráfaga de recuerdos que no alcanzó a ver con claridad y que, de alguna manera, le perturbaron.

—¿Qué te ocurrió? —Heather necesitaba saber todo lo que había pasado su amiga aunque entendía que estaba en algún estado de shock tan profundo que les costaría hacerla recordar—. ¿Recuerdas que fuiste raptada por unos hombres?

Felicity no recordaba pero sintió miedo de inmediato. Un miedo profundo que le aceleró el corazón.

Algunas ráfagas en sus pensamientos, de nuevo, le dejaron ver sombras.

Un bosque.

Los vellos de la nuca se le erizaron con ese recuerdo.

Y entendió que algo no estaba bien con ella.

—No sé de qué me hablas, Heather.

—Tenemos que llamar a la policía porque ellos te estaban buscando.

—¿Pero si he estado aquí desde que llegue del trabajo?

—¿Cuál trabajo, Felicity?

La interrogada se quedó en blanco. No sabía qué responder a eso.

¿Un supermercado?

¿Una tienda?

¿En una oficina?

No lo recordaba con exactitud.

—Llamaré al detective Byrne —Heather tomó el teléfono e hizo la llamada. El hombre le pidió que no se movieran de ahí y le indicó que de inmediato iba con ellas para tomarle una declaración a Felicity.

Heather se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza otra vez.

—La última persona que te vio bien fue Lorcan, ¿Lo recuerdas?

Felicity sintió terror profundo al escuchar ese nombre y en un acto reflejo, se llevó la mano al cuello dejándole ver a Heather que allí donde se tapaba, tenía una marca ovalada de un rosa claro que no se distinguía a simple vista pero que cuando fijabas la vista en el área, notabas que esa piel era nueva. Lo sabía ella que lo veía en el hospital a diario, marcas de heridas graves.

En el cuello.

Ella también se llevó la mano a su cuello recordando lo ocurrido con Lorcan.

Felicity la veía con duda, algo ocurría con ella.

Le nombró a Lorcan una vez más.

—Felicity, ¿lo recuerdas a él? ¿A Lorcan?

Ella negó abriendo los ojos con expresión de terror profundo.

¿Lorcan los estuvo engañando a todos?

Por su parte, Felicity no entendía qué diablos pasaba con ella y con esas extrañas imágenes que

estaba recibiendo en su cabeza. No estaba segura de qué era ese lugar ni porque estuvo allí.

Si estaba segura de algo, era que estuvo a punto de morir y aunque no recordaba nada del tal Lorcan que su amiga le mencionaba, algo en su interior le alertaba que ese hombre era un monstruo del cual debía mantenerse muy alejada.

Ronan Byrne entró en el apartamento de Heather y Felicity en silencio.

Esperó ver a Heather con una sonrisa radiante por la felicidad que le podría estar produciendo el haber encontrado a su amiga en casa, sin embargo, no era el caso.

Y no podía culparla del todo. Él también estaría un poco preocupado teniendo en cuenta la falta de memoria de Felicity.

Heather, en cuanto le saludó, le advirtió de lo extraña que estaba su amiga y de su falta de memoria.

Cuando él accedió a la vivienda, Felicity estaba sentada en el sofá, con una mano tomándose el cuello como si estuviese padeciendo un gran dolor muscular en esa zona.

Se acercó a ella y la inspeccionó por encima.

Nervios, respiración agitada, mirada perdida y esa mano en el cuello.

—Hola, Felicity, soy el detective Ronan Byrne —le extendió la mano. La chica respondió con lentitud al saludo. Tiempo en el cual Ronan tuvo los ojos sobre lo que pretendía tapar con la mano que ahora le saludaba.

«No puede ser» pensó, recordando un pasado que aun hoy lo mantenía vivo.

Se estremeció con los recuerdos y los hizo a un lado. No era el momento de pensar en lo ocurrido hacía cientos de años.

La chica retiró la mano llevándosela al cuello de nuevo.

Masajeaba la zona evadiendo la mirada del detective.

¿Qué diablos estaba pasando ahí?

—¿Cómo llegaste hoy a casa?

Felicity levantó los hombros y negó con la cabeza.

—Felicity, entiendo que quizá lo que viviste fue muy fuerte para recordar y una parte de tu cabeza lo tiene bloqueado. Es un método de defensa de la mente para no torturarnos una y otra vez con recuerdos traumáticos. Pero es necesario que recuerdes, porque necesitamos atrapar a los que te hicieron esto.

Ronan clavó la vista en el cuello y sintió la respiración de ella agitarse más.

Apretó los puños. ¿Cómo es que eso había pasado estando él tan cerca?

Necesitaba concentrarse en el caso y no adelantarse a los hechos.

—¿Quiere algo de tomar, detective?

Este vio a Heather con preocupación y negó con la cabeza.

Se sentó frente a Felicity, abrió la carpeta dejándole ver unas fotografías en las que se veía cuando ella era introducida en un coche negro por dos hombres bien vestidos.

—Sabes ¿quiénes son?

Felicity negó con la cabeza estudiando las fotos con el ceño fruncido.

Esa chica estaba recordando algo.

«Le hicieron olvidar» pensó el detective y apretó uno de sus puños otra vez.

—Esa noche —el detective Byrne tocó las fotos con su dedo índice—, saliste del trabajo y de regreso a casa, te llevaron. ¿Recuerdas ese día en tu trabajo?

—Ni siquiera recuerdo en dónde trabajaba, detective.

—Me recuerda a mí, la casa, cosas que hemos vivido juntas —acotó Heather muy alterada.

—Felicity, estabas trabajando para una compañía que da placer a hombres importantes —Felicity lo veía con absoluta confusión—. Tenías un contrato de exclusividad con el Sr. Lorcan Farkas, ¿Lo recuerdas?

La chica negó con la cabeza de nuevo pero esa negación Byrne la reconocía como «temor a recordar».

Vio cuando su mano se aferró a la marca del cuello.

Debía enfrentarla a los recuerdos que parecían estar allí. No pudieron arrancárselos por completo porque sabían que dañarían su cerebro. Ronan apretó los puños una vez más.

Tomó varias fotos más que tenía dentro de la carpeta y las fue colocando, una a una, frente a la chica.

—Necesito que te fijes bien en estos hombres, Felicity, estoy seguro de que alguno de ellos fue el que te secuestró.

Ella lo vio con dolor y aceptación.

No quería enfrentarse a lo que estaba manifestándose en sus pensamientos pero él lo necesitaba porque sabía que había un maldito vampiro ahí fuera y tenía que matarlo.

No le quitaba la vista de encima a la chica.

Quería registrar sus reacciones con los hombres que veía.

Tenía fotos de Alex J. y sus hombres más cercanos; fotos de otros delincuentes; y las fotos de las últimas personas que pudieron haberle visto el día que desapareció. Entre ellas, la de Lorcan Farkas.

Esa fue la foto que detonó los nervios en Felicity.

La chica, de inmediato, empezó a gritar intentando alejarse del hombre que veía retratado en la foto.

El detective le hizo señas a Heather, quien también estaba dejándose dominar por los nervios, para que le ayudara a calmar a Felicity.

Recogió todas las fotos y las introdujo en la carpeta mientras Heather abrazaba a Felicity que se aferró a ella y temblaba de pavor mientras lloraba y negaba con la cabeza.

—¿Qué le ocurre, detective? —Le preguntó a él y luego se volvió a su amiga—. ¿Qué te hicieron, cariño?

—Me perseguía, Heather, me dejó en el bosque y me perseguía.

Heather la vio con confusión, luego vio al detective buscando respuestas a pesar de que él no podía dárselas.

No en ese momento.

No lo entendería.

Tomó la foto de Lorcan de nuevo y se la enseñó a Felicity. Necesitaba estar seguro de su hallazgo.

—¿Este es el hombre que te perseguía en el bosque, Felicity?

La chica evadió la mirada un segundo después de que el detective le plantara la foto frente a sus ojos. Asintió y rompió a llorar aterrada.

—Necesita que le des algo para relajarse. Me quedaré con ella.

Heather corrió a la cocina y buscó en la despensa algo útil para los nervios.

Encontró unas bolsas de té que usó durante los primeros días en los que Felicity desapareció. No serían de gran utilidad pero quería creer que ayudarían en algo. El estado de Felicity era para una medicación mucho más fuerte.

No se atrevía a llevarla al hospital, no hasta saber qué diablos pasaba.

Sintió ganas de romper a llorar por haber puesto sus ojos en un demonio.

¿Quién era Lorcan Farkas en realidad? ¿Cómo es que no se había dado cuenta de lo peligroso que podía llegar a ser ese cretino?

Y con esos pensamientos, su corazón se removía reacio a creer en cada una de sus palabras.

Sin embargo, los hechos hablaban por si solos, aunque su corazón se negara a verlos.

Tenía que ser consciente de que Lorcan acabaría en la cárcel recibiendo el castigo que se merecía.

Haría todo lo posible para que pagara cada una de las lágrimas que ahora derramaba su amiga.

Sintió rabia y quiso tenerle enfrente para darle algún merecido. O al menos decirle lo mucho que lo odiaba por meterse en su vida con ese disfraz de cordero.

Por darle besos que la obligaron a ceder a sus encantos, por metérsele tan debajo de la piel que su corazón se negara a creer que ese mismo hombre del que se había enamorado era el causante del trauma de su amiga.

Sirvió el té y salió de la cocina para encontrarse con una escena que la enterneció.

Felicity dormía en el hombro del detective con el rostro relajado. Parecía que sonreía y él entonaba un cántico en una lengua que Heather no alcanzó a entender.

—¿Cómo lograste calmarla de esa manera?

Él sonrió con naturalidad.

—Cosas que aprende uno de los abuelos —dejó a Felicity recostada del sofá y le colocó una manta encima que estaba en uno de los posa brazos—. Espero que duerma por un buen rato. Si cuando despierta no recuerda nada, déjala. Ha sido mucho para ella este momento. Intentaremos más en los próximos días. Por lo pronto, daré la orden de captura contra Lorcan Farkas.

Heather sintió que se le encogía el corazón al escuchar esas palabras.

Arresto.

¿Debía mencionar lo que había ocurrido con ella?

«No» pensó. Quizá en los próximos días.

Aunque su corazón no dejaba de atormentarla, ella necesitaba estar enfocada en la realidad.

Y su realidad, parecía indicar que mientras Lorcan estuviese libre, ellas estarían en peligro.

—Lo voy a encontrar hoy mismo. Nada les va a ocurrir a ustedes. Lo prometo.

Ella le sonrió con pesar.

—No haga promesas que no pueda cumplir, cualquier policía se sabe esa regla, detective.

—Yo no soy cualquier policía, Heather.

En la mirada del detective había algo más que seguridad en su método de trabajo, percibió Heather intentando descifrar qué era.

—Le llamaré en cuanto lo tenga bajo custodia.

Recogió la carpeta y la saludó con un movimiento de cabeza, cerrando la puerta tras de él.

Pál levantó la cabeza en cuanto escuchó el movimiento de personas en la recepción.

El ambiente estaba bañado con un picor que reconocía a miles de kilómetros de distancia y que pensaba que ya no existía en el mundo.

—¿Qué diablos...?

Salió y se encontró a un hombre caminando en su dirección con la furia plantada en su mirada.

—Policía de Nueva York —enseñó la placa—. Vengo a detener al Sr. Lorcan Farkas por el

secuestro de la Srta. Felicity Smith.

—¿Usted es?

—Detective Ronan Byrne.

—Detective Byrne, mucho gusto, yo soy Pál Farkas.

El detective frunció el ceño y estrechó la mano de Pál.

A este no le gustó el contacto. Había tanto rencor hacia su especie dentro del detective que tenía la ligera sospecha de que si encontraba a Lorcan, no lo pondría en custodia.

Garret salió de su oficina y Pál supo que todo se iba a complicar.

—¿Qué ocurre?

—Felicity Smith apareció y acusa a Lorcan Farkas de haberla agredido, manteniéndola en cautiverio todo este tiempo.

Garret tensó los músculos del rostro.

—Debe haber una confusión, detective.

Pál intentaba mantener la situación controlada hasta entender con exactitud qué diablos pasaba y quién era ese hombre.

Pero como las cosas siempre estaban muy lejos de arreglarse, sobre todo cuando las tensiones estaban en estado crítico, Klaudia apareció con una de sus chicas en el momento menos indicado.

El detective la vio con sorpresa primero y luego, su expresión cambió dejando en claro de nuevo el odio que llevaba en su interior.

Ella, por el contrario, le sonrió con sorna.

—Detective, qué le trae por aquí.

—¿Me va a decir en donde está Lorcan? —preguntó directamente a Pál, su mirada era retadora. Ese hombre quería pelea y era con ellos. Con su especie.

¿Cómo se podían complicar tanto las cosas en un solo momento?

¿Cómo era que tenía ante él un sobreviviente de aquella matanza?

Klaudia rascó con delicadeza su nariz. Gesto que delataba que el aroma del hombre le molestaba en su sensible olfato.

—Lorcan no está aquí, detective. ¿Tiene una orden de arresto?

El detective se la extendió. Los observaba y analizaba a cada uno de ellos.

—Pues tenemos varios días sin saber en dónde hallarlo.

—No me crea estúpido, Sr. Farkas. Que la familia siempre se protege aunque tengan criminales en ella.

A Pál, aquellas palabras no le gustaron en lo más mínimo.

—No entiendo a qué se refiere, detective. Le invito a que hablemos en privado en mi oficina.

Byrne vio a su alrededor.

—No tengo nada que hablar en privado con ustedes. Dígame a Lorcan, que lo encontraré y que, luego, le haré jugar al juego en el que mantuvo a Felicity. Solo que esta vez, será él la presa y yo el cazador.

Pál sintió el golpe bajo en su pecho.

Aquella amenaza iba a traer graves consecuencias.

Garret diseminó la ira en cada rincón del lugar, era casi imposible mantenerse sereno con tanto caos que salía del interior de su sobrino.

Y antes de que pudiera pedirle que se calmara, Garret se excusó y salió de las oficinas como alma que llevaba el diablo.

El detective lo vio salir y sonrió.

—Quizá lo encuentre antes de lo que espero —sonrió con ironía sin dejar de mostrarse

desafiante y salió detrás de Garret.

Pál se quedó en blanco en el centro de la recepción.

—Lorcan está en claro peligro.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Encárgate del detective, Klaudia. Y no te quedes a solas con él. ¿Entiendes? Yo me encargaré de Felicity.

Klaudia asintió.

—¿Y Lorcan?

—Garret y él estarán ocupados en el refugio. Intentaré aclarar qué ocurre y luego iré al refugio.

—Se habrán matado para cuando llegues.

—No. Confío en el buen juicio de Garret aunque esté dominado por la ira en este momento — vio a Klaudia con gran seriedad—. Ronan Byrne no es quien dice ser. Ve con cuidado y no te relaciones con nosotros. ¿Entendido?

—Te dije que sí, Pál.

—Te veo al anochecer en mi casa.

La dejó y salió directo a resolver un asunto a la vez.

Lo primero era hablarle con la verdad absoluta a Heather para poder aclarar lo ocurrido con Felicity.

Lorcan nada tenía que ver.

Alguien más, aparte de la tonta de su hermana de la que llevaba varios días sin saber, le hizo algo a esa pobre chica y ella lo confundía con Lorcan.

La mirada de Byrne se hizo presente de nuevo en sus pensamientos.

Negó con la cabeza.

El pasado siempre terminaba alcanzándoles de una manera o de otra.

Ese pasado que todos, especialmente Lorcan, luchaban por olvidar.

Capítulo 20

Pál se alisó el traje mientras esperaba que respondieran a su llamado al otro lado de la puerta.

Se percató de las sombras detrás de la mirilla y olfateó la preocupación dominar el ambiente.

—Heather —dijo en voz calmada y observando a la puerta. Sabía que ella se encontraba al otro lado—. No sé qué ocurrió entre Lorcan y tú, pero es necesario que hablemos de lo que ocurre con Felicity.

Silencio.

Por su parte, Heather se debatía entre abrir la puerta o no.

Su sentido común la obligaba a permanecer a resguardo dentro de su casa; con ese hombre que podía ser tan peligroso como su sobrino fuera de la vivienda y alejado de Felicity.

Sin embargo, su amor hacia Lorcan la obligaba a abrir la puerta.

Tenía que dejar acceder a Pál porque necesitaba escuchar todo lo que él tenía que decir.

—Heather, escucha, no pienso irme sin que tú y yo tengamos la conversación que Lorcan ha debido mantener contigo desde que descubrió que te ama.

Heather tragó grueso, no se esperaba aquella revelación, su corazón dio un brinco tal que pensó iba a salirse de su lugar.

Pál pudo oler la curiosidad, la emoción salir de ella.

—Es imposible que Lorcan le haya hecho daño a ella. No es un santo; y pienso contarte gran parte de su vida, pero te juro que no fue él quien le hizo daño y para saber quién fue, necesito estar en contacto con ella.

Duda.

—No voy a lastimarlas —continuó—, lo juro por la memoria de mi adorada Katharina.

La puerta se abrió.

—¿Quién era Katharina?

Pál sonrió, las mujeres siempre sentían curiosidad por las historias de amor.

—Mi difunta esposa.

—Lo siento —Heather lo vio con la compasión en su mirada. Ella también había perdido a gente que amaba y sabía cuál era el sentimiento de Pál al respecto—. Pasa.

Pál accedió en la vivienda y respiró con profundidad.

El ambiente parecía estar tranquilo, sin embargo, en el fondo, quedaban restos de ansiedad, terror, angustia.

Felicity.

—¿Puedo ofrecerte algo de tomar?

—¿Tienes alcohol?

Heather rio con sorna.

—Vamos a la cocina, así hablaremos con mayor tranquilidad —señaló la puerta que estaba entre abierta de la habitación que suponía era la de Felicity.

Se dejó guiar por Heather sentándose en una silla de la pequeña mesa que estaba en la cocina. Era un lugar acogedor.

Se sentía como un hogar.

Pensó en cuánto extrañaba tener uno.

Heather sirvió los tragos, ella también lo necesitaba, le alcanzó a él uno de los vasos.

La chica se sentó frente a él.

Entre ellos estaba la mesa y la ventana sobre esta, que les daba una vista cualquiera de la ciudad. Un edificio más, de los muchos que había en Nueva York con una calle llena de gente y coches.

Pál seguía pensando que, aun así, aquella casa era un verdadero hogar.

—Entonces, me gustaría saber más de Katharina.

Pál bufó con una sonrisa dulce.

Heather lo detalló.

Era un hombre elegante, de buen porte, educado y además, hermoso. Su mirada parecía hablar de muchos más años vividos que los que su cuerpo exponía.

Quizá había vivido cosas muy duras.

Pál vio como ella le estudiaba y la dejó.

Le serviría para que entendiera todo lo que estaba a punto de decirle. Lo mismo hizo con Katharina cuando le tocó conversar con ella sobre su verdadera naturaleza.

—Katharina fue la mujer de la que me enamoré. La conocí en un baile en Viena y desde que la vi no pude separarme de ella. Era dulce, única, llena de pasión y de comprensión —vio a Heather—. Por aquel tiempo, yo estaba en Viena de paso, ya estábamos instalados en Estados Unidos desde muchos años antes. No tuvimos un inicio fácil, a ella también le costó entender un poco a nuestra familia, pero al final, el amor la convenció de que todo estaría bien y pudimos ser inmensamente felices. La extraño cada día de mi vida —Hizo una pausa mientras mantenía el recuerdo de su mujer en su cabeza—. Recuerdo que había regresado de Inglaterra porque estaba siguiendo a Klaudia, era necesario que la encontrara y la llevara conmigo de nuevo a casa.

—¿Klaudia? ¿La jefa de Felicity? —Pál la vio con suspicacia, asintió. Ella sola iría atando cabos—. Usted me dijo que son amigos.

—Somos familia, muchacha. Klaudia es mi prima hermana. Es una historia muy larga. Mi abuela, La Condesa Etelka Bárány tuvo cuatro hijos en su matrimonio con Pál Sólyom. De los cuatro, tres murieron y solo una sobrevivió, mi madre Aletta. Antes de que mi abuela contrajera nupcias, tuvo un hijo bastardo con un campesino y el niño, una vez nació, fue llevado lejos y criado por la mujer que atendió el parto de mi abuela.

Le gustaba la atención con la que Heather escuchaba.

—Kristof Sas se llamaba ese niño y es el padre de Klaudia. Es por ello que somos primos hermanos. La historia es mucho más larga y confío en que tendremos mucho tiempo para darte detalles. Ahora nos interesa que sepas la verdad de nuestra naturaleza.

Un cambio drástico ocurrió en el ambiente y Heather se llevó la mano al cuello alertando a Pál de que algo no muy bueno le había ocurrido con Lorcan.

—¿Te lastimó?

Heather lo vio con sorpresa.

Negó con la cabeza y desvió la mirada.

Le mentía.

—Heather, necesito que me digas la verdad, yo te diré todo lo que necesitas saber. Lorcan me dijo, hace varios días, lo que siente por ti y lo mucho que temía por ese sentimiento, por lo que podía ocurrir entre ustedes si se desataban sus monstruos estando contigo.

—No me lastimó; creo que estuvo a punto de hacerlo.

Entonces le contó todo lo que ocurrió las dos veces en las que Lorcan se mostró agresivo y dominante con ella.

Pál se frotó el rostro con las manos y se sirvió otro trago que lo bebió de inmediato.

Negó con la cabeza.

Aquello no hacía más que empeorar.

Ahora entendía por qué Lorcan había decidido desaparecer en el refugio. Y sabía que nada lo sacaría de ahí porque su bestia intentó lastimar a Heather.

Pál temía por que cometiera una estupidez.

Heather estaba nerviosa, no podía culparla. Se estaría llenando de preguntas.

—¿Qué me esconde Lorcan? —Preguntas que no se guardaría. Era directa—. ¿Tiene algún problema psicológico y por ello ataca mujeres? Porque está claro que...

—No fue él, Heather, no te atrevas a pensarlo, por favor —Heather mantuvo el silencio. Si su corazón le hubiese podido sonreír lo hubiese hecho con sobrada ironía, porque estaba harto de advertirle que Lorcan no les haría daño. Su corazón le invitaba a confiar ciegamente en él.

—Es que no tiene consciencia cuando lo hace, Pál. Pareciera como si sufriera un...

—Bloqueo —Pál asintió—. Lo sufre y no recuerda muy bien lo ocurrido cuando reacciona. Pero te aseguro que si ha sido capaz de reaccionar es porque su lado consciente le impide sucumbir a su ira y nublarse por completo.

—¿Por qué no se ha puesto en tratamiento?

—Porque no somos normales, Heather, y eso es lo que Lorcan no quería decirte. Esa es la verdad que necesito que estés lista para asumir.

Heather dejó salir su ansiedad que invadió las fosas nasales de Pál.

—Mi abuela, nació en 1560 y su ambición la llevó a hacer un pacto con un demonio que...

Heather empezó a reír nerviosa.

Era normal, Katharina lo había hecho de la misma manera.

—Pál, por Dios, deja de decirme estupideces.

—Somos vampiros, Heather.

La chica dejó de reír en el acto y lo vio con seriedad. La misma que reflejaba el rostro del hombre.

—Los vampiros no existen, Pál.

—No como los pintan las leyendas. Es obvio que no podemos convertirnos en murciélagos y tampoco corremos como *Flash*; aunque sí podemos ser un poco más rápidos y ágiles que ustedes. No podemos consumir sangre de animales porque nos emborracha, no morimos con estacas en el corazón pero créeme que sí podemos morir cuando nos arrancan la cabeza; y sí, tenemos algunos poderes adicionales como el olfato más desarrollado al igual que el oído y algunos gozamos de habilidades superiores a las de los humanos.

Heather lo veía con real asombro. Pál se aprovechó de su falta de reacción para seguir dándole información necesaria que le llevaría a conocerles mejor.

—Por supuesto, debemos consumir sangre de humanos, del sexo opuesto, para que podamos sobrevivir así como también debemos consumir psique, que es energía, para tener una saciedad completa. Podemos ser muy inestables si consumimos de una cosa y no de otra.

Necesitaba darle una demostración, la chica no acababa de creerse nada y estaba uniendo hechos en su cabeza. Sus cambios de ánimo repentinos se lo dejaban saber.

Pál empezó a absorber psique de Heather.

—¿Sientes ese cansancio?

Ella abrió los ojos con sorpresa y miedo.

—Estoy absorbiendo de tu psique.

—Lorcan lo ha hecho antes —Heather acotó con rapidez. Recordó las veces que se sentía con

sueño y abatida de repente estando en presencia de él.

Pál finalmente se relajó. Ella se mostraba receptiva.

En realidad amaba a Lorcan y sus sentimientos le dejarían aceptar todo lo que él fuera porque en el fondo sabía que encontraría la manera de ayudarlo.

—Lo hizo desde el primer momento en el que te vio. Tu desmayo en la oficina la primera vez que nos visitaste, no fue causado por la angustia de no encontrar a tu amiga. Eso lo hizo Lorcan porque tus emociones lo desestabilizaron. Lorcan tenía años sin sentir emociones en su interior. Él mismo se impuso esas barreras pero tú, el primer día que estuviste frente a él, rompiste con cada una de esas barreras que lo protegían de las emociones humanas.

Pál hizo una pausa para pensar muy bien sus siguientes palabras. Le contaría cuanto pudiera aunque habría cosas que quedarían para que fuese Lorcan quien se las contara porque no era asunto de él contar partes tan íntimas y profundas de lo que ese muchacho había tenido que vivir.

—Te escucho. Quiero saber todo lo que ocurre con él.

—¿Lo amas? —Pál ya sabía la respuesta a su propia pregunta, solo quería saber si ella estaba consciente de lo que de verdad se movía en su interior por Lorcan.

Ella formó una línea delgada con los labios y asintió con la cabeza.

—No sé si es bueno o malo amar a uno de ustedes. Sé que puedo correr peligro con él y no te voy a negar que después de la última experiencia me dé miedo pensar en estar a solas a su lado, sin embargo, quiero entender qué pasa con él —Observó por la ventana y luego clavó la vista en los ojos de Pál—. ¿Por qué Felicity estaba con él? ¿Cómo es que le tiene terror? ¿Por qué él la agredió? Si nos juró a todos que sería capaz de haberle hecho algo a ella —Pál la vio con duda, lo afirmaba como si lo hubiese presenciado—. Ella no lo contó —le respondió Heather entendiendo su reacción—. Tengo años siendo enfermera, Pál, y sé reconocer una herida profunda que está sanada. La piel es diferente. Felicity tiene una marca de algo importante en el cuello —Heather observó la boca de Pál—. Lo que quiere decir que tampoco tienen esos afilados colmillos que nos cuentas en las leyendas.

Este la vio con mediana diversión y negó con la cabeza.

—Es por ello esa marca que viste en el cuello de tu amiga, es una mordida real, de depredador. Y es por ello que Klaudia ha hecho grandes avances para nosotros. Porque, antiguamente, las personas de las que nos alimentábamos acababan muriendo por la infección de la herida. Nuestros dientes rompen la carne con más facilidad que los tuyos. Ojalá pudiéramos tener una dentadura más delicada como esos delgados colmillos que enseñan en las películas —bufó divertido y ella lo veía con confusión. De seguro lo consideraba una abominación de la naturaleza, más cuando pensaba de esa manera porque tomaba vida de las personas. Estaba acostumbrado a ese pensamiento—. Nacemos así, Heather. Es una maldición que acompaña a la familia desde que la Condesa pactara con el demonio que la convirtió a ella. La maldición se salta una generación. Así que tenemos humanos y no humanos en nuestra familia. La mayoría de nosotros no quiere esto, es lo que nos toca vivir y así lo aceptamos. Intentamos no hacer daño, lastimar a inocentes. Klaudia, como te dije antes, ha hecho grandes cosas para mejorar nuestra vida y que no representemos una amenaza para la humanidad —Otra pausa. Dejaba que la chica procesara poco a poco todo lo que le iba diciendo—. La compañía en la que Felicity trabaja, y que Klaudia administra, sí es de prostitutas normales pero también, recluta a gente que está dispuesta a servirnos de alimento sin sufrir más que un pequeño corte en la muñeca, ingle o el cuello. Felicity pertenecía al grupo de prostitutas normales, que trabajan con humanos, al parecer llegó ante Lorcan porque hubo una confusión de direcciones de clientes ese día en el que se conocieron y luego...

—Lorcan se alimentaba de ella.

Pál negó con la cabeza.

—No —la vio a los ojos—. Pagó por ella la exclusividad porque no quería que nadie más le hiciera daño y porque con ella consiguió calmar todos sus demonios aunque no obtenía alimento seguro, ni lograba sentir emociones. Lo que le hacía igualmente inestable. Me confesó que Felicity era buena y no merecía todo lo que le había pasado en la vida. Se sacrificó por ti como él lo hizo por nosotros, ahí encontró una similitud que le obligó a ayudarla y protegerla.

Ahora fue Heather quien se frotó la cara con ambas manos.

—Siento que estoy en una película.

—Que más me gustaría que decirte que lo estás, pero no querida, y tienes que asumir todo cuanto antes porque creo que Lorcan está a punto de cometer una maldita idiotez.

Ella lo vio con temor y él sintió el cambio en el ambiente.

—No me corresponde a mí decirte lo que él ha tenido que vivir porque sus pesadillas son solo de él, solo te puedo decir que se convirtió en el verdugo más monstruoso de la Inquisición porque fue su manera de salvarnos a todos. Se entregó a cambio de que nos dejaran vivir al resto de la familia y por ello tuvo que pagar un precio muy alto, Heather. Lo sometieron a torturas terribles y luego, a hacerles esas cosas a otras personas —Pál sintió cuando se le quebró la voz y los ojos le ardieron. No había un día de su vida en la que no pensara en las desgracias que tuvo que vivir Lorcan para poder sobrevivir y hacerles vivir tranquila al resto de la familia—. Lorcan nació con el poder de la empatía siente como propias las emociones ajenas.

—Dios santo.

Heather comprendió el horror que tuvo que experimentar en su tiempo de Verdugo.

—Fueron momentos muy duros para él y aprendió a bloquear ese poder empático para no sentir más. Apagando por completo su humanidad, convirtiéndose en un monstruo de verdad.

Hubo un silencio.

—Cuando pudo salir de ahí —continuó Pál—, tuvo problemas para adaptarse de nuevo a la vida cotidiana porque en su sistema solo había sed de violencia, sangre, sexo y muerte.

Heather recordó el último momento de angustia junto a él.

Se llevó una mano a la boca.

—Hizo cosas malas, muy malas. De las que solo él podría hablarte. Yo le ayudé a salir de ese hueco oscuro en el que se encontraba y le enseñé a controlar a su bestia interior. Lamentablemente ha tenido recaídas. Sobre todo cuando intenta dominar a la bestia.

—Eso me sometería a mí a un constante peligro.

Pál negó con la cabeza.

—Lorcan no podía tener sexo con nadie si no lastimaba a la otra persona, Heather. Y solo contigo lo logró. Eres su sanadora.

—Pál, estuvo a punto de atacarme el otro día. Fue un momento aterrador. Me sentí desvalida, pensé que toda mi vida terminaría ahí y lo que más me aterraba era cómo iba a acabar todo porque estaba segura, por cada una de las palabras horribles que salieron de su boca esa noche, que me haría sufrir.

—Porque algo activó en él la sed de sangre —la vio con determinación—. Un pequeño corte. Una gota de sangre seca en cualquier lado, Heather. Una herida abierta que no esté sangrante, nos produce ansiedad y urgencia. Cualquier rastro de sangre nos altera, más si llevamos tiempo sin alimentarnos bien. Hayamos vivido o no lo que Lorcan vivió. La maldición siempre tiene su lado oscuro y nos hace comportarnos como animales cuando estamos sometidos a determinadas presiones; y a eso, sumamos sangre —Se mantuvo en silencio unos segundos para después continuar—: querida, nuestra esencia nos exige entregarnos al ser amado al completo pero a

cambio, exigimos la misma entrega.

Heather entendió lo que Pál quería decirle.

De todas maneras, este le aclaró todo.

—Cuando encontramos a esa pareja que nos lleva a vivir cosas que nunca antes hemos vivido con nadie y de la cual sabemos que no podremos olvidarnos nunca, necesitamos consumir de su sangre y su psique al mismo tiempo para poder sentirnos saciados completamente —no apartaba la vista de los ojos de ella—. Es lo que nos mantiene en paz, serenos. El proceso es delicioso para ambos integrantes de la pareja porque se encuentran en una verdadera conexión. Nosotros dejamos de representar un peligro para el resto de las personas, incluyendo esa que amamos porque siempre estamos saciados. Con Lorcan, debes sumar el sexo en esa comunión para mantener a su bestia en paz.

Heather sentía que estaba recibiendo demasiada información que parecía salir de un libro de fantasía juvenil.

Vampiros.

Era de locos.

Y aun siendo de locos, quería saber más. Su curiosidad necesitaba más información sobre ellos.

Más información sobre Lorcan. Le urgía verlo.

Pál sonrió tras percibir todos los cambios de aroma en el ambiente. Ella se debatía por lo que debía creer, lo que era correcto y lo que en realidad quería hacer.

El impulso dominaba toda la estancia.

—Lo verás, porque él lo necesita pero no hoy.

—¿Por qué?

—Porque en este momento empezará a darse de puños con su hermano quien está furibundo porque cierto detective, del cual pido que te cuides, nos visitó diciendo que Lorcan tenía una orden de arresto por atacar a Felicity. Lorcan y Garret comparten una triste historia de la época en la que Lorcan fue Verdugo. Es esa tristeza y rabia saca lo peor de Garret justo ahora que decidió colocar sus ojos en Felicity. Ya te enterarás mejor de todo. Además, no sé en qué condiciones está Lorcan —Heather se removió con preocupación—. Teníamos muchos días sin saber de él, después de todo lo que me contaste que ocurrió entre ustedes, entiendo por qué y puedo suponer sus intenciones. Así que no debe estar en condiciones de recibir tu visita y no sería positivo que lo vieras en el estado en el que debe estar. Te llevaremos al refugio una vez resuelva un par de cosas.

—¿Refugio?

Pál asintió.

—Lorcan necesita un lugar privado para darle rienda suelta a sus demonios sin ser peligroso.

Heather tragó grueso y prefirió no preguntar más, recordando la advertencia sobre el detective que Pál acababa de hacerle.

—¿Por qué debo cuidarme del detective?

—No es quien dice ser.

—¿Es un vampiro también?

Pál negó con la cabeza viéndola a los ojos.

Ella abrió los suyos, estaba sacando conclusiones.

—¿No me dirás que es un hombre lobo?

Pál sonrió, necesitaba ese tipo de comentarios para poder liberar la tensión que llevaba encima.

—No, querida, los lobos son mágicos y son solo ciertos lobos y solo son para las brujas.

—¿Brujas?

Pál asintió.

—Te dije que podremos conversar de todo lo que quieras cuando todo esto pase. Puedo darte los detalles más interesantes de toda nuestra historia en otro momento, no ahora. El detective no es humano por completo y es de cuidado. Confía en mí.

Ella asintió y le palmeó la mano que Pál tenía sobre la mesa.

—Lo hago. No sé por qué; porque siento que estoy metida en un sueño muy gracioso y fantasioso aunque aquí —se llevó una mano al pecho—, algo me dice que debo confiar en todos ustedes.

—Eres de las nuestras, muchacha. Estás destinada a Lorcan. Si no, ya habrías corrido en busca de ayuda.

—¿Cómo hacemos para ayudar a Felicity?

Pál agachó la cabeza avergonzado.

—Mi hermana tiene que ver en esto, Heather. Temo que alguien más estaba actuando con ella y que ella misma corre algún peligro porque tengo varios días que no sé nada de sus movimientos. Una bruja poderosa ha debido hacerle olvidar parte de lo vivido a Felicity; y mi hermana cuenta con una de esas brujas. Lo que no entiendo es por qué no le borró la memoria al completo —la tomó de las manos—. Puedo ver en el interior de Felicity lo que vivió. ¿Me permitirás acercarme a ella?

Heather asintió con seguridad.

—Está dormida ahora.

—Lo sé y es mejor así.

Heather se levantó y guio a Pál hasta la habitación de la chica que dormía plácidamente. Pál absorbió un poco de la psique de ella, para que sucumbiera en un nivel más profundo de sueño.

Felicity dejó escapar un suspiro y fue la señal para Pál.

Se acercó y retiró el pelo que le caía de forma deliberada sobre el cuello.

En efecto, tenía la marca de una gran herida.

Una herida que había sido abierta múltiples veces y que por la forma en la que había cicatrizado, dejaba en claro que de no ser por la bruja que le borró la memoria, esa herida habría sido mortal para Felicity así no le hubieran drenado la sangre al completo.

Colocó con delicadeza una mano en la frente de la chica que dormía y cerró los ojos.

Las imágenes tardaron en llegar porque la mente de ella estaba en estado pasivo. Efectos secundarios del poder de las brujas cuando borraban la memoria.

Vio a la bruja que acompañaba siempre a su hermana curando a Felicity en una casa que desconocía, pero estaba en la ciudad.

Las heridas de Felicity eran terribles.

Hechas por un maldito animal, las tenía en todo el cuerpo. Esa del cuello era la peor, claro estaba.

Todo lo que sufrió fue mental, alguien le infundió el pensamiento de que Lorcan la perseguía en el bosque, creía que veía a Lorcan aunque la figura entre las sombras no era su sobrino. ¿Quién coño era?

El miedo de Felicity era agobiante y no podía culparla.

El dolor de las heridas sería insoportable, la debilidad que tuvo que sentir por la succión de sangre; quién sabía cuantos días estuvo en ese bosque sometida a las bajas temperaturas.

Ese alguien que se movía entre sombras, la dejaba escapar para jugar con ella al gato y al ratón.

La sensación de la caza para alguno de ellos era un éxtasis.

Y entonces, llegó a la escena en la que Felicity se sentía desvanecer. Flotaba y alcanzó a escuchar voces.

Su hermana reclamándole a alguien el «casi» matar a la chica.

Abrió los ojos sabiendo quién era el responsable de toda aquella desgracia en la que la familia se veía involucrada.

Finalmente Gabor, su nieto, estaba dejando salir la maldad que él siempre supo que existía en su interior.

Capítulo 21

Garret llegó al refugio como un demonio.

Las aletas de la nariz se le expandían con cada inspiración que hacía para intentar conseguir calma.

Tenía unas inmensas ganas de romperle la cara a golpes a Lorcan.

Desde que escuchó al detective diciendo que tenía una orden de arresto para Lorcan porque Felicity, su Felicity, lo acusó de mantenerla en cautiverio y atacarla, lo único que pensaba era en sangre y pelea.

En Diana también pensó.

Como siempre hacía cada día y cada vez que ocurría un altercado con Lorcan que involucrase a Felicity.

¡Dios! ¿Cómo estaría ella?

Se encargaría de cuidarla. Lo haría con devoción absoluta porque quería que se recuperara y que se enamorara de él.

La conquistaría pero primero, sí, primero le daría su merecido al imbécil de Lorcan.

Golpeó la puerta del refugio con tanta fuerza que esta cedió.

No le sorprendió, era una casa vieja y descuidada.

—¡Lorcan! —No obtuvo respuesta—. ¡Lorcan, con un demonio, te juro que voy a acabar contigo en cuanto te vea!

Apresuró los pasos accediendo a la habitación en la que estaba la trampilla para bajar al sótano.

Abrió y bajó las escaleras.

Sus ojos tardaron en acoplarse a la oscuridad que reinaba en el lugar. Sintió la presencia de su hermano allí, por ello continuó.

Aunque la sentía débil.

Frágil.

El maldito seguramente tenía remordimientos de conciencia como ocurrió cuando ataron cabos con lo de Diana.

—Prepárate porque te lo juro que esta vez si te voy a moler a golpes.

Amenazó Garret que caminaba enfurecido en el pasillo húmedo de tierra.

La puerta del sitio en el que su hermano se refugiaba estaba abierta.

Entró con cautela porque sospechaba que Lorcan podía atacarlo por sorpresa.

No se veía nada.

Escuchaba la respiración débil y pausada de su hermano y entonces, olió.

Sus fosas nasales se expandieron al máximo con el olor del líquido vital que los alejaba de la sequía.

Sangre.

La boca se le secó de inmediato y recordó que llevaba varias semanas sin alimentarse.

Encendió la linterna de su móvil y siguió accediendo al lugar con cautela porque no sabía qué demonios se iba a encontrar.

Esperaba encontrar una escena de esas que podían encender aún más su ira, si aquello era

posible, para así encontrar la fortaleza de entregarse en una lucha a muerte con su hermano.

Estaba harto de esas luchas entre ellos y Lorcan parecía ser un peligro constante.

«Cálmate» escuchó en su interior, esa voz sabía que a veces confundía con Diana. Parecía que la mujer, a veces, le hablaba en su interior pero ese no era el día para escucharle porque no quería paz ni calma, quería puños, pelea y sangre.

Cobrase el sufrimiento de la mujer en la que había decidido fijarse después de tantos años de sufrir por Diana.

Y no iba a permitir que la historia se repitiera.

No.

Esta vez, si tenía que acabar con su hermano, lo haría.

«Cálmate, te necesita» escuchó de nuevo en su cabeza frunciendo el ceño con rabia.

Alumbró el calabozo en cada rincón, no lo encontró. Inspiró con fuerza al notar que el olor a sangre se hacía cada vez más penetrante.

En dos zancadas entró en la habitación contigua, en la que estaban las camillas de acero inoxidable y las herramientas de dominio sexual de Lorcan y fue cuando sintió la pena más grande de su vida.

Incluso mayor que la que sintió cuando se enteró de la muerte de Diana.

El corazón se le encogió de tal manera que la rabia se le esfumó en el acto y corrió a la camilla en la que yacía su hermano lleno de heridas que en un humano podrían ser mortales. Estaba acostado sobre un gran charco de lo que era su propia sangre.

Tenía armas clavadas en todo el torso, piernas, brazos.

El cuello lleno de laceraciones.

¡Dios!

Apenas si parpadeaba.

—Lorcan por el amor de dios ¿qué diablos hiciste? ¿qué pasa contigo?

Empezó a sacar las armas clavadas en el torso de su hermano, este ni se inmutaba.

De las heridas brotaba sangre pero ya no quedaba tanta sangre en su organismo, la debilidad hacía cada vez más lenta la capacidad de curación y aunque no moriría, entraría en sequía pronto.

Había intentado arrancarse la cabeza.

Apartó la espada, con la que su hermano peleó tanto en el pasado; con la misma que le arrebató la vida a sus enemigos en combate.

«La misma que mató a Luk» pensó Garret en ese momento en el que no se le hacía nada agradable pensar que moriría otro de sus hermanos. Aunque hacía unos instantes estaba dispuesto a matarlo él mismo.

Entendió lo que aquellas palabras en su cabeza significaban.

Quizá era Diana, quizá era simplemente su juicio indicándole que debía actuar con cautela en vez de dejarse dominar por la ira.

La misma ira que dominaba a Lorcan y lo llevaba a cometer las cosas de las que luego se lamentaba.

Sacó con rapidez todas las armas sin apartar la vista de los ojos del moribundo.

—No... —Lorcan intentaba hablar, le era imposible.

—Cállate, idiota, que por tu grandiosa idea de desangrarte no puedo patearte el trasero. Mírame a los ojos —Lorcan lo hizo, la mirada estaba llena de vergüenza y odio hacia sí mismo—. Júrame Lorcan que no le tocaste un pelo a Felicity.

La duda apareció en los ojos de Lorcan y a Garret no le hizo falta saber nada más.

Cuando fue a moverlo, Lorcan lo detuvo por un brazo.

—Te... lo... dije. No... —no era capaz de hablar bien, estaba muy débil y Garret sintió una enorme preocupación por él.

—Apareció. Alguien la lastimó —la mirada de Lorcan se llenó de furia y Garret sintió el cambio de su esencia. No le gustaba lo que le dijo, pues usaría eso para que se dejara de tonterías y se levantara de la maldita mesa espantosa en la que estaba acostado—; necesito que te levantes de ahí y te pongas bien porque me tienes que ayudar a encontrar al desgraciado que le hizo daño. Fue algo grave, Lorcan. Intentaban cazarla.

Lorcan intentaba hablar, las palabras se le aglomeraban en el pecho de tal manera que de lo único que fue capaz fue de soltar un grito de guerra y furia ensordecedor que Garret supo identificar de inmediato.

Quien quiera que hubiera lastimado a Felicity tendría que esconderse muy bien porque Lorcan lo perseguiría hasta darle muerte y él no haría nada por calmar a su hermano, al contrario, sería su aliado en esa búsqueda porque, entre los dos, le darían un merecido al mal nacido.

Lorcan despertó con un sobresalto que lo sentó en la cama en el acto.

Tenía la respiración agitada y los pensamientos revueltos.

¿Qué ocurrió? ¿Cómo llegó a la habitación de la cabaña?

Garret estaba frente a él, el contacto con su mirada le empezó a traer los recuerdos de los que estuvo tratando de huir.

Heather. Estuvo a punto de atacarla.

Se aferró a la sábana con fuerza y Garret estudió su movimiento.

—Quiero que me expliques por qué tenías varios días desaparecido, y qué te llevó a meterte en el estado en el que te encontré.

Lorcan se acostó de nuevo y vio al exterior de la propiedad por la rendija que formaban las cortinas. No estaban completamente pasadas y alcanzaba a ver el bosque que tanto le gustaba.

Le relajaba.

Heather.

El corazón se le encogió de pensar en ella, de saber que no podía volver a acercarse a ella.

De seguro la chica no querría ni verlo.

Le tendría miedo y no la culpaba.

—Lorcan, habla.

Lorcan suspiró profundo, no quería hablar de eso pero sabía que Garret no lo dejaría en paz.

Además, ¿qué hacía Garret ahí?

Lo observó con confusión y se sentó con lentitud en la cama, apoyando su espalda del cabecero de la misma. El cuerpo le dolía como si lo hubieran molido a golpes y estaba lleno de cicatrices.

Entonces sí que llevó a cabo su plan y su hermano llegó en el momento menos indicado.

Un *flash* regresó a su mente enseñándole la expresión de rabia profunda que llevaba Garret en la mirada cuando lo encontró en el sótano.

Él mismo sintió agitación en su interior.

—¿Qué haces aquí?

Garret lo observó con una ceja levantada.

—Yo pregunté primero y aunque lo que me trajo hasta aquí es muy importante para mí, vamos a conversar primero de tu intento de suicidio. ¿En qué demonios pensabas?

—¿En qué más, Garret? Lo mínimo que esperaba que me llegara era la sequía y aceleré el

proceso porque sabía que ustedes llegarían en cualquier momento. La sequía es lo mínimo que me merezco.

—¿Qué te ocurrió?

Lorcan respiró profundo de nuevo, cruzó las piernas para apoyar los codos en ellas mientras encontraba la forma de contarle a su hermano que por poco devora, literalmente, a Heather.

El corazón se le encogió otra vez.

Y sintió escozor en los ojos, picor en la garganta.

Garret olfateó y lo vio con sorpresa.

Su hermano nunca, o casi nunca lloraba, no de la manera en la que quería hacerlo en ese momento y sus pensamientos se unieron a las acciones de Lorcan que no pudo soportar más tanto peso de sus emociones y rompió a llorar como un niño pequeño.

Garret no sabía cómo actuar al ver a su hermano, el guerrero, el que era todo un peligro, reducido a lágrimas, culpa y vergüenza.

Dolor también. Sí, mucho dolor y miedo.

Era su hermano, debía darle consuelo.

Se sentó en el borde de la cama y lo abrazó con fuerza.

Lorcan lo agradeció. Lo necesitaba.

Así estuvieron un rato en el que el silencio entre ellos era interrumpido de vez en cuando por el hipar del llanto de Lorcan.

Después hubo completo silencio por unos minutos.

Garret se separó un poco de él y se vieron a los ojos.

—Estuve a punto de lastimar seriamente a Heather.

Garret abrió los ojos con sorpresa cuando sintió que ese miedo que salía de Lorcan estaba relacionado con esa mujer.

—Dos veces —continuó diciendo Lorcan con los ojos hinchados y enrojecidos del llanto, pero brillaban cuando hablaba de ella. ¿La amaba?

Entonces, el mayor de los Farkas se dedicó a contarle cómo ocurrieron las cosas entre él y Heather. No se guardó nada para él, ni siquiera los momentos de intimidad. Necesitaba contárselo a alguien porque creía que todo lo que vivió junto a ella fue una ilusión.

Garret no podía más que sentir lástima de su hermano.

Tenía que encontrar la manera de que él y esa chica arreglaran las cosas.

—¿Por qué no seguiste los consejos de Pál, Lorcan? Has debido hablar con ella.

Lorcan bufó.

—¿Te estás dando cuenta de lo que estás diciendo?

—No es un imposible, Katharina aceptó a Pál; Mary Sue sabía de tu naturaleza y también te aceptó. Diana sabía de la mía y no le importó.

Garret se entristeció pensando en Felicity y en lo que le tocaría vivir con ella. No se daría por vencido sin empezar la batalla, obviamente, aunque sabía que no sería fácil por la naturaleza del ataque que sufrió.

Pál no le había explicado mucho cuando le llamó para decirle en qué condiciones encontró a su hermano. De igual manera algo le decía que no recibiría las mejores noticias.

Lorcan percibió los sentimientos encontrados de su hermano.

—¿Tú se lo dirías a Felicity?

Garret levantó la vista con sorpresa. No recordaba lo que hablaron en el sótano, estaría demasiado débil su hermano como para recordarlo.

—Lorcan, no tengo nada fácil con Felicity y eso fue lo que me trajo hasta aquí pero...

Lorcan recordó todo cuando su hermano dejó salir más emociones de su cuerpo y él las sintió como propias.

Algo ocurría con la chica y recordó la rabia que sintió en su interior en el momento en el que su hermano lo ayudó a levantarse de la camilla.

Se levantó de la cama en un abrir y cerrar de ojos y con el mismo impulso tuvo que sentarse de nuevo porque el mundo entero empezó a darle vueltas.

Había lastimado mucho a su cuerpo, había perdido sangre y no estaba en condiciones de levantarse de esa manera.

—¿Qué crees que haces?

—¿Qué le ocurrió a Felicity? —Lorcan apenas controlaba la debilidad y su respiración era agitada; la ira que se iba acumulando en él no le estaba haciendo las cosas fáciles.

—Cálmate, Lorcan, que no estás en condiciones.

—¡¿Qué coño le pasó?!

Un coche se escuchó afuera de la propiedad y después de que apagara el motor y la persona bajara del mismo, los hermanos Farkas reconocieron el olor de Pál.

—Está abierto —dijo Garret en un tono de voz un poco alto, Pál le escucharía sin duda.

El hombre entró inspeccionando todo lo que veía.

Se acercó a la habitación y encontró a sus sobrinos. Lorcan sentado en el borde de la cama y Garret recostado del marco de la ventana.

Ambos le vieron. Garret con preocupación; Lorcan con vergüenza.

—Miklos viene en camino.

Ambos cambiaron su expresión a sorpresa.

—En estos casos deberíamos hacer una reunión extraordinaria de la sociedad, pero no tenemos tiempo y debido a que nosotros y Klaudia somos los mayores, nosotros nos ocuparemos.

—¿Y la abuela? —preguntó Garret con confusión.

Pál dejó ver su preocupación al respecto.

—No sé nada de ella y deben saber que ella fue la que ocasionó todo con Felicity.

Ambos dejaron ver confusión y rabia en la mirada.

Pál inspeccionó a Lorcan con detalle antes de seguir hablando del tema que les interesaba.

Luego les contó todo lo que sabía del caso de Felicity.

Todo.

No se saltó nada. Ni siquiera la parte en la que habló con total sinceridad con Heather.

—No te muevas de aquí hasta que todo esto acabe, ¿está claro?

—¿Qué ocurrió contigo y el detective? Se largó detrás de ti cuando saliste como alma que lleva el diablo para venir aquí a arreglar cuentas anticipadas con tu hermano —el tono de Pál dejaba en claro que estaba en total desacuerdo con la actitud impulsiva de Garret.

—Lo perdí, no soy estúpido. Y tú habrías hecho lo mismo que yo.

—No, no lo habría hecho porque tu hermano ya nos había jurado por la tumba de tus padres que nada le hizo a la chica. No vuelvas a dudar de su palabra.

Garret bajó la mirada arrepentido, Pál tenía razón.

—Lo siento.

Lorcan asintió con humildad.

—Y tú, la próxima vez que vuelvas a hacer la estupidez de drenarte y dejar secar, hazme el favor de hacerlo en menos de 24 horas o de buscarte a alguien que te arranque la maldita cabeza de una vez. Asume lo que eres, lo que llevas por dentro, el pasado que jamás podrás dejar a un lado porque forma parte de ti y de lo que eres. Arregla las cosas con ella. ¿Está claro?

—No sé si podré.

Pál bufó lleno de ironía y sarcasmo.

—Fuiste capaz de llenarte de armas para morir, eres perfectamente capaz de enfrentarte a una mujer que te ama. Lo primero es un acto de cobardía, lo segundo se le llama asumir la vida y enfrentar los problemas.

Negó con la cabeza.

Garret y Lorcan lo veían sorprendido. Nunca les había hablado de esa manera.

—Juro que después de esto voy a tomarme unas vacaciones largas. Estoy cansado.

Los vio con dolor.

—Sé que no tenemos una vida fácil y esto de ser eternos a veces es un infierno pero es lo que nos corresponde ser, así que por favor, intentemos hacerlo lo mejor posible.

Ambos asintieron en silencio.

—En un rato me encontrare con Klaudia en casa. Iremos a casa de Etelka para saber de su paradero —bajó la mirada con tristeza—. Temó que no tendremos buenas noticias de eso. Las desapariciones no son normales en ella.

Etelka no era una mujer grata tampoco para sus nietos, sin embargo, no pudieron evitar sentir una gran pena por lo que podrían encontrar.

—Crees que él le hizo algo.

—Estoy convencido de que lo hizo. Gabor es letal, Etelka una principiante a su lado.

Todos negaron con la cabeza.

—¿Podemos hacer algo?

Pál los estudió a ambos.

—Les ordeno que no hagan nada en contra de Gabor porque yo mismo me ocuparé de él, ¿está claro?

—A menos de que nos ponga en peligro.

Pál asintió.

—Así lo haremos.

—Por lo pronto, tú —señaló a Lorcan—, te quedas aquí. Miklos llegará mañana y vendrá con Heather —Lorcan abrió los ojos con terror—. No hay más discusión, Lorcan. Ella quiere venir, quiere verte. Me llamó por teléfono hace un rato para decirme que Felicity estaba calmada y tranquila y que el detective no había dado señales todavía. Preguntó por ti y le expliqué en qué condiciones te encontró tu hermano...

—No has debido...

—No me interrumpas, hice lo que debía hacer, estoy harto de verte sufrir y mereces ser feliz como lo hemos sido algunos en esta familia. Así que ella quiere venir, quiere conversar contigo y la dejarás asistirte si así ella lo desea.

Lorcan no soportó el miedo.

—Miklos estará aquí. Y si ella no lo desea, entonces Klaudia ya tiene a alguien listo para enviar.

—¿No es mejor que llegue primero el envío de Klaudia?

Pál vio con sorna a Garret.

—No voy a seguir poniéndole las cosas fáciles —luego vio con seriedad a Lorcan—. No me hiciste caso en su momento cuando intenté sonar racional. Ahora, deberás encontrar un balance extremo y controlar de una maldita vez al animal que llevas dentro.

Las palabras de Pál surtieron un efecto extraño en Lorcan. Sintió pánico, claro que lo sintió pero también entendió por qué Pál lo acercaba al borde del abismo sin seguridad alguna.

—Que Miklos venga preparado con todo lo que pueda para detenerme si algo se sale de control sea con Heather o con la chica que envíe Klaudia.

Pál asintió y luego vio a Garret.

—Tú regresarás hoy mismo a la ciudad y visitarás mañana muy temprano a Felicity y Heather. ¿Está claro?

Garret asintió.

—No confío en el detective.

Ambos fruncieron el ceño.

—Hablaremos de eso en otro momento —vio el reloj que llevaba en la muñeca—. Me voy, Klaudia llegará a casa pronto y el camino de regreso es largo. Los mantendré informados —los vio a los ojos a ambos y luego salió.

—Trae el *whisky* que está en la cocina, Garret, necesito encontrar valentía para ver a la cara a Heather.

Su hermano sonrió con pesar.

—Quien te viera en la guerra y quien te viera ahora, aterrado por la presencia de una mujer.

—No es cualquier mujer, hermano. Es la que mi corazón eligió y esto que siento por ella es completamente hermoso pero, a la vez, aterrador.

Garret palmeó la espalda de Lorcan y agradeció que su hermano hiciera una pequeña broma.

El *whisky* les sentaría bien para conversar de todo lo que Pál les contó.

Vendrían tiempos duros para la familia.

Y debían estar preparados para soportarlos todo.

Horas más tarde, Klaudia y Pál se reunían según acordaron.

Con la excepción de que la bruja de Etelka, la que no la dejaba ni a sol ni a sombra, también se unió por cuenta propia a la reunión.

Pál la veía con furia y preocupación. No entendía como algunas brujas se prestaban a lastimar a los humanos.

—Me temo que haya ocurrido lo peor, señor.

—¿Y qué podían esperar tú y mi hermana? ¿Nadie vio los posibles peligros de pactar con Gabor?

—Bueno, Pál, sé un poco consciente, Gabor nunca se mostró de la manera en la que se está mostrando ahora —Klaudia intervino en la conversación. Estaba alerta, nunca había visto a Pál tan alterado.

—Yo se lo advertí a Etelka, señor, pero ella estaba empeñada en encontrar a la Condesa...

Klaudia negó con la cabeza.

—Todavía no puedo creer que le hayas dado el lugar en el que se encuentra la abuela. Cuando resolvamos esto, deberíamos cambiarla de sitio.

Pál, de inmediato se alteró más.

—Yo soy el único que se encargará de Gabor y de la abuela ¿está claro?

—Lo que digas Pál —Klaudia no entendía la susceptibilidad de Pál cuando se mencionaba el cuerpo de la abuela de ambos. Ella lo único que quería era ayudar.

Por su parte, Pál tenía que ser muy cuidadoso con el tema. No se le podía escapar la ubicación de la Condesa y menos pedirle ayuda a Klaudia para moverle de sitio.

Klaudia era la última persona que debía acercarse a esa cueva. A la Condesa.

Eso los ponía en riesgo a todos.

Si Klaudia recordaba que en ese mismo lugar fue capaz de ver el espíritu de su madre y que además, tenía un poder dormido muy poderoso, podría volverse inestable y Klaudia no era buena persona cuando estaba inestable.

—Vamos a necesitar que nos lleves a la casa en las montañas.

La bruja asintió, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario con tal de encontrar a su señora y de resarcir el mal que le hicieron vivir a la chica que ella misma había sanado.

Pobre chica.

Cuando la sacó del bosque estaba al borde de la muerte. La trasladó a la ciudad en estado de inconsciencia total porque la pobre quedó tan traumada que en cuanto despertaba, lloraba y pedía auxilio.

Además, su cuerpo necesitaba sanar por completo desde el interior y el estado de inconsciencia le ayudaba a la bruja a empezar con su tarea de borrado de memoria.

A la bruja se le erizaba la piel con solo recordar la energía de terror que salía del cuerpo de la chica. No era necesario tener poderes sobrenaturales para poder sentirlos.

Y las heridas eran terribles. Mordiscos en varios sitios del cuerpo del que se le succionó sangre. Heridas que parecían ocasionadas por un animal cuando desgarró la carne para alimentarse.

Varias de esas ya estaban infectadas cuando empezó a sanarla.

Le costó que cerraran y que quedaran con tan buen aspecto después de cicatrizar.

La chica habría muerto desangrada, hubiese sido lo mejor para ella porque si le hubiese tocado morir por las heridas, habría padecido gran dolor.

Los pies también los tenía muy lastimados, al igual que las manos, las uñas; la bruja estaba convencida de que había decidido defenderse con las uñas también.

Negó con la cabeza mientras recorrían la zona hacia las Adirondack.

—La señora nunca quiso hacerle daño a la chica.

—Lo sé —acotó Pál en tono cortante. Lo sabía, lo vio en la mirada de su misma hermana el día que lo visitó en su casa para decirle que ella tenía a Felicity. El problema de ella fue confiar en Gabor.

Pál siempre supo que Gabor llevaba un mal mayor al de Lorcan en su interior. Porque el de Lorcan nació de los traumas vividos, en cambio el de su nieto había nacido con él.

Desde niño empezó a dar señales de que su corazón era oscuro, que en su pecho reinaba la envidia, el resentimiento y por supuesto, era audaz, inteligente lo que lo convertía en una máquina de planes muy negros en los que siempre acababa lastimado alguien.

Pál nunca le negó cariño tal como él se lo reprochó alguna vez, por el contrario, con él fue con quien más contacto tuvo de sus nietos y a quien menos perdía de vista porque sabía que sus inseguridades le hacían sentirse poco querido, poco tomado en cuenta y por ello Pál se preocupó por pasar todo el tiempo que pudo con él.

—No puedes culparte por el comportamiento de Gabor. En las familias siempre hay alguien mezquino y peligroso.

La bruja se mantuvo en silencio pero estaba de acuerdo con la acotación de Klaudia.

A ella ese hombre nunca le había gustado. Se cuidaba de hacerle nada a ella porque sabía que con sus poderes podía doblegarlo pero no se fiaba de él en lo más mínimo y cuando su señora le dijo que irían las dos a la cueva de la Condesa, supo que todo iba a acabar mal porque Gabor, cada vez que hablaban de Felicity, se le veía en la mirada las ganas que tenía de hacerle daño. Lo

sugirió alguna vez y Etelka lo contuvo, explicándole que eso no les llevaría a su fin que era encontrar a la Condensa.

Claro, Gabor participó en el plan de Etelka solo por satisfacer su propio ego y llevar a cabo sus propios planes. Él quería lastimar a la chica, porque sabía que con eso lastimaría a su primo.

«Primo al que siempre le tuvo resentimiento» se dijo Pál mientras los pinos custodiaban la carretera y la luna les guiaba con su tenue luz.

Tenía tantas interrogantes, como por ejemplo, en donde había visto a Felicity y cómo sabía de su relación con Lorcan o lo mucho que le importaba a este la chica para pensar en que, haciéndole daño a ella, le haría sufrir a él.

Recordó la fiesta de Miklos ese mismo año. La de las máscaras en Venecia y la aparición de Lorcan con la chica colgada en su brazo. Hacían una pareja estupenda esa noche y muchos hablaron de ella porque él parecía otro estando a su lado.

La trataba con delicadeza y se preocupaba por hacerla sentir cómoda.

La protegió de la mayoría de los hombres de la sociedad que se acercaron a ella seducidos por la curiosidad de quien era la mujer que acompañaba al solitario Lorcan Farkas.

Tuvo que haberlos visto allí porque Gabor no visitaba la oficina y menos la casa de Lorcan que eran los lugares en los que se encontraba con Felicity.

Era retorcido y, lamentablemente, tendría que acabar con él en cuanto lo encontrara que sabía no sería pronto. No era estúpido, pasaría un tiempo escondido antes de dar su siguiente paso.

¿Qué buscaba?

¿Por qué no enfrentaba a Lorcan de hombre a hombre si lo que tenía era ira contra él?

Gabor era muy bueno peleando, tan bueno como Lorcan...

Pál hizo un gesto de disgusto con la boca.

Era cierto aquello que decían en la familia de que siempre acababa comparando a Lorcan con todos. No lo hacía por mal, le parecía que Lorcan era el hombre más noble que había conocido en su vida. Fue capaz de sacrificarse por todos y estaba lleno de virtudes.

Quizá sí tenía gran culpa en el resentimiento que Gabor se formó hacia él. Sin embargo, eso no le daba derecho de comportarse como lo hizo y existían reglas en la sociedad que no podía pasar por alto.

Menos con humanos involucrados. Lo hizo solo una vez, por Lorcan, y juró no hacerlo de nuevo.

No lo hizo con Luk, tampoco lo haría con Gabor.

De pronto vio que una manada de lobos corría junto al coche.

—Estamos llegando —anunció la bruja, él redujo la velocidad. Los lobos se detuvieron y alcanzó a ver una entrada de tierra que se internaba en la oscuridad del bosque.

Los lobos ayudaban desesperados.

Nunca había visto una manada igual.

Eran animales grandes, de pelajes espesos y dentadura aterradora.

Siguieron el vehículo hasta que apareció ante ellos la mansión que se levantaba entre las sombras haciéndola ver tenebrosa.

Aparcaron frente a la gran entrada y se bajaron del coche.

Los vampiros olfatearon el ambiente.

No percibían nada.

Los lobos se alinearon frente a ellos, se sentaron en sus patas traseras y bajaron sus cabezas.

La bruja se llevó una mano al pecho y no aguantó la nostalgia que la invadió en el acto.

Pál corrió hacia el norte, desesperado, con prisa, seguido por Klaudia que intuía con qué se

encontrarían.

Unos minutos más tarde, uno de los lobos que corría junto a ellos se detuvo sentándose de nuevo.

Aullando con tristeza.

Fue cuando divisó detrás del animal el cuerpo sin vida de su hermana y juró que encontraría a Gabor y le haría pagar con creces todo el dolor que estaba causando.

Capítulo 22

Heather se removía nerviosa en el apartamento.

Felicity la observaba de tanto en tanto mientras preparaba el desayuno.

—¿Te apetece acompañarme a dar un paseo luego? Así me cuentas un poco cómo te fue en el trabajo ayer.

A Heather le llevaría tiempo adaptarse a esas lagunas mentales que se producirían en su amiga cada vez que se accionaran sus alarmas con respecto a lo que vivió estando secuestrada.

Pál no le contó mucho sobre quién le causó las heridas. Después de todo lo que le había contado el día anterior sobre la verdadera naturaleza de los Farkas, y que ella aun tardaba en digerir, no quiso darle detalles de los ataques que sufrió su amiga.

Pero observó en su mirada que al tocar a Felicity y entrar en contacto con sus pensamientos, descubrió cosas muy importantes.

—Heather, te estoy hablando.

Felicity le mostró esa sonrisa dulce que la hacía adorable. Físicamente se veía bien, a excepción de las marcas rosa pálido que estaban en su cuello.

—No puedo, cariño, tengo guardia hoy —Heather estaba lista para ir al encuentro del hombre extraño que era el dueño de su corazón.

Ciertamente aun había cosas que no digería, cosas que le daban temor de todas las novedades que sabía sobre él y su familia, cosas que no sabía si iba a poder entender alguna vez, pero quería intentarlo.

Más que quererlo, lo necesitaba.

Le urgía verlo.

Estar con él y ayudarle.

Pál le aseguró que no estaría sola y eso le daba tranquilidad. Se habría sentido más a gusto estando junto a Pál en ese momento que enfrentaría en las próximas horas, o junto a Garret, con quienes más confianza tenía pero sería Miklos, hermano menor de Lorcan y Garret, quien le llevaría al dichoso refugio.

Pál no le dio detalles del refugio pero con lo que le dijo fue suficiente para saber que el sitio iba a ser aterrador.

Garret se quedaría con Felicity porque no podían dejarla sola.

Vio con compasión a su hermana de vida y la abrazó con fuerza.

La chica sonrió con gusto devolviéndole el abrazo.

—Estás muy extraña hoy. ¿Quieres contarme?

Heather negó con la cabeza.

—No hoy, en otro momento hablaremos.

Felicity mostró preocupación.

—¿Ocurre algo con tus padres?

—No, están muy bien. Ayer, mientras tomabas la siesta, los llamé y me contaron que viajarán a Europa unas semanas.

Era verdad. Los escuchó tan bien que se sintió agradecida de que esa parte de su vida estuviese en orden. No soportaría saber que algo malo ocurre con ellos al mismo tiempo que atraviesa por

todo ese caos en el que se había convertido su vida.

—Heather, entonces deja de preocuparte por el dinero, vamos a conseguirlo como siempre hemos hecho.

Heather la vio a los ojos y los suyos se llenaron de lágrimas al ver que ella recordaba ese mal episodio de sus vidas.

—No llores, te lo suplico, que sabes que no me gusta verte triste.

Heather sonrió a medias.

Ya no le debían dinero a nadie pero no sabía si era conveniente hablarle de todo lo que ocurrió en su ausencia porque tendría que nombrar a Lorcan de nuevo, en algún punto de la historia, y no sabía cómo reaccionaría Felicity a eso.

Le preocupaba su memoria.

Pál le comentó antes de irse que al no haberle podido borrar todo, como usualmente hacían, mantendría los recuerdos del pasado que ocurrieron antes de haber sido secuestrada con la excepción de que su cerebro bloquearía todo lo que tuviera que ver con Lorcan.

Habrían cosas que accionarían esos recuerdos parciales que le quedaban, pero olvidaría todo de nuevo después de una siesta.

Recordó la rapidez en dormirse que tuvo Felicity junto al detective del cual Pál desconfiaba y lo que le respondió cuando ella misma hizo la acotación de que su amiga había caído en las redes del sueño muy pronto. La canción que cantaba. Era extraña.

¿Quién era realmente ese hombre?

Se secó las lágrimas al escuchar el timbre.

—Yo abro.

—No, deja que voy yo. Son unos compañeros de trabajo.

Heather caminó con rapidez a la puerta.

En cuanto abrió se encontró con la imagen de Garret y Miklos que eran muy parecidos entre sí.

Ambos le sonrieron, de diferentes maneras.

Garret estaba muy nervioso, mientras que Miklos parecía que se divertía.

Ella se apartó para que ambos entraran.

Había planeado todo.

Dirían que Garret estaba recién llegado a la ciudad y que Felicity podía hacerle de guía turística.

Mientras Miklos y Heather se trasladaban al refugio.

No sabía si regresaría ese mismo día, de cualquier manera, Garret se ocuparía de mantenerse junto a Felicity sin que ella se sintiera incómoda.

Y Heather confiaba en él.

Mas cuando Garret aspiró con profundidad el aire de la vivienda y dirigió hacia la cocina la mirada más tierna que Heather había visto jamás.

Sus sentimientos por ella era reales dejando en claro, aun sin hacer uso de las palabras, que la cuidaría con su vida si era necesario.

—¡Garret! —Felicity los tomó por sorpresa a todos cuando dijo el nombre del hombre con tanto entusiasmo haciendo que los planes se tambalearan por un segundo. La chica se acercó a él y lo saludó con un fuerte abrazo que este aprovecho para embriagarse con el dulce aroma de ella—. Pero tú no trabajas con Heather, ¿cómo es que estás aquí?

—Es mi hermano y yo soy el que trabajo con Heather —Miklos intervino con rapidez.

—¡Ah! —Felicity dudó un segundo antes de continuar—: ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

Garret intentaba hablar pero no podía, agradeció tener las manos en los bolsillos porque todos habrían visto la forma ridícula en la que le temblaban por los nervios y la sorpresa de que ella lo recordara.

—Este no recuerda ni lo que hizo ayer —Miklos le dio un golpecito en un hombro a su hermano que seguía sin poder hablar—. Así que dudo que recuerde cuándo te vio aunque, yo no lo he olvidado.

Todos vieron a Miklos con duda y Garret se preguntó qué diablos estaba haciendo.

—¿No estabas en Venecia hace unos meses?

Ella se quedó pensativa y de pronto, lo recordó. Se vio paseando por las calles de Venecia, alegre y divertida.

—Es cierto. Dios, debería tomar algo para la memoria porque no quiero saber cómo seré a los 50.

Todos rieron, la mayoría de nervios mientras que Felicity lo hacía con sinceridad.

—Bueno, lo que quiera que sea que compres, que sea en un *pack* doble así le das uno a este idiota que nunca recuerda nada.

Felicity sonrió en grande.

—Lo haré —se llevó una mano al estómago, estaba hambrienta—. El desayuno está listo, ¿quién se suma?

—Huele delicioso —Miklos intervino de nuevo— pero Heather y yo tenemos que llegar a tiempo al hospital si queremos mantener nuestros puestos de trabajo. Garret puede acompañarte —le dio un empujón a su hermano para que abriera la boca al menos una vez—. Eso sí, prepárate porque no es de buen comer. Mamá decía que era necio con la comida.

—Bueno, nadie puede resistirse a huevos, beicon y pan tostado.

Garret le sonrió.

Heather veía todo como si no estuviera ahí. Las cosas que le ocurrían últimamente le parecían surreales.

Pero le hacía sentirse mucho más tranquila que Felicity reconociera en parte a Garret, quizá eso quería decir que él siempre fue una parte agradable de su vida y por ello lo recordaba parcialmente.

Recordaba el viaje a Venecia también, por fortuna, bloqueaba muy bien a Lorcan.

—Podríamos ir luego de paseo, hace un día maravilloso.

—Estaré encantado —finalmente respondió Garret viéndola a los ojos.

—¡Que se diviertan! —Heather vio a Felicity con picardía, tenía que fingir un poco. Felicity le sonrió a su amiga con complicidad. Heather empezaba a preguntarse si entre ellos alguna vez había ocurrido algo porque parecía que ella le conocía de toda la vida aunque no se acordara ni donde lo había visto por última vez.

A esas alturas y con todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, ya no sabía qué pensar.

—¡Eh! Podríamos vernos más tarde y salimos los cuatro —Heather estaba muy sorprendida con la actitud relajada y confiada de Felicity, usualmente no actuaba de esa manera.

—Turno de 48 horas, querida, lo siento.

—¿Tanto?

—Estamos escasos de personal estos días —respondió Miklos de inmediato apresurando a Heather con la mirada.

—Nos vemos —abrazó a su amiga y a Garret—. Cuídala —le susurró en el oído. Garret le respondió intensificando la fuerza del abrazo.

Heather y Miklos salieron del apartamento en silencio hasta la salida del edificio. Miklos le

ayudó con su mochila cuando subían al coche que estaba aparcado frente al inmueble.

Heather se subió, se colocó el cinturón de seguridad y respiró profundo.

Miklos la imitó pero en vez de suspirar, le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Todo saldrá bien, Heather.

—Eso espero.

El plan que tenía Garret en mente no estaba muy claro.

Por un lado, habría querido subir a Felicity al coche y llevarla de una vez a las afueras de la ciudad en donde sabía que encontraría a una de las pocas brujas descendientes de Veronika que podrían ser capaces de liberar a Felicity de la laguna en la que estaba sumergida.

La bruja de Etelka le confesó a Pál que su idea era arrancarle cada recuerdo de la mente, pensó en hacerle un borrado completo, tal como el que Pál le hizo a la sirvienta que les descubrió a él y a Lorcan peleando como animales después de que Garret se enterase de lo ocurrido con Diana.

Sin embargo, la bruja se encontró con recuerdos en la mente de Felicity que eran difíciles de arrancar. Quizá no era una bruja tan poderosa como las que él había conocido, o quizá era que Felicity se negaba a que le arrancaran sus recuerdos, por muy malos que estos fueran y era por eso que recordaba algunas cosas de lo ocurrido con Gabor mientras este le hacía creer que era Lorcan.

Maldito.

Cada vez que pensaba en ese bastardo lo que quería era quitarle la cabeza y arrojarla a los tiburones.

Pero no podía hacerlo.

Pál era la persona encargada de esa labor porque era él el mayor en la línea de sus descendientes.

Negó con la cabeza pensando en su abuela.

Estaba muerta. Pál se los contó después de hallar el cadáver en el corazón de las Adirondack.

Cuántas cosas podían cambiar en tan solo una noche.

Ahora estaba allí, junto a Felicity, disfrutando de su sonrisa y de su calidez.

Era maravillosa.

Pensó en Diana, sentía que la traicionaba.

Sentía que traicionaba su voto de castidad que rendía homenaje a su amada.

Porque Felicity despertaba en él muchos sentimientos.

—Me parece que estoy hablando sola.

Él le sonrió. Era una chica intuitiva ya le había dado demostraciones antes, en el pasado, cuando se cruzaban en los pasillos de las oficinas en las horas que ella visitaba a Lorcan. Momentos en los cuales él la retenía por unos segundos para deleitarse con su belleza y con su carisma.

—No, estoy escuchándote. Me decías que te encanta el mar. Y que tienes tiempo pensando en...

Aquella idea que le cruzó por la mente era perfecta.

—Tomar unas vacaciones —completó ella mientras él daba gracias al universo por la sincronización de las ganas de vacacionar de ella con la necesidad de sacarla de ahí de él y así poder ayudarla a recordar.

Pero no podía ir con prisas porque la ahuyentaría.

—Yo también he pensado en tomar vacaciones, tengo años solo tomando vacaciones para ir a

las fiestas de Venecia.

Felicity lo vio con duda.

—De ahí es que nos conocemos, recuerdas

Ella dudó.

—No recuerdo muchas cosas últimamente —comentó sin importancia. Aquella falta de importancia por su parte venía adherido al barrido de memoria de las brujas.

—Bueno, da igual, tampoco te estás perdiendo de grandes recuerdos —Garret le sonrió divertido aunque, por dentro, moría de la preocupación y estaba lleno de interrogantes en cuanto a sus lagunas—. Podríamos organizar un viaje a los Hampton.

—Estaría genial —Garret notaba que los ojos de ella, a veces, se perdían entre sus recuerdos. Quizá estaría intentando recordar en dónde trabajaba, si debía ir allí, o si podía simplemente tomarse unos días y ya. Ella sabía en ciertos momentos que algo no iba del todo bien y en cuanto se esforzaba por deducir algo, su mente bloqueaba y enviaba un vacío. Así funcionaba ese poder de las brujas, por ello algunas personas se sumergían en un estado de completa locura.

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo? Me apetece caminar.

La chica se animó y salieron del edificio caminando a paso lento uno junto al otro.

El corazón de Garret alucinaba con todo lo que vivía ese día y estaba intentando prepararse para todo lo que vendría porque, aunque sabía que existirían momentos difíciles, esos instantes junto a ella, admirando su sonrisa, sabiéndola tan cerca y solo para él, era más que suficiente para hacerle soportar cualquier próxima tempestad.

El día estaba hermoso.

El sol se alzaba en lo alto y empezaba a calentar de manera importante.

No había viento, de los árboles ya brotaba el brillo de la primavera.

Las flores empezaban a asomarse, las abejas empezaban a recolectar polen y la gente salía de sus casa para deleitarse de un día tan estupendo con actividades al aire libre que les suministraran vitamina D y los llenara de buena energía.

El parque estaba a reventar de buena energía.

Tan buena, que Garret se vio tentado a absorber un poco de las cercanías.

Felicity casi no hablaba, solo sonreía al sol mientras caminaba disfrutando del momento.

Después de un rato, se sentaron en una banqueta al cobijo de la sombra de los árboles.

En silencio, observaban a la gente ir y venir.

Deportistas, familias haciendo paseos en bicicletas, niños en patinetas, patines, corriendo y jugando.

Frente a ellos, los árboles se abrían paso y un grupo de niños jugaba al escondite con algunos adultos.

Garret sonrió divertido observando como los niños salían de sus escondites detrás de los troncos cuando alguno de los adultos estaba cerca de ellos y corrían por alcanzar la victoria.

De pronto, su olfato percibió el terror que embargaba a Felicity y cuando se volvió para verla sus ojos estaban abiertos de par en par fijos en los niños que se escondían y corrían.

Garret entendió que ella no veía la diversión del ahora si no el pánico que la pobre vivió en el pasado.

Estaba relacionando ese momento con sus vivencias.

Empezó a temblar y vio a Garret como cuando un niño asegura que un monstruo lo persigue.

—Viene por mí, Garret. No dejes que me lleve de nuevo. No lo dejes.

—Shhh —Garret la atrajo hacia sí y le dio un abrazo que la ayudara a calmarse—. Nadie va a hacerte nada mientras estés conmigo, te cuidaré con mi vida.

Ella cerró los ojos y Garret sintió como luchaba por creer en las palabras de él para poder calmarse pero el pánico que la invadía superaba toda su lucha interior.

Su respiración empezó a ser irregular y su comportamiento cambió repentinamente.

Se frotaba las manos observando con recelo hacia ambos lados temiendo que alguien la estuviese siguiendo.

—Felicity, mírame —le tomó el rostro a la chica entre sus manos, ella intentaba mantener la vista centrada pero el miedo que manejaba en ese momento la obligaba a estar alerta.

Era simple supervivencia.

Sentía que estaba siendo cazada de nuevo.

«Maldito Gabor» las palabras en la mente de Garret sonaron con tanto odio que deseó tener algo a qué golpear para sacar su ira.

Pero primero estaba ella.

—Vamos a casa.

La chica empezó a llorar.

—Me va a atrapar si me muevo de aquí.

—No, porque estás conmigo y nadie va a lastimarte mientras esté a tu lado. Te lo repetiré todo lo que sea necesario.

La besó en la frente y ella finalmente pudo centrar su mirada en la de Garret.

—No me dejes sola.

—Ni ahora, ni nunca.

Garret no le daría más vueltas al asunto. Ese mismo día saldrían de la ciudad.

Ella lo necesitaba y a partir de ese momento, ella siempre sería su prioridad.

Heather y Miklos se mantuvieron en silencio al inicio del camino al refugio. No porque Heather no tuviese preguntas, al contrario, estaba llena de estas, pero no sabía si era buena idea atacar al hombre con preguntas que quizá no quería responder.

—Heather, no hace falta que te reprimas conmigo —la vio de reojo mientras atravesaban una carretera llena de pinos a los costados—. Yo soy la versión masculina de Klaudia.

Ella se dejó ver interrogante porque simplemente no entendía su comparativa.

—Veo que no conoces a Klaudia.

Heather negó con la cabeza.

—Es una buena manera de empezar a saber en dónde te metes.

—Bueno, sé que es una proxeneta.

Miklos abrió los ojos con sorpresa y sonrió burlón.

—Nunca le digas eso en su cara, por favor, porque desatarías su ira.

—Y no le tengo miedo —Miklos hizo una mueca que dejaba en claro que estaba en desacuerdo con su afirmación—. ¿Debería temerle?

—No es una santa.

—Eso quiere decir que debería temerte a ti también.

Miklos hizo otra mueca dándole a entender que no estaba muy alejada de la realidad.

—Verás, querida Heather, Klaudia y yo nacimos con el don de la impulsividad. Actuamos antes de pensar. Lo que nos hace quedar, en muchas ocasiones, como muy malas personas.

—Entiendo. Eso no le hace menos proxeneta a ella.

Miklos rio por lo alto.

—¿Por qué tan furiosa con su actividad económica?

—Porque Felicity está como está porque trabajaba en su compañía.

—Bueno, Klaudia no obligo a tu amiga a ser prostituta.

Heather lo vio ofendida.

—No estoy diciendo nada que no sea cierto. Es verdad lo que dices de Klaudia pero todo su personal está ahí porque así lo deciden y en el momento que quieren marcharse, se les deja ir sin problema, incluso quienes nos sirven. No son esclavos.

—Pero les borran la memoria.

—Hipnosis. De la de verdad. Hay brujas involucradas y la mayoría de las personas que nos sirven son indigentes rescatados de las calles que no tienen problemas en servirnos. La mayoría no tiene familia que puede reclamarlos y las brujas ayudan a Klaudia a saber si son de fiar o no.

—Parece que Klaudia es toda una caja de sorpresas.

—Es buena, ya la conocerás. Pero es empresaria. Y ha ayudado mucho a la especie con lo de la alimentación.

—¿No ha pensado en darles un banco de sangre?

Miklos rio de nuevo. Heather le caía bien.

—No nos funciona como les funciona a los vampiros de la ficción, Heather. No sé qué sabes de nosotros pero necesitamos sangre y psique para obtener saciedad y eso solo ocurre que si lo hacemos al mismo tiempo.

Ella lo vio con duda. Miklos evaluaba el ambiente con su olfato y sentía que todo iba bien con la chica.

—Pál me dijo que eso ocurría solo cuando uno consigue a la persona...

—Amada —Miklos negó con la cabeza sonriendo—. Pál es un creyente del amor puro entre dos personas.

—¿Tu, no?

—No.

Heather no se atrevió a preguntar por qué.

Miklos la observó debatirse entre sí preguntarle o no por qué no creía en el amor y prefirió dejarla con la duda.

—Mira, lo que te dijo Pál no es falso. Esa comunión perfecta ocurre solo cuando encontramos a la persona destinada para nosotros. Sin embargo, para sobrevivir, necesitamos consumir sangre y psique, para no representar un amenaza a los humanos en general es mejor si ese consumo se hace al mismo tiempo. Nos mantiene centrados y conscientes de lo que hacemos. De otra manera, siempre puede haber un fallo y hacernos cometer alguna estupidez que nos exponga.

—¿Por qué no crees en el amor puro?

—Porque me lo arrebatan cada vez que lo encuentro. Así que prefiero no creer.

Heather se reprendió por entrometida. Estaba claro que Miklos no quería hablar del tema.

No presionaría más.

—¿Cuál es la historia de la condesa?

Miklos respiró profundo y empezó a narrar la historia de su bisabuela. Le dio todos los detalles que le dieron a él desde niño.

—Y está en ese estado que es de...

—Sequía.

—Muerta.

—No, cuando estamos en sequía es que no hemos consumido ni sangre ni psique y aunque no estamos muertos, podemos pasar fácilmente a ser declarados cadáver porque eso es lo que

parecemos cuando estamos en sequía.

—¿Hay otros en ese estado?

Miklos asintió.

—La mayoría, por las reglas de la sociedad.

Ella lo vio con duda.

—¿Cuánto tiempo pasa antes de que llegue la sequía?

—No era eso lo que me ibas a preguntar —Miklos sintió el cambio en el ambiente, el tema de la sociedad le había causado curiosidad, tal como él mismo quiso que fuera pero parecía que ella sabía que Lorcan tuvo la intención de la sequía después de atacarla a ella.

—¿Me lo vas a decir?

Era insistente. Esa chica lograría grandes cosas en Lorcan.

—Pueden pasar meses.

Ella frunció el ceño y volvió el rostro a la ventanilla del coche para ver al exterior. Los árboles pasaban con rapidez. Mientras sus pensamientos se detenían en los porqués de la vida.

—Heather, yo no voy a decirte mentiras. Lorcan no está en sus mejores condiciones.

—¿Lo viste ya?

—No. Pero por lo que me dijo Garret y la manera en la que lo consiguió... —negó con la cabeza—, puede que no veas buenas cosas.

—¿Qué hizo?

Miklos respiró profundo.

—Quiso drenarse para entrar en sequia —Heather no pudo disimular su angustia. El pecho le oprimía. Miklos sintió un nuevo cambio y decidió parar en su relato—. No es buena idea que siga contándote más.

—Dijiste que no me ibas a engañar.

Miklos bufó.

—Las peleas entre Lorcan y tu van a ser fenomenales porque los dos con bien tercos —la observó de reojo, ella seguía a la espera y él no sabía cómo explicarle la escena que su hermano le describió para que no le sonara dantesca—. Mira, no te voy a llenar de detalles que no van a ser buenos para tu imaginación, confórmate con saber que Garret lo encontró en el momento exacto; que ahora lo verás bastante lastimado físicamente y de cuidado emocional aunque se esfuerce por disimularlo y controlarlo.

Heather asintió sin decir nada. Estuvo un rato sumergida de nuevo en sus pensamientos.

—Eso quiere decir que necesita alimentarse.

Miklos asintió con el ceño fruncido.

Y sintió los nervios de ella.

—Estaré contigo. No va a ocurrirte nada.

—No quiero temerle.

—Entonces no lo hagas. Yo confío en que tú puedas a ayudarlo a superar todo.

—Pál cree lo mismo.

—Entonces no podemos estar todos equivocados.

—¿Y qué hago con estos nervios que me atacan?

—Nada, Heather. Es lo normal. Déjalos fluir y a medida de que avances con Lorcan, sabrás si perderlos o no.

—Necesito perderlos porque amo sinceramente a tu hermano y no me imagino poder ser feliz si no está junto a mí. Aunque me sienta en una película de ficción rodeada de seres sobrenaturales.

Miklos sonrió con sinceridad absoluta. No se esperaba una confesión como esa pero agradeció

en su interior a todos los dioses el haberle puesto en el camino de su hermano a esa chica valiente y hermosa.

—¿Qué ocurrió con Luk?

Miklos no se esperaba aquella pregunta, su mirada se ensombreció de repente.

Heather entendió su reacción.

—Mi hermana murió en un accidente de tránsito. Era drogadicta y vivía en la calle —Miklos sintió compasión de ella, sabía lo que era perder gente amada—. Supongo que ustedes por todo lo que viven tienen más experiencia en esto de perder a la gente que se ama. ¿Se supera alguna vez?

Miklos negó con la cabeza.

—Debe ser terrible vivir eternamente con tanto pesar a costas.

—Lo es —hubo un silencio que Miklos rompió de nuevo—: Luk murió porque cometió muchos errores y nos estaba dejando en evidencia. Masacró a mucha gente, los rumores en nuestra contra crecían con rapidez. Las reglas de la sociedad deben llevarse a cabo y cuando uno de nosotros crea un caos como el que Luk creó, debe morir.

—¿En sequía?

Miklos negó con la cabeza.

—Lorcan tuvo la responsabilidad de arrancarle la cabeza. Muerte real.

—Dios santo —Heather casi si podía respirar de la sorpresa y el horror que sintió sumado a la lástima que la embargó por Lorcan.

—La sequía es para los que atacan a la misma especie. Hay varios enterrados así al rededor del mundo. La muerte real se les da a los que, como Luk, atacan humanos o cualquier otra especie.

—Eso es lo que ocurrirá con el que atacó a Felicity.

Miklos asintió.

—Es lo menos que se merece después de lo que le hizo —acotó, la chica lo vio con duda—. Hay que acabar con todo lo que represente una amenaza, Heather.

—¿Lorcan no representa una amenaza para los humanos?

Miklos dudó en su respuesta y optó por la más sincera:

—Espero que no, Heather.

Hicieron silencio mientras Miklos seguía las indicaciones del GPS.

—¿No habías venido antes aquí?

Miklos negó con la cabeza.

—Solo Pál conocía este lugar.

Después de recorrer un trecho de camino de tierra en un desvío que tomaron en la carretera principal, vieron una cabaña vieja y desvencijada oculta entre la vegetación del bosque.

—Hemos llegado.

Heather respiró profundo para luego dejar escapar el aire con fuerza.

Miklos aparcó frente a la propiedad y apagó el motor del coche.

La vio y le dio un ligero apretón de mano.

—Voy a estar contigo, todo estará bien y confía en él, sonrió con dulzura a la chica—. Ustedes tendrán un final feliz. Estoy convencido de eso.

Capítulo 23

Lorcan respiró profundo cuando sintió los pasos aproximarse a la casa.

Estaba nervioso, con el corazón bombeando a su máxima potencia y sus sentidos en completo alerta.

Intentaba controlarse, se le estaba convirtiendo en un suplicio.

Cuando recibió el mensaje de Garret que le indicaba que Heather y Miklos ya habían salido del apartamento camino al refugio, pensó en huir, lejos, a un lugar en el que nadie pudiera encontrarlo aunque la verdad era que aquello no iba a solucionar sus problemas.

Al contrario.

Los empeoraría porque podía convertir a Heather en la obsesión de la bestia maldita en su interior y aquello sería fatal para todos.

Así que seguiría los consejos de Pál.

Por lo menos esa había sido su intención inicial.

¡Pero cómo le costaba llegar a ese estado zen al que llegaba la gente cuando intentaba calmarse!

Se preguntaba si realmente existiría, porque empezaba a dudar.

Las fosas nasales se le expandieron apenas sintió a Heather subir los escalones del porche de la propiedad. La puerta estaba abierta, Miklos fue el primero en cruzarla.

Lorcan se encontraba sentado en el sofá que estaba en el salón de la vivienda.

Se alegró de ver a su hermano y se puso de pie para abrazarlo.

Miklos abrió los brazos rodeando a Lorcan en un reconfortante abrazo, uno que tenían años sin darse.

El menor de los Farkas sintió la debilidad de Lorcan y también la ansiedad, excitación e inseguridad que llevaba encima.

Le dio unas palmadas en la espalda.

—Todo estará bien.

Lorcan la vio a ella y su corazón se aceleró aún más; si es que aquello era posible.

Heather se llevó una mano al pecho al ver la palidez en el rostro y cuerpo del hombre que le había robado el corazón.

También vio marcas en los antebrazos y no eran cualquier marca.

Se veía que habían sido profundas. Aun no cerraban por completo.

Miklos lo soltó y él se quedó a su lado estudiándola.

Ella cruzó el umbral de la puerta aproximándose a él.

Lorcan podía escuchar el corazón de ella agitado, en una carrera de galope junto al suyo.

Miklos olió los cambios en su hermano y le colocó una mano encima del hombro observando a Heather a los ojos para indicarle que se calmara.

Ella asintió levemente y respiró profundo.

Se calmó un poco pero no lo suficiente para calmar las ansiedades que se escondían en el lado oscuro de su hermano.

Ella dudó de un acercamiento completo, no se atrevió a juzgarla.

La entendía y la cuidaría de su propio hermano.

Unos segundos después, ni ella misma soportó tanta cautela dando el paso definitivo para echarse en los brazos de Lorcan que la rodeó y estrujó contra sí con tanta devoción que Miklos empezó a sentirse incómodo aunque complacido de que el primer acercamiento fuera así de exitoso.

Ambos lloraban.

Miklos se dejó invadir por la emoción. Nunca antes había visto a Lorcan así de entregado por una mujer y le gustaba lo que veía.

El amor sanaba. Él lo sabía, así le hiciera creer al mundo entero que no creía en el amor.

Por su parte, Lorcan estaba invadido de miles de emociones, propias y de ella.

¡Dios! ¡Qué bien se sentía tenerla entre sus brazos!

Le dio miles de besos en la coronilla mientras ella se aferraba a su cintura y él también se aferraba a ella por completo, como si ella fuera la clave en su vida para conseguir la paz.

Esa que no pudo encontrar mientras esperaba a que la chica llegara a la propiedad.

Ahora lo dominaba una tranquilidad asombrosa aunque su oscuridad le incitaba a ceder.

Tenía hambre. Era un hecho que no podía dejar pasar. Necesitaba sangre y era tentador tenerla a ella allí.

No le haría nada.

Nada.

—¿Qué te ocurrió? —Heather le pasaba las manos por el rostro, el cuello, los ante brazos; e intentó subirle las mangas pero él se lo impidió. Lo observaba con reprobación; con reclamo—
¿Cómo pensaste en hacer algo así?

—¿Qué más podía hacer, Heather? Pensaba que después de la otra noche no querrías saber más nada de mí.

Ella lo abrazó de nuevo y luego lo vio a los ojos.

—No puede haber más secretos entre nosotros, Lorcan. Me siento en un cuento absurdo lleno de seres que pensaba eran pura ficción y, sin embargo, no he salido corriendo porque quiero seguir dentro de este cuento; a tu lado.

Lorcan dejó escapar algunas lágrimas de nuevo. Esa mujer era una bondad absoluta en su vida.

No se la merecía después de todas las cosas terribles que hizo.

Le acunó el rostro entre sus manos y la vio a los ojos.

—No hay nada que pueda desear más que tenerte junto a mí pero temo que pueda lastimarte.

—No va a pasar —lo invitó a sentarse en el sofá para conversar—. Pál me dijo que tanto el olfato como el oído lo tienen más desarrollado —comentó viendo a Miklos y ambos asintieron—; si nos quedamos aquí, y esperas afuera, ¿podrías escucharme?

Miklos entendía muy bien a lo que se refería Heather.

—Heather, no...

—Necesitamos privacidad, Lorcan; y, tanto tu hermano como yo, confiamos en tu buen juicio.

—No me he alimentado y perdí mucha sangre, no tengo buen juicio.

Heather lo vio, le acarició el rostro y lo besó en los labios con dulzura.

Luego vio a Miklos asintiendo. Este le concedió la privacidad que requerían.

Lorcan empezó a sentirse aterrado. Cualquier cosa podía activar su lado maldito y le haría daño a ella.

Empezó a sentir la sangre de ella recorrerle el cuerpo, podía escuchar el palpitar de la vena en el cuello; su respiración se agitó considerablemente y sintió el endurecimiento de su miembro en el acto.

—¡Miklos!

—Estoy a un paso de ti, cálmate. No vas a hacer nada que ella no quiera —Protestó este desde afuera.

Por su parte, Heather entendió el cambio en el comportamiento de Lorcan.

—¿Cómo es el proceso?

Miklos se puso alerta. Una cosa era que su hermano dominara a la bestia y otra muy diferente era que ella lo incitara, porque ahí tendría que intervenir de inmediato.

—Ni lo sueñes —respondió su hermano y él se levantó de su asiento en el exterior asomándose en la puerta. Percibió la excitación de él, el deseo hacia ella sumado al hambre que lo dominaba.

—Tienes hambre, Lorcan. Sería mejor empezar a arreglar todo desde ahí.

—¡Estás loco?! Puedo nublarle y...

—Te daré un buen sacudón —Miklos le sonrió con malicia enseñándole el aparato de descarga eléctrica que Klaudia le envió para que hiciera uso de eso sobre Lorcan en caso de necesitarlo.

—¿Qué es eso?

—Da descargas eléctricas. La última vez que Klaudia lo uso conmigo me dejó inconsciente varias horas.

Heather desaprobó el uso de ese aparato.

—No me has dicho cómo es el proceso. El simple, no me hables de la comunión de psique y sexo y todo lo demás; ahora necesitas sangre. ¿Cómo la obtienes?

Lorcan le enseñó un anillo que llevaba en su anular derecho. Miklos también llevaba uno.

Era un aro de metal sencillo, podía pasar fácilmente por un aro de matrimonio. No lo había visto antes con esa prenda.

Cuando Lorcan le acercó la mano, se fijó en que la parte del anillo que estaba en el interior de la mano, estaba dividido.

En un ágil movimiento con su pulgar, Lorcan accionó un sistema y saltó un pequeño punzón.

—Tú escoges el lugar —le dijo Miklos—. Mi recomendación, para hoy, es la muñeca.

Ella lo vio con atención y luego estudió el arma. Lorcan empezó a temblar.

—No es buena idea.

—Pues yo no le veo otra alternativa y siempre vas a representar un peligro así que empezaremos a superar las cosas. Vamos a practicar.

Miklos se sentó frente a ellos, con la distancia justa para darles espacio y al mismo tiempo dejando el espacio perfecto para alcanzar a Lorcan con rapidez en caso de que no pudiera parar por cuenta propia.

—¿Me va a doler? —Miklos hizo una mueca moviendo su cabeza a ambos lados—. Eso no ayuda Miklos.

—Vale, entonces, no, señorita valiente. No te dolerá.

Ella volvió los ojos al cielo y luego vio a Lorcan que no dejaba de negar con la cabeza.

Le rodeó con sus manos y le obligó a verla a los ojos.

—Tú puedes con esto. Vamos. Es hora de comer, cariño.

La broma les hizo reír a todos menos a Lorcan.

—No es gracioso.

—Pues empezaremos a hacerlo gracioso y hazme el favor de acabar de una vez porque me muero de los nervios.

—Puedo sentirlos, Heather, y eso no ayuda.

Ella respiró profundo de nuevo.

Y extendió el brazo.

Lorcan le suplicó a Miklos que detuviera aquella locura, este lo único que hizo fue enseñarle la

pistola de electricidad.

Las encías empezaron a dolerle más. La boca se le reseco al pensar en sangre; y Heather, al ver que él no tomaba acción pero que sus facciones empezaban a tornarse severas como las de la noche en que intentó atacarla, le dijo:

—Lo haré yo misma si no lo haces tú. Hazlo, ahora.

Lorcan fijó su vista en la de ella e intentó encontrar paz, algún rastro. El miembro lo tenía tieso y los testículos empezaban a dolerle como el infierno. No más que las encías que sentía que se le partían en dos.

Miklos respiró los aromas y se puso en posición; un paso en falso y lo iba a electrocutar de seguro.

—Hazlo, por favor —le suplicó Heather. Lorcan no se hizo de rogar más. Tomó la muñeca de ella e introdujo el punzón.

Heather no podía entender lo que sentía porque eran tantos los nervios que tenía en ese momento que si le estaba causando algún tipo de dolor, ella no se estaba enterando nada; solo observaba con detalle todos los movimientos de Lorcan que vio con lujuria la sangre cuando empezó a brotar.

Ambos vampiros expandieron sus fosas nasales y cuando Lorcan se percató de que su hermano podía representar un peligro, lo vio con reto a los ojos y gruñó.

Miklos intuyó que era su oscuridad hablando.

—Chupa antes de que te electrocute, idiota.

Observó dentro de la mirada de advertencia un vestigio de miedo por lo que estaba a punto de hacer.

—Vamos, hazlo —ella le acarició el rostro y fue como un bálsamo que lo devolvió al momento. Al Lorcan centrado que solía ser aun en presencia de la sangre que tenía ante él.

Ella acercó más la muñeca a su boca y él no se pudo resistir más. El hambre lo alentó a alimentarse.

Su excitación desapareció en ese momento y se sintió más tranquilo.

Ella siguió acariciándole con dulzura el rostro mientras él abría los labios para mojarlos en el líquido tibio que brotaba de su vena.

Se relamió los labios y sintió una corriente intensa recorrerle en el interior. Fue fascinante y estimulante.

Se pegó entonces a la herida y empezó a succionar sin dejar de verla a los ojos. Ella cerró un momento los suyos, se adaptaba a la sensación de succión que él le producía sobre la pequeña herida.

Siguió concentrada en sus caricias y le sonreía con amor mientras él absorbía su sangre empezando también a absorber su psique.

¡Era delicioso! Sentía que la sangre de ella entraba en su organismo para unirse a la suya, su psique le daba fuerza y sus tristezas, miedos y otras oscuridades empezaron a esfumarse.

¿Qué diablos le hacía esa mujer?

¿Cómo lo lograba?

«Amor» Escuchó ella en su interior. Era amor lo que sentía por él y estaba dispuesta a hacer eso y más por Lorcan. Todo lo que necesitara, lo haría.

Lorcan suspiró y la vio con amor. No quería despegarse de la herida porque la sensación que tenía en su interior era un éxtasis y temía que todo pasara una vez dejara de succionar, sin embargo, se sentía saciado por primera vez en su vida.

Las encías dejaron de doler. La boca dejó de sentirse reseca, su hambre terminó y no

necesitaba nada más.

¿Eso era lo que Pál le había explicado?

Era maravilloso sentirse tan pleno.

No recordaba haberse sentido tan seguro de sí mismo nunca antes.

No de esa manera.

Se separó de la herida dándole pequeños besos y dándole las gracias a ella con la mirada.

Ella le sonreía satisfecha a pesar de que se sentía cansada.

Miklos se relajó lleno de emoción en su interior por Lorcan.

—Estaré afuera —dijo y ninguno de los dos respondió. Miklos sonrió divertido, así era la vida de los enamorados, absortos siempre el uno en el otro. Los recuerdos quisieron alcanzarle pero los sacudió de inmediato porque no quería sentirse mal ese día. No. Ese día era de alegrías por su hermano.

Lorcan vio a Heather y ella le dedicó una sonrisa tan dulce que le fue imposible aguantarse las ganas de besarla.

El beso, que pretendía ser suave y delicado, se volvió intenso y decidido. Un beso que marcaba la necesidad de ambos por demostrarse lo que sentían aunque Lorcan tenía clara ventaja en ese sentido.

Ella se despegó de él por un momento y lo vio con duda.

—¿Qué se hace después? —le señaló el brazo con la herida de la que aun brotaba un hilo delgado de sangre.

Él sonrió con tranquilidad, se levantó de su asiento para ir a la cocina en la que abrió un cajón del que sacó gasa esterilizada y adhesivo quirúrgico.

—Lo siento, no tengo nada más delicado para ponerte —le tomó la mano con delicadeza y lamió los restos de sangre. Se le escapó un sonido gutural de deleite, de esos que hacen los comensales cuando una comida está succulenta—. Es dulce, intensa, picante. Refleja un poco tu personalidad y... —guardó silencio mientras le vendaba la herida porque se dio cuenta de que hablaba con ella de una forma tan natural que temía espantarla.

—Continúa —le suplicó la chica y él no pudo resistirse.

—Nunca había probado nada igual, Heather. Sentí tu sangre unirse a la mía, la siento recorrer mi sistema y por primera vez en mi existencia puedo asegurar que no tengo hambre. Me siento bien, con energía, sin penas.

Ella sonrió en grande, alegre por aquella noticia que él le daba.

—¿Te duele? —le preguntó con interés.

—No. En realidad no sé qué sentí en ese momento, estaba tan nerviosa que creo que mis nervios bloquearon cualquier dolor. La succión sí que la sentí y fue... —lo vio con intensidad—, excitante.

—Es como debería ser —bufó él negando la cabeza y se sentó otra vez a su lado—. Para mañana ya estará cerrada. Ven acá.

La arrimó hacia él y la apretujó a su cuerpo. Quería demostrarse que no estaba en un sueño.

—Pensaba que no podríamos estar así nunca más.

—Yo también llegué a pensarlo.

—Lamento haberte asustado y haberte ocultado esto que soy.

Ella le plantó un beso en los labios para luego recostarse de su pecho.

—No te disculpes por lo que eres.

—No es tan fácil, Heather, sabía que ese día no acabaría bien. Cuando llegaste a casa con los zapatos con restos de sangre pensé que iba a enloquecer.

Heather se levantó de nuevo y lo vio con culpa.

—Lo siento, Lorcan, yo no quería...

—No lo sabías, cariño, por Dios, no tienes la culpa de nada —le acarició el rostro y la invitó a colocarse en la posición previa.

Ella no se resistió.

—Cuando Pál me contó tu naturaleza, me preguntaba cómo era que esa noche perdiste el control de esa manera. Ahora lo entiendo. La primera vez que ocurrió...

—Estabas inconsciente.

Ella se levantó de nuevo para verle a los ojos.

—El día que te salvé del hombre que quiso lastimarte en el callejón.

Le contó todo lo que sintió ese día, desde el momento en el que la vio forcejeando con el hombre.

Cuando te dejé en casa, estabas herida, yo estaba muy mal ese día y tuve que salir de inmediato de ahí porque estuve cerca de atacarte.

—¿Cómo lo solucionaste?

—Klaudia llevó una chica a mi casa. Fue la vez que me electrocutó porque yo...

—No te guardes nada, Lorcan. Nada. Quiero saberlo todo de ti.

Él asintió y fue un momento extraño porque no sentía temor a contarle la verdad absoluta de él. Estaba dispuesto incluso a contarle sobre las cosas que tuvo que hacer como Verdugo.

Ella estaba tranquila, escuchándole con atención y no se detuvo.

Empezó a narrarle la noche después de dejarla en su casa, cuando atacó a la chica que llevó Klaudia. Le habló de todos los esfuerzos que tuvo que hacer para mantenerse fuerte en su presencia.

Lo impresionado que estuvo desde el primer momento en el que la vio cuando ella derribó su barrera a las emociones.

Cuando se excitó sin necesidad de hacerle daño.

Cuando empezó a extrañarla, a necesitarla.

Cuando se dio cuenta de que la amaba.

Ella se enterneció en ese momento pero quería saber más.

—¿Qué es este lugar? Y ¿por qué lo necesitas?

Lorcan suspiró.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Ella asintió.

Él la tomó de la mano y la guio a la habitación que tenía la trampilla.

—Miklos. Estaremos en el sótano.

Los pasos de Miklos sonaron en el interior de la vivienda y alcanzó a ver a su hermano cuando ayudaba a Heather a bajar.

Sintió curiosidad, por lo que espero un rato para también bajar manteniendo la distancia.

Alcanzaba a escuchar las voces de ellos sin problema, por lo que no le costaría trabajo escuchar la historia entera desde donde se encontraba y la verdad era que no quería avanzar más, aquel lugar le ponía los pelos de punta.

Heather caminaba por el pasillo de tierra con temor, sentía que se asfixiaba.

Lorcan la comprendía, era la primera sensación que daban esos lugares. Sobre todo para la gente de este siglo.

—No estaremos mucho tiempo aquí —le dijo él en cuanto llegaron a una puerta metálica que parecía de una prisión de esas que se ven retratadas en los libros de historia.

Heather sintió un escalofrío profundo. Se detuvo, tomándolo de la mano.

—Si quieres marcharte, lo haremos.

Ella negó con la cabeza.

—Solo no me sueltes, por favor.

Él le sonrió con compasión, ¿cómo juzgarla? ¿Cuántas veces habría querido que alguien le sostuviera la mano en ese lugar, o en el verdadero en el que vivió tan malos momentos?

Entonces empezó a narrar el tiempo en el que la Emperatriz Cristine de Austria mandó a investigar los casos de mortandad infantil de las comarcas vecinas. Eran altos y por ello levantaban sospecha. Le explicó el verdadero proceder de esos niños. De los que morían sin explicación y estaban causando gran preocupación en la zona.

Cómo Pál intentaba mantener unidos a los descendientes de la Condesa Sangrienta siendo a veces una tarea titánica, porque algunos se negaban a seguir las reglas. Y cómo la emperatriz aprobó una ley que obligaba a realizar autopsias a esos niños; Pál había tenido la visión de que no encontrarían lógica para esas muertes y empezaría los problemas.

Por ello, le hicieron una visita.

Entonces le explicó lo que ocurría con los recién nacidos que nacían con la maldición.

—¿Les tocará a nuestros hijos? —él sonrió con pesar y negó con la cabeza—. A nuestros nietos, entonces.

Lorcan asintió y continuó con su relato.

—Un tiempo después de nuestra primera reunión, la emperatriz solicitó otro encuentro solo con mi tío. Estaban allí ella; Van Laar, su médico de confianza; y mi tío. Pál nunca me ha dicho qué ocurrió en realidad pero siempre emana gran tristeza cuando se menciona ese día en particular así que puedo asumir que la supuesta muerte natural de la emperatriz fue ocasionada por el robo de psique de Pál —Lorcan vio a Heather con tristeza—. Se mantuvo comunicación con el médico y así nos enteramos de que la Santa Sede investigaba la muerte de la mujer. Una de sus doncellas sabía de los instintos suicidas de la emperatriz por esos días debido a su reciente viudez y escuchó la conversación de la emperatriz, Pál y Van Laar.

Heather empezó a sentirse ansiosa por la historia porque sabía que se aproximaba a un punto crítico para Lorcan.

—Pál, un día, me indicó lo que debíamos hacer en caso de encontrarle muerto o que la Santa Sede lo llevara detenido. Y cuando me lo mencionó, no pude dejar de sentirme lleno de rabia porque no éramos monstruos, Heather —la voz se le quebró—. Mi tío acudió a la petición de una mujer que no quería vivir, no la lastimó, solo le quitó su energía. Y no iba a permitir que Pál acabara muerto o preso después de lo bueno que había sido con todos.

Miklos, desde su puesto, se frotó el rostro con las manos recordando aquellos fatídicos días.

—Desaparecí, dejando una carta a Pál explicándole que me entregaría en su puesto y solucionaría todo con la Santa Sede —resopló—. Lo hice y pagué un precio muy alto.

Ella lo abrazó fuerte y él respondió a ese abrazo. Lo reconfortaba.

—Me usaron como experimento, me tuvieron en una celda como esta durante mucho tiempo. Cualquier cosa que puedas leer sobre la inquisición no es ni la cuarta parte de lo que realmente ocurrió.

Heather sentía que se ahogaba y Lorcan también experimentó su angustia.

—Vamos a salir de aquí.

—No. Termina, cuéntame más aunque me esté ahogando.

Miklos sintió una pena enorme por su hermano y el momento triste que revivía junto a la mujer que le traía felicidad absoluta.

—Estuve mucho tiempo encerrado en una celda así porque me negaba a lastimar a la gente. Me ofrecieron mejores condiciones a cambio de hacer cosas malas, y me negué. Me dejaron en sequía y parecía que yo iba ganando en el control de la situación aun estando en sequía. Condición en la que no estuve por mucho tiempo porque al ver que no conseguían lo que querían, amenazaron a los míos y fue cuando cedí completamente ante ellos —Heather lo apretó con más fuerza y él la imitó—. No podía permitir que los llevaran a ellos también, Heather. Tenía que cuidarles. Entonces me dije que era el momento de asumir el papel que ellos quisieran que yo desempeñara y eso hice. Fue así como empecé a convertirme en ese ser malvado que ahora me acompaña de por vida.

Le dio un beso en la coronilla a la chica, ella cerró los ojos sintiendo pena por él.

—No sientas lástima, cariño. Hice lo que tenía que hacer por los míos. Lo haría de nuevo de ser necesario —suspiró—. La sala de torturas se convirtió en mi lugar de trabajo. Día tras día. Hombres, mujeres; jóvenes y ancianos pasaban por mis manos mientras yo, intentaba conservar mi lado humano y ser piadoso con ellos aunque debía fomentar el morbo maldito de mis superiores.

—Ha debido ser horrible. No te juzgo el haberte bloqueado —lo soltó para verlo a los ojos—. Yo hubiese hecho lo mismo.

Lorcan bajó la mirada recordando alguno de sus peores momentos.

Esos en los que los gritos de las víctimas y las solicitudes de clemencia le acompañaban cada noche cuando intentaba dormir.

—Me apagué por completo. Levanté barreras que me dieron la capacidad de ser un hombre temible y perverso —la tomó de la mano y la guio a la habitación contigua.

Heather observó la estancia y tragó grueso.

Lo vio y su pena aumentó.

No necesitó de palabras para entender lo que hacía allí.

—Nadie conocía este lugar porque me avergonzaba decir lo que hacía en él. Aquí es en donde le daba rienda suelta a mis instintos más bajos —Lorcan se apoyó de la camilla en la que horas antes estuvo a punto de dejarse drenar. Ahora todo estaba limpio gracias a que Garret se había encargado de limpiar el recinto—. Al bloquear mis poderes de empatía y convertirme en un monstruo, mi necesidad de maldad se hacía cada vez mayor y fui terrible, Heather —la vio con horror recordando algunos de esos momentos pasados—. Nada conseguía saciar mi maldad enseñándome cada vez más con los acusados que me ponían a la orden o que yo tomaba a la fuerza —el arrepentimiento lo dominó, dejó escapar unas lágrimas. Heather recordó la forma en la que la tomó la noche en la que su bestia hizo acto de presencia mientras dormían y sintió un escalofrío recorrerle en cuerpo entero. Lorcan asintió viéndola porque entendía sus emociones—. En aquel momento no reaccionaba con prontitud como lo hice contigo. De hecho, no reaccionaba nunca. Simplemente llevaba a cabo aquello que me hacía sentir satisfecho. Y así pasé mucho tiempo. Tanto, que mi maldad empezó a extenderse. Un buen día, uno de esos días en los que quería más pelea que cualquier otra cosa, uno de los del alto mando de la Santa Sede me vio de la manera equivocada y cuando reaccioné, ya era muy tarde. Ambos teníamos heridas y nuestra sangre se había mezclado...

—¿Así es cómo convierten? Me preguntaba si el mordisco lo haría como lo mencionan en las leyendas.

Lorcan bufó sonriendo.

Miklos hizo lo mismo desde el punto en el que se encontraba escuchando todo.

Las leyendas.

—No. La mordida puede matarte si no obtiene el tratamiento adecuado para sanar y evitar una infección.

Heather frunció el ceño y Lorcan sintió el cambio en su pecho.

—¿Qué ocurre?

Negó con la cabeza. No quería interrumpir la historia de él para hablar de Felicity. Lo harían, pero no en ese momento.

—Continúa, hablaremos de esto que pienso luego.

Lorcan le tomó la mano y asintió sin insistir.

Podía intuir lo que pensaba en cuanto a las mordidas y su preocupación no se debía a ella misma, se debía a otra persona.

Felicity, no quedaba nadie más.

—El hombre que peleaba conmigo se volvió como yo y aunque no era lo que yo quería porque un maldito de esos con la inmortalidad nuestra puede llegar a ser peligroso, a mí, en ese momento, me valió para librarme del yugo de mis captores. Ya tenían a uno como yo, no les convenía tener otro. Además, ya no podían amenazarnos más porque tendrían que atacar a su hombre primero.

—Te dejaron ir.

—Sí, bajo ciertas condiciones. Pál se reunió con ellos y acordó algunas cosas; como por ejemplo, la unión de ese hombre y su descendencia a la sociedad.

—¿La misma sociedad que te obligó a matar a tu hermano?

Lorcan sintió eso como un golpe muy bajo y no pudo controlar todo lo que se formó en su interior.

Heather no quiso hacerle sentir mal, solo tenía mucha curiosidad.

Lo abrazó con fuerza, luego se separó de él limpiándole algunas lágrimas escapistas que salían de sus dulces ojos.

—No quería preguntarlo de esa manera, estoy muy motivada por la curiosidad, lo siento.

Lorcan negó con la cabeza.

—Luk es un tema que creo que no podré superar jamás.

—Te entiendo. Háblame de la sociedad. Quiénes son, por qué existe.

Lorcan se calmó un poco y le contó todo lo que ella quería saber.

—Así que, ¿hay muchos involucrados? ¿No solo los que son como ustedes?

Lorcan asintió.

—Personas influyentes que nos conviene tener como aliados.

—Brujas.

—Y personajes públicos también. O religiosos —acotó Lorcan.

—¿Hay más seres fantásticos?

Lorcan y Miklos rieron.

Miklos estaba fascinado con Heather y la forma en la asumía las cosas. Era una chica valiente, encantadora.

—No somos fantásticos, somos muy reales, cariño —Lorcan la atrajo hacia sí, colocando ella las manos sobre su pecho mientras le mantenía la mirada—. Hubo Hadas, en una época pasada. Según nuestros registros, ya no hay más.

—¿Hadas? —Heather lo vio con los ojos abiertos por la sorpresa de la respuesta—. ¿Cómo *Tinkerbell*?

Ambos hombres rieron.

—No. Parecían humanos pero se convertían en seres de muy mal aspecto cuando así lo necesitaban. Tenían una gran agilidad y no eran de fiar. Ninguno. Sin embargo, no representaban un peligro para los humanos aunque era cierto que muchas veces se las jugaban de mala manera.

—¿Y cómo llegaron a extinguirse?

Lorcan la vio con tristeza de nuevo. La misma tristeza que lo dominaba cuando se mencionaba a Luk.

Heather prefirió no tocar más el tema. Lorcan quiso explicarle cómo ocurrió.

—Un buen tiempo después de que la Santa Sede me diera la libertad absoluta, yo no encontraba paz conmigo mismo porque estuve tanto tiempo acostumbrado a matar y fue tanto lo que permití que la maldad se apoderara de mí que me sentía fuera de lugar. La sed de sangre y otras cosas crecían en mí. Hacía mis mejores esfuerzos por controlarlo a pesar de que me resultara abrumador estar junto a los míos sin poder sentirme uno de ellos porque desde que salí de aquel infierno solo he podido sentirme como un monstruo.

—Lorcan... no eres...

—Shhh —Lorcan pegó su frente a la de la chica y cerró los ojos—. No me interrumpas porque estas cosas tienes que saberlas. Sería incapaz de darte detalles de las cosas abominables que hice pero debes saber qué clase de oscuridad habita en mí —hicieron una pausa más y él continuó—. Un día, no sé cuánto tiempo después de estar reprimiendo día y noche mis ansias de hacer daño, la oscuridad me dominó. No sé qué ocurrió exactamente porque fue la oscuridad más profunda que viví en toda mi vida; solo sé que, al despertar, tal como me ocurrió contigo la otra noche, cuando reaccioné, mis ojos solo veían muerte y sangre. Eran muchos, Heather, y entré en pánico porque sabía que yo era un maldito peligro para cualquiera.

Miklos cerró los ojos, lamentó no haber ayudado antes a su hermano con eso.

El simple hecho de que nadie comentara ese acto que Lorcan apenas recordaba le indicaba a Miklos de que nadie más de la familia lo sabía.

—Pál me ayudó con todo.

«O tal vez sí» pensó Miklos. Negó con la cabeza deseando haberlo sabido antes para ayudar a Lorcan a sobrellevar esa pena.

—Es un padre para mí y me ayudó a superar todo. Incluso cargó con mis acciones aun sabiendo que debía hacer cumplir las leyes de la sociedad.

—Lorcan, pero eso quiere decir que tú deberías...

—Morir. Sí.

Miklos sintió rabia en su interior.

Heather le dejó ver mucha angustia en su mirada.

—Es un hecho muy antiguo y no hay pruebas de lo que ocurrió. Pál y yo nos encargamos de borrar todo rastro que pudiera delatarme. Me dio una segunda oportunidad y no podía fallarle. Aprendí a controlarme aun dejándome llevar algunas veces por la oscuridad. Nunca más me cegué. Es por eso que tuve la suerte de reaccionar a tiempo cuando tu intentabas defenderte de mí y...

Ella le colocó una mano en la boca.

—No vuelvas a mencionar ese momento. No tenemos que seguir pensando en lo que pudo pasar y que en realidad no pasó por el simple hecho de que eres un buen hombre.

Lo besó con dulzura en la boca.

—No te merezco.

—Ay, por Dios, no digas estupideces —lo vio con profundidad a los ojos—. Nos merecemos estar juntos y nos merecemos ser felices.

Miklos sonrió satisfecho. Sí, esa era la mujer para su hermano.

Su móvil vibró en el bolsillo de su pantalón y decidió subir a la habitación para hablar con tranquilidad. Era Pál quien llamaba.

Lorcan estaba bien y no haría nada estúpido.

—Estuve a punto de enloquecer de nuevo cuando ocurrió lo de Luk y Pál me indicó que, esa vez, no podía ver hacia un lado y dejarlo pasar.

Ella lo vio con duda.

—¿Por qué no?

—En principio, porque mi entrega a la Santa Sede fue para librar a Pál de ese destino o de la muerte, sabe que lo hice por la familia y él me absolvió de la monstruosidad que hice como pago al sacrificio que había asumido. Pál siempre se ha sentido en deuda conmigo por eso y estoy cansado de repetirle que lo hice porque quise y que lo repetiría, como te lo dije hace un rato. Lo de Luk, ya lo sabía mucha gente. Humanos incluso, lo que hacía más complicado buscar la forma de cubrir su rastro. Nunca supimos cómo empezó su desequilibrio pero de ser un hombre alegre y divertido aunque muy precavido, pasó a ser algo parecido a un adolescente a quien nada le importaba y que solo quería sembrar el pánico en la sociedad en la que se encontraba. Al principio atacó humanos, arrasó con dos aldeas en poco tiempo. Los rumores se expandieron con rapidez debido a las heridas que les ocasionaba y lo secos que dejaba a los cadáveres —Lorcan suspiró—. Pál me envió a cumplir con las leyes. Como se debía hacer. Era mi responsabilidad y la asumí. Lo único que me consuela un poco es saber que Luk parecía no existir más cuando lo tuve frente a frente. Era un completo desconocido. Me veía de una manera que no era propia en él. De hecho, nunca me reconoció —bufó—. Tampoco es que le di tiempo de hacerlo. Necesitaba acabar con esa misión pronto porque era la más difícil que me había tocado llevar a cabo. Más que haberme convertido en un asqueroso Verdugo.

—Te han tocado vivir cosas terribles —lo besó de nuevo con suavidad en los labios.

Lorcan asintió y sonrió a medias.

—Para cuando le di muerte, no quedaba nadie vivo en la tercera aldea. Ahí nos dimos cuenta de que esa aldea era la última que quedaba de la especie de Hadas en el mundo. Luk había acabado con todos.

Heather frunció el ceño y aunque intentaba imaginarse la escena con normalidad, le era imposible dejar de agregar elementos fantásticos como «colmillos» a uno que decidió que era Luk, y «alas» a quienes se suponían debían ser Hadas.

Fue como verlo en una película.

Pequeñas personas como *Tinkerbell* que corrían porque el ser de la noche se los iba a comer.

Se reprendió por pensar de esa manera tan infantil y hacerlo ver como una burla hacia el momento delicado que realmente era.

Lorcan se tensó y ella lo sintió de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Vamos —la tomó de la mano y la sacó de allí. Recorrieron con prisa el pasillo de tierra y le ayudó a subir las escaleras hacia la habitación en la que se encontraron a Miklos observando por la ventana.

—La abuela murió —anunció con tristeza—: Gabor la mató.

Capítulo 24

Heather intentaba ver todo lo que la rodeaba con normalidad pero no estaba acostumbrada a ver ese tipo de casas y menos, en esa zona en la que se encontraban.

Salieron de la cabaña en cuando Miklos recibió la llamada de Pál para avisarle lo ocurrido con Etelka dándole algunas instrucciones más de las que se negó a hablar frente a ella.

Lorcan le explicó que debía acostumbrarse un poco a la información parcial que daban en esos casos. Era parte de la sociedad mostrar recelo con la información que se soltaba frente a personas ajenas a la misma.

Heather lo tomó con naturalidad.

Lo entendía.

Y no le importó que no le dijeran nada más.

El viaje fue un poco incómodo porque ella se negaba a hacer preguntas que quizá para ellos eran tontas y más en una situación como la que se encontraban.

La abuela de ellos había muerto en manos de Gabor, el mismo miserable que le convirtió la vida en un infierno a su querida amiga.

Ese hombre tendría que pagar muy caro por todo.

Sabía que pagaría con muerte pero a Heather le parecía injusto. La muerte parecía muy fácil para alguien que estaba haciendo tanto daño. Se merecía la cárcel.

Sospechaba que para ellos no existía la cárcel. Hizo la nota mental de proponerlo cuando tuviera más confianza en la familia.

Sonaba de locos querer quedarse entre ellos y pertenecer a sus vidas. Sin embargo, era algo en lo que no podía dejar de pensar porque esa decisión de quedarse junto a Lorcan era definitiva y nada en el mundo le haría cambiar de opinión.

Lo que la hacía formar parte de su familia y a él, de la suya.

¿Cómo debía explicarles su situación a sus padres?

¡Dios! ¡Qué complicado!

Se sentía como una adolescente saliendo con el joven malo de la motocicleta.

Solo que este no era malo, ni tenía motocicleta.

«Ni es joven como parece» pensó recordando que no le había preguntado la edad real.

Negó con la cabeza mientras conseguía ordenar sus cosas en aquella espectacular mansión.

Se quedarían allí unos días.

Tenía que llamar a casa para saber cómo iban las cosas con Felicity. Llegaron a las Adirondack muy tarde así que decidió que esperaría hasta el día siguiente. Se sentía tranquila, sabía que podía esperar porque su amiga estaba cuidada junto a Garret. No debía preocuparse.

Lorcan le dejó bien acomodada en una habitación que bien podía ser el tamaño entero de su apartamento en Nueva York.

Y con una vista que era un encanto.

Se pasó la primera hora de su estancia allí, embobada, viendo al exterior.

La montaña, nevada en la punta; el bosque rodeando la mansión, floreciendo como correspondía.

Vio a los lobos. Le parecieron inmensos y aterradores también. Sobre todo cuando uno de ellos

levantó el hocico, olfateando el ambiente y después clavó su vista directo en sus ojos. Estaban a distancia pero sabía que el lobo la observaba a ella.

Incluso, le pareció ver que hacía una reverencia o saludo o quizá simplemente estaba bajando la cabeza porque era lo que hacían esos animales y ella ya estaba imaginando cosas que no eran parte de la realidad que conformaba ahora su vida y sí podía ser parte de la ficción y fantasía que los humanos levantaron en torno a los seres que podían ser diferentes a ellos.

Terminó de organizar todo y salió a dar un recorrido.

Todo en aquella casa parecía contar una historia. Todo muy cuidado y reluciente, eran cosas que parecían haber salido de siglos pasados.

Alfombras, cuadros, armaduras, pinturas, vitrales; la construcción en sí de la propiedad. Lo oculta que estaba del mundo exterior.

Cuando llegaron a cierto punto del camino de asfalto, la manada de lobos apareció a un costado de la carretera y se fijó en que Miklos, que era quien conducía, se dedicó a seguir a los animales.

Lorcan le explicó entonces lo que significaban los lobos. Pál ya le había mencionado algo antes pero Lorcan se dedicó a darle unos cuantos detalles más.

Y así fue como dieron con la enorme propiedad que estaba protegida por un conjuro, hechizo o como quiera que le llamaran. El caso era que estaba protegida a los ojos de los humanos curiosos.

Heather se preguntaba para qué Etelka, la abuela de Lorcan, querría tener una casa así si luego no la compartiría ni siquiera con su familia.

Su estómago rugió recordándole que tenía muchas horas sin comer.

Pensó en Lorcan, se revisó la herida de su muñeca envuelta en la gasa. Estaba muy bien. Un poco más y ya sería una simple costra.

¿Cuánto tiempo pasaría para que Lorcan se alimentara de nuevo de ella? Tendría que estar un poco más calmada porque quería saber qué se sentía exactamente.

Siguió su recorrido por la imponente mansión que, en ocasiones, se le antojaba misteriosa.

Juegos de luces y sombras hacían dudar de lo que veía, más cuando estaba rodeada de esculturas o de armaduras como en ese momento que había accedido a una estancia que parecía haber salido de un cuento de siglos pasados.

Necesitaba encontrar la cocina. Ya sentía que estaba a punto de ponerse de muy mal humor debido al hambre que la atacaba de pronto.

Abrió otra puerta y se encontró con un pasillo largo que se veía muy diferente al resto de la casa. Vacío, blanco impoluto y muy iluminado.

Se fijó en las puertas de acero inoxidable que estaban dispuestas a lo largo del corredor.

Parecían un panel de acero corredizo. Intentó abrir alguna de las primeras puertas que vio pero no lo consiguió.

Siguió adelante, estaba segura de que le llevaría a alguno otro lado y pronto se dio cuenta de que su instinto le fallaba.

Después de dar vuelta a la derecha en una esquina, se fijó en que ese nuevo pasillo no llevaba a ninguna parte. Solo a más puertas como las que había visto segundos antes.

Una de ellas llamó su atención porque estaba entre abierta.

Terminó de deslizarla y se sorprendió al ver una bonita habitación al otro lado.

Entró observándolo todo. Un baño, un ventanal con terraza en el exterior que parecía no haber sido usada en mucho tiempo. Esas ventanas se eran diferentes a las que tenía en la habitación en la que Lorcan la dejó.

¿Eran de seguridad? Estaba casi convencida de que lo eran. ¿Porque lo serían?

Entonces alzó la vista y vio las cámaras.

Los vellos de la nuca se le erizaron, más aun cuando vio que en una esquina de la habitación, estaban algunas cosas que pertenecían a Felicity.

Las reconocería a miles de kilómetros de distancia porque eran su bolso y zapatos favoritos.

Empezó a sentir la respiración entre cortada y se sintió mareada, tanto que se vio en la obligación de sentarse sobre la cama y meter la cabeza en las rodillas para evitar una pérdida de conocimiento.

Tenía los ojos cerrados y hubiese deseado no tener que abrirlos de nuevo porque el lugar la tenía inmensamente aterrada pero no le quedaba más alternativa que...

—¡Heather! ¡Heather! —las voz de Lorcan la llamaba con urgencia. La misma con la que ella quería responder pero la falta de aire le impedía articular alguna palabra.

Los pasos en el exterior se aceleraron hasta que llegaron ante ella y entró en la habitación como un huracán revisando que no tuviera nada fuera de lugar.

Ella intentaba respirar con profundidad pero no lo conseguía.

Otros pasos se acercaron a ellos.

Una mujer delgada, alta y con una elegancia que hizo sentir a Heather como un espantapájaros entró acercándose a ellos con preocupación franca en la mirada.

—¿Estás bien?

Ella le asintió a la mujer.

—¿Klaudia? —finalmente podía hablar y lo que le vino a la mente fue lo primero que dejó salir de su boca.

Esta le sonrió a medias y asintió.

Heather vio a Lorcan.

—Estoy bien —los demás llegaron ante ellos en el acto. Todos con cara de espanto—. Estoy bien —Aseguró, viendo hacia la esquina en la que estaban las pertenencias de su amiga.

La bruja de Etelka dio un paso al frente.

—Aquí es en donde estuvo encerrada Felicity. Se lo había enseñado ya a Pál y a Klaudia.

Lorcan lo sintió en el olfato una vez que se calmó y comprobó que Heather estaba bien.

—Me diste un gran susto.

—¿Cómo es que sabías lo que me ocurría?

—Es una conexión que hay ahora entre ustedes, muchacha —Pál le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie. Luego le pasó el brazo por los hombros—. Me da gusto verte de nuevo, aquí, junto a él. No en esta habitación, claro.

—Lo siento, me extravié, la casa necesita un GPS para transitarla —Todos rieron—. No sabía qué era este lugar y era tan diferente que mi curiosidad me sobrepasó. Así vi que esta habitación estaba abierta y pasé a verla. ¿Tenía a otros secuestrados?

—No. Las otras habitaciones son algunas salas de control —Le aseguró la bruja.

—Me alegra saberlo.

—Vamos, querida. Vamos a comer que tu estómago nos alerta que está en capacidad de comerse algo enorme.

Heather sintió vergüenza pero era muy cierto.

Caminaron en silencio algunos minutos hasta que llegaron a otro sector de la propiedad en la que había un comedor que parecía salido de una película.

Tanto lujo y brillo a su alrededor empezaba a incomodarla.

La mesa, que era muy larga y de madera maciza, estaba servida con sencillez y elegancia.

Heather no esperó a que le invitaran a sentarse.

Ella sola abrió la silla que Lorcan se encargó de ajustar una vez que ella tomó asiento. Pál y Miklos trataron con galantería y educación al resto de las mujeres.

Los vampiros comieron, no tanto como la bruja y ella.

El estómago de Heather agradecía cada bocado de la comida deliciosa que le caía.

—¿Quién cocinó esto? ¿Está delicioso?

—Los cocineros —respondió la bruja—. Hay mucha gente en esta casa que se esmeran por mantenerla en pie.

—¿Me repites tu nombre? —Heather intentaba recordarlo.

—Dana —le dedicó una sonrisa amistosa.

—Gracias por salvarla, a Felicity —Heather la vio con sinceridad—. Por cierto, debo llamarla mañana.

—Es mejor que lo hagas, aunque es posible que no recuerde algunas cosas —Pál comentó con cautela y Heather se asustó—. Está bien, Heather, pero tuvo un episodio en el parque en el que Garret tomó la decisión de sacarla de la ciudad. Están en un lugar seguro. Buscando la forma de ayudarle a recuperar los recuerdos.

—Su amistad por ti y el cariño que te tiene me impidió borrarle la memoria al completo.

Heather asintió con la cabeza, intentaba procesar la información.

—¿En dónde están?

—En los Hampton. Garret está buscando ayuda de alguien con mucho poder. Nunca se ha revertido el proceso de borrado de la memoria por parte de las brujas y de encontrar la manera de hacerlo se necesita una bruja descendiente de las primeras de nuestra raza, son las más poderosas.

—¿Brujas vampiras?

Klaudia sonrió.

—Querida, tu yo vamos a tener muchas conversaciones en medio de muchos *cappuccinos* como buenas amigas que seremos para explicarte muchas cosas de mi pasado —la vio con sorna—; aunque me hayas llamado proxeneta muchas veces.

Heather no pudo evitar sentir una vergüenza extrema y Lorcan le dio un apretón de mano para apoyarla.

—No quería...

—¡Vamos! —Protestó Miklos divertido—, claro que querías.

Heather lo fulminó con la mirada y le lanzó la servilleta de tela que tenía en su regazo. Este la atajó en el aire riéndose como un niño travieso.

—Bueno, estaré dispuesta a perdonarte si nos tomamos un café y te cuento de mi hermana. Quizá hasta podríamos hacernos una manicura.

Heather no pudo evitar reír divertida.

—No pareces de las que les va las charlas con amigas y menos haciéndose manicuras.

Klaudia le hizo un guiño.

—Ahora sí que seremos buenas amigas porque ya empiezas a conocerme. Debo irme. Los mantendré al tanto —dijo viéndolos a todos y salió batiendo las caderas con elegancia y sensualidad.

—Klaudia y Veronika son hijas de Kristof —empezó a explicar Pál—; hijo bastardo de la Condesa...

—Me lo dijiste.

—Sí pero no te dije que Kristof se enamoró de una bruja. La misma que llevó a la Condesa al lugar seguro en el que se encuentra ahora.

—¡Oh! —Heather entendió la relación de inmediato—. ¿Y en dónde está Veronika?

—Falleció, porque es humana. Tuvo una vida más longeva que un humano o bruja común. No portaba la maldición, a diferencia de Klaudia. Nacieron en el mismo parto. Es por ello que una comparte la maldición con nosotros y la otra hereda los genes mágicos de su madre.

—Entiendo —Heather bebió un poco de su copa de vino y luego dio por terminada su comida. Rápidamente le retiraron el plato y lo sustituyeron por uno pequeño para el postre. Sonrió en su interior porque quería comer grandes cantidades de dulces—. ¿Y hay descendencia de ella?

—Seguro. Es el Coven de brujas aliadas. Conseguiremos alguna con mucho poder que nos pueda ayudar aunque nos costará por la gravedad de lo ocurrido con Felicity. Los barridos de memoria no se han usado para ataques como ese, la víctima no suele sobrevivir.

—¿Y si no?

—Seguiremos buscando. Garret y yo haremos lo que sea necesario para traer a Felicity de vuelta tal cual era.

Dana negó con la cabeza.

—Estoy muy arrepentida de todo. Quiero que lo sepas.

—Lo sé, noto tu sinceridad y lo agradezco —vio al resto mientras miraba con disimulo el plato con tarta de chocolate que le colocaban en frente. Se le hizo agua la boca solo con verlo—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Por lo pronto, yo me marcharé un tiempo a buscar a Gabor. Debo encontrarlo y encargarme de él —Heather lo vio con compasión—. En tanto, Klaudia se ocupará del detective. Tendré que investigar algunas cosas sobre él también —sus sobrinos asintieron viéndole con seriedad. Era un tema que ya habían tocado en el estudio y que quedaría privado hasta saber lo que necesitaban saber de ese hombre.

—¿No me dijiste que podía ser peligroso?

Todos asintieron.

—¿Por qué enviar a Klaudia a encargarse de él?

—Yo estaría preocupado de ser él y estar cerca de Klaudia —comentó Miklos sarcástico y Lorcan lo apoyó en expresión—. Klaudia es un arma por sí sola. Y de cuidado, como te lo dije en el coche.

—Pero no te hará daño —aseguró Pál—. A menos que lo lastimes —señaló a Lorcan.

—No lo haré. Ustedes ahora son parte de mi vida. Lo he aceptado.

—Y nada me da más alegría que tus palabras —dijo Pál levantando la copa en su dirección—. Nos encargaremos de mi hermana mañana durante el día, haremos una ceremonia de despedida y le daremos partida definitiva a su espíritu. Luego me iré, como te dije y ustedes podrán quedarse aquí el tiempo que quieran. Les vendrá bien.

—Yo también me marcharé. Tengo negocios que atender —anunció Miklos.

—¿Y si Gabor decide venir aquí? Estamos muy solos en esta enorme casa.

—No puede acceder, la casa está escondida a los ojos de los que no queremos que nos encuentren y los lobos son los guardianes del hechizo. Mientras yo esté aquí y con vida, ellos harán lo que les ordene. Seré la custodia de la casa de aquí en adelante. Está demás decir que ustedes, y todos los que ustedes consideren de extrema confianza, aquí tendrán cobijo.

—Todavía no me creo todo lo que estoy viviendo aunque asumí que ya soy parte de todo —comentó Heather negando con la cabeza metiéndose luego un trozo de pastel en la boca—. Nos quedaremos solo un par de días, tengo un trabajo que cuidar porque me niego a ser mantenida, ¿Está claro? —se refirió a Lorcan.

—Haré todo lo que desees —respondió este besándole la mano.

—Yo estoy feliz también de que ahora seas parte de esta familia —comentó Miklos

ofreciéndole una sonrisa sincera y hermosa. Levantó su copa y luego dijo—: En la memoria de la abuela y por la felicidad de ustedes —vio a Lorcan y Heather con alegría.

Capítulo 25

La ceremonia de despedida fue una nueva experiencia para Heather y un adiós más para los Farkas.

La más afectada de todos, la que dejó salir sus emociones en ese momento tan sensible, fue Dana, quien le confesó a Heather más temprano ese mismo día, que Etelka era como su madre.

Se crió junto a ella porque su madre fue la bruja de confianza de la vampira antes de que Dana naciera. Era un legado en su familia. Dana descendía directamente de la bruja que había visto crecer a Pál y Etelka antes de que Marian les visitara.

En medio del bosque, en un lugar en el que el sol alumbraba con delicadeza, Dana preparó un hermoso altar lleno de flores y velas manteniendo en medio de este, el cuerpo de Etelka vendado como si de una momia se tratase.

Por un momento, Heather pensó que quemarían su cuerpo y sus cenizas las echarían a volar en el aire; pero una vez más, la ficción superaba a la realidad y lo que ocurrió fue un entierro tradicional en un lugar retirado de la casa en donde se encontraban otras lapidas sobre las que Heather no quiso investigar.

Asumió que se trataba de un cementerio familiar.

Desde ese punto en el que se encontraban, la casa se erguía imponente y misteriosa ante ellos. Era increíble que allí, en el medio de la nada, en el corazón de una gran montaña, hubiese una propiedad de esa envergadura.

Los hombres cavaron la tumba de la difunta y la dejaron allí para luego rellenar con tierra nuevamente mientras Dana entonaba un cántico en una lengua extraña que era melancólico y al mismo tiempo, reconfortante.

Todos los presentes, incluida ella, usaron una capa negra con capucha mientras duró el servicio funerario.

Después se despojaron de su vestimenta y en cuanto regresaron al sendero que les llevaba a la casa, Pál y Miklos se despidieron porque partirían tal como lo indicaron la noche anterior.

Dana se disculpó con Heather y Lorcan, diciéndoles que, por ese día, se retiraría a su habitación a recordar a Etelka.

Así que ahí estaban ellos dos en el inmenso y precioso jardín de la propiedad, absorbiendo los rayos de sol que hacían resplandecer la vegetación.

—Es una gran casa —comentó Heather.

—Es muy parecida a la de Europa. En la que crecimos mis hermanos y yo.

—¿La visitaremos alguna vez?

Lorcan le sonrió a medias y asintió con la cabeza.

—Te llevaré a donde quieras.

—Ahora quiero meterme en la tina, esa gigante que tenemos en el baño de nuestra habitación. Sería una buena manera de empezar a llevarme a donde yo quiera.

Heather necesitaba un acercamiento íntimo con Lorcan.

Él la vio con espanto.

—No vamos a volver a los temores, ¿no?

—No estoy seguro.

—Bueno, pues vamos a intentarlo.

Se levantó de la banqueta de concreto en la que estaba sentada y le tendió la mano a él que la vio con inseguridad.

Se envalentonó después de que sus sentidos empezaran a entrar en revolución por la excitación repentina de ella que se percibía en el ambiente.

Tenía que intentarlo, tal como ella lo sugirió.

No tenía hambre pero al recordar el sabor de su sangre, las encías empezaron a arderle y su sexo se endureció en el acto.

Caminaron en completo silencio hasta que llegaron a la habitación.

Ella entró y sin aviso previo, se desvistió.

Lorcan no sabía cómo describir lo que sentía en ese momento porque todo se aceleró en su organismo.

Su pulso, el endurecimiento de su pene, el ardor en las encías que pasó a convertirse en dolor.

Gruñó, ella lo vio con cautela.

Le mantuvo la mirada caminando desnuda y nerviosa hasta donde él se quedó inmóvil.

Estaba muy nerviosa.

Lorcan la veía con lujuria como si quisiera comerla de un bocado.

Y era lo que quería hacer.

Todavía no se percataba de que algo había cambiado en él.

Sí, tenía deseo y ganas de ella pero podía controlar todo.

No existía ninguna ansiedad latente que le hiciera salirse de control.

Tenía sed de su sangre y no de muerte.

Tenía necesidad de poseerla y hacerla suya, mil veces, con pasión desmedida.

No con morbo y menos con agresividad.

Ella seguía atrapando su mirada con esos ojos maravillosos que lo cautivaron la primera vez que decidió verlos directamente.

Le sonrió con ternura.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que tengas que alimentarte otra vez de mí?

Él parpadeó un par de veces haciéndosele agua la boca ante el recuerdo de ese sabor único que tenía la sangre de su mujer.

—Será una necesidad diaria porque voy a desearte a diario.

Ella se pegó a él. Lorcan la rodeó con sus brazos sintiendo la dureza de los pezones de la chica sobre su torso; acariciaba su espalda sensual y delicada.

Su camiseta le estorbaba y se la quitó en un rápido movimiento para poder pegarla a ella de nuevo contra su cuerpo, sentir al completo la tibieza de sus senos, la suavidad de su piel.

Su miembro palpitó una vez más y ella se removió juguetona buscando una mejor posición para acariciarle sobre el pantalón.

Lo vio a los ojos mientras Lorcan intentaba no perder la cordura bajo esas deliciosas caricias.

Se acercó a su boca incitándolo a que la besara sin medidas.

¿Por qué iba a resistirse o rechazar tan maravillosa invitación?

Lo hizo, arrebatándole el aliento, dejando escapar de su garganta sonidos que le hacían saber a ella cuan excitado se encontraba.

La chica paró el beso y lo vio de una manera seductora.

Regó besos por el torso de él mientras bajaba e iba liberando la erección de Lorcan de la prisión en la que se encontraba.

Una vez estuvo libre, se dedicó en profundidad y con gran esmero a envolverla con caricias,

succiones y lamidas que dejaron sin razón a Lorcan observando cómo su mujer trabajaba tan apasionadamente sobre él.

Estaba extasiado.

Le sujetó el cabello a ella en una cola con ambas manos mientras empleaba un poco de poder sobre la chica dominando él las entradas y salidas de la boca de ella.

Le gustó y le excitó aún más que ella se dejara. Lo veía a los ojos en el proceso y le dio a entender que le gustaba lo que hacía.

Heather quería experimentar. Estaba dispuesta a probar con él sobre sus gustos y saber hasta dónde podía ella llegar jugando al dominio.

Si era lo que lo complacía, ¿por qué no probar?

Así se mantuvieron unos segundos más porque Lorcan acabó de manera impulsiva. No lo vio venir y fue muy tarde cuando sintió la tensión en su pene y las convulsiones empezaron a atacar su cuerpo.

Esa mujer lo enloquecía en todos los niveles

Ella se sintió feliz de que haberle hecho alcanzar la cima de esa manera. Le gustaba darle placer a su hombre.

—Sube —le levantó por el puño de cabello que tenía de ella entre sus manos. Fue delicado pero sin perder la autoridad que le gustaba emplear.

La besó sin permisos, sin juegos previos y jugó con sus pezones de la misma manera.

Le gustaba aquel permiso silencioso que ella le estaba dando de experimentar, gemía y se removía nerviosa mientras él pellizcaba y mordisqueaba sus pezones.

Lorcan no se detuvo porque estaba embriagado con la excitación de ella que se apoderaba de todo el ambiente.

La fue acercando a la cama que era alta, con un gran dosel, perfecta para darle la vuelta y bajarle el torso a ella.

Su pene estaba listo para atacar y esta vez no buscaba caricias.

Quería un juego más rudo.

Le tomó otra vez por el cabello, asiendo su cabeza hacía atrás, acercándose a su oreja mientras su pene se posicionaba en la cavidad de ella que le esperaba húmeda y deliciosa.

Lamió cuello y oreja mientras los sonidos guturales salían sin control. Heather jadeaba y gemía justo como él lo quería.

¡Qué momento!

Las encías le dolieron exigiendo lo suyo.

«Pronto» pensó mientras su pene se abría paso en el interior de ella.

El gemido de la chica lo invitó a dejar las delicadezas a un lado y empezó a marcar entradas y salidas constantes que acariciaban el interior de ella acercándola cada vez más a la cima.

Apretó el puñado de cabellos.

—Hazme gritar —pidió ella entre jadeos y con una voz tan suplicante que Lorcan sintió cuando todos sus sentidos se nublaron.

Temió que fuese la bestia acudiendo al llamado pero no.

Estaba nublado por la lujuria sí, por el deseo a actuar como más le gustaba pero sin necesidad de agresiones.

Tenía el poder del momento, ella se lo cedía y aquello lo estaba enloqueciendo de pasión.

Sentía que tenía el control más importante de todos: sobre sí mismo y se sintió eufórico por ello.

Amaba a esa mujer con todo su ser. Ella le estaba dando un regalo maravilloso y lucharía cada

día por hacerla gritar de felicidad y amor.

Sus embestidas se aceleraron. Lo hizo a su modo alcanzando ella el orgasmo más intenso y delicioso de toda su vida.

Gritó, por supuesto que lo hizo.

Gimió sin medida, estaba desinhibida por completo ante él.

Lorcan no quería alcanzar el clímax aun.

Esta vez lo controlaría porque, además, necesitaba algo más.

Le dio la vuelta a Heather cuando sintió que sus contracciones disminuyeron.

Arrimó sus caderas al borde de la cama y ella misma se abrió para él.

Aquella visión lubricada lo atrapó deseando absorber sus jugos.

Y lo hizo. Mientras ella se frotaba enloquecida sobre su boca.

La tocó y la lamió cuanto quiso. La llevó a la cima una vez más.

Ella le suplicó que la penetrara otra vez.

Sonrió con picardía.

Estaría dispuesto a cumplir sus súplicas de por vida.

Gruñó frotándose el miembro y los testículos mientras ella masajeaba sus propios senos.

Y sin previo aviso, la penetró.

Ella arqueó la espalda y volvió la cabeza a un lado dándole una visión que se le hizo irresistible de la vena que brotaba en ese momento en su cuello.

Sintió la sangre de ella corriendo dentro de la vena y la vagina empezó a contraer los músculos con fuerza alrededor de su pene.

Acabaría pronto.

Las encías reclamaron sangre una vez más.

—Heather —ella volvió la cabeza y lo vio a los ojos. Las embestidas pararon unos segundos en los que se mantuvo en el interior de ella. La mujer le acarició el rostro con dulzura y le tomó la mano en la que llevaba el anillo.

Besó la mano. Y luego la colocó sobre su cuello.

El instinto de Lorcan tomó el control de todo después de eso.

Se activó el sistema del anillo que penetró de inmediato la piel de ella dejando brotar la sangre que Lorcan succionó sin permisos, sin delicadeza.

Heather sintió el pinchazo y luego un ardor que pasó en cuanto Lorcan pegó su boca de la herida.

La succión la sentía en todo el cuerpo y le producía unas cosquillas estupendas que la excitaban más.

Se removió debajo de él y Lorcan gruñó como un animal. Se asustó por un momento pero mantuvo la calma porque lo que quería era que él embistiera con fuerza.

Quería alcanzar un orgasmo con esa sensación que tenía en todo el cuerpo.

Se removió de nuevo y sintió otro gruñido al tiempo que él le atajó ambos brazos y se los pasó por encima de la cabeza sosteniéndolos así con fuerza.

Ella gimió sin vergüenza.

Él capturó ese gemido que le hizo retomar las embestidas dominadas por su naturaleza salvaje.

Heather se sintió desvanecer antes de convulsionar, como nunca antes; y lo sintió a él convulsionar de la misma manera en su interior.

Succionó con más fuerza de la herida y ella, de repente, se sintió mareada.

Bostezó causándole gracia aquello porque lo único que pensaba después de ese orgasmo por el cual aún vibraba, era en tomar una siesta larga que le ayudara a recuperarse.

Lorcan se despegó de la vena tan pronto como menguaron las palpitaciones y las contracciones. Parpadeó un poco recuperando el aliento de la intensidad del momento vivido.

Observó a la mujer que era la dueña de su corazón, dormía profundamente con una sonrisa ligera en los labios. Las mejillas coloradas y el cuerpo relajado aunque se mantenía abierta para él y Lorcan se negaba a salir de ella.

La dejaría descansar. La succión de sangre, el sexo y la absorción de psique dejaban desgastado a cualquier ser humano con la necesidad de dormir para recuperar energía.

Mientras tanto, él cuidaría sus sueños y reviviría cada momento compartido con ella desde que la conoció. Sobre todo, esos últimos minutos disfrutados junto a ella.

Era perfecta y era suya.

Sonrió pensando en que él no podría ser de nadie más. Su corazón ya tenía dueña.

Esa mujer consiguió disipar la oscuridad de su interior.

Ya no necesitaba heridas, gritos ni muerte para alcanzar un momento de éxtasis porque ahora, junto ella, tenía la gloria absoluta.

Su maldad no regresaría nunca más.

Heather era su luz. Su esperanza. Su alegría.

Sonrió satisfecho pensando que, el dominador, ahora tenía a alguien que lo dominaba porque era evidente que esa mujer controlaba todo su sistema.

Respiró y cerró los ojos envolviéndola a ella en un abrazo.

Le dio un beso suave en una mejilla.

—Gracias por creer en mí y regalarme tu amor, el mismo que me llevó a la redención —le dijo en un susurro y la vio sonreír un poco. Lo escuchaba, aunque estuviese dormida—. Te prometo que te haré inmensamente feliz cada día de la vida que, a partir hoy, viviremos juntos.

Epílogo

—Ronan.

—Klaudia —saludó este en cuanto la mujer se sentó frente a él en el restaurante.

—Gracias por aceptar mi invitación.

La mujer asintió. El restaurante era uno de los más famosos de la ciudad y como era de esperar, estaba lleno.

—Para venir aquí hay que esperar meses por la reservación —lo vio con suspicacia—. ¿Cómo conseguiste una mesa esta noche?

—Siempre hay alguien que me debe favores y sé cuándo cobrarlos —el camarero les trajo una botella de vino que Ronan degustó y aprobó.

Les sirvieron el vino en las copas.

Klaudia observaba al hombre con interés. Le despertaba muchas cosas donde reinaba la curiosidad por saber quién era y de dónde provenía.

Había investigado con gente que tenía para esos fines y no encontró más que una vida como policía inmensamente aburrida.

Para sorpresa de todos, el hombre había renunciado a su puesto de trabajo y dio por cerrado el caso de Felicity antes de salir definitivamente de la comisaría.

Lo que no pintaba muy bien para los Farkas.

No era el primer héroe cazador con el que se encontraban.

Tampoco era que existieran muchos, porque la supervivencia siempre elegía al más apto y fuerte; en ese caso, los humanos tenían una clara desventaja frente a ellos.

Su aroma ese día era diferente. No tenía tanto *AfterShave* y podía sentir la propia esencia del hombre emanar de su piel.

Dulce, picante, penetrante.

Tosió, él le sonrió con malicia.

—¿Ocurre algo?

Ella negó viéndolo con duda.

Algunos recuerdos empezaron a llegar a la mente de ella.

—¿Cómo le va a Felicity?

—Supongo que bien.

—¿No has hablado con Garret Farkas? —le sonrió de nuevo y Klaudia recibió algunas imágenes extras de ese pasado tan antiguo que de no ser por Luk, lo habría olvidado por completo. Frunció el ceño.

Klaudia sintió la excitación en el ambiente. El cambio de humor de él la preocupó.

Y la puso alerta.

Quería venganza, matarlos, pero ¿por qué?

Respiró de nuevo con profundidad y entonces, por fin, recordó a esos seres especiales.

—Parece que esta cena va a terminar antes de que ordenemos —anunció Klaudia dejando su servilleta de tela sobre la mesa. Ronan le colocó la mano encima de la suya.

Klaudia sintió las chispas entre ellos llevándose él también una buena sorpresa.

No lo esperaba, aunque no pudiera apartar a esa mujer de su cabeza desde la vez que la vio en

su oficina, no esperaba esa reacción entre ellos.

Debía controlarse más. Era imposible que tuviera algún sentimiento por ella.

Tenía un plan que seguir.

—¿Eres uno de ellos, Klaudia?

Klaudia se mantuvo en silencio. Estaba intentando entender qué demonios pasaba en su interior porque estaba sintiendo cosas que se le hacían muy extrañas.

—No soy miembro de los Farkas, Ronan —trató de zafar el contacto con la mano de él pero Ronan no se lo permitió.

—Sabes a lo que me refiero —la intensidad con la que la veía, la confundía. Los aromas que salían de él, la agobiaban—. ¿Ya sabes quién soy?

Ella parpadeó un par de veces, incrédula ante la pregunta.

¿Sí era descendiente de quien ella creía?

—Es posible que seas una maldita aparición porque tus ancestros desaparecieron hace cientos de años.

Ronan relajó el agarre sobre la mano de ella.

Pero seguía con la mirada brillante clavada en la de Klaudia quien llegó a sentir nervios por primera vez en su vida.

—Por tu actitud, creo suponer que sabes quién fue el responsable de esa masacre —Klaudia tragó grueso—. Esto es lo que haremos, voy a pasar una temporada en mi tierra, quiero reconectarme con mi pasado y recordar lo que me motiva a levantarme cada día con ganas de acabar con cada uno de ustedes. Así que si me dices en donde está el que acabó con los míos, los dejaré a ustedes con vida. Convérsalo con el anciano de tu familia —Klaudia entendió que se refería a Pál—. Y búscame en Irlanda cuando estén listos para darme al monstruo con el que tengo tanto por ajustar.

—¿Y si no lo hago?

—Va a ser una pena, Klaudia. Porque voy a tener que matarlos a todos.

Klaudia dudaba que aquello fuera posible, a menos que ese ser tuviera algunos buenos poderes, era imposible que en técnicas de pelea pudiese superarlos. Y estaba casi convencida de que de poseer algo así en poderes, ya los habría usado.

Pero si algo le había enseñado la longevidad a Klaudia era que a nadie se le debía subestimar. Nada se podía dar por sentado porque cuando uno menos lo esperaba, ocurría una desgracia.

Como la de Etelka y Gabor, por ejemplo.

Este hombre estaba movido por la venganza y aunque ella sabía quién masacró a los suyos y sabía muy bien que Luk ya estaba muerto, no le diría nada.

Jugaría a su juego porque eso le daría tiempo para saber más de él y saber cómo acabar con él cuando este se enterara que Luk murió y manifestara su frustración con los demás por no poder llevar a cabo su venganza.

Porque presentía que, cuando se enterara de que la motivación de su venganza estaba muerta, cumpliría con su palabra de acabar con ella, los Farkas y el resto de la especie entera.

Continuará...

Castidad – Guardianes de Sangre II

Capítulo 1

Garret llamó a la puerta con timidez.

Aun sabiendo que los Guardianes tenían un Coven de brujas aliadas para ayudarles en lo que fuera necesario, evitaba tener que pedirles ayuda.

Sobre todo a esas como Loretta Brown que solo eran aliadas porque así se les exigía al nacer. Porque su sangre procedía de uno de los linajes más fuertes de brujas que había.

Ser descendiente de Veronika Sas no era cualquier cosa y todas las bendiciones que otorgaba ese linaje debía ser usado siempre para el bien del mundo, sin importar si se estaba de acuerdo o no.

Cada una de las descendientes de Veronika sabía que una de las misiones más importantes que tenía en la vida era hacer el bien, sin importar quién lo solicitara.

Claro, eso no quería decir que debía ser amiga incondicional de la persona a la que ayudara y Loretta, era un caso bastante particular.

Su vida siempre estuvo rodeada de elementos imposibles de entender, mucho conocimiento para procesar, grandes cargas energéticas que debían ser controladas para su uso correcto y así, se le pasó la vida perdiendo esa parte fundamental que cada mujer en la tierra debe vivir.

Colegios, amigos, universidad, amores, desamores, éxitos, fracasos, alegrías, tristezas; la construcción de momentos con diferentes personas que le llevaran a sentirse satisfecha con su vida.

Eso no lo tuvo.

El número de brujas descendientes de Veronika era cada vez más reducido y Garret no podía culparlas de no querer procrear sabiendo lo que les esperaba a las nuevas generaciones.

Escuela en casa, limitaciones, nada de amigos, una vida solitaria en completa conexión con la naturaleza y aunque eso no era una regla impuesta dentro del Coven, se tomó como una tradición y para las brujas, las tradiciones, eran muy importantes.

Desde la caza de brujas empezaron a esconderse, mantenerse fuera de los radares humanos llevándoles a educar a los niños en casa, obligándoles a mantener un estricto círculo de personas cercanas en las que podían confiar.

La magia solía guiarles y ayudarles a seleccionar a esas personas que se convertirían en parte de sus vidas.

Bueno, la magia o los lobos rectificó Garret en su interior cuando escuchó las uñas de los animales traquetear el suelo de madera de la propiedad acompañando a Loretta en su recorrido hasta la puerta.

Cuando la puerta se abrió, Garret le sonrió con educación a la chica y le dio gusto saber que se encontraba físicamente bien.

Tenía el mismo semblante delicado y sereno que contrastaba tan bien con la mirada azul intenso que dejaba en claro todo lo que pensaba.

En ese momento, con solo verlo, le dejó saber que no era persona grata en su propiedad.

—Loretta.

—Garret.

Los lobos olfatearon el ambiente sin salir de la propiedad y luego, con toda la calma del mundo, les dieron la espalda dirigiéndose a otra estancia de la casa.

Garret resopló divertido y a ella no le hizo gracia su actitud.

—No me estoy burlando de ti.

—Yo, tú, me lo pensaba, porque como me creas estúpida te cierro la puerta en la cara y tu querida chica se queda sin mi ayuda.

Garret se enserió por completo.

No era el momento para pensar en tonterías como la de que los lobos de Loretta estaban tan aburridos de su vida como ella.

—Y tampoco me tengas lástima.

—Sabes que nunca la he tenido, solo es que no entiendo por qué si no te gusta tu vida, ¿no te propones cambiarla?

—¿Haciendo qué? ¿Un divertido show en medio de la playa para atraer curiosos con la magia de los elementos? O metiéndome en una página de citas y rellenando mi perfil como: bruja potente busca hombre que sea valiente y comprensivo.

Garret sonrió.

—Bueno, eso podría funcionar. Quizá atraerías a un hombre simpático que te ayude a ser más simpática a ti.

Loretta se cruzó de brazos y lo vio con hastío. Sabía a por qué Garret estaba allí; sabía para qué le estuvo llamando las semanas previas al encuentro de ese día; y no era que no quería ayudar a la pobre chica que pasó muy mal rato en manos del cretino de Gabor, era que no quería tenerlos cerca.

A ellos.

Les temía, a pesar de que entendía que no podrían hacerle nada, que las leyes de la naturaleza se los impedirían y que ella podría neutralizarlos o matarlos en cualquier momento, la verdad era que les temía.

Si cada vez que surgía la historia de alguno de ellos que enloquecía y se volvía contra la misma especie o peor aún, las historias en las que algunos iban atacando a humanos sin reparo alguno, Loretta temía por ella.

Irónicamente, siempre fue miedosa de todo lo paranormal que la rodeaba aunque la imagen que proyectara dijera otra cosa.

Era como la chica de las series de TV que le encantaba ver a diario.

Esa chica rubia y despampanante que hace suspirar a todos los chicos del colegio y que le hacen sentir una diosa estando frente a ellos pero a puerta cerrada en la privacidad de su habitación, la rubia no es más que un ser humano susceptible lleno de complejos y con una inseguridad tan grande como el planeta.

Así era Loretta y no quería cambiarlo porque su refugio, allí en el medio de la naturaleza, entre el océano y los montes, era en donde se sentía más segura.

Era la vida que le tocó vivir a pesar —muy a pesar— de que no le gustaba.

Solo tenía que aceptarla y cumplir con las misiones que se le designaban.

Que siempre estaban ligadas a la Sociedad de los Guardianes de Sangre.

No era la primera vez que llamaban a su puerta, si bien era cierto que buscaban a otras del Coven primero.

Sabían de la fuerza de la magia de ella y lo incómoda que se sentía en presencia de los Farkas,

por ello casi no la solicitaban pero si Garret estaba allí pidiéndole ayuda por la chica que atacó Gabor sería porque ella tenía lo necesario para ayudarlo.

—Necesito tu ayuda Loretta, esto es serio. No habría venido de no...

Loretta percibió el interés sincero que tenía el vampiro en la chica.

¿Le importaba?

No era posible, Garret Farkas era muy conocido por sus máscaras blancas en las fiestas de la sociedad con las que dejaba en claro el voto de castidad que hizo hacía tantísimos años.

Loretta estaba enterada, por las brujas de su familia, los registros en libros mágicos y en los diarios personales de sus predecesoras, que cada uno de los Farkas tenía su propia cruz.

Sabía lo que significaba para ellos llevar encima la maldición, alimentarse de sangre, lo mal que también lo pasaron en la cacería de brujas.

Sobre todo Lorcan Farkas.

Ahora redimido a una mujer que le parecía haberle dado la felicidad absoluta.

Los vio juntos en la última reunión de la sociedad cuando discutieron el porvenir de Gabor en cuanto lo hallaran.

Lorcan aprovechó la ocasión para presentarla como su compañera.

Había bebido sangre de la mujer y la comunión entre ellos era un hecho.

Se pertenecían.

Así funcionaba esa especie y su maldición.

En aquel momento, Loretta vio en los ojos de ella el amor y la comprensión por el hombre que le presentaba a un mundo que podría resultarle un *show* de circo.

Brujas, vampiros, los lobos.

Y ella una simple humana.

También presenció en los ojos de la chica la angustia que ensombrecía esa felicidad que sentía junto a Lorcan, le tenía mucho cariño a la mujer que lastimó Gabor y se preocupaba por ella.

Gabor siempre fue el Farkas más detestable de toda la familia que ella conocía.

Las precauciones que tomarían con respecto a la Condesa y los cuidados especiales que recibiría la chica por la que ahora Garret le pedía ayuda.

Loretta le dejó el paso libre y Garret asintió con la cabeza para entrar en la propiedad.

—Es algo en su memoria —comentó mientras Loretta cerraba la puerta.

La bruja guio a Garret hasta la cocina y se sirvió una taza de té sin ofrecerle nada a él.

No quería ser amable, solo estaba cumpliendo con su deber y porque algo en su interior, desde hacía unos días empezó a removerse, inquietándose por el estado de la chica que ella sabía empeoraría.

—¿Cómo se llama?

—Felicity.

Loretta bebió un sorbo de su infusión de rosas, las que ella misma cultivaba.

—Dana intentó pedirme ayuda.

—Lo sé, quiere arreglar el daño que le hicieron de alguna manera.

—Hay otras descendientes de Veronika, Garret. ¿Por qué yo?

—No lo sé, tú fuiste la primera persona en la que pensé en pedirle ayuda y luego Pál sugirió lo mismo... ¿casualidad?

Ella bufó.

—Sabes muy bien que no existen —la bruja tomó otro sorbo de la infusión—. ¿Qué te une a ella?

Garret la vio con temor. No sabía cómo decirle que estaba perdidamente enamorado de

Felicity.

La bruja no era tonta y apreció el sentimiento en su mirada.

Los Farkas podían ser letales, portadores de la maldición, podía sentir temor de estar junto a ellos y sin embargo, no podrían engañarla si la veían a los ojos porque eran hombres sinceros.

—¿La amas? —Garret asintió una vez con la cabeza manteniendo la mirada de la bruja y sintiendo un leve cambio en su aroma. Sentía el aroma de ella y eso le sorprendió porque ninguno de ellos consiguió identificar antes el aroma de Loretta.

No podría describirlo ya que era tan sutil que se perdía en el ambiente pero sí, lo notaba.

Loretta cerró su energía de nuevo recordándose que no podía y no debía bajar nunca la guardia ante otra persona.

Nunca.

Desde que se quedara sola en el mundo decidió encerrarse por completo en una burbuja que mantenía su esencia, aroma y energía, sellado, libre de cualquier mal que quisiera acecharla.

Libre de ellos.

Si la olían, la reconocerían y podrían encontrar sus debilidades, eso no podía permitirlo.

Por ello, ninguno de los vampiros que conoció en su vida, reconocía su aroma, y a pesar de haber bajado la guardia ahora con la noticia que Garret le daba, recuperó el control a tiempo.

Notó la decepción en la mirada de él tras no percibir nada más para oler de nuevo en el ambiente.

Los lobos se removieron a su alrededor.

Tal como se removió su interior hacía un momento cuando el cambio de Garret la conmovió.

Conocía la historia de él y Diana. Su voto de castidad siempre le pareció la cosa más romántica y admirable que un hombre podía hacer por rendirle honor al amor que le tuvo a una mujer pero también le parecía sacrificado y triste vivir en soledad para siempre, recordando un amor que causaba tanto dolor.

No le parecía justo.

—Si le barrieron la memoria, no hay nada que pueda hacer por ella, Garret, y lo sabes. Es peligroso para su mente.

—Lo aceptaría así de no ser porque el trauma es muy grande y el barrido no fue completo, Loretta —sintió un quiebre en la voz del hombre que la sorprendió y él no hizo nada por detener sus emociones—. Sueña cada noche con un maldito animal que se la come viva —la rabia apareció en los ojos del vampiro dejándole saber a la bruja que si Gabor estuviese allí, ante ellos, Garret le sacaba la cabeza sin contemplaciones; y ella no haría nada para impedirselo—. Se retuerce, grita pidiendo ayuda. Cada vez que cae la noche empieza a frotarse las manos y toda la casa se impregna de su pánico. Cada día se hunde más en sus terrores y los asume como parte de la realidad, Loretta, si sigue así la voy a perder y no... —se detuvo intentando controlarse aunque no pudo hacerlo, sus ojos se enrojecieron así como su nariz, instando a Loretta a decidirse, debía ayudarlo pero se negaba a tenerlos tan cerca. Bebió otro sorbo de su infusión y le extendió el resto a él para que hiciera lo mismo pensando que se negaría, el vampiro tomó la taza, sorprendiéndole y le sonrió de lado con la tristeza bañando sus ojos. Se quedó viendo la taza unos segundos y luego bebió un poco del líquido rojo oscuro del interior. Le ayudó, notó como respiró profundo y luego encontró fuerzas para continuar con su explicación—... no quiero perderla a ella también.

La bruja asintió, le sacó la taza de las manos y lo vio a los ojos de nuevo.

—Nunca he ayudado a nadie a revertir algo tan fuerte y menos a que se enfrente a hechos tan crueles vividos en el pasado, no sé cómo hacerlo. Tendrás que concederme unos días para consultar a los ancestros.

—Voy a concederte lo que me pidas con tal de que la ayudes a ser la mujer que era antes. La mujer maravillosa que estaba llena de esperanzas y que siempre tenía una sonrisa para obsequiar. Haré lo que me pidas, Loretta.

—¿En dónde está?

—En la casa de veraneo.

Loretta se tranquilizó un poco, no tendría que viajar a la ciudad.

No era que no le gustaba visitar Nueva York pero la verdad era que prefería mantenerse en poblados más pequeños. La gran manzana la agobiaba.

—¿Y está sola?

Garret asintió.

—Dana creó un escudo que la protege de Gabor, en caso de que quiera regresar por ella.

—No lo hará, si algo ha tenido Gabor toda su vida es que mide muy bien sus movimientos y sabe que regresar por tu chica sería una estupidez que lo llevaría a un desenlace fatal. Al igual que volcar su ira en la chica de tu hermano —lo vio con sorna—. Sus propósitos serán diferentes ahora. Cuéntame más sobre Felicity.

Garret le habló con total sinceridad. Le dijo todo lo que sabía de ella desde que la vio por primera vez en la oficina de la familia y que entró directo en el despacho de Lorcan.

La rabia que sintió cuando se enteró de que Lorcan pagó por ella exclusividad, lo poco que deseó hacerse a un lado porque creía que la chica era persona de interés para Lorcan.

Eso hablaba bien de Garret y lo mucho que amaba a su familia.

Siempre dispuesto a sacrificarse por ellos.

Por todos los que amaba.

Nunca se sabía qué esperar con ellos.

Se concentró de nuevo en la historia que el hombre narraba entendiendo que la vida de Felicity no fue buena nunca y que siempre fue víctima de abusos, malos tratos y tantas cosas más que le pareció muy injusto que además le tocara vivir una terrible experiencia en manos de un vampiro psicópata que la usó para lastimar a otros.

Como una carnada.

Se cruzó de brazos sintiéndose frustrada por las injusticias que vivían los inocentes.

Frunció el ceño y sin darse cuenta, sus barreras se esfumaron haciendo que Garret parara en seco e hiciera una inspiración profunda abriendo los ojos sorprendido por el olor que sentía.

La rabia de la bruja era picante, al punto que sintió un cosquilleo incontratable en la garganta.

Notó la reacción de ella y no llegó a comprender por qué ahora sí podía detectar su aroma, sus cambios.

Aroma que de repente pasó a ser incierto, como una extraña mezcla entre lo picante y lo dulce.

La molestia y la inocencia. Interpretó Garret de inmediato.

Ella se frotó las manos en el pantalón y los lobos se levantaron en el acto gruñendo en dirección a Garret.

—¡Basta! —ordenó ella a los animales que, de inmediato, retrocedieron sin perderla de vista. Garret decidió mantenerse en silencio. Ella estaba increíblemente nerviosa—. Iré en cuanto pueda, Garret. Ahora necesito que te marches.

No quería exponer sus emociones. Era eso. Lo entendió en su mirada avergonzada.

Como cuando un niño es descubierto infraganti.

Garret se preguntó por qué ella se comportaba así si estaba claro que todos estaban en el mismo equipo.

No era que no conoció a brujas extrañas en su vida, claro que las había conocido, pero nunca

como Loretta.

Asintió sin protestarle en su petición. No quería que la bruja se arrepintiera en su decisión de ayudarle.

Así que, sin decir nada más, se dio la vuelta y salió de la propiedad para enfrentarse a un vendaval que azotaba la casa de manera sobrenatural.

Porque lo era.

La bruja estaba mal emocionalmente por alguna razón y los elementos reaccionaban a sus emociones.

Solo esperaba que lo que se removía en ella no le hiciera cambiar de decisión.

«Ayúdame, Diana, te los suplico» no le pidió ayuda antes porque sentía que la estaba traicionando con Felicity que sería injusto pedirle ayuda justo a ella, pero no sabía a quién más recurrir porque Diana siempre sería una mujer importante en su vida aunque ya no fuese la dueña de su corazón.

Y estaba convencido de que ella, desde cualquier lugar en el que estuviera su espíritu, le escucharía y vendría en su ayuda.

Loretta Brown era la única hija que tuvieran Amanda y Wallace Brown.

Vivía en la casa que le perteneció a su familia materna de toda la vida, de cuando las brujas asentadas en el norte huyeron a diferentes sitios del sur por el miedo de ser capturadas y llevadas a la hoguera.

Una casa que, aunque vieja, se mantenía en pie, segura y hermosa gracias a las bondades de la magia y de los hechizos que muchas de sus predecesoras hicieron en la propiedad.

La casa conservaba una esencia única que fue construyéndose poco a poco, generación tras generación y que le permitía fortalecer sus cimientos, abonar la tierra que la rodeaba haciendo del lugar un sitio único para la supervivencia de las brujas que vivan en él.

Su abuela y su madre siempre le contaron la importancia de ser una descendiente de Veronika, la primera de las brujas fruto de la unión de un hijo de la condesa con una bruja blanca muy poderosa como lo fue Szilvia.

Y cada una de las brujas que pertenecían a ese linaje era especial.

Cada una tenía su magia que las hacía únicas.

Todas valientes, decididas y avocadas a luchar contra el mal que acecha el mundo mientras cuidan la tumba de la mujer que no debe ser despertada jamás.

Una historia que se transmite de generación en generación entre ellas explicando que, fue Veronika, junto a Pál Farkas, los que crearon la sociedad a la cual debían pertenecer les gustara o no.

Una historia que tenía muchas lagunas que nadie nunca le aclaró; como por ejemplo, en dónde estaba la tumba que debían ellas cuidar. ¿No se suponía que debían saberlo?

Pues no.

La historia cuenta que Pál si lo sabe y que, además, él tiene el secreto que puede vencer a la mujer de la tumba en caso de que alguien quisiera despertarla.

¿Y no se suponía que debían tomar provisiones ahora?

Por ello no acababa de confiar en los Farkas.

Por ello sus barreras que ahora parecían haberse esfumado.

Garret lo notó y eso la desestabilizó más, creando el viento que aún no cesaba en su propiedad

y haciendo que los lobos se apartaran de su lado por completo porque no podían soportar la energía que estaba generando en ese momento.

Apagó la TV disgustada con ella misma por ser tan torpe y haber cometido ese error.

Se dio la vuelta en la cama y observó la noche a través de la ventana.

Recordó a su abuela, lo feliz que fue siendo bruja.

A su madre, que compartía la misma alegría de existir con sus poderes y las responsabilidades que esto traía con sígo.

Lo mucho que confiaban en los Farkas, incluso en Klaudia, quien le parece una mujer que esconde algo grande.

Su padre siempre se mantuvo alejado de las tradiciones de la familia, a pesar de que ella le pidiera mil veces ayuda para no desarrollar más su magia.

Aunque suplicara ir a la escuela y compartir con niños de su edad.

El hombre siempre le decía que debía asumir la responsabilidad que tenía y para la cual estaba siendo educada; se daba cuenta ahora de que en sus ojos le expresaba su preocupación por encontrar la manera de hacerla feliz. Por darle una vida mejor.

Hasta un día en el que su naturaleza humana no soportó más y decidió declarar una opción que a su abuela no le gustó en lo absoluto haciéndole insoportable su estancia en la casa de ahí en adelante.

Su padre intentó sacarla a ella y a su madre de ahí por todos los medios pero la anciana siempre hacía que las cosas se torcieran y lo arrastraba más a él, solo, a la salida de casa.

Un día se fue y nunca más supo de él.

Loretta pasó mucho tiempo tratando de reconciliarse con el mundo al que pertenecía. En cierto modo, aun no lo hacía al completo aunque se podía decir que lo asumía mejor.

La muerte de la abuela no ayudó porque eso desató la desesperación de su madre quien intentó por todos los medios volver a atraer al hombre que amaba a su vida pero le fue imposible porque la abuela creó un hechizo tan potente para que su padre no recordara el camino de regreso a esa casa cuando decidió abandonarlas, que hizo que su rastro se perdiera para siempre.

Así que su madre se dedicó a servirle a la naturaleza, hasta que sintió el llamado de la misma y supo que se uniría a ella de nuevo.

Se convertiría en tierra.

Un día triste para Loretta que quedó muy sola y entendiéndolo que su abuela siempre le dijo de que las brujas como ellas, estaban mejor solas porque podían concentrarse al completo en su deber.

Se acostumbró a estarlo, sin embargo, no era que le hacía gracia.

No por la soledad, no por estar a solas con ella misma que era gran parte de lo que debía hacer para reconocerse a sí misma y poder aceptarse tal como era, no era nada de eso.

Ni siquiera tenía que ver con ser una descendiente de Veronika.

No.

No le hacía gracia saberse sola en el mundo.

La verdad era que no tenía a nadie más que los lobos.

Y, a veces, quería tener al menos un amigo en quien pudiera confiar y contarle cómo se sentía.

Lo intentó, claro que lo intentó, mas nunca resultó bien el contacto que tuvo con el exterior haciéndole comprender pronto de que aunque sola, en casa estaría mejor que en ningún otro lado.

El intento de tener una vida normal le llevó a sentir un estrés enorme y aquello desestabilizaba sus emociones haciendo que sus poderes se salieran de control y bueno, digamos que no era buena idea andar creando catástrofes naturales en cualquier momento de estrés del día.

Así que el trabajo en la cafetería lo abandonó pronto y encontró algunas aficiones que le mantenían ocupada durante el día.

El dinero no era una necesidad, mucho acumularon sus ancestros y siempre había abundancia material en la familia; el resto, lo proveía la tierra y el huerto que tenía en casa del cual se alimentaba a diario.

Su casa seguía estando oculta para la mayoría de las personas exceptuando para Pál, su hermana Etelka que ya estaba muerta, Garret y Klaudia.

Algunas de las brujas de su Coven también conocían la ubicación de la propiedad, así se estableció por seguridad en las reuniones más antiguas de la Sociedad y ella debía mantener esos acuerdos.

Sin saber por qué.

Esa noche parecía que iba a ser larga porque no lograba encontrar un punto del cual aferrarse para calmarse y entregarse a los brazos del sueño profundo.

Bajó a la cocina para prepararse una infusión relajante.

Y fue entonces cuando los lobos vinieron a ella y cada uno tomó posición.

Uno frente a la puerta de la cocina, el otro de espaldas a esta y viendo a los ojos a Loretta le dejó saber qué ocurriría a continuación.

Loretta alcanzó a apagar la hornilla que calentaba el agua para la infusión justo antes de sentir que su cuerpo se desvanecía escurriéndose hacia el suelo.

Capítulo 2

Felicity veía abstraída el vaivén del mar.

Aquel día estaba calmo y el clima era delicioso a pesar de estar finalizando el verano.

Los rayos del sol tocaban con suavidad su rostro y la invitaban a permanecer allí por el resto del día.

Podía hacerlo, nada se lo impedía.

En las últimas semanas tenía tiempo de sobra para disfrutar de esas cosas sublimes de la vida.

A las que se aferraba con una fuerza suprema para ver si conseguía alejar a los monstruos que la perseguían.

«Al monstruo» se corrigió, sintiendo cómo un escalofrío la recorría desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies.

Había pasado un tiempo desde que Garret la llevara esa casa en Los Hamptons.

Todavía recordaba la sensación de pánico que tuvo en el parque, la noche antes de que Garret le dijera que ese mismo día la sacaría de la ciudad.

No habría querido marcharse así de casa, sin hablar antes con Heather pero tuvo que hacerlo porque, extrañamente, después de esa sensación de acoso en el parque, lo único que le hacía sentirse segura era Garret.

Sabía que no le conocía de mucho, sin embargo, confiaba en él.

Desde el momento en el que lo vio confió en él y no se refería al momento en el que entró con su hermano al apartamento en el que ella vivía con Heather.

No.

Se refería a la primera vez que lo vio en la oficina en la que él trabajaba.

La fiesta en Venecia, de la que poco recordaba, no había sido el primer encuentro entre ellos.

De hecho, en la fiesta poco pudo reconocerlo. La máscara blanca que llevaba puesta no permitía distinguir quién se encontraba debajo de esta, aunque Felicity lo supo en cuanto lo vio.

Sus ojos, felinos estaban llenos de vergüenza, eran imposible de pasar por alto.

De ese viaje poco más recordaba.

Una fiesta muy lujosa y un hombre que la acompañaba al cual no conseguía ponerle un rostro.

Ni voz, ni nada.

Parecía un condenado fantasma que la seguía y que, en ciertas ocasiones, le producía temor.

Un hombre que la contrató a través de la agencia de damas de compañía para la cual trabajó antes de que estuviera desaparecida.

Trabajo que ya no tenía que hacer porque estaban a salvo Heather y ella del hombre que las amenazó con matarlas si no cumplían con pagarle la deuda que la difunta hermana de Heather le debía.

Heather estuvo de acuerdo con la sugerencia de Garret de que ella renunciara a todos sus trabajos y se quedara allí durante un tiempo, aclarando su mente. Su amiga le aseguró que el contacto con la naturaleza le devolvería la seguridad en sí misma, ya que no se sentía cómoda con la idea de volver a vivir en la ciudad.

Algo de dinero tenía reunido y podía tomarse un tiempo libre. Heather también le aseguró que no le faltaría nada porque ahora era el turno de ella de devolverle toda la ayuda económica que le

dio.

No tenía ni idea de cuánto había sido, tampoco era que le importaba, pero esas pequeñas cosas se sumaban a la interminable lista de detalles que poco recordaba de un pasado no tan lejano, e incluso, del presente.

No entendía de dónde le venían todas las lagunas mentales que ahora tenía, nunca antes padeció algo así y era desesperante tener recuerdos inconclusos o recuerdos que no entendía de nada. Como el de las pesadillas.

De donde provenían, porque sentía tan real sus pesadillas.

Porque estuvo desaparecida un tiempo, según aseguraban todos, y no recordaba nada de ese tiempo.

¿Cómo era que, físicamente, estaba perfecta según los exámenes médicos y aun así sentía que su mente estaba cada vez peor?

¿Por qué nadie le daba una explicación precisa aunque presentía que todos sabían algo que ella no?

No se lo preguntó a Heather unos días antes, cuando hablaron por teléfono; conocía tan bien a su amiga, que estaba segura de que le ocultaba cosas.

¿Qué eran?

Heather actuaba tan extraño desde que entró aquella tarde en casa y la encontró leyendo la revista en el sofá; la sorpresa que se llevó al verla, el llanto de alegría, la cara de consternación cuando se dio cuenta de que ella no recordaba nada de lo que decía, de que todavía a ese día, allí, frente a la playa, Felicity pensaba que ese día que regresó del trabajo, fue un día normal y corriente en su vida cuando en realidad todos le aseguraban que estuvo desaparecida.

Su amiga actuaba extraño desde entonces, salía con alguien de quien hablaba maravillas pero se negaba a presentárselo porque insistía en que no era el momento, que lo primero era que Felicity estuviera bien del todo y luego festejarían y conocería a todo el que debía conocer.

Decía muchas incoherencias, o por lo menos, eso le parecía a ella.

Y sí, podía ser que Felicity estaba perdiendo la memoria, que no tenía claros sus recuerdos del pasado y del presente, que sufriera inesperados ataques de pánico, que no se recordara algo tan importante como haber desaparecido semanas de la vida de todos pero no era estúpida y su amiga le ocultaba cosas que tenían que ver con ella, con su pérdida de memoria y con su desaparición.

Al igual que Garret.

Parecía querer contarle tantas cosas a veces. Otras, en los momentos en los que Felicity intentaba disimular el pánico que la embargaba al caer la noche, Garret parecía enfurecer tanto que se le notaba el esfuerzo por controlarse y ser ese hombre paciente y cariñoso que era con ella.

Esos episodios eran cada vez más frecuentes y su héroe, Garret, corría en su auxilio cuando ella sentía que el monstruo le absorbía la vida y no sabía cómo librarse de él, cómo despertar de la pesadilla.

Garret le apoyaba en todo momento, no se apartaba de ella si no para lo necesario o si ella le pedía un poco de espacio para estar a solas, sin pensarlo o sin cuestionarlo, Garret desaparecía hasta que ella así lo decidiera.

Al principio no entendía por qué él se mostraba tan amable y comprensivo con ella, con el pasar de los días empezó a notar que él mostraba un genuino interés hacia ella.

Preocupación, instinto de protección, quería hacerla sentir bien y cómoda en todo momento.

La forma tan dulce en la que la veía y las palabras tan maravillosas que le decía, le hacían sentir cosas que ella creía que antes no experimentó, aunque, algo en su interior le indicaba que sí lo había hecho.

Creía recordar emociones importantes sentidas hacía un tiempo, es más, le parecía haber estado muy confundida o decepcionada, por supuesto, no tenía claras cuáles eran las emociones que sintió entonces ni cuándo o hacia quién las sintió.

Ahora todo en su vida era así, tan pronto como conseguía un vago recuerdo y quería atraparlo para conservarlo, este se esfumaba.

Su mente estaba cada vez peor.

Por ello no quería construir malos recuerdos en el presente.

Tenía sentimientos encontrados porque necesitaba empezar a tener una actividad en la cual ocuparse para mantenerse distraída y para sentir que estaba siendo una persona productiva pero no quería marcharse de allí, del paisaje, del mar, de la serenidad que le daba enterrar los pies descalzos en la arena.

Del refugio en el que se convirtió esa casa.

No quería separarse de Garret y de lo bien que le hacía sentir porque esos sentimientos eran los que le mantenían cuerda, lo que hacía que sus lagunas no se profundizaran.

Lo que la llenaba de buenos recuerdos en el presente.

Del pasado le quedaban pocos, allí en algún lado, se ocultaban muchos más pero no encontraba la forma de sacarlos a la luz.

Quizá eso acabaría con el maldito infierno que vivía cada noche cuando la dominaba el sueño.

Quiso apartar esos pensamientos de su cabeza y se trató de concentrarse en el ruido del mar que le resultaba mágico y relajante.

Tenía por costumbre dormir con las ventanas abiertas para poder escuchar las olas romper usándolas como la mejor canción de cuna que escuchara en su vida.

Hasta que aparecía el maldito monstruo de sus pesadillas desde las sombras; la observaba, esperando el momento adecuado para hacerle daño.

Mucho daño.

La pesadilla, parecía una fantasía infernal de esas en las que hay seres místicos que solo se conocen por leyendas que han pasado de generación en generación y que la ciencia nunca a podido comprobar para hacerlas reales.

Y entonces todo se volvía miedo, ansiedad, terror.

Se le cortaba la respiración, notaba que cada vez le costaba más despertar de ese momento maldito en el que sentía que se le iba la vida.

Que la mataban.

Tragó grueso recordando esas imágenes que se repetían noche tras noche.

Que de no ser por Garret, su consuelo, sus palabras y sus brazos que la resguardaban y protegían con firmeza, habría enloquecido.

Necesitaba reparar todas las fisuras de su mente para poder entender, para ser la chica que fue antes, aunque ahora no deseaba volver a la vida que ella y Heather tuvieron

Muertes, amenazas, venderse para conseguir dinero rápido.

No quería nada de eso, necesitaba empezar de cero recuperando su cabeza en primer lugar.

Sus recuerdos, incluso aquellos que la aterraban.

Esa mañana despertó decidida a decirle a Garret que le ayudara a buscar un oficio con el cual ganar dinero porque se negaba a pasar más tiempo en esa casa sin percibir dinero propio.

El hombre pareció ofenderse, la protegía de todo y todos, quería hacer lo imposible para ella se sintiera cómoda y sin problemas a su alrededor.

Ella sabía de sobra, que la vida siempre estaba llena de problemas o de retos para superar y agradecía todas las atenciones de Garret hacia ella, sin embargo, necesitaba sentirse útil.

Él le prometió que le daría pronto alguna ocupación porque estaba intentando mover sus obligaciones en la empresa familiar de Nueva York a Los Hamptons para evitar tener que trasladarse con tanta frecuencia de un lado al otro.

Además, aseguraba que tenía mucho por recorrer en la zona porque podrían comprar algunos terrenos que se encontraban a la venta para levantar varias propiedades de lujo.

Felicity podría esperar por una ocupación sin problema, no tenía prisa ni lugar a dónde ir o mejor dicho, un lugar en el que pudiera sentirse mejor que ahí, junto a él.

Esperaría, a cambio, le propuso a Garret acceder a lo que todos proponían que hiciera: ponerse en tratamiento psicológico.

La verdad era que no había querido hacerlo porque sospechaba que esas terapias removerían cosas del pasado con su madre, su hermana muerta y esto último no iba a ser capaz de soportarlo.

A la vez, la sometería a ir levantando capas de su memoria hasta que encontrara la causa que creaba las lagunas.

Encontraría el trauma vivido el tiempo en el que estuvo desaparecida y tendría que obligarse a enfrentarse a un pasado que, aunque quería desvelar, no sabía si sería tan valiente para enfrentarlo y superarlo.

Esa mañana estaba dispuesta a intentarlo todo.

Necesitaba recuperar su confianza, su tranquilidad y entendía que eso solo sería atacando el problema de raíz.

Garret se fue a la ciudad por un par de días después de que conversaron, diciéndole que a su regreso buscarían todo lo necesario para sacarla del hoyo negro en el que vivían sus recuerdos; y prometió ayudarle a ganar dinero todos los meses reafirmando mil veces que no tenía ninguna necesidad de hacerlo porque él tenía dinero de sobra para darle a ella cubriendo con todas sus necesidades y caprichos si así lo deseaba.

Era un buen hombre, no quería aprovecharse de él de ninguna manera.

Se recostó de la camilla sintiendo el sol en la piel del rostro.

Cerró los ojos y respiró profundo.

Cuando estuvo a punto de entrar en algún momento relajante, un húmedo y frío cosquilleo entre los dedos de los pies la obligó a volver a la realidad.

Instintivamente sacó el pie al darse cuenta del inmenso y hermoso lobo que estaba frente a ella observándola con mirada juguetona.

El animal se sentó y se relamió el hocico.

Felicity se quedó inmóvil porque sí, el animal era hermoso pero intimidante y nada tenía que ver con un bonito y domesticado lobo siberiano de esos que tienen ojos de diferentes colores.

Este era salvaje.

Hasta le pareció que estaba fuera de lugar.

Se sintió nerviosa, mas algo en su interior la llevó a confiar en el animal.

Así como había confiado en Garret.

Extendió la mano y dejó que este olisqueara.

En ese momento, otro animal de igual tamaño corrió hacia ellos haciendo que Felicity empezara a sentir algo de temor.

¿Podría haber una manada de lobos salvajes allí?

Era momento de volver a casa, «sin correr», se recordó porque en realidad le apetecía salir corriendo ya que no estaba segura de cuándo el amistoso encuentro podría acabar en tragedia.

Se levantó de su camilla con cautela, observando como los lobos se engarzaban en un combate divertido y fue cuando vio a una chica correr a su encuentro por la orilla del mar llamando a los

animales a gritos por sus nombres.

Estos estaban muy ocupados revolcándose en la orilla del mar para prestarle atención a los llamados de su ama.

Decidió quedarse de pie, inmóvil esperando a que la chica se acercara.

Los lobos seguían en sus asuntos y sospechó que no tenían algún interés en ella.

—¡Hola!

Felicity admiró la belleza natural y salvaje de la mujer. Con una piel blanca que lucía tan tersa que apetecía tocarla sin consentimiento alguno.

Ligeras sombras cumpliendo la función de pecas adornaban los pómulos de la chica con delicadeza, como si supieran que ese detalle le hacía más hermosa; y luego estaban sus ojos.

Felicity parpadeó un par de veces para cerciorarse de que sus ojos eran reales porque le parecía que en algún punto se fundían con el color del cielo de ese día.

Era un azul vibrante, puro, o eso creyó porque cuando la chica se acercó más y la tuvo a escasos centímetros, pudo detallar que en el interior de estos, el iris tenía delgadas y sutiles rayas de un azul verdoso y aquella combinación parecía que les daba luminosidad.

La chica movió las manos frente a Felicity que la observaba atontada.

Felicity la vio divertida.

—Lo siento, no quería ser mal educada es que tienes un color de ojos...

—Inusual, lo sé. Gracias por recordármelo.

Felicity se enserió de inmediato y se reprochó haber dicho algo que hizo sentir muy incómoda a la mujer.

—No quería...

La chica negó con la cabeza viendo a los lobos y volvió los ojos al cielo en señal de que estaba harta de verles jugar de esa manera. Como si los animales no tuvieran remedio alguno.

Luego le sonrió con amplitud a Felicity.

—Lo sé, no tomes mis palabras de forma textual, sé que no quisiste decir nada inapropiado, es lo que la gente suele hacer al verlos —señaló sus ojos—, lo dije de un modo sarcástico porque a veces olvido que los tengo tan diferentes. No suelo salir de casa con frecuencia.

Felicity asintió sintiéndose de pronto relajada, tranquila.

Se asombró cuando la embargó aquella sensación que tenía tanto tiempo sin sentir a plenitud y sin tener cerca a Garret.

—No debe ser fácil mantenerlos dentro de casa —comentó Felicity señalando a los lobos que aun jugaban en la orilla del mar pero esta vez, corrían tras las olas que retrocedían, en un vano intento de poder atrapar alguna.

—Vivo cerca y la casa tiene espacio suficiente para que no tenga que preocuparme por ellos.

Felicity asintió. ¡Qué tonta era!

Era lógico y tuvo que haberlo razonarlo antes de lanzarle la pregunta a la mujer.

Le dio curiosidad saber qué hacía una chica tan guapa encerrada en casa y cómo podía sobrevivir viviendo en Los Hamptons en una casa en la que sus inmensas mascotas tenían mucho espacio para correr y divertirse.

La chica la vio de reojo y sonrió de lado.

—No esperaba ver gente en casa de los Farkas en esta fecha.

Felicity parpadeó y la vio con sorpresa. ¿Conocía a Garret?

—Soy amiga de Garret, estoy aquí instalada por una temporada —respondió de la manera en la que Garret le pidió que lo hiciera a todo el que pudiese presentarse en esa casa y preguntarle que hacía ella allí.

La chica asintió y vio hacia la casa.

—Garret, ¿está? Me gustaría saludarlo.

—Oh no, fue a la ciudad por trabajo un par de días.

La chica volvió la mirada al mar y luego vio la hora en el reloj de muñeca que llevaba puesto.

—Muero de hambre, será mejor que regrese a casa que me queda una buena caminata —Vio a Felicity con una sonrisa sincera—. Mi nombre es Loretta, supongo que nos veremos en otra ocasión.

—Seguro, yo soy Felicity.

Loretta asintió una vez más y silbó a los lobos que, de inmediato, vinieron a ella.

—Nos vamos chicos, a despedirse.

Los animales hicieron una especie de reverencia a Felicity que los veía asombrada.

Quizá la chica era domadora de animales salvajes, por ello vivía en una gran casa y los animales le obedecían de esa manera que dejaba a cualquiera con la boca abierta.

La chica los observó orgullosa.

—Hasta luego, Felicity —empezó a caminar hacia la dirección en la que había llegado. Felicity levantó la mano a modo de despedida y Loretta se dio la vuelta de nuevo—: dale mis saludos a Garret, por favor.

La curiosidad de Felicity picó de inmediato haciéndola caer en el plan que la bruja tenía preparado para el encuentro con ella.

Se preguntó al instante de dónde conocería a Garret y cuántas cosas podría contarle de él, de esas que ella misma quería saber y que Garret callaba con tanto celo.

—¡Loretta! —Los lobos se detuvieron en el acto al igual que la chica que se dio la vuelta—: Te gustaría comer conmigo, tengo mucha comida allí y estoy sola y...

—¡Encantada! No creo que llegue a casa sin ponerme de mal humor por no tener comida pronto en la barriga. ¿Tienes vino?

—Mucho —Loretta ya estaba de nuevo frente a ella y los lobos, hechos un desastre revolcándose una vez más en la arena mojada.

—No perdamos tiempo entonces, gracias por la invitación.

Felicity sonrió con alegría recordando a Heather y lo mucho que la extrañaba.

A pesar de que quería saber de dónde conocía a Garret le pudo más la emoción que le causó el simple hecho de pensar que esa chica y ella podían llegar a ser amigas.

Loretta observaba a Felicity moverse con total seguridad por la cocina de los Farkas.

Esa casa siempre le dio curiosidad en su interior porque estaba al tanto de la fortuna que manejaba esa familia y teniendo gustos tan rimbombantes en las mansiones que visitó de ellos en Europa y en el palacio en el que se celebraba la fiesta de las máscaras de la sociedad, pensaba que aquella propiedad sería como para entrar con lentes de sol bien oscuros en caso de que el brillo del color del oro te cegara con los reflejos del sol que bañaba la costa.

Se encontró todo lo contrario.

Una casa sobria, llena de blanco y azul marino, sofás cómodos de lona resistente a todo, alfombras de calidad pero no lujosa.

Muchas ventanas, luz natural y una vista estupenda desde cualquier rincón del salón o de la cocina.

Era grande, sin llegar a exagerar, espaciosa, lo ideal para veranear con la familia.

Y un desperdicio... porque nunca la usaban.

—Finalmente alguien hace uso de la casa.

Felicity, que lavaba la lechuga para preparar una ensalada fresca con trozos de pollo a la plancha y otros vegetales que encontró en el refrigerador, la vio con sorpresa.

—¿No vienen mucho?

—No vienen nunca —Loretta pensó en que debía mantener la boca cerrada en esos temas porque se daba cuenta de que la chica desconocía muchas cosas de los Farkas. Garret desconocía que ella estaría allí con Felicity ese día. El plan lo montó ella sola después de la visión que tuvo en la cocina de su casa unos días antes, así que debía ir con cuidado hasta hablar con Garret y saber qué sabía con exactitud Felicity sobre ellos como humanos y como vampiros. Tomó un cuchillo que estaba en la encimera y empezó a cortar los vegetales que Felicity iba lavando—. Son personas muy ocupadas, según parece, y de esos que compran propiedades por decir que tienen una casa en Los Hamptons. Da estatus, tú sabes.

Felicity sonrió con sinceridad y la bruja se relajó.

Era una chica delicada. A pesar de no tener una belleza áurea, su dulzura invitaba a acercarse y conocerla.

Aunque la pobre tuviera una carga emocional de mierda que le tenía el estómago revuelto a Loretta.

Carga emocional, nervios extremos, miedos incontrolables, dudas, lagunas.

Dejó escapar el aire abatida porque sintió mucha lástima por ella y su situación.

Los ancestros le enviaron a Diana como mensajera para pedirle que ayudara a Garret pero que, principalmente, ayudara a la chica.

Debía establecer un nexo con ella porque así sería que entendería cómo podría ayudarla a mejorar.

Aseguraron que mejoraría, ella lo mantendría en secreto porque odiaba levantar expectativas que luego no se cumplían.

—Te quedaste pensativa —Loretta habló viendo a Felicity vagar en sus recuerdos.

—Es mucho de lo que me pasa ahora. Intento recordar cosas que no recuerdo.

—Eso nos pasa a todos. Podría facilitarte algunas técnicas para que no olvides nada.

Felicity la vio a los ojos con atención.

Loretta le mantuvo la mirada.

Esperaba a que ella diera el siguiente paso, no pensó que se daría tan pronto, supuso que ese momento ocurriría en los siguientes días que la visitara pero así de sorpresiva era la vida a veces.

La ansiedad de Felicity hizo que los lobos corrieran hacia ellas y se pusieran a ladrar histéricos en la puerta trasera que conectaba la cocina con parte del jardín y la playa.

Felicity volvió la cabeza a ver qué diablos ocurría y Loretta quiso darles un castigo a sus mascotas por hacer tan bien su trabajo.

Esos dos lobos de la manada se quedarían con Felicity el tiempo necesario y los demás, los seguía conservando ella en casa.

Así que, habiendo hecho conexión con Felicity, los lobos podrían sentirla y venir en su auxilio en cualquier momento

—Parece que les caíste de maravilla, ya te cuidan como si fueras parte de la manada.

Loretta se dio cuenta de lo que dijo de forma inconsciente una vez que todo salió por voluntad propia de su boca.

Felicity la vio con gran duda y esta, para poder poner todo en orden, abrió la puerta trasera viendo a los lobos a los ojos que de inmediato aullaron y corrieron de nuevo a la playa para

seguir jugando.

Felicity la siguió con la mirada.

Loretta sospechaba que sus pensamientos estarían cuestionando qué diablos acababa de ocurrir, con suerte tras una siesta olvidaría gran parte de todo.

—¿Cómo pueden saber ellos que me sentí ansiosa por lo que dijiste?

«Aquí vamos con las preguntas», se dijo Loretta y se recordó el por qué no salía de casa y no frecuentaba a nadie.

—Porque son animales y sienten los cambios de humor en el ambiente. ¿Por qué te produce tanta ansiedad aprender de mis técnicas?

—Lo necesito, un trauma reciente que no recuerdo del todo y...

—Es un estado de shock. Tu cerebro creó un bloqueo para que no te duelan los recuerdos — Loretta debía seguir el plan—. Eso es más serio de curar.

Felicity se desinfló.

—Lo sé. Empezaré tratamiento pronto.

Loretta no sabía de eso. ¿En serio Garret pensaba colocar en manos de un psiquiatra a una mujer que fue atacada cruelmente por un vampiro loco y luego obtuvo un barrido parcial de memoria para olvidar las atrocidades del vampiro?

¡¿En qué coño estaba pensando Garret?!

—¿Y ya tienes médico?

Felicity negó con la cabeza.

—Garret conseguirá uno.

Loretta frunció el ceño pensando en lo que le iba a decir a Garret por su grandiosa idea.

Resopló atrayendo la atención de Felicity,

—¿Qué ocurre? Parece como si hubiese dicho algo que te hubiese molestado.

—No dijiste nada malo. Es solo que siempre me pasa lo mismo cuando salgo a dar un paseo para relajarme del trabajo. Acabo encontrando nuevos clientes —La mirada de Felicity revivió por completo y Loretta supo que iba por buena camino. Una pequeña mentira de su parte le ayudaría a establecer un nexo con la chica y le devolvería la memoria. No le mentiría al completo —. Soy terapeuta, aunque no de los comunes. Hago uso de técnicas que pueden ser inusuales. Son antiguas y efectivas.

—Cuéntame más.

—No tengo por costumbre hablar de mis técnicas antes de que la gente las pruebe porque al ser un poco místicas, suelen negarse.

—Oh —Felicity tomó una botella de vino y la destapó—. Entiendo.

Se dio la vuelta para tomar dos copas de cristal de la estantería y luego sirvió el contenido de la botella en dos copas.

Se quedó observando el líquido vino tinto de ambas como si aquello le recordara algo.

Loretta observaba con cautela sus movimientos.

Los lobos regresaron con prisa a la puerta mas no ladraron. Se quedaron allí olfateando, entendiendo ellos también que algo estaba ocurriendo en el interior de la mujer.

¿Estaría recordando algo?

Felicity parpadeó un par de veces como hizo antes, como si ese fuese el interruptor que la trae de regreso a la realidad.

Le sonrió con timidez.

—Me da miedo someterme a un tratamiento que destape lo que mi mente me quiere ocultar — vio el líquido rojo de nuevo y se abrazó.

Los lobos se removieron y Loretta se levantó de su asiento para caminar hacia donde estaba Felicity.

Estaba claro que su mente le enviaba mensajes.

El vino le recordaba algo, lo más probable era que se tratara de los ataques.

Con cuidado, le colocó una mano encima del brazo que le quedaba expuesto.

—Puedo ayudarte, Felicity —la vio a los ojos buscando en su mirada café algo que pudiera detectar de sus pensamientos; emociones, algo que pudiera definirla más que la dulzura y la bondad que ahora veía. Lo que encontró fue vacío, desconcierto y un miedo profundo que le heló su propia sangre—. Solo tienes que intentarlo.

Felicity le mostró gratitud, comprensión y se relajó soltando los brazos y extendiéndole una de las copas.

Todo volvía a la normalidad, los lobos empezaron a jugar en el jardín.

Felicity la vio a los ojos sonriéndole con sinceridad.

—¿Eso es un sí? —Loretta no supo cómo interpretar su gesto.

—Es un sí. Es extraño pero esta sensación que me produce tu compañía solo he conseguido sentirla junto a Garret.

Chocaron las copas y bebieron un sorbo.

—¿Y que cuál es esa sensación de la que hablas?

—Seguridad. Tú y él son los únicos que me hacen sentir segura. Es extraño porque a ti te acabo de conocer y a él lo conozco desde hace muy poco también.

—Así es la vida, Felicity, nos pone en el camino a las personas indicadas en el momento que corresponde. No antes, no después. Todo debe estar alineado para cumplir un objetivo. Y sea cual sea el objetivo que nos toque alcanzar a nosotras, lo haremos. Tenemos todo a nuestro favor para alcanzarlo.

Ambas mujeres sonrieron.

Felicity, con la misma cantidad de esperanza y terror; en tanto, Loretta, estaba decidida a devolverle la vida a esa chica aprovechando la ocasión para hacer algo diferente con su propia vida.

Capítulo 3

Klaudia llegó a Londres agotada, estuvo unos días de compras junto a Miklos en Ámsterdam para renovar algunas piezas decorativas del salón de la fiesta de las máscaras en Venecia, todavía faltaba para que estuviera cerca la fecha de la próxima pero, tal como decía Miklos, era mejor organizar todo con calma.

No era que ella se involucraba en esos asuntos todos los años, solo se dio la ocasión al no tener nada importante que hacer por esos días.

La verdad era que necesitaba una excusa para acercarse a Europa y una vez allí, se iría a tierras irlandesas en la búsqueda de cierto detective que le mencionó se iría a sus tierra para reconectarse con su pasado.

Klaudia aún no creía que pudiera existir tanta coincidencia, pero existía y si no se ocupaba pronto de ese hombre, acabarían siendo perseguidos y amenazados o cazados mortalmente por él.

Era algo que no podía permitir.

Además, le aseguró a Pál que se ocuparía del hombre y lo haría.

Resopló negando con la cabeza mientras se subía al coche que alquiló en la tienda del aeropuerto, Ronan Byrne no solo se había convertido en un problema para su familia si no para ella también porque desde que habló con él por última vez en ese elegante restaurante de la ciudad, lugar en el que recibió una profunda amenaza de su parte que le hizo saber lo que era ponerse nerviosa por primera vez en su vida, no pudo parar de pensar en él.

De todas las formas posibles.

Sí.

Como detective, sospechoso, enemigo, vengador, cazador, hada, guerrero y hombre.

Sobre todo eso, no podía parar de pensar en Ronan «el hombre de mirada verde brillante y el delicioso olor a campiña irlandesa» que brotaba de su piel, producto de la mezcla del *After Shave* y su esencia verdadera.

No podía sacárselo de la mente y estaba empezando a sentirse obsesionada al punto que estaba empezando a tener ciertos episodios muy extraños que le alteraban el sueño y le hacían escuchar voces.

Aquellas cualidades mágicas no eran propias de ella porque eso lo heredó Veronika no ella.

Ella solo heredó al demonio y la sed de sangre.

Nada más.

Entonces no entendía de dónde provenía aquella sensación de sentirse observada a cualquier hora y además de escuchar cosas que los demás como ella, con un oído mucho más desarrollado, no eran capaces de sentir.

El primero que sintió fue como un siseo delicado que salió de la nada cuando fue a despedirse de Pál diciéndole que iba a Venecia junto a Miklos una temporada y que, desde allí, ubicaría a Ronan con ayuda de las brujas aliadas.

Su intención no era viajar a Inglaterra mas no tuvo otra salida porque no encontraba dar con una condenada bruja que le ayudara en eso.

No de las que ella conocía, así que tuvo que recurrir a las aliadas que no le caían tan bien y así consiguió contactar con Fiona.

Pál no quedó contento cuando se enteró de sus planes de ir a Europa, tal como siempre ocurría. Le sugirió quedarse en casa y arreglar los asuntos allí.

No perdía esa extraña costumbre de protegerla a pesar de que sabía que ella sola podía defenderse muy bien; y tampoco conseguía entender, a pesar de todos los años que llevaba junto a Pál, por qué se mostraba tan tenso cuando ella mencionaba Europa y ni hablar si se le ocurría decir Inglaterra.

Era tan extraño todo ese asunto con Pál que aunque no le mencionara que iba de visita a esas zonas, no sabía cómo diablos, de pronto, él aparecía y se la llevaba de allí con cualquier excusa.

Sin embargo, en ese momento nada le saldría al revés y Pál tenía la cabeza en otras cosas por las cuales ocuparse.

Además, era ridículo quedarse en casa resolviendo pendientes de casa.

¿Qué había por resolver? ¿La lista de la compra semanal para la servidumbre?

¿La limpieza del mes?

En casa ya todo estaba atendido.

Felicity y Gabor eran los únicos asuntos pendientes por resolver de los Farkas.

Y ambos ya tenían quien los resolviera.

Garret se encargaba de devolverle la memoria a la pobre de Felicity y Gabor, estaba escondido siendo tarea de Pál encontrarlo y decapitarlo.

Así que el cabo suelto que le quedaba a los Farkas y que parecía quitarle el sueño a Klaudia en todos los sentidos era Ronan.

Ella se encargaría de él sin decirle a nadie.

Miklos, como siempre, poco le importó lo que ella quisiera hacer al salir de Venecia.

Él solo se encargaba de sus asuntos y sus mujeres que le proveían diversión, alimento y psique.

Miklos era su versión en masculino.

«Un encanto, la verdad» pensó sonriendo con sarcasmo y diversión mientras sacudía la melena negra azabache al viento porque aprovechaba el día anormal en la ciudad.

En Reino Unido, se debían aprovechar al máximo los días de sol porque no se veían mucho por allí.

Suspiró negando con la cabeza. Sintiendo lo que siempre la embargaba cuando pensaba en ese pedazo de tierra del mundo.

Tenía una relación de amor-odio que nunca tuvo sentido para ella.

Por un lado, el clima que era un asco, llovía casi todo el año.

Sin embargo y a pesar del clima, adoraba el verdor de sus campiñas, la humedad constante de sus bosques y la energía que se percibía en toda la extensión del territorio, concentrándose más en ciertos sitios en donde podía sentirse el poder de las brujas antiguas, las buenas y las malas y le hacían recordar a su tía Marian, a la época en la que vivió feliz allí, en algún sitio de esos junto a su padre y su hermana cuando apenas eran unas niñas.

Klaudia apreciaba esos pequeños detalles de la vida, el contacto con la naturaleza, el roce del viento en la piel, quizá era la herencia mágica de la naturaleza que le dejó su madre.

No lo sabía con certeza aunque a veces sentía que se movían cosas en su interior, sobre todo cuando intentaba mostrarse dura y cruel.

Poco entendía de cómo funcionaba su interior y tampoco era que pusiera gran intención en entender nada de lo que ocurría dentro o fuera de ella, a menos de que representara una amenaza para ella o alguno de los suyos.

Entonces sí se convertía en un arma letal y se mantenía alerta, lista para atacar.

Claro, que parecía que todo evolucionaba en la vida y su letalidad no quería ser la excepción,

porque con Ronan Byrne estaba alerta, quizá para atacar mas no estaba segura de que pudiera ser tan letal como en otras ocasiones, porque lo que le ocurría con ese hombre era tan extraño que pensar en matarlo, se le hacía una idea abominable.

A ella.

A Klaudia Sas, que poco le ha importado la vida de algunos en todos los años que llevaba viva.

«Estás peor de lo que crees, Klaudia, necesitas divertirte un poco y sacarte a ese hombre de la cabeza»

Quizá todo se calmaría cuando llegara a casa de Fiona y se tomara alguna infusión de esas extrañas que preparan las brujas.

Fiona era una bruja aliada, no era descendiente de Veronika mas era de las buenas, poderosas y en las que podían confiar si lo necesitaban.

La conoció muchos años atrás en una reunión en Europa y de seguro que la mujer iba a cada una de las fiestas de la sociedad aunque en esas noches, Klaudia solo buscaba divertirse a lo grande y no ver quién asistía detrás de cuál mascara o quién no asistía en absoluto a la fiesta.

El único que destacaba en aquellas reuniones cada año era Garret que usaba las máscaras impolutas de la castidad.

Una norma aplicada desde la antigüedad, desde que se iniciaran las fiestas de las máscaras, que aquellos puros, virginales o que tuvieran algún impedimento para caer en las tentaciones carnales, debían llevar la máscara blanca para ser identificados porque, bueno, al principio las fiestas iban bien y con bastante normalidad pero al cabo de unos años, a media fiesta cuando el alcohol empezaba a hacer efectos en las cabezas de los asistentes, empezaban a volar vestidos y las risas de festejo empezaban a convertirse en gemidos.

Pocos se vieron al inicio con las máscaras blancas. Eran respetados, por supuesto.

En la actualidad, Garret era el único que asistía con ella y Klaudia presentía que dejaría de usarla muy pronto porque la cercanía con la chica a la que protegía y quería, le derrumbaría cualquier atadura que le quedara al recuerdo de Diana.

Cuánta desgracia a veces rodaba a su familia.

Pensó en Fiona de nuevo.

Haciendo una mueca de rechazo ante su pensamiento.

Fiona no era de sus brujas favoritas; aunque, si lo pensaba bien, ninguna lo era, pero esta, en particular, siempre la escudriñaba con la mirada y, en muchas ocasiones, la observaba con asco.

Bueno, en realidad, Fiona los veía a todos ellos con asco, menos a Pál a quien trataba con máximo respeto y este le correspondía de la misma manera.

Es que Pál se ganaba el respeto de todos, era un hombre bueno y justo.

Gracias a él existía la sociedad, se mantenían vivos y no había un maldito caos con los humanos, vampiros y demás que los hubiera llevado a la muerte.

El caso era que, le gustara o no, Fiona era la aliada más cercana a Ronan que encontró en ese momento. Hacía un tiempo le habría pedido ayuda a Morgana, en Irlanda directamente, pero la mujer había muerto de vejez, un poco más joven de lo que murió Veronika.

Y ninguna otra estaba por instalarse allí, además, Morgana no tuvo descendencia así que no tendría más remedio que tomar el té con Fiona, conversar de la naturaleza y pedirle que le ayude a encontrar a Ronan.

La última vez que lo vio le dijo que se iría a Irlanda, y ella no tenía intenciones de ponerse a buscar en todo el territorio irlandés ni aun teniendo la eternidad por delante; además, la Sociedad no guardó un registro exacto de la ubicación de la aldea que Luk masacró y aunque se sabía que

las hadas habitaron las colinas huecas, Klaudia no sabía ni por dónde empezar.

Las brujas eran efectivas, en ocasiones, localizando a personas.

No siempre funcionaba tan bien, claro estaba, el caso con Felicity lo certificaba.

Esperaba Klaudia que en ese caso los resultados con la bruja fuesen los esperados, porque no quería pasar más tiempo del debido en casa de Fiona y necesitaba acabar cuanto antes el asunto con el detective.

El viaje en coche, que duró algunas horas, le hizo pensar en tantas cosas que ya estaba deseando llegar a destino porque sentía que iba a enloquecer.

Hizo una breve nota mental de esperar un poco la próxima vez de seguir sus impulsos y caprichos de plantarse en algún lugar en el momento en el que no había un maldito vuelo a Leeds que la dejara más cerca de la casa de Fiona.

No encontró vuelo ni pasaje de tren y por ello estaba conduciendo.

Pronto el sol dejó de alumbrar siendo opacado por las nubes grises que dominaban el cielo de ese lugar y, en nada, se abrió paso la noche.

Y por ir distraída en sus pensamientos no siguió las indicaciones de la mujer del GPS haciendo que el recorrido hasta la casa de Fiona se alargara unos minutos más.

Tuvo suerte encontrar, sin quererlo y perdiéndose de nuevo, un retorno que la puso otra vez en el camino llevándola por Knaresborough directo a su destino.

Un destino que desconocía y que nada tenía que ver con la bruja que iría a visitar.

Las voces se hicieron más fuertes a partir de ese momento.

Lo escuchó claramente en el aire que aún arremolinaba su melena.

Alguien, en un susurro que parecía un antiguo cántico, la llamaba.

La piel se le puso de gallina y se sintió perseguida por las sombras que rodeaban el camino.

Odiaba las noches sin luna.

Fue la primera vez en su vida en la que sintió un miedo real.

Activó el botón para subir de nuevo la capota del coche; hundió el acelerador a fondo deseando salir de ahí cuanto antes y llegar a casa de la bruja en donde estaría a salvo de cualquier cosa que la estuviese persiguiendo.

Garret estacionó el coche frente a la propiedad lleno de ganas de abrazar a Felicity.

Tuvo una gran suerte de terminar a tiempo todo los pendientes y de poder adelantar la reunión que tenía pautada para el día siguiente y por la cual se habría tenido que quedar dos días enteros sin ver a Felicity.

Una noche de angustia sin saber cómo estaría pasando ella la noche y sin poder ayudarla a superar el trago amargo de sus pesadillas.

Odiaba cuando eso ocurría.

Se llenaba de desesperación e impotencia por cumplir con sus deberes y llegar a ella pronto.

Sonrió pensando que nunca antes le gustó tanto esa casa.

Nunca antes pensó en esa emoción que lo embargaba ahora, cuando pensaba en llegar a una casa con ella esperándole dentro.

Le daría una gran sorpresa, no sería la primera vez, pero le gustaba ver como se le iluminaba la cara a ella cuando le veía atravesar la puerta antes del tiempo acordado.

La forma en la que ella lo recibía con un cálido abrazo que le llevaba tener los pensamientos más eróticos que había tenido en su vida.

¿Cómo le hacía entender que ella era la mujer que llenaba su corazón en ese momento de su vida y que haría todo lo que fuera necesario por hacerla feliz?

Abrió la puerta del coche para bajarse cuando sus emociones se detuvieron en seco, haciendo un ruido tan profundo en su interior que podía jurar que su corazón se detuvo junto a sus emociones en cuanto vio a los lobos frente a él.

Si algo le ocurrió a ella...

Si...

No..

No...

Tenía que calmarse, nadie, nadie, nadie podía llegar a Felicity a menos de que fuese Loretta.

¿Los lobos no le dejarían entrar?

¿Loretta estaba dentro?

¿Qué diablos hacía allí? ¿Por qué no le avisó?

Dios, aun no sentía el corazón palparle porque no podía descartar de que algo hubiese ocurrido y...

No...

Nada podía ocurrir si estaba allí Loretta y la casa estaba protegida.

—Chicos, soy Garret, necesito entrar ¿ok? —sintió la voz temblorosa le pareció ridículo temerle a los lobos pero sabía que debía ir con cautela porque al más mínimo movimiento estos podrían atacarle; y defenderse de uno sería pan comido, de dos... No tanto.

Los lobos olfatearon de nuevo y el que tenía mayor tamaño lo vio a los ojos antes de darse la vuelta para dejarle el camino libre a Garret que, sin pensárselo, corrió a la puerta de la casa, la abrió escuchando risas en el interior.

—¿Nunca habías jugado a esto? —Felicity sonaba divertida, entusiasmada.

Cuando llegó al salón y vio a Loretta jugando *Just Dance* junto a Felicity que era buena en ello y que de seguro se lo mencionaría a Loretta en cualquier momento, no se lo podía creer.

Agradeció que estuvieran tan concentradas en lo suyo que no notaron su presencia permitiéndole observar la escena, encantado.

Felicity estaba animada, muy animada, y Loretta parecía disfrutar el estar dentro de la casa de los Farkas.

Garret carraspeó la garganta siendo Loretta la primera en darse la vuelta con las manos al aire y cara de pocos amigos.

No le habría sorprendido que le lanzara algún hechizo de los que solían lanzar las descendientes de Veronika.

—¿En serio, Garret? ¿En serio? ¿Cómo es que entras en casa sin avisar?

—Porque es su casa —el tono de voz de Felicity fue seco y Loretta dejó ver su vergüenza por lo que acababa de decir.

Era una chica espontánea, no le extrañaba que se le salieran cosas que no planeó decir.

Y él, era mejor que se mantuviera dentro de lo que ellas comentaban para no descubrir a Loretta porque no tenía ni idea de cómo se acercó a Felicity y tampoco en qué momento se hicieron tan amigas.

Felicity lo estrujó en un abrazo de esos que tanto le gustaban aprovechando él de darle un beso en la coronilla.

Loretta los observaba, estaba analizando cada uno de los movimientos de ambos, lo sabía y no le importó dejarle ver lo bien que se sentía cuando estaba junto a Felicity.

—Loretta paseaba hoy por la playa con sus mascotas, se me acercaron para olfatearme y

mencionó que te conocía —suspiró—, en fin, la invité a almorzar. No sabía que vendrías porque te habría llamado para preguntarte si... —lo observó avergonzada. Dios, cada vez que le colocaba esa mirada llena de vergüenza e inocencia lo único en lo que él pensaba era en abrazarla y llenarla de besos. Esa mujer podía hacer con él lo que quisiera y qué nervios le daba pensar en eso—. Espero que no te moleste que...

—Felicity —la tomó de los brazos aunque le habría encantado rodearle el rostro con las manos y plantarle un beso sin sutilezas que le ayudara a guardar silencio—. Te dije que esta es tu casa y puedes hacer lo que quieras. Además, Loretta es buena amiga de la familia y nada me da más gusto que verla aquí contigo.

Garret caminó hasta donde se encontraba Loretta, la abrazó sorpresivamente, los lobos vinieron de inmediato al sentir el cambio en la bruja plantándose en la puerta, esperando la orden de su ama para que los invitara a entrar y actuar.

Eso no ocurriría. Garret lo supo en cuanto la chica respondió su abrazo.

—Gracias —lo soltó como un susurro en el oído derecho de la bruja y esta le frotó la espalda como respuesta.

—Garret, ¿sabías que Loretta es terapeuta y tiene técnicas que son muy buenas? Hemos estado probando algunas y me gustaron. Me va a ayudar con... tu sabes... mi asunto.

Felicity parecía tener una carga energética que en cualquier momento la llevaría a sentirse sobrecargada y empezaría a agobiarse.

Garret lo sabía porque lo había visto antes.

Empezaba a caer el sol, motivo suficiente para que las ansiedades de Felicity empezaran a aparecer.

Por ello estaba gastando energías con el baile.

La conocía.

—Bueno, sería interesante que podamos conversarlo. ¿Te quedarás a cenar? —Garret vio a Loretta con sarcasmo.

—No creo que sea buena idea, tengo todo el día aquí y...

—Y nadie te espera en casa, puedes quedarte —Felicity interrumpió con un veredicto a Loretta dejándola sin argumentos—. Garret va a cocinarnos una deliciosa pasta mientras tu yo seguimos practicando.

—Me parece una idea genial. Sigán en esto y yo voy a la cocina.

Las dejó solas de nuevo para que Loretta no tuviera oportunidad de rechazar la oferta de cena. Quería saber un poco mejor que se traía entre manos aunque sabía que no lo conseguiría con Felicity allí.

Tendría que llamarla luego o quizá esperar a que Felicity se durmiera para ir a casa de la bruja y conversar con...

No.

Nada de eso, porque no dejaría a Felicity sola ni un segundo en la noche. Regresó de Nueva York por eso.

Se lavó las manos y se colocó el dental negro que estaba en la cocina para no mancharse la camisa italiana que tenía puesta ese día.

La corbata y la chaqueta se quedaron dentro del coche, las bajaría en otro momento.

Ahora solo quería ver lo bien que se la pasaba Felicity junto a Loretta a pesar de que se notaba claramente que empezaba a activarse su terror nocturno.

¿Y si Loretta hacía un cambio en ella desde ese mismo día?

Sonrió pensando en eso.

Tenía tanta fe con que las cosas se solucionarían en el interior de Felicity, tantas ganas de que todo volviera a la normalidad en su cerebro, en sus pensamientos.

Aunque a él también le diera terror ese proceso porque antes de que su abuela y Gabor la secuestraran, Felicity solo tenía ojos y sentimientos para Lorcan.

No por él.

¿Qué pasaría si cuando ella pudiera recordar todo, aun sentía cosas por su hermano y decidía alejarse de él?

Peor aún, cuando pensaba en que la chica lo rechazaría por completo cuando se enterase de que él y Gabor, el maldito monstruo que la volvió un manajo de nervios, son primos y que, además, él es un monstruo como Gabor.

Negó con la cabeza.

No podía pasar eso. No podía... porque la perdería.

Levantó la cabeza de nuevo mientras seguía cortando las zanahorias para la salsa.

La amaba, con todo su sistema, con cada fibra de su ser.

Cada latido de su corazón le pertenecía.

La quería con él para el resto de sus días.

¿Llegaría a ser posible eso?

Y si no, ¿qué ocurriría?

Él no podría volver a ser el mismo.

En cierto modo, Felicity lo cambió, derribó con su encanto con su dulzura la propia barrera que se impuso hacía tantos años tras la muerte de su amada Diana.

Resopló y abrió el horno para meter dentro unas rodajas de pan con ajo, mantequilla y perejil.

Revisó el agua de la pasta, estaba hirviendo.

Diana lo aceptó tal cual era.

Felicity, ¿haría lo mismo?

—Espero que no te moleste que haya venido sin avisar.

Se dio la vuelta y se encontró con los ojos azules de Loretta oscurecidos por la agitación y emoción de la partida de baile.

La piel del rostro estaba enrojecida por el calor y el pelo, en el nacimiento, lo tenía húmedo. Garret vio a su alrededor vigilando la posición de Felicity—. Se fue a duchar. Me dijo que había baños disponibles y que ella podría prestarme topa pero...

Loretta se tuvo que callar por la sorpresa de ver a Garret abrazarla sin aviso alguno y no supo por qué, respondió de nuevo al abrazo sincero que el hombre le daba.

—Gracias, Loretta, gracias.

—No lo hago por ti —se vieron a los ojos—, bueno, sí, dije que te ayudaría y tenía mis dudas cuando lo dije. Ahora, aunque tú me vieras como un bocadillo, no podría dejarla a ella a un lado. Está peor de lo que pensé. Después de las seis de la tarde ha estado comportándose de una forma...

—Lo sé, es la ansiedad que le produce la noche —Garret se quedó pensando en las cosas que se enteró que le hizo Gabor—. Mi maravilloso primo la soltaba en medio del bosque para cazarla, Loretta.

La bruja se llevó una mano al estómago y frunció el ceño.

—Dios, es un animal. ¿Saben algo de él?

Garret negó con la cabeza.

Escuchó los pasos de Felicity arriba, caminando por su habitación.

Pronto se reuniría con ellos.

—Te llevaré luego a casa. A cierta hora le absorbo un poco de psique, te pido que no entres en pánico cuando lo haga, por favor, es por su bien.

—Es la única manera de que concilie el sueño pronto.

Garret asintió y removió la pasta dentro del agua, también removió la salsa.

—Te dejaré a los lobos. Se los asignaron a ella.

Garret la vio con sorpresa.

—¿Quién más sabe de esto? —Loretta le sonrió con compasión. Garret sintió que le temblaron las piernas—. ¿Te envía Diana?

—Así es y me aseguró que encontraremos la forma de restaurar toda su memoria.

Heather escuchaba a su amiga hablar tan feliz que no se lo podía creer.

Llevaba días que no la escuchaba tan animada.

—Me alegra saber que encontraste una vecina con la cual compartir un poco de café y chismes en esa inmensa casa en la que te encuentras.

—Es encantadora y me hace extrañarte menos.

—A penas la estás conociendo y no me digas esas cosas que me haces poner celosa. Tu extrañame tanto como siempre.

Ambas rieron ante el comentario de Heather.

—Te tengo que dejar, cariño, me esperan abajo para cenar.

—¿Garret también está con ustedes?

—Sí, creí que no vendría hasta mañana pero me dio una grata sorpresa cuando lo vi llegar hace un rato —sintió a Felicity respirar profundo y sabía muy bien lo que ese suspiro significaba para la chica. No estaría sola para pasar la noche.

—Pues que tengas una excelente cena con Garret y esa nueva amiga tuya a la que ya le tengo unos celos inmensos.

—Loretta, tonta, se llama Loretta y nadie puede ocupar tu espacio.

Heather sonrió mientras salivaba al ver a Lorcan salir del baño con las gotas aun resbalándole por el dorso y la toalla enrollada a la cintura.

—Bueno, mandale un beso a Garret y a la tal Loretta esa —Lorcan se dio la vuelta de inmediato al escuchar el nombre y la vio con el ceño fruncido. Heather no supo interpretar si aquello era bueno o malo—. Y otro inmenso para ti, arreglaré las cosas en el hospital para poder pasar a visitarte pronto y me quedaré algunos días si te parece bien.

—Nada me haría más feliz.

—Habla pronto.

Colgaron y Lorcan se le acercó aun húmedo.

—¿Loretta está con ellos?

Heather asintió apreciando como sus ojos ganaban esperanza.

—¿Quién es Loretta?

Lorcan resopló sonriendo y abrazó a Heather con cariño.

—Garret lo consiguió. Convenció a Loretta de que le ayudara.

—¿Es la bruja que se negaba a ayudar a Felicity? ¿Es esa la que ella cree que es su nueva mejor amiga?

Lorcan soltó una carcajada por lo alto.

—¿En serio estás celosa?

—Estoy cuidando a la que considero mi hermana. Ya perdí a la verdadera y a esta por poco...

La mirada de Lorcan se ensombreció recordando todo lo que vivieron mientras Felicity estuvo desaparecida y peor aun cuando la encontraron en el estado en el que la encontraron y se enteraron de todo lo que Gabor le hizo.

Se salvaba en maldito bastardo de que Pál tomó la delantera de ir a buscarle porque lo habría tomado él mismo como misión de vida para tener el placer de hacerle sufrir unas cuantas de las torturas que él mismo inventó en la inquisición.

Ahhh sí que lo disfrutaría.

La bestia se removió en su interior con ganas de pelea pero las cosas con Lorcan eran diferentes y ahora. La bestia solo se removía, no conseguía ir más allá de eso porque él vampiro encontró la manera de quedarse con el poder absoluto de ella y no la dejaba salir.

A menos, que, claro, Gabor...

—Lorcan, tienes esa mirada que podría asustarme —parpadeó un par de veces y se encontró a la mujer que amaba con sus manos apoyadas en las caderas; la mirada acusadora como si él fuera un niño de cinco años que está haciendo una travesura que podía resultar peligrosa.

En realidad, sí, podía resultar.

Sintió tensión en su entrepierna al pensar en pelea, la bestia y sangre, teniendo frente a él a esa mujer que lo enloquecía hasta el infinito y pensó que había algunas cosas que no se podían controlar, o mejor dicho, que él no quería apaciguar porque le gustaba sentirse en tensión sexual con ella, le gustaba el reto que representaba mantener el control de manera que ella se sintiera cómoda y, sobre todo, amada.

Le sonrió con picardía.

—¿Sabes qué quiero? —ella se dejó seducir porque le encantaba ese juego. No dejaba de fascinarle la forma en la que él se convertía en una llama que la absorbía para elevarla a la cima del placer.

Ese destello en los ojos, la forma en la que respiraba para capturar cada uno de los olores que salían de su cuerpo, la excitación, la emoción, el deseo.

Le puso las manos en las nalgas y la elevó pegándola a él.

Ella llevaba puesta su ropa de deporte tan fina que no le costó trabajo sentir la erección que tenía Lorcan.

Se enganchó a su cuello mientras él la encajaba a su cintura y sin esfuerzo, la sostenía con una mano mientras que, con la otra, le acariciaba la espalda.

—¿Me vas a hablar de la tal Loretta esa? —Lorcan la vio con sorpresa.

—¿Ahora? —protestó.

Heather sonrió divertida.

—No, luego... quiero saberlo todo de ella.

Lorcan no perdió las ganas que tenía de devorar a su mujer en el acto, de absorber de su psique, de consumir del elixir que representaba para él la sangre de ella, sin embargo, por unos instantes la vio a los ojos con la misma esperanza que tuvo unos minutos antes cuando se enteró de que Loretta Brown decidió ayudar a Felicity.

Le dio un beso dulce en los labios a Heather y pegó su frente de la de su chica por unos segundos.

—Si Loretta está con ella, pronto Felicity volverá a ser la mujer que todos conocíamos.

Heather sintió un nudo en la garganta de felicidad que Lorcan no dejó salir porque ya era momento de concentrarse en el deseo que ambos mantenían en ese momento.

Después de amarla, la llevaría a cenar para celebrar la buena noticia y le explicaría todo lo

que quería saber.

Loretta no había pasado un día más divertido desde que...

Desde que...

¿Había pasado un día así de divertido alguna vez en su vida?

Negó con la cabeza mientras acariciaba a los lobos en la orilla de la playa.

La noche estaba preciosa. De esas que tanto le gustaban en la que se veían las estrellas casi sin dificultad y la luna era un delgado hilo en el firmamento.

Una buena época para limpiezas, sanaciones.

Sí, estaba haciendo lo correcto.

Felicity le dejó ver quien era en tan solo un día. Le abrió las puertas de lo que era ahora su casa y de su corazón el mismo día en el que la conoció.

Nunca se habría imaginado que comería en casa de los Farkas.

Y admitía que, desde ese mismo día, tenía otra percepción de Garret y se atrevía a decir que de toda la familia, menos de Gabor, claro estaba, que a ese si lo encontraba ella lo ponía en sequía el resto de su vida atado a un palo en medio del desierto para que las aves carroñeras se alimentaran de él para siempre.

No moriría y tampoco tendría una eternidad en paz.

La muerte la veía como una salida muy fácil para alguien que le hizo tanto daño a un humano.

Garret la sacó de sus pensamientos al salir de casa y silbarles a los lobos.

Loretta los vio acercarse a él con respeto, se echaron junto a la puerta y desde allí, les siguieron con la mirada.

Garret se metió las manos en los bolsillos y caminó al encuentro de Loretta que se arrebujaba en su abrigo de punto.

—¿Tienes frío? Puedo buscarte...

—No, no, gracias. La noche esta deliciosa y un poco de frío, no me hará daño.

Garret asintió y caminaron un poco en silencio.

Caminarían un buen rato, la vivienda de Loretta no estaba tan cerca.

Tendrían que buscar un tema de conversación y Garret prefirió que fuera ella quien tomara la iniciativa porque sabía que había preguntas que quería hacerle.

Lo sentía en el ambiente aunque su aroma no fuese claro para él.

Sobresalía la duda, la curiosidad.

Dejó escapar el aire, era paciente pero en ese momento no le hacía honor a su aptitud.

Ella sonrió.

—Gracias por permitirme ver cómo es el proceso de la absorción de psique. Nunca lo había presenciado y se escuchan tantas cosas, algunas tan catastróficas que...

—Sin control todo es catastrófico, Loretta.

—Sí, lo sé. Me lo enseñaba mi abuela en todo momento. ¿Es verdad que Pál alguna vez mató a alguien así?

Garret se tensó porque sentía que no quería mentirle a la bruja; primero, porque no tenía sentido mentirle a una bruja; y segundo, porque no le correspondía hablar de Pál.

Solo asintió.

—¿Me contarías alguna vez cómo sucedió?

—No me corresponde a mí contarlo.

—Entiendo y respeto tu decisión, ¿crees que alguna vez él quisiera conversar conmigo de eso? Para Garret, Loretta representaba la inocencia.

Era lo lógico teniendo en cuenta de que no conocía mundo, se quedó sola a muy temprana edad y tenía tanto por descubrir.

Aparentaba muchas cosas que no era.

Él podía sentirlo. Podía verlo en sus ojos.

Esa fortaleza e ironía que le enseñaba al mundo no era más que una coraza que le permitía esconder las cosas que la hacían vulnerable.

—¿Los ancestros no podrían mostrarte algo así?

Negó con la cabeza.

—Y mi abuela no hablaba mal de ustedes pero su grimorio no tiene cumplidos precisamente hacía la especie a la cual perteneces.

Garret sonrió.

La abuela de Loretta a quién poco conoció, era una mujer desconfiada y amargada.

Mientras que su hija fue blanda y manipulable, quizá por ello Loretta mantenía una extraña mezcla en su interior que la hacía tan poderosa.

—No creo que Pál se niegue a contarte lo que le pidas. Es como un padre para todos nosotros.

Loretta le dedicó una tímida sonrisa.

El mar estaba tranquilo y una delicada brisa fresca los acompañaba en su caminata.

—Hace unos días estaba en la cocina y, de pronto, los lobos se pusieron en modo custodios — Loretta señaló al frente; allí, a lo lejos, Garret observó dos figuras apostadas esperando por ellos, entendió que eran lobos de la manda de Loretta que le esperaban justo a mitad de camino. Entonces Garret empezó a escuchar con atención—. No me pasa con frecuencia lo que me ocurrió ese día. Perdí el conocimiento y viajé a una colina. Hermosa, resplandeciente, llena de vida — suspiró—, llena de magia. Un lugar al que nunca había ido y en donde vi gente que son como yo y que no conocía.

Hizo una pausa que Garret no tenía intenciones de interrumpir.

—Tras caminar un rato en ese extraño y hermoso lugar, alguien me llamó por mi nombre — retomó Loretta, que lo veía a los ojos de cuando en cuando—. Era una chica, con los ojos tan verdes como la colina en la que estábamos, el cabello ondulado y castaño rojizo que le llegaba hasta la cintura y un vestido color del vino que hacía resplandecer la blancura de su piel.

—Oh dios, Lore... era... —Garret sentía que la voz le temblaba tanto como las manos y las piernas y que estaba a punto de echarse a llorar como un chiquillo.

Ella le sonrió con dulzura y le dio un apretón en un hombro.

Asintió.

—Sí, Garret, era ella. Está bien, feliz —Loretta sintió muchísima compasión por el vampiro—, me contó todo lo que ocurrió entre ustedes y con Lorcan. Lamento mucho, tanto como ella, que las cosas hubieran sido así entre ustedes y que a Lorcan le haya tocado ese destino tan oscuro en esa época.

Garret no pudo soportar más y dejó que las lágrimas se escurrieran de sus ojos.

Tenía tanto tiempo que no lloraba por esa parte de su vida que llegó a olvidar cuánto le dolía aun.

Un dolor que no se sentía capaz de superar jamás, sobre todo porque se sentía culpable de todo lo que le ocurrió a Diana.

—Me dijo que te culparías. No lo hagas.

Garret la vio con sorpresa.

Ella sonrió de lado.

—Tu hermano no es el único empático en el mundo y hay muchas cosas de mi que no sabes.

Garret sonrió. Loretta confiaba en él.

—Si no confiara en ti no habría ido a tu casa hoy aunque la misma Diana hubiese retornado de la muerte.

Él sonrió de nuevo.

—Fue un tiempo muy duro para mí, Loretta. Muy duro.

—Todavía lo es, por la culpa que sientes —él asintió—. Sí, lo quiso la vida, Garret. No había nada que pudieras hacer. Tuvimos una conversación larga. Me contó también lo que vivió Felicity. Me dejó ver algunas cosas y supe de inmediato que debía ayudarla. Pero no sabía cómo hacerlo, nunca antes me encontré con un caso similar como ya te comenté hace unos días.

Llegaron hasta el lugar en el que los lobos esperaban y Loretta los saludó con caricias de cariño a cada uno. Luego siguieron el camino, con los lobos cuidándoles a sus espaldas.

Loretta suspiró profundo y continuó explicándole a Garret su conversación con Diana.

—Me dijo que todo lo podríamos arreglar si yo creaba un nexo con ella.

—Por ello te presentaste en casa sin avisarme.

—Tenía que ser así. Un encuentro natural que nos lleve a establecer un nexo.

—¿Y cómo va resultando?

Ella sonrió asombrada.

—Mejor de lo que esperaba. No pensé que fuera una mujer tan dulce y buena.

—No es ni la sombra de la que fue hace un tiempo, está llena de miedos.

—¿Tu no lo estarías de estar en su lugar?

—No la estoy juzgando.

—Lo sé, no serías capaz de hacerlo. Eres un buen hombre, puedo verlo. Además, tus sentimientos por ella no te permitirían juzgarla. La proteges más que a ti mismo.

—¿Soy tan obvio? —preguntó Garret con una mezcla de vergüenza y diversión en la mirada.

Loretta sonrió de lado.

—Lo eres. Atento, cordial, amable, sincero, cariñoso y respetuoso.

—Supongo que he perdido práctica con las chicas.

Guardaron silencio de nuevo por algunos segundos.

—Me sentí segura en tu casa así que seguiré visitando a Felicity, sin embargo, empezaré a invitarla con mayor frecuencia a estar en mi espacio. Necesito mis materiales cerca y aunque tu casa tiene buena vibra, la mía está en mejores condiciones para lo que se quiere lograr. Podrás reunirte con nosotras las veces que quieras siempre y cuando sea ella la que esté de acuerdo — Garret la vio agradecido—. Te siente como su protector y algunas veces necesitaremos de esa energía para sacarla del lugar en el que la metan sus recuerdos, ¿ok?

—No me cansaré de decirte que haré todo lo que me pidas, al pie de la letra.

Otro silencio y Loretta pensó en lo que hablaron antes sobre Pál y perder el control. Se preguntó si alguna vez Garret habría pasado por lo mismo teniendo en cuenta la tragedia que vivió con Diana.

No temió en preguntar. Quería saber si su instinto le fallaba o no al decirle que podía confiar en Garret.

—¿Algunas vez has perdido el control? Como le ocurrió a Pál o como le ocurrió a tu hermano Luk.

Garret no quería hablar de eso. Suspiró derrotado porque se negaba a mentirle.

—¿Entrarás en pánico si digo que sí?

Ella lo vio con asombro, no se esperaba esa respuesta. No de él.

—¿Por qué lo hiciste? No pareces esa clase de hombres

Garret frunció el ceño recordando el momento en el que mató al camello que amenazó la vida de Felicity.

—Lo hice por ella. No me estoy justificando pero no le quité la vida a un inocente. Era un hombre que amenazaba a Felicity y Heather y pensamos que podría ser él quien las tenía...

—Sabías que no la tenía, ¿cierto?

Garret asintió aun con el ceño fruncido.

—Como dije, no me estoy justificando y solo tú y Lorcan saben esto.

—Podrías haberme mentido, creo que eso que hiciste es una falta grave entre ustedes.

—Lo es y sí, pude haberte mentido mas no quiero decirte mentiras.

—Valoro tu sinceridad y sé que ese hombre no era bueno, no te veo arrebatando la vida de personas inocentes. Yo también atacaría si me siento amenazada o alguien se atreve a amenazar a alguien que amo.

—Gracias —Garret respondió en un susurro.

La casa de Loretta se abrió paso delicadamente entre la playa y la maleza. Dos lobos más aparecieron para dar la bienvenida a Loretta a casa.

Garret caminó junto a ella por el sendero mientras los lobos olfateaban a su alrededor.

Loretta abrió la puerta de casa y se dio la vuelta para quedar frente a Garret.

—¿Le dirás a ella toda la verdad de las cosas que has hecho y vivido cuando recupere la memoria?

Él la vio con duda. No esperaba menos, ella también se habría cuestionado si sería capaz de hacerlo.

—Haría cualquier cosa por ella y estoy seguro de que llegado el momento, le contaré todo, pero no puedo negar que eso me dé pánico de perderla porque estoy casi seguro de que eso es lo que va a ocurrir. Cuando le cuente sobre mi naturaleza, se ira lejos porque soy parte de lo que le aterra a ella cada noche.

—Entonces no esperes más para ocupar su corazón, Garret. No lo olvides, establece un nexo. Es lo único que hará que siga a tu lado aun cuando se entere de tu verdadera naturaleza. Conquistala, enseñale el verdadero amor y estoy segura de que no se irá de tu lado —le sonrió con vergüenza—. Yo no lo haría.

—Aun siendo un vampiro.

Loretta asintió dejándole ver gran compasión en la mirada.

—¿Me estás haciendo un cumplido? ¿O es que te gusto?

Ella sonrió en grande y divertida.

—No exageres que no estoy loca y no te acostumbres que no voy a ser así de cordial todos los días —dio un paso en el interior de la propiedad, se volvió para verlo a los ojos—: será un trabajo duro pero vamos a conseguirlo. No olvides conquistarla en el proceso, ¿entendido?

Le gustó verlo sonreír lleno de esperanza.

Asintió un vez con la cabeza y le agradeció infinitamente con la mirada.

Loretta cerró la puerta viéndolo alejarse de nuevo por el sendero y luego por la playa.

¿Quién creería que acabaría ese día consiguiendo una nueva amiga?

Bufó con una sonrisa en los labios.

—¿Una nueva amiga, Loretta? —Se preguntó en voz alta—. ¿A quién quieres engañar? Es la única amiga que has conseguido en tu vida y te gusta tanto la idea de tener una que estás dispuesta a conservarla —observó el mar, luego posó su mirada allí, en donde creía que estaba la raya que

unía el cielo con el mar—. Algo me dice que esto del nexa será para las dos.

Sonrió al ver el destello de una estrella fugaz pasar frente a ella.

Sí, alguien la sacaba de su zona de confort para que tuviera una vida diferente.

—Gracias, mamá —fue lo último que dijo en voz alta esa noche y sintió que, tras esas palabras, todo iba a empezar a cambiar.

En algún lugar cercano a *Fewston Reservoir*, Klaudia despertaba deseando que su estancia en esa casa terminara de una vez porque Fiona no hacía más que analizarla y tenerla bajo vigilancia total como si se fuera a convertir en un condenado vampiro sediento y asesino que la va a drenar en dos segundos y medio.

De haber querido hacerlo, ya lo habría hecho y habría tardado menos; la verdad era que a ninguno de ellos se les hacía apetecible la sangre de las brujas y menos si era de una mujer tan amargada.

Además de la vigilancia, la bruja no vivía en las mejores condiciones y eso estaba siendo insoportable para Klaudia.

No esperaba encontrarse alguna mansión como las que dejó a un lado del camino en cuanto ingresó en el condado, tampoco esperó encontrarse con aquella casa en estado deplorable.

No podía asegurar que la mujer tuviese una fortuna como otras brujas que conocía, pero en casi todas estas familias que tenían descendencia mágica, había dinero.

Al proveerles la tierra la mayor parte de las cosas que usaban para hechizos, comer y demás, el dinero que percibía lo que hacía era aumentar de generación en generación.

La casa era pequeña, con la humedad entrando por cualquier rendija, el polvo acumulándose en zonas que parecían haber quedado suspendidas en el tiempo y dos habitaciones en las que se encontraban unas camas que daban risa nada más verlas.

Probablemente le quedarían bien a un niño, no a una mujer como ella y como era de esperarse, estaba durmiendo muy mal y teniendo unos sueños bastante extraños.

Así que deseaba irse cuanto antes.

Sin embargo, por mucho que ella deseara marcharse de ahí cuanto antes, parecía que todo lo que tenía que ver con Ronan se volvía turbio y nadie encontraba nada, haciéndole permanecer más tiempo junto a Fiona

Esperaba que esa mañana, cuando empezaran con el conjuro de búsqueda y localización, finalmente encontraran algo.

Escuchó los pasos de la bruja atravesar la maleza que circundaba la casa.

¿Cómo diablos podía vivir en tanta desidia?

Estaba vieja, no lo ponía en duda, ¿no tenía algún súper poder que la hiciera sacar la maleza rápidamente?

«Como por arte de magia» —comentó burlona en voz baja saboreando luego un café que era peor que la cama en la que dormía.

La puerta del patio trasero se abrió dándole paso a una mujer que podía fácilmente parecer una anciana de un cuento de terror entre la vestimenta que llevaba, lo poco arreglado que tenía el cabello y la forma en la que arrastraba los pies.

Klaudia sabía que tenía alguna dolencia, eso le hacía compadecerse un poco de ella.

Daba lo mismo, no solo era la parte material de la vivienda.

La amargura de la mujer, por no hablar de la desconfianza hacia Klaudia, llenaba la casa de una energía que era altamente perceptible hasta para la vampira.

Y ya quería largarse de ahí.

La mujer la vio de reojo como cada día desde que llegara allí.

El único día que se mostró medianamente amable fue cuando Klaudia llegó un tanto asustada por lo que vivió en la carretera y las extrañas voces que cada vez sentía más en su cabeza.

Sí. No dejó de sentir las, al contrario, se hicieron intensas y le llamaban constantemente.

Quizá eso tampoco le dejaba descansar con plenitud porque era en las noches, cuando ella entraba en modo de relajación, el momento previo al sueño, cuando empezaba a darse cuenta de que las voces, en vez de mantenerse alejadas como en el resto del día, empezaban a acercarse a ella.

Aterrorador hasta para una mujer que creía que no le temía a nada ni a nadie.

Se terminó el café a duras penas mientras la bruja mantenía el silencio hostil y el análisis con mirada de asco.

Estaba harta.

La bruja se dio la vuelta, garabateó algo en un papel y se lo extendió.

Allí está tu hombre, ahora puedes irte.

—¿Cómo...?... —Klaudia estaba sorprendida, fue testigo del trabajo con la magia en esos días para buscar a Ronan y la bruja no conseguía dar con él porque seguramente hizo algo para que Klaudia no pudiera localizarlo con tanta facilidad. Lo que era una completa tontería porque él mismo le dijo que estaría en Irlanda ¿no? Podría haber facilitado un poco más las cosas.

Y le habría evitado a ella el incómodo momento de estar ahí con esa anciana que parecía que la odiaba a muerte.

—No tengo que explicarte nada más, ya puedes marcharte. Ninguna de las dos está cómoda, Recoge tus cosas y marchate ahora mismo.

—¡Vaya modales! —Klaudia estaba indignada, agradeció mantener sus cosas siempre bien recogidas en caso de que se presentara ese momento porque sí, estaba indignada mas no podía negar que se sentía feliz de que ya pasara todo y pudiera marcharse de allí.

Salió de la habitación sacando un sobre de su bolso.

—No me lo has pedido, esto es para ti.

—No quiero tu dinero.

—Entonces dáselo a alguien que sí lo quiera, ¡con un demonio! Vives mal, estás muy enferma y cuando te agradezco la ayuda, me hablas así. Que sigas siendo profundamente amargada, Fiona. Adiós y gracias.

Se dio media vuelta y salió de la propiedad dando un portazo.

Que mujer tan mal agradecida, ella podía llegar a ser pedante, no lo discutía y también cruel en ciertas ocasiones pero no había sido mala persona con la bruja y no pretendía serlo tampoco.

Sinceramente, le agradecía lo que hizo por ella y no le daría más vueltas al asunto, ella pidió un favor, que la bruja hizo y le dio algo a cambio, como correspondía.

No le debía nada a nadie, ni antes ni ahora.

Encendió el coche y se puso en marcha camino al aeropuerto.

Necesitaba acabar con esa búsqueda de una vez y saldar las malditas cuentas con Ronan para poder volver a su vida normal.

La bruja vio alejarse el coche de la vampira.

Se sintió más relajada en cuanto sus ojos ya no pudieron divisar nada más referente a esa mujer y a todos los demonios que la perseguían.

Encendió el sahumero para limpiar las malas vibras que sintió desde que Klaudia apareció en su casa.

¡Vaya noche pasó!

Y ni hablar de las siguientes.

Parecía que esa mujer tenía detrás un ejército de seres diabólicos llamándole para que les auxiliara.

En todos los años de vida que tenía jamás se sintió tan amenazada junto a uno de esos seres.

Klaudia Sas no era santo de su devoción, en realidad, ninguno de ellos lo era.

Bufó sumergida en sus pensamientos y negó con la cabeza.

Nadie era santo de su devoción, sin importar la especie.

Desde que perdiera a su hijo y esposo en un accidente de tránsito, la amargura cubrió su corazón y se echó al abandono.

Llevaba años sin salir de la casa y cuando lo hizo, fue su cuerpo astral el enviado, muchas brujas suelen hacerlo, en especial cuando la asistencia a las reuniones de la sociedad son obligatorias.

Algo bastante extraño porque como brujas aliadas no descendientes de Veronika Sas, después de cada reunión solían enviar comunicados para mantenerles al tanto de lo que ocurría.

Nada más.

Y para ella estaba perfecto de esa manera.

Mientras más sumergida en sus recuerdos felices estuviera, mejor.

Claro que le habría encantado negarse a la petición de ayuda de localización a Klaudia pero como bruja aliada de la sociedad de los Guardianes de Sangre, no podía negarse.

Por ello le abrió la puerta de su casa y ahora estaba bastante arrepentida, tendría que limpiar las ventanas con vinagre y pedirles asistencia a los Dioses porque lo que sintió junto a esa mujer era aterrador.

Sin embargo, y aunque cada uno de esos pasos le parecían vitales e importantes, consideró que su prioridad era notificarle a Pál lo sentido junto a Klaudia.

Esa mujer corría peligro y no quería guardarse eso en su consciencia.

Sacó su móvil porque donde se encontraba era imposible que las líneas telefónicas llegaran, con suerte el móvil conseguía un par de barras de señal en una esquina de la casa a donde se dirigió mientras conseguía el número de Pál entre sus contactos.

Marcó.

—Querida Fiona, que alegría saber de ti después de todos estos años —Pál como siempre, era un hombre respetable. Honorable, y en quien confiaba. Además, se decía que era el único que conocía la ubicación del demonio mayor.

El que no debía ser despertado jamás.

Y ellas estaban allí para ayudarlo con eso.

—Me da gusto también saludarte, Pál, lamentablemente no son buenas noticias.

Sintió la agitación de Pál al otro lado del teléfono.

—¿Qué ocurre Fiona?

—Klaudia estuvo aquí.

—¿En tu casa? —se preocupó más aun cuando sintió el asombro y la preocupación teñir la voz de Pál.

—Sí, me contactó para buscar a Ronan Byrne y se quedó unos días conmigo. He decirte que esa chica está mal, Pál. La persiguen los demonios.

Pál dejó salir el aire de su interior al otro lado.

Fiona decidió continuar su relato.

—Ese hombre, al que busca, no quiere ser encontrado tan pronto y por ello tardé tanto en encontrarlo pero todo tiene su razón de ser ¿no es así? —Resopló sarcástica—, porque, de pronto, tuve una visión de su ubicación exacta y la voz de una mujer que me decía que sacara a Klaudia en ese instante de mi casa. No me dieron las piernas lo suficiente para correr por el bosque y echarla de aquí. La vienen a buscar los demonios de noche, Pál. La llaman. Klaaaaaaudiaaaaaaaaaa — imitó la voz escalofriante que ella escuchó la noche anterior.

—Dios santo —Pál sonaba más preocupado de lo que ella pensaba que estaría.

—No la quiero aquí otra vez, ¿está claro?

—Hablaré con ella y gracias por informarme, Fiona, si necesitas algo, sabes que...

—Estoy bien como estoy. Gracias.

—Lo entiendo. ¿Podrías enviarme el lugar de la ubicación de Ronan?

—De inmediato. Hasta luego.

—Adiós, Fiona y muchas gracias de nuevo.

Pál recibió el mensaje que la bruja acababa decir que le enviaría.

No podía creerse lo que había escuchado.

«Los demonios la llaman».

Dios santo, Klaudia estaba despertando ¿cómo era posible? y estar tan cerca de la condesa era un grave error.

De pronto recordó la voz de Marian en su cabeza la noche en la que su difunta hermana Etelka le visitó en su casa de manera sorpresiva para informarle que ella tenía a Felicity secuestrada y que la entregaría a cambio de la ubicación de la condesa sangrienta.

¡Y pensar que Pál se la dio y que se pudo haber ocasionado un caos!

Afortunadamente murió antes de que Gabor pudiera obtenerla, Dana se lo aseguró, que su hermana no le dijo nada a su nieto porque sabía que no era completamente de fiar.

«Vienen tiempos oscuros» fue el mensaje de Marian.

Se le puso la carne de gallina y eso, para un ser como Pál era mucho decir.

Tomó de nuevo el móvil y marcó el teléfono de Klaudia.

Desde hacía algunas horas estaba en territorio norteamericano de nuevo porque se enteró por Garret de que Loretta aceptó ayudar a Felicity y quería acercarse hasta su casa para agradecerle personalmente el gesto.

Podría haber esperado hasta la fiesta de las máscaras en donde de seguro se encontrarían, faltaban solo unas semanas para eso pero no le parecía lo correcto, además, la búsqueda de Gabor en Finlandia no le arrojó buenos resultados y decidió cambiar la perspectiva.

Klaudia le respondió en la segunda llamada que le hizo.

—Pál, ¿cómo estás?

—Muy bien, en casa ¿y tú?

—¿Estás en Nueva York? ¿Qué ganas de estar ahí también y olvidarme de este hombre y todo el misterio que lo rodea!

Pál sintió el cambio en la voz de la mujer al mencionar el misterio que rodeaba al detective.

¿A Klaudia le gustaba el hombre?

Una razón más para preocuparse.

Resopló con desesepero.

—¿Qué ocurre? ¿Sabes algo de Gabor?

—No —disimuló Pál con rapidez—, ese es justamente el problema, que no se nada. ¿Qué tal tu estancia en Venecia?

—*Meravigliosa* —respondió en un italiano perfecto que hizo sonreír a Pál—. Ahora no estoy ahí.

—Ah.

—Estoy de camino al aeropuerto de Leeds esperando encontrar un vuelo que me lleve a Irlanda.

—Ah.

Klaudia soltó una carcajada.

—No te lo esperabas, ¿no? —Comentó sarcástica—. ¿Vas a venir a buscarme como otras veces?

Pál respiró profundo, Klaudia no estaba bien. Podía sentirlo en su voz.

Le ocultaba algo.

—Podría subirme al avión y recogerte en Irlanda si así lo quieres. ¿Por qué no estás usando vuelos privados?

—Quiero pasar desapercibida, Pál, no sé a quién me voy a enfrentar. Ronan es descendiente de aquella comunidad a la que Luk extinguió.

—¿Es buena idea que estés a solas con él?

—Probablemente no es una buena idea que esté él a solas conmigo con lo cabreada y agotada que estoy. Esa bruja, Fiona, es la fuente de la alegría y la cortesía. Espero sientas el sarcasmo en mi voz.

Pál sonrió divertido porque Klaudia no dejaba de ser quien era por nada en el mundo.

—Ha pasado por cosas muy malas, Klaudia.

—¿Y qué? Todos hemos pasado y no por eso...

—Tú no eres el mejor ejemplo para hablar de cordialidad y amor.

Ahora fue Klaudia la que bufó divertida.

—Es verdad. De igual manera, vive en muy malas condiciones. ¿Por qué no vive mejor?

—Cada quien vive como quiere.

—A veces me irrita lo comprensivo que eres.

—Tu eres la que parece más irritada que de costumbre.

—¿Y cómo no estarlo? Dormí varios días en una cama de la que se me salían los pies y la mitad del cuerpo; no he podido darme una ducha decente y además de eso, no consigo quitarme de los huesos la maldita humedad de esa casa. Con razón ella esta tan mal y tan envejecida.

Pál lamentó escuchar eso de Fiona. No era su mayor preocupación en ese momento

—Y es que desde que decidí ir a su encuentro todo me ha salido al revés, parece que está llena de mala suerte esa mujer —dejó que Klaudia siguiera hablando porque quería saber lo que estuvo haciendo por la zona, tenía un mal presentimiento instalado en el pecho—. Tuve que aterrizar en Londres y conducir hasta Fewston. Mi mente voló a los días en los que vivía en un claro del bosque junto a papá, Veronika y la tía Marian. Un bosque que podía ser cualquiera de esos que hoy se mantienen en pie dentro de este territorio, Pál —Klaudia suspiró y Pál sintió una tensión asquerosa en la mandíbula, no era sed de sangre, era una simple reacción a algo muy malo—. No he tenido días más felices que esos en toda mi vida, por ello es que casi nunca vengo a este país. En fin, me puse a pensar en eso y me perdí. ¿Puedes creerlo? Dejé de seguir indicaciones de la mujer del GPS y tuve que tomar una vía alternativa y...

—¿Y? —Pál aún tenía esperanzas de que le dijera algo que indicara que todo estaba tan normal

como siempre.

—Y nada, Pál, nada, cansancio, falta de sueño y ganas de regresar a mi casa.

Klaudia suspiró con gran nerviosismo y Pál supo entonces la vía que tomó cuando se equivocó en el camino; cerró los ojos y se pinchó el puente de la nariz con los dedos porque aquello se convertiría en su principal preocupación.

Tenía miedo, estaba seguro de eso. La conocía tan bien, que no le hacía falta que la bruja le llamara para contarle lo de los demonios que la siguen, así como tampoco necesitaba verla a la cara para saber qué ocurría con ella.

—Tengo que arreglar algunas cosas aquí y puedo unirme a ti si así lo deseas o regresa a casa y yo me encargo del detective.

—Nada de eso —volvía a sonar decidida como la Klaudia de siempre—. Este hombre me retó a mí, así que yo voy hasta allá, le pateo el trasero y luego me voy a casa.

—Me preocupa que te tienda una trampa —Pál no estaba preocupado por eso pero quería que ella viera peligro en algún lado y regresara al continente americano cuanto antes.

—No lo hará. Me lo dejó en claro la última vez que nos vimos. Sabe quiénes somos y quiere saber quién acabó con su aldea. Es un cazador, no voy a decir que cualquiera de nosotros no podría estar en peligro a su lado, sin embargo, me aseguró que no iría detrás de nosotros si le decimos la verdad y le entregamos al responsable.

—Se va a cabrear cuando se entere que Luk murió, Klaudia, y tú vas a pagar las consecuencias.

—Bueno, tengo que descargar con alguien yo también así que me vendría bien un poco de acción.

La mujer del altavoz en el aeropuerto anunció la llamada a los pasajeros del vuelo que le correspondía a Klaudia.

—Pál, te dejo, es mi avión.

—Klaudia —hizo una pausa lamentando no estar a su lado y cuidar de ella y de la especie como prometió en el pasado—. Cuidate.

—Lo haré, adiós.

Colgaron y Pál no pudo evitar sentirse mortificado.

Gabor se convertía en la menor de sus preocupaciones después de hablar con Klaudia.

Su búsqueda quedaría a un lado por completo o enviaría a alguien más a encargarse de él.

Dios santo, cuando pensaba que las cosas no podían ponerse peor...

Klaudia estaba despertando y debía tener todo listo para cuando recordara todo lo que aún no alcanzaba a recordar.

Klaudia aterrizó en Galway sin muchos ánimos.

Aunque quería terminar con aquella búsqueda y ese encuentro que estaba segura resultaría poco amistoso, tan pronto como le fuera posible, la verdad era que estaba agotada a morir y necesitaba reponer energía.

No le parecía conveniente enfrentarse a un oponente con tanto cansancio encima.

Quiso alquilar un coche pero temió de quedarse dormida en cualquier momento, por ello decidió pedir un Uber y pagar cualquier cosa que le pidieran a cambio de llevarla a Tuam.

Lugar que la bruja le dio como localización de Ronan.

Por supuesto, no especificó dónde, cuándo o cómo lo encontraría aunque teniendo en cuenta de que Tuam fue el sitio con mayor población de aldeas de Hadas en el pasado, pensó que no tardaría

en encontrarlo.

Eran muchas las leyendas sobre esos seres místicos; algunas verdad, algunas mentiras, «como en todo», pensó, mientras luchaba por mantenerse despierta dentro del vehículo.

El conductor, a dios gracias, no le hablaba. Ella lo último que tenía era ganas de conversar y ser amable.

Hacia sol, lo cual agradeció y el viento soplaba bastante fresco lo que era normal para la temporada en esa zona del planeta.

¿Qué debía hacer cuando lo encontrara?

Era algo bastante sencillo pero parecía que para ella esa tarea se estaba volviendo una odisea.

Resopló con fuerza.

Lo primero era encontrarlo.

—No, primero un hotel y dormir.

—¿Dijo algo? —el hombre detrás del volante bajó el volumen de la radio y la vio por el retrovisor.

—Sí, que por favor me deje en un buen hotel en Tuam.

—Muy bien.

Siguieron el recorrido.

Klaudia tomó su móvil y revisó sus correos y no encontró nada interesante además de los mensajes que pudiera tener de la compañía o de Pál.

El mundo parecía que se olvidó de ella.

«Deja el drama, acabas de hablar con Pál»

¿Cómo habría sido su vida sin Pál a su lado?

«Un maldito caos» se respondió mentalmente.

Pál era el punto de equilibrio en eso que ella tenía como existencia. A pesar de que le dejaba a sus anchas y respetaba sus decisiones, siempre estaba al pendiente de ella y la cuidaba como si fuera una hermana.

¿Por qué le estaba dando en esos días por pensar en su familia, hermana, padre... madre?

Se le hizo un fuerte nudo en la garganta que tenía años sin sentir.

Klaudia dejó de pensar en su familia hacía siglos justamente por eso, porque sentía que la debilitaban y ella necesitaba ser fuerte para enfrentarse al mortal aburrimiento de la eternidad sin flaquear.

Pero en esos días...

Volvió a sentir la presión en la garganta y la falta de aire en el pecho.

Su madre.

¡Cuánto daría por poder conversar con ella aunque fuera una vez!

Daría todo lo que tenía, todo lo que era con tal de que esa mujer a la que añoraba con toda su alma le pudiera dar un abrazo.

¿Cómo habría sido vivir a su lado?

Un milagro. Eso habría sido.

Y no fue y ella debía dejarse de sentimentalismos y...

Silenció sus pensamientos de inmediato porque ahí estaban los susurros que se acercaban poco a poco a ella.

Vio al conductor rápidamente que parecía no estar sintiendo nada porque estaba sumergido en sus pensamientos con los ojos puestos en el camino.

Y otra vez sintió el siseo más cercano.

Bajó la ventanilla del coche y la brisa golpeó su rostro dejándole escuchar claramente a

alguien que le llamaba.

Así como le pasó en noches anteriores.

La piel se le erizó y sintió miedo de nuevo,

¿Qué demonios pasaba con ella y sus malditas emociones?

¿De dónde venían los susurros?

Seguían acercándose.

No iba a dejarlos pasar.

—Deténgase —ordenó al conductor que la vio confundido—. ¡He dicho que se detenga!

El hombre frenó en seco a un lado del camino en el que lo único que se veía era naturaleza formando colinas y bosques.

—Todavía falta para llegar al hotel, señorita, ¿ocurre algo?

Klaudia no quería perder los susurros que iban y venían.

Sacó de su cartera un billete de alta denominación y se lo extendió al hombre.

—Deje mis cosas en el hotel y solo dígame el nombre para llegar luego.

—No puede quedarse aquí...

Klaudia lo vio con desesperación y furia.

El hombre se quedó mudo en el acto y asintió.

Apuntó el nombre del hotel en un papel de un bloc de notas que tenía en el asiento del copiloto y se lo dio.

—Puedo esperarle hasta que llegue, no puedo dejar sus cosas allí y...

—No, déjelas en el *lobby*. Klaudia Sas es mi nombre y dícales que llegaré luego —sacó varios billetes más—, dé buenas propinas para que nadie se oponga a lo que pida y el resto, quédese.

Abrió la puerta del coche y el hombre la tomó del brazo de forma inofensiva.

—Señorita, es peligroso, si quiere yo la espero aquí, está muy lejos y...

—Voy a estar bien, usted haga lo que le digo.

Se zafó del agarre y salió del coche decidida a acabar con el martirio de los susurros.

Agradeció haberse puesto zapatos deportivos ese día y llevar una cartera cruzada para poder tener las manos libres.

Aguzó el oído.

Susurros ligeros. Se perdían en la lejanía mientras se internaba en el bosque.

Se detuvo.

Analizó su entorno y se preguntó si estaría haciendo lo correcto. Tenía tantos años que no vivía una aventura semejante, la nariz le ardía debido a los diversos y penetrantes olores de la tierra que percibía en ese instante.

A pesar de que una rama se quebró muy lejos de ella, con su oído afinado pudo sentirla.

Un animal. No sabía de qué especie, llevaba muchos años en la ciudad y por ello estaba bloqueada en cuanto a lo que percibía.

Cerró los ojos e intentó relajarse para poder sentir.

¿En dónde estaban los susurros?

Debía regresar porque los había perdido.

Respiró profundo, hinchando sus pulmones con el aire puro de la naturaleza y fue cuando lo sintió.

A él.

La garganta empezó a picarle al tiempo que la brisa le inundaba las fosas nasales con el *After Shave*.

Abrió los ojos de inmediato sintiendo que las encías ardían.

Se le escapó un gruñido animal, de los salvajes que tenía mucho tiempo sin sentir y empezó a correr hacia el lugar que estaba revolucionando su sistema haciéndole desear sangre, pelea y caza.

Corrió hasta notar el círculo de champiñones venenosos en el suelo.

Entró en este sin pensar en lo que podría ocurrir y entonces, lo vio.

El claro de la colina se abrió ante ella con un sol mucho más resplandeciente del que estaba al otro lado del bosque y Ronan estaba ahí, en medio del claro, en prácticas de guerra que le serían necesarias para luchar contra ella.

Klaudia sintió la punzada en la mandíbula, la resequedad en la boca. Apretó los puños, sonrió de lado con gran maldad en la mirada.

Y, sin pensárselo, se abalanzó sobre él.

Ronan se encontraba en la colina del antiguo reino practicando movimientos para derrotar a sus oponentes cuando estuviera frente a frente con ellos.

Le gustaba ir allí todos los días no solo para mantenerse en forma, no, le gustaba porque le hacía sentirse más cerca de los suyos y alejado de la maldad que existía en el mundo.

Hacía tanto tiempo que quería un poco de paz en su vida, y allí, era el único sitio del mundo en el que lo encontraba.

Incluso cuando los recuerdos de la tragedia lo agobiaban.

Cuando el dolor de la masacre se hacía presente de nuevo.

Sí, incluso en ese momento, Ronan se sentía en paz en ese lugar.

Era su tierra aunque no quedaba nada de lo que fuera alguna vez.

Todo gracias al ser diabólico que arrasó con la aldea entera.

Dio un salto en el aire pensando en que, ahora, cuando ya era un hombre establecido y con tantos siglos de experiencia, saltaría así y lo sorprendería por la espalda clavándole en el corazón la daga de su familia.

Imitó los movimientos que haría. Eran directos, decididos, precisos.

Y sabía que aquello no mataría al demonio, mas lo mantendría ocupado el dolor de la herida en el corazón mientras él, con otro rápido movimiento le seccionaba la aorta para que se desangrara; y mientras este lamentaba lo que le estaba ocurriendo, sacaría la espada, tal como ahora, la haría girar en el aire una vez para poder coger fuerza y velocidad y luego...

¡Ah!.. Sí... luego le arrancaría la cabeza al maldito.

La espada terminó de hacer el corte imaginario y para cuando Ronan reaccionó, la afilada hoja cortó la piel del hombro de una mujer salvaje que se abalanzaba sobre él.

—Klaudia —fue lo único que pronunció sorprendido antes de caer sobre la hierba atontado por el golpe que la mujer, fiera como un animal del bosque, le acababa de dar.

Necesitaba recomponerse y luchar.

Ella fue más rápida y alcanzó a darle una patada que lo hizo encogerse debido a la falta de aire y el dolor insoportable en la parte baja del estómago.

Acto seguido, Klaudia se subió a horcajadas sobre él, inmovilizándolo, aunque no pareciera que fuera capaz de hacerlo.

Le dio tres golpes de puños cerrados alcanzando uno de ellos la boca de Ronan que empezó a sangrar, haciendo que Klaudia dejara salir toda la maldad que llevaba en su interior y llevando a Ronan a esos recuerdos que se juró que no viviría de nuevo.

Klaudia lo veía como un bocadillo mientras seguía repartiendo golpes y él sintió la fuerza de

sus ancestros invadirlo alentándolo a luchar.

Tenía que librarse de ella de cualquier manera.

Como pudo, alcanzó la larga herida del brazo producida por la espada y metió los dedos entre la carne separada.

Klaudia se retorció del dolor y fue el momento preciso para tomarla de esa melena espesa y sedosa que tenía y arrastrarla por el campo hasta que él alcanzara la espada de nuevo sin perderla a ella en el intento.

Sentía que hiperventilaba y algo en su sistema no iba bien porque sentía un furia asesina por haber sido sorprendido de esa manera pero, a la vez, estaba desconcertado y quería preguntarle a ella varias cosas.

Estaba claro de que no era momento para preguntas y tal vez se quedaría con la duda porque el comportamiento de ella dejaba mucho que desear aquel día, no permitiría que ella le atacara o peor aún lo matara.

No.

Él acabaría antes con ella.

La zarandeo para que ella dejara de retorcerse y gruñir como un perro rabioso.

Luego la empujó, soltándola y tomando la espada con rapidez.

Flexiono las rodillas e hizo girar la espada en el aire para demostrarle a ella que era hábil con esa arma y que no tendría reparos en usarla en su contra.

Ella se levantó en un ágil movimiento y adoptó la misma posición que él, solo que iba desarmada lo que le pareció un poco injusto a Ronan.

Así era la vida y sobreviviría el más apto.

Klaudia le sonrió de lado con mucha malicia. No se parecía en nada a la mujer fina y educada que conoció en Nueva York.

La que debía darle el nombre del ser maldito que acabó con su aldea.

«No puedes matarla»

—Pál tiene una más grande que esa —vio la espada con gran sarcasmo—. Nunca me han dado miedo las espadas, imbécil.

Ella saltó en el aire haciendo un giro con tanta rapidez que Ronan no tuvo tiempo de salir de su radar.

La vampira se situó detrás de él y le pasó el brazo sano debajo del cuello para inmovilizarlo pero Ronan todavía tenía la espada en la mano y no le tembló el pulso en usarla para hacerle otro corte a ella las piernas.

La mujer trastabilló y se quejó un poco siendo el momento perfecto para clavarle el codo en un costado y sacársela de encima.

Sin embargo, las peleas no siempre salían como se esperaban y Klaudia rodó colina abajo arrastrando a Ronan con ella.

Ronan dejó la espada caer de inmediato porque sería un peligro para él y se preparó para cuando la caída llegara a su fin.

Al llegar al siguiente llano, el rodamiento de ambos se detuvo teniendo Ronan la agilidad de colocarse de pie de inmediato, sacar la daga e irse encima de Klaudia sin clemencia.

Ahora fue él quien se sentó a horcajadas sobre ella y daga en mano, la vio a los ojos.

Negros, opacos, aterrorizados.

Y en vez de lanzar una amenaza mortal o clavarle la daga en algún lado, bajó la guardia haciendo que ella lo observara desconcertada.

Entendió que la debilitó y no por las heridas.

No.

Encontró algo más que le causó curiosidad y quiso entender cómo era que una guerrera como ella, se desconcertaba ante él.

Después de esa pequeña lucha no le quedaba duda de que ella podía ser letal y rápida.

No lo fue con él, ¿por qué?

Klaudia hizo una mueca de dolor y trató de zafarse de la prisión que Ronan representaba encima de ella.

Este aun la apuntaba con la daga.

—Si me vas a clavar eso en algún lado ya hazlo de una maldita vez y quitate de encima que la herida de la pierna me está matando soportando tu peso.

El parpadeó un par de veces y en cuanto fue a moverse ella tomó ventaja de nuevo quitándole la daga en un abrir y cerrar de ojos para tirarla lejos.

Él se quedó perplejo. En tantos años de lucha con tantos otros vampiros a los que se enfrentó, jamás se encontró a alguien con la habilidad de Klaudia.

Resopló confundido y adolorido llevándose a la boca la mano que introdujo en la herida del brazo que pintaba muy mal, quiso tantear la herida que él tenía en la boca y ella lo detuvo en seco haciendo que él colocara su otra mano sobre la de ella para inmovilizarla.

Klaudia clavó los ojos negros de nuevo en los de él y Ronan ahora solo pudo percibir vergüenza.

Gran vergüenza.

—A menos de que quieras convertirte en uno de los míos, no te toques ninguna herida hasta tener las manos limpias. ¿Está claro? —Ronan parecía estar bajo hipnosis mientras los ojos de ella escudriñaban los de él—. ¿Está claro?

Solo asintió con la cabeza sintiéndose como un perfecto imbécil.

Ella se dio la vuelta y empezó a subir colina arriba con gran dificultad por la herida de la pierna.

El orgullo lo retuvo algunos segundos antes de ceder a la compasión que le dio verla temblar por el dolor.

Sabía que la hoja de su espada era perfecta para arrancar cabezas de un tajo, la afilaba para eso, así que no dudaba de haber podido llegar al fémur ocasionándole algún corte.

Corrió hacia ella.

—No te atrevas a ayudarme. Esto me lo he buscado yo.

La determinación de ella fue un motivo de admiración para él.

No era orgullo lo que la movía en ese momento, era respeto hacia él por haberlo sorprendido y atacado en su refugio de esa manera.

Hizo lo que ella le pidió y se mantuvo a su lado, subiendo a su paso para ayudarle en caso de que se lo pidiera.

Ronan pensó en cómo sanaría ella sus heridas. Necesitaría sangre.

Conocía tantas historias de ellos que no sabía cuál era cierta.

La verdad era que nunca les daba tiempo al dialogo a los que se encontró antes de Klaudia.

La vampira cojeaba cada vez más y él se sintió culpable y horrible por hacerla pasar más dolor del que ya soportaba así que, sin previo aviso, la tomó entre sus brazos y acabó de subir la colina mientras ella intentaba disimular una fortaleza que estaba a punto de ahogar en un profundo llanto de dolor.

La apoyó con sutileza encima de la hierba en el mismo claro en el que estuvo practicando antes de ser sorprendido.

De las heridas ya no brotaba tanta sangre, sin embargo, aún estaban abiertas. Y pudo apreciar que sí, eran bastante profundas, sobre todo la de la pierna. Tal como lo pensó, el hueso no se libró de la hoja de la espada.

Ella se mantuvo en silencio un rato.

—¿Qué puedo hacer para que te recuperes?

Ella bufó.

—Nada. Con descansar un poco podré caminar hasta el hotel y allí me encargaré yo de conseguir mi medicina.

Ronan entendió a lo que se refería.

—¿Cuándo llegaste?

—No he llegado todavía. Aterricé en Galway y no tenía una ubicación exacta de ti —hizo una pausa, luego continuó—: en el camino supe en dónde estabas, pude olerte.

—¿Pensabas matarme?

—No lo sé, Ronan, ni siquiera sé qué diablos pasó conmigo en cuanto pisé el bosque y sentí todos esos aromas y el tuyo y... —Klaudia resopló y negó con la cabeza arrepentida—. La verdad es que habría estado bien matarte antes de que me hicieras esto —señaló la herida de la pierna y retorció la cara con una mueca de dolor—. Como te dije antes, me lo tenía merecido por atacarte en este sitio y por acceder aquí sin tu permiso. Gracias por perdonarme la vida.

Ronan la observaba perplejo porque todo su comportamiento de ese día le parecía un enigma que lo invitaba a resolverlo aun poniendo él resistencia.

La estaba empleando de verdad, la resistencia o solo era una ilusión para sentirse más tranquilo por su actitud benevolente y compasiva hacia ella.

A otro ya lo habría sepultado no solo por atacarlo sino además, por haber tenido el atrevimiento de acceder al portal sin su consentimiento.

No a ella.

¿Por qué no?

Ronan sintió un espasmo en el estómago que no comprendió. Habría sido del golpe que ella le dio en cuanto lo sorprendió.

Sí, tenía que ser eso.

—¿En dónde te estás quedando?

Ella vio a su alrededor intentando descifrar en dónde quedó el bolso que llevaba encima antes de la pelea.

Vio la cinta que sobresalía de la hierba y recordó que se lo quitó antes de sorprender a Ronan.

Ronan seguía el movimiento de sus ojos y también vio el objeto de interés.

Lo buscó y lo puso junto a ella.

—No me sé el nombre del lugar y no creo que llegue hoy, no estoy en condiciones, despertaría muchas preguntas.

—No puedes quedarte en el bosque herida, déjame atenderte.

—No intentes ponerme un dedo más encima aunque me lo tenga merecido.

—¿Siempre eres así de rebelde y orgullosa?

—Estoy siendo respetuosa, Ronan. No tienes ni idea de lo que puedo ser cuando quiero meterme en plan: «señorita orgullo o rebeldía» —respiró profundo mientras se ponía de pie a duras penas y Ronan se sintió miserable por no ayudarla pero cumplió con sus deseos—. Mira, estoy aquí tal como me lo pediste la última vez que nos vimos en Nueva York y, por supuesto, que este no era el plan inicial para un acercamiento contigo. Jamás me salgo de control, jamás, así que no sé qué diablos me pasó y lo lamento, sinceramente, lo lamento porque sé que no debe ser fácil

este momento para ti. Y estoy inmensamente cabreada conmigo misma como para que avives la chispa porque no sé si voy a ser capaz de comportarme como lo estoy haciendo ahora o voy a pasar al modo salvaje de antes.

—En ese estado no me aguantarías ni un round —Ronan quiso causar gracia porque la veía estresada y realmente fuera de sí. De todas las veces que conversó con ella nunca se habría imaginado esa faceta en Klaudia.

Ella lo ignoró y siguió caminando hacia la salida del claro.

—Klaudia, no puedes ni debes quedarte en el bosque así.

Ella resopló abatida y se desinfló haciéndole entender que él tenía razón mas no tenía otra alternativa.

Esa mujer no estaba bien.

Nada bien.

¿Representaría un peligro para la comunidad?

Sí, era mejor que la tuviera en casa bajo vigilancia.

Ella lo vio y frunció el ceño.

—Sé que dudas de mí, puedo olerlo; te aseguro que no voy a lastimar a nadie.

—Entonces te quedarás en mi casa, confío en tu palabra; cuando estés mejor y hayamos hablado, puedes marcharte a donde te dé la gana. Te doy mi palabra de que me comportaré como un caballero y las armas quedarán fuera de casa.

Ella sonrió de lado con pesar en la mirada, sabía que no tenía muchas otras alternativas.

—Necesitaré mis cosas y...

—Las buscaré y entiendo la otra parte, tendrás que alimentarte.

Ella asintió.

—Supongo que tienes chicas y chicos dispuestos a eso en todo el mundo.

Ella volvió los ojos al cielo, ya se encontraban en el portal de acceso al claro y cruzaron los dos al mismo tiempo regresando a la humedad y frío del bosque haciendo que Klaudia perdiera el equilibrio por el dolor y se fuera de bruces contra el suelo.

Ronan negó con la cabeza levantándola sin esfuerzo.

Era una mujer alta y de complexión ósea fuerte pero no pesaba tanto para él.

—Puedo aguantarme, me alimentaré en unos días cuando esto sane y me pueda ir de tu casa.

—Ni hablar, soy un chico grande, puedo asumir la culpa de haberte hecho eso, así que podré aceptar que te alimentes bajo mi techo.

—Gracias.

La voz de ella fue tan delicada y dulce que Ronan se volvió para verla a los ojos porque le pareció que hablaba con una desconocida.

¿Cómo era que Klaudia Sas podía ser tan fascinante llevando una maldición tan diabólica encima?

¿Cómo podía despertar su interés esa mujer que era tan peligrosa como el hombre que acabó con toda su aldea varios siglos atrás?

Ella recostó la cabeza de su hombro y él se sintió en la obligación de responsabilizarse por su sanación.

Sí, la ayudaría y después buscaría la forma de seguir con plan tal como lo tenía trazado.

Capítulo 4

Loretta llegó a casa de Garret muy entusiasmada.

Llevaba varios días visitando a Felicity por las tardes.

Se entretenían en la cocina horneando algún pastel y conversando trivialidades de chicas.

Cosas que parecían normales para Felicity no para Loretta.

Toda esa experiencia con ella estaba siendo tan maravillosa que ahora, estar en casa, en soledad, le hacía sentirse muy mal.

Ese día en particular tenía algunos planes para ellas que le ayudarían a Loretta a entender un poco mejor los sueños y miedos de Felicity.

Estaba ya trabajando en la recuperación de la memoria de la chica pero necesitaba ir más profundo y entender sus verdaderas emociones para poder entrar en su mente, hurgar y recomponer las cosas poco a poco.

Lo principal que quería lograr era que entendiera o recordara que Lorcan no fue el hombre que la atacó.

Sabían que fue Gabor bajo un hechizo de ilusión quien consiguió meterse en la cabeza de ella haciéndole creer que él era Lorcan.

No podía abordar ese punto en ese momento, ni en las siguientes semanas, tendría que ir poco a poco y pudo darse cuenta de que la mejor manera de conversar con Felicity de este tema que tanto la perturbaba era haciendo alguna otra actividad que la mantuviera distraída.

Y si era por establecer un nexo con ella, no debía preocuparse por eso porque sin darse cuenta, ya lo tenía creado por parte de ambas.

Encajaron muy bien desde el primer día.

Por ello necesitaba que Loretta pasara de ahí en adelante más tiempo con ella y en su casa. La necesitaba en el invernadero, tocando algunas plantas que la bruja tenía preparadas para desencadenar algunas emociones sin necesidad de esperar a que ella durmiera y luego, buscaría la forma de que se quedara a dormir en su casa un par de días para entender el proceso de las pesadillas.

Ya había presenciado la ansiedad que la dominaba en cada atardecer y sabía que Garret algunas veces le absorbía la psique para que ella entrara en un sueño profundo al menos por unas horas, sin embargo, la bruja quería conseguir que la chica durmiera con algunas de sus infusiones y así pudiera acceder a sus pensamientos, «para hurgar y reparar» se dijo de nuevo.

Casualmente, encontró a Felicity esa tarde quitando la maleza que sobresalía entre las flores que estaban en el jardín.

—Pensaba que Garret tenía un jardinero para esto —Felicity levantó la cabeza al máximo para poder tener la vista libre de su pámela, que le daba la sombra necesaria para el trabajo que estaba haciendo. Le sonrió a Loretta.

—Lo tiene, pero hay días que le digo que se tome el día libre y me quedo yo con el trabajo porque estoy muy aburrida aquí.

Lo entendía. Ella estuvo muy, muy, muy, aburrida toda su vida en su casa.

—No sabía que te gustaban las plantas —le pareció una señal positiva para su plan en el invernadero.

—No lo habíamos hablado. Parece que ahora solo sabemos hablar de películas y chicos guapos de Hollywood —Ambas rieron. Felicity siguió en su proceso descontaminante y Loretta se sentó a su lado a ayudarla. Encontró una maleza que a ella le gustaba secar para prepara un té aromático que sanaba la acidez de estómago así que, de la forma más natural para ella, empezó a seleccionar las hojas y las iba colocando a un lado.

Felicity la vio con gran curiosidad.

Y Loretta, que entonces fue cuando reparó en su error, aprovechó la ocasión para introducirla en su mundo.

—Esta hierba que todo el mundo echa a la basura es muy buena para la acidez.

—Interesante. Cuéntame más.

Loretta la vio con fascinación. No la juzgaba ni la veía como un bicho extraño por decirle algo así.

—¿Qué hace esta? —le enseñó una maleza alargada y delgada de color verde.

Loretta sonrió divertida.

—Nada, esa sí se puede desechar.

Felicity la examinó y luego sin darle mayor importancia, la desechó.

Las rosas estaban divinas y el olor que desprendían era maravilloso. Loretta se preguntó ¿cómo sería una infusión de esas rosas sembradas en esa casa?

Sabía el proceso de las suyas, los ciclos de siembra, las energías que se usaron.

No en las de los Farkas.

—¿Crees que pueda llevarme unas de estas rosas a casa?

—Supongo que nadie lo notará —respondió Felicity—, hay muchas y Garret suele verlas con añoranza. ¿Crees que signifiquen algo para él?

Loretta iba a responderle cuando los lobos corrieron en dirección a la puerta para olfatear a Garret que se reunía con ellas.

—Podrías preguntárselo a él —Loretta le animó en voz baja—. Hola Garret —saludó y luego se puso de pie— Voy a la cocina por unas limonadas, ¿quién se anima?

—Yo preferiría una cerveza —respondió Garret con las manos en los bolsillos de su vaquero y Felicity lo apoyó en su idea haciendo que Loretta volviera los ojos al cielo y fuera a la cocina a buscar tres cervezas porque no tenía razón alguna de negarse a beber una refrescante cerveza.

Entró en la casa y se detuvo en seco, dándose cuenta de que algo en el ambiente era diferente.

La energía que Garret dejó allí antes de encontrarse con ellas en el jardín, era fuerte y agresiva, algo que le extrañó mucho porque no le correspondía en nada a la energía que estaba acostumbrada a sentir en él.

Vio por la ventana mientras iba a buscar las cervezas en la nevera y sintió un extraño palpito en el pecho que la puso alerta.

Buscó a los lobos con la vista y los observó revolcándose a lo lejos en la playa. Si ellos estaban tranquilos, nada habría que temer ¿no?

Exacto.

Entonces abrió las cervezas y salió de nuevo al jardín observando a Felicity y Garret reír sobre algo que conversaban.

Garret aún se mantenía a distancia de Felicity a pesar de que la chica, de forma inconsciente, le dejaba pequeñas señales para que él se atreviera a dar el siguiente paso.

No podía seguir perdiendo más tiempo.

—¡Oh, Loretta! Te perdiste la historia de Garret, una muy divertida sobre él y sus hermanos cuando vivían en Europa y asustaban a la servidumbre con bromas fantasmagóricas.

Loretta sonrió divertida, les dio las botellas a cada uno y después de un suave chin entre las tres botellas, cada uno bebió de la suya un sorbo.

—Luk era un genio gastando esas bromas.

—Me habría gustado conocerlo —acotó Felicity sacando la maleza y cortando algunas rosas extra para decorar el interior de la casa.

—Y a él le habrías encantado.

Loretta se incomodó por el momento en el que sentía que estaba de sobra y quiso marcharse pero algo se lo impidió. De nuevo ese palpito extraño y la energía de Garret que parecía ser inestable

Lo observó curiosa.

Felicity se sonrojó como era costumbre cuando él decía cosas como las que acababa de decir y después de darle un tiempo prudencial para hacer una siguiente jugada que nunca hacía, Felicity continuó indagando sobre los Farkas. Parecía que nunca habían hablado de ellos y creía entender que era por el tema de los recuerdos en ella

Entonces desconocía que Lorcan era el novio de su amiga Heather.

—¿Tu, lo conociste? —Loretta negó con la cabeza—. Es una lástima que haya muerto tan joven. ¿De qué me dijiste que murió?

—Un accidente.

—Mmm —Felicity se abstraigo en su memoria como si estuviese buscando algo importante que nunca encontraba, lo hacía con frecuencia cuando mencionaban cosas tristes—. Loretta he conseguido más ramas de esas para ti. ¿Qué haces luego con ellas?

—Las dejo secando al sol y luego las proceso en el invernadero.

—¿Tienes un invernadero?

Loretta asintió con el pecho hinchado de orgullo. Porque el suyo, no era cualquier invernadero.

—Me encantaría conocerlo.

—No tengo nada que hacer, podríamos ir ahora así te aprendes el camino a casa porque ni creas que voy a venir yo cada día a visitarte.

Felicity sonrió divertida y se puso de pie.

—¡Ah! Yo pensaba que venías porque no sabías preparar café y querías que lo hiciera yo —Loretta le sonrió traviesa a su nueva amiga—. Garret, ¿tienes problema con que se lleve algunas rosas de aquí?

Garret la observó con sinceridad desde el suelo.

—Puedes tomar todas las que quieras —Felicity le tendió la mano a él para ayudarle a levantarse del suelo mientras que con la otra mano, sostenía un puñado de rosas con cuidado de no pincharse, el intento fue en vano cuando ancló los pies en tierra para tirar de Garret y sus ojos encontraron a los del hombre en el contacto de manos.

Loretta lo supo al instante, algo ocurriría.

En efecto, Felicity se dobló más de lo que debía y una de las espinas de la rosa más grande que tenía agarrada se le enterró en la palma de la mano.

—¡Auch! —se quejó soltando las rosas al momento que cayeron en el suelo dejando ver la herida en su mano. Loretta observó a Garret respirar profundo y lamerse el labio superior.

Ahí estaba otra vez la energía que no era común en él.

Tenía hambre.

¡Con un demonio! ¿Cómo era aquello posible?

Los nervios la amenazaron y los lobos corrieron en su ayuda.

Los acarició y les pidió que acompañaran a Felicity al agua a lavarse la herida.

—Ve a la orilla y lávate que no hay nada mejor que el agua de mar para estas cosas, ahora te alcanzo —Garret la seguía con la mirada y Loretta lo interrumpió haciendo que este volviera a la realidad y se espantara de lo que acababa de hacer—. Estaremos en mi casa. Resuelve tus asuntos en tanto. Si no te alimentas, ella no regresa aquí. ¿Está claro?

—Loretta no quise...

—Pero lo hiciste ¿Qué pasa con tu alimento?

—No he podido ir a la ciudad y no quiero hacerlo aquí porque ella podría...

—No me des excusas, Garret, no las quiero. Consigue a alguien que te mantenga alimentado aquí o si no, ella no vuelve a tu lado. Avísame cuando termines de resolver todo.

Garret entró a la casa con el ceño fruncido y la rabia que lo consumía por dentro.

¿Cómo pudo ser tan descuidado?

Observó a Felicity y a Loretta alejarse en la playa con los lobos custodiándolas a sus espaldas.

Felicity creía que los dos lobos que permanecían en casa desde que Loretta les visitó la primera vez, se debía a que Loretta los dejaba estar en donde más quisieran, le contó a Felicity que tenía cuatro lobos en casa, todos salvajes y bien adiestrados, así que les daba libertad.

Le hizo creer que cuando se cansaran de estar allí, se irían a otro lado o volverían con ella, como debía ser porque los lobos respondían únicamente a sus órdenes.

Así ocurría con las brujas y sus custodios.

Garret se obligó a concentrarse y pensar cuándo fue la última vez que se alimentó de alguna de las chicas de la compañía.

No recordaba el día exacto.

Le dio a entender a Loretta que no se alimentaba desde que no iba a la ciudad.

Y no, era desde antes. No le pareció necesario hacerlo con más frecuencia de la que ya lo hacía, se sentía bien así.

Lo cierto era que algo estaba cambiando en él porque no era normal su comportamiento.

«Son tus sentimientos por ella, idiota» se reprochó como si quisiera darse un bofetón a sí mismo para reaccionar.

¿Qué podía esperar? Era lógico que tuviera que empezar a alimentarse con más frecuencia o mejor dicho, casi a diario hasta...

«Para siempre» sentenció en su cabeza; mientras estuviera junto a ella sería para siempre que debía alimentarse a diario porque sus sentimientos hacia Felicity eran tan intensos y puros que desearía en extremo probarla al completo.

Una punzada en la parte baja del vientre lo hizo sentir nervios.

Esa sensación que dejó de sentir siglos atrás.

Excitación.

Se frotó el rostro con ambas manos y trató de calmarse; ¿cómo lograrlo con la imagen de ella allí en el jardín, el hilo de sangre en su mano, su aroma impregnado en toda la casa?

Suspiró y fue a la cocina, tenía la boca seca.

Quizá un vaso de agua lo calmaría.

La tensión empezaba a acumularse en su sistema y quería drenar de alguna manera, sonrió al pensar que sería una buena idea darle un par de puños a alguien.

No tenía a quien y habría quien le aconsejara que pusiera un saco de box en casa para golpearlo cuanto quisiera. Sospechaba que eso no iba a saciar su sed ni el deseo creciente que

sentía por Felicity.

Dios.

¿Por dónde podía empezar a explicarle lo que sentía por ella?

¿Por dónde empezar a conquistarla?

Loretta se lo aconsejó y él no se sentía capaz de hacerlo, le preocupaba el momento de intimar con ella, de acariciarla, de besarla.

La punzada anterior se convirtió en una prominente erección al pensar en esos detalles entre él y Felicity y se sorprendió tanto como minutos antes, cuando estuvo a punto de perder el control al ver sangre.

«No cualquier sangre, idiota» se reprochó de nuevo.

Tomó el móvil y llamó a Klaudia.

No le respondió.

Podía llamar por sus propios medios a la compañía y le atenderían de inmediato pero quería explicarle la situación a Klaudia. Ella tomaría previsiones y haría los arreglos inmediatos para ayudarle sin problemas.

Lorcan quizá sabía en dónde se encontraba.

Telefonó a su hermano.

—Garret, ¿qué tal? —Garret no supo qué responder a eso. Si decía «sediento», Lorcan lo apartaría de la vida de Felicity de inmediato, si decía «bien», sabría que algo iba mal.

—Desesperado —pensó diciéndolo en voz alta y dándose cuenta de que realmente se sentía así.

—¿Le ocurre algo a ella?

—A mí, Lorcan, a mí. ¿Te das cuenta que soy un peligro permanente para ella?

Lorcan dejó salir el aire.

—¿Qué ocurrió?

Garret le contó el episodio en el jardín.

—Fue horrible, nunca antes me sentí así, ni siquiera con Diana llegué a sentir dolores tan asquerosos en la mandíbula.

—Y lamento decirte que todo va a calmarse solo si bebes de ella.

—¡Maldición, Lorcan! Esto va a peor.

—¿Desde cuándo no consumes sangre?

—No lo sé, no lo recuerdo. Algunas semanas, no debe ser más que eso.

—Estoy de acuerdo con Loretta de que empieces a hacerlo con mayor frecuencia.

—Llamé a Klaudia para que me envíe a alguien aquí, que se quede cerca, le buscaré una casa —dejó escapar el aire antes de formular la siguiente pregunta—: ¿qué garantía tengo de que no necesitaré de ella en medio de la noche, Lorcan?

—No tienes garantía, deberás explicar en la compañía que la chica debe estar dispuesta a alimentarte cuantas veces sea necesario y a cualquier momento del día —Lorcan respiró con preocupación—; y tendrán que supervisarla con frecuencia para cerciorar de que todo vaya bien con ella y que su suministro hacia ti no sea considerado un riesgo para ella,

Hubo un silencio.

—Hay algo más, Garret. Puedo sentirlo. ¿Qué te ocurre?

Silencio.

—Se trata de...

Lorcan sonrió queriendo jugarle un broma para que se relajara porque intuía de qué podía tratarse mas no se atrevió a hacerlo.

—Es normal que despiertes de tu voto, Garret. Lo que no entiendo es por qué aun, después de estas semanas, sigues insistiendo en ser solo un buen amigo para ella.

—No sé cómo acercarme sin parecer un maldito depredador desesperado.

—No me quites los honores en la familia de ser el salvaje, dudo mucho que puedas parecer algo de lo que insinúas. ¿Has intentado siquiera besarla?

—No.

—Exacto. Entonces creo que sería buena idea que empieces por ahí. Felicity tiene sentimientos por ti, Garret; solo que, en su estado, no tiene nada claro pero Heather me ha dicho que habla de una forma especial de ti.

Garret exhaló un suspiro que le hizo recordar a Lorcan que era una señal de los nervios que lo consumían en su interior. Así era su hermano: correcto, medido, sincero.

Muy parecido a Pál.

—¿Y si me alejo de ella con cualquier excusa? Ahora que esta con Loretta podría hacerlo y quizá...

—No lo hagas porque vas a empeorar tu condición.

Garret lo sabía, solo quería exponer la idea en voz alta a ver si alguien estaba en desacuerdo con que sería peor para él.

—Llamaré a Klaudia de nuevo.

—Me parece lo más sensato —respondió Lorcan un poco más tranquilo—. Siempre has sido el que mejor juicio ha tenido de todos. Sé que esta no será la vez en la que le falles a tu propio juicio.

—Yo no estoy tan seguro como tú.

—Deja el miedo y empieza a tomar medidas coherentes para que puedas seguir a su lado sin sentir que eres una amenaza constante para ella. No hemos hablado de la fiesta de las máscaras, supongo que no irás.

—No lo sé, tal vez lo haga y la lleve a ella.

—¿Lo crees prudente?

—No, aunque Loretta dice que deberíamos probar la efectividad de sus métodos para esa fecha. Además lo encuentro lógico teniendo en cuenta que estaremos todos con máscaras. No podrá reconocerte y no creo que Gabor tenga el atrevimiento de acercarse a la fiesta.

—Pál dio la orden a Miklos de advertir a las brujas de hacer encantamientos protectores para que el bastardo no pueda acceder al palacio.

—Loretta también cree conveniente que le hable de ustedes. Empecé mencionándole a Luk. Recuerda a Miklos y cree que es con quien sale Heather que, por cierto, está segura de que le oculta cosas al igual que yo —Garret resopló obstinado—. Te juro que es muy frustrante esta situación, Lorcan, porque me altera verla tan debilitada, tan aterrada, tan perdida. A veces recuerda que me conoció en la oficina y no en Venecia como le hizo creer Miklos en su casa. Y sé que recuerda otras cosas de la fiesta pero poco habla de ellas.

—Heather le dijo que trabajaba fija para un cliente de la compañía. Nunca le hemos mentado en eso, solo no le hemos dicho que se trataba de mí. ¿Crees que ha recordado algo más?

—No, me dijo una vez que parecías un fantasma del cual no recordaba nada.

Lorcan dejó salir el aire contenido.

—¿Cómo es que no hemos conversado de esto?

—Porque yo asumí la responsabilidad de devolverle a ella todo, lo bueno y lo malo y me comporto como un maldito adolescente celoso de contar estas cosas a otros. En especial a ti.

—Por dios, Garret, no vas a volver con lo de que ella tenía emociones por mí.

—¿Y si las tiene cuando recupere la memoria?

—¿Ese es tu mayor temor de cuando ella recupere la memoria? —Lorcan sonaba exasperado porque sentía que su hermano, el centrado, estaba descarrilado tal como un adolescente. Le daba toda la razón en ese punto—. Sé muy bien que ese no es tu mayor temor y creo que deberíamos unir esfuerzos en hacer que ella recupere la memoria sin problemas. ¿Cuál es el plan de Loretta?

—Diana le dijo que creara un Nexo.

Lorcan sintió la piel de la nuca erizársele al escuchar el nombre que tanto dolor le causaba a su hermano, dolor del cual él era responsable.

Garret le explicó lo de la visión de Loretta con Diana.

—Sabemos que muchas cosas que ha recordado las olvida cuando despierta de alguna siesta o cuando despierta por las mañanas, ¿Cierto? —Lorcan se sentía animado—. Estoy de acuerdo con Loretta con que empecemos a ampliar su radio de personas conocidas y veamos cómo reacciona en conjunto con los métodos de ella.

—Ni creas que te vas a presentar aquí.

—No lo haré, imbécil; irá Heather, unos días antes de partir a Venecia. Le diré que se quede con ustedes y que le hable de mí. Que le aclare que está saliendo conmigo y no con Miklos. Yo soy la raíz de su problema, quizá si le enseñamos que no represento un peligro para ella podría mejorar y empezar a aclarar los malos recuerdos.

—Lo consultaré con Loretta más tarde y te avisaré. Por lo pronto necesito, una fuente de alimento y tengo que buscarla o Loretta no dejará que Felicity regrese a casa.

—Me parece lo más sensato.

—Te preguntaría de qué lado estás pero yo también estoy con Loretta.

Lorcan no pudo evitar soltar una pequeña carcajada esta vez.

—No creí que conseguirías su ayuda. Me sorprendí mucho cuando Heather me lo contó.

—Ni yo me lo creía. No te imaginas la impresión que me dio ver a la bruja en nuestro salón bailando *Just Dance* con Felicity.

Lorcan estalló en carcajadas.

—¿Sabía la bruja lo que era?

—No —Garret rio también divertido—. Y Felicity no le estaba haciendo las cosas más simples.

—Me lo imagino, es buena en ese juego. Alguna vez lo jugamos en casa y... —Lorcan aprovechó para bromear con su hermano—... mejor paro no sea que te sientas mortalmente celoso porque bailé con ella antes que tú.

—Idiota —soltó Garret y luego anunció con resignación—. Prometo llamarte para mantenerte al tanto.

—Me gustaría que lo hicieras porque tanto tú como ella son personas importantes en mi vida y tú estuviste a mi lado cuando más lo necesité. Estaré para ti, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo y lo acepto. Porque sé que voy a necesitarlo.

—Muy bien, basta de chácharas ahora ve a pedir comida para que puedas ir por tu chica y darle un dulce beso de buenas noches.

—Todavía no es mi chica.

—Eres insoportable, no te arrepientas luego de no haberlo hecho. Adiós.

Garret volvió a sonreír negando con la cabeza.

Había olvidado lo bien que se sentía hablar con su hermano. Desde que estuvieron en el refugio de Lorcan, la última vez, aquella en la que lo encontró queriendo drenarse a sí mismo, establecieron una nueva conexión entre hermanos.

Una que no pudo ser antes por todas las cosas malas que vivieron con Diana.

Garret sentía que no podía perdonarlo en aquel momento pero ese día se dio cuenta de que ya lo hizo mucho antes sin darse cuenta, quién sabía desde cuándo, el caso es que no quería admitir que lo hubiera perdonado.

Diana los separó, distanció y Felicity los unía de nuevo creando lazos mucho más fuertes.

Lazos de confesiones que ninguno de los dos esperaba del otro.

«Nexos» pensó, clavando la vista al mar que estaba revuelto esa tarde. Tal como estaba su interior.

Respiró profundo y el olor aditivo de «su chica» tal como la llamó Lorcan lo estaba desquiciando.

Tomó el teléfono y llamó a Klaudia una vez más.

Al no recibir respuesta tuvo la sensación de que quizá debía preocuparse ya que no era típico de Klaudia saltarse las llamadas al móvil, menos si era de la familia; sin embargo, la tensión en su miembro y la sequedad de la boca le hizo dejar a un lado la preocupación por ella para ocuparse de su necesidad básica del momento, luego se encargaría del resto.

Marcó el teléfono de la compañía y le aseguraron que en menos de dos horas, encontraría a la chica en el lugar que él mismo les indicó.

Luego, le escribió un mensaje a Loretta.

“No me dará tiempo de pasar por ella hoy. La casa estará vacía por si ella quiere volver. Siento mucho mi comportamiento de antes, esto es cada vez más intenso”

La respuesta no se hizo esperar.

“La convencí de quedarse en casa y le dije que te había avisado. Trabajaré con ella esta noche. Me alegra saber que te das cuenta de una maldita vez que no puedes controlar tu emociones respecto a ella, sea cual sea su estado”

Se tomaría esa noche para alimentarse bien y para decidir cómo le explicaría a Felicity todas las emociones que ella le hacía sentir.

Garret veía a Felicity alejarse, parecía como si una extraña fuerza la succionaba hacia el extremo contrario de donde él se encontraba, la separaba de él creándole una profunda tristeza y desesperación.

Quería retenerla y ella se mostraba decidida a dejarse absorber por la fuerza que la arrastraba hacia una vida en la que Garret no tenía cabida.

Lo sabía.

Siempre supo que cuando ella se enterara de su verdadera naturaleza, huiría de su lado.

¿Cómo iba a poder vivir sin ella?

¿Cómo se suponía que podría volver a reponerse de otra pérdida?

La llamó, claro que la llamó y le rogó que se quedara a su lado, pero no.

Ella solo lo vio con decepción en la mirada y se alejó.

Garret trataba de traspasar la pared invisible que los separaba y no lo conseguía, necesitaba llegar a ella antes de que fuera demasiado tarde.

No estaba a salvo, y aunque ella no quisiera estar junto a él por su condición de vampiro, debía entender que ellos eran los únicos que podrían protegerla de Gabor.

La observó de nuevo, estaba cada vez más lejos. Más inalcanzable.

Una alarma sonaba en la lejanía, intentó ver a su alrededor porque hasta entonces, ni

siquiera sabía en dónde se encontraban.

¿Un claro? ¿En el bosque?

¿La luz era el sol?

No entendía nada.

Se concentró en ella otra vez para notar que su rostro cambiaba.

La conocía y se dio cuenta enseguida que algo temía.

Aquello que parecía luz se volvió una profunda oscuridad y entre las sombras de los árboles, muy cerca de ella, lo vio.

A Gabor.

Rugió como un león enfurecido porque no podía llegar a ella antes que Gabor.

Su corazón bombeó tan fuerte que sintió la sangre recorrerle todo el torrente sanguíneo. Al tiempo que inspiró con fuerza y la olió.

Pánico. Terror.

—¡Garret! ¡Garret! ¡No me dejes!

Gritaba con desespero viendo como la sombra de Gabor se acercaba a ella y la fuerza que antes succionaba dejaba de hacerlo dejándola a merced del acechador.

Garret rugió de nuevo y sintió como si la mandíbula se le rompiera en dos. Las encías ardieron, dolieron con profundidad, al tirar los dientes de esta todo por la urgencia animal de desgarrar la carne del depredador que amenazaba a la mujer que amaba.

Así lo deseara con todas sus fuerzas, no conseguía avanzar hacia ella.

Aparecieron los lobos y empezaron a aullar con desespero.

Garret empezaba a sentir un bloqueo absoluto en su organismo a causa de los nervios y la angustia.

Felicity empezó a gritar de forma desgarradora cuando vio a Gabor ir hacia ella.

Ella pensaría que era Lorcan.

Gritaba, aterrada. Quería correr pero estaba inmovilizada y entonces Gabor terminó de acercarse a ella.

No conseguía escuchar lo que le decía porque le hablaba muy cerca pero entendió todo cuando la vio asintiendo un poco más calmada para luego darse la vuelta y echarse a correr entre los árboles acercándose con desespero a Garret y con Gabor pisándole los talones.

Casi cuando ella estaba a punto de colisionar con ese muro invisible que lo contenía a él de salvarla, Gabor aceleró sus movimientos y la alcanzó tomándola del cabello y lanzándola al suelo.

Ella quiso correr, Gabor se lo impidió arrastrándola por los tobillos para luego subirse a horcajadas sobre la chica y dejarla inmovilizada en cuanto la tomó del cuello y le desgarró la carne.

Ella gritó y suplicó por su vida y Garret volvió a rugir sin control.

Los lobos aullaban y Garret aun gritaba como un energúmeno descubriéndose sentado en su cama.

Su cama. Su casa. No en el bosque.

Cerró la boca y se puso alerta porque algo no iba bien.

¿Qué demonios fue ese maldito sueño?

La piel se le erizó al pensar que hubiera sido uno de los momentos que Felicity vivió con

Gabor.

Lo iba a matar.

Como se lo consiguiera antes que Pál juraba por la memoria de su familia y por la memoria de su amada Diana que lo iba a matar.

Entonces prestó atención al ruido que no cesaba.

La alarma.

El móvil. Tanteó en la oscuridad y vio que era una llamada de Loretta.

Los lobos aullaban más.

—Dios, Loretta —dijo en voz alta recordando que la Felicity esa noche se quedó con la bruja y que algo debió ocurrir con ella para que la bruja le llamara a esas horas—. ¿Qué ocurre?

—Garret, es horrible... —Garret escuchó los gritos de Felicity al fondo.

Las pesadillas.

—Voy de inmediato.

Colgaron, se puso lo primero que encontró en el armario y salió de casa con prisa.

Le importaba un bledo si la policía lo encontraba y le multaban por el obvio exceso de velocidad. Necesitaba llegar a ella cuanto antes.

El corazón le palpitó como en el sueño del que recién despertara y las imágenes se hicieron tan claras que casi podía jurar que las vivió.

¿Estaría en el mismo sueño de ella?

El camino le pareció interminable a pesar de que no se encontraban tan alejados y el velocímetro de su coche estaba por llegar al extremo indebido.

Las ruedas chirriaron cuando detuvo el vehículo frente a la casa de la bruja.

Vio a los lobos llegar corriendo desde la playa.

—¡Loretta! —golpeó la puerta con fuerza la puerta y la chica le abrió con desespero.

Estaba pálida, blanca del miedo.

Lo entendía. Creía que las pesadillas eran de las simples, de las que un simple «Shhhhh» bastan pero no.

Subió con rapidez las escaleras y se metió en la cama con Felicity que se retorció de dolores imaginarios y balbuceaba piedad.

El olor acre del miedo que ella emanaba inundaba toda la estancia.

Como cada noche.

—Estoy aquí —le susurró en el oído como cada noche—. Te tengo, cariño, y no pienso ir a ningún lado.

Le dio un delicado y dulce beso en la mejilla. La abrazó por la espalda encajándola a él de forma tan perfecta que parecían fundirse.

Ella aún se removía, él tenía la fuerza necesaria para contenerla y ayudarla.

Respiró profundo y le apretó más a él. Entonces ella se encogió y sollozó como una niña aterrada.

—Protegeme.

—Siempre lo haré, amor mío. Siempre.

La bruja se sentó frente a ellos en un sillón que estaba junto a la ventana.

La vio a los ojos y le indicó que todo estaría bien.

Loretta se abrazó las piernas al pecho y dejó escapar el aire.

La entendía, no era fácil presenciar ese momento. Esperaba que no ocurriera estando junto a ella, pensaba que la magia ayudaría a Felicity esa noche y no fue así.

Solo él era capaz de calmarla.

La sintió soltar una exhalación de alivio y su cuerpo se relajó al completo entre sus brazos.
Todo había pasado.

Loretta se puso de pie y les tapó con la manta que estaba en el sillón.

Se acercó a él y le apretó el hombro.

—Nos vemos en la mañana —le susurró a él en el oído. Garret solo asintió agradecido con ella y con todo lo que hacía por ayudarles.

El olor de Felicity mejoró, haciéndose dulce y embriagante de nuevo.

Estaba tranquila, el miedo desapareció por el momento.

La noche volvería a estar en calma y él no volvería a dejarla sola nunca más.

Como cada mañana desde que estaba junto a Felicity, Garret se levantó con mucho sigilo de la cama en la que ella dormía antes de que despuntaran los primeros rayos del sol.

A medida que se acercaban al Equinoccio de otoño el clima iba haciéndose más fresco, los colores más brillantes y las tonalidades de la naturaleza empezaban a cambiar.

Garret observó a través de la ventana de la habitación como el cielo iba aclarándose con calma.

Felicity respiró profundo y se volvió a verla.

Sonrió con ternura al pensar en ella con amor porque sí, la amaba; solo que aún no podía decirlo en voz alta.

Llegaría el día en que todo acabaría, sus pesadillas quedarían en el pasado y ellos dos podrían escribir una historia juntos.

Ahora fue él quien dejó salir el aire tratando de mantener intactas las esperanzas de que todo saliera tal cual lo pensaba.

La tapó mejor con las mantas y luego fue al baño para asearse lo poco que podría estando en casa ajena.

La casa de la bruja era antigua. Mucho. Sus años quedaban en evidencia entre la decoración en ciertos rincones y la forma tan terrorífica en la que la madera crujía bajo su peso cuando transitaba por la casa.

Un delicioso aroma lo sedujo hasta la cocina haciéndole encontrar a Loretta ocupada en lo que parecía ser una comida para un gran evento.

—¿Vas a tener invitados?

La bruja se sobresaltó y lo vio con nerviosismo.

—No, es que no he podido pegar un ojo en toda la noche después de lo que viví con ella, Garret, fue...

Sintió el miedo en la voz de ella y de pronto se sintió como si estuviera ante una hermana pequeña a la que debía abrazar y asegurarle que todo estaría bien.

Era una bruja a la que no le hacían gracia los vampiros aunque parecía que ese pensamiento cambió un poco desde que ayudaba a Felicity.

En un pasado cercano la abrazó sin previo aviso y no ocurrió nada, sin embargo, la experiencia le enseñaba que lo mejor siempre era no tentar al destino.

Así que se acercó a ella y le sonrió con ternura tomándole la mano con delicadeza y dándole un apretón amistoso.

—No pensé que estando contigo sucedería, gracias por avisarme.

Ella curvó sus labios un poco hacia arriba asintiendo con la cabeza.

—Le di un té relajante y no entiendo por qué no funcionó. Es lo que estoy tratando de pensar desde que salí de la habitación dejándote ahí.

Garret no tenía apetito mas no se resistió a la tentación de probar una de las tortitas dulces que estaban piladas en un plato blanco.

Estaban buenas. Esponjosas, en el toque justo de dulzura.

—Pensaba que ustedes no comían —Garret la vio con diversión y ella se sintió avergonzada—. Es decir, sé que sí pueden comer comida normal y corriente pero pensaba que lo hacían más por apariencias que por gusto o necesidad.

—Es así, solo que yo también estoy ansioso y aunque no tengo hambre, de la de verdad, sedo a la tentación de probarlas. Están buenas. A Felicity le van a gustar.

Loretta se dio la vuelta y empezó a preparar más cosas.

—Creo que es buena idea que dejes de cocinar. Siéntate, sírvete un café o té o lo que tomes, y siéntate —repitió.

Garret comprendía su estado porque si bien era de las brujas más poderosas que existían, la soledad y la falta de práctica en asuntos mágicos le hacían responder de esa forma.

Mas cuando, de la nada, le aparece una responsabilidad tan grande como la que asumió al ayudar a Felicity.

—Nunca pensé que estaría viviendo en esta situación.

—Lo sé. Nunca me imaginé que fueras tan diferente a lo que le dejás ver al mundo.

Loretta finalmente se relajó sirvió dos tazas de una infusión y le tendió una a él.

Garret la aceptó con gusto. Y prestó atención al cambio que ocurrió entre ellos.

El ambiente se llenó de una mezcla de jazmín y canela que se le hizo fascinante, recordándole que lo sintió en otro momento, no en igual intensidad.

Era el aroma de ella. Ahora sí que podía declararlo oficial.

Se mantuvo inexpresivo porque no quería que ella volviera a cerrarse, quería que se sintiera en confianza plena con él.

Que confiaba en él, se lo dejó en claro en otras ocasiones aunque sospechaba que, en el fondo, desconfiaba de la especie en general.

Les temía y no la culpaba. Estaba claro que no todos los vampiros eran respetuosos y controlados.

—No es fácil ser yo en el mundo exterior estando rodeada de humanos —Garret se mantuvo en silencio—. Lo intenté, claro que lo intenté. Trabajé en una cafetería, ¿puedes creerlo? —bufó irónica—. La verdad es que me pareció divertido y agotador. Intenté ir a la universidad, en cuanto llegué al campus y empecé a sentir tantas cosas a mí alrededor, tantas cargas energéticas, tantas emociones, regresé a casa y prometí que solo saldría para lo necesario porque es aquí en donde me siento segura.

—Entiendo que no ha debido ser fácil. Sé todo lo que padecen los empáticos como tú y Lorcan —negó con la cabeza recordando el momento en el que estuvo con su hermano en el sótano del refugio y este le contó todo lo que vivió como verdugo y cómo fue que sobrevivió a las emociones de otros volviéndose una bestia asesina—. Mi pobre hermano sufrió mucho en la época en la que tuvo que ejercer como verdugo.

—Lo imagino. Ha debido ser espantoso tener esta condición especial y... —Loretta sacudió la cabeza—... no me lo puedo ni imaginar.

—Ayer sentiste el terror de ella.

Loretta asintió con la mirada perdida en sus recuerdos.

—Es muy curioso todo lo que pasó ayer —Garret recordó el momento en el que se encontró

con su fuente de alimento en el apartamento reservado de la compañía en el que, de ahí en adelante, se encontraría con la chica cada noche para que ella le alimentara. Fue un proceso normal y tan formal como siempre, aunque para él no fue igual que antes. Desde que sintió el aroma de la sangre de Felicity algo ocurrió en él que le hacía sentirse ansioso y con la necesidad de probarla a ella al entero. Sangre, cuerpo, todo. Quería unirse a ella. Y no hizo más que pensar en esa idea mientras la sangre de la otra chica saciaba parcialmente su apetito. Recordó que solo la sangre de la mejor amada y su psique podrían saciar al vampiro por completo.

Loretta lo observaba con curiosidad.

—Te alimentaste —Garret asintió.

—Llegué a casa cansado, porque tomé más sangre de la que debía y quedé sobrecargado al momento —vio la preocupación en el rostro de la bruja por la chica que le proporcionó alimentado—. Está bien, Loretta, y tiene a alguien que la supervisa. Klaudia cuida muy bien al personal que nos asiste.

—¿Y si alguno de ustedes se excede? ¿Quién cuida de la fuente de alimento en ese momento?

Garret la vio y le sonrió de lado.

—Hay normas y solemos cumplirlas muy bien porque la sociedad hace cumplir las leyes y lo sabes. Como te digo, siempre las chicas están supervisadas y asistidas. En caso de que algo se salga de control hay planes de contingencia para eso. —Loretta asintió intentando procesar la información—. ¿Por qué nos temes tanto si eres de nuestro bando, llevas sangre de Veronika en ti y sabes que no seríamos capaces de lastimarte?

Ella entrecerró los ojos y lo observó con duda.

—¿Serías incapaz? ¿Estás seguro? ¿Qué pasa con la urgencia que saltó a la vista cuando la sangre salió de ella? —señaló hacia donde estaba la habitación en la que descansaba aun Felicity. El sol ya bañaba con su luz tenue el mar. Los lobos corrían por el jardín con agilidad—. ¿No podría ocurrir lo mismo conmigo?

Garret la vio a los ojos.

—No puedo asegurarte que no, lo que sí puedo asegurarte que no es la misma necesidad. Es decir, yo la amo y la deseo a ella, Loretta, es lógico que necesite alimentarme de ella porque va con nuestra naturaleza. Es probable que me duelan las encías si huelo tu sangre mas no voy a verte como a un filete de carne succulento.

Ella resopló con diversión y se relajó.

—Así la viste a ella, sin exageración. Lo cierto es que estar cerca de los de tu especie, me produce nervios pero también reconozco que desde que estoy pasando más tiempo junto a ti y junto a ella, algo en mi ha cambiado y aun sintiendo un poco de temor, estoy dispuesta a tener otro tipo de vida que obviamente me hará tener más contacto con ustedes y con los humanos. Siempre me sentí insegura aunque demuestre lo contrario. Temo que la gente sepa quién soy y me rechace o me lastimen queriendo aprovecharse de alguna manera —Garret asintió y bebió un poco de la infusión que sabía a rosas. Las emociones en él se arremolinaron y se oscurecieron. Las conocía porque hablaban de la tristeza que sintió por Diana... sus rosas.

Frunció el ceño.

—¿Hiciste esta infusión con las rosas de mi casa? —Ella asintió con duda—. ¿Fue lo que le diste a ella? —Loretta volvió a asentir.

—Con más cosas que son solo para ella —acotó.

Garret se frotó la cara con ambas manos.

—Anoche, por primera vez en todo este tiempo, estuve dentro de sus sueños, por ello no conseguí llegar antes aquí. Cuando desperté, todo a mí alrededor era una caos, Lobos que aullaban

desesperados, tú llamándome aterrorizada y Felicity gritando con necesidad de que yo llegara a ella porque en el sueño no pude llegar.

—Oh dios. ¿Y Gabor?

—Estaba con ella.

—Santo dios. ¿Qué tiene que ver esto con tus flores?

—Las flores las sembré yo en una época en la que no soportaba estar sin Diana. Porque no pude salvarla, no estuve, no llegué a tiempo. Me consumía la rabia y la tristeza, las hice crecer en su honor en cada uno de los sitios en los que me refugié algunas temporadas cuando decaía pensando en ella y en lo que no pudimos tener. En cuánto la extrañaba cada día de mi existencia. Podrían haber sido mis emociones de entonces, las contaminantes del té que le diste.

Loretta se levantó y caminó por la cocina con nerviosismo pensando en todas esas casualidades que solo llevaban a un camino:

—Es posible tu teoría, Garret, pero creo que esto es un mensaje de Diana. Se nos agota el tiempo con Felicity y hay que hacer que ella se recupere cuanto antes porque si no, será demasiado tarde.

Capítulo 5

El primer día que Ronan le concedió acceso a su casa al alimento de Klaudia, lo hizo pensando que era su deber porque, a pesar de que Klaudia lo tomó por sorpresa en su lugar sagrado y ciertamente merecía lo que le hizo, se sentía responsable y quería que la chica sanara.

Además, ella era la única que le podía ayudar a llevar a cabo su plan.

Teniendo a Klaudia de su lado, podría ella informarle quién asesinó a toda su aldea para él ajustar cuentas con ese vampiro y luego poder vivir una vida tranquila.

Ya no quería sentir más odios ni resentimientos, solo quería paz y eso lo obtendría cuando viera rodar la cabeza del maldito que lo dejó solo en el mundo.

Pero el asunto con Klaudia se complicaba cada vez más porque lo que le pareció normal y educado por su parte el primer día; parte de su plan el segundo día; incomodidad, el tercer día, después de varios días en la misma situación, empezaban a nacer cosas en él que le preocupaban.

Algo empezaba a consumirlo por dentro cada vez que veía al alimento andante de Klaudia que era joven, fornido y muy bien parecido.

Le parecía ridículo pensar en celos en tan solo unos días de convivencia con una mujer terca, necia y...

Frunció el ceño negando con la cabeza.

Él tenía una misión, no podía apartar sus ojos de su meta.

Es que le hervía la sangre cuando pensaba en lo que podía estar pasando dentro de la habitación de ella.

Por eso, ese día decidió largarse y regresar en el tiempo en el que pensaba que el chico ya se había ido, no contaba con que tampoco encontraría a Klaudia.

Registró toda la casa, que no era muy grande y no la encontró ni siquiera en el jardín donde pasaba gran parte de la mañana.

Sus cosas seguían ahí, así que no le quedaba más remedio que esperar.

Preocupado, por supuesto, porque podría haberle pasado algo.

Se sentó en el sofá con una taza de té entre las manos, el ceño fruncido y el pensamiento en Klaudia.

Suspiró pensando que estaba peor de lo que creía.

Vio el reloj, era media tarde, no le pareció que estuviese tanto tiempo afuera.

Ahora se sintió culpable porque pensó en que, tal vez, Klaudia se hubiera preocupado por él, desde media mañana que llegó el saco de sangre andante él se marchó, era normal ¿no? que la mujer, o cualquiera, se preocupara por él.

Pudo haberlo llamado al móvil.

Revisó. No lo hizo.

Resopló de nuevo.

La puerta de casa se abrió y Klaudia entró sonriente cargando con algunas cestas de alimentos.

Corrió a ayudarla.

—¿No deberías estar acostada?

Klaudia lo vio con sorna.

—Ya estoy bien, Ronan, y quise tener un detalle contigo antes de marcharme.

A Ronan esa idea le sentó como una patada en el estómago.

¿A dónde diablos creía ella que se iría?

Ella lo vio de reojo dejando toda la compra en la encimera de la cocina.

—No creí que ibas a comportarte como un macho prehistórico.

Él maldijo por lo bajo recordando que ella podía oler sus cambios de ánimo.

—Nos soy un macho prehistórico, es solo que quiero que estés bien cuando te vayas de aquí.

—Lo estoy —lo vio a los ojos con total seguridad. Esa mujer era dura como el metal y pensó que sería un reto agradable derretirla, ver como la calentaba tanto que no pudiera resistirse a...

Ella lo observó con divertida curiosidad.

Y levantó las cejas después abriendo sus hermosos ojos para dejarle saber que ella conocía sus pensamientos.

Él se sintió sonrojar como un adolescente tonto.

Klaudia abrió una botella de vino con tal naturalidad que era...

Ay no... esa mujer era deseable por cualquier lado que la viera.

—Ronan —lo vio a los ojos mientras vaciaba un poco de vino en una copa—, si no dejas de pensar en deseos vamos a tener que ponerle un remedio al asunto y no creo que sea buena idea que tú y yo terminemos, tu sabes... en la cama.

Era decidida, terca, dura, impenetrable; y por encima, directa.

No podía ser tan perfecta.

«No lo es» admitió su voz interior «es un monstruo».

Frunció el ceño y ella lo imitó.

¿También notó ese pensamiento?

«Tu olor es lo que nota, idiota, así que deja de pensar en tonterías».

—¿Qué es todo esto? —preguntó viendo los alimentos de las cestas.

—Voy a preparar comida y vamos a cenar a modo de despedida. Ya te dije que me regreso a mi hotel.

—¿No estás a gusto aquí? —Ronan no supo cuándo se formó esa pregunta en su cabeza y no pudo frenar las palabras en su boca a tiempo; fue totalmente inesperado, tanto, que la reacción de ella le hizo sentir espasmos en el estómago.

Klaudia solo lo veía muda.

¿Había conseguido dejarla sin palabras?

Y con una clara expresión de sorpresa en el rostro.

—Estás a gusto e igual te vas ¿por qué? —¿era él el que hablaba? porque parecía un condenado poseso y el espíritu gobernante era el que decidía qué iba a decir.

—Porque estoy demasiado a gusto y no sé qué debo esperar de ti.

Auch. Es que iba directo al grano.

Tal como en la batalla, que arremetía con rapidez y sin clemencia.

Ronan sintió la excitación invadirlo al pensar en una mujer como ella en el campo batallando tal como lo hicieron unos días antes.

Ella respiró profundo y lo vio a los ojos.

—No es buena idea. Te lo prometo.

Él solo sonrió de lado y notó que ella se relajaba también.

Le extendió una de las copas y brindaron en silencio sin dejar de verse a los ojos.

La vampira bebió un sorbo.

—Sé que quieres saber muchas cosas —Klaudia no apartaba la vista de sus ojos y él le mantenía la mirada observando que la vampira, en el interior, no era tan dura como aparentaba—.

Y creo que sería buena idea empezar a aclarar tus dudas.

¿Lo era?

Porque una parte de él sentía que si lo hacía, no le vería más y eso, no le gustaba nada.

—Podrías hablarme de ti.

Ella le sonrió en grande haciendo que Ronan sintiera cosas extrañas en el cuerpo.

—¿Qué te gustaría saber de mí?

Él entrecerró los ojos pensando que le gustaría saberlo todo.

«Cuidado, Ronan, es el monstruo al que quieres para acabar con él, ella es solo un medio para conseguirlo»

Maldita voz interior, empezaba a odiarla.

Y tenía ganas de ignorarla solo por ese día; al siguiente, todo volvería a la normalidad.

Klaudia tomó las verduras que usaría en la preparación de la comida y empezó a pelar y lavar cada una de ellas.

—¿Vas a comer también?

Ella soltó una carcajada.

—Por supuesto. El hecho de que no muera de hambre no quiere decir que no me guste saborear la comida.

—Entonces comes de todo.

Ella lo vio a los ojos divertida.

—He pasado por mucho y aunque no todo me gusta, sí, soy capaz de comer de todo.

—Los que vivimos muchos siglos hemos pasado por todo, la verdad.

Klaudia bajó la mirada y fingió distraerse en la comida.

Nos se sentía cómoda hablando del pasado de él.

Ronan lo notó enseguida. Sintió gran curiosidad por preguntar directamente lo que quería saber desde que se vieron en Nueva York, se resistió a hacerlo porque, otra vez, pensó en que si lo hacía, no volvería a verla de nuevo y no era una opción en ese momento.

—¿En dónde naciste?

—Inglaterra —la mujer picaba con agilidad los vegetales. Recordó lo buena que fue manipulando la espada.

—Pensé que venías de otro lado de Europa.

Ella negó con la cabeza y puso varios palos de zanahoria en un vaso de cristal al alcance de ambos.

Ronan tomó uno y la observó mientras ella comía el suyo.

—No, es decir, mi familia original, la creadora de toda nuestra especie, la Gran Condesa Sangrienta sí, es húngara. Mi padre es un bastardo de ella, resultado de los amoríos con un campesino; y bueno, cuando adquirió la maldición, mi padre también tuvo que cargar con ella. Mi hermana y yo nacimos en Inglaterra, al norte. Un lugar que extraño.

—¿No has regresado?

Ella negó con la cabeza.

—Ya no existe. Dejó de existir cuando nos mudamos a Estados Unidos.

Klaudia siguió contándole cosas que fascinaban a Ronan en cierto modo porque jamás habría imaginado que una mujer como ella fuera de las que añorara a la familia, los buenos tiempos y todas las cosas vividas con los que ya no estaban físicamente.

Eso no coincidía en nada a lo que él conocía de esa especie.

—Siempre sentí celos de mi hermana. La bruja, la que heredó los poderes de mamá, la que tenía una conexión con ella —Le dolía, podía verlo en su mirada—. Creo que nunca lo superé y no

sé si seré capaz de hacerlo alguna vez, el hecho es que la extraño.

Ronan siguió preguntando por ella y su vida, así descubrió que después de un acto de rebeldía y celos en contra de su hermana decidió unirse a la brujas del sur de Estados Unidos que eran bastante oscuras y eran las que ahora le ayudaban en todo.

Le contó por qué decidió mejorar la forma de alimentación de ellos.

Le enseñó todos los métodos que inventó hasta llegar a ese que llevaba en el anular desde hacía unos días y que parecía un aro de matrimonio.

Era un mecanismo perfecto.

Toda esa información no hizo más que aumentar las ganas de seguir conversando con esa mujer que no solo era hermosa, decidida y perfecta en la batalla, no, también era bondadosa e inteligente. Pensaba en un bien para su especie.

Ronan recordó a aquellos vampiros a los que mató en el pasado buscando el culpable de la masacre de su aldea y se sintió mal porque nunca se había detenido a pensar que quizá ellos eran diferentes, como Klaudia y no como el monstruo que los atacó a ellos.

Pensó, en ese momento en el que ella seguía contándole cosas, que tal vez él estaba actuando como ese monstruo que tanto odiaba porque iba matando a los de la especie de Klaudia sin compasión.

No le importaba saber si tenían familia, si alguien les iba a extrañar, o si tal vez hicieron mucho bien en vez de aterrar a comarcas enteras.

Solo se movía motivado por el rencor que arrastraba desde hacía siglos. ¿No lo convertía en un monstruo también? ¿Un asesino?

—Pero somos de cuidado —reaccionó ante la frase y Klaudia lo veía con seriedad mientras removía lo quiera que estuviese preparando—, llevamos una maldición que nos hace ser depredadores, asesinos, y eso es una realidad de la que no podemos escapar. Por eso Pál creo la sociedad de los Guardianes de Sangre. Tenemos reglas que cumplir.

—Interesante, ¿Cómo cuáles?

Klaudia le contó las reglas de la famosa sociedad de la que él escuchó hablar hacía años.

Entonces Pál fue quien la creó.

Así conversaron un poco más sobre los vampiros en general y Ronan no pensó que aprendería tantas cosas nuevas de ellos en solo unas horas, cuando tenía tantos siglos convencido de que eran seres de mal que debían ser eliminados.

Klaudia sirvió la comida en los platos.

El olor de las hojas de albahaca que cubrían la salsa de tomate era muy seductor.

Ella lo observó con sorna y Ronan pensó en que su boca era más seductora que la salsa de la pasta y que estaba dispuesto...

Ella le sonrió.

—Te dije que eso que estás pensando no es buena idea.

—Mmm. Supongo que no.

Admitió él sin decir nada más porque estaba claro que sus deseos repentinos hacia ella tenían que parar.

No era lo que buscaba con ella.

Solo necesitaba saber quién fue el que mató a los suyos y cada quien seguiría su camino.

La vio con intensidad, ella le mantuvo la mirada.

Exacto, no podía involucrarse con ella ni ahora, ni nunca.

Capítulo 6

Felicity observaba a Garret encargarle al camarero una botella de un Pinot Noir con un nombre francés tan largo que a ella podía tomarle mucho aprendérselo; y luego, aprender a pronunciarlo con tal naturalidad como la que empleaba Garret que hacía ver como si la botella que pedía que le trajeran fuese una vulgar botella de agua.

Se encontraban en Sag Harbor.

Desde hacía unos días que ella no estaba del todo bien.

Bueno, nunca lo estuvo desde que regresó con la memoria perdida.

Y aunque su memoria parecía mantener el mismo ritmo de olvidar y recordar cosas, ahora su estado de ánimo era el que no ayudaba y no podía decir con exactitud qué diablos pasaba con ella.

Además, sentía un cansancio tan profundo que empezaba a preocuparla. Mucho más que el asunto de la memoria.

Al principio lo tomó como algo hormonal. Pasaban los días, las hormonas se restauraban y ella seguía igual anímicamente o peor.

No lo sabía.

Pero lo dejaba ver, estaba claro, porque desde que estaba desanimada Garret no paraba de hacer cosas para animarla.

Cosas que nunca antes hizo.

—¿Cómo es que tu familia llegó a Estados Unidos?

Garret se removió en su asiento tal como cada vez que ella hacía preguntas sobre su familia.

—Larga historia.

—No tengo prisa, Garret —Felicity le sonrió con complicidad. De verdad ansiaba saber más de él. A veces se abría y le contaba historias que recordaba con tanta añoranza que se le mezclaba la tristeza con la felicidad en la mirada.

Alguna vez le contó que eran descendientes de la condesa Etelka Bárány de Ecsed. Que al pertenecer a una familia aristocrática, aun poseían propiedades en algunos países europeos.

Le contó que creció en una casa enorme, antigua y llena de servidumbre a la que él y sus hermanos le jugaban bromas pesadas. Siendo Luk, el más pequeño de sus hermanos, el autor intelectual de las bromas.

También le contó de la muerte de Luk.

Bueno, le dijo que murió en condiciones de las que prefería no hablar.

Y ella no le preguntó más, ella también tenía una hermana muerta y sabía lo que dolía aquello.

Garret no se abría a menudo a pesar de que ella le hacía preguntas básicas sobre su vida, su pasado y su familia.

¿Por qué no se abría al completo con ella?

No le quedaba duda de que se atraían aunque él aun no daba el paso de acercarse y tener un contacto físico más serio del que ya tenían.

Uno que indicara un compromiso de parte de ambos.

Que involucrara los sentimientos que ella sabía estaban allí y que ninguno de los dos expresaba oficialmente.

A veces quería ser ella en dar el paso, pero no sabía qué la detenía.

Quizá era su desajuste en la memoria que le hacía retroceder y volver a quedarse en donde estaba. Temía que, en el futuro, sus problemas de salud fuesen un impedimento para estar con él o peor aun que lo obligara a él a quedarse con ella para cuidarle.

Lo que hacía ahora.

Siempre le quería preguntar por qué le ayudaba tanto.

Era obvio que no le hacía falta que él se lo dijera, solo quería oírlo decir en voz alta.

El mesero trajo el vino que sirvió en dos copas elegantes del cristal más refinado que podían usar en esos elitescos restaurantes de Sag Harbor.

El día estaba hermoso con el sol radiante y la brisa marina fresca que le hacía contraste.

Disfrutaba de esos paseos con Garret a pesar de que al momento de salir de casa lo hiciera con desgano.

Su cuerpo pedía a gritos descanso, su cabeza también.

Sus sentimientos lo querían a él.

Y no habían pasado tanto tiempo juntos de esa manera especial.

¿Qué pudo haber cambiado?

—Mi familia llegó a Estados Unidos en el Mayflower. Llegaron a Nueva Inglaterra.

—¿Pero cómo si estaban en Viena? —preguntó confusa porque no sabía si era correcta la información que tenía en su cabeza. Ya no se fiaba de su memoria.

—Una parte de ellos. La otra, viajó a Inglaterra y, por alguna razón, acabaron subiéndose al Mayflower, atravesando el Atlántico e instalándose al norte de Massachusetts durante muchos años —Garret bebió un poco de su vino—. Después de eso, viajaron al sur y allí estuvieron algunas décadas para luego retomar camino al norte e instalarse en Virginia. Más adelante empezamos a adoptar a Nueva York como casa oficial.

Felicity sonrió.

Y observó como él la imitaba complacido.

Garret era sencillo, un hombre que no levantaba miradas porque parecía común. A pesar de su porte y sus modales que parecían salir de la misma realeza.

El encanto de Garret provenía de sus palabras, de sus pensamientos, de la forma en la que le sonreía solo a ella y la forma en la que esos ojos felinos la observaban con tanta dedicación.

Solo con ella reía de esa forma tan dulce como hacía un minuto y Felicity sentía que era la imagen más hermosa cada vez que sus ojos la presenciaban.

—¿Qué más? —insistió, notando que él no dejó de sonreír. Volvió a removerse—. Cuéntame más de los Farkas.

—No hay gran cosa que contar, una vida aburrida llena de normas y etiquetas. Muchas clases e idiomas por aprender para poder estar a la altura de nuestros iguales y un título aristocrático que ya nadie recuerda. Mi antepasado, Etelka, no fue muy buena persona así que en algún punto de la historia de nuestra familia, dejamos de hablar de que éramos descendientes de ella y, por supuesto, la gente empezó a olvidar.

—¿Qué cosas tan malas pudo haber hecho?

—No lo sé —Garret le sonrió—. Y en la familia poco se habla de eso —la vio de nuevo con diversión—, pero si los libros de la historia local no hablan de ella, supongo que todo será un invento popular.

—¿Qué interesante! Y...

—¿Sabes la historia de Sag Harbor? —Garret la interrumpió de improviso y no era que no se lo esperaba. Siempre le hacía lo mismo. No presionó. Haría más preguntas en otra ocasión.

—No, ¿Tú?

—Mi tío Pál siempre me la contaba de pequeño —Pál, parecía ser un hombre muy importante en la vida de Garret y sus hermanos—. Los primeros en llegar aquí fueron los ingleses. Habrá sido entre 1707 y 1730. Hay relatos que aseguran que le llamaron Sag Harbor en honor a un tubérculo cultivado por los Pequot que utilizaban como cultivo básico y de los primeros que los ingleses enviaran a sus tierras. Muchas cosas ocurrieron en estas tierras en la Guerra de Revolución Americana —Garret hizo una pausa, a Felicity le causó interés la forma en la que él se quedaba pensativo como si quisiera recordar cosas vividas y no relatos de los libros de historia—. Sag Harbor suplantó a otro puerto al este de East Hampton en donde empezó a funcionar la industria ballenera. En ese momento el producto más valioso era el aceite de ballenas que se usaba para las lámparas. Pronto se convirtió en un puerto importante para la industria ballenera. En 1789 se convirtió en un puerto internacional y fue declarado por el Congreso como el primer puerto oficial de entrada a los Estados Unidos.

Bebieron de sus copas en un silencio que le sirvió a Felicity para imaginar, con gran esfuerzo porque su mente le hacía asquerosas jugarretas de olvidos, aquella época en un lugar tan encantador como ese en el que se encontraba ahora.

—Las calles siempre estaban llenas de marineros, artesanos, comerciantes —sonrió viendo a su alrededor—, se mezclaban muchas culturas aquí que trabajaban en la navegación y caza de ballenas. Colocaron la primera aduana en Long Island —resopló—, qué tiempos aquellos.

Felicity sonrió viendo a Garret suspirar por una época que no había conocido y que, sin embargo, le llamaba tanto la atención.

Le gustaba descubrir cosas nuevas en él.

—Y el pueblo de Sag Harbor se encuentra dividido entre el East y el South Hampton, ¿Lo sabías?

Felicity negó con la cabeza sorprendida.

—La línea que divide es *Division Street*, es más conocida como *Town Line Road* y está al sur. Luego daremos un paseo por allí, aún hay edificios emblemáticos del siglo XIX en la calle principal.

Felicity pensó en caminar de nuevo y se sintió desanimada.

—¿No te apetece?

—Estoy cansada, últimamente creo que hemos estado saliendo demasiado y no estoy descansando bien en las noches.

Guardó silencio porque no quería alarmar a Garret; parecía que él ya estaba alarmado porque su mirada lo delató.

Era tan adorable cuando se preocupaba por ella de esa manera.

Suspiró y tomó un sorbo de la copa.

—Pensaba que Loretta y sus métodos holísticos me iban a ayudar pero no lo estoy consiguiendo, Garret. Algo está empeorando en mí y creo que debería visitar a un médico de nuevo.

—Haremos la cita mañana a primera hora

—¿Crees que pueda volver a ser la mujer que era antes? La que conociste en... —¿por qué nunca podía recordar con exactitud en dónde le había conocido?

—En Nueva York, en realidad nos conocimos en mi oficina. Y luego nos vimos en Venecia. —Anhelaba tanto recordar esos momentos y saber qué sintió al ver a Garret, ¿siempre se habría sentido así de atraída por él? Garret la tomó de la mano y le besó el dorso. Era un gesto que hizo unas pocas veces y que, en cada una de ellas, sintió cosas tan diferentes. Como las de ese momento en las que sus pulsaciones se dispararon emocionadas por aquel contacto que a ella se le

hacía íntimo. Sintió que sus mejillas ganaron color y desvió la mirada de la de él con nerviosismo. Parecía que Garret entendía lo que ocurría en su interior—. Volverás a ser la misma, te lo aseguro.

Mantuvo el contacto. La calidez de la mano de él, sus caricias sobre su piel, la forma en la que su mano varonil y elegante cubría la suya protegiéndola como si fuera un tesoro.

Él le sonrió con gran ternura en la mirada.

Ese hombre parecía entender cada uno de sus pensamientos.

¿Y si se lo mencionaba? ¿Si le decía lo que sentía con él y le preguntaba qué diablos sentía él por ella y por qué no hablaban al respecto?

La valentía se desvaneció tan pronto como llegó, como tantas otras veces y decidió dejarlo para otro momento.

—Tengo hambre —comentó divertida intentando disimular sus emociones, sus confusiones, sus conflictos internos debido a su salud mental—. A ver si con la comida me repongo y luego damos ese paseo para que me des una buena lección de historia.

La sonrisa de Garret iluminó más el día.

—Haremos todo lo que desees.

Capítulo 7

Cada día que pasaba, Felicity se sentía más debilitada.

Garret le llevó al médico y nada físico aparecía que revelara su estado de cansancio total y su apatía ante todo.

Como era de esperar, el médico recetó una visita a un reconocido psiquiatra y tanto ella como Garret estuvieron de acuerdo en ir aunque la cita tardaría algunas semanas.

Felicity ya quería acabar con la raíz de su problema, quería saber si podía mejorar o si simplemente sucumbiría ante una enfermedad que descubrirían cuando ya no habría nada más que hacer por ella.

Estaba decidida a intentarlo todo y a la vez no tenía ganas de nada.

Garret seguía a su lado, a cada momento; excepto cuando estaba junto a Loretta, porque parecía que le daba temor dejarla sola.

No lo podía culpar porque ella también le temía a esa soledad.

La ansiedad crecía, el miedo a la oscuridad cada vez era más insoportable y se sentía muy irritada en algunas ocasiones.

No lo había querido anunciar, pero también empezaba a olvidar cosas que antes recordaba del pasado lejano. En incluso, de algunos momentos en un pasado más reciente.

A veces le costaba pensar en cuál era la entrada a la casa de Loretta cuando se iba caminando por la playa. Nunca iba sola, por fortuna, y conseguía disimular muy bien sus dudas repentinas.

La relación entre ella y Loretta mejoraba cada día. Se hicieron buenas amigas y compartían mucho tiempo juntas.

Loretta le estuvo contando en algún momento que ya no recordaba muy bien, a qué se dedicaba exactamente, algo relacionado a la herboristería.

Tenía talento para ello, no lo ponía en duda porque preparaba deliciosas infusiones con las plantas que ella misma cultivaba en su invernadero.

Un lugar con un encanto especial.

Cada vez que Felicity estaba allí se sentía un poco más cerca de lo que la gente mencionaba como la paz interior y que ella, quien sabía desde hacía cuanto, no sentía.

No le hacía falta su memoria para darse cuenta de eso.

Loretta también le contó que casi no salía de casa. No recordaba el por qué.

¡Qué frustración!

Odiaba sentirse así de inútil con la cabeza.

Sintió una presión en el pecho que parecía ahogarla y respiró profundo.

Loretta aplastaba en un mortero algunas hierbas que usaría para enviar a algún lugar que le dijo y que ella...

Cerró el puño y, sin darse cuenta, golpeó con fuerza la encimera de mármol del invernadero, capturando la atención de Loretta de inmediato.

La chica de hipnóticos ojos azules, le dejó ver una expresión de sorpresa que nunca antes le dedicó.

La presión seguía allí. En el pecho. Parecía que quería romperle la caja torácica.

—Muy bien, es hora de ir a la cocina y preparar algo delicioso para que compartamos un

momento de chicas porque está claro que a ti te pasa algo —Se limpió las manos en el delantal negro que tenía puesto y se acercó a ella con angustia—. ¿Qué ocurre?

Felicity no soportó más y se echó a llorar en el hombro de Loretta sin consuelo alguno.

Loretta la abrazó con fuerza, permitiéndole sentir el paso tranquilo de su respiración mientras ella sentía que se ahogaba con su propio llanto.

Así pasaron algunos minutos hasta que Loretta empezó a entonar una melodía de esas que solía cantar en cualquier momento cuando estaban juntas y deslizó sus manos por la espalda de Felicity haciendo que esta se relejara y empezara a calmarse.

No sabía cómo lo hacía, o tal vez sí lo sabía y lo olvidó, como de costumbre.

Loretta era como una de esas curanderas de la época medieval que con ayuda de la naturaleza sanaba todo.

Calmaba todo.

Así creyeron que podrían curar a su mente pero no. Lo suyo parecía no tener remedio.

Lloró de nuevo y Loretta solo acariciaba con compasión su espalda y cantaba.

Al cabo de un rato, siguió cantando, separándose de ella para servir agua hirviendo en una taza a la que luego le incorporó un poco de las hierbas del mortero y algunos pétalos de rosas. De las mismas rosas blancas que tenía en la parte frontal de su casa.

Felicity empezó a encontrar la paz del invernadero en cuanto la taza caliente entró en contacto con sus temblorosas manos.

Loretta seguía cantando.

Felicity le dio un sorbo a la infusión y poco a poco fue recobrando la cordura.

La calma.

La paz de ese lugar.

Loretta le sonrió con cariño.

—No te muevas de aquí que voy a la cocina a buscar un bizcocho que preparé ayer en la tarde. Hace falta un poco de dulce.

Felicity solo asintió y cerró los ojos.

Siguió bebiendo su infusión que sabía a naturaleza. Un tanto intensa y penetrante, con un buen sabor. Un sabor de esos que levantaban el ánimo y calmaban las tristezas.

Escuchó a Loretta decir algo. No puso atención en las palabras, quería solo concentrarse en ella y en saber qué ocurría con su organismo.

¿Qué era lo que estaba mal?

¿Cómo podía mejorarlo?

Una brisa suave y delicada rozó su frente produciéndole escalofríos que si bien le asustaron un poco, le relajaron aún más.

Sintió a Loretta acercarse, apoyar el plato en la encimera, servir porciones en otros platos, rellenar su taza de infusión.

Quería abrir los ojos y no conseguía hacerlo, algo le indicaba que permaneciera más tiempo así.

Entonces Loretta empezó a cantar de nuevo. Una melodía diferente, no entendía jamás las letras de estas pero la melodía de la que ahora entonaba era como una invitación a descubrir algo.

Hurgó en su mente, sintió que viajó muy profundo en el interior de su memoria y solo encontró recuerdos que ya conocía. Que le hacían sentirse segura.

Vagando por esos momentos, descubrió algo que no reconocía.

Fijó la vista hacia el final del pasillo imaginario en el que se encontraba y fue cuando la vio con claridad.

Una mujer.

No la conocía de nada, o al menos no la recordaba.

La mujer le sonreía como si ya se hubieran conocido y le inspiraba gran confianza.

¿Quién era?

Fue hasta ella con prisa, sintiendo que Loretta marcaba más el ritmo de su cántico como si le indicara que se diera prisa porque se le agotaba el tiempo.

Corrió y cuando estuvo frente a la mujer de cabello rojizo y ojos verdes, todo cambió alrededor de ellas.

Un bosque en completa oscuridad se presentó ante Felicity haciendo que sus miedos más profundos se desataran.

Vio la sombra del hombre; de la bestia que la perseguía deslizarse entre los árboles.

—¿Qué es esto? —la voz le temblaba.

—Tienes que afrontarlo para que puedas seguir adelante. Afronta el pasado, tus peores miedos.

—De pronto, apareció Garret detrás de la mujer—. Siempre podrás confiar en él.

Loretta dejó de cantar para empezar a hablar en una lengua extraña.

La taza de infusión se deslizó de sus manos estrellándose contra el suelo, con la suerte de que el líquido hirviendo no le cayó sobre la piel.

Abrió los ojos y encontró a Loretta viéndola con temor.

—¿Qué acaba de ocurrir?

Ese fue el último intento de Loretta por ayudar a Felicity.

Por lo menos con infusiones.

El mensaje estaba muy claro y ella no quería seguir haciendo nada más que pudiera estarle perjudicando.

Su móvil vibraba de nuevo en su bolsillo, de seguro era Garret que la llamaba otra vez para saber si todo iba bien.

Desde aquella noche en la que presenció el sueño de Felicity por primera vez, solía sentirla cuando algo no iba bien con ella. Sobre todo si no había ingerido alimento.

Se estaba alimentando a diario y a veces dos veces por día, cuando sentía que la energía de Felicity era tan baja que lo consumía a él también.

Loretta pasó de mantenerse a distancia de los vampiros, a querer saber más de ellos. Estudiarlos, porque le parecía que las conexiones que establecían con sus parejas eran fascinantes.

Entendía que nunca estaría a salvo estando junto a esa especie, sin embargo, ya no les temía.

No a Garret o a Pál o a Lorcan. Ni siquiera a Miklos con quien habló recientemente para saber algunas cosas de la fiesta y estar preparados con Felicity.

Debían tenerlo todo controlado, nada podría salirse de lugar porque no era el sitio indicado para enfrentarla a ella con sus miedos.

Aunque temía que pasaría de igual manera y el aviso de esa extraña meditación que acababa de hacer Felicity se lo confirmaba.

Tuvo un contacto con Diana.

Estaba segura.

En otras ocasiones, estando en el invernadero, también ocurrió mas no llegaba a ver a nadie. Felicity despertaba sintiendo paz. No agitación y miedo como en ese momento.

Y sospechaba que no iba a olvidar nada de lo que vio, como ocurrió las veces anteriores después de entrar en esos trances.

Esta vez, todo era diferente y quizá marcaba el inicio del fin.

—¿Me vas a decir que es lo que acaba de ocurrir?

—No sé cómo explicártelo muy bien —las otras veces no le tocó explicar nada porque Felicity abría los ojos y parecía haberse saltado la parte en la que su mente le dejó vagar por sus recuerdos—. No te he contado todo de mí.

Los lobos se reunieron de inmediato con ellas al rededor del invernadero y tomó aquello como una señal de que siguiera adelante. Contándole su historia ciñéndose lo más posible a la verdad.

Se sirvió un poco de agua y se puso de otra infusión que ya tenía preparada en un frasco de vidrio

Una mezcla de hierbas silvestres que solo usaba para ella.

Se lo enseñó a preparar su abuela; no lo consumía constantemente, solo en ocasiones como esa, cuando empezaba a ponerse muy nerviosa, se servía una taza para aclarar el pensamiento, decir cosas con coherencia y sobre todo, mantenerse calmada.

—Mis ancestros llegaron estas tierras hace muchos siglos atrás —Felicity la observaba con gran atención, siempre le parecía que esa mirada denotaba que no se olvidaría ni una de las palabras que diría, sin embargo, solía hacerlo—. Se instalaron en Massachusetts y muchos años después tuvieron que huir por la caza de las brujas. Viajaron al sur —Felicity frunció el ceño y le interrumpió:

—¿Me lo has contado antes? —cerró los ojos y Loretta entendió que no, ella no le contó nada antes sobre eso pero de seguro Garret, sí. Sobre su familia. Que, básicamente, era la misma para ambos.

Felicity abrió los ojos con una gran carga de confusión en ellos, a tal punto, que hizo sentir muy mal a Loretta.

La bruja bebió más de su infusión y le pidió a todos sus ancestros que la iluminaran.

—No te lo he contado yo, de seguro Garret, sí —Felicity seguía observándola con duda, buscando en los archivos de su memoria algo que coincidiera con lo que la bruja decía—. Nuestras familias están emparentadas, Felicity. Es una historia larga y complicada que intentaré explicar.

Ahora la mujer frente a ella le veía con curiosidad y asombro.

—¿Por qué no lo mencionaron antes?

—Nunca hablamos de eso.

Felicity asintió.

—Continúa, por favor.

—Bien, digamos que Garret y yo somos parientes lejanos. Muy lejanos, de hecho. Nos remontamos a varios siglos atrás y...

—¿Eres de familia aristocrática también?

—En parte. Pero nunca he vivido entre riquezas materiales y reglas absurdas. He tenido que cuidarme de otras cosas —suspiró. ¿Cómo era que se le ocurrió hablar de eso? ¿Ahora cómo diablos iba a hacer para explicar de una forma razonable su verdadera esencia? Un lobo se removió inquieto y aulló al cielo en señal de que midiera sus palabras. Los entendía muy bien—. Algunas mujeres de mi familia nacen con un don especial que las lleva a ser diferentes.

—Entiendo, por ello es que manejas todas estas cosas de las hierbas y demás. Eran curanderas.

Loretta sonrió y deseó que ella recobrarla toda la razón para poder hablar con completa sinceridad tal como lo haría con una amiga porque sentía que eran eso: amigas.

—Más o menos. Tenemos otras aptitudes que a veces nos hacen un tanto raras al resto de la sociedad.

—Oh. ¿No me dirás que lees el tarot y esas cosas?

Loretta asintió divertida, sintiendo como Felicity se relajaba cada vez más y sucumbía al encanto de la curiosidad por lo desconocido. Le gustaba poder hablar de su vida mágica con alguien aunque no pudiera hacerlo abiertamente como le habría gustado.

—¿Cómo no me lo dijiste antes?!

—Bueno, no suelo decirle nada a nadie porque desde que hubo la caza de brujas, algunas de mis ancestros tuvieron que esconderse y huir lejos para no ser enviadas a la hoguera. Desde entonces, hicimos un juramento de no decirle nada a nadie sobre lo que somos y podemos hacer.

—Gracias por contármelo.

—Confió en ti tanto como lo haría en una hermana —le dio un apretón de mano.

—Me alegra que pienses igual que yo.

Aquella confesión derritió el corazón de Loretta a niveles inimaginables. Algo que podía parecer tan tonto y común como un verdadero amigo para cualquier ser humano en el mundo, para ella era la cosa más rara y extraordinaria del universo y se sentía tan agradecida por tenerlo que hasta pensó que se echaría a llorar de la emoción.

No era el momento.

Tragó grueso.

Le sonrió con gran cariño a Felicity a quien aún le debía la respuesta de lo que ocurrió con ella minutos antes.

—Puedo sentir cosas de las demás personas y sé que tu problema es serio —se entristeció de inmediato al ver como Felicity se apagaba—. Es por eso que busco hierbas para ayudarte, momentos que te ayuden a conseguir lo que llena ese hueco que hay en tus pensamientos y que te produce tanto temor. El invernadero es especial y esa infusión que te doy es para que sientas paz. Tranquilidad, seguridad. Y puedas recordar.

Felicity frunció el ceño, la pobre estaba tan confundida que no quería sobre cargarla de más información. A la vez, era necesario que lo hiciera.

—En este lugar puedes volar con tu mente a otros sitios... estados...

—Lo hice, lo recuerdo y no quiero olvidarlo.

Loretta se sorprendió ante la seguridad y calma con la que le habló su amiga.

—¿Qué viste?

Felicity le contó todo lo que vio hasta llegar a la mujer y el bosque.

En efecto, era Diana.

¿Debía comentárselo? Uno de los lobos ladró.

Sí, debía.

Respiró profundo.

No le diría todo porque no sabía cómo diablos explicárselo; además, consideraba que eso era algo que Garret le tenía que contar en el momento indicado, no le correspondía a ella

—Esa mujer es un espíritu aliado que quiere cuidar de ti.

Felicity la vio como si estuviera enloqueciendo.

Normal. Muy normal.

—¿Me estás jugando una broma? Puedo creer que tengas dones especiales y que provengas de una familia de mujeres que hayan estado ligadas a la naturaleza; puedo entender que estés emparentada con Garret de alguna manera y que no lo hayan mencionado antes pero de ahí a que hablemos de espíritus...

—El hombre del bosque, Felicity, no es una simple pesadilla. Tiene que ver con el tiempo en el que estuviste desaparecida. Ya te dije que puedo percibir cosas y otras me las dicen los espíritus y...

El lobo aulló con intensidad, al principio pensó que le recriminaba tanta honestidad; luego se dio cuenta de que no, que le alentaban a continuar.

—Creo que estoy en un cuento de hadas —rió con nerviosismo.

—Pareciera, lo sé. Pero no lo estás y tienes que hacer un esfuerzo por que todo lo que estamos hablando aquí hoy quede grabado en tus recuerdos ya que los vas a necesitar más adelante. Necesitas hacerlo para sanar —Felicity rompió a llorar y esta vez, Loretta sintió que era emoción por pensar en sanar—. Tienes que confiar en nosotros, en Garret, Heather, Lorcan —Felicity abrió los ojos y la vio de nuevo aturdida, confusa, Loretta la sintió llenarse de un miedo que ni ella misma entendía de dónde salía.

Maldito Gabor, esperaba que se pudriera en el infierno.

Fue hasta ella y la abrazó.

—Shhhh, cálmate. ¿Te confunde el nombre de Lorcan?

Felicity asintió aun sollozando.

—Llama a Heather y dile que te cuente sobre él.

—¿Por qué Heather?

—Porque lo conoce muy bien y nadie mejor que ella o Garret podrían darte datos sobre Lorcan.

—Es uno de los hermanos de Garret, ¿cierto? ¿El que aún no conozco? —La bruja asintió viéndola a los ojos—. Heather, ¿lo conoce? —sabía que aunque Felicity olvidaba cosas, no dejaba de sentir en su interior y todas sus emociones a veces le indicaban que sospechaba que ellos le ocultaban cosas de cuando estuvo desaparecida. Quizá ese era uno de los problemas de su memoria, no hablar con franqueza. Felicity intentaba ordenar sus pensamientos y le mantuvo la mirada—. ¿Por qué su nombre me da temor?

—Porque lo asocias al hombre de las pesadillas y tienes que descubrir tú por qué lo asocias a eso.

—¿Me hizo daño?

—Sería incapaz.

Felicity asintió tratando de asimilar todo lo que Loretta decía y esta se sentía que estaba hablando más de lo que debía; no le importaba, quería salvarla y cuanto antes se enterara de todo, mejor.

—¿Garret sabe todo esto?

—No —en algún punto tenía que mentirle porque no quería meter a Garret en problemas.

—Debería...

—Si lo crees conveniente, podría ayudarte a contárselo.

—No quiero esconderle nada, después de todo lo que ha hecho por mí y lo que yo siento por él...

Loretta le sonrió con dulzura y la abrazó con gran sinceridad.

—No le escondas nada, sé lo que sientes por él porque lo veo en tus ojos cuando hablas de él o cuando lo ves —sonrió divertida—. Y Garret está igual de loco por ti solo que es un hombre muy chapado a la antigua y le cuesta acercarse a las chicas de la forma indebida.

Felicity dejó escapar el aire.

—Loretta, no me he atrevido a expresarle mis sentimientos hacia él porque temo que no voy a mejorar jamás y sería injusto someterlo a la tortura de estar con una mujer que puede llegar a

olvidarlo todo. Todo.

—Eso no va a pasar y... —La vio con complicidad, entendiendo finalmente lo que querían decir otras personas cuando mencionaban la complicidad entre amigas, el nexo que une a ciertas mujeres que no son de la misma familia. Los lobos empezaron a ladrar de alegría. Ella había establecido un nexo con Felicity y se sentía esperanzada de que, de ahí en adelante, todo empezaría a cambiar para ella, la vio a los ojos...—. Mejor no le digas nada. Tiene que ser él quien dé el paso aunque tarde más de lo que debe.

Felicity asintió, le sonrió con picardía por primera vez en tanto tiempo. Desde los primeros días que compartió con ella no le vio ese brillo especial en la mirada.

—Deberé seguir tu consejo, a pesar de que muero de ganas de confesarle todo lo que siento.

—Crea la ocasión —y ahí estaba ella dando consejos de amor cuando era una completa inexperta en el tema, de algo le debía haber valido los miles de libros leídos en la soledad de su hogar sobre parejas, amores, desamores, novelas que le hacían suspirar y llorar o reír de felicidad soñando con un amor para ella que quizá jamás llegaría o que la vida se lo quitaría de golpe gracias a la estúpida maldición que parecía acompañar a las brujas de su familia.

—Es buena idea —Felicity rio con nervios y emoción. Nunca la notó tan feliz—. Es temprano todavía. Podríamos ir a casa y contarle todo esto que ha ocurrido hoy y luego puedo crear la ocasión.

¿Por qué tenía el presentimiento de que Garret iba desfallecer en cuanto empezara a contarle todo lo que le dijo a Felicity?

—Bien, me parece bien —ahora la nerviosa era ella y los lobos lo percibieron lanzándose a jugar de forma frenética en el jardín—. Además, tengo que preguntarle si irá a la fiesta de las máscaras.

—¿Tú también irás?

—Eso creo. Es una antigua tradición de la familia y por fin no iré sola si a ustedes no les importa que les acompañe.

—¿Yo voy a ir también?

—Claro, cariño, y Heather y Lorcan —Felicity se puso en alerta de nuevo—. Creo que esto tampoco deberías mencionárselo a Garret porque no le va a gustar saber que le arruiné la sorpresa, pensé que ya te lo había dicho. Lo siento —no tuvo que fingir vergüenza porque en ese caso, decía la verdad.

¿Por qué Garret aún no le mencionaba lo de la fiesta si quedaba poco y su amiga Heather estaría por llegar a Los Hamptons y...?

Ahhh, entendió que quizá su amiga vendría de sorpresa y hablarían de la fiesta luego.

—No le diré nada, somos amigas y vamos a empezar a guardar secretos.

Aunque le sonó un poco infantil aquella declaración, le encantó.

Le sonrió en grande a Felicity.

Recogieron todas las cosas del invernadero y las llevaron a la cocina.

Loretta estaba tranquila al sentir las emociones de su amiga en calma.

En poco, empezaría a sentir ansiedad porque la tarde empezaría a caer para dar paso a la noche y era un momento angustiante para Felicity. Era mejor darse prisa entonces y llegar a casa antes de que eso pasara.

Dejó todo en orden en la cocina y cuando ya emprendían el camino de regreso a la mansión de los Farkas, Felicity rompió el silencio.

—Gracias por ser tan honesta conmigo hoy, eres la primera persona que me habla con tanta sinceridad desde mi supuesta desaparición y reaparición. A veces siento que Heather y Garret me

esconden cosas con respecto a eso —la observó mirar al mar y perderse en la lejanía, reconocía esos momentos, las lagunas le llegaban así, estaba intentando ordenar sus pensamientos y entender qué era lo que trataba de decirle, y a diferencia de otras veces, Loretta observó con alegría que sí, a pesar de que le tomaba tiempo, lo estaba consiguiendo—... me preguntaba si Garret y tu teniendo algún parentesco, si él... tu, sabes... ¿podría ser que él tenga algo especial como tú?

Loretta clavó sus ojos en los de ella con toda la seriedad que el caso necesitaba.

—Todo a su momento, Felicity. No voy a esconderte nada pero tendrás que saber las cosas en su momento y Garret te hablará de él y de su vida, cuando así lo crea conveniente.

Garret respiró profundo y vio a Loretta con seriedad.

Esta le asintió con disimulo y Garret se puso manos a la obra.

Respiró profundo una vez más, activando su poder de absorción de psique mientras clavaba su vista en Felicity que no paraba de hablar y que estaba muy agitada.

No sabía que pensar de todo aquello y necesitaba tener una seria conversación con Loretta.

Desde que llegaron de casa de la bruja, Felicity lucía mejor de ánimo, lo que hacía que él se sintiera mejor también.

Estaba siendo testigo del deterioro de su memoria a una velocidad que no esperaban y las pesadillas eran mucho más intensas y aterradoras.

Nadie podía saberlo mejor que él que ahora las presenciaba.

No cambiaban, se mantenían igual a la primera que presenció. Parecía como si fuera un ciclo que se repetía una y otra y otra vez.

Llegó a entender que ese momento fue el más aterrador para Felicity porque era el momento en el que el maldito de Gabor la echaba al bosque como un animalito indefenso para perseguirla y luego atacarla.

Por fortuna, despertaba antes de que le clavara los dientes. No era que no sabía lo que ocurrió o que no tenía idea de cómo ocurrió, lo que sí no necesitaba era verlo con sus propios ojos sin poder hacer nada para revertir el tiempo y devolverle a Felicity la tranquilidad a su vida.

En vez de mejorar, las cosas iban a peor y a él aquella situación lo estaba enloqueciendo.

Le consumía el alma saber que, nuevamente, podría perder a la mujer que ocupaba su corazón.

En el pasado había sido sin previo aviso, ahora tenía que presenciar cómo ella se desvanecía sin nada que él pudiera hacer.

Respiró profundo de nuevo y sintió unas ganas tremendas de hincarle los dientes a alguien o a algo.

Las encías se le contraían causándole un dolor tormentoso al tiempo que sentía que la mandíbula se le hinchaba como si le hubiesen dado un par de golpes.

Parecía que los cambios de humor de Felicity le afectaban cuando le absorbía la psique.

Necesitaba calmarse o no podría hablar con la bruja.

Sintió a Felicity bostezar y todo quedó en silencio.

Un ligero apretón de hombro lo sacó de su concentración.

—Garret, ya es suficiente, Felicity está dormida.

El vampiro parpadeó un par de veces intentando volver al momento en el que se encontraba su cuerpo, soportando el maldito dolor de la boca y suplicando que la bruja no se diera cuenta porque sería un problema para él.

Ella le sonrió con malicia.

—No puedes engañarme y lo sabes. ¿No has ido a alimentarte hoy?

Garret frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Iba a salir cuando ustedes llegaron y... —se frotó los ojos y apretó los dientes a tal punto que pensó que se los rompería—. Necesitamos hablar.

—Primero aliméntate y luego hablamos.

—No pienso dejarla, no por las noches.

Loretta lo vio con compasión.

—Garret, tienes que estar bien para ella, por favor. Dile a tu fuente de alimento que venga para acá si no quieres dejar a Felicity conmigo.

—¿Aquí? ¡¿Estás loca?! ¿Y si despierta?

—Deja el drama que ella no va a despertar ahora. Y... —Loretta evadió la mirada porque quería preguntarle algo mas no sabía cómo hacerlo— y... —la vio con desespero haciendo que ella tomara valor y lanzara su pregunta—: ¿Me dejarías estar presente?

—¿En ese momento? —Garret estaba muy sorprendido, Felicity exhaló un suspiro que indicaba que estaba profunda.

—¿Vas a tener sexo con ella?

—¡¿Estás loca?! ¡No! ¡Claro que no! Si acaso me sé su nombre —se puso las manos en las caderas y resopló, la bruja lo desconcertaba muchas veces, la vio a los ojos, estaba nerviosa—. ¿Por qué quieres hacerlo?

Loretta volvió los ojos al cielo.

—Porque los estoy estudiando.

Garret no pudo aguantar las ganas de reír y soltó un par de carcajadas que retumbaron en la estancia.

Loretta cruzó los brazos en el pecho y lo observó indignada.

—¿Vas a escribir un libro sobre nuestro comportamiento? —Garret se acercó a Felicity y pasó ambos brazos por debajo de la chica que seguía sumergida en su sueño profundo, el que él sabía que era bueno, la cargó con delicadeza para llevarla a su habitación.

—Estoy escribiendo mi propio Grimorio con la versión que tengo de ustedes.

Garret se volvió a verla y esta vez le sonrió con dulzura.

Le sorprendió la acción de la chica, le parecía un acto noble de su parte intentar dejar por sentado que ellos, aun siendo los portadores de la maldición de la Condesa Sangrienta, no eran unos seres diabólicos como se creía.

—Y aunque me cause gracia no esperaba otra cosa de ti —le dijo a la bruja que lo veía avergonzada—. Me alegra saber que tu percepción de mí y mi familia, ha cambiado.

—No sabes cuánto.

Garret recordó de lo que Felicity le habló y de todo lo que la bruja le contó a la chica.

—Me gustaría que lo conversáramos luego, la dejaré en su habitación y esperaremos a mi fuente de alimento en el estudio.

Loretta le sonrió y se frotó las manos con ansiedad.

—Te esperaré allí entonces.

—Muy bien —Garret se alejó de la bruja con el pensamiento de que no sabía qué pensar de todo lo que les estaba ocurriendo.

¿Cómo iba a resultar todo?

Aun viendo que Felicity se debilitaba cada día más, quería creer que todo iba a salir bien y que pronto, en menos tiempo de lo que él pensaba, estarían compartiendo una vida juntos.

Sí que lo quería.

Le sonrió a su chica, que tenía el rostro apoyado en su pecho mientras, con calma, la subía a su habitación.

Era una rutina para él y lo echaría de menos cuando ella ya estuviese bien porque no tendría necesidad de absorberle la psique y llevarla en brazos hasta la habitación.

Ella podría descansar y tener un sueño reparador de manera natural.

Y no estaba muy convencido de que ella quisiera que él, portador de la maldición, la llevara en brazos a ningún lado.

La apoyó con sutileza sobre la cama y la tapó con las cobijas dejándola cómoda y con lo que parecía una media sonrisa en los labios.

Él imitó su gesto y se agachó para darle un beso en la frente como cada noche.

Después de eso, habría ido a alimentarse, lo hizo durante algunos días pero la desmejora en la salud de ella, sumado a la intensidad de las pesadillas, hicieron que Garret asistiera a su visita de alimento diaria en cualquier momento disponible durante el día. Sobre todo si ella estaba con Loretta.

Se aseguró de que todo estuviera en orden en la habitación de su chica y luego sacó su móvil, desbloqueándolo con su huella digital.

Abrió la puerta de la habitación y se volvió a verla plácidamente dormida.

¡Cuánto la amaba!

¡Y cuánto la deseaba!

Dejó la puerta entre abierta y caminó por el corredor mientras tecleaba un mensaje.

“Buenas noches, Norma, por favor, dile al chofer que te lleve a esta dirección. No llames a la puerta al llegar, avisame por aquí”

A penas bajó las escaleras, recibió la respuesta.

“Está bien, señor, voy de salida”

Garret se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y entró al estudio.

Loretta estaba inspeccionando las estanterías de cristal en las que descansaban algunas reliquias de la familia.

—¿Son de verdad? —preguntó observando, agachada, armas de fuego antiguas y algunos sables que conservaban de diversas épocas.

—Sí, aunque no las hayamos usado nosotros —Garret tomó una y se la puso en las manos. Las armas estaban en perfecto estado, ninguna iba cargada—. Las que están aquí han sido, en su mayoría, usadas por las fuerzas de los estados del norte.

—¿Ninguno de ustedes participó en la guerra de Secesión?

—Ninguno que sepamos, es un poco peligroso porque nos exponemos a levantar sospechas.

—Entiendo —Loretta tomó nota mental para apuntarlo en su grimorio y siguió observando los artilugios que descansaban en esa habitación—. Es asombroso. ¿Y esto, qué es?

Garret se acercó y observó.

Ahhh sí, la garra.

—Cuando Klaudia empezó a buscar una forma de facilitarnos la existencia en cuanto al alimento, fue inventando y diseñando cosas que nos ayudaran a comer sin que la víctima muriera del dolor y de la sepsia.

—Ohh, ¿eso hace la mordida de ustedes?

—¿Tu abuela no te explicó estas cosas?

—Seguramente hubo cosas que dejó en claro; ella hablaba más de nuestra función como descendientes de Veronika y, por supuesto, resaltaba mucho la parte maligna de ustedes o de las brujas del sur. Y hay más sobre los asuntos de la sociedad; ahora no lo recuerdo todo, lo leí hace

muchos años —señaló la garra—: ¿Cómo funciona?

Garret la sacó y se la puso en el dedo anular de su mano derecha.

La punta de la base metálica a penas sobresalía de su dedo.

La acercó a los ojos de Loretta que inspeccionaron con cuidado.

—La punta esta incrustada en la estructura y lo que hacíamos era acercar la mano a la zona que cortaríamos y rasgar con la punta de la garra. Al estar en el dedo que menos presión ejerce, la herida era poco profunda —hizo una mueca de disgusto—, sin embargo, era incómodo operar con ella y también peligroso por el tipo de metal y por la poca higiene. Era una herida, en fin, que sin duda era mucho mejor que morder y desgarrar la carne y no salvaba de una infección a la persona.

—Y Klaudia mejoró el proceso luego.

Garret le tendió la mano de nuevo, ahora sin la garra y le enseñó el anillo que llevaba en el anular derecho.

Parecía un simple aro de matrimonio. Ahora que lo pensaba, no se lo había visto antes.

Hizo el intento de tomarle la mano pero Garret la sorprendió antes tocando el aro en el interior con su pulgar de una forma tan rápida que Loretta no percibió cómo se accionaba el sistema del que saltó un diminuto punzón.

—¡Wow! —Ahora sí se dejó agarrar la mano por la bruja mientras esta observaba con detenimiento el aparato—. ¡Fascinante! ¿Esto lo usarás ahora con la chica que te asista?

—Correcto —Garret movió el pulgar de nuevo y el punzón desapareció detrás de la compuerta que lo mantenía oculto.

—¿Le dolerá?

—Quizá un poco, están entrenadas para eso. Klaudia las prepara con sus brujas bajo hipnosis.

—Sí, eso de las brujas de Klaudia no es algo que me haga gracia.

Garret sonrió divertido.

—A ninguna bruja en este país le gustan las brujas del sur que usan *voodoo*.

—Leyes de la naturaleza que hay que respetar, Garret.

—Lo sé —Garret caminó junto a Loretta con los brazos cruzados en su espalda. Con los oídos alerta en caso de que Felicity le necesitara y nervioso porque Loretta estaría con él observando el proceso. Nunca antes tuvo a alguien cerca en ese momento que no le estuviera sirviendo de alimento.

—¿Es cierto que la sangre más la psique tomada al mismo tiempo es lo que los sacia?

—En teoría —ella lo vio interesada y él continuó—: es lo que pasa usualmente, esta noche pasará eso. La realidad es que estaremos bien alimentados, saciados y felices, cuando nos alimentamos de sangre y psique mezclándolo con el sexo y solo cuándo es con la persona que amamos.

Loretta lo vio con sorpresa, no sabía esa parte.

Le dio gusto hacérselo saber.

—¡Oh, que romántico, Garret! —sonrió, porque no se imaginaba a la bruja siendo fan del romance y en ese momento le llegaron miles de preguntas para ella pero lo dejó para otra ocasión porque ella quería saber más y estaba dispuesto a saciar su curiosidad—. Es decir que ¿con Diana te ocurrió eso?

Garret asintió y recordó lo que debían hablar de diana.

Tendría que esperar para hacer las preguntas porque un coche se acercaba a la propiedad, lo escuchaba.

Norma estaría llegando.

Su móvil vibró y lo sacó del bolsillo.

Respondió.

—Ya te abro. Por favor, que el chofer espere por ti. Será breve, como cada noche.

Loretta lo vio con una mezcla extraña de ansiedad y emoción y su aroma invadió toda la habitación en un instante.

Garret salió a la puerta principal y le abrió la puerta a Norma.

—Buenas noches, señor.

—Norma, adelante.

Le dio acceso a la vivienda y la chica, que ese día iba vestida como si fuera a una entrevista de trabajo, le sonrió y pasó.

Espero por él a que le guiara el camino.

Entraron en el estudio y Norma se sorprendió al ver a Loretta allí.

—Oh, señor, lo siento, no sabía que esta vez sería...

—Ella solo va a supervisar esta sesión —hizo las presentaciones debidas y las mujeres se saludaron como correspondía.

—¿En dónde quiere que me siente, señor?

—Donde prefieras, Norma.

Loretta los observaba con fascinación.

Garret estaba nervioso aunque intentaba comportarse de la manera más natural que podía.

—¿Cómo has estado? —el vampiro quiso mantener la rutina a la que tenía acostumbrada a la chica aun estando en presencia de Loretta.

—Bien. Esta temporada fuera de la ciudad me sienta de maravilla.

—Lo entiendo —le sonrió con amabilidad y luego, tomó la mano de la chica—. Gracias por venir.

—Es mi trabajo señor.

Garret vio a Loretta mientras accionaba de nuevo el sistema de su aro metálico en el anular y salía a la vista el punzón.

Le dio la vuelta a la mano de Norma y luego la vio a ella a los ojos.

—¿Lista?

La chica asintió con una sonrisa educada.

Garret clavó el punzón allí, en donde existían unas marcas enormes de un intento de suicidio. Nunca intentaba hablar de ellas con Norma pero suponía, tal como otras chicas de la compañía, que Norma fue rescatada de la calle por Klaudia.

Las fosas nasales de Garret se expandieron al sentir el olor acre y metálico de la sangre de la chica.

La boca se le reseco y las encías dolieron.

En ese momento, todo se paralizó como solía ocurrir cada vez que se alimentaba y sintió todo lo que ocurría en su interior.

La oscuridad que se movía en él y que era parte de la maldición.

El ser de cuidado que podía llegar a ser.

Se acercó la muñeca de la chica a la boca y bebió.

Bebió al tiempo que se concentraba en ella y en su energía sintiéndola fluir por todo su organismo.

Ella dejaba escapar pequeñas exhalaciones debido a la debilidad de absorción de psique y a la succión que sentiría en su interior, lo que le hacía excitarse.

No ocurría lo mismo con Garret que parecía solo responder a la sensualidad de Felicity.

Su cuerpo la deseaba solo a ella.

A ninguna otra.

Chupó y cuando sintió que estaba satisfecho se separó sacándose la boca con un pañuelo impoluto del bolsillo y tapó con este la herida de la muñeca de ella.

—Para mañana estará cerrada, como todos los días.

La vio y le sonrió con agradecimiento. Ella lo veía con somnolencia.

Asintió de forma educada manteniendo la presión del pañuelo en la herida.

—Te llamaré mañana.

—Está bien, buenas noches —se despidió de los presentes y salió con Garret detrás de ella vigilando que llegara bien al coche.

Regresó al estudio cuando el coche ya se alejaba de la casa.

Loretta lo veía asombrada.

—Fue alucinante verlo. Gracias.

—Ahora es posible que sea alucinante, en otra época era aterrador. Se removía la parte diabólica; además, yo, que lo he hecho de ambas maneras durante mucho tiempo, puedo asegurarte que nuestra naturaleza necesita la salvajada de la mordida porque es parte de nuestro morbo de monstruos malditos —Loretta asintió—. Cuando mordemos es cuando sentimos que estamos cazando en realidad y nuestra naturaleza nos exige cazar. Solo que la hemos domado para poder convivir en paz junto a los humanos.

—Es verdad que la sangre de las vírgenes les sabe mal.

—Tal como podría saberte a ti algo muy muy amargo.

—¿Y la de las brujas?

—Como la de Norma —Garret sonrió—. Si me das sangre animal, me harás tener una buena borrachera.

Loretta soltó una carcajada.

—¿En serio?

Garret asintió.

—¿Cómo fue que Diana aceptó lo que eres?

—Decía que había visto mi corazón, no mi naturaleza —resopló recordando la época en la que conoció a Diana—; y menos mal, debo decir, porque me gustaba calentar la cama de varias señoritas de la aldea a las que les hacía proposiciones poco indecorosas y algunas cedían más de la cuenta dejando en evidencia que algo no iba bien con ellas. Hasta que me topé con Diana y no pude, sencillamente no pude tener ojos ni ganas de estar con alguien más —resopló de nuevo y luego clavó la vista en la bruja—. Pensé que sería así para el resto de la eternidad pero apareció Felicity y... —y ahí estaba la emoción, la excitación por ella, las ganas de devorarla; de buena manera, claro estaba.

Loretta sonrió con complicidad.

—Para de sentir esas cosas que yo también las siento y digamos que mi sangre es bastante amarga así que...

No pudo disimular ante tal confesión y quiso preguntar más porque le parecía inverosímil que una chica tan guapa e inteligente como Loretta Brown no hubiese tenido un contacto sexual con alguien en toda su vida.

—Bueno, lo positivo de vivir en esta época es que puedes dejar de tener sangre amarga cuando tú quieras y nadie va a juzgarte por ello —le dedicó una sonrisa compasiva cuando vio su mirada llena de vergüenza repentina.

Así era Loretta y ahora entendía esa mezcla entre mujer fuerte e inocente.

Poseía la magia de la naturaleza, la que le daba la fuerza, sin embargo, le faltaba vivir y tener

experiencias de la que todo el mundo necesitaba en la vida.

Bruja o no.

—Empiezo a tenerlo en cuenta, gracias por el consejo.

—Estaré siempre que me necesites ¿está claro? —Ella asintió—. Y te prometo que hablaremos más de mi especie y de todo lo que quieras preguntarme; antes, explicame, por favor, ¿cómo es que le dijiste todo lo que le dijiste a ella y cómo es que ella pudo tener un contacto con Diana?

Loretta se sentó en el sillón de su salón cuando regresó de la casa de Garret.

Intentaba procesar todo lo vivido esa noche.

Sabía de los artilugios que usaban para alimentarse.

Una cosa era verlos dibujados en un papel y tener un vago conocimiento de cómo funcionan y otra muy diferente era tenerlos frente a ella, además, junto a alguien que sabía muy bien cómo usarlo.

Estaba siendo una noche de esas que eran extrañas pero que tanto le gustaban porque la sacaban de su monotonía y de lo que ella conocía.

Le hacían ampliar sus conocimientos.

Sin duda.

Desde que decidiera empezar a estudiar a los Farkas y a todos los que eran como ellos, encontró cosas fascinantes que, de seguro, su abuela y su madre le enseñaron y que ella, cansada de lecciones y magia, las había olvidado.

Se podía decir que para Loretta todo lo que le rodeaba lo daba por sentado. Sentía que lo conocía de sobra, pero no.

En cuanto empezó a entablar un verdadero contacto con Garret, uno más cercano, se dio cuenta de que estaba muy lejos de saberlo todo.

No les conocía de nada.

Quizá podía conocer la naturaleza demoniaca que los dominaba.

Quizá por lo que estaba apuntado en los libros de su abuela, por los tratados de las brujas con esa especie para formar la Sociedad de los Guardianes de Sangre.

Se daba cuenta de que cualquier cosa que pudiera estar apuntada en el grimorio de su abuela o en otros libros de antepasados de su familia, eran conocimientos muy, muy, básicos.

Nadie dejó escritos sobre las emociones de los vampiros, las sensaciones, los poderes extra sensoriales que tenían.

El respeto que tenían hacia sus fuentes de alimento.

La forma en la que aprendieron a controlar cada una de esas bestias que Sejmet dejó en ellos junto con la maldición.

Nadie escribió en los registros que eran seres humanos que sentían, vivían y sufrían tanto como ellas, las brujas, no como los humanos.

Y por eso ella estaba documentando toda su experiencia junto a los Farkas. Quería explicarle a las generaciones que siguieran apareciendo en su línea, que tanto los Farkas como otros descendientes de la Condesa y portadores de la maldición, eran personas decentes.

Garret no pudo evitar sentirse preocupado cuando ella le contó todo sobre la aparición de Diana en la meditación de Felicity.

¿Cómo es que apareció allí Diana?

Era un enigma para todos.

Muchas cosas le escondía el destino incluso a ella misma.

Así que no pudo explicarle más de lo que ella creía que iba a ocurrir. La conclusión que saltaba a la vista para todos.

Estaba claro que Garret ya tenía que dejarse de protocolos y miedos y dar el paso para fortalecer el nexo que ya había nacido entre Felicity y él.

Fue lo que le aconsejó esa noche antes de marcharse a casa.

Era lo que llevaba aconsejándole desde que todo aquello empezara. En cierto modo, sí, existía más acercamiento entre ellos, mas no el que se necesitaba.

Acordaron que Loretta se mantendrían alejada de ellos algunos días. Les daría más privacidad para que Garret pudiera crear los momentos adecuados y expresarle sus sentimientos a Felicity.

En tanto, Loretta se sumergiría en su investigación y sus apuntes en su propio grimorio.

Tenía esa idea loca de invitar a Lorcan y Heather a su casa cuando estuvieran de visita en la casa de los Farkas.

No faltaba mucho para que llegaran.

Solo se presentaría Heather en casa de los Farkas y ella estaba pensando, seriamente, en pedirle a Lorcan que se quedara allí, en su propia casa, porque quería conversar de forma extendida con él.

Sabía que no podría estar varios días sin Heather por el consumo de alimento; además, la condición especial de Lorcan, el más agresivo de los Farkas por todas las cosas que pasó cuando ejerció su papel como verdugo, necesitaba la comunión completa de mente, cuerpo y espíritu con su mujer.

Psique, sangre y sexo.

Esa condición especial en él lo hacía más atractivo para sus recientes estudios.

Quería saberlo todo él aun sospechando que la mitad de las cosas que iba a escuchar no le iban a gustar.

Todo sería por el bien de la sociedad y por crear una relación más cómoda de ahí en adelante entre nuevas descendientes de Veronika y los Farkas.

Estarían unidos en la eternidad, así que alguien debía dar otros puntos de vista.

Luego contactaría con Pál. Sabía que estaba en Europa y estaba pensando en viajar a donde él se encontraba para...

Un ruido en el exterior la sacó de sus pensamientos.

Estuvo tan concentrada pensando en todos los acontecimientos que no supo en qué momento se levantó del sillón del salón y se fue al invernadero para atender a las plantas que necesitaban atención según la hora de la noche y el calendario lunar.

Un perro en el exterior ladró agitado y sintió la energía protectora de los lobos esparcirse en toda la zona.

Apareció casi toda la manada de pronto.

Podía sentirlos en lugares estratégicos, ocultos entre las sombras; al acecho, esperando la más mínima señal para atacar.

El Alpha, un macho grande, más grande de lo que podía ser normal, de color gris oscuro aulló, indicando que nadie movía un pelo hasta que él lo ordenara y se plantó frente a la puerta de la casa de Loretta.

—¿Qué diablos ocurre? —el macho Alpha casi nunca se dejaba ver porque la verdad, asustaba.

Se asomó por la ventana y no vio nada pero sí escuchó de nuevo los ladridos y entonces vio una ráfaga dorada pasar enloquecida frente a su ventana.

¿Un perro? ¿Qué diablos hacía un perro dentro de su propiedad y cómo rayos accedió?

Salió y el lobo gruñó.

Ella lo vio de reojo y le dejó saber que por muy Alpha que fuera la que tenía la última palabra era ella.

Sentía la vibración de alerta de los demás animales en su pecho.

El perro dorado, un labrador, corría excitado y enloquecido por todo el jardín.

Era un cachorro, se le veía en la cara; las orejas colgando desordenadas, el rabo moviéndose descontrolado y la lengua colgando de lado mientras corría de un lado a otro, le dejaba muy en claro que era muy probable que no pasara del año y que los lobos no le atacaron porque sabían que lo único que quería ese animalito adorable era: jugar.

El perro olfateaba el ambiente, sentía a los demás y corría como si quisiera decirles a todos que salieran a jugar con él.

Loretta no pudo evitar soltar una carcajada viendo a su alrededor como los demás animales lo observaban con una madurez asquerosa.

De esa madurez que hace ver a los otros como infantiles y ridículos.

—Son unos amargados.

El perro le escuchó y corrió hacia ella con toda la intención de abalanzarse en cuanto la tuviera en frente.

Lo hizo y ella se dejó lamer, olfatear y convencer de revolcarse en el jardín con el cachorro mientras el Alpha la veía con obstinación manteniendo el estado de alerta.

—Serás amargado, Fenrir ¿No te das cuenta de que es un pobre animalito? —el cachorro buscaba su atención mientras ella veía al Alpha y este bostezaba—. ¿Estás perdido, amiguito? —le acarició las orejas y entonces, el labrador estiró la cola y levantó las orejas.

La voz de un hombre se hizo sentir detrás de unos arbustos altos que protegían la casa.

Quien lo veía desde afuera solo percibía arbustos y bosque al otro lado de estos.

En realidad, era un encantamiento que tenía la casa para ser vista solo por unos pocos privilegiados.

El cachorro ladró y el humano, al otro lado de los arbustos, respondió al ladrido.

—¿En dónde te metiste Kale?! —silbó—. ¡No te veo amiguito, ven aquí!

Varios ladridos más resonaron alejados de la casa.

Los lobos.

Le estaban despistando.

—Eso no se hace —vio al Alpha a los ojos y este ni se inmutó—. Ese chico está buscando a esta bola de pelos.

La voz del chico se alejó y el cachorro soltó un lamento.

Loretta lo vio con compasión.

Debía dejarlo ir porque los lobos tenían razón.

La casa estaba protegida, si salía de ahí con el perro el humano entendería que algo raro ocurría porque que podría hacer una chica sola en el medio de un bosque a esas horas de la noche.

El cachorro la lamió repetidas veces y ella tuvo que admitir que su dueño pasaría la noche en vela porque hasta la mañana siguiente, no podría dejarlo ir.

Mientras el cachorro buscaba la forma de revolcarse con ella en el césped, ella maniobraba para poder ver la placa en forma de hueso que llevaba en el cuello.

En efecto, Kale era su nombre y al darle la vuelta, notó que había una dirección.

Entonces el Alpha olfateó el ambiente y luego la vio a los ojos asintiendo.

Le dio la espalda y se internó de nuevo en las sombras en donde siempre estaba vigilando.

La energía protectora se mantuvo pero no tan fuerte como la de hacía un momento y ella se relajó.

—Seremos compañeros de casa por hoy —el perro ladró de felicidad y batió la cola—. Vamos adentro que hace frío. Buscaremos agua y comida para darte. Mañana por la mañana te llevaré a casa.

Capítulo 8

Klaudia se acurrucó en la cama cuando los susurros empezaron a llamarle.

Llevaba muchos días sin sentirlos, pensaba que todo había pasado y no, ahí estaban presentándose de nuevo, llamándole con voces fantasmagóricas.

Además, llevaba dos días sin dormir bien debido a los extraños sueños que estuvo teniendo.

Se veía a sí misma, en el medio del bosque, y de pronto encontraba una cueva a la cual entraba pero de la que no conseguía salir nunca más.

Buscando la salida con desespero, escuchaba voces como las de los susurros y la de una mujer que claramente la llamaba por su nombre como si le estuviera pidiendo ayuda.

En ambas noches despertó sobresaltada sintiendo que se ahogaba y que le producía una sensación extraña ese lugar.

No lo pensó antes de esa madrugada, en la que después de despertar y de intentar evadir los susurros, se dio cuenta de que todo el asunto podía deberse a la forma en la que Ronan y ella estaban evadiendo el tema de Luk.

Su subconsciente no veía salida en la cueva porque ella no sabía cómo afrontar esa verdad con Ronan.

A pesar de que estuvo a punto de matarla en el claro de la colina y de que la hirió fuertemente, Ronan bajó sus defensas en cuanto a ella, dándole un voto de confianza.

Y abriéndole las puertas de su casa para que sanara completamente. No podía quejarse de las atenciones del hombre hacia ella. No le faltó nada y le estaba inmensamente agradecida porque no habría sido agradable quedarse herida varios días en el bosque escondida de la gente y de los animales salvajes.

Pocas cosas conversaron los primeros cuatro días de estancia en su casa.

Él se ocupaba de que a ella no le hiciera falta nada, mas no parecía estar muy emocionado por entablar una conversación con ella, más cuando Paul, un irlandés empleado de la compañía, venía a alimentarla.

No culpaba a Ronan de su incomodidad. Odiaba a los vampiros, y con toda razón porque conocía de las masacres de Luk; y además, debía permitir que lo que tanto odiaba se alimentara en su propia casa de gente como la que él vio morir a causa de un vampiro.

No debía ser nada fácil para él. Por ello, cuando se recuperó de energía y su herida de la pierna estuvo mucho mejor, aunque no cerrada del todo porque fue profunda, decidió que era el momento de hacer algo por el hombre al que le estaba agradecida.

Además, sabía que toda esa inestabilidad en su sistema se debía un poco a las voces fantasmagóricas que la atormentaban y a que Ronan, directamente, la desestabilizaba.

Klaudia poco sabía de emociones dulces y del amor, sin embargo, se daba cuenta de que lo que ese hombre le hacía sentir nada más con verla, era especial.

Deseaba conocerlo más, saber si su intuición estaba en lo correcto cuando le indicaba que él también se sentía atraído por ella.

Y percibió mucho de él la noche en la que le hizo la cena y ella intentó marcharse.

Él no se lo permitió, le pidió que se quedara más tiempo con él y fue tan dulce cuando lo hizo que Klaudia no pudo resistirse.

Desde esa noche Ronan no era el mismo que conoció en Nueva York.

Y le atraía aún más este nuevo Ronan.

Tuvieron un primer acercamiento que le llevó a pensar que acabarían enredados bajo las sábanas y, sin embargo, ambos se comportaron a la altura, como adultos racionales dejando a un lado el tenso hilo del deseo que existía ellos para concentrarse en otras cosas.

La verdad es que no sabía qué era peor.

Porque de un hilo tenso pasaron a una situación que no se entendía por ningún lado.

Y ambos estaban metidos hasta el cuello en el mismo saco; ambos sentían lo mismo, era recíproco el deseo y hasta ese sentimiento que no la dejaba en paz últimamente y que parecía hacerla inmensamente feliz; él también lo sentía.

La casa entera olía a sus emociones y Klaudia se adaptó a ellas pronto, reconociendo cada estado de ánimo de Ronan con una facilidad que estaba sorprendida.

Le encantaba cuando sentía celos de verla alimentarse de Paul.

Al principio, cuando llegó herida y necesitó de Paul para sanar, mantuvo todo el proceso en la privacidad de la habitación. No había sexo. Solo alimentación y absorción de Píscis.

Después tampoco sintió necesidad de tener sexo con Paul porque sencillamente no era a él a quien deseaba y desde ese momento, empezó a dejar la puerta de la habitación abierta indicándole a Ronan que no tenía nada por lo que morir de los celos aunque a ella le divirtiera tanto.

Finalmente, ahora se alimentaba en el salón frente a Ronan, porque le importaba lo que este sentía y pensaba de ella.

Y notó que ese pequeño cambio significó mucho para Ronan porque, desde entonces, estaba más tranquilo y trataba mucho mejor a Paul compartiendo con él noticias deportivas que Klaudia no soportaba.

Dejó escapar el aire.

Faltaba poco para el amanecer y tendría que ir con él a luchar al claro de la colina.

Se convirtió en una rutina maravillosa que iba a extrañar cuando se marchara.

En poco sería la fiesta de las máscaras y, como cada año, ella estaría allí; aprovechando esa excusa para poner distancia entre ella y Ronan aunque eso le angustiara más que nada en el mundo.

No había querido hablar con Pál en todo este tiempo.

Se daría cuenta de su cambio y no quería entrar en detalles con él en ese momento de su vida en el que estaba pasando por varias emociones que desconocía pero que le hacían sentir bien.

Nunca pensó que podría llegar a sentirse así por alguien más.

No era propio de ella hablar de estabilidad y menos, de amor.

Dejó escapar el aire de nuevo.

Siguió pensando para callar los susurros que le convirtieron en una temerosa de la noche.

Debía aclarar las cosas con el detective y luego retomar su vida como la conocía.

No podía seguir alargando más ese asunto.

Tendría que pensar un modo de tocar el tema ya que él no daba el primer paso.

Lo intentaría para que su vida volviera a ser la que siempre conoció porque sospechaba que esa conversación le pondría fin a esa horrible pesadilla y, bueno, aclararía de una vez la situación entre ellos.

Sí.

Sería honesta con él, le diría de Luk así todo volvería a la normalidad.

Ronan se sirvió la segunda taza de café esperando por Klaudia.

Vio la hora y le extrañó que aún no bajara.

Era responsable y puntual y habían tomado la rutina de ir al claro a entrenar movimientos de batalla.

Le hacía sentirse libre estar allí con ella.

Negó con la cabeza pensando que la verdad era que le hacía sentirse libre el simple hecho de estar con ella.

Cuidó sus pensamientos tanto como pudo y como estuvo haciendo en esos días junto a ella porque no quería dañar todo lo que lograron establecer entre ellos.

¿Cómo se podía sentir tan a gusto junto a ella?

No llegó a imaginarse nunca que sería posible eso junto a uno de ellos.

Pero es que Klaudia lo conquistó desde que la vio en su oficina en Nueva York. Era algo que no podía negar. No quiso verlo entonces y ya no podía seguir engañándose a sí mismo.

Con su melena, sus ojos, su porte elegante, su carácter.

Todo lo que veía en ella le gustaba, incluso cuando lo tomó por sorpresa en el claro de la colina convertida en el depredador que era, respondiendo tan bien a los golpes que él le daba.

Estaba perfectamente entrenada y aguantaba mucho mejor que cualquier contrincante con el que hubiese luchado antes que ella.

Y no, no la dejó irse a ningún lado porque adoraba la forma en la que ella le hablaba de mantenerse alejados para no sucumbir al deseo.

Para no acabar enredados en las sábanas a pesar de todas las miradas indiscretas y las palabras entre líneas que ya eran como un juego entre ellos.

Luchaba cada día contra la tentación de comerle los labios sin contemplación y, bueno, aprovechar de comérsela entera porque eso era lo que le apetecía, saborear cada rincón de esa mujer.

Suspiró.

«¿Y qué hay del monstruo?» pensó su voz interna que parecía tener una rebelión por el repentino sentimiento que nació entre él y la vampira.

Negó con la cabeza pensando que el monstruo tendría que pagar igual.

Nada podía hacer al respecto.

Y presentía que aquella información acabaría por distanciar a Klaudia, por ello seguía dándole largas al asunto.

Ninguno de los dos lo mencionaba y él agradecía que ella tampoco lo hiciera lo que le indicaba que estaba en la misma posición de él con respecto a sus emociones.

¿Y si le hablaba con la verdad y le decía que debía vengar a su familia pero que también la quería a ella?

¿La quería?

¿Eso era?

Sonrió y un ruido lo sacó de sus pensamientos dándose cuenta de que había pasado más de media hora y aun Klaudia no bajaba.

Otro golpe.

Venían de la habitación de ella.

Subió a ver qué ocurría.

Toco con los nudillos.

—Klaudia.

—No, no, no, quiero salir ¡Quiero salir! —estaba teniendo una pesadilla y Ronan no dudó en

entrar para despertarla.

El móvil de ella y un adorno de metal de la mesilla de noche estaban en el suelo, de seguro fue lo que Ronan escuchó estando abajo; se acercó a ella, que tenía el ceño fruncido y balbuceaba cosas incomprensibles.

—Klaudia —murmuró, colocándole la mano en un brazo y fue como accionar el mal en la vampira que abrió los ojos de inmediato como un gato salvaje listo para atacar.

Tomó a Ronan desprevenido haciéndole una llave que no vio venir, dejándolo debajo de ella intentando zafarse de un agarre que sabía acabaría muy mal.

No era hombre de sentir miedos repentinos pero las imágenes de la masacre que guardaba en la cabeza llegaron, reviviendo sus peores temores impidiéndole defenderse de manera apropiada.

Ronan sintió el agarre de ella manteniéndole la cabeza hacia un lado y después de escucharla sisear como una maldita y asquerosa serpiente, Klaudia abrió la boca y enterró los dientes en el cuello de Ronan que gritó aterrado y lleno de dolor por el ataque.

Se removió y ella cerró más el agarre consiguiendo enterrar un poco más los dientes.

Fue un idiota en fiarse de ella y del sentimiento que nació entre ambos.

Todo llegaría hasta ahí por creer que uno de ellos podía ser diferente.

Empezó a sentir la sangre salir de él.

Ella succionó apenas un poco porque, de pronto, paró saltando al lado opuesto de la cama y mirando con horror lo que había hecho.

Ronan reaccionó con prisa, aterrado, alejándose de ella cuanto podía dentro de la misma habitación sabiendo que si corría activaría a la depredadora de nuevo, lo presencié aquella noche en su aldea y entendía que no era buena idea.

Se agarró el cuello notando que la herida no era tan profunda.

Ella seguía viéndolo con expresión de pánico y la mirada bañada de vergüenza.

Él no podía verla de otra manera que no fuese como lo que era: un maldito monstruo asesino.

Ella negó con la cabeza mientras contenía las ganas de llorar.

—Lo siento —susurró y salió corriendo de la habitación.

Ronan esperaba que fuera lo suficientemente inteligente como para correr muy lejos de él porque ahora tenía muy claro que la buscaría, le obligaría a darle el nombre del responsable de la masacre a su aldea y luego...

Luego la mataría a ella también.

Y se arrancarían el corazón de ser necesario si seguía empeñado en tener emociones por esa asquerosa criatura.

Capítulo 9

Felicity estaba disfrutando de la tarde en el jardín de la propiedad de los Farkas, con el ruido del mar de fondo que le servía de calmante para el ánimo que llevaba ese día.

¿De qué otra manera podía sentirse?

Una vez más, sentía que estaba quedándose sin nada.

Que cada día empeoraba; que ya ni siquiera conseguía retener recuerdos de días pasados.

Hacia unos días estuvo con Loretta en el invernadero y sabía que hablaron de cosas importantes respecto a Loretta; algo referente a una fiesta; y otra cosa...

¿Un parentesco?

¿Con quién?

No conseguía recordar nada, era como si las ideas o los recuerdos los tuviera revueltos en un torbellino que se negaba a detenerse para ella poder saber con exactitud lo ocurrido y conversado en ese momento.

Sin embargo, se le hacía muy extraño que aun sin poder recordar cosas tan tontas como una conversación, conseguía recordar a la mujer que vio en ese extraño sueño que tuvo dentro del invernadero cuando parecía que el hombre de las sombras venía por ella.

La mujer se presentó y le dijo que confiara en Garret.

Y ¿cómo no hacerlo?

¿Cómo no confiar en un hombre que era capaz de cualquier cosa que ella necesitara o le pidiera con tal de hacerla sentir tranquila, segura y querida a pesar de que no se lo dijera con palabras

Confiaba en Garret tanto como confiaba en Heather.

O ahora en Loretta.

Garret se acercó a ella y le ofreció una copa de vino tinto. Llevaba pegado a sí el aroma de las especias con las que estuvo cocinando hasta ese momento.

Empeñado en hacer algo especial para ella, una cena para comerla en el jardín porque la tarde estaba hermosa y la noche caería pronto así que el clima estaría perfecto para cenar a la luz de las velas en medio la naturaleza.

Felicity no se negó aunque lo que más deseaba en ese momento era quedarse en la cama y llorar.

Sonaba un poco dramático, es que se sentía desolada. No había nada que hiciera que pudiera arreglar su descompuesta memoria y aquello lo único que le hacía pensar era que su peor temor, se haría realidad.

—A veces creo que el hombre de las pesadillas, el que no consigo olvidar de ninguna manera, es una metáfora en relación a mi enfermedad —lo vio a los ojos, los de Garret se encendieron de rabia repentina tal como cada vez que mencionaba al hombre, las pesadillas o sus terrores por la falta de memoria—. ¿No crees que pueda ser eso?

Garret negó con la cabeza, el ceño fruncido y la mirada clavada en el mar.

¿Qué le escondía?

Porque era cierto que no tenía buena memoria pero parecía que el condenado instinto lo tenía muy activo.

Respiró profundo y absorbió todos los olores que se mezclaban en el ambiente.

Los que Garret traía de la cocina, los del mar; respiró en el interior de la copa y el vino le dio un contraste sensual a los demás aromas del ambiente.

—Los médicos ya nos han dicho que no tienes ninguna enfermedad y estoy seguro de que es otra cosa. Ya lo recordarás.

—¿No ves que empeoro? —Garret no se contuvo y le dejó ver la mirada triste y apagada que odiaba detectar en esos ojos salvajes—. No estés triste, Garret, no es justo contigo. Debemos ser sinceros con respecto a mi enfermedad. Es obvio que algo tengo. Estoy cada vez peor, antes no recordaba cosas de cuando estuve desaparecida y poco más; ahora, estoy olvidando lo que hablo o hago en cuestión de días.

—Lo sé.

—Exacto, tú también lo notas y solo te pido que seas honesto conmigo porque a veces siento que no lo eres.

Él la vio con apremio a los ojos como queriendo disculparse por no poder hablar con la verdad.

Felicity prefirió obviar esa mirada porque le ardió en el pecho el saber que había algo allí que ella no sabía y que de ninguna manera posible se iba a enterar.

—Lo único que recuerdo con certeza de los últimos días, es esa mujer de ojos verdes, muy hermosa, que se presentó de la nada en ese extraño trance en el que quedé dentro del invernadero de Loretta.

Garret carraspeó la garganta y ella notó algo raro en él que no supo definir qué era.

—¿Recuerdas algo más de ese trance?

—Un bosque, un hombre que se movía en las sombras, ella y luego tú. —Él la vio con esperanza y se la transmitió haciendo que se encendiera una pequeña, muy pequeña, llama en su interior que auguraba algo bueno y no se atrevió a mencionarlo. No quería darse esperanzas a sí misma en voz alta porque sería como ratificar algo que parecía un engaño.

—¿Recuerdas algo más de ese día?

Felicity tomó un sorbo de la copa y luego levantó el hombro derecho. Buscaba en sus pensamientos.

—Loretta y yo hablamos de cosas... —hurgó más profundo en su cabeza—. No lo sé, es extraño —negó con la cabeza—. Puede ser que me haya hablado de su familia...

—Y la mía —Garret le interrumpió de inmediato tomándola por sorpresa—. Te habló de su familia y la mía.

—¿Qué me dijo?

—Que nuestras familias están emparentadas de alguna manera.

Felicity no se creía lo que escuchaba y sospechaba que la primera vez que lo escuchó tampoco se lo creyó.

Se mantuvo en silencio para dejarle a él continuar.

—Somos todos descendientes de la condesa Etelka que ya te comenté el otro día ¿lo recuerdas? Para su sorpresa, sí, lo recordaba.

Asintió y Garret le sonrió con esa sonrisa que le derretía el corazón a ella a pesar de que él no estaba enterado de ese detalle.

¿Debería comentárselo?

Entonces recordó algo más mientras Garret continuaba hablando y era que, ese día, en el invernadero, le contó a Loretta sobre sus sentimientos hacia Garret y esta le sugirió que le hablara de ellos... no, no, al principio le dijo eso y luego que no, que esperara hasta que él diera el primer

paso.

Esperaría.

Entonces puso atención en él y en la elegancia que tenía para hablar.

Era correcto, educado, amable.

A veces le parecía que muy serio y de ahí que suponía que su pasado tenía una gran carga de mala energía, no lo juzgaba, no podría, su propio pasado estaba lleno de mierda.

Nadie estaba a salvo y a final de cuentas solo era eso, pasado.

¿Tendrían un futuro?

Ellos, ¿lo tendrían?

Le gustaba pensar mil veces que sí.

Y ahí estaba la esperanza manifestándose otra vez.

Garret le sonrió en grande y se acercó a ella dejando su rostro muy cerca.

—¿A dónde te fuiste?

Ella resopló divertida y avergonzada, sintiendo que sus mejillas se incendiaban.

—Lo siento. Lo siento, continúa.

Garret, por primera vez, la observó con deseo y ella sintió la vibración en su interior.

¡Dios, esa mirada, parecía que ardía!

Se sintió tentada a tocarlo, a tomarlo de la mano y se imaginó la misma mano recorriendo por...

Garret cerró los ojos y respiró profundo, tan profundo que pensó que la dejaría sin aire.

Se erizó al ver su acción sin saber muy bien por qué.

Cuando el hombre abrió los ojos de nuevo, la mirada ardía más y podía jurar que se la comía entera con solo verla.

¡Dios santo! ¿Qué era aquella corriente que la recorría?

Un cosquilleo que en su vida había sentido.

Garret bebió un sorbo de su vino sin quitar su vista de ella, se relamió los labios en la acción más sexy que pudo haber visto en su vida entera y luego volvió a respirar profundo.

Se separó de ella, clavó su vista al frente, al mar que rugía y que casi no se veía porque estaba siendo absorbido por la oscuridad de la noche.

Ella sintió calor, intenso y puro en su entrepierna; y su corazón se aceleró al punto de hacerla sentir ridícula y avergonzada.

Esperaba no estar siendo evidente.

No lo soportaría.

¿Cómo fue en su época de dama de compañía? Casi no recordaba eso tampoco.

Y ahí llegó la estocada que le apagaba todas las emociones.

Su memoria.

O la falta de ella.

Entonces sintió respirar de nuevo a Garret pero con menos intensidad.

Y luego, dijo en un susurro:

—Te hablaba de la fiesta a la que vamos a ir todos —Ella le puso atención a sus palabras, debía comportarse como una mujer razonable—. Hace muchos años que mi familia empezó con esta tradición de la fiesta de las máscaras en Venecia y la hemos mantenido a lo largo del tiempo casi en su versión original. Es algo que llena de orgullo a la familia. Nos disfrazamos tal como en el carnaval de Venecia y en uno de los palacios que son propiedad de los Farkas, hacemos esta gran fiesta para celebrar el Equinoccio de Otoño.

Ella lo vio con interés.

—Me gustaría que este año me acompañaras.

—No tengo un disfraz —él le sonrió.

—Eso lo tengo cubierto.

—¿Y si te hubiese dicho que no?

Garret la vio con seguridad. ¿Se sentía seguro de ella?

—Si hubieses dicho que no, hubiésemos guardado todo para el siguiente año, por si te apetece más adelante.

Le hizo un guiño que la dejó vibrando en el interior.

Pensaba en un futuro con ella; y ella, con la mente podrida como la tenía.

No quería hablar de eso en ese momento se sentía demasiado bien y a gusto junto a Garret en ese juego seductor que tenían esa noche como para echarlo a perder con el asunto de su extraña enfermedad.

Apartó todos los malos pensamientos de su cabeza.

—¿Me gustará el disfraz?

—Creo que sí, si no, puedes cambiarlo, hay tiempo todavía y te tengo otra sorpresa.

Uno de los lobos de Loretta apareció correteando por la playa.

Felicity observó a Garret de frente, ansiosa por saber.

—¿Qué será?

—Heather va a venir antes de la fiesta y pasará unos días contigo aquí.

Felicity no pudo contener la emoción y sí, recordaba que algo le mencionó Loretta y que por ello, mantuvieron el secreto.

Le dedicó una sonrisa a él y Garret, en un impulso, la tomó de la mano y le besó el dorso.

—Me encanta verte sonreír.

Ella se ruborizó, no pudo evitarlo. Parecía que era la noche de los rubores.

Él le besó la mano de nuevo y luego la dejó sobre su regazo cubriéndola con la propia.

Siempre la protegía.

Le regaló una sonrisa y él la imitó.

Aquel momento era tan precioso que no quería...

No, no iba a olvidar algo así, de ninguna manera podría olvidar las emociones que experimentaba al contacto con él, con la mirada que le dedicara antes.

No.

Nada de olvidos.

Vio al lobo de nuevo.

Garret se acercó más a ella y se mantuvieron en silencio unos minutos.

—¿De dónde los saca Loretta? —preguntó señalando a los lobos.

—Es una historia larga que seguro te contará alguna vez, por lo menos ya sabes que es un poco rara y que...

—¡Es cierto! Me contó algo de eso —frunció el ceño al tiempo que Garret le acariciaba la mano con suavidad y ternura.

—¿Qué ocurre?

—Es raro, Garret. Aunque no quiero hablar de mi memoria en este momento, no ahora —clavó su vista en las manos de ambos entrelazadas y luego lo vio a los ojos. Él asintió una vez con sutileza y le dejó ver su mirada comprensiva—; no puedo obviar el hecho de que sí, he olvidado cosas pero que ahora junto a ti las estoy recordando. Esto no me había pasado antes. Muchas veces me has hablado de cosas que yo no recuerdo de nada. ¿Qué es lo que está cambiando ahora?

Garret la volvió a ver con esperanza y un brillo tan intenso en la mirada que fue inevitable

encender la llama al completo, la que antes apenas encendió y que dejó a un lado, ahora le fue imposible porque sentía que esa esperanza de él la embargaba a ella, avivaba la llama y, sin darse cuenta, en ese momento, las sombras de lo vivido en el pasado empezaron a manifestarse.

Empezaba a despertar.

—Dicen que el amor sana —la vio con tanta dulzura que le hizo rebotar de alegría el corazón—; y ya es hora de que empieces a sanar.

Garret estaba absorto observando a Felicity en el salón.

No sabía cómo es que llegaron a ese punto pero finalmente la tenía entre sus brazos.

Después de que Loretta y ella estuvieran allí contándole lo que vivieron en el invernadero, la misma noche en la que Loretta quiso presenciar el proceso de alimentación con Norma, Felicity había decaído mucho.

No lo entendía.

La bruja poco le decía del tema más que ya se lanzara y diera el paso de hablarle de sus sentimientos.

Le costó, quiso crear los momentos ideales y ella se negaba a salir, a dar un paseo, a ver la TV, a hacer actividades que le permitieran iniciar alguna conversación lógica a través de la cual pudiera dirigir sus emociones a ella sin ser tan directo porque eso era lo que no quería.

Sentía en el ambiente los cambios de ánimo de ella y sabía lo nerviosa que se ponía cuando él intentaba acercarse o hablarles de algo referente a ellos.

Por eso mantenía a veces la distancia, entendía que ella se sentía incómoda aunque le respondía en las emociones, estaba seguro que ella le correspondía, sin embargo, el problema con su memoria le impedía avanzar porque temía que todo con ella empeorara y fuera luego una carga para él.

No hacía falta que nadie se lo dijera, estaba seguro de que ella pensaba en eso, y por lo mismo necesitaba crear un ambiente en el que todo fluyera solo.

Y no lo conseguía hasta que, es día, en un último intento la convenció de sentarse en el jardín a leer un poco durante la tarde mientras él cocinaba la cena que comerían en el mismo lugar.

Ella estuvo a punto de negarse, lo sintió en la pesadez y la acidez de su aroma; él no le dejó mucho tiempo para tomar acción.

La acorraló a hacer lo que él decía y no sabía muy bien cómo, lo consiguió.

Con la fortuna de que los rayos del sol y el ambiente del mar, mejoraron su estado de ánimo

Cuando salió con las copas de vino pretendía conversar de algo, no sabía de qué diablos porque la verdad era que podía parecer muy seguro de sí mismo pero en su interior, junto a ella y tan cerca de dar un paso tan importante para él como expresarle sus emociones y dejar que todo empezara a fluir con más intensidad entre ellos, era un paso muy, muy, importante después de un periodo en celibato que lo acompañó por siglos.

La conversación entre ellos empezó a fluir como cada día, y de pronto, sin darse cuenta, se encontró conversando de su familia de forma tan natural que no entendía como era que salían las palabras sin tener que meditar lo que diría para no cometer una imprudencia con ella.

En ese momento la sorprendió vagando en sus pensamientos, no en sus recuerdos, no.

Lo observaba y pensaba.

Quiso saber en qué.

Se moría de ganas de saberlo.

Y por ello la interrumpió.

De frente, con poca distancia porque esa boca rosada y carnosa lo invitaba de miles maneras a probarla.

Necesitaba que ella lo dijera pero no lo hizo y lo que ocurrió, lo dejó sin palabras.

Temió en grande porque algo se saliera de control.

Luchó en su interior percatándose cuenta de que su expresión fue más que notoria para ella.

La deseaba.

¡Maldición! ¡Sí que la deseaba!

Se imaginó tomándola, arrancándole el aliento con un beso que la marcara para siempre, que la hiciera vibrar en lo más profundo de su ser.

Sintió que ardía por dentro y que la veía con mirada encendida.

Entonces todo empeoró.

Sus fosas nasales recibieron el estímulo equivocado: su excitación; y ahí, frente a ella, sin aviso, su miembro quiso salir a explorarla a ella en su interior.

Oh dios. Todo el poder de contención que tuvo que tener lo sentía aun en la cabeza que le retumbaba con cada mordida a causa de la tensión en las encías.

Lo que sintió en su boca debía ser lo mismo a cuando a alguien le arrancaban los dientes con una pinza y sin aviso.

Sentía la boca sensible y dolorida desde ese momento porque la sed por la sangre de ella estaba apareciendo y aun preocupado, se recompuso pronto para supuestamente calmarse y dejar absorber todos los deliciosos olores que salían de ella, de sus emociones y percepciones.

Encontró un poco de cordura en algún lado. No sabía en dónde y tampoco puso mucho empeño en averiguar. Se conformaba con haberlo conseguido antes de que algo se saliera de control.

Así continuaron con la conversación y la velada que debía decir que fue más que maravillosa.

Ella misma notaba que, a pesar de sus preocupaciones por su pérdida constante de memoria, algo cambió en el instante en el que las manos de ambos entraron en contacto.

¿Qué era?

No se lo pudo expresar con exactitud pero pensó en Loretta, en Diana y en el nexa que tenía que crear con Felicity.

Sintió entonces que sí, lo estaba creando y algo en su interior le aseguró que su chica iba a salir de todo ese siniestro lugar en el que su mente la tenía hundida.

Tendrían un futuro. O eso esperaba porque una cosa era que ella recobrarla la memoria y otra diferente que lo aceptara tal cual era.

Felicity se removió de su lado sonriendo. Hablaba quien sabía de qué porque él estaba sumergido en sus pensamientos.

Tanto, que perdió la noción de la realidad.

—¿Qué me dices? Podríamos ir de paseo mañana a la playa y luego planificar a dónde llevaremos a Heather cuando nos visite. Es curioso que no he olvidado nuestros paseos y sé que hay algunos lugares de Sag Harbor que le van a encantar.

La observó en silencio, tan cerca, tan cálida.

Era perfecta. Adorable, soñadora.

Ella le sonrió con tanta dulzura viéndolo a los ojos con esa magia que era propia de ella y que solo surtía efecto en él.

No pudo resistir más y acunó su rostro entre sus manos.

Ella dejó ver nervios y los latidos de ese maravilloso corazón que poseía empezaron a acelerarse marcando un rápido compás que despertó los instintos más íntimos de Garret,

Debía mantener el control, es que ella...

Le vio al boca, los ojos; la boca de nuevo y allí, sin ella darse cuenta, dejó escapar una exhalación que sonó a un gemido ahogado encendiendo a Garret por completo.

Sin aviso, sin permiso, la besó.

La acercó a él y le estampó un beso que no era lo que había pensado que haría pero parecía que el ritmo natural de las cosas en ese día no se parecía en nada, en nada, a lo que él pudo haber planificado que le gustaría que fueran los primeros besos o las primeras caricias entre ellos.

Ella respondió a su beso con pasión, con premura, haciendo que él la presionara contra su cuerpo y pudiera sentir la anatomía del mismo a pesar de que la ropa le servía de barrera.

Dios, cuánto la deseaba y la amaba.

El beso era deliciosos, jugoso, cálido, travieso.

Lo estuvo deseando tanto que no podía razonar lo que le estaba haciendo sentir en ese momento.

Le siguió besando todo lo que pudo, en tanto ella se aferraba a su cuello y él cambiaba sus manos de sitio para abrazarla y acariciar con una mano su espalda dejando la otra libre para que se enredara en la melena castaña que tenía su chica.

Era suya aunque aún no la tenía al completo.

Pero lo haría, sí que lo haría.

Garret no se dio cuenta cuándo empezó el proceso, en algún momento fue consciente de que algo opacaba al beso.

Eran sus encías que haciéndole sentir un dolor agudo; también sintió la garganta seca, dolorosamente seca, ansiaba sangre.

Mucha sangre.

Quiso parar todo y ella se lo impidió empeorando toda la situación, haciéndole empezar a preocuparse porque sentía que la oscuridad lo consumía

Fue inevitable recordar su vida con Diana porque aquello le ocurrió antes de consumir la sangre de la bruja y calmar su sed.

Esto era mil veces peor que lo que sintió con Diana.

Tenía que ser diferente. Cada amor lo era, aunque no esperaba que fuera tan incontrolable.

Ella se subió a horcajadas sobre él y Garret ahogó un gruñido en su garganta.

No podía continuar.

No.

Le dio la vuelta en un segundo dejándola acostada sobre el sofá y se separó de ella.

Estaba tan nublado por la oscuridad de la maldición, la sed de sangre y los olores de ella que su lado irresponsable empezó a actuar sin él ser consciente.

Solo se percató de lo que hacía cuando vio a Felicity fruncir el ceño muy confundida y llevarse una mano al pecho.

Tenía que parar, y sí, paró, pero para entonces, ella ya había perdido el conocimiento,

Le absorbió la psique y algo despertó en ella porque su mirada lo inquietó de gran manera.

¡Ahhhhh!

Se tomó la cabeza entre las dos manos haciendo presión al tiempo que cerraba los ojos con fuerza.

El maldito dolor de las encías lo iba a enloquecer.

Necesitaba ir con Norma de inmediato porque un poco más y no estaba seguro de lo que le haría a Felicity lo que le ponía los nervios de punta.

La tomó en brazos intentando omitir las pulsaciones de ella que aún estaban aceleradas y la

embriaguez de sus aromas

Su miembro palpitó y él aceleró el paso.

La dejó con cuidado en la cama y tal como estaba, corrió escaleras abajo, se subió al coche y se marchó tan lejos de ahí como pudiera porque sería la única manera de que ella estuviera realmente a salvo.

Vio por el espejo retrovisor cuando los lobos se instalaron frente a la propiedad. La cuidarían y él no tardaría.

Le absorbió demasiada psique sin quererlo y estaría profunda hasta entrada la mañana del siguiente día.

Llegaría a tiempo para cuidarla de las pesadillas.

Se sentía angustiado y agitado.

Esa noche despertó algo en él que tenía siglos sin sentir.

El verdadero poder de la maldición.

Quería pelea, sangre, dominar, cazar.

Negó con la cabeza mientras apretaba el acelerador para llegar cuanto antes a Norma porque sentía que estallaría en cualquier momento y era peligroso en ese estado.

Como una maldita bomba de tiempo.

Eso era.

Nunca se sintió igual.

Nunca.

Ni en la época en la que dejaba fluir a la maldición sin problemas.

¿Qué coño le pasaba? Él no era esa clase de hombres impulsivos y ansiosos.

No supo cómo llegó a la casa que instaló a Norma, no estaba muy lejos de la suya y sabía que la velocidad no fue la adecuada. Así como estaba seguro de que le llegaría alguna multa por la que estaba dispuesto a pagar sin problemas si con eso podía apagar cuanto antes esa extraña ansiedad que se desataba en su interior.

Norma se sorprendió al verlo entrar sin aviso y fue a decir algo pero él solo se sintió sisear como una serpiente, le tomó la muñeca sin aviso accionando su anillo y clavándolo en la muñeca de la mujer que quedó muda al instante viéndolo con susto.

Él quería disculparse no quería hacer lo que hacía o por lo menos no del modo que lo hacía mas no encontraba la forma de hacerlo, solo sentía la necesidad de avanzar y consumir de lo que necesitaba.

Lo hizo.

La sangre caliente y dulzona de ella le llenó la boca haciendo que su cuerpo se relajara.

Bebió durante un rato, volviendo al presente cuando ella se tuvo que apoyar de la encimera de la cocina para no desfallecer.

Entonces por fin pudo volver a ser el hombre coherente de siempre y se sintió más avergonzado que nunca antes en su vida.

¿Cómo llegó a eso?

Las emociones de los momentos anteriores junto a Felicity se arremolinaron en su interior avivando la oscuridad que dominó de inmediato.

No más.

Era peligroso y Norma no estaba en sus mejores condiciones.

La tomó con delicadeza acompañándola hasta la habitación. Le puso una gasa estéril en la muñeca ejerciendo presión y la vio a los ojos.

—Lo siento, no he debido...

—Está bien, señor, todos tenemos un mal día. Lo entiendo. Ahora, necesito descansar.

—Lámame si necesitas algo, ¿Entendido? Y, Norma, de verdad, yo... lo siento...

Se pasó las manos por el cabello, nervioso, agitado, desesperado por revertir su comportamiento; se limpió la boca con el dorso de la mano en caso de que tuviera algún resto de sangre que lo delatara al salir de ahí.

Todo era tan diferente esa noche que no sabía con qué podía encontrarse si se veía al espejo.

Sintió a Norma suspirar profundo antes de salir de la casa.

Se quedó más tranquilo sabiendo que ella entraría en un descanso profundo y al día siguiente, pasaría por allí para saber si todo iba bien con ella y pedirle disculpas una vez más.

Se comportó como un maldito salvaje con ella.

¿Qué diablos le pasaba?

Se subió al coche y condujo hasta la casa.

Necesitaba llegar a Felicity antes de que empezaran las pesadillas.

Demasiado descontrol en un día como para seguir sumando momentos de tensión.

Capítulo 10

Ronan cruzó el portal a la colina del antiguo reino como cada día.

Era el único lugar en el que sentía un poco de paz y sus pensamientos se calmaban haciéndole olvidar a Klaudia y lo mucho que se le enterró en el pecho la maldita mujer.

Desde que ella lo atacara en su casa, no encontraba la manera de deshacerse de ese estúpido sentimiento que le nació por ella aun cuando se decía que era un monstruo, una mujer diabólica que solo quería alimentarse de él.

Se machacó con los recuerdos de la infancia, de la masacre, abriendo una herida que nunca llegó a cicatrizar pero que, al menos, había dejado de arderle tal como empezaba a hacerlo ahora.

Le quemaba de nuevo en el pecho, ahí, junto al condenado sentimiento que tenía por ella.

Porque no era posible que se enamorara de un demonio como ella, de uno como los que mató a toda su aldea.

No, no era posible.

Estaba empezando a pensar que algo iba mal con él porque era de locos poner los ojos en alguien que puede llegar a ser un peligro constante para la propia vida.

Peor aún, cuando pensaba en que no solo puso sus ojos. Sus emociones estaban todas con ella y por eso, su vida estaba convertida en un caos.

No hacía más que refugiarse ahí en la colina hasta el anochecer, que era cuando se iba a casa y se ahogaba en las cervezas para intentar no darle la vuelta una y otra vez al extraño comportamiento de ella esa mañana en la que la levantó de la pesadilla y ella lo atacó.

Se llevó la mano al cuello sintiendo las costras de la herida.

No fue grave ni profunda, tan superficial como una mordida entre rivales del *kindergarten* quieren el mismo juguete; solo que con los dientes del demonio, llegó a sacarle sangre.

Y por más vueltas que le diera a ese asunto, a la cara de pánico de ella cuando reaccionó, a sus ojos negros llenos de vergüenza absoluta, por mucho que ese sentimiento que sentía por ella le hiciera justificarla, no había nada que justificar porque la reacción de ella fue natural, es una asesina, un depredador del demonio que, como tantos otros, debía eliminar para acabar con el problema de raíz.

Y para ello debía practicar mucho porque sabía que cuando la volviera a ver, las palabras no existirían entre ellos.

Tampoco las cordialidades, solo la batalla; y ella era muy buena en ese campo.

Sacó la espada de la funda y flexionó los codos, llevando la hoja en un elegante y preciso movimiento hacia su lado izquierdo.

Cerró los ojos y flexionó un poco las rodillas.

Respiró profundo, cuando abrió los ojos de nuevo se percató de que no estaba solo.

Entrecerró los ojos sintiendo que un fuego se avivaba en su interior consumiéndolo todo.

¿Cómo se atrevió a pasar a ese espacio sagrado para él después de lo que le hizo?

Ella estaba sentada a lo lejos, en el borde del risco de la colina que era más perpendicular y que menos vegetación poseía.

La zona más peligrosa del risco.

Parecía absorta en sus pensamientos, observaba el horizonte.

Ronan necesitaba ser rápido porque si ella salía de su estado de concentración se daría cuenta

de su presencia de inmediato y no quería saber qué le podría hacer.

Si estaba allí era para ocuparse de él.

Matarlo.

Pero no iba a permitirselo.

Así que, con gran destreza, fue agazapado entre la hierba, que no era muy alta, hacia la zona en la que ella se encontraba.

No se movía, aquello le hizo desconfiar porque sabía que ella tendría un plan preparado.

Fue acortando distancia entre ellos colocando un pie delante de otro, paso a paso, con sigilo, atento a cualquier movimiento de ella para que no lo tomara por sorpresa.

Su atención estaba directamente en la mujer así que, cuando la rama crujió bajo el peso de Ronan fue como si algo en él se activara de inmediato y corrió hacia donde estaba la vampira con la espada lista para enterrarla en el medio de la espalda, debilitarla y luego de sacarle la información que quería, le arrancaría la cabeza.

No quería acabar con la diversión de inmediato.

Esperaba que ella se diera la vuelta en cualquier momento y le truncara su plan, teniendo que tomar nuevas y repentinas acciones de batalla para no dejarse vencer, pero no lo hizo.

«¿Por qué?»

Se formuló la pregunta tarde, cuando la hoja de la espada atravesaba el torso de Klaudia en todo el medio.

Sintió la carne deslizarse en la hoja afilada y cómo lastimó los huesos de la caja torácica de esta.

Un buen guerrero debía saber qué atravesó la espada. Y él llegó a aprender ese arte muy bien.

La vampira se desinfló quejándose de dolor.

Ronan torció un poco la hoja haciendo que ella lanzara un grito que le pareció desgarrador, llevándolo directamente a la noche de la masacre y todos los gritos escalofriantes que escuchó ahí, en ese mismo lugar.

Respiraba con dificultad.

Ambos lo hacían.

Klaudia también podía sentir la respiración agitada de él, las ganas de acabar con ella y surgió algo más que la sorprendió. Un sentimiento que parecía culpa.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque soy masoquista.

Klaudia pensó en todo el rencor que llevaba ese hombre por dentro.

Bufó.

Se quejó de nuevo cuando él torció un poco más la hoja de la espada.

En su vida le habían herido tanto como lo hacía él.

Bufó de nuevo en la soledad de sus pensamientos porque al hablar de heridas se dio cuenta de que las físicas eran las que menos dolían.

La herida más desgarradora la tenía en el corazón porque intentó hacerle daño a él, porque...

Sí, parecía que sentía algo grande y fuerte por un hombre que ahora la odiaba y que nunca la podría ver con buenos ojos porque para Ronan, ella siempre sería la portadora de la maldición, un ser demoníaco y peligroso.

Una asesina.

Como Luk.

—Es poco probable que pueda decirte lo que vine a decirte si sigues moviendo la espada; y vas a tener que dejarme aquí en recuperación por semanas porque no voy a ser capaz de moverme.

—¿Qué te hace pensar que vas a poder salir de aquí?

Ronan lanzó la pregunta con tantas ganas de muerte que le incomodó.

Sobre todo al verla a ella con la espada en el medio del pecho y sangrando a borbotones.

—¿Me vas a dejar en sequía aquí, Ronan?

—Quizá —él sonrió con malicia pensando que no era mala idea, sería una tortura para ella y fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que sus pensamientos estaban empezando a salirse de control.

Volvía de pronto su juicio mezclado con las emociones que tenía por Klaudia y pensó en que se estaba comportando tal como el depredador que barrió con su aldea.

¿No era solo eso lo que él quería?

Por su parte, Klaudia respiró con lentitud y entendió que Ronan se debatía entre lo que debía hacer porque era su deber y lo que deseaba hacer en realidad.

El eterno debatir de la parte humana de cualquier ser sobrenatural como ellos.

Sonrió irónica, levantando la cabeza sin darse la vuelta porque sabía que eso haría más daño en su interior ya que la hoja de la espada aun la traspasaba.

Solo giró la cabeza a un lado, no alcanzaba a verle el rostro, estaba casi convencida de que estaría con el ceño fruncido pensando qué hacer.

—Saca la espada de donde la tienes, Ronan, voy a contarte lo que pasó con los tuyos; luego, si quieres, me matas.

Ronan seguía en su lucha interior sobre el qué hacer.

Respiró profundo diciéndose a sí mismo que tenía un deber que cumplir y eso era lo que iba a hacer.

Defendería la memoria de los suyos como correspondía.

Sacó la hoja sin delicadeza, odiando por primera vez en su vida el sonido que esta produjo al retroceder en el interior del cuerpo de la mujer que le tenía el sistema revolucionado.

Ella se quejó de nuevo, lo suficiente para que no la creyera una mujer débil.

Que no creía en nada que eso fuera así.

Klaudia estaba rota del dolor emocional así que el dolor físico poco le importaba y tendría que pasar mucho tiempo antes de que entrara en sequía. Esperaba que la conversación se acabara pronto y él la matara porque no iba a hacer nada por defenderse.

No iba lastimarlo de ninguna manera.

Se hizo un poco de presión con la mano. No quería analizar cuánta sangre salía ni cuánto daño interno tenía.

Si llegaba a salir de ahí con vida, caminando por su propia cuenta, no sería capaz de sobreponerse nunca al vacío que sentía en su interior cuando veía que Ronan la odiaba con todo su ser.

Respiró profundo de nuevo.

—Uno de mis primos fue el que acabó con tu aldea. Luk Farkas —Ronan la observaba con el ceño fruncido y una mirada teñida de miles de emociones—. La maldición lo consumió y se salió de control, acabó con todas las aldeas de los tuyos. Por eso nos sorprendimos cuando nos dimos cuenta de lo que eres en realidad. Mas con tu aspecto. No te pareces en nada a ellos porque tu sangre es mitad humana —Klaudia le sonrió a medias. Una sonrisa que Ronan admitió era muy triste—. Luk era un buen chico, el más simpático de los Farkas. El más pequeño. Pero un día cambió, nadie sabe por qué y... —Klaudia levantó los hombros, bajó la mirada.

—Y ya me sé el resto de la historia, gracias. ¿Por qué hablas de él en pasado? ¿Está en sequía?

Klaudia levantó la vista para interceptar los ojos de Ronan.

—Pál tuvo que hacer cumplir las leyes de la Sociedad y Lorcan se tuvo que hacer cargo de Luk.

Ronan no se esperaba esa respuesta.

Lo descompuso.

Klaudia no sabía si para bien o para mal.

—¿Lo mató?

Klaudia asintió, tapándose de nuevo su herida.

—Es la ley, Ronan, y debemos cumplirla —Klaudia seguía observándolo con esa mirada triste y él empezó a sentirse muy miserable—. Lorcan es el mayor, tuvo que tomar justicia en sus manos. Lo buscaron y lo hallaron aquí, después de la masacre; Lorcan no tuvo más alternativa.

—Siempre la hay.

Ella sonrió con gran ironía.

—¿Lo dices tú que nos quieres matar a todos?

Ella tenía razón, fue cuando entendió que tantos años de rencor y de pensamientos de muerte, de obsesionarse con honrar a los suyos, no hicieron más que hacerlo muy infeliz, tanto, que nunca fue capaz de pensar en la felicidad como algo real y posible para él. Sentía que no merecía ser feliz de ninguna manera porque los suyos merecían venganza.

Y esa obsesión, para ironías de la vida y seguir siendo infeliz, lo llevó a poner los ojos en la mujer equivocada.

«¿Solo los ojos?» ahí estaba su yo racional hablando haciéndole sentirse más miserable que ningún hombre en la faz de la tierra.

Klaudia no quería alargar más ese asunto. Ya le había dicho lo primero que tenía en mente. Ahora iría por lo segundo.

—Ya sabes que tu venganza no podrás llevarla a cabo a menos de que quieras acabar conmigo y así sentirte un poco mejor —suspiró abatida. Ronan sintió esos raros espasmos en el estómago que solo ocurrían cuando estaba ante ella o pensaba en ella. Estaba pálida y tenía la ropa empapada de sangre. Cuando Klaudia clavó su mirada en él otra vez, sintió que debía ayudarla a sanar porque ella le importaba—. Lamento mucho haber roto la confianza que depositaste en mí permitiéndome sanar en tú casa, a pesar de lo mucho que odias a mi especie.

—No te odio.

Ella parpadeó un par de veces después del murmullo de él y sonrió de lado.

—No te culparía si lo estuviese haciendo, aunque me alegro de que no me odies, porque —la mirada de ella fue tan dulce que Ronan no supo cómo reaccionar— estoy descubriendo que no podría odiarte nunca.

Ronan dejó caer la espada al suelo y sacó la daga.

—No vayas a dejarme en sequía, por favor.

El olor de Ronan cambió drásticamente y Klaudia pudo percibir decisión, valentía y vergüenza.

Lo observó hacerse una pequeña herida en la muñeca que activó todos los sentidos del depredador que habitaba en Klaudia.

—Ronan, eso no es buena idea yo... —respiró profundo, sintió las aletas de la nariz expandirse y la boca se le reseco contrayendo las encías, haciendo que la mandíbula crujiera por la necesidad de sangre y la resistencia que su parte humana ponía.

Ronan la vio luchar contra su instinto y supo que estaba bien lo que hacía muy a pesar de que una parte de él, aun, en algún rincón de su ser, le decía que debía matarla.

Prefirió escuchar a su lado irracional o el que él creyó el irracional hasta ese momento.

Pensó en su madre y lo bondadosa que fue, ayudando siempre a quien lo necesitó incluso si esa

persona le causó mal alguna vez; decía que todos merecían una segunda oportunidad y ese sentimiento, el amor de su madre hacia el mundo, le permitió ver que ya estaba bien de venganzas, que sentía algo por Klaudia y que ella merecía una segunda oportunidad.

Pudo comprender con claridad que esa era la forma correcta de honrar la memoria de los suyos.

Klaudia negaba con la cabeza a medida de que él se acercaba con la muñeca goteando la sangre.

La vio a los ojos.

—Voy a ponerle fin a esta batalla, Klaudia —no le temía. Aunque ella tenía la mirada llena de ganas de brincarle encima no podía decir que se parecía a la Klaudia que lo tomó por sorpresa en la habitación unos días antes. La que no sabía que estaba haciendo.

¿Qué le habría pasado ese día, porque actuaba ahora tan diferente?

Con la mano que tenía limpia, le sacó el cabello que tenía en el rostro y dejó que sus dedos pasaran por la piel suave y delicada de ella.

La vampira cerró los ojos angustiada.

—Ronan, no...

—Shhhhh —pronunció, mientras la aferraba del cuello y acercaba la muñeca sangrante a su boca—. No tengo miedo y estoy seguro de no vas a lastimarme, tienes que sanar.

Klaudia no soportaba el dolor de los dientes y cuando Ronan acercó su muñeca a ella, no pudo resistirse más pasando a la acción de inmediato, aferrándose al brazo de él cuanto pudo mientras la sangre invadía todo el interior de su boca y su organismo.

Era intensa, llena de sabores; como el mejor de los vinos.

Sabía a bosque, a vida.

Chupó cuanto pudo, sin ser consciente de que también absorbía psique y Ronan empezó a sentirse cansado.

La experiencia estaba siendo alucinante.

Nunca se hubiera imaginado que estaría en esa posición, alimentando a uno de los seres que tanto había odiado en los siglos de existencia que tenía.

Cada succión de Klaudia le producía un cosquilleo que lo invitaba a hacerla suya.

Estaba excitado pero cansado, sin haber si quiera movido un dedo.

Sabía que era por la absorción de psique y deseó saber cómo sería estar con ella, penetrarla y que ella siguiera haciendo la magia que ahora producía en él.

Klaudia paró todo el consumo en cuanto lo sintió bostezar.

—Ya está bien, tengo lo suficiente para empezar a sanar y regresar al hotel.

Ronan apenas conseguía mantener los párpados abiertos.

—Estoy muy cansado y... ¿al hotel?... No —la atrajo hacia sí—, ven a casa conmigo.

Aquella propuesta hizo que Klaudia en el interior se derrumbara más.

Quería irse con él, claro que lo quería, pero desde que salió de su casa estaba mucho peor con las pesadillas y era un peligro constante para cualquier ser humano que tuviera cerca.

No podía, ni quería, ponerlo en riesgo a él.

—Lo siento, Ronan —le dio un beso dulce en los labios—; esto que has hecho por mí es mucho más de lo que habría imaginado que pasaría hoy entre nosotros. Siento algo intenso por ti y... —se vieron a los ojos un par de segundos—; no estoy bien, algo me pasa, algo que no he hablado con nadie y soy como una bomba de tiempo. No puedo estar a tu lado porque soy peligrosa para ti.

Le dio otro beso absorbiendo más psique de él, sintiendo como las lágrimas se escapaban de sus ojos.

¿Estaba llorando?

Ella nunca lloraba.

Ronan se sintió desvanecer e intentó protestar ante ella y su confesión. Entonces estaba en lo cierto, algo malo ocurría con ella y por eso intentó atacarlo el otro día y... tenía mucho sueño, hablarían de eso después.

La buscaría y empezarían de cero.

Klaudia lo ayudó a recortarse sobre la hierba.

Dormiría un buen rato, el suficiente para darle tiempo ella de refugiarse muy lejos de ahí y de desaparecer de la vida de ese hombre para siempre.

Le dio un último beso en los labios y se marchó.

Finalmente, cada quien volvería a retomar su vida aunque nada sería lo mismo para ellos después de ese día.

Capítulo 11

Felicity caminaba hacia la oscuridad como cada noche.

El corredor que transitaba antes de salir al bosque era largo. Tan largo que empezaba a hacerle sentir ansiedad.

Siempre deseaba llegar cuanto antes a la puerta que al otro lado, dejaba ver una tenue luz que alumbraba lo que quisiera que se encontrara allí.

Corría sin descanso, como si estuviese siendo perseguida por una jauría de lobos hambrientos. O de demonios.

Daba lo mismo.

El caso era, y ella lo sabía muy bien, que el túnel era el lugar más seguro de sus pesadillas.

El peligro acechaba fuera, en el bosque, al otro lado de la puerta.

Muchas veces quiso quedarse allí, en el corredor, mas una fuerza sobrenatural la empujaba siempre al exterior.

No sabía qué era porque no podía verlo pero sí sentirlo.

Y una vez que alcanzaba la puerta, se abría paso el infierno en su vida.

Como las noches que estuvo a merced de la bestia.

Sabía que su mente lo revivía una y otra vez cada noche porque mientras dormía, su subconsciente la ponía alerta haciéndole entender de qué recuerdos abominables la protegía durante el día, permitiéndole olvidar todo lo que estuviese relacionado con esa pesadilla.

Una pesadilla que sabía que era mucho más que un sueño.

Era algo vivido en el pasado y por eso su mente lo bloqueaba.

Por eso nada recordaba al despertar más que el terror que la absorbió en esos días que estuvo cautiva con la seguridad de que moriría allí, atacada por la bestia.

Cazada como un ciervo.

Una vez estaba en el bosque, podía sentir y recordar como su cuerpo se tensaba y se ponía alerta dispuesta a huir en cuanto tuviera la oportunidad.

Hacía frío para congelarse, le dolían un infierno los pies porque el hielo le hería la piel y le hacía terribles heridas que siempre acababan retrasando su huida.

La bestia siempre la alcanzaba y la doblégaba.

Se alimentaba de ella.

Le enseñaba lo que era el verdadero dolor y terror cuando le clavaba los dientes en el cuello.

Felicity sentía una y otra, y otra vez, cada noche desde entonces, como los dientes le desgarraban la piel una y otra vez tal como en los sueños.

La herida del cuello se abría de nuevo cada día.

Se dio cuenta de algo que repetía en sueños tanto como lo hizo mientras estuvo presa de la bestia, en esos escasos momentos de consciencia que tenía a solas en su habitación, planeaba escapar.

Decidía qué camino tomar al salir del corredor oscuro.

Cualquier intento era inútil. La bestia la olía y la perseguía, se movía como una temible serpiente entre las sombras y luego, tomaba la forma de un hombre con el rostro deformado por la maldad.

La retenía y entonces era cuando ella intentaba defenderse pero la bestia tenía una fuerza

suprema y le susurraba cosas en el oído que la hacían ceder a sus caprichos; así, luego la veía a los ojos de la forma más aterradora, haciéndole sentir que se desvanecía, que perdía la consciencia.

Esa noche percibió algo que la hizo agitarse aún más.

Esa misma mirada y esa misma sensación de desmayo la sintió recientemente mientras estuvo consciente.

¿La bestia la tenía de nuevo y ella no era capaz de reconocerlo?

Se ahogaba. Más que en las otras noches, que en otras pesadillas.

Se ahogaba y sentía que el aire se le acababa.

No podía caer presa de ese ser diabólico de nuevo.

No.

Tenía que salvarse.

Tenía que recordar cuando despertara.

Necesitaba hacerlo.

Y de pronto, apareció la mujer que vio en la meditación del invernadero y sintió que alguien la abrazaba de manera protectora y segura.

Lo sintió a él, a Garret desvaneciéndose con su presencia toda la oscuridad, haciendo reinar la luz y la tranquilidad.

Entonces, como cada noche, su mente le indicó que ya podía descansar.

Cuando Garret llegó a casa y vio la revolución de lobos y aullidos que se formó afuera de la propiedad, temió por lo peor.

Parecía que esa noche no acabaría jamás.

En su vida deseó tanto pasar al siguiente día.

Dejó el coche aparcado como pudo y bajó de este corriendo, entrando de manera precipitada a la casa, dejando la puerta abierta tras él.

Los gritos de Felicity eran aterradores.

Peor, mucho peor que otras noches.

¿Qué ocurría ese día?

¿Es que acaso alguien consiguió la manera de matar vampiros con un condenado infarto?

Al entrar en la habitación, Felicity se batía en la cama como si estuviese posesa, presa del pánico, del terror que le hacía sentir lo que quiera que tuviera encima de ella en el sueño y aquello no era bueno para el estado de ánimo de Garret de ese día porque lo único que se le cruzó entonces por la cabeza fue matar, matar, matar.

Rezaba para que el desgraciado de Gabor no se le cruzara en el camino porque si lo hacía, aceptaría todos los castigos que Pál quisiera ponerle a él por haberse saltado la orden de que nadie podía tocar a Gabor porque era asunto de Pál.

Le daba igual.

Solo él sabía lo que ocurría cada noche con Felicity.

Solo él presenciaba esos momentos en los que ella intentaba librarse desesperada de lo que parecía ser una muerte inminente.

Sabía que estuvo a punto de morir y cada vez que pensaba en eso creía que se moría con ella.

Esa noche ella intentaba hablar entre sueños pero no conseguía entender lo que decía.

Retorcía el cuello y extendía los brazos intentando apartar a la bestia que la atacaba.

Se metió con rapidez en la cama y la abrazó como cada noche, colocándose detrás de ella y encajándola a su cuerpo para inmovilizarla y protegerla por completo.

Lo odiaba, odiaba a Gabor como nunca odió a nadie antes en su vida y le deseaba una muerte dura y cruel porque eso que le hizo a Felicity no tenía nombre.

La abrazó más fuerte y ella le apretó una mano.

Garret sonrió a medias sabiendo que todo empezaría a menguar y que pronto ella entraría en el descanso profundo.

Los sueños buenos.

¿Soñaría con él?

Con esa noche en particular de caricias y besos que...

Mejor dejaba de pensar en eso porque no quería despertar su oscuridad otra vez ahora que parecía apaciguada por la sangre de Norma.

Dios...

Estaba exhausto, no se dio cuenta de eso hasta que sintió a Felicity exhalar el aire y relajar el cuerpo entero.

Ella ya descansaba.

Y él se sintió pesado, tanto que perdió la batalla en contra de la pesadez de los párpados y no supo cuándo ocurrió, solo supo que ella, la mujer que amaba lo observaba concentrada cuando abrió los ojos de nuevo.

Confundido y agobiado por el sueño, se dio cuenta de que ya no era de noche.

El sol alumbraba lo suficiente como para saber que serían más de las 9 a.m.

Y ella, la cosa más dulce que vio en años, lo observaba avergonzada.

Parecía que él no era el único confundido, ella estaba sacando conclusiones que no eran.

Era lógico. Garret, en cada noche se acostaba con ella cuando ocurría la pesadilla, una vez que todo pasaba, se levantaba y se iba en silencio a su habitación.

La noche anterior él la besó de una manera que podía dar material para sacar muchas, muchísimas conclusiones y ella, de seguro, poco recordaba a causa de su problema de memoria.

—Buenos días —saludó en un susurro a una Felicity que parecía analizar cada una de sus líneas de expresión—. ¿Cómo dormiste?

—Bien, creo —ella suspiró y él le tomó la mano como hizo la noche anterior, la besó y ella sonrió con cariño al contacto de los labios de él en su piel—. No recuerdo haberte invitado a dormir aquí anoche... —lo vio con sorpresa—, de hecho tu y yo... —abrió los ojos más avergonzada aun y después se incorporó en la cama, llevándose una mano a los labios y dándose cuenta de que llevaba puesta toda la indumentaria del día anterior—. ¿Me besaste?

Preguntó con gran sorpresa.

—¡Oh, sí que lo hice! —respondió Garret divertido y asombrado a la vez porque ella parecía estar en otro nivel de consciencia esa mañana.

—¿Y me desmayé mientras me estabas besando?

Garret se incorporó frente a ella con las piernas cruzadas.

Aquello lo estaba asustando.

Le absorbió tanta psique que sí, prácticamente se desmayó y se molestó de que su cerebro recordara justo eso.

¿No podía recordar algo más del resto de la noche?

—No fue un desmayo, creo que bebiste mucho vino y te quedaste dormida.

No supo qué más decirle.

Ella lo vio asombrada y avergonzada a niveles superiores.

Él se sintió como un imbécil por engañarla de esa manera. Pero no podía hacer más por los momentos.

¿Qué diablos iba a hacer?

¿Decirle que su parte sombría quería desconectarla para sacarle la sangre?

No.

No le iba a decir eso.

No en ese momento.

Ella estalló en carcajadas nerviosas, no era para menos.

Cualquier mujer se habría sentido terriblemente avergonzada de saber que le ocurrió eso.

Garret se cruzó de brazos riendo con ella y deleitándose con esas carcajadas que le daban una energía increíble para afrontar cualquiera cosa que viniera.

Le encantaba verla reír de esa manera.

—Dios santo, Garret, que avergüenza por favor. No puede ser que haya hecho algo así después del beso que... —lo vio apenada de nuevo y se sonrojó.

No. No. No.

Malo, muy malo para el diabólico Garret que sonreía en las sombras con malicia pensando en el beso de la noche anterior.

¡Maldición! Ahí estaban los aromas de ella de nuevo y...

No.

Él no iba a permitir que la oscuridad lo invadiera una vez más.

No.

—No hay nada de qué avergonzarse, estabas cansada y emocionada por mi beso —le sonrió con complicidad—, es normal que no te pudieras resistir a tanto.

—Y a ti, ¿te emocionó besarme?

Garret no pudo evitar ensanchar su sonrisa y dejarle ver lo feliz que se sentía por eso.

Le tomó ambas manos, amaba el olor de su piel y besarle el dorso de las manos.

Lo hizo repetidas veces.

Luego, le dio un dulce y pausado beso en los labios intentando apartar de su cabeza la sensación que obtuvo al traspasarlos la noche anterior.

—No puedo encontrar las palabras exactas para describir el sabor de tu beso —la besó de nuevo y ella sonrió traviesa.

—¿Y por qué te quedaste conmigo?

Él no mencionó nada de las pesadillas.

No lo hizo antes.

No empezaría en ese momento.

—No lo sé, solo sé que quería quedarme a tu lado. No lo haré de nuevo si no quieres...

Felicity le estampó un beso en los labios y lo abrazó.

—Quédate conmigo, Garret, todas las veces que quieras.

No se podía creer aquellas palabras.

Su corazón por poco estalla de emoción.

¿Cómo era que todo se estaba dando de pronto tan rápido entre ellos?

La apretó contra si con fuerza y ella imitó el gesto.

Inspiró de su cuello el aroma de su piel que se mezclaba con el olor del champú para el cabello y sí, sí, sentía el pulsar de la vena del cuello, el palpar de su corazón que bombeaba la sangre a todo su organismo y se le reseco la boca haciendo que la mandíbula amenazara de nuevo pero se negó a ceder a la oscuridad.

Tenía que controlarla hasta que ella descubriera lo que era en realidad; y lo más importante, lo aceptara.

Respiró de nuevo y apretaron aún más el abrazo.

Por los momentos, viviría el ahora.

No importaría nada más que vivir el ahora a su lado y esperar a que todo saliera como su corazón lo anhelaba.

Felicity y Garret caminaban por la orilla de la playa tomados de la mano.

El día no estaba en condiciones como para hacer una romántica caminata al atardecer pero estuvieron todo el día planificando cosas para la llegada de Heather y Garret deseaba que Felicity se desconectara, se relajara y pudiera vivir un momento romántico junto a él.

Quería regalarle recuerdos que empezara a almacenar en su memoria y a usarlos tal como le quedaran grabados.

Estaba sorprendido por la forma en la que todo se empezó a desarrollar después del beso que se dieron.

Felicity estaba teniendo cambios, que ella misma notaba y que fueron promotores de que ese día fuese diferente para ambos.

Ella estuvo animada y ansiosa por la misma emoción de poder controlar sus recuerdos, de saber que podía encontrarlos en donde los dejó.

Tenían una lista entera de las cosas que harían estando Heather allí con ellos, consideraban que la mitad de la lista se quedaría para hacer en otra ocasión porque no tendrían tiempo suficiente para todo.

Heather y Lorcan debían estar llegando a casa de Loretta en cualquier momento.

La bruja así lo pidió a último momento porque quería hablar con Heather y con Lorcan sobre su relación amorosa, la vida pasada de Lorcan, las emociones de Heather al enterarse de lo que verdaderamente es el amor de su vida y un largo etcétera de cosas que tenía la bruja por aclarar con respecto a uno de los vampiros más temidos dentro de la familia.

El verdugo.

La verdad era que el espíritu de investigación de Loretta era auténtico y a Garret le gustaba que ella pusiera tanto interés en los de su especie.

Al fin y al cabo, venían todos del mismo lugar aunque con diferentes misiones y más valía que se ayudaran entre todos, conociéndose bien.

Sin temerse.

Garret observó a Felicity.

Las nubes no podían estar más grises esa tarde y se empezaba a levantar un viento intenso que auguraba tormenta.

Conocía la zona.

Sabía lo que deparaba la entristecida postal que tenía ante sus ojos.

—Tengo algunos días que no veo a Loretta, ¿la visitamos? Estamos cerca.

Los lobos corrieron cerca de ellos pasándoles con gran ventaja y parando en seco en la distancia, tomando posiciones que Garret sabía muy bien lo que querían decir.

No podían ir a casa de Loretta.

No era conveniente para nadie que Felicity pudiera encontrarse allí con Lorcan.

—No. Vamos a dejarla tranquila. ¿Te contó lo del perro? —estuvo intercambiando mensajes

con la bruja más temprano y le contó sobre el cachorro de labrador que misteriosamente cruzó las barreras de protección de su casa.

Felicity asintió sonriendo.

—Creo que los atrae —señaló en dirección a los lobos.

—Es posible. Quizá tiene alma para los animalitos. Es buena chica.

—Lo sé, se ha convertido en una persona especial en mi vida. Me ha enseñado muchas cosas —Felicity le soltó la mano para arrebujarse dentro de su abrigo—. Me dijo que estaría ocupada buscando el dueño en estos días, por eso no la hemos visto por casa.

—Lo encontrará, seguro —Garret le pasó el brazo encima del hombro y la apretó a sí—. Vamos a casa, que te congelas.

—Podríamos encender la chimenea y ver una película. Me vendría bien un sándwich sencillo, no tengo ganas de comer nada más hoy.

—Y patatas fritas supongo.

—Por supuesto. Con una Coca-Cola.

Ambos rieron porque era la forma en la que Felicity solía comerse los sándwiches.

Caminaron en silencio de nuevo, tomados de la mano en algunas ocasiones o dejando que Felicity se abrazara a sí misma para evadir el frío que se le colaba a través de los huecos de su abrigo de punto mientras que él se deleitaba con esa brisa fría y calmaba sus pensamientos sobre el futuro y las cosas que tendrían que superar juntos.

O no.

Resopló porque aquello era una angustia constante.

Los lobos los seguían a paso lento, muy por detrás. Estaban vigilantes como si algo fuese a ocurrir pero Garret sabía que no debía temer a nada porque no se trataba de una amenaza para ellos, era solo la reacción de los animales salvajes al mal tiempo que azotaría a la zona.

Apenas entraron en casa las gotas empezaron a caer con fuerza sobre la tierra.

Fueron aumentando la intensidad de la caída a medida que el tiempo avanzaba llegando a convertirse en poco tiempo en un gran temporal que volvió el cielo gris plomo y agitó las aguas del mar dándole un aire embravecido.

Los relámpagos no tardaron en llegar y los truenos empezaron a destacar por encima de cualquier ruido que hubiera en casa.

Incluso hubo algunos que consiguieron hacer temblar a la mansión entera.

Después de varias horas, los bordes de la piscina desaparecieron bajo el agua.

Nada de qué preocuparse. El servicio meteorológico pronosticó lluvias toda la noche y sería solo eso, en la mañana habría mucho pantano por secarse, nada grave.

Mantuvieron los planes tal cual los trazaron: un sándwich sencillo con un montón de patatas fritas de bolsa y dos coca-colas bien frías.

Después, Felicity se antojó de chocolate y pausaron la película de nuevo para ir a la cocina a buscar el dulce y llevarlo al salón.

Garret sabía que ella estaba en ese periodo previo a su ciclo menstrual.

Había memorizado sus cambios de ánimo, el aroma de sus emociones por esos días. Cómo su cuerpo se preparaba para un proceso tan natural.

Podía parecer peligroso estando uno de ellos cerca pero no lo era; aunque claro que olían la sangre.

Y cualquier sangre representaba una tentación para ellos. Eran animales salvajes, depredadores a pesar de que tenían los modales más impecables del mundo.

Su naturaleza entendía que no era un proceso que tenía el derecho de desestabilizarlos. Por lo

menos no a él o a la mayoría de ellos.

Algo instintivo que nunca le causaba preocupación cuando se encontraba cerca de una hembra en su ciclo.

Felicity tomó un trozo del chocolate y lo llevó a su boca recostándose de nuevo sobre el pecho de él y asegurándose de que ambos quedaban bien cubiertos con las mantas.

El cielo seguía estando alumbrado por los flashes cada cierto tiempo, las voces de los actores quedaba ahogada con los truenos haciendo que ella también se sobresaltara y Garret sintiera la necesidad de apretarla más a él, lo que era todo un inconveniente.

Es decir, podía estar muy conscientes de su ciclo menstrual incluso podía sentirse atraído por sus aromas que despertaban sus deseos carnales, sin embargo, nada podía ser comparado con la sensación de tenerla a ella tan cerca bajo las mantas.

Apareció la ansiedad.

Una ansiedad que empezó a cumplir muy bien con sus funciones de agudizar su sentido auditivo haciendo que sintiera el pulso de Felicity como un maldito tambor y la corriente de sangre que fluía en sus venas, lo que accionó de inmediato el dolor en las encías y la resequedad en la boca.

Observó el reloj.

Era tarde para llamar a Norma y decirle que iría para allá.

Además, tendría que poner a dormir a Felicity porque no podía salir de ahí con semejante temporal y...

Ella se removió abrazándolo, pasando una pierna por encima de la suya haciéndole notar el pequeño y tímido movimiento de caderas al quedar su muslo atrapado en la entrepierna de ella.

Tragó grueso y sintió la palpitación de su miembro.

El dolor en las encías.

La mano de ella sobre su pecho que de forma precavida empezó a acariciarle.

Sabía lo que estaba ocurriendo.

Ella le estaba enviando señales que él no era capaz de omitir y menos de rechazar.

Salivó imaginándose cómo sería la entrega entre ellos.

Ay dios.

Su miembro se endureció al instante con ese pensamiento y pensó en que si las leyendas fueran ciertas y los vampiros tuvieran aterradores colmillos, ese sería el momento perfecto en el que saldrían porque parecía que una nueva dentadura quería salir de su boca destruyendo la existente.

Un gemido ronco se le escapó y ella lo tomó como una respuesta a su excitación que ya empezaba a invadir las fosas nasales de Garret.

Y sí, era una respuesta, mas no al deseo de ella.

Era una respuesta al deseo de él por sangre y sexo.

No llegaría a Norma a tiempo.

Dios. ¿Cómo diablos iba a...?

Felicity se frotó más en su muslo y eso fue suficiente para apagar todos los pensamientos de Garret dejándole solo disponible para vivir el momento.

No entendió qué ocurrió en él, mas no era el momento para ponerse a averiguarlo, la parte racional la dejó fuera de casa lidiando con el temporal que se desataba y sabía que aquello no estaba bien del todo porque podía ser muy peligroso para ella, sin embargo, no pudo hacer nada más que asumir lo que ocurría y confiar en que todo saldría bien.

Entonces se dio cuenta de que allí la tenía finalmente, debajo de él besándola de manera que ella entendiera lo que le hacía sentir en su interior, dejando que sus manos tocaran todo a su paso.

Quería generar caricias sutiles, no se había imaginado ese momento tan impulsivo pero dados

los acontecimientos de los últimos dos días que no esperaba, decidió también actuar según como se lo pidiera el cuerpo mientras no la lastimara a ella, y en ese momento, los gemidos de ella y el olor de su excitación en el ambiente no hablaban de lastimar a nadie.

Así que, adelante.

Sucumbiría a sus deseos y ya después podría acariciarla con detenimiento, disfrutarla al máximo.

La desvistió en un respiro. Le urgía lamer su pecho y hundirse en su interior.

Esa mujer consiguió cambiar tantas cosas en él y le hizo descubrir muchas más que desconocía, tal como esa ansiedad por poseerla.

Ella gimió y él dejó escapar un sonido que sonó a uno de los gruñidos de los lobos dándole un aire salvaje que le excitó aún más a ella.

Garret respiró profundo, embriagándose de los aromas que ella desprendía.

Grabándolos en su memoria.

Era perfecta, cálida, suave.

Dulce.

Por un momento, se vieron a los ojos y ella le mostró sus sentimientos haciendo que su pecho se llenara de alegría; aunque no fue la protagonista por mucho tiempo porque su excitación necesitaba ser atendida.

Se desvistió y las manos de ella recorriendo su cuerpo fueron una delicia.

Sobre todo cuando se detuvieron en su virilidad y se movieron con tanta fluidez y experiencia.

No le dejó seguir adelante porque tenía siglos sin sentirse así, sin exponerse ante una mujer y necesitaba hundirse en ella.

La vio a los ojos y la besó con intensidad al tiempo que su virilidad frotaba la calidez del centro de ella.

Garret sintió una serie de descargas en su interior que nunca antes sintió ni con Diana ni con ninguna otra chica con la que estuvo.

Ella se acomodó mejor y le ayudó a entrar abriéndose al completo mientras él se deslizaba con sensualidad en su interior.

¡Ah! Que delicia. ¿Cómo se podía ser tan cálida?

Sintió la calidez convertirse en ardor. Un ardor que le gustaba y que lo excitó mucho más.

Dios que era aquello.

¿Cómo se podía sentir tanto?

Las encías seguían siendo un martirio, y la sequedad de la boca, sumado a la visión de la vena de ella hacían muy bien su trabajo porque Garret sabía que seguían estando allí pero conseguía ignorarlas gracias a las sensaciones tan perfectas que percibía en la parte baja de su vientre.

Ella se contraía y contoneaba pidiendo embestidas más fuertes.

Los pezones se le alargaron y endurecieron de tal manera que Garret se los llevó a la boca sin dejar de moverse dentro de ella.

Sus gemidos eran música para sus oídos.

Una melodía que lo guiaba en ese momento tan sublime entre ellos.

De pronto, se dejó llevar por las ganas de marcarla, hacerla suya, y las embestidas fueron en aumento tomándola con seguridad y fuerza, entrando y saliendo de su interior y elevándola al mayor de los placeres.

Ella arqueó la espalda y convulsionó clavando la vista en él indicándole que era el momento en el que podía dejarse llevar, lo cual hizo sin darse cuenta de que, en el proceso, absorbía psique de ella.

Estaba tan concentrado en la sangre, en no lastimarla, en no representar un peligro para ella que no recordó que la absorción de psique en ese momento era inevitable y que tenía muchos años fuera de práctica para poder controlarlo todo.

Estalló de deseo cuando la psique de ella empezó a recorrer su cuerpo llenándolo de energía.

Encontró la forma de parar cuando vio el miedo en el rostro de su chica.

Cuando percibió en su mirada algo que le hizo temer, que le hizo reconocer lo que ocurría.

Y toda la magia se rompió

Dejando tan solo un momento de angustia mientras ella yacía dormida profundamente sobre el sofá del salón.

Su excitación se esfumó en segundos y temió por hacer algo peor porque sentía que no sabía cómo parar.

Algo en él seguía absorbiendo psique de ella muy, muy, lento y tenía que parar.

¡Con un demonio! ¡Eso no debía pasar!

La subió con prisa a su habitación y se aseguró de ponerla a resguardo evitando sentir más olores, más pulsos retumbando en sus oídos, más resequedad en su boca y el hilo conductor invisible que absorbía la psique seguía activo.

Se metió las manos en la cabeza y salió con apuro de la habitación de ella deseando poder llegar pronto a donde Norma.

Se vistió con lo primero que consiguió.

Su móvil sonó y lo respondió sin pensar.

Estaba nervioso.

—¿Si?

—Ya estamos en casa de Loretta... ¿Está todo bien?

—No, Lorcan, no. Nada está bien. ¿Cómo diablos paro la absorción de psique? ¡No lo consigo! Nunca antes me había ocurrido y...

Escuchó a su hermano dejar escapar el aire al otro lado.

—¿La estás poniendo en peligro?

—No lo creo, es lento y siento que absorbo poco... como un hilo...

—Delgado y continuo.

—Exacto

—Me ocurre con Heather algunas veces. Tómalo con calma. Llama a tu fuente de alimento y mantenla a la mano para que puedas alimentarte de ella. Al alimentarte, vas a absorber psique de ella y...

—Con Diana nunca me sentí así, Lorcan.

—Y me alegro, porque no estaría bien que estuvieras haciendo comparaciones. —Tenía razón su hermano. Ya debía dejar de comparar las relaciones con Felicity y Diana porque no tenían punto de comparación—. Llama a la chica y avísale que iré por ella. El sótano falso de la propiedad sigue tan bien cuidado como siempre y estoy seguro de que ella podría dormir allí mientras estén en la casa.

—¿¡Estás loco!?! No me atrevo a tener a Norma aquí.

—Garret, será mejor eso a que tengas salir en noches como esta sin saber si vas a regresar a tiempo o si Felicity despierta y no te encuentra... ¿tienes pensado qué decirle? —«No, la verdad no» no pensó antes en eso y ahora que su hermano lo mencionaba...—: Exacto, te has arriesgado demasiado en todo este tiempo. No le des más vueltas. Le daré instrucciones a la supervisora de que entre a la propiedad por el acceso oculto y de ahí acceda al sótano para atender a Norma. A ella le diré que entre y salga por allí —A Garret no le gustaba aquello pero la intensidad de la

lluvia y el trueno retumbante le dieron la razón a su hermano—. Además, sería bueno que la vayas preparando para el viaje. Ella tiene que viajar con ustedes a Venecia.

—Klaudia podría conseguirme a alguien allá.

—Klaudia... —Lorcan dejó salir la preocupación—. Klaudia está ocupada en otros asuntos. Ya hablaremos. Ahora me preocupa Felicity. Cuelga y envíame la dirección de Norma. Avísale que estoy en camino.

Garret no tuvo más opciones que cumplir a la petición de su hermano y con rapidez porque sus oídos se aguzaron al sentir a Felicity removerse agitada entre las sábanas.

Felicity empezaba a activar sus pesadillas mucho más temprano que de costumbre.

La propiedad de los Farkas en Los Hamptons estaba hecha a medida para una familia de vampiros que no quería exponerse a los humanos. Así que, como otras tantas propiedades de la familia, la mansión tenía accesos ocultos a ojos curiosos. Unos ocultos por el poder de las brujas aliadas, y otros por diseños arquitectónicos bien trabajados que hacían ciertas entradas y salidas y la casa imperceptibles a cualquiera que no perteneciera a la familia.

Lorcan accedió al sótano falso por uno de esos accesos.

Iba con Norma sentada en el asiento a su lado. Solo intercambiaron saludos formales en cuanto recogió a la chica y luego se sumergieron cada uno en sus propios pensamientos.

Ella estaba tranquila, no tendría que estar de otra manera., pensaba Lorcan. Para Norma era una noche más de trabajo. Una temporada, mejor dicho. Porque el servicio de ella hacia Garret era por más de una noche.

Y en tanto él evaluaba el ánimo de la mujer a través de su poder empático, pensaba en lo preocupadas que se quedaron Heather y Loretta en casa de esta última.

Habían recién llegado a casa de la bruja ese día y empezaban a conversar de cosas profundas cuando Garret le llamó con urgencia.

Dejó escapar el aire negando con la cabeza, apretando el volante con ambas manos mientras la puerta del garaje del falso sótano se abría con lentitud y una serie de chirridos que anunciaba la necesidad de mantenimiento.

No le extrañaba eso tampoco, era normal, porque poco visitaban la casa y menos aun usaban el falso sótano.

Esperaba que se encontrara limpio. Sabía que la casa estaba cuidada por personal de limpieza de una compañía fiable aunque no sabía si accedían allí en cada visita.

De esa parte de las propiedades de ocasión que tenían se encargaba la empresa de inmuebles que manejaban entre todos así que desconocía los detalles.

Descendió por el túnel y después de doblar a la izquierda, dejó el coche aparcado sin importarle en dónde o cómo lo dejaba y apagó el motor.

Las luces automáticas se encendieron permitiéndole ver un espacio que conocía pero que tenía años sin visitar.

El sótano de la propiedad era tan grande como el terreno que tenía encima de este y estaba dividido en varios sectores. El que estaba debajo de casa, era usado como un sótano bodega de vinos para la familia.

Se podía decir que era de uso común. De este se accedía a una habitación con varios corredores que llevaban a diferentes partes aún bajo tierra.

Un cuarto de seguridad para cosas importantes de la familia, que nunca usaban porque les gustaba exhibir lo que tenían y las cosas más importantes que debían ser resguardadas estaban en otros sitios que solo Pál conocía. Se mantenía la tradición en las construcciones cuando se trataba de una propiedad para los Farkas.

También estaban las habitaciones de control eléctrico; otra en la que se guardaban herramientas y maquinaria necesaria para mantener la casa en buen estado.

Dos habitaciones más que no se usaban para nada y que podían ser fácilmente apartamentos tipo estudio y, por último, un nivel por debajo de todo lo anterior, estaba el lugar en el que Lorcan ahora se encontraba con Norma y que solo algunos privilegiados conocían.

Encendió la luz y le gustó ver que todo estuviera en condiciones para la chica.

Había un poco de polvo, lo normal para un lugar tan solitario; nada que él mismo con ayuda de la Norma no pudiera solucionar.

Se disculpó con ella por hacerle cumplir tareas de limpieza pero no les quedaba más alternativa y Norma, como era de esperar, se mostraba comprensiva y solidaria.

Le envió un mensaje de texto a su hermano para indicarle que ya estaban en el sitio y fue hasta la bodega de la propiedad para llevarle algunos refrigerios a Norma que ya se estaba instalada por completo.

El espacio era sencillo y contaba con todas las comodidades. Norma podría entrar y salir de ahí las veces que quisiera.

El chofer de la compañía estaría a su disposición y era una de esas pocas personas que podían conocer el acceso externo a esa área de la propiedad.

—La cocina está acoplada con lo básico. Si necesitas algo más, no dudes en decirle a Garret que te lo suministre —Lorcan empezó a darle directrices a la chica para que se sintiera más a gusto—. No sé cuánto tiempo vayas a vivir aquí. Espero que no mucho, de todas maneras, ya sabes que puedes pedir descansos en cualquier momento en que lo necesites y enviaran a alguien más para alimentar a mi hermano.

—Lo sé, señor, es usted muy amable conmigo.

Lorcan le sonrió a medias, agradecía que Klaudia hubiese tenido la visión de negocio con esas chicas para ellos a pesar de que, a veces, sentía gran lástima por ese grupo de personas que estaban con ellos para alimentarlos.

En su mayoría, les alegraba vivir como vivían, servirles a ellos y les agradecían a Klaudia haberles dado un propósito en la vida infernal que llevaron antes de estar ahí.

—Garret no tardará en bajar —anunció, ella asintió mientras servía agua en un vaso.

—Le puedo servir algo si gusta.

—Estoy bien, Norma, gracias.

—Esperaré en la habitación al señor Garret.

—Muy bien, no olvides notificar el cambio de sitio a tu supervisora.

—Ya le he enviado un correo.

Lorcan miró su reloj de muñeca.

Ya pasaba de media noche.

Lorcan iba a responderle cuando Garret entró agitado en el recinto.

Tenía la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Lorcan sintió en el pecho la angustia que experimentaba su hermano en ese momento y se sintió tan mal por él.

Estuvo en su lugar hacía un tiempo y por nada del mundo quería volver a experimentar esa sensación de ahogo que da el ser un depredador teniendo cerca a la mujer que amas y que deseas.

—No te vayas —Lo vio con suplica. Lorcan no pudo negarse aunque le incomodaba quedarse

en ese lugar porque no quería sentir nada del proceso de alimentación de su hermano. Era algo que consideraba privado.

Respiró profundo y pensó en Heather, en esa imagen de Heather sonriente que lo serenaba y lo llevaba a un estado de paz que solo podía sentir estando a su lado.

Heather fue su sanación, era su amor y no podía sentirse más feliz de la oportunidad que la vida le diera de sanar todos sus pecados infernales, todas las cosas abominables que le hizo a gente inocente y además, le obsequió el amor de Heather.

Era un hombre afortunado y sentía que había cambiado mucho desde que estaba con ella.

Más allá del dominio a la bestia, de la saciedad que produce estar con la mujer que es dueña del corazón de uno de su especie, era un hombre diferente.

Se sentía diferente.

Y le gustaba su nueva versión.

Su oído se agudizó al tiempo que sus fosas nasales se expandieron justo en el momento en el que escuchó el punzón del anillo de Garret abrir la piel de Norma haciendo brotar la sangre.

Inhaló con profundidad sin sentirse desesperado por tener un poco de esa ración que Garret estaba administrándose.

Le gustó saberse con tanto dominio de sí mismo.

En realidad, no era dominio, era que no lo necesitaba y entonces se relajó aun mas y esperando con paciencia a que su hermano terminara su sesión de alimentación.

En su cabeza llegaron imágenes de Felicity sonriendo y no pudo evitar sentirse preocupado por ella, por su hermano y todo el proceso que ahora vivían.

Recordó a Pál cuando le aconsejó a él contarle a Heather toda la verdad de su naturaleza, de su parte maldita, de la bestia y de todas las cosas horribles que tuvo que hacer en el pasado para salvar a su familia.

Garret necesitaba hacer lo mismo con Felicity pero ella no estaba en condiciones aun de enterarse de algo tan grande.

Escuchó a su hermano ayudando a Norma a acostarse en la cama para reponer energías y dormir, era tarde.

Garret salió de la habitación y le hizo señas de que salieran de ahí.

Dejaron todo a oscuras cerrando la puerta con cuidado.

—Vamos a la bodega de casa, dejé allí algunas cervezas así puedo estar cerca en caso de que ella me necesite.

Lorcan asintió. Siguió a su hermano en silencio por los corredores internos que llevaban a la mansión.

Llegaron hasta la bodega y Garret sacó del refrigerador que estaba allí un par de cervezas, le entregó una a su hermano y lo vio a los ojos.

Lorcan le mantuvo la mirada mientras destapaba la botella y después le daba un sorbo.

Estaba buena, aunque no le apetecía en ese momento mas no le diría nada a Garret, él lo necesitaba en ese momento y si eso implicaba que se tomara una o diez cervezas aun sin querer hacerlo, por su hermano, lo haría.

—Pál enviará a Norma en un vuelo privado a Venecia. Irá con nosotros. Tú irás con Felicity, Heather y Loretta en otro vuelo.

Garret asintió y Lorcan se sentó en una de las banquetas viejas que estaban allí.

«La bodega necesita unas reformas» pensó, mientras observaba a su alrededor intentando evadir las emociones de su hermano, como si aquello fuera posible.

—¿Cómo está ella?

—Ahora bien. Una vez que corté la llamada contigo solo me dio tiempo de llamar a Norma y avisarle que tú estarías buscándola en poco tiempo. Felicity tuvo hoy el peor de los episodios que he presenciado, Lorcan.

La voz de su hermano se quebró y se dio cuenta de que su mirada destellaba frustración por no poder hacer nada más.

No pudo evitar recordar que él fue el causante de las desgracias amorosas de Garret siempre.

Primero con Diana y ahora con Felicity.

Su hermano tenía derecho a ser feliz, no era justo tanto sufrimiento.

—¿Y si soy un peligro para ella?

—Lo eres, no debes olvidarlo hasta que ella sepa la verdad y tome decisiones por cuenta propia; aun así, seguirás siendo un peligro constante —Garret lo vio aterrado y pensó en el mismo terror que él sintió con Heather, se corrigió, que aun sentía algunas veces—. Siempre seremos un peligro para ellas, Garret, eso es algo que no podremos remediar, sin embargo, te aseguro que el riesgo disminuye muchísimo cuando se normaliza todo en la pareja. Cuando la verdad salta y las decisiones se toman. Cuando ella accede a unirse a ti y la sientes correr en tus venas ¿No te ocurrió eso con Diana?

Garret asintió frunciendo el ceño.

—Entonces ya sabes a lo que me refiero.

—Esto es más intenso que con Diana, Lorcan. Siento que sigo conectado a ella y le sigo absorbiendo psique. Es un consumo ínfimo, pero está ahí y no sé cómo cortarlo.

—Entonces deberás ser más cuidadoso y más fuerte. Encontrarás la forma de desconectarte de ese hilo. Me gustaría darte una receta mágica, no la hay —sonrió de lado—; bueno, sí, la hay aunque no la puedes usar aun con ella.

Garret dejó escapar el aire.

—Necesito que todo esto acabe. No me he sentido tan estresado en siglos.

—Te entiendo muy bien y no porque esté sintiendo tus emociones —Lorcan bufó—. Heather creó el caos más adorable que pudo haber creado alguien en mi vida. Así son las mujeres en las que decidimos poner los ojos, hermano.

Ambos rieron y Lorcan agradeció que su chiste relajara a su hermano, lo necesitaba.

Abrieron otra cerveza, Garret se sentó en otra silla desvencijada que encontró.

—¿Por qué la bodega está en estas condiciones?

—No lo sé —respondió Garret observando a su alrededor con desánimo—, la verdad es que no me había dado cuenta de lo mal que estaba. Poco hemos bajado aquí. Intento tener todo arriba a la mano y los vinos que tenemos aquí abajo son de Pál en su mayoría, a pesar de que insiste en que los usemos, sabes que no me gusta tocar nada que puede pertenecer a Pál o Klaudia.

—Siempre has sido el más respetuoso de los cuatro.

Sonrieron.

—Es que con Miklos ya tenemos suficiente desmadre y excesos de confianza.

—La verdad es que sí —Lorcan asintió sonriendo y pensando en lo poco que le importa Miklos la propiedad ajena. Tenía modales, como no, y fue criado como todos ellos, pero a la hora de querer obtener algo, hacía todo lo que tenía a su alcance para obtenerlo fuese legal o no.

Garret frunció el ceño y lo vio con curiosidad.

—¿Qué ocurre con Klaudia? —Lorcan no quería hablar de ese tema en ese momento tan delicado para su hermano mas era mejor contarle así ya estaba enterado.

—Parece que se fue a buscar al detective del caso de Felicity y acabó molida a golpes por él —sintió el cambio brusco en el interior de Garret. Rabia, preocupación—. Calmate —le ordenó

porque sabía que actuaba dominado por sus propias emociones, acababa de alimentarse y seguía conectado a ese hilo delgadísimo que le suministraba psique de Felicity y estaba seguro de que también absorbió psique de Norma, así que tenía un exceso de energía que podía liberar fácilmente con una buena batalla. Lo habría invitado a batallar arriba en el jardín mas no era buena idea con Felicity allí.

—¿Qué le hizo el imbécil ese?

—Lo que quiera que le haya hecho se lo tenía merecido porque ella se dejó llevar por sus impulsos y lo atacó en zona sagrada para él.

Sintió las emociones de Garret arremolinarse y hacerle entrar en confesión.

—Entonces lo que Pál suponía ¿es verdad?

Lorcan asintió con tristeza en la mirada.

—El detective es un descendiente de la aldea en Irlanda que llevó a Luk a la muerte.

—Pero...

Lorcan levantó la mano y negó con la cabeza.

—Alguna vez Klaudia lo contará, supongo, ahora no hubo manera de sacarle nada más y no ha querido hablar con Pál, no me dijo el por qué, mucho me temo que Klaudia siente cosas por el detective que se portó como un caballero con ella ayudándole a sanar en su propia casa.

—Esto suena a cuento de ficción.

Lorcan soltó una carcajada.

—Heather no para de decir lo mismo desde que estamos juntos. Hablé con Klaudia hace dos días y no la escuché bien. Algo pasó entre ellos, me aseguró que la veremos en la fiesta de las máscaras y no dijo más.

—Es Klaudia, no va a decir nada más.

—Exacto. Dirá lo que nos atañe a todos, qué dijo el hombre cuando se enteró de que Luk ya no está para cumplir su venganza y avisará en caso de que el resto de la familia esté en peligro. Que por la forma en la que me hablaba, te aseguro que él ya sabe todo y ahora nos perdona la vida gracias a ella.

Ambos se quedaron en silencio y levantaron la mirada hacia el techo.

Felicity se agitaba en la cama.

—Ve con ella, yo me iré de nuevo por el acceso oculto.

Garret asintió y una vez estuvieron de pie abrazó a su hermano palmeándole la espalda.

—Gracias.

—Nada que agradecer, solo quiero ayudarte a ser feliz. Llámame mañana, no creo que pueda estar todo el día bajo los interrogatorios de la bruja.

Ambos sonrieron.

—Es una gran chica, ya te darás cuenta. Te llamaré.

Lorcan vio a su hermano perderse escaleras arriba, abrir la puerta de la cocina y cerrarla tras de sí.

Se levantó, respiró profundo.

Pensó en Diana y por primera vez en todo ese tiempo que pasó desde que él fuese el verdugo de ella y de que Garret siempre lo culpara de su muerte, por primera vez, la imagen de ella cambió en su mente.

No era la misma Diana que conoció en la Inquisición.

No.

Era una hermosa mujer la que se proyectaba en su cabeza, con unos rizos rojizos preciosos que le caían desordenados en los hombros.

Una mujer que Lorcan sintió en paz.

Se detuvo a medio camino porque sintió en su propio pecho lo que la mujer de la imagen sentía.

Se conectó con ella.

«No más culpas, por favor, yo estoy bien y él será mucho más feliz de lo que fue conmigo»

La mujer abrió los ojos y Lorcan sintió su pecho estallar de emociones encontradas.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Diana lo perdonaba.

Diana lo liberaba de la culpa más grande que llevaba encima.

Y Diana le aseguraba que Garret sí podría ser feliz.

La alegría lo dominó al completo. Aceleró el paso para llegar cuanto antes al coche y largarse de allí para contarles a Heather y Loretta lo que acababa de vivir.

No se lo podía creer.

—Todo va salir bien —canturreó en el coche en cuanto empezó a subir por la rampa que llevaba al exterior.

Bajó la ventanilla y el viento le dejó saber que la felicidad de Garret llegaría, pero tardaría.

En la lejanía, se podían escuchar los gritos de terror de Felicity sumergida, una vez más esa noche, en su propia pesadilla.

Capítulo 12

Loretta escuchaba con atención la historia que Lorcan le contaba sobre lo ocurrido la noche anterior.

—Norma estará bien allí, no le faltará nada.

—Puede llamarme en caso de que necesite...

—No, va contra las políticas de la empresa que se solicite ayuda externa. La compañía siempre cubre todo.

—¿Cómo dejaste a Garret?

Lorcan levantó los hombros.

—No muy bien, pero es normal. Yo me sentí igual antes de que Heather supiera de mi naturaleza.

Loretta ya había escuchado la versión de Heather y agradeció que esta decidiera marcharse pronto a casa de los Farkas para estar con Felicity.

Un poco, porque le angustiaba saber que su amiga necesitaba de ella o de Heather y ninguna de las dos estaba con ella; y otro poco, porque quería estar a solas con Lorcan, sabía que ciertas cosas le serían más fáciles de hablar si no tenía a Heather cerca.

Se sentaron a la mesa del porche trasero para disfrutar de una mañana soleada.

Los lobos más jóvenes de la manada jugaban entre ellos ignorando a Kale, que los perseguía de un lado al otro tratando de sentirse integrado en algún momento.

Loretta sabía que sería inútil porque los lobos de esa manada eran todos muy exigentes y no aceptarían a Kale ni como vecino.

Lorcan sonrió viendo a los animales.

—Es un cachorro.

—Lo es. Debería estar buscando a su dueño porque en unos días no estaremos y no puedo dejarlo aquí con ellos —señaló a los lobos—, no me fío que sean buenos anfitriones.

—Haces bien, puedo ayudarte si quieres. Nos dividimos las zonas.

—No, nada de eso. Te invité a mi casa para que conversemos de ti, no para que busquemos al dueño de Kale, además, no tengo problemas en quedármelo un par de días más. Es adorable.

Lorcan la vio con curiosidad.

—¿Por qué quieres saber de mí?

—Porque hay cosas que no sé. Eres el Farkas más temido, no quiero sonar grosera...

—Habla con libertad, Loretta, no pretendo que hables de otra manera y nada de lo que digas va a ofenderme.

—Cuéntame tu historia.

Lorcan se frotó las manos en el pantalón observándola con nerviosismo.

—No es una buena historia.

—Pero tiene un final feliz —agregó ella—, y si es así, quiere decir que los ancestros consideran que eres una buena alma a pesar de tu maldición.

Lorcan sintió el nudo en la garganta de nuevo, como la noche anterior, cuando vio a Diana en su cabeza.

—Sabes que ayer, al salir de la casa, me pasó algo que nunca antes me había ocurrido... —se quedó observando el mar a lo lejos por unos segundo como si estuviera buscando la forma de

soltar las palabras con coherencia para que Loretta no lo llamara loco—... ¿es posible que pueda ver a los muertos en mi cabeza?

Ella le sonrió y resopló.

—Y no solo en tu cabeza, si te quedas en mi casa es posible que te los encuentres hasta haciendo uso del baño —Ambos soltaron una carcajada—. ¿A quién viste? —Loretta sentía las emociones de Lorcan. Y sabía que Lorcan experimentaba las de ella.

—A Diana.

Las emociones en Loretta se alteraron un poco. Se dio cuenta de que Lorcan también lo notó.

—¿Por qué te emociona que yo haya visto a Diana?

—Soy un reflejo de tus emociones, Lorcan. Soy empática como tú y cuando estemos uno frente al otro vamos a reflejar las emociones.

—¿Cómo es que no sabíamos que eres como yo?

—No tienes por qué saberlo. Las brujas nos guardamos unos cuantos secretos y digamos que yo no los tenía como personas de confianza antes de que Garret viniera a pedirme ayuda con Felicity.

Lorcan respiró profundo absorbiendo los olores que sintió en la casa desde que entró y que no los tomó en cuenta pero que, en ese momento, se hicieron notar por encima de todo.

Se sorprendió al notar el aroma de ella. La vio con duda porque nunca antes pudo notarlo y...

—Ahora confío —le respondió Loretta segura de su sentimiento.

—Gracias por hacerlo.

Ella asintió manteniéndole la mirada.

—¿Qué quería Diana contigo y por qué te sorprende su aparición en tus pensamientos?

—Bueno, nunca antes experimenté un contacto así —suspiró con tristeza—, cada vez que pensaba en Diana lo hacía con ella en condiciones que no están bien bajo ningún punto de vista. ¿Te sabes mi historia con ella y Garret? —Loretta ladeó la cabeza y le dejó saber a través de las emociones que no se lo sabía todo—. Dudo que vaya a contarte muchas más cosas de las que ya te sabes, Loretta, no es una historia agradable...

—Soy una chica grande y capaz de aguantar un relato cruel, Lorcan. Quiero registrar en mi grimorio al verdadero Lorcan Farkas, para ello necesito que me cuentes tu versión de todo.

Lorcan dejó escapar el aire con gran nerviosismo de nuevo; después de una pausa, empezó a contarle cómo ocurrieron las cosas con Diana.

Se negaba a dar detalles de las torturas, aquello no era necesario para nadie y aunque Loretta se lo suplicara no lo haría.

La chica le indicó que estaba de acuerdo porque ella podía sentir todo el horror de las víctimas que aun Lorcan sentía con solo recordar. Ya con eso tenía una gran carga que soportar y podía documentar todo luego en su grimorio.

—Y siempre que pensaba en Diana y en la culpa que tengo en todo lo que les ocurrió a ellos, no hacía más que torturarme con las imágenes de una mujer que padeció mucho dolor estando a mi merced.

Loretta pudo imaginar no solo a Diana, sino a todas las brujas que fueron masacradas en aquella época.

—No eras tú, Lorcan, también buscabas la manera de sobrevivir a tu desgracia. No puedo imaginarme el horror de vivir las emociones de las personas a las que tu no querías lastimar y que tuviste que hacerlo para salvar a los tuyos. Fue un sacrificio que pagaste muy caro.

Lorcan sintió el escozor de nuevo en la garganta.

—Ayer fue tan diferente, Loretta —la bruja puso atención—, se presentó en mi cabeza esta mujer de rizos rojos, con una belleza salvaje como los bosques. Me sonreía. Me veía con paz y me

dijo que dejara de culparme.

Loretta sintió la paz que Lorcan transmitía en ese momento.

—Entonces hazle caso.

Él sonrió de vuelta.

—Desde ayer no encuentro las imágenes de ella en mi cabeza que me causaron —negó con la cabeza rectificando sus palabras— que nos causaron tanto dolor a Garret y a mí.

—No las busques más porque no quieren que te castigues más.

—Me dijo que él también iba a ser feliz —resopló abatido— pero lo dudo tanto. Apenas salía de ahí confiado en las palabras de ella, cuando bajé la ventanilla del coche y en la lejanía escuché gritar a Felicity de una forma que me puso los pelos de punta.

Loretta sintió un golpe en el pecho por la angustia de saber que los sueños de Felicity empeoraban.

—La primera noche que lo viví junto a ella fue espantoso y Garret me dijo que estaban empeorando. Garret siente o sabe o ve lo que ella sueña de un tiempo para acá, ¿lo sabías?

Lorcan frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Sobre todo cuando no se alimenta con frecuencia. Se ha encontrado en los sueños con ella. No me imagino la angustia y la impotencia de ver lo que el malnacido de tu primo le hace.

Observó cómo se oscureció la mirada de Lorcan y pronto en su interior lo que quería era sacarle la cabeza a alguien. Pelea, pelea, y más pelea era lo que ansiaba.

Respiró profundo para controlar las emociones de ambos y Lorcan parpadeó volviendo a la realidad.

—Lo siento, no quería importunarte con mis emociones de furia.

—No te culpo y me gustaría ser yo la que le arranque la cabeza al maldito. Creo que fue Pál quien se reclamó ese derecho.

Lorcan asintió.

Se mantuvieron en silencio unos segundos.

—¿Cómo es tu vida aquí?

Loretta se sorprendió con la pregunta no esperaba esa curiosidad por parte del vampiro.

—Solitaria.

Kale corría con la lengua afuera de un lado al otro del jardín intentando llamar la atención de los lobos que se había separado cada uno a su rincón para descansar.

El cachorro se dio cuenta de que nadie jugaría con él y finalmente se dio por vencido echándose en medio del jardín para revolcarse en el césped.

Lorcan la observaba con interés.

—¿Qué hizo que cambiaras tu percepción con respecto a nosotros?

—La soledad en la que me rodeo. Ustedes me llevaron a Felicity y ella...

—Ella cambia vidas —acotó Lorcan y luego le contó cómo la conoció, lo especial que se volvió para él—. Deseo tanto que vuelva a ser la que conocí.

Loretta sonrió a medias. Con pesar.

—Quiero pensar que vamos a conseguirlo.

—Yo también, nada me gustaría más que poder saber que ella ya está bien y que mi hermano va a ser feliz después de tantos siglos —Lorcan dejó escapar el aire como si quisiera que su deseo llegara alto para ser escuchado pronto—. ¿Te gustaría ir a dar un paseo por la playa? —preguntó animado y Loretta pensó en que era buena idea así podrían seguir conversando sobre la vida él.

Decidieron llevar con ellos a Kale para ver si tenían suerte de encontrarse al dueño en el camino, después de todo, el perro y su dueño se acercaron a la propiedad porque estaban dando

un paseo por la playa o eso suponía Loretta.

Lorcan caminaba con las manos en los bolsillos y Loretta disfrutaba de la brisa alborotándole el pelo.

De pronto, se vieron sumergidos en una conversación en la que Lorcan se abrió por completo con Loretta. Su historia era sincera y desgarradora, la forma en la que se sobrepuso a todos los traumas que vivió siendo verdugo, las noches sin dormir, las pesadillas, los conflictos internos que tuvo entre hacer lo que era correcto y preservar a su familia. Liberarlos a ellos de ese mal que él estaba sufriendo.

¡Cuántas cosas vivió el pobre y todas muy malas!

—Estuve un tiempo intentando controlar a la bestia y no pude, no lo hice. Un día, Pál tuvo que ayudarme porque... —Loretta sintió el arrepentimiento, la vergüenza y la culpa rondar al rededor del vampiro—... hice algo muy malo.

—No te culpo.

Lorcan bufó con una irónica sonrisa.

—Porque no sabes lo malo que fue, tu naturaleza rechazaría un acto así.

—Seguiría sin culparte más allá de mi naturaleza, Lorcan. Viviste muchas cosas que te perturbaron. ¿Cómo superaste todo?

—Pál. Me ayudó en todo momento, hasta que me pude controlar por completo o que encontramos la forma de mantener a la bestia en control, no me dejó solo —Loretta quería saber más así que Lorcan se extendió en la explicación de su proceso de buscar chicas y llevarlas a un lugar seguro, su refugio en el bosque el cual le dijo que ya no visitaba más, porque estando con Heather nada necesitaba de su antigua vida.

También le preguntó por otras chicas y entonces le contó de su historia con Mary Sue. Parecía ser una buena mujer por las cosas que le contó de ella.

¿Cómo se sentiría estar enamorado?

Porque encontrarse rodeada de gente que caía presa del amor le daba ganas de experimentar el sentimiento.

Lorcan guardó silencio viéndola curioso.

—¿Por qué no te rodeas de más gente?

—Porque mi vida no es fácil, Lorcan. No muerdo ni chupo sangre pero no te gustaría estar cerca de mi cuando me enfurezco de verdad. Los temporales que formo no son divertidos y dependiendo de mi grado de molestia, pueden ser bien aterradores.

Lorcan soltó una carcajada.

—No te imagino haciendo esas cosas.

—Pues hazlo para que no te sorprenda.

—Nada de amigos entonces.

—Nop.

—¿Novios?

Loretta sonrió con timidez y negó con la cabeza.

Novios, si no tenía amigos de donde iba a sacar novios.

—Tengo una sangre muy amarga para ti si eso responde tu respuesta.

Lorcan la vio sorprendido y ella sintió la compasión del vampiro hacia ella.

No le molestó, ella también empezaba a sentir lastima por si misma después de ver el apoyo, la comprensión, el amor, la complicidad, el deseo que puede nacer entre dos personas.

O después de conocer lo mágica que puede ser una verdadera amiga en tu vida.

—Puedo quedarme esta noche si quieres y llevarte a algunos lugares en los que podría

presentarte a chicos.

—¿Qué eres, un adolescente? —Loretta lo vio divertida.

—No, aunque la vida es mejor cuando estamos acompañados. Te lo prometo. Yo tampoco creía que fuera así hasta que vi a Heather.

Loretta lo veía con atención total.

—¿Qué se siente?

—Cada quien lo siente diferente. Para mí, Heather es mi complemento. Para que la vida funcione como la conozco ahora necesito tenerla a mi lado, de lo contrario, volvería a la oscuridad de donde me sacó. Ella es mi luz.

—No sabía que podías llegar a ser tan romántico.

—Yo tampoco —respondió y ambos rieron divertidos— deberías intentarlo, conocer a alguien, enamorarte, sufrir por amor y luego encontrar al indicado.

—Lo he estado pensando, en cambiar un poco mi vida.

Kale ladró y corrió en dirección a un grupo de chicas que caminaban hacia Lorcan y Loretta.

Estaban lejos, por ello, Loretta sintió la necesidad de correr detrás del perro.

Al llegar, una de las chicas estaba hablándole al perro como si lo conociera.

—¡Se va a alegrar tanto cuando sepa que estás bien!

Loretta le sonrió a la chica con educación y terminó de acercarse a ella. Lorcan la seguía.

—¿Sabes quién es su dueño?

—Seguro —la chica le sonrió—, es vecino de mi abuela. Casualmente lo vi el día que lo perdí, era tarde y yo salía de casa de mi abuela cuando coincidimos ¿En dónde lo conseguiste?

—En la playa, estaba dando un paseo.

El perro ladró como si estuviese llamándola mentirosa, que lo era, mas no podía contarle a la chica la verdad de los hechos.

—¿Tendrás un número para llamarle?

—No, puedo darte la dirección de casa, no creo que le importe que te la dé si es por esta causa.

—Yo tampoco creo —comentó Lorcan mientras acariciaba al perro.

Loretta tomó nota de la dirección del dueño de Kale y luego le agradeció a la chica los datos.

Se despidieron continuando cada grupo su camino.

—Vaya suerte que tuvimos de encontrarnos a esta chica —comentó Loretta.

Lorcan bufó divertido.

—Yo no lo llamaría suerte, yo lo llamaría coincidencia —Loretta lo observó confundida—. Piénsalo, quieres tener contacto con gente y de pronto, el animalito se salta las barreras de visión de tu casa haciendo que busques la forma de encontrar a su dueño.

Loretta no pudo evitar soltar una carcajada.

—Creo que es hora de que empieces a ver más películas de acción y no de amor porque ya se te está subiendo a la cabeza tanto romance.

Lorcan le dedico una mirada suspicaz.

—Que conste que no fui yo el que habló de romance, yo solo dije que te están dando la oportunidad de conocer gente de tu entorno. Una persona te lleva a otra y así llegas a la indicada.

Bueno, viéndolo así, Lorcan tenía razón admitió Loretta en su interior y Kale ladró un par de veces indicando que estaba de acuerdo con Lorcan.

Loretta dejó escapar el aire, hablar de relaciones con humanos que no fuera Felicity o ahora Heather la ponían muy nerviosa.

Lorcan sonrió de lado y le pasó con cuidado y respeto un brazo sobre los hombros dándole un

apretón amistoso que la reconfortó.

—En otra época, te hubiera mandado a arrancar la mano por los lobos.

Lorcan la apretó divertido a su costado.

—Los tiempos cambian, Loretta, y debemos cambiar con ellos.

—Eso parece —tomó aire ansiosa—, eso parece.

—Entonces, ¿vas a contarme cómo van las cosas con tu memoria?

Felicity vio a Heather con confusión en la mirada aunque suponía que estaba mejorando porque retenía mejor algunas cosas en los últimos días.

—Estoy mejorando. Creo que los remedios de Loretta funcionan.

Heather le sonrió con complicidad.

—Los remedios de Loretta o los de Garret; ni creas que no me di cuenta de que están muy acaramelados.

Felicity sintió sus mejillas encenderse.

—Es tan especial conmigo, Heather.

—¿Qué sientes por él?

Felicity meditó su respuesta porque le parecía que sentía amor pero también le parecía que era muy pronto como para lanzar un veredicto tan importante.

Heather le sonrió de nuevo y bebió un sorbo de su café, llevaban toda la mañana conversando.

—¿Es descabellado si digo: amor?

Heather negó con la cabeza.

—No, no lo es. Llevas mucho tiempo a su lado y es especial contigo porque...

—Yo lo soy para él, lo sé —vio a su amiga con vergüenza—. Me lo ha dicho.

—Entonces ¿por qué no te veo completamente feliz? Parece que tu memoria mejora y tienes a tu lado a un hombre que daría lo que fuera para hacerte feliz.

—¿Y si no mejoro, Heather? —dejó salir el aire que le oprimía el pecho—, y si esto es solo una falsa esperanza y luego empeoro, ¿te parece justo que Garret tenga que estar conmigo aun yo estando muy mal de la cabeza?

—Sabes que jamás me parecería justo algo así; en este caso, soy muy positiva y sé que todo terminará bien, además, debemos dejar que él también decida qué quiere hacer en cualquiera de los casos que se presenten.

Felicity entonces recordó la conversación que tuvo con Loretta en la que esta le dijo que Heather estaba con Lorcan.

—¿Por qué nunca me has hablado de Lorcan?

Notó la reacción de susto en su amiga aunque esta intentó disimularlo muy bien, la conocía.

También notó que decir aquel nombre en voz alta; mas cuando salía de su boca le seguía produciendo la misma angustia.

Respiró profundo.

Recordando también que Lorcan estaba asociado al hombre de sus pesadillas.

¿Por qué?

—Quería esperar el momento apropiado —mencionó Heather con un hilo de voz.

—¿Este es el momento apropiado?

—Quizá —su amiga bajó la mirada a la taza que tenía entre las manos—. No puedo decírtelo todo porque...

Felicity empezaba a hartarse de ese juego de todos con ella.

—¿Por qué no, Heather? ¿Por qué Lorcan me da tanto miedo? ¿Por qué no me cuentas tu vida con él? —sintió que su voz subía de tono y su amiga la observó con preocupación.

La tomó de las manos y le habló desde su corazón.

—Felicity, no hay nada más en el mundo que desee que contarte toda mi aventura con Lorcan, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo amo con locura y sé que él me corresponde de la misma manera pero no puedo contártelo todo porque hay cosas que tu mente...

Felicity no pudo soportar eso y dejó que el nudo en la garganta se intensificara.

—¿Qué me pasó cuando estuve perdida y por qué él tiene que ver en eso?

Heather la vio asustada.

—No, Lorcan no tiene que ver con tu secuestro.

—¿Por qué yo creo que sí? —exigió de nuevo Felicity estaba cansada de que nadie le hablara con la verdad.

Heather se desinfló en el sillón en el que se encontraba sentada.

—No puedo hablarte de eso, cariño. No puedo —Felicity iba a hablar, Heather no se lo permitió—. Escucha, un día no volviste a casa y todos acusamos a Lorcan injustamente porque él fue el último que te vio ese día que desapareciste.

—¿Por qué nadie me comentó eso antes?

Heather resopló de nuevo y Felicity se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta. ¿Qué secreto le estaban ocultando?

—Eres mi amiga, Heather, y creo que me merezco más apoyo de tu parte.

Heather la observó molesta.

—Porque soy tu amiga y porque te adoro, es que no te digo nada. Tu mente, hasta que no se aclare, no va a entender lo que en realidad pasó.

—¡¿Y qué diablos fue lo que pasó?! Porque lo único que hago es revivir una y otra vez una maldita pesadilla en la que una bestia me persigue.

Felicity no aguantó más y empezó a llorar desconsolada.

—No aguanto este vacío de memoria, Heather, no puedo y necesito que ustedes me ayuden si saben cuál fue la verdad. Dímela, por favor, te lo suplico, dímela.

Heather se sentó a su lado y la acunó consolándola tal como si fuera su hermana.

La sintió llorar a ella también pero no quería reparar ahora en nadie. Solo le importaba lo que ella estaba sintiendo. La impotencia de que todos sabían algo que ella no y que tal vez ese algo le ayudaría a resolver su problema con la memoria.

Así estuvieron un rato.

Cuando Felicity consiguió calmarse un poco, le contó todo lo que estuvo experimentando junto a Loretta. El sueño del invernadero, la presencia de Garret en las pesadillas.

—Nunca consigue ayudarme, él siempre me arrastra y me lleva —bufó entre sollozos—, me alegraría de recordar eso también porque es otra cosa que nunca conseguía retener en mi cabeza al despertar y ahora, hablando contigo, me doy cuenta de que tengo muchas partes de mis pesadillas allí, vivas en la memoria.

Heather le tomó el rostro entre las manos.

—¿Y ves al hombre?

Felicity negó con la cabeza.

—Lo vas a recordar y vas a aclararlo todo —Heather bajó la mirada para verse con nerviosismo las manos. Un síntoma que Felicity reconocía muy bien. Su amiga se sentía mal por no poder ser franca con ella.

—Si Lorcan no me hizo nada ¿por qué aun no lo conozco?, es hermano de Garret pudo venir contigo y...

Heather le tomó las manos con fuerza y la vio a los ojos con seriedad.

Recordó el momento en el que se tomaron de la misma forma con los papeles invertidos en aquel entonces, era ella quien sujetaba las manos de Heather que lloraba histérica porque no tenían dinero para pagarle al camello y las iban a matar si no pagaban la deuda.

Le sonrió de lado con compasión y amor.

—Confía en nosotros, Heather, todo va a salir bien. Vas a conocer a Lorcan pero en Venecia. Después de ese viaje, te prometo que te voy a contar todo si Garret no lo hace antes —cerró los ojos y respiró profundo—, todo —repitió levantando los párpados y clavando su vista de nuevo en la de ella—; por muy dura que sea te la voy a decir porque estás en tu derecho, tienes razón, lo único que hemos hecho hasta ahora es ocultarlo porque creemos que eso va a ayudarte a mejorar y a entender todo lo que ocurrió con más facilidad. Tu mente, al no estar clara, le va a costar procesar algunas cosas que para una mente lúcida ya es difícil de procesar —Le dio un apretón de manos y le sonrió con súplica—. ¿Puedes confiar un poco más en nosotros?

—¿Tengo otra alternativa?

Heather resopló más tranquila y le limpió el rostro con una servilleta a su amiga.

—Que Garret no sepa de esta conversación. Está muy entusiasmado con el viaje y la fiesta y quiere hacerte pasar unos días divertidos, ve a lavarte la cara; vámonos de paseo —su expresión cambió a la que colocaba cuando quería dar la impresión de haber tenido una idea brillante—. Vámonos al salón de belleza y no hablemos de chicos hasta que podamos hacerlo con toda honestidad, ¿te parece? Es más, quiero que me hables de la tal Loretta y tu asombrosa amistad con ella. ¿Cuándo voy a conocerla? ¡Porque quiero saber quién me roba tu amor!

Felicity sonrió con desgano.

—Prométeme que en Venecia me vas a decir la verdad.

Heather la vio de nuevo a los ojos y sabía que le hablaba más en serio que nunca antes en su vida.

—Felicity, te prometo por la memoria de mi hermana que, después de la fiesta de las máscaras, si me lo pides, voy a decirte todo con la ayuda de Garret, Loretta y Lorcan. Todo. No vamos a guardarnos nada. Te lo prometo.

Se abrazaron, sellando aquella promesa que llenaba de ansiedad a Felicity y también de excitación porque sabía que quedaba muy poco para la fiesta.

Quedaba muy poco para saber, por fin, qué ocurrió con ella y así poder despejar toda su mente.

Loretta amaneció con pesadez aquel día.

Estuvo hablando con Lorcan hasta muy entrada la noche, él necesitaba que Felicity se durmiera profundamente para poder llevarse a Heather a un lugar más privado en el que pudieran saciar sus necesidades y el deseo de ambos.

Estuvo bebiendo más infusión tranquilizante de la normal y aquello no le sentó bien porque parecía un zombi esa mañana.

Lo necesitó mientras conversó con Lorcan que, a medida que más avanzaban las horas del día, él parecía sentirse más y más en confianza con ella contándole cosas que era muy probable que nadie más supiera y que ella, por supuesto, no le diría a nadie.

Ni siquiera lo apuntaría en su grimorio porque no era necesario apuntar detalles de

experiencias tan personales y tan crudas para Lorcan.

Vio el grimorio en la mesa del invernadero esperándola para apuntar todo cuanto Heather y Lorcan le dijeron.

Se preparó un café, bien oscuro.

Necesitaba quitarse la pesadez de encima para poder hacer todos los pendientes de ese día, que eran unos cuantos.

Los más importantes eran resolver el asunto de Kale y visitar a Felicity que, el día anterior, le llamó dos veces para invitarla a pasar el día con ella y Heather y Loretta tuvo que mentirle en ambas oportunidades porque no podía perder la oportunidad de conversar con Lorcan como lo estaba haciendo.

No sabía si tendría una nueva oportunidad de hacerlo.

A pesar de que se abrió con ella y bromeó en algunos momentos, Lorcan era serio y reservado.

Un hombre que podía darle miedo a cualquiera porque tenía un semblante rudo.

Loretta hizo una mueca de disgusto en cuanto pensó en su físico como «rudo». Era muy varonil, mucho más que Garret, y tenía ese aspecto de hombre de poder que puede causar muchos problemas.

Sin duda, atrapaba miradas del sexo opuesto.

Sonrió bufando y luego le dio un sorbo a su café que le supo a gloria.

Los chicos Farkas eran toda una caja de sorpresas.

Muy rudos, seguros de si mismos, capaces de dominar a todo el mundo y letales como la espada más afilada, sin embargo, era cuando hablaban de sus mujeres ganaban una belleza que no se podía describir.

A Lorcan le nacía un brillo en los ojos cada vez que pensaba en Heather que hacía derretir a Loretta deseando que alguien, alguna vez, tuviera una mirada como esa pero en su nombre.

Kale ladró un par de veces sacándola de su ensoñación.

—Ven, vamos a ponerte comida, hoy te iras a casa ¿eh? —sacó un poco de comida para perros de la bolsa y la vertió en el plato que puso para el perro en esos días.

También llenó el plato del agua.

Uno de los lobos que estaba en el interior con ellos resopló, como si estuviese aburrido de ver lo servicial que era ella con el cachorro y Loretta solo rio por lo bajo negando con la cabeza.

Entró luego en el invernadero, hacía frío, el cielo ese día estaba cerrado con nubes que no auguraban una tormenta y que tampoco dejarían pasar la luz del sol.

Amaba esos días. Eran los perfectos para quedarse en casa, con la chimenea encendida leyendo.

Sola.

Como siempre, sola.

Soltó una irónica carcajada que llamó la atención de Kale obligándole a levantar la cabeza del plato pero al darse cuenta de que Loretta no dijo nada más, volvió a lo que realmente era importante para él en ese momento.

Por su parte, Loretta que no se percató de la acción del perro, atendió algunas plantas que el día anterior no recibieron atención por su parte y en tanto, pensaba en si esos días que tanto le gustaban serían mejor compartirlos con alguien.

Recordó a Lorcan dándole consejos de amor.

Era un buen hombre.

Después de haber conversado con él quería conversar con los demás.

Intentaría acercarse a Miklos en Venecia.

O a Klaudia.

No.

La verdad era que Klaudia le daba un poco de temor. Mucho más que el que pudo haberle dado Lorcan.

Dejó las cosas del invernadero y se bebió con rapidez lo que le quedaba en la taza para subir al cuarto de baño y darse una ducha rápida.

Se vistió cómoda, abrigada, se hizo una cola de caballo alta optando por solo llevar un poco de crema humectante esa mañana, con mucha manteca de cacao en los labios para que no se le cuartearan en la salida que iba a hacer.

Después tomó su bolso, bajó a la cocina.

—Chicos, voy a llevar a Kale a su casa.

Los lobos aullaron y ella sonrió viendo a Kale mover la cola con emoción.

Parecía que no les hacía gracia que lo devolviera.

—Quien los entiende, no lo reciben como compañero pero tampoco quieren que se vaya. Son muy egoístas, chicos —negó con la cabeza divertida—. Vamos Kale, vamos a casa.

Caminó hacia la puerta seguida del perro.

Se subieron al coche y condujo con Kale en la parte trasera sacando la cabeza por la ventanilla.

Hacía frío aunque a él parecía no importarle.

Llegaron al lugar que tenía apuntado Loretta.

Kale parecía reconocer el lugar porque corría excitado de un lado a otro y saltaba creyéndose conejo en vez de perro.

Loretta sonrió divertida al verlo tan emocionado.

Caminó hasta la puerta de casa y tocó el timbre.

Le abrió la puerta una chica que parecía salida de una revista de modas, contaba un gran parecido con la que Loretta se encontró en la playa.

La modelo de revista, la observó de arriba a abajo con una mirada muy reprobatoria.

Loretta pensó que fue un error salir de casa vestida como lo hizo. Parecía un mendigo frente a la chica rubia de porte elegante.

—¿Qué necesitas? —le preguntó en un tono que hablaba muy bien de cómo eran algunas personas en Los Hamptons.

—Busco al dueño de Kale.

La rubia volvió los ojos al cielo y no pudo evitar darle un empujón al perro que venía feliz a saludarla.

—¡Estúpido perro! ¡Me vas a llenar de pelos!

—¡Kale! —Loretta agradeció la interrupción de la voz de una mujer mayor que habló por detrás de la rubia porque estuvo a punto de decirle unas cuantas cosas muy poco educadas por el trato que le diera al animalito.

El perro entró a la propiedad como un rayo brincando encima de la mujer.

Se saludaron entre caricias y lametones durante unos segundos. Kale estaba feliz de verles, incluso a rubia plástica y cruel que Loretta escudriñaba con la mirada mientras esta solo estaba admirando su impecable manicura.

—Melissa, ¿en dónde están los modales esos de los que tanto alardea tu padre que recibiste en Suiza? Muévete y deja pasar a la chica.

La rubia volvió los ojos al cielo de nuevo y Loretta entró con cautela.

No sabía cuándo fue la última vez que estuvo en casa de humanos.

La energía de la casa era agradable a pesar de que la rubia enturbiaba ciertos rincones.

Loretta olvidó cerrar su energía para aislarse de las emociones y energías ajenas al salir de casa.

Ya era tarde para hacerlo mas no se arrepintió porque se sentía a gusto.

La mujer mayor se le acercó con lentitud apoyada de un elegante bastón.

Le tendió la mano.

—Mi nombre también es Melissa, como el de mi nieta, aunque no nos parecemos en nada —le hizo un guiño divertido y Loretta respondió al saludo.

—Loretta Brown, señora, encantada de conocerla —pensó que debía decirle que era una lástima que su nieta no se pareciera a ella o una fortuna que ella no fuera como su nieta, todo según quisiera verse.

No le pareció prudente a pesar de haber sido Melissa quien dio pie para hacer un comentario como ese.

—¿Qué te trae a mi casa? ¿Eres la chica que cuida de Kale mientras Bradley está en el hospital?

Loretta cambió de expresión de inmediato. Su rostro reflejó la sorpresa de la noticia.

—No, no —empezó a aclarar dudas—. La verdad es que hace unos días me encontré a Kale en la playa y hasta ayer, que daba un paseo por allí de nuevo, fue que supe en dónde podía encontrar a su dueño. Otra chica, muy parecida a su nieta —señaló hacia donde estaba la rubia con sus auriculares acostada en el mullido sofá del salón de la casa.

—¡Oh! Ha debido ser mi dulce Kate. No tiene nada que ver con su hermana mayor.

—Me di cuenta —le guiñó un ojo a la mujer y esta sonrió con picardía.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, no, solo quisiera poder contactar con el dueño de Kale; si está en el hospital...

—Oh, no tiene nada grave, cariño, se repondrá, es un chico fuerte.

—¿Qué le ocurrió?

—Buscando a esta bola de pelos —acarició al perro en la barriga y este se acomodó mejor sobre su lomo para quedar con la barriga hacia el techo así la mujer podía extender las caricias—, no estaba pendiente al cruzar la calle y un coche frenó a tiempo para respetarle la vida y sin embargo, no pudo evitar romperle una pierna. Tuvieron que operarle, está en recuperación. Yo poco puedo salir por la pierna —levantó el bastón— he enviado al chofer y me dice que está mejor y que pronto le darán el alta.

—Supongo que entonces puedo dejarle a Kale a ustedes.

—Oh, no, cariño, lo recibiríamos con gusto pero Kate ya se marchó a la ciudad y Melissa y yo estaremos de salida hoy después del almuerzo. No quedará nadie en casa. De todas maneras, tampoco podría recibírtelo porque Kale es la mascota de mi inquilino; aunque nos llevamos muy bien y tomamos café algunas veces, no me gusta asumir responsabilidades que no me corresponden o que podrían dañar la buena relación que mantenemos. Una mascota es como un hijo y yo, ya tuve los míos.

Loretta no pudo evitar sonreír con sinceridad por el comentario de Melissa, que le pareció un poco drástico.

—Bien, entonces iré a casa y luego visitaré a... —no recordaba el nombre del dueño de Kale.

—Bradley Reed —aclaró Melissa.

—Eso, visitaré a Bradley Reed y le daré la noticia de que Kale está conmigo.

—Estará encantado de saberlo, te lo aseguro.

Loretta se movió hacia la puerta, la mujer la seguía con lentitud.

—No se moleste, señora, conozco la salida —le sonrió con amabilidad, Melissa le devolvió la sonrisa—. ¡Vamos, Kale!

El perro ladró incorporándose sobre sus patas con prisa moviendo el rabo de felicidad.

—Muchas gracias por todo, señora Melissa, fue usted muy amable. Que tenga buen viaje.

Loretta abrió la puerta de la casa para salir.

—Gracias a ti por cuidar tan bien de Kale y por tus buenos deseos. Eres una chica muy educada. Nos veremos por aquí en otra oportunidad, estoy segura de eso —respondió con una alegre y pícaro expresión en el rostro.

Loretta solo asintió sin decir más y salió.

Se subió al coche después de dejar que Kale ocupara el puesto que le correspondía.

Puso el motor en marcha pensando en ir directo al hospital y después no le pareció buena idea teniendo el perro encima, no se atrevía a dejarlo en ningún lado porque era tan solo un cachorro; ahora ella era la responsable del perro y no quería por nada llevarle malas noticias al pobre chico que ya bastante tenía.

Dejó el perro en casa y sumergida en sus pensamientos, condujo hasta el hospital.

Su móvil sonó cuando bajaba del coche.

“¿Vendrás hoy a casa?”

Sonrió.

“¡Claro! Te dije que hoy sí iría, estoy resolviendo un par de cosas y en cuanto termine, voy para allá”

“No demores”

Felicity la necesitaba, Kale la necesitaba y ella necesitaba relajarse.

No tuvo días más movidos en su vida que esos últimos entre Lorcan, sus historias, las cosas entre Felicity y Garret, Heather.

Respiró profundo y entró al hospital.

—Buenos días, busco la habitación del Sr. Bradley Reed —informó a la recepcionista que de inmediato le dejó saber el piso y número de la habitación.

Caminó con nerviosismo hasta la puerta indicada, la encontró entre abierta.

Tocó con los nudillos al ver al chico sentado en la cama observando con desgano la escayola que tenía casi hasta medio muslo.

Este levantó la vista al escuchar los delicados golpes en la puerta.

—Hola.

—Hola —la saludó con una sonrisa que iluminó todo el hospital. Loretta se sintió atontada de nuevo y se dijo a sí misma que ya no debía consumir ni infusiones ni café en el resto del día.

El chico seguía observándola con interés y diversión.

—Es a mí a quien buscas o te equivocaste de habitación.

Loretta se sintió la mujer más tonta del mundo en ese momento por quedarse como una idiota observándolo, como si él fuera un bicho exótico.

Que lo era.

Su tono de piel era exacto al del chocolate con leche y hacía un estupendo contraste con esos ojos que mezclaba varias tonalidades.

Parecía como si un artista hubiese dado brochazos con acuarela de color verde intenso, verde claro y amarillo brillante.

Sí, una combinación exótica.

La vio otra vez expectante, ella parpadeó creyendo que con eso aceleraría sus pensamientos porque no sabía qué diablos decirle.

¡Ah! ¡Sí! Estaba ahí por el perro.

—Estoy aquí por Kale.

El chico sonrió con mayor amplitud que la vez anterior y los ojos irradiaron una felicidad que contagió a Loretta obligándola a bendecir por primera vez en su vida su poder.

Aquella felicidad que estalló en su pecho nunca antes la sintió y el haber podido experimentarla fue algo maravilloso.

—¿En dónde está? ¿Cómo lo encontraste?

Loretta le sonrió con timidez, le abrumaba. Estaba sobrecargada de emociones.

Cerró los ojos un segundo para respirar profundo, poco le importó que estuviese él allí viendo lo que hacía.

Él la observaba con curiosidad pero no preguntó nada que Loretta no quisiera responder.

—Lo encontré en la playa y me enteré que eres el dueño porque la nieta de la Sra. Melissa nos encontró dando un paseo ayer durante el día informándome quien eras; no me dijo que estabas aquí. Solo me dio la dirección de tu casa.

—Kate es muy discreta.

—¿Cómo sabes que fue Kate?

Bradley sonrió divertido y levantó las cejas suspirando.

—Melissa jamás hubiera notado que tú llevabas a Kale.

Loretta no pudo evitar sonreír con sinceridad.

—Para haber estudiado en Suiza no es muy amable, la verdad.

—No, no lo es —comentó Bradley seco y tan serio que Loretta se preguntó qué le pudo haber hecho la chica para que se sintiera tan decepcionado cuando hablaba de ella—. Veo que fuiste a la casa principal.

—Así es, la Sra. Melissa me informó de que estabas aquí, quise dejarle a Kale y ella...

Bradley negó con la cabeza.

—No lo aceptaría y la verdad es que lo prefiero así.

Loretta solo asintió.

Bradley se puso de pie para tratar de tomar las muletas, fue entonces cuando Loretta notó que su equipaje estaba junto a él y que parecía que iba de salida.

—Te ayudo —Loretta le alcanzó las muletas.

—Gracias, ¿qué tal está el clima hoy?

—Gris, frío —Bradley arrugó la cara—. ¿Estás de salida?

Él asintió colocándose las muletas debajo de las axilas e intentó luego tomar el bolso de mano para colgárselo en el hombro antes de salir de la habitación.

—Me acaban de dar el alta. Ahora me envían a casa, suponen que me quedaré allí descansado un par de días más pero, con el trabajo y Kale, será bastante difícil.

—Bueno, en el trabajo tendrán que entender las órdenes médicas y en cuanto a Kale... —Loretta ladeó la cabeza—, si no te importa y mientras estés así, pues puedo quedármelo yo —fue entonces cuando se dio cuenta de que Kale llegó a su vida con un propósito y que todo lo que estaba ocurriendo tenía que ver con Garret y Felicity.

Todo encajaba, no sabía por qué, sin embargo, entendía muy bien que ella no podía moverse de su casa porque algo iba a ocurrir con ellos y Loretta tenía que permanecer en su territorio para ayudarles desde allí.

Sintió la energía de los ancestros sumada a la visión de los lobos ladrando en el jardín de su casa en ese preciso momento.

Sí, definitivamente era eso.

Se preocupó porque qué diablos iba a ocurrir que ella tenía que estar tan alejada de Felicity sin poder ayudarla.

—¿Estás bien? —Bradley se acercó a ella colocándole la mano en el brazo con delicadeza.

Loretta sintió un hormigueo fantástico ahí en donde él tenía la mano apoyada.

Se vieron a los ojos por unos segundos sin pronunciar palabra.

Loretta asintió sin poder demostrar la felicidad con la que él la contagiaba por haber encontrado su mascota.

Ya no, Felicity iba a estar mal y ella no sabía cómo diablos iba a poder ayudarla.

—Oye, puedo llamar al médico y...

—No, no. Estoy bien, gracias. Te decía que yo puedo cuidar de Kale mientras tanto.

—No puedo permitirlo; además, me hará compañía en casa.

—¿Viene a buscarte alguien?

—No, llamaré a un Uber.

—Nada de eso —le quitó el bolso de las manos acercándose a la puerta—, vamos, te llevaré a tu casa y así puedo convencerte de que Kale estará mejor conmigo unos días más.

Bradley le sonrió con suspicacia pero no se negó a que Loretta lo llevara mientras ella solo podía pensar en los próximos días y en la forma de estar preparada para lo que sea que viniera con Garret y Felicity.

Felicity bostezó con fuerza y todos rieron de su falta de educación.

—Lo siento, chicos, estoy agotada.

Garret le dio un beso en la coronilla. Le encantaba tenerla en esa posición tan cercana estando frente a los demás.

—Cierra los ojos y descansa —le susurró él

—Me encanta que se lleven bien —comentó Felicity soñolienta viendo a Heather y Loretta sentadas en el mismo sofá de dos plazas del salón. Estaban frente a ellos—, creo que sí voy a cerrar los ojos un poco.

Garret cerró los ojos también y dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá. Sentía la energía de Felicity entrando en su sistema, recargándolo por completo.

El hilo delgado del cual absorbía psique seguía activo y ya no le causaba el temor de poder dejarla a ella vacía de psique ocasionándole algún daño o la muerte.

Después de la conversación con Lorcan se sentía mucho más tranquilo y seguro de los pasos que daba. Además, tenía que hacerlo porque cada vez se acercaba más la fiesta de las máscaras y tenía que estar preparado para lo que sea que tuvieran que afrontar.

Respiró profundo sintiendo el aroma ácido de la preocupación en Loretta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó viéndola a los ojos sin moverse de su lugar.

Loretta le hizo señas de no querer conversar frente a Felicity.

Garret vio el reloj que llevaba en la muñeca y esperó algunos minutos más.

Hasta que Felicity dejó escapar un suspiro curvando un poco la comisura de sus labios dejándole ver a todos que estaba profundamente dormida.

—Voy a llevarla a su habitación.

Las mujeres asintieron y Garret se apresuró en dejar a Felicity cómoda arriba.

Llevaba dos noches durmiendo mejor aunque no por ello las pesadillas no se presentaban.

No eran como las de costumbre, no sabía qué estaba cambiando pero estaba claro que algo

cambiaba en ella y esperaba que fuese para bien.

—Me dijo hoy que recuerda cosas de su pesadilla —le comentaba Heather a Loretta y esta no hacía más que marcar su cara de preocupación.

—Su memoria está más activa —Garret se unió a la conversación—, eso es un hecho, hay muchas cosas más que está empezando a recordar, ya no se olvida de lo que ocurre en corto plazo —vio a Loretta—. ¿Qué es lo que te ocurre?

—No puedo ir con ustedes a Venecia

—Pero si...

Loretta le cortó el habla con la mano.

Él se sentó en el puesto que antes ocupó junto a Felicity.

—Hoy encontré al dueño de Kale y, al encontrarlo a él, me di cuenta de que Kale llegó a mi vida para impedirme asistir al viaje. Lo envían ellos, Garret. Los ancestros lo pusieron en mi camino para que yo no me mueva de casa.

—No entiendo —intervino Heather y Garret la apoyó.

Loretta respiró profundo para luego explicar con rapidez todo el asunto con el perro y el dueño del perro.

—¿No puede ser una simple coincidencia? Y si el chico no puede cuidarlo, le pagamos un hotel de perros hasta que regresemos.

—No funciona así, Heather, no es tan simple como parece —sentenció Loretta para luego ver a Garret—. Vi en la distancia a los lobos ladrando. Es un hecho, debo quedarme porque sea lo que sea que ocurra con ustedes allá, mi parte la voy a hacer desde aquí. Necesito estar en mi territorio. Más después de todo lo que ustedes estuvieron conversando hoy —veía a Heather que le contó de la desesperación de Felicity al preguntarle sobre Lorcan.

Garret se frotó el rostro con las manos.

—¿No puede simplemente recobrar la memoria y ya? —protestó agotado—. Dios, juro que después de esto me quedo sin nervios.

—¿Tú crees que pueda recuperarla en el viaje?

Loretta asintió viendo a Heather con preocupación.

—Mas que creerlo, siento que va a ser así y tienen que estar preparados para cualquiera que sea su reacción.

Felicity tarareaba una canción alegre mientras se maquillaba en la habitación del lujoso palacio en el que se hospedaba junto a Garret en Venecia.

Pensaba en Loretta, acababa de hablar con ella por teléfono y le pareció escucharla preocupada, aunque esta no lo admitió.

La conocía y sabía que algo le ocurría.

¡Cómo le habría gustado pasar esos días con ella y Heather!

Se había hecho mucha ilusión con ese viaje y con el hecho de compartirlo con sus amigas.

Loretta, el mismo día del viaje, le dijo que no podría irse porque aun a la fecha no conseguía al dueño de Kale y no podía dejar al perrito por ir a disfrutar de una fiesta que ella ya sabía muy bien cómo era.

Loretta se lamentó tanto como ella el no poder estar presente en todo lo que planificaron que sería ese viaje para ellas como amigas.

Felicity dejó salir el aire, se sentía muy nerviosa. Más que el resto de los días en los que estuvo recorriendo y admirando la ciudad junto a Garret y Heather.

Para ella nada era conocido a pesar de que sabía que estuvo ahí en el pasado con alguien más.

Con ese hombre del que nada recordaba.

Puso atención en cada recorrido que hizo, cada palacio que visitaron, cada lugar al que entraron a comer y nada le daba una señal de haber estado ahí antes.

Y sentía que la ansiedad iba a acabar con ella pero no lo comentó con nadie fingiendo estar muy bien porque estaba cansada de arruinarle los momentos especiales a los que tenía al rededor, en especial a Garret que estaba tan entusiasmado con la notable mejoría de su memoria.

Las pesadillas seguían manifestándose en su cabeza, de la misma manera que hacía semanas y aunque luchaba por avanzar en ellas y descubrir más cosas, no lo conseguía.

Seguía siendo un círculo que se repetía constantemente sin nada que llamara su atención y que le permitiera notar algo diferente.

La mano le temblaba un poco, así que antes de seguir con la parte más delicada del maquillaje como lo era pigmentar los párpados y luego delinearlos, sacudió ambas manos e hizo unas cuantas inspiraciones y exhalaciones buscando un poco de autocontrol.

No conseguía entender qué desencadenó esos nervios absurdos en su organismo ese día. Estaba convencida que algo tenían que ver con la famosa fiesta de las máscaras.

Cada vez que pensaba en el momento de la fiesta sentía cierta angustia y su ansiedad aumentaba. Suponía que podía deberse a que después de la dichosa fiesta Heather iba a contarle todo lo que sabía sobre su desaparición y le iban a explicar qué tenía que ver Lorcan en todo eso.

Quería pensar que después de obtener toda la información que le darían, ella entendería mejor todo lo que ocurría en su cabeza y quizá podría sanar por completo.

Se vio al espejo, sin nada más que la base en el rostro lucía muy pálida.

Vio el reloj, era muy temprano para maquillarse para la fiesta pero la verdad era que no tenía nada más que hacer y necesitaba ocuparse en cosas para no pensar.

Intentó leer un rato y no consiguió concentrarse ni un poco, entonces llamó a Loretta para hablar un poco con ella consiguiendo distraerse con la historia del dueño de Kale, parecía que su amiga sentía cierto interés en el chico aunque no lo admitió cuando Felicity le preguntó sin más.

La vida amorosa de Loretta parecía no existir, nunca mencionaba algún ex que recordara con cariño o con ganas de seguir mandándolo al infierno. No hablaba de chicos, y fue cuando Felicity se dio cuenta de que en realidad no hablaba de nadie más que su familia o la de Garret.

Era muy solitaria y eso le hacía sentir pena por ella porque era una chica hermosa y buena, merecía enamorarse.

Como estaba ella de Garret, o como Heather del famosos y misterioso Lorcan que la tenía solo para él desde hacía dos días.

Heather le había dicho que cuando Lorcan llegara a Venecia, pasarían tiempo a solas; por supuesto, a Felicity no le gustó que la hiciera a un lado por el hombre que tantos misterios causaban en su vida, no le quedó más remedio que respetar la decisión de Heather

Escuchó la puerta de la habitación abrirse y a través del espejo vio a Garret dejar algunos paquetes en el salón principal para luego acercarse a ella y saludarla con un amoroso beso en los labios.

—Ven —la tomó de las manos llevándola al salón con el rostro medio maquillado, el pelo revuelto y apenas tapada por la bata de seda rosa pálido que se puso al salir del baño. Garret la observó al completo y frunció el ceño—. Falta mucho aun para la fiesta, ¿por qué has empezado a arreglarte tan temprano?

—Necesito ocuparme en algo, Garret —se vieron por unos segundos a los ojos.

—¿Qué ocurre? —Felicity veía como él escudriñaba en su sus ojos buscando más información.

—Nada —disimuló rápidamente. Aunque sabía que eso no lo convencería, tenía que intentarlo.

Se dio por vencida cuando él no cambió su postura y se acercó más a ella—. He estado sola gran parte del día —empezó a hablar con tono de aburrimento intentando aparentar eso, nada más—, tú en tus cosas, Heather con el misterioso Lorcan y yo aquí muy aburrída.

Garret se mantuvo serio.

Ella dejó escapar el aire. No tenía sentido seguirle mintiendo, parecía un maldito detector de mentiras humano. Ese hombre siempre conseguía saber cómo se sentía ella en realidad.

—¿Qué es esto? —le preguntó, posando sus ojos sobre las cajas con las que Garret entró en el apartamento en un intento por cambiar la conversación y librarse de un severo análisis e interrogatorio por parte del hombre.

Pensaba que no lo conseguiría pero el contenido de las cajas hizo que cambiar de semblante a Garret, sus ojos se llenaron de emoción y nerviosismo, algo que nunca antes percibió en él. Era un hombre centrado y tranquilo, Felicity llegó a pensar en algún momento que los nervios no existían en su sistema.

¡Y qué equivocada estaba!

—Esto es una sorpresa para ti y un cambio para mí —Ella frunció el ceño, se quedó de pie junto a Garret mientras él destapaba las cajas—. Finalmente llegaron y no puedo estar más satisfecho con el trabajo que hicieron.

Levantó una tela satinada y delicada de ambas cajas para dejar expuestas dos máscaras de porcelana, que solo variaban en su tamaño.

—¿Qué te parece? —levantó la más pequeña y la extendió hacia ella—. Esta será la tuya.

Felicity extendió las manos para cargar aquello que Garret veía como si fuera una obra maestra y a ella no le parecía más que una simple máscara dorada.

Sin embargo, cuando la tuvo en sus manos se dio cuenta de que no era como esas máscaras vulgares que se encontraban en cualquier tienda.

Tampoco era de porcelana como ella creía.

—Siempre pensé que eran de porcelana.

—No, cariño, parecen, mas no lo son. Están hechas con una especie de papel maché. Es un proceso artesanal maravilloso. Primero hacen el molde del rostro que es la parte más delicada y larga del proceso, luego colocan el papel con el pegamento y una vez seco, desamoldan y hacen el resto de la magia para llegar a esto —levantó su máscara y se la puso en el rostro, encajaba a la perfección según notó Felicity. El dorado de esta hacía que los ojos de Garret resaltaran aún más—. Estas están creadas solo para ti y para mí. El molde fue destruido después de hacerlas.

—¿Por qué?

—Porque así lo quise. Soy un poco exigente en este tema —Felicity no pudo ocultar su curiosidad. Garret cerró los ojos y cuando los abrió, los clavó en los de ella haciéndole sentir un extraño escalofrío que le atravesó la columna vertebral al completo.

La mirada de Garret era opaca y llena de tristeza haciéndole recordar a Felicity a Garret tras una máscara blanca en una fiesta anterior a la que ella asistió.

—Yo ya estuve en una de estas fiestas —Garret asintió—. Tu llevabas una máscara blanca —la vio con sorpresa y ella le sonrió tímida, no habían conversado antes de eso.

—¿Cómo sabes que ese era yo? —la atrajo hacia si por la cintura. Ella soltó con cuidado la máscara que tenía en las manos.

—Tus ojos —le sonrió y le pasó los brazos al rededor del cuello—. Los reconocería en cualquier lado, pero no me di cuenta hasta que llegó a mí el recuerdo de esa fiesta.

Garret la besó con dulzura y ella quería seguir haciendo preguntas, sin embargo, los labios de Garret siguieron repartiendo besos haciendo que su cuerpo respondiera de inmediato al deseo que

existía entre ambos.

—Voy a disculparme contigo por el tiempo que estuviste aburriéndote aquí sola —le susurró al oído mientras se inclinaba sobre ella para meter sus manos debajo de la bata, elevándola mientras arrastraba sus caricias en el interior de los muslos de Felicity que ya a esas alturas, tenía el pensamiento nublado.

—Vas a tener que ofrecerme una buena disculpa —comentó con voz temblorosa, mientras Garret la veía con lujuria a los ojos soltando el nudo de la bata para dejarla desnuda.

—Voy a hacer todo lo que me pidas —y selló su promesa con un beso que enmudeció a Felicity por completo.

Garret observaba a Felicity descansar a su lado profundamente.

Dormía desde hacía un buen rato, desde que él llegara al clímax y le absorbiera psique en el proceso.

Despertaría pronto, debía hacerlo porque ahora si empezaban a quedarse sin tiempo.

Le escribió a Miklos para preguntarle si alguien había llevado el tocado de plumas para Felicity.

“Sí, por poco lo olvido; lo dejé en mi apartamento, te lo subo luego”

Le agradeció a su hermano y luego dejó el teléfono en donde lo encontró.

Felicity se estiró dejando uno de sus senos fuera de la sabana y Garret sintió ganas de succionarlo de nuevo como lo hizo minutos antes.

Eran una delicia.

La besó en los labios.

—Parece que alguien quedó exhausta —comentó divertido—. ¿Ya me reivindicé por hacer que pasaras parte del día aburrida?

Ella le sonrió con esa sonrisa que lo desconponía.

—No, creo que después de la fiesta tendrás que seguir disculpándote.

—Nada me apetece más —susurró en el oído de su amada y luego le estampó un beso en el cuello que le hizo sentir el flujo de la sangre corriendo en las venas de ella.

¡Qué ganas de probar su sangre!

Se relamía solo de pensarlo.

Aquello no sabía siquiera si iba a ser posible porque no tenía ni idea de cómo iba a terminar la historia entre ellos.

La mejoría de la memoria de Felicity hablaba bien del futuro pero eso no aseguraba nada.

Cada vez estaban más cerca del encuentro entre ella y Lorcan y temblaba solo de saber que aquel encuentro acabara mal.

Tenía un plan montando para cualquiera de los escenarios que se presentara y Heather, Loretta, Miklos, Pál y Lorcan estaban al tanto de sus planes.

Necesitaría todo el apoyo posible.

Si las cosas salían bien esa noche con Lorcan llevando una máscara, intentarían un encuentro casual al día siguiente en las áreas comunes del palacio, lo estuvieron evitando desde que Lorcan llegara a Venecia.

Y entonces conversarían con toda honestidad de lo ocurrido entre Gabor y ella mientras Etelka la tuvo secuestrada.

Si por el contrario, en la fiesta Felicity reaccionaba mal, dependiendo del grado de ansiedad

que obtuviera con la presencia de Lorcan tenían preparadas varias salidas: llevarla a su apartamento de nuevo y esperar hasta que estuviese calmada para hablar con ella sobre todo lo que le ocurrió con Gabor; sacarla del palacio y llevarla a un hotel hasta que pudieran conversar todos con calma; o simplemente absorberle la psique y subirla al avión para regresar a casa con ella, una vez allí, decidiría el siguiente paso.

Dejó escapar el aire.

De no haber sido por ese trago tan amargo que le esperaba en la fiesta, ahora la sensación sería plena y muy diferente.

Estaba feliz por todo lo que vivía junto a ella, se sentía dichoso por asistir a la fiesta en compañía de la mujer que amaba y llevando una máscara que no iba a levantar suspiros de compasión y lastima.

Ya no guardaba castidad porque le pertenecía a ella, la desea a ella y quería vivir cada instante de su vida con ella.

Quería contarle su historia, estuvo a punto de hacerlo solo que se dio cuenta de que el beso que le dio podía liberarlo de aquella explicación que le debía y que temía hacerle.

Eso podía despertar más recuerdos ¿y si despertaba alguno que le preguntara por su verdadera naturaleza? ¿Qué iba a pasar con ellos?

«Eres un idiota, porque es lo mismo que va a ocurrir después de la fiesta cuando tengas que explicarle todo».

Respiró de nuevo y ella intentó soltarse de su abrazo para verle a la cara.

—Antes me dijiste que eras exigente con lo de las máscaras, ¿por qué?

Garret sabía que ella iba a recordar eso, estaba recordando casi todo lo que vivía cada día del presente.

Hizo una fuerte inspiración sintiendo los embriagantes aromas de ella en el ambiente.

—Es la primera vez que asistiré acompañado. Las parejas llevan máscaras combinadas. Y me hace una gran ilusión todo esto.

Ella lo vio con duda y supo que lo que vendría a continuación era una lluvia de preguntas que quiso evitar entendiendo rápidamente que sería una gran tontería por su parte porque tendría que enfrentarlas en cualquier momento.

—¿Cómo es que nunca habías venido con una chica a estas fiestas?

—No quise hacerlo —cerró los ojos intentando ordenar las palabras en su cabeza. No veía cómo conseguirlo. Parecía un rompecabezas de un millón de piezas dentro de un huracán y no tenía la imagen principal de la cual partir para armarlo. Así era la situación en su interior—. Esto nunca ate lo he dicho porque es una parte de mi vida de la que no me gusta hablar pero... —no podía detenerse porque si no, no le contaría nada—... Diana —cerró los ojos de nuevo porque se sintió muy extraño hablando de Diana con la mujer que ahora amaba y que tenía desnuda a su lado. Felicity le acarició el rostro con amor y ternura—. Diana fue muy importante en mi vida y desde el momento en el que murió quedé destrozado, jurándole amor para siempre. No fui capaz de entablar una relación con otra mujer hasta que te vi a ti —ella le sonrió con tanta dulzura que sintió su corazón llenarse de alegría a pesar de estar hablando con ella de uno de los peores momentos de su vida.

—¿Por eso usabas la máscara blanca?

Él asintió pensando en Diana.

No, no pensaba, ella estaba en su mente y le sonreía con tanta paz.

Sintió nostalgia.

—¿Por qué no me lo contaste antes? Me gustaría saberlo todo de ti, Garret.

Él recordó lo que Heather le contó de la conversación que mantuvo con Felicity antes de viajar a Venecia.

—Y tengo mucho para contarte.

—Lo sé —admitió ella y sintió el cambio repentino en su humor. La habitación se llenó de olores que lo alertaron de los nervios que la estuvieron dominando todos esos días desde que llegaron a Venecia. Ella creía disimularlo y la verdad era que, de haber sido el un hombre normal y corriente, no se hubiese dado cuenta, le hubiese parecido que se encontraba incómoda o cansada algunas veces. Sus cualidades gracias a la maldición le permitían saber qué ocurría en las personas que tenía a su alrededor—. ¿Me lo contarás todo?

No podía mentirle, así que asintió sintiendo en el pecho como se le instalaba definitivamente el miedo a perderla para siempre.

Hubo un silencio entre ellos.

Garret la observó perdida en sus pensamientos. De seguro, esos en los que ansiaba respuestas y que sabía que llegarían después de la fiesta porque Heather así se lo prometió.

Cumplirían. No tenían más alternativas.

—¿Me ayudarás a vestirme? Porque dudo que sepa cómo diablos ponerme tanta ropa sola.

Sí, Felicity estaba luchando por disimular sus verdaderas emociones.

—Lo haré, es sencillo —le hizo un guiño.

—Todavía no sé cómo la gente antes se vestía con esos vestidos —ella observaba su vestido colgado en una percha especial para que no tuviese ni una sola arruga, así lo encontró ese día en la mañana al salir de la ducha.

Garret dio la orden a las empleadas del palacio que lo llevaran todo a la habitación esa mañana, solo quedaban pendientes las máscaras que él mismo iría a buscar porque era la excusa perfecta para poder pasar por el apartamento en el que estaba hospedada Norma y alimentarse bien para todo lo que debía afrontar ese día en la fiesta.

Se dejó el tocado de plumas de ella como una segunda excusa para escapar por más alimento en caso de que lo necesitara antes de bajar a la fiesta pero se sentía bien y supo que no tendría necesidades de ir por más sangre.

Por ello le envió el mensaje a Miklos.

—¿Quieres ir conmigo a la ducha?

—Por muy tentadora que es tu oferta tengo mucho que volver a hacer para quedar hermosa para esta noche y el tiempo se nos agota, no quiero que estemos retrasados por mi culpa. Así que no, irás tu primero y luego yo.

Garret sonrió divertido dándole un último beso antes de salir de las sábanas para caminar hacia el baño.

—Tienes un trasero que es todo un gusto verlo —comentó ella con una confianza que le hizo sentirse avergonzado y a la vez, le dio gracia demostrándolo con la carcajada que salió por sorpresa de su garganta.

Sin siquiera sospechar que sería la última carcajada que se le escaparía en un buen tiempo.

Felicity salió de la cama con prisa cuando escuchó el timbre sonar.

¿Sería Heather?

Se colocó la misma bata de seda que aún estaba en el salón, se alisó un poco el cabello y esperó verse bien de cara porque no tenía un espejo a la mano.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre al que no podía verle el rostro porque llevaba una máscara puesta.

O no.

Felicity parpadeó un par de veces sin conseguir entender con claridad qué era lo que veía.

El rostro del hombre parecía una máscara elástica que sufría deformaciones a medida que se ondeaba.

Se sintió extraña.

Le faltaba la respiración y algo en el pecho empezó a alertarla de que eso ya lo había vivido antes.

Fijó su vista de nuevo en el rostro del hombre mientras este daba un paso al frente y ella retrocedía uno al interior del apartamento.

—¿Qué...? ¿Quién...? —no encontraba la forma de hacer que su cerebro coordinara y la ansiedad estaba ganado terreno.

El hombre dio un paso más al frente.

Quiso decir algo más y no encontró la forma de hacerlo, las palabras parecían que no iban a salir de su boca en ese momento.

Entonces todo pasó muy rápido.

Sin saber cómo, quedó debajo del sujeto que le siseaba como una serpiente maldita en el oído y traía a su mente en alta definición aquellos recuerdos que tuvo dormidos por tanto tiempo.

Quería defenderse, gritar. No podía, estaba paralizada.

Reconocía la sensación porque experimentó el mismo miedo en el pasado.

La masa ondeante en el rostro del hombre se detuvo y consiguió ver a su atacante antes de que este volara por el aire y se estrellara contra la pared.

Felicity estaba mareada, quiso reincorporarse, salir corriendo, buscar a Garret o al menos gritar pero no tenía fuerzas y cada vez se sentía más débil.

Un grito se escuchó muy cerca de ella, el grito de guerra de un hombre.

Movió la cabeza haciendo gran esfuerzo y vio a Garret casi volar de donde se encontraba hasta quedar frente a un hombre que ya estaba siendo golpeado por otro.

Felicity frunció el ceño sintiendo gran angustia en ella, recordando la noche en el bosque en la que se sintió desvanecer hasta casi morir.

Así se sentía en ese momento.

¿Iba a morir?

No. Negó con la cabeza o eso creía que hacía porque la verdad era que no sabía si estaba siendo capaz de mover algo en su cuerpo.

La debilidad la absorbía.

Fijó la vista de nuevo dándose cuenta de que Garret se doblaba y quejaba del dolor sacándose del torso lo que parecía la pata de una silla.

Oh no. No. No. No. Garret estaba herido y ella...

De pronto se escuchó un estallido de cristales, más personas alrededor de ella, podía escuchar las voces aunque lejanas.

Así como no era capaz de enfocar nada que estuviese más allá de su mano la cual seguía intentando mover.

Los párpados amenazaban con quedarse cerrados definitivamente y ella temía dejarse ir porque sospechaba que no iba a despertar nunca más.

Sintió las lágrimas salir de sus ojos.

No quería morir.

Pero todo apuntaba a que ese sí sería su final.

Capítulo 13

El piloto del avión privado en el que viajaban Garret, Norma y Felicity avisó a los pasajeros que estaban a unos minutos de aterrizar en destino.

Garret suspiró con esfuerzo, le dolía la herida que tenía en el medio del pecho; aunque después del descanso en las horas de vuelo, la sangre y la psique de Norma, la herida estaba mucho mejor. Aun no sanaba por completo y de seguro tardaría un poco más, pero se encontraba mucho mejor.

Después de que Gabor se burlara de los sistemas de seguridad tradicionales y de los de las brujas consiguiendo llegar de nuevo a Felicity y haber estado a punto de lastimarla de nuevo, Garret decidió sacarla de ahí y regresar a casa con ella porque no se encontraba en buen estado.

Felicity entró en un estado de pánico absoluto en el cual no fue capaz de reaccionar ni siquiera para gritar. De seguro su mente reaccionaba al presente asociándolos a los hechos del pasado que tenía dormidos.

Mientras le ayudó a sacar a Felicity del palacio, Lorcan le contó que él subía las escaleras hacia su apartamento cuando se percató de que, al final del pasillo, la puerta que correspondía al apartamento de Garret y Felicity estaba entre abierta, lo que se le hizo extraño obligándole a aguzar el oído para entonces reconocer la voz del maldito de Gabor y fue cuando, sin pensárselo, entró convertido en el guerrero que siempre fue y lo hizo volar por los aires al ver que estaba atacando a Felicity.

Gabor absorbió gran parte de su psique y estaba muy débil, muy débil.

Más, después de que el mismo Garret tuviera que repetir la absorción durante el vuelo porque estuvo a punto de despertarse con un nuevo ataque de pánico y en cuanto la vio abrir los ojos como platos e incorporarse viendo a su alrededor, tal como un animalito indefenso y aterrado, sabía lo que vendría después y no era buena idea ponerle los nervios de punta al piloto con historias que le serían difíciles de creer.

Así que antes de que Felicity pudiese abrir la boca para gritar como solo Garret conocía que gritaba estando aterrada, le absorbió un poco de psique para ponerla a dormir de nuevo y estaba muy consciente de que esa acción no podría repetirla de nuevo porque sería grave para la chica.

La mataría.

Su energía era difícil de atrapar y cuando eso ocurría era porque ya no quedaba mucha de dónde tirar.

Maldito Gabor.

Apretó los puños deseando poder estamparlos en algún lado.

Felicity dormía a su lado.

Norma en los asientos traseros del avión.

Lorcan y Heather se quedaron en Venecia haciendo los arreglos necesarios para ir a la fiesta un par de horas y luego subirse en otro vuelo privado para llegar a casa y ayudarle con Felicity.

Nada de esto lo habían previsto.

Nada.

Pál estaba furioso con su nieto, por burlarse de todos, por ser tan cruel con Felicity.

Ya sabía que no tenía nada que ver con Lorcan, entonces, ¿por qué seguía ensañándose con ella?

Cuando escuchó el timbre en el apartamento pensó que era Miklos con el encargo que le pidió

por mensaje de texto un poco más temprano y no puso más atención hasta que sonó el primer golpe seco que fue cuando llamó a Felicity, esta no respondió y entendió que algo pasaba.

Salió desbocado de la ducha para encontrar a Felicity somnolienta en el suelo, parecía que estaba intacta pero la mirada, a pesar de ser vaga por el estado de absorción, estaba llena de temor.

Lorcan se debatía en una pelea cuerpo a cuerpo con Gabor y Garret no pudo evitar intervenir porque alguien tenía que matar al maldito.

Parecía que estaba siempre con la suerte de su lado porque en cuanto encontró la oportunidad, tomó impulso abriéndose paso a través del cristal del ventanal del salón cayendo directo en el canal en donde estuvieron buscándolo luego, no lo consiguieron.

No tenían idea de cómo accedió al palacio, cómo atravesó la barrera de protección de las brujas, cómo fue invisible para el resto de las personas que estaban allí, quién le ayudaba.

No tenían idea de nada.

En medio de la pelea, Garret terminó con una pata de una silla de madera enterrada en medio del pecho y Lorcan con un brazo dislocado que tampoco tardaría en sanar.

Debía llamar a Loretta para ponerla al tanto de todo. Primero llegarían a casa, pondría a Felicity a resguardo y luego avisaría a Loretta.

Necesitaba consumir sangre también. Lo necesitaría más que de costumbre hasta sanar por completo la herida.

Eso le serviría para mantener la calma y la cabeza en claro.

Sintió el tren de aterrizaje salir de la nave y se preparó para el momento.

Le tomó la mano a Felicity besándole el dorso.

¿Cómo es que no pensaron en que algo así podría pasar?

Recordó a Loretta cuando le dijo que Gabor no sería tan estúpido de aparecerse en la fiesta después de lo que hizo.

No, no era estúpido, sabía muy bien lo que hacía y los dejaba a ellos como los estúpidos.

El avión aterrizó, se levantó de su asiento cargando con delicadeza a Felicity y bajándola del aparato con mucho cuidado.

El trayecto a casa fue en completo silencio.

Garret aparcó el coche frente a la entrada de casa.

—Norma, necesito que entres conmigo y me esperes en la biblioteca mientras yo llevo a Felicity a su habitación. Debo alimentarme de nuevo para estar preparado ante cualquier cosa que ocurra con ella.

—Lo esperaré allí, señor.

Le contó a Norma por qué se regresaron tan intempestivamente, se merecía una explicación y además, Garret necesitaba conversar con alguien sobre lo ocurrido.

Todo ocurrió tan deprisa que él no tuvo tiempo de reacción a nada más una vez Gabor atravesó el cristal de la venta.

No se permitió escuchar a nadie más que Lorcan sobre lo ocurrido porque él le ayudó a llevarla al aeropuerto, su prioridad era Felicity y lo único que ansiaba era sacarla de Italia cuanto antes.

En el avión fue que se permitió hablar del tema con Norma y luego con una llamada telefónica que le hiciera Pál.

Norma le ayudó en todo momento, mostrándose comprensiva y preocupada por el bienestar de Felicity.

Entraron en la propiedad. Norma cerró la puerta tras de sí.

—La biblioteca está en ese corredor —Garret señaló con la cabeza—, la encontrarás con facilidad. Voy a dejarla arriba, puedo sentir que está inquieta y tal vez me quede un rato con ella. La cocina está hacia allá —señaló con la cabeza de nuevo—, estás en tu casa, ponte cómoda, por favor.

—No se preocupe, señor, estaré bien.

Garret le sonrió con amabilidad.

—Llámame Garret, por favor —Kludia iba a matarlo por saltarse esa regla de la compañía pero no le importaba, quería que Norma se sintiera bien y no como una simple empleada. Nada estaba siendo normal ese día, así que no pasaba nada si saltaba una regla.

Norma estaba muy bien entrenada y solo asintió avergonzada dándole a entender que no habría manera de que se dirigiera a él de otra forma que no fuera con el «señor» por delante.

Garret subió las escaleras con cuidado y fue hasta la habitación de Felicity.

La apoyó en la cama con toda la delicadeza que pudo, aun cuando sabía que estaba haciendo demasiado esfuerzo y su herida empezaba a doler de nuevo.

Se revisó el vendaje. Estaba manchado de sangre.

Negó con la cabeza sabiendo que necesitaría descanso, psique y sangre para recuperarse del todo.

Quizá Loretta le podría ayudar por unos días con Felicity mientras él se quedaba un par de días en el sótano, en una de las habitaciones libres, por lo menos durante la mayor parte del día para reponerse del todo.

Tendría a Norma a la mano para alimentarse y podría estar cercad en Felicity en caso de que esta le necesitara.

Sí, eso haría.

Se bajó la sudadera de nuevo, haciendo una mueca de dolor al bajar los brazos e intentar respirar con normalidad.

El sol empezaba a ocultarse y aunque ahora Felicity dormía plácidamente, no sabía cuánto tiempo más iba a durar esa paz en ella así que era mejor darse prisa y tener todo listo para cuando despertara.

Le dio un beso en la frente, la tapó con las mantas, salió de la habitación listo para alimentarse y luego llamaría a Loretta.

Felicity salió del oscuro corredor corriendo sin parar.

Sin importar que el frío le estuviera helando la piel; o que iba descalza y que la nieve le imposibilitaba dar los pasos correctos en dirección opuesta a aquello que la acechaba.

Lo dientes le castañeteaban del frío pero no podía parar.

El monstruo la perseguía, así que ella no podía parar.

Una ráfaga de imágenes le llegó de repente y sintió más miedo todavía.

Había dejado a Lorcan en la oficina, estaba decepcionada por haberle dicho lo que sentía por él y fue por eso que no vio llegar el coche que la raptó.

Escuchó una rama romperse cerca de ella y corrió aún más.

Entonces, después recordó una casa inmensa en la que estuvo encerrada y que allí Lorcan la sujetaba de un puño de su cabello riendo de forma malvada.

Le hacía daño, ¿por qué?

Su mente cambió la imagen de pronto, haciendo que se diera cuenta de que no, no era

Lorcan.

Frunció el ceño porque no conseguía ver bien al hombre.

No dejaba de correr aunque su mente estuviese bombardeándola de imágenes que ni sabía que tenía almacenadas allí en algún lado.

Las manos le temblaban más del miedo que del frío.

¿Qué pasaba con ella y con todas las imágenes que le llegaban?

¿Por qué veía a ese hombre agrediéndola una y otra vez?

¿Qué quería de ella y por qué... creía que era Lorcan?

Sintió entonces algo caliente correr por la piel de su garganta y al llevar la mano allí, un líquido espeso quedó entre sus dedos, tanteando una herida que la hizo quejarse mientras continuaba huyendo.

Y otra ráfaga de pensamientos llegó a ella; esta vez, haciendo que disminuyera su carrera y que entendiera la gravedad de todo.

Recordó al hombre haciéndole un corte en la garganta y luego, pegándose a la herida para succionar de ella.

Sangre.

Tembló.

¿Por qué...

La pregunta quedó inconclusa en su cabeza al ver la sombra del hombre acercarse a ella.

El miedo la paralizó deseando con todas sus fuerzas poder hacer algo.

Y ocurrió, fue cuando se sintió flotar por encima de lo que parecía ser ella y el hombre en el medio del bosque.

—Lorcan, por favor, no me... —se vio a sí misma llamarlo Lorcan y no era Lorcan, no.

Estaba llena de heridas inmensas y sangrantes.

El hombre saltó encima de ella, de la Felicity que estaba frente a él, como un animal salvaje y la tumbó en el suelo presionándola contra este y su cuerpo.

La Felicity que flotaba sintió angustia pero se dio cuenta de que no participaba dentro de aquella escena por lo que no sentía nada de lo que ocurría y notó como su pulso, a pesar de la preocupación que le causaba lo que observaba, se calmó porque se sintió segura y con la necesidad de ver todo, hasta el final.

El hombre inmovilizó a la Felicity herida de tal manera que su cuello quedó expuesto a los deseos de este y escuchó el siseo que dejó salir en el oído de la Felicity bajo él.

Aquel siseo, a pesar de que flotaba, le causó gran temor y le puso la piel de gallina

—¡No! ¡Auxilio! —se escuchó gritar a sí misma.

Su forma flotante no conseguía ayudar de ninguna manera a su yo indefenso.

Entonces apareció allí la mujer de los ojos verdes.

Le sonrió y le transmitió paz.

—Nada puedes hacer, es tu pasado. Debes recordar para seguir adelante.

La mujer desapareció y lo siguiente que se escuchó fue el crujir de la piel entre los dientes del depredador.

El hombre hacía ruidos animales grotescos que le daban miedo mientras observaba cómo su vida se desvanecía en ese siniestro ataque.

¿Qué diablos la estaba atacando?

Vio dos sombras moverse a lo lejos con rapidez.

Alguien más llegaba.

Dos mujeres.

—*¡Qué estás haciendo, imbécil!* —gritó enfurecida la que parecía más mayor.

Felicity, en su estado de aire se acercó a ella y la reconoció.

Era la mujer que la visitaba en la mansión.

—*Comiendo* —respondió el atacante y ella lo pudo apreciar mejor desde donde estaba. *Facciones imponentes y unos ojos del color del metal que solo dejaban ver la maldad que reinaba en el interior de este diabólico ser.*

—*¡La estás matando!* —la mujer lo sacó de encima de la *Felicity* moribunda que balbuceaba en el suelo.

Había sangre, mucha. Alrededor de la chica, en la boca de él.

La otra mujer observaba todo con cautela, esperando órdenes de la más mayor.

El hombre observaba a la joven, parecía como si le temiera de alguna manera.

—*¿Cómo crees que va a tomar Pál esta reacción por tu parte?* —habló la mujer elegante.

El monstruo con forma de hombre sonrió con malicia.

—*Deberá tomarla de la misma manera en la que tomó la actitud del animal en el que se convirtió tu maldito nieto ejemplar. ¡El gran Lorcan Farkas! Es un asesino como ningún otro y tu hermano lo perdonó siempre.*

La mujer elegante vio al monstruo con duda como si siempre hubiese sospechado algo de él y ahora llegaba a confirmarlo.

—*Llévala contigo* —ordenó la mujer elegante a la más joven que de inmediato cargó el cuerpo de la *Felicity* moribunda mientras iba cantando una melodía extraña. *Parecía que la chica sabía lo que tenía que hacer porque caminaba decidida en dirección a la mansión que la *Felicity* flotante observaba a lo lejos.*

—*No va a sobrevivir* —aseguró el monstruo y fue cuando *Felicity*, la que flotaba, se sintió succionada por una corriente de aire que la devolvió de golpe a la vida.

Despertó inhalando aire con fuerza y sentándose de golpe en la cama.

La cabeza le daba vueltas, no entendía en dónde diablos se encontraba.

Algunas sombras le empezaron a dar señales de que se encontraba en Los Hamptons.

¿Cómo llegó ahí?

Frunció el ceño aun sin moverse de la cama.

Se aferró a las sábanas en el momento en el que sintió una fuerte punzada en la cabeza y miles de imágenes empezaron a aparecer en sus pensamientos.

Sus recuerdos, volvían.

Los reconocía.

Todos y cada uno de ellos reviviendo el sueño del que acaba de despertar, sabiendo que no fue solo un sueño, lo vivió y de ahí que su mente bloqueara todo lo ocurrido.

Era todo tan confuso, debía de haber algo de irreal en todo aquello de la sangre y...

Lorcan.

El hombre no era Lorcan.

Se llevó una mano al pecho y sintió tranquilidad de saber que Lorcan, el que ella conocía, no tenía nada que ver en su secuestro y ahora podía confirmarlo.

Debía decírselo a Garret.

Se levantó con prisa de la cama, aun aturdida porque los pensamientos iban y venían revoltosos, como niños pequeños que exigen atención por encima de los demás.

No sabía qué hora era aunque reinaba una oscuridad total en toda la casa, así que fue con cuidado a la habitación de Garret pensando que, como otras veces, estaría allí sufriendo de insomnio y por eso no se quedaba con ella en la cama, porque decía que no quería interrumpir su

sueño con sus desvelos.

Bajó las escaleras con la mano en la frente queriendo calmar a sus pensamientos pero sabía que aquello no iba a ser posible.

Abajo, la oscuridad también saltaba a la vista excepto en la biblioteca en donde la luz se filtraba por la delgada abertura de la puerta.

Caminó hasta ahí y abrió la puerta para encontrarse con una escena que parecía salida de un cuento de terror.

Garret abrió los ojos, clavándolos en ella con una mezcla entre maldad y miedo al tiempo que despegaba su boca con los labios manchados de sangre de la muñeca de una mujer que parecía estar sin vida en el sofá de la biblioteca.

No podía ser, Garret era como él, como el ser maldito de sus pesadillas.

Entonces ¿sí existían?

¿No eran solo un mito?

Sintió el miedo invadirla al completo y solo pensó en correr para salvarse.

Fue lo que hizo siendo consciente de que Garret corría tras ella.

Cuando Garret sintió el olor de su chica en sus fosas nasales, fue demasiado tarde.

¿Cómo había sido tan imbécil de no darse cuenta?

De no escuchar sus pasos si ahora podía escucharle la respiración y galopar del corazón a pesar de que ella corría desbocada delante de él.

La arena le impedía avanzar con mayor rapidez.

Quizá no era la arena si no el miedo que tenía de lo que vendría a continuación, iba a perder a Felicity.

El viento iba en su contra y podía sentir el olor del desespero y del miedo.

No.

Pánico.

—Felicity por favor para, déjame explicarte —intentaba coordinar sus pensamientos mientras corría cuanto podía, le faltaba el aire y la herida ardía como el infierno, bajó la vista para darse cuenta de que sangraba ahí de nuevo.

No podía ir más rápido se haría daño y era un peligro si llegaba a necesitar más sangre. Norma estaba recuperándose y con Felicity corriendo frente a él no era buena idea llegar al punto en el que la maldición tomara acción porque entonces si estarían todos jodidos.

Y la primera afectada iba a ser ella que corría despavorida del depredador que llevaba él en su interior.

Intentó decir algo más pero al tomar una bocanada de aire helado le pareció que sus pulmones se quebraban del dolor y entonces aparecieron los lobos.

Tal como aparecieron la noche en la que caminó con Loretta la primera vez que la acompañó a casa.

Uno de ellos era mucho más grande de lo normal, no lo había visto antes y supuso que era el Alpha.

El animal lo vio a los ojos y se interpuso en su camino obligándole a parar en seco, dejando a Felicity correr sin mirar atrás hacia la casa de Loretta.

Dos lobos más corrieron con ella, eran los que ella conocía.

Garret se agachó sobre sus propias rodillas para tomar aire porque sentía que se ahogaba.

Iba a perderla.

¿Cómo pudo ser tan idiota?

¿Cómo se confió de esa manera?

¡Ahhhhhhhhhhhhhh!

Soltó un alarido que lo derrumbó, arrodillándose sobre la arena, dolorido por la herida que le hizo Gabor a pesar de que nada tenía comparación con el dolor que se le instaló en todo el cuerpo, en especial el corazón, de ver como Felicity huyó de él.

¿Había recordado todo?

Empezó a llorar con desesperación porque sabía que iban a venir momentos malos.

Esos que tanto temió.

Se agarró la cabeza en ambos lados y gritó de nuevo mientras las lágrimas bañaban sus mejillas.

Uno de los lobos, el más pequeño, se acercó a él y lo olfateó antes de golpearlo con el hocico en un brazo como si quisiera que Garret lo abrazara.

El vampiro no dejaba de llorar, simplemente no sabía cómo diablos parar.

El lobo se movió y lo lamió.

—La voy a perder —entonces, reconoció la mirada de Diana en los ojos del animal—. ¡Oh Dios! ¿Eres tú, Diana?

El lobo lo lamió otra vez.

La bruja intentaba consolarlo a través del animal.

Se aferró a ella de nuevo.

—No quiero perderla como te perdí a ti, Diana. No puedo dejarla ir. ¿Cómo hago para recuperarla? Para que entienda que yo no le voy a hacer daño jamás.

El lobo se arrebujó en su pecho olfateando allí en donde estaba la mancha de sangre de su herida. Se vieron a los ojos de nuevo y no necesitó que nadie le dijera nada.

Debería tener paciencia, recuperarse y una vez estuviera bien, buscaría la forma de aclarar las cosas con la mujer que amaba.

Suspiró abatido con lágrimas aun brotando de sus ojos felinos.

—Te lo suplico, Diana, ayúdame, por favor —suplicó viendo al lobo.

Iba a necesitar toda la ayuda posible para recuperarla porque no quería pensar que ya la hubiese perdido al completo.

El móvil vibro en el bolsillo de su pantalón.

Lo sacó.

Era Loretta que de seguro le llamaba para pedirle una explicación.

—Loretta, te juro que no quise que viera nada, todo pasó tan rápido que... —dejó de hablar cuando Loretta gritó su nombre para que se quedara en silencio.

—¿Qué diablos me estás diciendo?! ¿Quién vio qué? ¿Qué es lo que está pasando?

Garret frunció el ceño y vio hacia el lado de la playa que Felicity tomó para alejarse de él una vez los lobos no le dejaron seguir tras ella.

No estaba.

Y el Alpha corría en dirección a la casa de Loretta.

—¡Garret! —Loretta empezaba a sonar histérica al otro lado del teléfono.

Garret temió que algo le hubiera pasado a Felicity e intentó levantarse pero el lobo, ese que estaba a su lado y que le pareció que era Diana, abrió el hocico para sujetarle con firmeza sin llegar a lastimar el antebrazo de Garret.

Era una advertencia de que debía quedarse en donde estaba.

—¡Garret!

—Loretta, todo pasó muy rápido, Gabor en Venecia nos atacó y...

—¡¿Qué?!

—Pál dijo que te llamaría.

—¡Con un demonio! ¡Maldito teléfono! Me quedé sin batería y no he estado en todo el día en casa, espera un momento —la sintió hablar con alguien más, Garret no tenía cabeza para pensar en otra cosa que no fuera Felicity en ese instante, no le interesaba saber con quién hablaba la bruja. Se escuchó el cierre de una puerta y la puesta en marcha de un coche—, estoy en manos libres ¿Qué diablos ocurrió?

Garret respiró profundo intentado sonar seguro en sus palabras y no fue efectivo porque llegados a la parte en la que Felicity lo sorprendió alimentándose de Norma se quebró de nuevo.

—Me teme, Loretta, me tiene pánico, no quería no... —rompió a llorar desconsolado.

—No sabías que iba a ocurrir eso. Estabas haciendo lo que era correcto.

—Pude haberlo hecho en el sótano

—Garret, esto iba a pasar, así te escondieras con Norma en un armario. Estoy de camino a casa. Ella estará bien, acabo de tener una visión del Alpha, la cuida de cerca y mi casa está protegida. La cuidaré. Dale unos días para que se aclare. Te mantendré al tanto.

Garret solo pudo pronunciar un entrecortado «Gracias» ya que se le dificultaba hablar entre el llanto, el dolor de la herida, el frío que empezaba a sentir y la impotencia de saber que no podía hacer nada más que esperar.

Colgaron; se abrazó al lobo, buscaba consuelo.

Alguien que le dijera que todo iba a salir bien.

El lobo le lamió la mejilla de nuevo y al verlo a los ojos, Diana ya no estaba, estaba solo, llorando a la mujer que amaba, tal como lo hizo en el pasado.

Y detestó pensar que, tal como en el pasado, la perdería.

—¡Loretta! ¡Loretta! —Felicity golpeaba la puerta sin piedad.

Gritaba y veía hacia atrás desesperada, temiendo que Garret pudiese llegar a ella y la lastimara.

Golpeó de nuevo, al ver que no recibía respuesta corrió a la entrada principal de la propiedad.

Golpeó y tocó el timbre.

Entonces se percató de que la casa estaba a oscuras.

Vio a su alrededor de nuevo temiendo que Garret la tomara por sorpresa.

Tenía la respiración agitada y las bocanadas de aire helado que ahora tomaba no ayudaban en nada.

Tosió un par de veces buscando con la mirada un lugar para esconderse.

Ahí no veía en dónde podía meterse; el corazón le latía tan de prisa que necesitaba darle un descanso porque le parecía que el pobre en poco no aguantaría más.

O quizá era ella la que no iba a aguantar y se iba a derrumbar.

¿Qué era todo eso que estaba viviendo?

Corrió de nuevo al porche trasero, después de inspeccionar el área se dio cuenta de que tampoco ahí había lugar para esconderse pero entonces notó algo que no vio antes, uno de los lobos estaba en el interior de la vivienda y le ladraba como si quisiera decirle algo.

El otro lobo, se detuvo junto a ella frente a la puerta de acceso a la cocina ladrando un par de

veces con la mirada clavada en la puerta.

Ella dio un paso al frente colocando la mano en el picaporte, para cerciorarse de que la puerta tuviera el seguro puesto, quizá no y le sería más fácil y seguro esperar dentro a Loretta.

La llamaría al entrar.

—¿Cómo la vas a llamar idiota si no te sabes su teléfono? —se reprochó con nervios.

«A Heather», pensó.

A ella si la llamaría.

Giró y la puerta abrió.

Entró cerrando de nuevo y pasando el seguro. Buscó el teléfono, llamó a Heather.

Contestadora automática.

Marcó de nuevo.

Nada.

Una vez más.

Mismo resultado.

Entonces se quedó con el teléfono en mano y decidió sacar un cuchillo del cajón de cuchillos en la cocina de Loretta para luego sentarse en un sillón orejero que le daba una buena visión de toda la planta baja.

Si Garret entraba, ella estaría lista para recibirlo aunque no estaba segura de que pudiera defenderse, las manos le temblaban tanto que dejó el cuchillo en el suelo temiendo que se hiciera daño a sí misma por no poder controlar los nervios que la hacían temblar de forma descontrolada.

Llevaba puesto tan solo una bata de satén que...

Empezó a llorar nerviosa y confundida.

Se cerró más la bata, subió las piernas en el sofá encogiéndose, abrazándose a sí misma mientras intentaba poner en orden el caos de recuerdos que tenía en la cabeza.

¡Dios!

¿Cómo fue que pudo olvidar cosas tan importantes como el ataque del que fue víctima?

Un lobo aulló fuera de la propiedad y de pronto, varios más aparecieron.

Sabía que Loretta tenía cuatro. ¿De dónde salieron los demás?

Recordó a Loretta en el invernadero comentándole algo referente a su verdad y...

¿Y si ella era como ellos y estaba en peligro allí también?

Se removió nerviosa en el asiento y decidió que era mejor salir de ahí cuando dos lobos bajaron las escaleras de la propiedad sentándose frente a ella en tanto las luces de un coche alumbraban el interior de la casa.

Felicity se sintió presa del pánico teniendo a los animales de frente vigilándole.

Puso un pie en el suelo cuando la puerta se abrió porque intentaría salir corriendo. No quería quedarse a probar suerte allí.

Uno de los lobos gruñó y la voz de Loretta dejó todo en silencio.

—Llévatelos a todos fuera de casa —Felicity hizo el intento de moverse de donde estaba—. No hagas ninguna tontería, sé que estás aterrada y yo voy a decirte todo lo que quieres saber pero tienes que quedarte en donde estás.

Llegó ante Felicity y se vieron a los ojos.

Loretta se fue encima de ella para abrazarla con fuerza y Felicity no pudo evitar derrumbarse definitivamente en ese momento.

—Shhhhhh —Loretta le acariciaba la espalda con calma y amor—, todo va a estar bien.

Felicity no podía decir por cuánto tiempo lloró de pronto empezó a calmarse, sobre todo cuando Loretta entonó una extraña canción que...

Abrió los ojos y se apartó de ella.

—¿Eres como ellos?

Loretta negó con la cabeza.

—Eso que cantas...

—Ya lo has escuchado antes, el día del invernadero también lo hice.

—En mi cabeza hay una melodía parecida que la cantaba una mujer que me sacó del bosque el día que... —rompió a llorar de nuevo y entre sollozos finalizó—: el día que casi muero.

Loretta asintió.

—Seguro escuchaste el cántico que nos otorga fuerza, Dana necesitaba cargar contigo porque estabas a punto de morir.

—¿Dana?

—Escucha —Loretta la vio con seriedad—, vamos a la habitación a conseguirte algo más caliente para ponerte y luego venimos a tomar té y a conversar.

—No quiero tomar nada.

—No te voy a envenenar, Felicity, de haber querido lastimarte ya lo habría hecho —Loretta hizo una pausa—. Al igual que Garret. De haber querido, lo habría hecho.

Se levantó de donde estaba y buscó una manta.

—Toma, ponte esto por encima y empecemos a conversar que tengo mucho por decirte. Voy a la cocina por té, yo sí necesito tomar algo.

Vio a Loretta alejarse, echó la cabeza hacia atrás en el sillón.

Cerró los ojos y vio tantas cosas.

Tantas.

Unas le daban tanto temor, otras le producían tanta felicidad, que necesitaba encontrar la forma de aferrarse a esas para conseguir un poco de calma, pero ¿cómo si todas estaban ligadas a Garret?

Loretta regresó al área en la que ella estaba con una bandeja llena con una tetera y dos tazas. El polvo de la infusión estaba en un frasco de vidrio con tapa de corcho.

—Loretta, son vampiros —se sintió reír nerviosa—. Lo que me atacó es un vampiro y Garret, es otro, ¿cómo es posible? Los vampiros no existen.

—Pensarás que las brujas tampoco y ya que es la noche de las verdades, adivina ¿qué soy yo?

Felicity la vio confundida.

—Las brujas tampoco existen.

—Fenrir —nombró Loretta y, de pronto, una docena de lobos aparecieron en el jardín trasero de la propiedad siguiendo los pasos de uno que les doblaba en tamaño.

Felicity no pudo evitar llevarse una mano a la boca mientras reconocía a los lobos que le eran familiares y se asombraba por el de mayor tamaño.

—Puedo enseñarte un antiguo truco para encender velas o puedo hacer el cántico de fortaleza para que seas testigo de lo fuerte que soy —Loretta tomó un sorbo de su bebida y los lobos desaparecieron otra vez en los matorrales—. O puedo echarte de casa y bloquear tu visión para que no la encuentres nunca más.

Felicity frunció el ceño.

—Eso pensé, no quieres que nada de eso ocurra y para hablarte de todo lo que quieres saber, necesito que estés consciente de que todo, absolutamente todo lo que voy a decirte, es verdad.

Felicity volvió a sentarse, esta vez, junto a su amiga.

Seguía nerviosa, sin embargo, algo le decía que debía confiar en ella que desde el inicio supo que allí estaría bien y aunque lo dudó hacía unos minutos, ahora sabía que su decisión no fue

descabellada.

Loretta respiró profundo.

—Estoy emparentada con Garret de alguna manera porque hace muchos siglos, una mujer decidió hacer un trato de eterna belleza y juventud con un demonio que le cumplió sus deseos a cambio de crear una especie de seres malditos en el espacio terrenal —otro sorbo de infusión y Felicity se dijo que era momento de relajarse y prestar atención porque aquello sería algo muy difícil de procesar—. La maldición, no solo recaía sobre la mujer sino también en su descendencia. La Condesa Sangrienta tenía cuatro hijos con su consorte, tres de ellos murieron sin dejar descendencia y solo Aletta llegó a convertirse en mujer y casarse con un aristocrático con el que engendró la primera generación de seres portadores de la maldición como la Condesa. Niños que ya nacían malditos.

—¿Bebés vampiros?

Loretta resopló divertida.

—Bueno, vamos a llamarlos así. Tuvo tres. El primero murió porque nadie sabía cómo poder alimentarlo y los otros dos... digamos que fueron un experimento de una bruja.

—Que tenía que ver contigo...

—No, brujas hay de varios tipos, pero no vamos a meternos con eso todavía —Loretta siguió contándole sobre los dos niños de Aletta, las cosas horrendas que hizo la condesa, los rumores en las comarcas en los que esa mujer estaba involucrada y la forma en la que fue juzgada—. La encerraron dentro de su propia habitación. Lo que no sabían quienes le encerraron allí, era que no podía morir al completo. La gente creía que era un cadáver, en realidad, estaba en lo que conocemos como sequía —tomó un sorbo de infusión—. Si un portador de la maldición no se alimenta como es debido, cae en sequía. No muere. Y su alimentación se basa en sangre y psique. Así es como quedan saciados. Sin lo uno o sin lo otro no están en equilibrio, son peligrosos y pueden entrar en sequía.

Felicity recordó la pata de la silla en el pecho de Garret y se llevó una mano al mismo lugar en el que este debía estar lastimado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Loretta.

—Garret, en Venecia, fue atacado; el hombre que me quería atacar le clavó una pata de una silla que se rompió en medio de la pelea cuando Lorcan empezó la batallar con él.

Vio la cara de preocupación de Loretta.

—Creo que está bien, ¿pudo haber muerto?

—No, solo mueren si se les arranca la cabeza con una hoja metálica bien afilada. El corte debe ser limpio y rápido porque si no, no funciona. Lo demás solo los hiere, puede ser de gravedad pero no para matarlos. Y en sequía podrían pasar toda la eternidad.

Felicity se sentía en un cuento de misterios y leyendas insólitas.

Se sirvió una taza de té porque algo necesitaba consumir aunque habría preferido un escoces.

—Continúa, por favor.

Loretta asintió y continuó explicándole el resto de la historia.

Con cada palabra, Felicity se sumergía más en un mundo que creía solo de películas.

—Entonces, Kristof, que era un bastardo de la condesa, se enamoró de Szilvia, una bruja muy poderosa, y de la unión de ellos nacieron dos niñas en el mismo parto. Una obtuvo la herencia de la magia de Szilvia...

—Y la otra la de la maldición.

—Correcto. Veronika y Klaudia Sas son...

—Klaudia es la dueña de la compañía de prostitutas finas para las que yo trabajaba y allí...

—Conociste a Lorcan —Felicity no se podía creer todo aquello que escuchaba—. Yo soy descendiente de Veronika; y Garret, Lorcan, Miklos, son descendientes de Pál.

Felicity frunció el ceño porque también conocía a Pál, no solo de los días anteriores cuando estuvieron en Venecia, no. Lo conocía de cuando estuvo en la oficina de Lorcan.

—Y Pál es hijo de Aletta; primo de Klaudia. Ambos son nietos de la condesa. Pál tenía una hermana, Etelka y murió a manos de Gabor el día que casi te mata.

Al escuchar el nombre de ese hombre sintió un escalofrío y vio a los lobos correr hacia la casa para luego sentarse alrededor de esta como si estuviesen custodiando.

—¿Por qué actúan así?

—Los lobos son parte de nuestra herencia mágica y nos protegen. Tanto mi casa como la casa de los Farkas ahora está envuelta en halos mágicos para que no pueda ser encontrada para protegerte. Yo uní a dos de mis lobos a ti y el resto sigue a los que sienten que algo no va bien.

Felicity pensó en las cosas extrañas con los lobos desde que conoció a Loretta.

El hecho de que siempre la acompañaban.

—¿Lastimarían a Garret?

—Si lo que quieres saber es si podrían los lobos matar a Garret o a alguno de ellos, no. Ellos tampoco matarían a los lobos, pero podrían quedar muy mal heridos ambos.

—En las películas de vampiros y lobos...

Loretta resopló divertida.

—Sí, en las películas es muy diferente.

—¿Por qué Gabor me quería lastimar, por qué me secuestraron?

—Fue un plan de Etelka que no era más que para presionar y obtener algo que Pál debe custodiar junto a nosotras, un asunto de la sociedad; el caso es que te vieron con Lorcan en Venecia los días previos a la fiesta del año pasado y Etelka dedujo que eras importante para él, después de todo, Lorcan es el más atormentado de los Farkas y el más peligroso también hasta que Gabor te hizo lo que te hizo. Pensaron que teniendo una conexión con Lorcan, podrían chantajear y conseguir su objetivo, habría sido así de no ser porque Gabor se salió de control para castigar a Lorcan por sentirse mejor en la vida. Lorcan segura que tú le dabas mucha tranquilidad.

—¿Se alimentó de mí?

—Nunca de sangre.

—Chupó mi energía entonces.

—Es probable, pueden hacerlo de cualquiera y en cualquier momento.

—¿Y Garret?

—Sería incapaz de tomar de tu sangre si tú no se lo permites. La psique si la ha absorbido, muchas veces incluso en mi presencia porque lo ha hecho para que pudieras superar los malos momentos en los que te sumergías cuando no eras capaz de controlar tus nervios y ansiedades durante la noche.

—No lo quiero cerca de mí. No quiero a ninguno de ellos cerca, les tengo terror. La chica que estaba con Garret estaba muerta.

—No, no lo estaba, es Norma y trabaja para la misma compañía que tú trabajaste antes de que te secuestraran. Norma pertenece a un grupo selecto de humanos que no tienen problema en alimentar a los vampiros. Conociste a Lorcan por eso, solicitaba a una de esas chicas y por equivocación te enviaron a ti. Podemos visitar a Norma cuando quieras para que te explique cómo es el proceso. Ella está para que Garret se alimente y no represente un peligro para ti o para alguien más. Lo que viste es la alimentación de ellos. Sangre más psique y por ello norma parecía muerta pero no lo estaba. ¿No me dijiste que el día que Dana te salvó en el bosque te sentías

desvanecer?

—En Venecia cuando Gabor me intentó atacar de nuevo también lo sentí y luego, Garret también lo hizo, en el avión. Yo iba a tener un ataque de pánico —lo recordaba todo.

Loretta siguió hablando, explicándole todo lo que hizo Garret por cuidar de ella, por protegerla, amarla y dejarse llevar por el amor que sentía por ella.

Le habló de la mujer de sus visiones y le explicó que ese era el antiguo amor de Garret, no entró en detalles, sin embargo, le dijo que había sido una prueba muy dura de superar para Garret y que solo llegó a superarla cuando apareció ella.

Le explicó todo lo que ocurrió mientras ella estuvo desaparecida. Todo coincidía con lo que ella vio en el último sueño o recuerdo o lo que diablos fuese.

Lo único que Loretta no sabía, porque lo desconocía del todo, era por qué siempre acusó a Lorcan de que ser su atacante.

—Porque lo veía a él yo en realidad era el tal Gabor. Anoche tuve un sueño en el que floté por encima de mi cuerpo y lo vi todo. Yo lo llamaba Lorcan pero no lo era.

—Gabor es una caja de sorpresas, o tiene un poder grande que desconocemos o está usando a algunas brujas poderosas para poder llegar a lo que busca.

—Que soy yo.

—No, creo que lo de Venecia lo hizo buscando algo más, quien sabe que será. Si tu hubieses sido su objetivo, ya estarías desaparecida de nuevo o muerta.

Hubo un silencio entre ambas en el que Felicity no supo cómo sentirse después de enterarse de todo.

No podía culparlos de haber esperado hasta recuperar la memoria para contarle toda la historia de la verdadera naturaleza de los Farkas, de haberlo hecho antes, con el cerebro como lo tuvo todo ese tiempo, no les habría creído ni una palabra o peor aún, lo habría olvidado a la mañana siguiente.

—¿Cómo Heather puede estar con Lorcan aun sabiendo lo peligroso que es?

Loretta le sonrió con ternura.

—Lorcan no es el mismo de antes, Felicity. Desde que está con Heather cambió por completo —Dejó su taza en la mesa, le tomó las manos y la vio a los ojos—. Escucha, no te culpo que te sientas aturdida, confusa y que no quieras acercarte a ellos porque sientes que corres peligro, todos suponíamos que esto era lo que iba a pasar. Yo no viajé a Venecia porque los ancestros me indicaron que mi puesto estaba aquí y ahora veo que era cierto. Te quedarás conmigo el tiempo que quieras hasta que decidas hacer otra cosa, te adoro como si fueras mi hermana y haría cualquier cosa por ti, pero quiero que sepas que Garret te ama con todo su corazón y que merece la oportunidad de que le escuches.

—No sé si pueda.

—Podrás, no ahora, en unos días podrás porque hoy piensas en él como algo que no es y esa imagen solo podrás sacarla de tu cabeza cuando estés frente a él y sepas qué es lo que sientes en realidad. Ahora vamos a descansar que ambas lo necesitamos.

—¿Ninguno de ellos vendrá por nosotras?

Loretta la abrazó comprensiva y Felicity le agradeció el abrazo.

—No vendrá nadie que nosotras no queramos.

Capítulo 14

—Entonces —Bradley observaba a Loretta con interés y diversión y Felicity se deleitaba con la escena—, ¿tú estabas en aprietos? —preguntó a Felicity que se quedó en blanco sin saber que responderle.

—Sí, tuvo un pequeño accidente en casa y tuve que ayudarla.

—Pero ese día que te fuiste de aquí corriendo, mencionaste a Garret.

—¿Conoces a Garret? —Felicity preguntó con curiosidad.

—No —Loretta se removía inquieta en su asiento pensando muy bien sus palabras para salir victoriosa de ese interrogatorio que le estaba haciendo el chico que le gustaba—. No conoce a Garret. Me escuchó hablando él, el día del accidente —aclaró a Felicity y luego vio a los ojos a Bradley— hablas de él como si lo conocieras.

—¿Y debería conocerlo? —Loretta no le contaba aún de ninguna de las personas que le rodeaban. Las conversaciones entre ellos eran casuales y ninguno de los dos parecía tener ganas de hablar de sus familias o de su vida antes de conocerse en el hospital. Bradley las vio con el ceño fruncido estaba confundiendo las cosas, Loretta sintió su preocupación por ellas—. Aunque esté con las muletas puedo darles ayuda si lo necesitan.

Loretta entendió la sugerencia y Felicity dejó escapar el aire.

—No ocurre nada malo con Garret, cosas del amor y malentendidos. Es todo.

Felicity frunció el ceño con molestia, dedicándole una mala mirada a Loretta.

Bradley las observaba con detalle.

Loretta seguía yendo todos los días a casa de Bradley, necesitaba ayuda para pasear a Kale.

La bruja volvió los ojos al cielo entendiendo que Bradley necesitaba más información para creerse la historia de que Garret era buena persona con Felicity y que nada malo ocurrió entre ellos.

Las blancas mentiras a veces eran necesarias en su mundo.

—Te lo contaré con más calma en otro momento —vio el reloj que tenía en la muñeca agradeciendo que ya había sacado a pasear a Kale que ahora descansaba exhausto en la cocina—. Debemos marcharnos, tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —preguntó Felicity y Loretta pensó en que debían establecer un código o algo así para comunicarse de cosas sobrenaturales antes terceros. La verdad era que en esta ocasión la pobre no estaba enterada de todo.

En un par de horas estarían llegando Heather y Lorcan a casa de Loretta.

Ella misma coordinó todo con ellos al ver que Garret estaba sufriendo tanto y Felicity se negaba a hablar con él. Quizá era pronto, sin embargo, Loretta no soportaba ver como los dos sufrían sin siquiera haberse dicho todo lo que tenían que decirse.

Entonces se le ocurrió que empezaría con su mejor amiga que está feliz con el que fue el verdugo más peligroso de la historia y que, además, era vampiro.

Nadie mejor que alguien que ya convivía con uno en perfecta armonía para contarle a Felicity las cosas tal cual eran.

Loretta no se dio cuenta de lo pensativa que estaba hasta que reaccionó y volvió a la realidad percatándose de que tanto Bradley como Felicity la observaban con un mirada que exigía

explicaciones.

Sintió la ansiedad de Bradley porque ya se iban.

Ella tampoco quería marcharse pero no sabía qué respuestas dar a Bradley en cuanto a su vida y la de sus amigos, así que antes de cometer una gran equivocación lo mejor era escapar.

Pensó en que su vida siempre iba a ser así y sintió un poco de desaliento en cuanto a esa idea loca de tener una vida propia y vivirla al máximo.

Parecía que no era fácil para ella.

—¿Estás bien? —los ojos de Bradley analizaban los suyos. Ella le sonrió y asintió.

—Le dejé todo bien servido a la bola de pelos, vendré mañana si puedo.

Felicity se despidió de Bradley con la mano y se acercó a la puerta.

Cuando Loretta se levantó de su asiento, Bradley le alcanzó la mano haciendo que las terminaciones nerviosas de la bruja estallaran como fuegos artificiales.

Se vieron a los ojos.

—De verdad, ¿estás bien?

—Sí, lo estoy —le dio un apretón y le sonrió de lado—. Un poco cansada, eso es todo. Conversaremos con más calma en otro momento.

—¿Te gustaría comer pizza mañana en la noche?

—No creo que pueda, Bradley, mi vida es un poco complicada en estos días —sintió la apatía en él y no pudo evitar reproducir la propia, no quería hacerse más ilusiones de las que ya se estuvo haciendo, además, no era justo con él.

—Tómate el tiempo que necesites —le hizo un guiño. Loretta sintió como su corazón se aceleró —, las pizzas las tenemos al otro lado de la línea telefónica, así que podemos pedir las en cualquier momento.

Loretta no pudo evitar sonreír llena de emoción, una emoción que en el fondo le aterraba porque no quería sufrir por amor y tenía el presentimiento de que acabaría sufriendo.

—Ok, lo dejaremos para el futuro, mañana vendré por Kale.

—Mejor eso que nada —un guiño más y Loretta sintió sus rodillas temblar—. Hasta mañana.

—Que descanses, Bradley.

Salió con prisa de la casa, Felicity la esperaba en el porche.

—¿Te gusta, eh? —Felicity bromeó con ella divertida.

—Tanto como a ti te gusta él —señaló al frente para enseñarle a Felicity que Garret salía de la casa de la señora Melissa acompañado por la mujer.

Felicity se quedó paralizada y se frotó las manos.

Loretta la analizó sintiendo todas sus emociones. Ninguna hablaba de miedo.

Del miedo que supuestamente decía que le tenía.

Sí, estaba aterrada, pero de admitir que no podía vivir sin él.

La emoción de ver a Garret se le salía por los poros y no hacía falta ser empático para darse cuenta de que ese brillo repentino en su mirada, era todo por Garret.

Se sintió contenta de que a alguien más le temblaran las rodillas ese día.

Empezó a caminar dándose cuenta de que Garret disimulaba no haberlas visto.

Felicity seguía en el mismo lugar.

Se dio la vuelta y la vio con sarcasmo.

—¿Vas a venir conmigo o vas a echarte a correr? ¿Te expliqué que no es buena idea correr ante ellos?

Felicity la vio frunciendo el ceño y Loretta sonrió.

—No es gracioso.

—Para mi, lo es, porque tu aseguras que les tienes un miedo tremendo aunque, en este momento, te mueres por darle un beso.

—La situación no es fácil, Felicity —la vio con duda—. ¿Vas a sentir siempre todo lo que yo siento?

—Sí, es mi maravilloso poder, no me lo puedo quitar de encima como una camiseta —protestó la bruja sarcástica, dejando en claro, una vez más en su vida, que no le gustaba nada sentir las emociones ajenas—. Y no, la situación no es fácil, lo sé, pero por fortuna, Garret tampoco es como Gabor, ya te lo expliqué antes y como te dije, es tu decisión. Si no quieres saludar, esperame en el coche.

Felicity se cruzó de brazos y Loretta la sintió resoplar.

Ella y Garret se arreglarían pronto, estaba segura de eso.

Sería un juego interesante de jugar porque cada uno de los que rodeaban a la pareja tendría un poco de participación y un objetivo común: que Garret y Felicity pudieran conversar.

Al menos eso, una conversación tranquila y privada que le hiciera a ella entender que él la amaba por encima de todas las cosas y que haría cualquier cosa por ella.

Felicity seguía a Loretta con molestia.

Y temor.

Claro que sentía temor, uno muy grande porque fue testigo de una escena con Garret y esa chica que no dejaba cabida a otra cosa que no fuese eso: temor.

Bien que lo sabía ella que fue atacada vilmente por uno de esos... vampiros.

Dios santo. Como le costaba aun decir esa palabra en su cabeza sin que sonara a cuento de ciencia ficción.

Llevaba varios días con Loretta conversando de todo lo que tenía que ver con ella, su vida mágica, la vida de ellos, Los Farkas y todo lo que sentía en su interior

Que aún no sabía con exactitud qué era.

Al principio fue pavor pero con el pasar de los días, a medida que conocía más de la historia fantástica de cada uno de ellos, algo en su interior fue cambiando.

Su reacción primaria siempre era el miedo, miedo a que le ocurriera lo que le ocurrió con Gabor, miedo a que no pudiera salvarse, miedo a que fuera él, el hombre que ahora tenía enfrente y que la veía a los ojos con una tristeza tan profunda que le partió el corazón.

Garret la extrañaba. No estaba bien.

—Sra. Melissa, ¿cómo se encuentra? —saludó Loretta a la mujer del bastón que estaba hablando con Garret.

—Muy bien, cariño, ahora que estoy en casa por unos días, mejor.

—Me alegra —vio a la mujer y le sonrió, Loretta hizo las presentaciones y luego saludó a Garret como siempre lo hacía. Felicity sintió que los nervios la abrumaron en cuanto le dijo «Hola» a él.

La Sra. Melissa los observaba con curiosidad.

—El señor Farkas ha venido a encargarse en persona del alquiler temporal de la segunda casa de huéspedes que tenemos. Estábamos ultimando algunos detalles, ¿creo que ha quedado todo claro, ¿cierto, Sr. Farkas?

—Así es, señora. —Felicity apreció esa educación impecable que tenía Garret ante el mundo y rememoró todos los momentos en los que disfrutó de ella estando a su lado.

Su corazón palpitó con fuerza como si quisiera decirle algo y prefirió ignorarlo.

—Pues entonces los dejaré porque ya necesito colocar el pie en alto —se apoyó del bastón para levantar un poco el pie al que tenía que dedicarle atención—. Me dio gusto verte —le dijo a Loretta con cierta picardía en la mirada—, a Bradley de seguro le viene bien tu compañía. Encantada de conocerla, Felicity —se dirigió a ella.

—Igualmente, señora.

—Sr. Farkas —saludó a modo de despedida y Garret solo hizo una especie de reverencia que la mujer aceptó con elegancia para luego darles la espalda y entrar en la propiedad.

Ellos caminaron hasta donde estaban los coches aparcados.

—¿Cómo has estado? —Garret se dirigió a ella con tal seriedad que dudó de que se tratara el mismo hombre dulce que conocía.

—Nos veremos luego, Garret —Loretta le aseguró mientras se daba la vuelta para dedicarle una mirada comprensiva a Felicity—. Te espero en el coche. Estará todo bien.

Felicity se frotó las manos y Garret sonrió con gran pesar.

—No quiero hacerte sentir mal, Felicity. Ni en un compromiso de aguantar mi presencia si me temes —sintió la voz de él flaquear. ¿Cómo, si él era decidido y seguro de sí mismo? Garret cerró los ojos y tomó fuerzas para no hablar con un hilo de voz—. Cuando estés lista para escucharme, hablaremos. Solo cuando tú lo decidas.

Ella no fue capaz de decir nada y él solo le dedicó otra sonrisa apagada con una mirada que Felicity no había visto en el jamás.

Estaba muy mal.

¿Debía hablar con él?

Su corazón latió con fuerza como minutos antes.

Y su cerebro le recordó que no era buena idea porque podría correr peligro a su lado.

A pesar de que los demás le aseguraran que no.

Solo ella sabía lo que era caer en las manos de uno de esos seres y no tenía ganas de pasar una otra experiencia similar.

Garret sirvió el *whisky* en los vasos de vidrio.

—¿Cómo superaste todo?

Lorcan lo vio con burla.

—¿Me estás haciendo esa pregunta a mí? —Lorcan bebió un sorbo de su bebida y negó con la cabeza—. ¿En serio, Garret? Me encontraste lleno de cortes porque pensaba drenarme y ponerme en sequía para no tener que sentir el rechazo de Heather algún día. ¿Te parece que soy la persona más adecuada para hacerle esa pregunta cuando tú fuiste el que me ayudó a bajar de la camilla y me dio un maldito tirón de orejas que aún recuerdo?

Garret frunció el ceño.

—¿A quién coño le pido un consejo entonces? Estoy destrozado por dentro, Lorcan.

Lorcan entendía las emociones de su hermano, no solo porque las sentía en ese momento como propias, sino porque él pasó por algo parecido con la mujer que amaba.

—Pál es bueno en estos casos, mucho mejor que yo o que Miklos, sin duda —ambos bufaron pensando en los consejos de amor de Miklos: «No creas en el amor» Punto. Y sin duda, tenía sus razones para hacerlo—. Pál no va a ayudarte ahora con esto, lo de Gabor lo tiene obsesionado. No me gustaría nada estar en su lugar cuando estén frente a frente.

—¿Qué diablos puede querer ese imbécil para haberse burlado de nosotros de esa manera? ¿Para poner tanto esfuerzo en cruzar barreras y arriesgarse como lo hizo?

—Mucho me temo que no vamos a poder detenerlo y el día que atacó en Venecia, cuando lo saqué encima de Felicity sentí algo que no me gustó nada de él. Había en su interior gran inconformidad por no haber obtenido lo que quería. Que no era Felicity. No iba por ella.

—¿Entonces por quién? Estábamos todos ahí.

Lorcan negó con la cabeza.

—No. Klaudia nunca llegó.

—¿Y qué puede querer Gabor con Klaudia?

Lorcan levantó los hombros y curvó los labios hacia abajo.

—No lo sé pero cuando le mencioné esto mismo a Pál maldijo a todo lo que se le cruzaba en frente así que él debe saber algo que nosotros no y cuando llegue el momento apropiado, nos lo dirá.

—¿En dónde está Klaudia?

—Ahora está en Venecia con Miklos, nada bien emocionalmente, por cierto, creo que por eso está con Miklos. Está buscando diversión de la que solo Miklos sabe encontrar —Garret volvió los ojos al cielo. Nunca entendió esa clase de descontrol a la que Miklos llamaba «diversión».

—No puedes culparlo. De todos nosotros, él fue el que puso los ojos en la mujer equivocada. Y no le ha tocado fácil.

—A ninguno nos ha tocado fácil.

—Bueno, tú tienes a Felicity cerca y si llega a acceder a conversar contigo, la tendrás todo el tiempo que quieras a tu lado. Miklos no puede hacer eso. Se la arrebatan cada vez que la encuentra. Así que creo que nosotros estamos mucho mejor que él.

Garret dejó escapar el aire.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, Lorcan, nada. Me voy a sentar y voy a esperar por ella. A que ella quiera hablar; a que no me tema —le contó lo que ocurrió ese mismo día, más temprano, cuando se encontraron en casa de Melissa—. Mientras espero, voy a hundirme en el trabajo para mantenerme ocupado porque no quiero pensar día y noche en que ella puede negarme su presencia para siempre. Siento que me falta el aire cada vez que pienso en eso.

Lorcan sintió compasión por él.

—Felicity es muy diferente a Heather. Desde que la conocí siempre estuvo llena de miedos y es normal, le ha tocado vivir cosas muy duras. Tú y yo nunca hemos estado amenazados por uno de nuestra especie de la manera en la que ella estuvo —suspiró—. Nosotros nos enfrentamos y somos iguales en fuerza y técnicas; ella se enfrentó a un depredador que la acechó como si fuese una liebre. Y no dudo de que te ame, porque si recuperó toda la memoria debe tener muy claro sus sentimientos por ti, lamentablemente te vio en la postura de depredador. Se sintió amenazada contigo de nuevo y por eso se niega a dar el paso.

—Estoy dispuesto a alimentarme de Norma o de otra chica para siempre, lo único que deseo con todas mis fuerzas es —la voz de Garret se quebró por segunda vez en el día y Lorcan le palmeó un hombro con cariño.

—Va a volver, hermano. Si te ama, va entender y va a volver y si no lo hace, te ayudaré a superar la pena; o por lo menos, te ayudaré a que aprendas a vivir con ella.

Cuando Felicity abrió la puerta de casa no esperaba encontrarse con su hermana de vida allí.

Se abrazaron un rato largo y Felicity lloró en su hombro drenando más de lo que estuvo acumulando esos días.

No encontraron un momento para conversar con calma desde que ocurrió lo de Venecia. Heather estuvo ocupada en asuntos de su trabajo, por ello la sorprendió verla allí.

Loretta estaba en su habitación. Le comentó que debía hacer algunas cosas relacionadas a sus habilidades mágicas y que necesitaba privacidad.

Felicity no se opuso a eso, además, ella quería estar sola. Lo necesitaba después de haber estado frente a frente con Garret.

Lo extrañaba tanto que a pesar de temerle, le gustó verlo.

Y ese contacto, esa mirada triste de él, su sonrisa apagada despertó cierta curiosidad en Felicity que no sabía cómo calmar porque ya lo sabía todo de ellos.

Loretta fue cuidadosa en las explicaciones que le dio sobre todo lo que ella preguntó y no le quedaban más dudas; o eso creía antes de encontrarse de nuevo con él porque después de eso, aparecieron otra vez las preguntas en su cabeza y esta vez, las respuesta que ya conocía y que le proporcionó Loretta, no le bastaban.

Era como si le faltara algo más.

Su amiga le sonrió con compasión. Estaban sentadas a la mesa de la cocina disfrutando de una taza de café.

—Lo que te falta, es la versión de él —comentó Heather después de escuchar todo lo que Felicity tenía para contarle.

Vio a su amiga como si hubiese dicho una gran verdad.

Así lo sintió en su corazón.

¿Era eso? ¿Le faltaba escucharlo a él?

—No sé si quiero acercarme a él, Heather, le temo —ese día le parecía que el temor que tenía era diferente. Quizá Loretta también tenía razón en lo que le dijo al salir de casa de Bradley.

—¿En serio? —Su amiga tomó un sorbo de café y luego contemplo la vista a través de la ventana, el mar estaba calmo ese día y los lobos estaban echados en el jardín trasero—. Yo le temí a Lorcan también pero él me puso en una situación, dos veces, en las que tenía muy justificado tenerle pánico —le contó a ella lo que ocurrió con Lorcan las dos veces en las que la bestia por poco la toma a ella como víctima—. Y sin embargo, me atreví a verlo, a quedarme a solas con él, lo escogí a él. ¿Sabes por qué?

Felicity negó con la cabeza sintiendo un nudo en el estómago.

—Porque entendí que así fuese un extraterrestre, no podría vivir en paz estando lejos de él. Entendí que mi sentimiento por él, era amor. Tan simple como eso y una vez que lo asumí, lo que necesitaba era entenderlo a él. Sus fortalezas y sus debilidades. Ayudarlo a superar todo lo malo. Porque si conseguía eso, él podría controlar a la bestia que llevaba en el interior, la que se regodeaba matando y haciendo cosas horribles —vio a su amiga a los ojos, la tomó de las manos—. Lorcan no es el mismo de hace un tiempo, el amor lo cambió. Garret nunca ha intentado cruzar ninguna línea contigo. Solo lo viste alimentarse de Norma.

—Y fue suficiente para recordar lo que Gabor me hizo a mí —Felicity se llevó la mano al cuello recordando el dolor de los dientes del vampiro clavándose allí.

Heather sonrió de nuevo.

—Garret es el más centrado y controlado de todos los hermanos Farkas. Te prometo que siempre estará preparado para no tocarte ni un pelo si así no lo quieres. Hasta ahora lo ha hecho así. Y conociéndolo, estaría dispuesto a no consumir nunca más ni una gota de sangre con tal de

tenerte a su lado.

Felicity respiró profundo sintiendo como sus emociones se alborotaban pensando en volver junto a Garret.

—Lo vi tan triste hoy.

—¿Y tú, no lo estás? —Felicity levantó el hombro sintiéndose desdichada—. ¿Qué te impide hablar con él? Es lo único que te hemos aconsejado. Si es miedo, yo puedo acompañarte.

—No sé qué es, Heather, ya no lo sé.

Heather se arrimó a ella y le pasó el brazo por encima de los hombros dándole un cariñoso apretón.

—Aclara tus emociones pero no desde el miedo. No pienses en eso, imagina que te encontraste a Garret comiendo una manzana —Felicity la observó con seriedad y ella le sonrió divertida—. Es su proceso de alimentación y ¿quieres que te diga algo? Sé que te mueres de ganas por saber más de eso y por vivirlo —Felicity la observó de nuevo como si fuese otro momento «Eureka» y trató de disimularlo—. Estuve en tu lugar, Felicity, sin embargo, di el paso y me atreví a escucharlo a él. Querría la verdad de él, de su especie, de su vida, que saliera de su boca. Y luego quise saber cómo era el proceso de alimentación, quise vivirlo y le pedí que me enseñara.

—¿Lo hizo?

—Tomó lo que le ofrecí temiendo lastimarme —Heather se perdió en sus pensamientos—. Ese día estaba aterrado de quedarse a solas conmigo, de alimentarse de mí. Pensaba que no podría controlarse y... —Felicity recordó las palabras de su amiga más temprano cuando le contó toda su historia con Lorcan... y no me arrepiento de haberlo hecho porque eso nos hizo uno. No sé explicarlo con palabras. Fue la mejor experiencia de mi vida. La succión fue... —Heather sonrió con ojos cargados de ilusión—, maravillosa. Me hizo entender que nunca podría correr peligro con él porque me ama de verdad.

—Eres muy valiente.

—Y tú también. Sobreviviste a lo que te hizo Gabor porque te aferraste a la vida —Era cierto aunque nunca lo había visto así—. Las cosas malas se superan, cariño, y lo importante es no dejar ir lo bueno en el proceso de soltar a lo que tememos.

Al día siguiente, Felicity se levantó antes que las demás.

Estuvieron conversando hasta muy entrada la madrugada y no esperaba que Loretta y Heather se levantaran tan temprano.

Ella tampoco lo habría hecho en condiciones normales pero nada en su vida era normal por esos días.

Recordó cuando, hacía unos meses, deseaba recordar y tener una memoria limpia y clara; ahora que la tenía, estaba harta de reproducir una y otra vez los ataques de Gabor que la alejaban de Garret.

Resopló al salir del baño, buscó su ropa de deporte térmica.

Se iría a dar una larga caminata por la playa. Les dejaría una nota a las chicas diciéndoles que desayunaran sin ella porque no tenía apetito de nada.

Salió de casa y los dos lobos que parecían su sombra la acompañaron en el recorrido.

El sol apenas calentaba.

Ese día en especial el viento empezaba a levantarse, lo que quizá era sinónimo de que se aproximaba un temporal.

No lo parecía con el cielo azul y brillante libre de nubes.

Caminó tirando piedras al mar, recordando a su hermana Odette.

Algo en ese día le recordaba mucho a ella.

El día que partió fue muy doloroso para Felicity. Le ardía el pecho con intensidad cada vez que recordaba el momento preciso en el que la vio soltar el último aliento.

Ella sin poder hacer nada para salvarla mientras la madre de ambas se ahogaba en una botella de alcohol y se revolcaba con un tipo diferente cada día.

El recuerdo de un día muy triste que la fue paseando por los peores momentos que tuvo que atravesar en la vida para llegar a donde estaba.

Nunca lo tuvo fácil.

Nunca.

Las cosas mejoraron cuando encontró a Heather y sin embargo, volvieron los momentos amargos con la deuda que tenían que pagarle al camello para poder preservar la vida de ambas.

Porque no podía imaginarse perder a Heather también.

Negó con la cabeza.

Eso no era posible. Por eso no le importó volver a la prostitución y fue cuando llegó a su vida Lorcan.

Desde ahí, todos sus recuerdos mejoraron a pesar de que pasó por amargos.

Así era la vida ¿no?

Uno que otro día que marcaba la diferencia para valorar más los días buenos y dejar pasar esos que causaban tristeza o angustia.

Pensó en lo bueno y amable que siempre fue Lorcan con ella. Por eso se sintió tan confundida con él creyendo sentir algo hacia él.

Lo sentía, pero no como para hacerlo el amor de su vida tal como ella creyó.

Pensó en las noches de películas a su lado o en los momentos en los que él solo la escuchaba atentamente.

Esos fueron sus momentos favoritos y pensando en eso, llegó a Garret.

A la primera vez que se cruzó con él en la oficina de los Farkas.

La forma en la que él pareció deslumbrarse con ella.

La forma en la que ella reaccionó sin darse cuenta.

Encontró a Garret objeto de su interés desde entonces, y fue Lorcan quien le dio la atención que ella tanto anhelaba.

Debía ser así, Lorcan era su cliente, Garret no; y desde esa vez en la que lo conoció, pocas veces más volvió a verlo y esas pocas veces, Garret evitaba conversar con ella.

Se le notaba incómodo. Ella asumió que se debía a que no les gustaba que le vieran hablando con damas de compañía.

Al fin y al cabo, seguían siendo prostitutas.

Ahora podía entender que su actitud no tenía que ver con eso.

Era porque Lorcan pagó la exclusividad por ella en la compañía y Garret, siempre tan respetuoso, evitaba ponerle los ojos encima porque Lorcan la marcó como algo de su posesión con ese pago de exclusividad.

Pensar que lo único que buscaba Lorcan era protegerla del mal que ya había vivido antes con otros hombres.

Él le dio las esperanzas de que su vida sí pudiera llegar a ser diferente.

Volvió a negar con la cabeza.

Cuan diferente pasó a ser su vida después del secuestro.

No se dio cuenta de todo lo recorrido hasta que uno de los lobos gruñó y ella parpadeó para volver a la realidad percatándose de que estaba a pocos metros de la casa de los Farkas y que alguien estaba sentado en la playa.

Lorcan.

—Está bien, chicos, puedo con esto —les dijo a los lobos con tranquilidad porque, sí, podía con eso.

No se sintió en peligro estando ante él.

Lorcan volvió la cabeza la sentir su presencia.

Le dedicó esa sonrisa varonil y encantadora que tenía y Felicity se echó a llorar de nuevo.

Lorcan se levantó sin dejar de verla a los ojos y mientras ella lloraba desconsolada, él se acercó con cautela, con los brazos extendidos hasta que la envolvió en un abrazo que la hizo llorar más.

No sabía cómo diablos parar de hacerlo.

Se daba cuenta que tenía tanto guardado en su interior, ahí, en donde creía que no quedaba más después de haber llorado con Heather también y los días anteriores con Loretta.

Le quedaba y mucho.

Ese encuentro le estaba devolviendo una parte de su vida que tanto le gustó.

Que le hizo sentir comprendida y querida siempre.

Y entendió que aun con esa parte, reinaba el vacío en ella porque ese vacío solo podría llenarlo con Garret a su lado.

Lorcan la estrechó todo lo que pudo contra sí y ella se lo agradeció.

Así estuvieron algunos minutos hasta que ella cambió el llanto desconsolado por una mezcla de llanto de alegría con risas sin control.

Lorcan también se contagió y empezó a reír.

Se aferró más a ella mientras seguían disfrutando de esas carcajadas entre ambos.

Felicity no se podía creer la tranquilidad que sentía junto a él.

Si el hubiesen dicho que iba a sentirse de esa manera, no lo habría creído.

—No esperaba encontrarte por aquí —comentó Lorcan secándole las lágrimas con delicadeza.

El corazón de Felicity cambió su estado de repente permitiéndose sentirse feliz de ese encuentro.

—Bueno, nadie te mencionó en casa —pensó en la coincidencia de que Heather estuviese con ella y que llegara el día anterior por sorpresa—. Supongo que Loretta coordinó todo muy bien con ustedes y si me hubieran dicho que estabas aquí o que irías a casa, ahora estaría próxima a un ataque de pánico.

—Y no es ni de cerca lo que estás sintiendo —Lorcan sonrió y la abrazó de nuevo. Heather le contó que él era como Loretta en eso de la empatía—. ¡Ahhhhhh! —Soltó alegre—, no sabes lo feliz que me hace esto. Ven, vamos a sentarnos —Felicity vio hacia la casa y su expresión la delató—. Garret no está. Va a tardar en volver. Puedo avisarte cuando sienta el coche llegar a la parte delantera para que te vayas a casa.

Felicity asintió. Se sentaron en la arena uno junto al otro, ambos viendo al mar.

—¿Cómo es que llegaste hasta aquí si no lo quieres ver aun? —Lorcan la vio con sorna— parece que tu subconsciente te está jugando sucio.

Felicity dejó escapar el aire negando con la cabeza.

—Todo esto ha sido complicado de asimilar, Lorcan.

—Pensé que no podría acercarme más a ti —la vio con pesar—, lo que pasó entre nosotros...

Ella le tomó la mano y apretó con fuerza.

—No hay nada que aclarar —sonrió a medias, avergonzada—, yo fui la que confundí las cosas. Todas tus atenciones me parecían detalles de alguien que siente algo profundo por esa otra persona —se mantuvieron tomados de las manos. Ella posó su vista en el mar de nuevo y él la observaba sin perder detalle—. Siempre fuiste tan bondadoso y detallista conmigo. Confundí lo mucho que te quiero como amigo, con amor. Lo siento.

—Ayyyy, Felicity, por dios —le besó el dorso de la mano y ella lo vio a los ojos. Lorcan tenía unos ojos muy parecidos a los de Garret—. No se te ocurra volver a disculparte conmigo, todo lo que te tocó vivir hasta ahora fue mi culpa, yo te puse ante ellos. Gabor será castigado, tienes mi palabra.

—No lo dudo —Felicity se daba cuenta en ese momento de que, a pesar de todo el temor que Lorcan le pudo haber producido mientras estuvo sin memoria, ella en el fondo de su corazón nunca le creyó capaz de hacerle daño. En ese momento notaba esa pequeña luz que estaba allí, muy al fondo de la oscuridad de todos sus temores y era la confianza que le tenía. Nunca la perdió.

Él le sonrió.

—¿Cómo te has sentido desde que regresaste de Venecia?

Ella levantó los hombros.

Resopló.

—Hace una hora no habría sabido qué responder a eso, ahora me parece que estoy vacía.

Él asintió volviendo su vista al mar.

Ella lo imitó y así estuvieron unos minutos, en un silencio que era solo irrumpido por las olas golpeando en la orilla queriendo hacerse notar.

Ella respiró profundo. Muy profundo y cerró los ojos.

—Estoy aquí, a tu lado y eres como él.

Lorcan resopló sarcástico.

—No, no lo soy. Soy más parecido a Gabor.

Felicity sabía a lo que se refería.

Siguió con los ojos cerrados porque la voz de Lorcan la tranquilizaba y el mar en el fondo le ayudaba a concentrarse en sus emociones.

—Quiero saber de ti, Lorcan.

Silencio.

Después de una gran bocanada de aire, Lorcan empezó a hablar sin omitir ninguna etapa de su vida. Le contó del sacrificio por su familia, algo que ella hizo por Heather también.

De cómo tuvo que bloquear sus emociones y empezar a disfrutar de las atrocidades que hacía.

Le contó de Diana. Algo que ella desconocía.

Frunció el ceño aun con los ojos cerrados.

—Supongo que Garret no te ha hablado de ella.

—Sí, lo hizo. En Venecia, cuando me enseñaba las máscaras y me explicó el por qué la usó blanca durante tantos años. Yo no pregunté nada más, aunque me dio mucho coraje que no me lo hubiese contado antes —hizo una pausa analizando sus emociones en el momento y entendía cada vez más las evasivas de Garret. No habría sido fácil de explicar nada de lo que Lorcan acababa de decirle sin antes contarle de su verdadera naturaleza.

—Ahora entiendes.

—Empiezo a entender. Tuvo que haber sido...

—Desgarrador para ambos —completó Lorcan sumido en una profunda tristeza—. Él perdió a la mujer que amaba en ese momento y su pena aumentó al saber que yo no hice nada por ayudarla, al contrario.

Lorcan dejó de hablar y ella entendió que le costaba mucho recordar ese tiempo y el daño que les hizo a otros. Lo tomó de la mano de nuevo.

Y él siguió hablándole de su vida. De Mary Sue, de lo bien que vivió con ella pero que nunca había conseguido amarla. Por lo menos no como amaba a Heather.

Le habló del refugio. De las cosas que hizo allí.

No podía imaginarse la culpa con la que vivía encima, aun la llevaba.

Felicity podía sentirlo.

—Y entonces desapareciste tu y Heather llegó furiosa a la oficina haciendo que todas mis barreras se destrozaran y la bestia empezara a desestabilizarme. En el primer encuentro, sin darme, cuenta le absorbí psique —Felicity abrió los ojos y lo vio directo a los suyos. Lorcan asintió con pesar—. Fue totalmente impulsivo y desconcertante para todos —bufó—. Heather se desmayó, Pál estaba cabreado porque no entendía nada de lo que ocurría y Garret tenía ganas de matarme. Él fue el primero que entró y me dio un puñetazo en el rostro.

Felicity le dejó ver una sonrisa y él amplió la suya para darle un poco de alegría al momento.

—Pensaban que yo te pude hacer algo malo.

—¿Cómo llegaron a eso?

—Porque Heather fue a donde Alex J y... —negó con la cabeza—... le dio un golpe que se fracturó la mano, ¿puedes creerlo?

Felicity se sorprendió de la confesión porque su amiga no se lo mencionó.

Sí, podía creerlo, era el temperamento de Heather.

—Pensaría que él me tenía.

—Exacto y él resultó ser inocente en eso —negó con la cabeza de nuevo. Felicity sintió que le ocultaba algo. Él se dio cuenta de sus dudas y bajó la cabeza respirando profundo para luego continuar—: hice todo lo posible por alejarlo de ti, de ustedes. Ese hombre no escuchaba razones.

Felicity frunció el ceño.

—¿Qué me quieres decir, Lorcan?

—Quiero que confíes en mí y que le des una oportunidad a mi hermano, pero para ello tengo que decirte toda la verdad, hay cosas que no te va a gustar escuchar.

Felicity no era tonta.

—¿Lo mataste tú?

Lorcan negó con la cabeza.

—Lo hizo Garret.

—¿Cómo lo hizo?

—Absorbí psique hasta matarlo.

—Por ello declararon muerte natural —Felicity no se sintió mal por enterarse de esa noticia. La verdad era que Alex J iba a terminar muerto en cualquier momento y mucho les amenazó de muerte a las dos, así que... no... no se horrorizó pensando en Garret haciendo uso de su maldición para liberar al mundo de una escoria.

Lorcan asintió.

—Visitó al hombre y arremetió contra él. No quiero que pienses que perdió el control —ella lo observaba con atención, creyendo en sus palabras—. Garret estaba desesperado por saber en dónde podías estar y cómo estarías. Después de lo que le ocurrió con Diana, pensar en perderte era algo muy doloroso para él —le mantuvo la mirada—. Te pido que por favor guardes el secreto porque, como bien ya te lo habrá explicado Loretta o Heather, nos debemos a las reglas de la Sociedad de los Guardianes de Sangre y si Pál llegara a enterarse de que Garret mató a un humano, deberá tomar acciones concretas y perderíamos a Garret.

Felicity dejó de respirar unos segundos nada más de pensar en esa posibilidad.

Lorcan la vio de reojo y sonrió con sorna.

—¿Qué sientes por él?

—Estamos hablando de ti.

Y lo siguieron haciendo, Lorcan siguió contándole todo.

—La segunda vez que perdí el control con Heather me aterró y me fui al refugio sin decirle a nadie. ¿Te explicaron lo de la sequía? —Felicity asintió—. Me llené de cortes por todo el cuerpo e intenté drenarme. No soportaba pensar que podía ser un peligro para ella y que no podría vivir a su lado porque no podía controlarme. Por fortuna, apareció Garret y toda mi vida cambió —hizo una pausa, Felicity notó cómo recordaba cada uno de esos momentos que significaron tanto en su vida—. Me salvó y luego Pál me obligó a enfrentarme a mis miedos. A asumir el control de toda mi vida. De la parte buena y de la mala.

—Y te reuniste con Heather.

Él asintió.

—No creas que me voy a olvidar de la pregunta que te hice hace un momento.

Felicity frunció el ceño.

¿Qué sentía por Garret?

—No puedo negar que es algo fuerte y que...

—Llama las cosas por su nombre. ¿Es o no amor? Porque la única forma en que estés dispuesta a estar a su lado es porque lo amas con cada fibra de tu ser.

Y ahí estaban cada una de las fibras de su ser protestando porque sí, amaban a Garret.

Lorcan sonrió.

—Bueno, es eso; o que estoy loca porque aun conociendo toda la verdad de la maldición y lo peligroso que puede ser, es mayor el vacío que siento por no tenerlo a mi lado.

—Nadie dijo que el amor estuviese hecho para gente centrada y cuerda.

Ambos rieron.

Felicity reconoció que la conversación con Lorcan la necesitaba tanto.

—Creo que no he tenido mejor época en mi vida que estando junto a él.

—Entonces es posible que le des una oportunidad para acercarse a ti de nuevo.

Felicity respiró profundo y con nerviosismo.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Todo, Lorcan, todo. ¿Qué va a pasar si me hago una herida?

—Nada. Creo que ya ocurrió el día que algo ocurrió con unas rosas que tenías en las manos — Cierto. Felicity no había tomado en cuenta los detalles de ese día—. Y debo decirte que Loretta te llevó a su casa en ese momento porque mi hermano, no tenía buena alimentación por esos días y por ello, cuando percibió tu sangre la oscuridad de la maldición salió a flote. Después de eso no se ha saltado un día con Norma y hay veces que ha recurrido a ella hasta dos veces por día.

—No se siente seguro de poder controlarse estando junto a mí.

—Antes no, no estabas bien y no podía decirte de su naturaleza. El estrés, las tensiones, tu estado de memoria, tus pesadillas, la preocupación de buscar algo que te ayudara, la impotencia de no encontrar ese algo y ver cómo te deteriorabas; todo eso, Felicity, nos afecta y promueve el descontrol. Ahora te aseguro que es diferente y podrá tener todo bajo control, sin problema.

—¿En dónde está Norma?

—Vive en el apartamento del sótano desde hace un tiempo, supongo que estará ahí. Tal vez es de las que sale a correr temprano, no lo sé. ¿Quieres conocerla?

Felicity negó con la cabeza. Realmente no quería.

—Heather me habló de la comunión entre ustedes y la persona que aman, en la intimidad.

—Eso es solo si tú estás dispuesta a hacerlo. Para nosotros es un paso muy importante porque nos une por completo a ustedes, es algo sublime. Como te digo, solo si tú también quieres que ocurra.

—¿Y si no me atrevo a dar ese paso nunca?

—No creo que eso sea un problema para Garret. Pero no puedo responderte por él. Son cosas que deberás preguntarle tú misma.

Felicity negó sonriendo sin creerse que, en su interior, algunas cosas empezaban a moverse como piezas de un rompecabezas que cobraban vida e iban encajando para darle otra perspectiva de todo lo que vivía y de los que significaba Garret en su vida.

Todavía se veían algunos vacíos.

Algunas piezas que solo podía dárselas él.

Parecía que, después de todo, sí aceptaría a hablar con Garret.

Capítulo 15

Un relámpago alumbró toda la zona cuando Garret se aparcó frente a su casa.

La lluvia azotaba desde hacía una hora.

Llevaba un par de días sin consumir sangre y sabía que no era buena idea seguir así en el estado depresivo en el que se encontraba.

El trueno estalló en el cielo haciendo temblar todo. Como si estuviera de acuerdo con su pensamiento.

Debía alimentarse.

Recordó la última tormenta ahí y lo bien que la pasó junto a Felicity.

Respiró profundo.

Cada vez que pensaba en Felicity le parecía que se alejaba más y más de él haciendo que su corazón viviera encogido de dolor y de amargura.

No podía imaginarse la vida sin ella.

Lorcan le aseguró que la conversación que mantuvo con Felicity fue muy positiva y decía que estaba convencido de que le daría una oportunidad pero ya había pasado una semana de eso y él aún seguía esperando a que ocurriera el milagro.

Abrió la puerta de casa, encendió las luces.

Fue hasta la cocina y llamó a Norma que aún estaba hospedada en el apartamento del sótano.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Norma. ¿Estás disponible ahora?

—Sí, enseguida voy para allá.

—Gracias.

Colgaron y Garret se deshizo el nudo de la corbata, abrió la puerta del sótano para que Norma entrara sin problemas.

Le había enseñado el camino bajo tierra hasta la casa principal porque algunos días no quería moverse de casa.

Otro relámpago que alumbró todo el jardín trasero permitiéndole ver que alguien corría hacia la casa.

Un trueno retumbó mientras el cielo se alumbraba de nuevo y entonces reconoció los lobos de Loretta.

Con Felicity corriendo detrás de ellos.

El corazón le palpitó con tanta fuerza que pensó que se le iba a salir del pecho.

No sabía si emocionarse o preocuparse por la escena que veía.

Esperaba que no hubiese ocurrido nada malo.

Abrió la puerta de cristal y corrió hacia donde estaban ellos.

Los lobos siguieron su camino hasta quedar resguardados bajo techo y él se sacó la chaqueta de su traje para tapar a Felicity en un intento inútil de que no le cayera más agua encima.

Daba lo mismo, ya estaba empapada.

Él necesitaba protegerla.

Corrieron hasta quedar bajo techo en el porche trasero de la propiedad.

Felicity temblaba del frío.

—¡Por dios santo, te vas a enfermar! ¡Entra! —ella tiritaba sin ser capaz de moverse bien y él se dio cuenta de que no solo el frío la tenía temblando—. Puedo llevarte a casa si no quieres estar aquí...

Ella negó con la cabeza viéndolo a los ojos tratando de hablar pero no era capaz de hacerlo.

Entonces él la tomó en brazos y la llevó de prisa al baño.

Abrió el agua caliente dejando que la bañera se llenara mientras la sumergía dentro y le quitaba la ropa mojada sin dejar de verla a los ojos porque no quería hacer nada que la incomodara.

Su mirada era preciosa en ese momento. Dulce, temerosa y a la vez arriesgada.

Le sonrió a medias.

Podía escuchar los dientes de ella castañeteando por los temblores.

Después de unos minutos, el agua caliente empezó a hacer efecto en el cuerpo de Felicity.

La observó relajarse y retomar el control de si cuerpo poco a poco.

—¿Señor? —¡Norma! ¿Con un demonio! ¡Lo había olvidado!

Felicity lo vio a los ojos con duda y la vio respirar profundo.

—En un momento estoy contigo.

Cerró los ojos y se sentó junto a la bañera moviendo el agua, observando el cuerpo de Felicity bajo esta, ondeante y seductor.

La vio a los ojos y sintió la necesidad de decirle la verdad.

—Tengo dos días sin alimentarme como es debido y llamé a Norma al llegar, no sabía que tu...

Ella acercó su mano a la de él y entrelazó los dedos.

El agua ya la tapaba y ella casi no temblaba.

Garret cerró el grifo con la mano que le quedaba libre.

Se vieron a los ojos por unos segundos.

—¿Me dejarías estar presente? —la voz de Felicity aún era temblorosa.

Garret parpadeó un par de veces sintiendo que estaba alucinando.

Felicity estaba ahí, con él y le pedía presenciar su proceso de alimentación.

No se lo podía creer, parecía demasiado bueno para ser verdad.

Los milagros ocurrían ¿no?

Le besó el dorso de la mano.

—Claro, cariño, todas las veces que quieras —sonrió con nervios y sintió que ahora el que temblaba era él.

Estaba conmovido de poder tener una oportunidad de demostrarle a ella que podían ser felices juntos y que nada le haría a ella nunca.

—Voy a buscarte algo de ropa.

No tardó mucho en regresar y ayudarla a salir de la bañera, se encargó de secarla al completo y de que estuviera bien abrigada.

Quiso hacerlo él, ella se lo permitió mientras analizaba cada uno de sus movimientos y se fundía en su mirada intentando descifrar lo que pensaba.

Lo que sentía.

Salieron del baño.

—Norma, te presento a Felicity —observó la cordialidad y educación entre ambas mientras encendía la chimenea en el estudio.

Felicity se quedó de pie, sin saber qué hacer o en dónde ponerse.

—Ven —le tomó la mano, guiándola hasta el sillón de dos plazas en el que se sentaría con Norma. Le cedería el puesto a ella.

Él se arrodillaría junto a Norma y dejaría que Felicity presenciara todo en primer plano.
No quería ocultarle nada.

—¿Quieres que te lo explique primero?

Felicity negó con la cabeza.

—He tenido suficiente de la parte teórica —le sonrió con vergüenza—. Necesito esto.

Garret solo puedo sentir nervios en la boca del estómago y le pidió al cielo que todo saliera bien porque tenía los niveles de ansiedad en la estratosfera.

Norma los veía con curiosidad.

—No es doloroso y saben hasta dónde pueden llegar.

Garret agradeció la intervención de Norma y Felicity le sonrió asintiendo.

Se agachó de rodillas junto a la mujer que le extendió el brazo.

Garret le dejó ver a Felicity el anillo y la forma en la que activaba la salida del punzón.

Desde ese momento no quitó los ojos de los de Felicity.

Era parte de su oscuridad ver las reacciones de ella en el proceso. Era parte del morbo, de la maldad en él y no podía hacer nada contra eso.

Si luchaba en ese momento por controlar de más, algo podía torcerse y no era el día para torcer las cosas.

Felicity observaba cada movimiento con gran atención.

Frunció el ceño cuando el abrió la piel de Norma y no perdió de vista el recorrido de la muñeca de la mujer hasta que hizo contacto con la boca de Garret.

Entonces lo vio a los ojos y él le dejó entrar en su mirada.

Le dejó descubrir que siempre habría oscuridad en él pero que todo podía tener un límite.

La vio con la lujuria que otorgaba la maldición y le indicó que estaba dispuesto a comérsela entera, de saborearla en cada rincón de su cuerpo, de hacerla gemir bajo él.

Ella dejó escapar el aliento que no era más que un tímido gemido y que ante oídos humanos podía ser imperceptible.

No para él, menos en ese momento.

Su virilidad palpité y se imaginó penetrándola.

Fue entonces cuando empezó a absorber psique de Norma y esta se relajó en el sofá mientras Garret continuó succionando sangre y psique.

Al primer bostezo de la mujer, el encantamiento de la maldición lo abandonó y paró.

Limpio la muñeca de Norma y la cubrió con gasa esterilizada.

—¿Estás bien?

—Sí, señor, como siempre. ¿Puedo retirarme?

Él asintió.

—Gracias, Norma.

La mujer se despidió y salió.

Felicity aun lo veía atontada.

—¿Me absorbiste psique a mí también?

Él sonrió con dulzura y se sentó junto a ella en el sillón.

—No.

—¿Pudiste haberlo hecho?

—Claro.

—¿Por qué no lo hiciste?

Ella mantenía la distancia y él no sabía si podía acercarse.

No quería presionarla y mucho menos, asustarla.

—Porque no es lo que quieres.

Ella le sonrió irónica.

—Ni yo sé qué es lo que quiero, Garret.

Felicity observó a su alrededor y se levantó para caminar por el estudio detallando las piezas exhibidas en las estanterías de cristal.

—Nunca sentí curiosidad por preguntarte sobre estas cosas, pensaba que eran coleccionistas de antigüedades y objetos extraños, imagino que son cosas de la familia.

—Algunas. No todas —Garret se puso de pie y le enseñó la garra, que un tiempo atrás le enseñó también a Loretta y le explicó todo lo que Klaudia hizo por mejorar el proceso de alimentación de ellos.

Felicity le sonrió nerviosa.

La habitación estaba inundada de los maravillosos olores que salían de ella.

En el exterior, el cielo no dejaba de resplandecer bajo la luz de los rayos; y los estruendos de los truenos, no cesaban.

La lluvia caía a cántaros.

Felicity se detuvo frente a la ventana.

Garret decidió esperar a que ella organizara sus pensamientos y dijera todo lo que quería decir. Se apoyó del escritorio de madera oscura que tenía varios siglos de existencia.

Como él.

Felicity se cruzó de brazos e hizo una inhalación que pudo haber dejado a Garret sin oxígeno.

—Debería llamar a Loretta. Salí decidida a venir aquí y hablar contigo pero no estabas cuando llegué —Se dio la vuelta, lo vio a los ojos desde donde se encontraba—. Seguí caminando y empecé a cuestionarme si estaba haciendo lo correcto, si venir aquí, pararme frente ti y escuchar tu historia, es lo que de verdad quería.

Él se moría de ganas por hacer preguntas, su corazón latía tan rápido como el del ella.

Le dedicó una sonrisa dulce.

Y esperó.

—De repente, la lluvia nos sorprendió y lo único que pensaba era en buscar un lugar para refugiarme. Un lugar en donde sentirme segura, tranquila; y lo único que pude pensar fue en tus brazos.

En ese momento, Garret estuvo a punto de colapsar tras escuchar las palabras de ella.

El corazón le bombeó con fuerza dos veces como si lo estuviera pateando para que no se fuera a desmayar de la emoción y agradeció que ninguno de los suyos estuviese cerca porque se habrían burlado de él y sus emociones el resto de la eternidad.

Ella dio un paso hacia él y no se aguantó más.

La abrazó, la estrechó, la estrujó para sentirla, para saber que eso sí estaba pasando y no era un sueño.

Ella respondía de la misma forma despertando en él tantas cosas.

Tantas.

Ella apartó su rostro para verlo a los ojos y le sonrió.

—No estoy segura todavía de no sentir temor de todo esto; después de verte correr hacia mí en el jardín, sé que estoy haciendo lo correcto.

Él acunó el rostro de ella entre sus manos y acarició sus mejillas con los pulgares.

Sus ojos se paseaban entre los de ella y esa boca que lo invitaba a besarla.

Ella se puso de puntillas dándole una pequeña señal que no desperdició.

Primero acarició la boca de ella con sus labios, después le dio delicados besos e invitó a su

lengua a danzar, disfrutando de cada roce.

Disfrutar de su calidez de ella y de la maravillosa sensación que le llenaba el pecho en ese momento.

También sintió el pulso de Felicity acelerarse y la forma en la que la sangre le recorría todo su organismo pero aquello fue irrelevante ante el hecho de lo que realmente importaba para él en ese momento y era que, por fin, ella estaba allí, como lo soñó miles de veces.

Acceptándolo, amándolo.

Y permitiéndole a él hacerla muy feliz.

Pasaron un buen rato abrazados después de besarse con dulzura y pasión a partes iguales.

Felicity disfrutaba el momento aunque aún estaba nerviosa porque, en su interior, se activó una curiosidad mayor al ver el proceso de alimentación entre Norma y Garret.

Le parecía insólito que después de tanto temerle a él, quisiera probar de aquello que presenció. Y no sabía cómo decírselo a él.

Debía hacerlo, sabía que Garret podía sentirlo u olerlo; o lo que quiera que fuese que hiciera.

Ella trató de disimular sus ganas de expresar su curiosidad motivándolo a contarle cosas que ya se sabía de sobra pero que le quería escuchar de él.

Se las contó, con todos los detalles que le pidió.

Él reflejaba la felicidad que ella también sentía.

Sí, había tomado la decisión correcta después de tanto pensarlo y meditarlo en soledad, en compañía, a cada momento del día.

La conversación entre ella y Lorcan fue decisiva para que se atreviera a dar el paso.

Garret era el hombre que amaba.

Era el hombre que deseaba.

¡Demonios! ¡Sí que lo deseaba!

Cuando él estuvo ocupado con Norma, le miró de maneras tan profundas que pensó tendría un orgasmo ahí mismo.

Estuvo a punto de dejar escapar un gemido.

Aquel proceso estaba cargado de lujuria y sensualidad.

Aunque a Norma parecía no afectarle en nada.

Ahí estaba de nuevo, pensando en las preguntas que no sabía cómo hacerle a él.

Se encontraban en el salón, acurrucados en el sofá, tapados con una manta, observando la tormenta a través de los cristales.

Ella dejó salir el aire y él la imitó.

—Cariño, ¿estás segura de quieres estar conmigo?

Ella se dio la vuelta sorprendida.

—Sí, claro. Es solo que... —quedó frente a él y lo vio a los ojos.

¡Cómo le gustaban esos ojos felinos!

—¿Qué? —Él le acarició el rostro apartando un poco el cabello—. ¿No te he dicho suficientes cosas?

Felicity asintió avergonzada.

Él la vio con duda, inspirando profundamente.

Lo vio cerrar los ojos e intentar buscar concentración.

Ella le acarició el rostro.

Era perfecto.

Lo besó con delicadeza en los labios.

—¿Qué es lo que ocurre, cielo? —La observaba con tanta confusión—. No es solo sexo, es más que tu excitación. Estás ansiosa, Felicity, y me estás desestabilizando entre la excitación que tienes y la ansiedad que te invade.

Felicity estaba expuesta y debía comportarse como la mujer que era.

—Me gustaría intentarlo —Notó la sorpresa en el rostro de él. Ella sonrió nerviosa. Muy nerviosa. Exhaló para intentar calmarse. Notó cuando él tensó la mandíbula y recordó toda la información que le estuvieron dando. Necesitaba escucharla de su boca—. No pensé que diría esto hoy; no pensé que te iba a ver con Norma. La forma en la que me viste cuando... —lo besó con dulzura de nuevo—, estaba ardiendo por dentro, Garret, deseándote dentro de mí.

—Lo sé, porque yo hubiese querido hacerlo en ese preciso instante. No es necesario que me alimente de ti mientras estamos... —ella le puso el dedo índice sobre la boca.

—Solo respóndeme si quisieras tenerme al completo.

Los ojos de Garret parecían resplandecer como si le estuviesen entregando el mejor de los regalos.

—No hay nada en el mundo que pueda desear más —la voz de él salió ronca, áspera.

—Entonces bésame y enséñame tu mundo, porque no pienso irme de él nunca.

Garret sintió como si encendieran una hoguera en su interior en cuanto las palabras de Felicity salieron de su boca y sí, la besó con toda la pasión que llevaba dentro.

Su miembro se endureció al momento, reclamando una dolorosa atención que él le negó porque necesitaba hacerlo todo con calma.

No quería prisas, no quería abrumarla o asustarla.

—Dime lo que ocurre en ti, por favor.

—No creo que sea capaz de coordinar tantas cosas a la vez. Estoy loco por hacerte mía pero no...

Ella volvió a silenciar sus labios con un beso que le hizo soltar varios sonidos guturales.

Sus sentidos empezaron a agudizarse.

La excitación de ella revolucionaba todo su sistema.

Su miembro palpó de nuevo, dándose cuenta de que esa palpación estuvo sincronizada por la de su pulso.

Notó el torrente de sangre fluyendo en las venas.

Así que fue al cuello de ella y besó con ímpetu la zona.

Ella gemía entre placer y cosquillas.

—Ahora empiezo a desearte más y te siento por completo —lamió el cuello sintiéndola removerse incomoda. Paró de inmediato—. ¿Estás segura de esto? Podría ser como lo hice con Norma. No hay prisa.

—¿Qué sientes de mí?

Garret cerró los ojos y se acostó de costado junto a ella.

—Tu sangre. Tus pulsaciones —ella estiró la mano y empezó a desabrochar su pantalón. Garret quiso detenerla, no lo consiguió. Empezó la reseca en la boca. El dolor intenso en la encía—. Se me reseca la boca —las manos de ella entraron en contacto con su miembro y él la dejó acariciar la zona unos minutos, los suficientes para mantener el control.

Cuando sintió que estuvo a punto de perderlo, cambió la postura colocándola a ella de nuevo debajo de él.

Felicity lo observaba con deseo.

Inspiró profundo y sí, estaba muy excitada.

Le habría gustado dejarse llevar un poco más por su lado oscuro, no era el momento. Ella le estaba entregando su confianza y no quería defraudarla.

Por su parte, Felicity estuvo debatiéndose entre seguir o parar. Sobre todo cuando él lamió su cuello y ella, pensando que recordaría algo desagradable de Gabor y su ataque, se removió incómoda.

Él lo notó, por supuesto y estuvo dispuesto a parar pero ella no lo permitió.

No quería parar.

Garret le besaba el pecho con delicadeza en tanto ella arqueaba la espalda invitándolo a continuar.

La fue desvistiendo con delicadeza y notaba que hacía profundas inspiraciones.

Le besó cada rincón del cuerpo, dejó que su lengua acariciara cada centímetro de su piel mientras mantenía los ojos clavados en los de ella.

Dejó que sus dedos exploraran en su interior llevándola al éxtasis un par de veces.

La besaba, la exploraba, la admiraba y le decía con la mirada todo lo que estaba siendo capaz de controlar de su maldición, para que esa experiencia fuese lo que ella esperaba, y lo estaba siendo.

Ronroneó, haciéndolo sonreír de lado con malicia.

Ella sintió más excitación ante esa mirada motivándolo a deshacerse de la ropa que aún lo cubría.

Cuando volvió a subirse encima de ella la vio con intensidad a los ojos.

Le pedía permiso.

—Estoy lista.

Y fue testigo de cómo esas palabras encendieron una llama en los ojos de Garret que parecía volverlo loco.

La penetró, intentando ser delicado pero su lado salvaje no se lo permitió y ella no se quejó tampoco porque le gustó ese cambio en él.

Entró y salió de ella un par de veces con ímpetu, antes de respirar profundo de nuevo con los ojos cerrados y dejando escapar un gruñido que finalizó en un siseo lleno de ganas de devorarla.

Se vieron a los ojos y el bajó hasta su cuello, sin salir de ella, moviéndose con lentitud.

La besó y gruñó de nuevo.

Aquellos gruñidos la encendían.

Gimió, dejándole saber que estaba muy lista.

Y se preparó para lo que vendría porque aunque estaba muy dispuesta, no podía esconder sus nervios.

Garret acarició con la mano derecha la zona del cuello y después de escuchar un delicado clic, Felicity sintió el punzón entrar en su piel.

Buscó su mirada, él estaba embelesado con la sangre que ya salía de la herida.

Inspiró todos los aromas.

Felicity notó el cambio una vez más.

Sus ojos brillaban deseando probar ese líquido y entonces, sin decirle nada más, lo hizo.

La embistió al tiempo que daba lametones en el cuello llenándose de vida gracias a ella.

Felicity gemía sin control y eso lo estaba enloqueciendo.

En cuanto probó su sangre supo cómo debían sentirse los drogadictos al caer en la tentación. Su sangre lo llenó de pasión con sus sabores fuertes y dulces a la vez. Era deliciosa. Seguía entrando y saliendo de ella cuando decidió acelerar aquel proceso pegándose a la herida por completo. Chupó con desespero. Con ansiedad. La sintió entrar en sus venas, recorrer su cuerpo. Se unió a ella. Felicity estaba teniendo la experiencia más impresionante de su vida. Tal como se lo aseguró Heather. La sensación de succión en el cuerpo era electrizante. Llegó al clímax varias veces más porque no era capaz de contenerse o de controlar nada. En realidad, no buscaba controlar. Buscaba saber qué era la comunión con un vampiro y le parecía algo increíble. De pronto, empezó a sentirse cansada. Se dio cuenta de que él llegaba al clímax también sin dejar de consumir de su sangre y que también estaba tomando su Psique. —Es mejor de lo que pensé —pronunció satisfecha, somnolienta; con una sonrisa dulce y relajada que hizo sentir a Garret en la gloria. Lamió de nuevo la herida del cuello; satisfecho por el momento él también. Le dio un beso ahí en donde aún brotaba un poco de sangre y se relamió gustoso los labios. Siseó con total naturalidad, con todo lo que la maldición lo obligaba porque estaba saciando al completo su parte oscura, mientras que la felicidad lo llenaba de luz. Se recostó de lado abrazándola por detrás como solía hacerlo cuando ella tenía las pesadillas. Le encantaba la sensación de tenerla entre sus brazos, alejada de todo mal, llenándola de amor. Suspiró y sonrió pensando que lo consiguieron. Estaban juntos. El futuro era de ellos, juntos. Y no habría más tristeza en su vida, su castidad se rompía al completo esa noche, en cuerpo y alma, haciéndole entender que el único voto que existiría en él a partir de ese día, sería la promesa de llenar de amor y placer a esa mujer que lo estaba haciendo caer en la más profunda y maravillosa de todas las tentaciones que probó a lo largo de su vida.

[Pincha aquí](#) para saber más de esta serie de libros...

Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus **comentarios** son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

¿Sabes que por suscribirte a mi blog recibirás **ACCESO INDEFINIDO a la ZONA de DESCARGAS** en la que encontrarás relatos, novelas, plantillas y mucho más **GRATIS? RELLENA YA ESTE FORMULARIO** para recibir el enlace a la Zona de Descarga y así también podrás estar al tanto de mis novedades, lanzamientos, concursos y material gratuito que pienso obsequiar a mis lectores. No spam. Envío uno o dos correos, máximo, por mes :)

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

Grupo de Facebook: [Los noveleros de Stefania Gil](#)

Facebook Fan Page: [Stefania Gil – Autor](#)

Instagram: [@Stefaniagil](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: info@stefaniagil.com

Otros títulos de la autora:

[Castidad – Guardianes de Sangre II](#)

[Redención – Guardianes de Sangre I – Gratis permanentemente](#)

[Perfecto Desastre](#)

[Entre el deseo y el amor](#)

[Deseos del corazón](#)

[Ecos del pasado](#)

[No pienso dejarte ir](#)

[Estamos Reconectados Reenamorado](#)

[Romance Inolvidable](#)

[Pide un deseo](#)

[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)

[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)

[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)

[Contacto Maldito – División de Habilidades Especiales II](#)

[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)
[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)
[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)
[Siempre te amaré](#)
[Mi último: Sí, acepto](#)
[Presagios](#)
[Sincronía](#)
[La ciudad del pecado – Serie Archangelos I](#)
[La ciudad que nunca duerme – Serie Archangelos II](#)
[La ciudad de la luz – Serie Archangelos III](#)
[La ciudad del viento – Serie Archangelos IV](#)
[La ciudad de los ángeles – Serie Archangelos V](#)

Stefania Gil

Stefania Gil es escritora de novelas de ficción romántica: contemporánea, paranormal y suspenso.

En su canal de Youtube deja ver su lado profesional, con vídeos relacionados a la escritura y gestión de tiempo para alcanzar el éxito; así como también, deja ver su lado personal, con vídeos más informales en los que cuenta sobre su obsesión por la planificación; su amor por la lectura; y cómo ha hecho para encontrar un balance entre su profesión y esa mezcla caótica y divertida que es la maternidad.

En 2017 fue invitada a participar como ponente en la mesa redonda organizada por Amazon KDP España para celebrar el mes de la publicación independiente en la ciudad de Málaga, lugar declarado «Capital de la literatura indie» #MesIndie

En 2012 su relato Amor resultó ganador en el Certamen literario por Lorca y forma parte del libro Veinte Pétalos. Ese mismo año, también obtuvo un reconocimiento en el I Certamen de Relatos de Escribe Romántica y Editora Digital con su relato La heredera de los ojos de serpiente.

Stefania forma parte del equipo editorial y creativo de la revista digital Amore Magazine, una publicación trimestral dedicada al género romántico. Y fue colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su hija.

Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.